

CHRISTIAN CAMERON



TIRANO

EL REY DEL BÓSFORO

Lectulandia

En el capítulo anterior de la saga, Tirano. Juegos funerarios, los gemelos Sátiro y Melita, herederos de un próspero reino a orillas del mar Negro, son obligados a exiliarse tras el asesinato de su madre a manos de Herón, un antiguo camarada de su padre. Ahora Herón gobierna el reino que les pertenece, pero no sabe que Sátiro y Melita se han endurecido en las batallas libradas por los sucesores de Alejandro Magno. Esta vez, en cuanto reúnan sus fuerzas nada ni nadie les impedirá planear su venganza.

Lectulandia

Christian Cameron

El rey del Bósforo

Tirano IV

ePUB v1.0

rodricavs 25.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Tyrant. King of the Bosphorus*

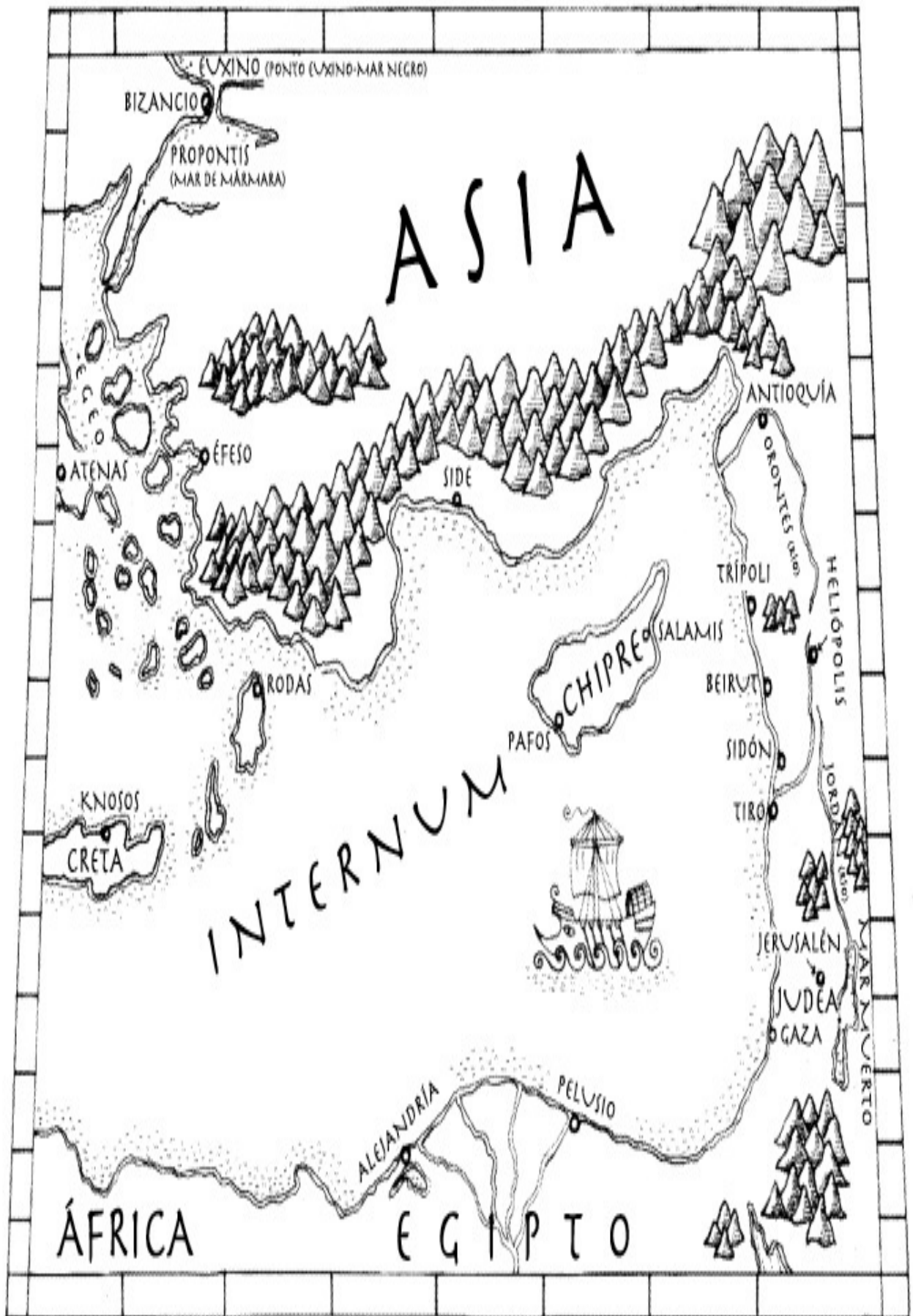
Christian Cameron, 2011

Traducción: Borja Folch

Editor original: rodricavs (v1.0)

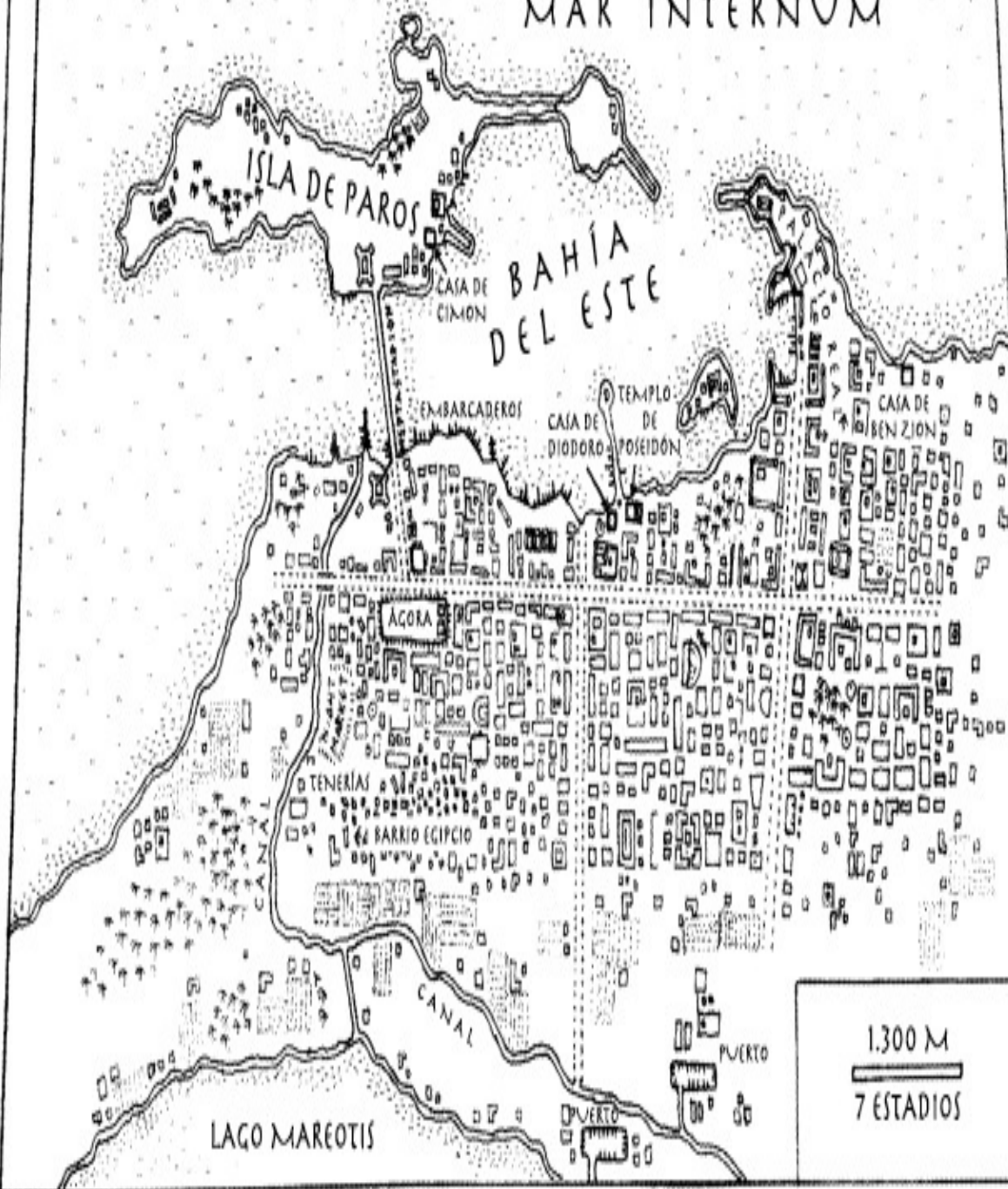
ePub base v2.0

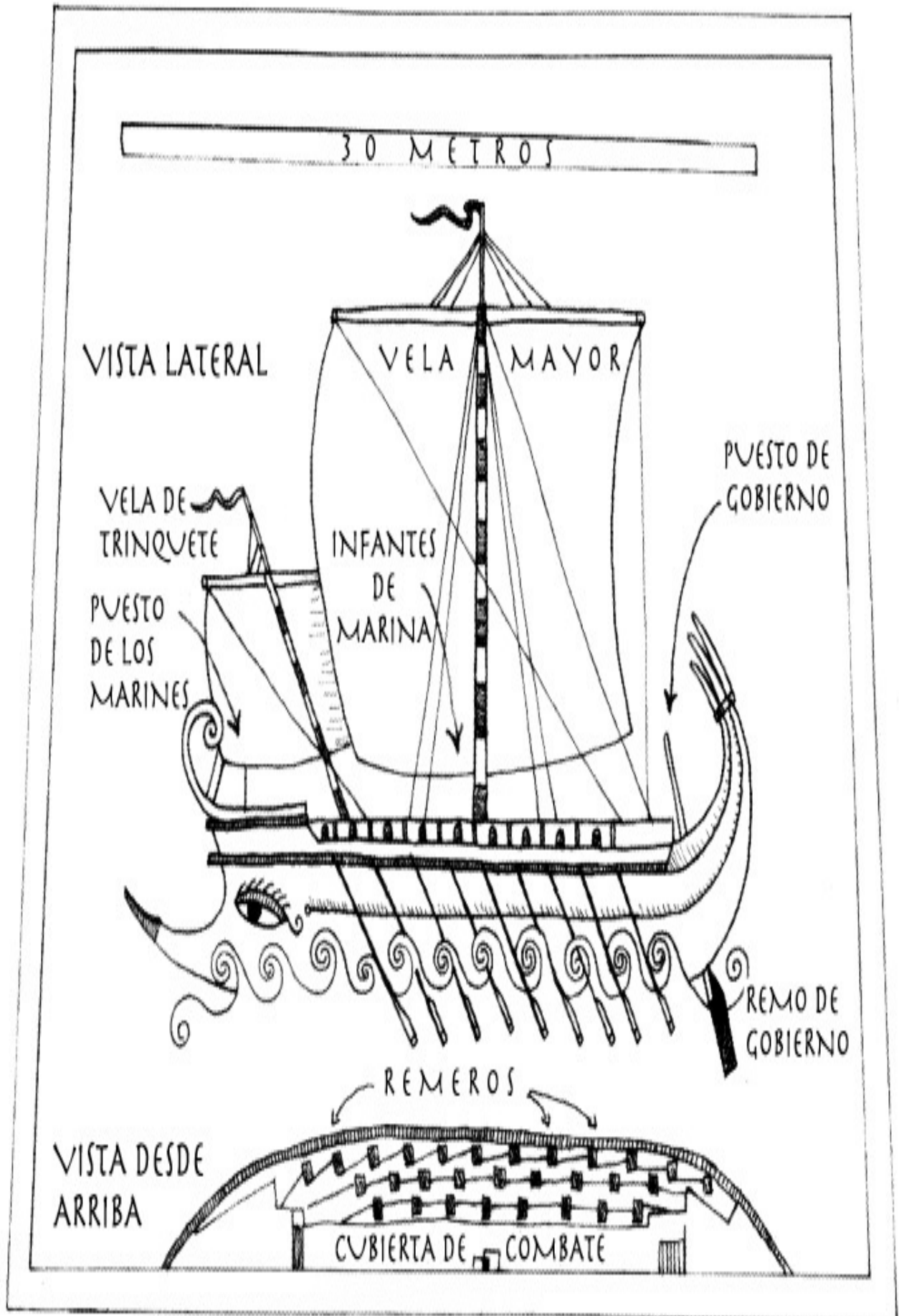
A mi hija, Beatrice

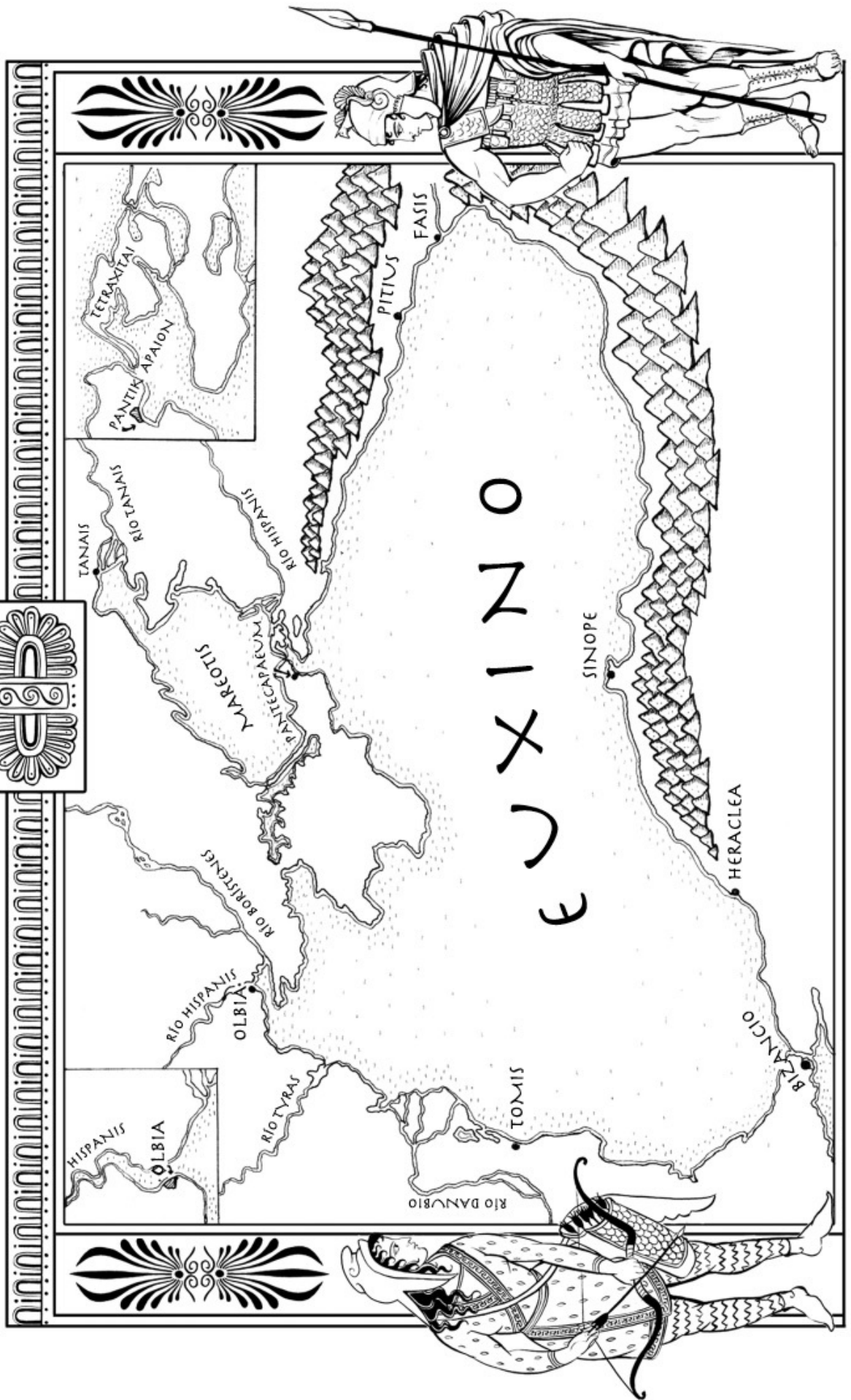


ALEJANDRÍA

MAR INTERNUM







311 a.C.

Eumeles estaba sentado a una mesa sencilla en un taburete de hierro forjado, con su larga espalda tan derecha como las patas del asiento, moviendo deprisa el estilo sobre una tablilla limpia. Apretó los labios al inscribir en la cera roja una sigma desdibujada, la borró meticulosamente y reanudó la escritura de su lista de requerimientos.

La mayoría de sus requerimientos guardaban relación con el dinero.

—Los granjeros no están acostumbrados a los impuestos directos —dijo Idomeneo, su secretario.

Eumeles lo fulminó con la mirada.

—Pues más les vale que se vayan acostumbrando. Esta flota me está costando todo el tesoro.

Idomeneo temía a su amo, pero movió la cadera como si estuviera en un combate de lucha.

—Muchos no pagarán.

—Pon soldados a recaudar —repuso Eumeles.

—Los hombres te llamarán tirano.

—Los hombres ya me llaman tirano. Soy un tirano. Necesito ese dinero. Encárgate de que sea recaudado. Esos pequeños granjeros necesitan parte de la independencia que les arrebataron. Cosecharíamos más grano si expulsáramos a los meotes y tuviéramos fincas grandes, como en Egipto.

Idomeneo se encogió de hombros.

—Tradicionalmente, mi señor, hemos gravado el grano cuando se cargaba en los barcos.

—Yo también lo hacía así, como bien sabes. Ese dinero se gastaba de inmediato. Necesito más. —Eumeles levantó la vista de la tablilla—. Ya me estoy hartando. Límitate a obedecer.

Idomeneo volvió a encogerse de hombros.

—Como gustes, señor. Pero habrá problemas. —Abrió la bolsa que llevaba al cinto y sacó un par de rollos atados con un cordel y sellados con cera—. Los informes de Alejandría. ¿Los quieres oír?

—Léelos y hazme un resumen —dijo Eumeles—. Ninguno de nuestros agentes parece capaz de informar de algo útil. A veces me pregunto si Estratocles reclutó a meros chismosos.

Idomeneo rompió el sello de cera, desató el cordel y puso los ojos en blanco.

—¡Papiro barato! —comentó enojado, viendo cómo el rollo se fragmentaba en largas tiras entre sus dedos.

Eumeles gruñó. Volvió a sus listas, encabezadas por la necesidad de contratar

timoneles competentes para tripular su nueva flota. Necesitaba una flota para completar la conquista del Euxino, una serie de conquistas que pronto dejarían atrás las ganancias fáciles y lo llevarían a enfrentarse con las potencias navales, como Heraclea y Sinope, al otro lado del mar. Y a la costa oeste, donde entraría en conflicto con Lisímaco. Temía al astuto macedonio, pero Eumeles formaba parte de una alianza mayor, con Antígono el Tuerto y su hijo Demetrio. Su nueva flota se había construido con subsidios del Tuerto. Y ahora esperaba resultados.

—¡Caray! —exclamó Idomeneo, poniéndose de pie de un salto—. La mujer sí cuenta algo valioso. ¡Los dioses nos sonríen! Escucha: «Después del festival de Apolo, el mercader León convocó a sus capitanes y les anunció que había planeado usar su flota para derrocar a Eumeles, con la aprobación del señor de Egipto. Además anunció que financiaría un *taxeis* de macedonios y una escuadra de barcos de guerra mercenarios.» Bla-bla-bla, menciona los nombres de todos los asistentes a la reunión. Por todos los dioses, mi señor, es una agente bastante buena. Hay una nota al margen: «Diodoro...». ¿Te dice algo este nombre? «...tiene a los Exiliados^[1]... ¿con Seleuco?»

Eumeles asintió. Se encontró apretando los puños.

—Diodoro es el más peligroso de todos. ¡Maldita sea! Pensaba que Estratocles iba a librarme de esos mocosos insolentes y se sus acaudalados partidarios. Son como una plaga de piojos tratando de derrotar a Aquiles. Apenas cabe considerarlos adversarios. Así pues, ¿vienen para acá?

Idomeneo releyó el rollo, resiguiendo el texto del papiro con el dedo.

—Ares, dios de la guerra, ¿es posible que ya hayan zarpado!

—¿Por qué no hemos leído este rollo antes? —preguntó Eumeles.

—A ver... No, zarpan la semana que viene. Está contratando una escuadra de capitanes mercenarios, veteranos de Tolomeo.

Idomeneo sonrió.

—Tolomeo jamás ganará esta guerra si sigue deshaciéndose de sus soldados en cuanto gana una batalla —comentó Eumeles—. Es el contendiente más rico. ¿Por qué no mantiene unida su flota?

Idomeneo se planteó decir la verdad a su amo: que Tolomeo era rico precisamente porque no derrochaba en gastos militares. Pero siguió leyendo.

—Esta es su avanzada. Vendrá antes de las lluvias de otoño para impulsar la rebelión de las ciudades costeras contra ti y hundir tu flota. El ejército llegará en primavera.

Eumeles se puso de pie y sonrió. Era muy alto y demasiado flaco, casi cadavérico, y su sonrisa, glacial.

—¿Una avanzada? Estupendo. El *strategos* Kineas solía decir que si querías que algo saliera bien, tenías que hacerlo tú mismo. Manda a buscar a Telémono.

Telémono era uno de los capitanes más experimentados del tirano. Idomeneo siguió leyendo en las notas marginales la lista de barcos y sus respectivos capitanes.

—Sátiro estará al mando del *Halcón Negro*.

—El mando lo tendrá un timonel profesional. No es más que un chico. Bueno, espero que disfrute con la aventura porque no vivirá para contarla —dijo Eumeles. Llamó a un esclavo y le ordenó que incluyeran su armadura en el equipaje para hacerse a la mar.

Telémono entró con aire arrogante, anunciado por otro esclavo. Era un hombre alto y rubio con las mejillas rubicundas.

—Te has tomado tu tiempo —observó Eumeles.

Telémono se encogió de hombros. Cuando hablaba, su voz sonaba curiosamente aguda, como la de un cantor del templo, o la de un *Deus ex machina*.^[2]

—Aquí me tienes —respondió.

—Cancela la expedición a Heraclea —dijo Eumeles—. Ten lista la flota para zarpar hacia el sur.

—Ya estamos listos —repuso Telémono, en un tono que daba a entender que su amo no era muy inteligente.

—Bien. —Eumeles pasaba por el alto el tono de los demás hombres, o quizá nunca se percatara de ellos. Idomeneo se preguntó si el ignorar los sentimientos de los demás hombres hacia su amo era el secreto de su poder. No parecía importarle ser feo, desgarrado, resuelto, poco sociable y menos amado. Solo le importaba ejercer su poder—. Se aproximarán por la costa oeste. Los aguardaremos al oeste de Olbia para impedir que subleven a los descontentos de esa ciudad. —El tirano se volvió hacia Idomeneo—. Ponte en contacto con nuestra gente en Olbia y diles que ha llegado la hora de deshacernos de los enemigos que tenemos allí.

—¿La asamblea? —preguntó Idomeneo.

—Un simple asesinato, diría yo. Liquidemos a ese viejo necio de Likeles. La gente lo asocia demasiado con Kineas. Como si Kineas hubiese sido un gran rey. ¡Bah! El muy idiota. En cualquier caso, que nos libren de Likeles, de Petroclo y de su hijo Cliomenedes. Sobre todo del hijo.

Idomeneo miró a su amo como si este hubiese perdido el juicio.

—Mostraremos nuestras cartas —dijo—. Esa ciudad ya está prácticamente en guerra contra nosotros.

—Esa ciudad puede tratarse como una provincia conquistada —replicó Eumeles—. Matemos a la oposición y la asamblea nos temerá.

—Si los matamos, es probable que surja otro líder —dijo Idomeneo con firmeza—. ¿Y si un asesino falla? Entonces tendremos a uno de ellos pidiendo a gritos tu cabeza.

—Cuando la cabeza de Sátiro se separe de su cuerpo, toda la contienda se librará

fuera de las ciudades. Y tenemos a los sakje; Olbia necesita su grano. Deja de luchar con fantasmas y obedece. —Eumeles le dedicó su gélida sonrisa—. Lo que en realidad quieres decir es que estoy a punto de quebrantar la ley, incluso la ley de los tiranos. Y eso no te gusta. Es peliagudo. Eres libre de embarcarte y regresar a Halicarnaso cuando gustes.

Una vez más, Idomeneo se asombró al comprobar que a su amo no le importaran lo más mínimo los sentimientos de sus hombres pese a ser capaz de leerlos como rollos de papiro.

—¿Me has hecho salir de entre las piernas abiertas de mi esclava por alguna razón? —preguntó Telémono con su peculiar tonillo.

—No me vengas con esas —dijo Eumeles. Ni siquiera le gustaba oír sus cantinelas subidas de tono, reflexionó su secretario—. Esperarás cuanto me plazca.

Telémono dio media vuelta.

—¿No te basta con que mi enemigo esté a punto de poner la cabeza en el tajo del verdugo? —dijo Eumeles, levantando la voz—. ¿Y que una vez que haya caído os suelte a ti y a tus lobos para que arraséis la costa?

Telémono se detuvo. Se volvió otra vez.

—Sí —contestó—. Sí, eso es toda una noticia, señor. —Sonrió—. ¿En qué barco irá tu enemigo?

A Idomeneo siempre le alegraba disponer de información que transmitir.

—En el *Halcón Negro*, como navarco —dijo.

—El *Halcón Negro* —canturreó Telémono—. El barco de Estratocles. Lo reconoceré —aseguró.

Parte I

El olor de la muerte

Norte del mar Euxino, otoño, 311 a.C.

Sátiro estaba apoyado contra la barandilla del *Halcón Negro* y observaba a su tío, León el Númida, que departía con su timonel, tan solo a una eslora de distancia. Sátiro aguardaba una señal, un gesto, una invitación, cualquier cosa que diera a entender que su tío tenía un plan.

A su lado, en cubierta, Abraham Ben Zion negó con la cabeza.

—¿De dónde habrá sacado tantos barcos un jodido tirano como Eumeles?

Sátiro no volvió la cabeza, seguía atento a la señal.

—No lo sé —contestó. Su sueño de convertirse en rey del Bósforo aquel otoño se estaba desvaneciendo rápidamente, perdiéndose entre la espuma de los sesenta o setenta trirremes que Eumeles de Pantecapea, el asesino de su madre, había conseguido reunir.

León había dejado de hablar con su timonel. Se aproximó a la borda e hizo bocina con las manos.

—¡Abarloados! —gritó.

Sátiro se volvió e hizo un ademán afirmativo a su timonel, Diocles, un hombre fornido cuyo pelo negro rizado le hacía parecer más fenicio que griego.

—A la banda del *Loto* —dijo Sátiro.

Diocles asintió.

—A la banda, señor.

Sátiro solo poseía un barco, fruto de la ley de la guerra. El año anterior había apresado el *Halcón Negro* en una batalla naval ante las costas de Levante durante una terrible tempestad. El *Halcón* era más ligero y pequeño y mucho menos resistente que el *Loto Dorado* de León o que los otros cuatro *triemioliai* de la escuadra de León, todos ellos buques de su propiedad, pues León el Númida era uno de los hombres más adinerados de Alejandría, una de las ciudades más ricas de la curva del mundo.

El *Halcón* era un pequeño trirreme ligero y rápido, construido a la antigua usanza ateniense. Tenía sus pros y sus contras, pero Sátiro lo amaba con toda el alma; tanto más cuanto que sospechaba que estaba a punto de perder el barco.

El *Halcón* viró a babor y «plegó las alas»; todos los remos entraron juntos a bordo a la orden de Neiron, el maestro remero, y el buque aminoró trazando una amplia curva. El rostro de Diocles asemejaba un estudio de la concentración, con el ceño fruncido y las comisuras torcidas mientras se apoyaba en los timones de espadilla.

El *Loto* se acercó mediante una maniobra simétrica. Ambos barcos habían navegado en conserva, al frente de sendas columnas de diez naves de combate, recorriendo la costa norte del Euxino hacia el este.

No tenían mucha distancia que salvar, y los remeros de los dos barcos recogieron sus remos mucho antes de que las palas pudieran chocar, y los timoneles gobernaron con tiento, aproximando los cascos sin dejar de costear.

León se encaramó a la barandilla, agarrándose a uno de los obenques de lino que sostenían el mástil. Se inclinó hacia fuera y, justo antes de que los costados de los barcos se tocaran, saltó con soltura la distancia que mediaba entre ellos, impulsándose con el pie izquierdo contra la barandilla del *Loto* para caer en el barco de Sático justo detrás de donde las cuadernas se alzaban trazando la pronunciada curva de la proa.

—Tendremos que combatir para abrirnos paso —dijo León, en cuanto estuvo a bordo. Inclinó la cabeza ante la estatua de Poseidón que había en el mástil—. No hay alternativa, me temo; salvo que quieras embarrancar los barcos en la playa y quemarlos. Y dudo que eso nos salve la vida.

—Veinte barcos tendrían que haber sido suficientes —dijo Sático.

—Alguien ha pasado información muy valiosa a Eumeles —dijo León—. Escucha, muchacho. Voy a poner mis barcos en línea y tú formarás detrás de mí. Mis barcos abrirán una brecha en sus líneas y tú las atravesarás. No te detengas para luchar. Sigue adelante.

El plan de León era práctico, si el objetivo era salvar la vida de Sático. Eumeles lo ejecutaría sin pensárselo dos veces.

—¡No seas idiota chico! —dijo León—. Si caigo, ya tendrás ocasión de vengarme. —Su piel oscura irradiaba vitalidad, parecía imposible que León pudiera hablar tan alegremente de su propia muerte—. Si Eumeles me captura, pedirá un rescate por mí. Valgo demasiado para que me mate. En cambio tú... tú estarás muerto antes de que anochezca. No seas idiota. Haz lo que te ordeno.

Abraham asintió con gravedad.

—Lleva razón, Sático. Puedes intentarlo otra vez el año que viene. Si mueres, habremos perdido todas nuestras bazas, ¿eh?

Sático inclinó la cabeza.

—Muy bien. Formaremos la segunda línea y cruzaremos derechos.

León estrechó a su sobrino adoptivo entre sus brazos, sus armaduras rechinaron e impidieron que el abrazo transmitiera verdadero calor.

—Te veré en Alejandría —dijo León.

—¡En Olbia! —respondió Sático, con la voz tomada por aguantarse el llanto.

Los alejandrinos formaron sus dos líneas sin dejar de avanzar. Habían practicado

distintas formaciones desde que zarparan de Rodas. Llevaban tres semanas navegando a vela y a remo, y sus remeros estaban en plena forma. En la primera línea, los barcos de León eran tan buenos como los rodios, con tripulaciones bien entrenadas, timoneles profesionales y oficiales fijos que llevaban toda la vida en el mar; de hecho, muchos de ellos eran rodios dado que León pagaba los mejores salarios de todo el Levante.

Sátiro estaba al mando de los mercenarios. No eran malos, pues también eran marineros profesionales. Pocos de ellos contaban con barcos de calidad comparable a los de León, aunque Dédalo de Halicarnaso tenía un potente *penteres*, un quinquerreme cuya obra viva era un hombre más alta que la de un trirreme y que contaba con dos pesados escorpiones.^[3] El *Gloria de Deméter* iba en el centro de la segunda línea.

Los capitanes de León no precisaban órdenes especiales. Todos eran capaces de ver la dirección del viento y el poderío del armamento enemigo. Había pocas opciones y eran profesionales.

Sátiro iba a la derecha de la línea, y el barco contiguo era un antiguo navío de guerra alejandrino, construido a toda prisa y vendido con la misma premura después de la campaña del año anterior. Se llamaba *Tallo de Hinojo* y estaba al mando de su extravagante amigo Dionisio, que le gritó.

—Más pan que muelas, ¿eh?

—Penetra, iza la vela y pon rumbo a casa —contestó Sátiro, gritando a su vez.

La flota enemiga estaba a menos de dos estadios delante de ellos. Los ojos pintados sobre sus espolones se veían nítidamente a la luz dorada. A pesar de todo, que los barcos de León avanzaran derechos hacia ellos parecía haberlos sumido en cierta confusión.

—Diez barcos más —dijo Sátiro.

Diocles asintió, pero Abraham meneó la cabeza.

—¿Qué?

—Se refiere a que se los ve tan poco coordinados que si tuviéramos diez barcos más podríamos aprehenderlos, o al menos enfrentarnos a ellos.

Diocles escupió por la borda, aparentando indiferencia.

Sátiro echó a correr por la cubierta central.

—¡Kalos, oficial de cubierta! Que todos los hombres que tengan yelmo se lo pongan. Maestro remero, organiza turnos en las bancadas—. Si realmente penetraban en las líneas enemigas, toda su eslora quedaría expuesta a los arqueros enemigos. Regresó a popa y puso una mano en los timones de espadilla—. Eso te incluye a ti, Diocles. Ponte la armadura.

—Tienes el timón —dijo Diocles.

—Tengo el timón, contestó Sátiro.

Y el timonel moreno echó a correr por la cubierta.

Los alejandrinos se iban aproximando a un ritmo constante, reservando energías. Las seis columnas enemigas todavía se estaban desplegando. Las dos columnas centrales se habían embarullado y retrasaban la formación, y, como consecuencia, el centro se rezagó y los flancos se extendieron por ambos costados: lo peor que podía ocurrirle a la flota menor, bien fuera a propósito o por accidente.

—León está haciendo señales —gritó Abraham. Llevaba puesto el yelmo, y su voz resonó de una manera extraña.

Sátiro llevaba su yelmo en la mano, y trepó a un obenque para observar el brillante escudo de bronce que destellaba a bordo del *Loto Dorado*.

—Punta de flecha —dijo, y los destellos seguían sucediéndose sin cesar.

—¡Por el nombre impronunciable! —murmuró Abraham.

Diocles regresó, abrochándose el peto de escamas.

—Naturalmente, llevando esta mierda, si caigo por la borda, me voy a pique. — Levantó la vista—. Por Poseidón, el mar será mi tumba.

Sátiro interpretó la señal y saltó del guardamancebo.

—Punta de flecha; seremos la punta de la segunda línea. No va a entablar combate con el centro; lo intentará por el extremo sur de la línea. Al menos, eso es lo que creo que quiere decir. ¡Preparados para virar a estribor!

Sátiro gritó esto último con autoridad.

Diocles se abrochó la última hebilla. Encajó el coselete en las caderas para afianzar el *pteruges* y acto seguido puso las manos en los remos de espadilla.

—¡Tengo el timón! —dijo.

Sátiro negó con la cabeza.

—Después del viraje —respondió—. Busca mis grebas, ¿quieres?

Diocles se agachó y se puso a hurgar en los petates de cuero que iban encajados debajo del banco del timonel.

Sátiro estaba atento a las señales. Ahí la tenía. El buque insignia emitió un solo destello y todos los barcos de la línea viraron a estribor, de modo que las dos líneas de diez barcos que avanzaban hacia el este volvieron a ser dos columnas de diez barcos con rumbo al sur.

El escudo emitió otro destello, repitiendo la orden. En la columna contigua, el *Empeño de Heracles*, al mando de Terón, se retrasó en el viraje y faltó poco para que chocara contra el *Gloria de Deméter*. Los dos barcos pasaron rozándose, con las palas de los remos enmarañadas, pero el impulso que llevaban los salvó y los remeros de Terón recuperaron el ritmo.

Abraham negó con la cabeza.

—¡No puedo mirar! —dijo—. ¡Eso no es como luchar contra elefantes!

El año anterior, Abraham había demostrado su valentía en Gaza, donde capturó

los elefantes de Demetrio el Rubio, ganándose un lugar en la lista de los héroes de Alejandría.

El escudo volvió a emitir destellos, repitiendo la orden, y de pronto cesaron.

—Cuando gustes —dijo Diocles.

—Toma el timón —dijo Sátiro.

—Tengo el timón —dijo Diocles, al tiempo que agarraba los remos de espadilla.

—¡Tienes el timón! —dijo Sátiro, y echó a correr hacia el puesto de mando situado a media eslora del barco—. ¡Atentos a la señal! Neiron, la próxima señal exigirá que aminoremos.

—¡Sí, señor!

Neiron, el maestro remero, era cardio, un prisionero de guerra que había decidido unirse a sus captores. Rara vez llevaba gorro o yelmo, y tenía el hábito de rascarse el cogote, cosa que hizo entonces.

El yelmo de bronce emitió un único destello.

—¡La he visto! —gritó Neiron—. ¡Todas las bancadas! ¡Dejad de remar!

Detrás de ellos, el *Tallo de Hinojo* efectuó un cuarto de virada, saliendo de la línea hacia el norte, y el que le seguía efectuó la misma maniobra hacia el sur, de modo que en cuestión de segundos quedaron casi de costado, a unos pocos largos de remo del *Halcón*. Los otros dos barcos se situaron en sus aletas, completando la forma de cuña de la segunda línea de Sátiro.

Con independencia de lo que les aguardara, la maniobra se ejecutó bien y, pese a algunas cuestiones de espaciado debidas al tamaño del *Gloria de Deméter*, formaron en cuña antes de que el enemigo pudiera reaccionar. Delante de ellos, la columna de León, mejor entrenada, los había cubierto antes de formar en cuña a su vez, de modo que el *Loto Dorado* quedó en medio de la primera línea y el *Halcón Negro* en medio de la segunda cuña, con todas las naves avanzando a remo hacia el este, contra el flanco de la línea enemiga.

Los barcos enemigos se vieron sorprendidos por el flanco, desplegados en un estadio de aguas tranquilas bajo la luz matutina. Momentos antes habían sido los cuernos de una envolvente gigantesca, cazadores de una presa condenada a morir. De pronto se habían convertido en el objetivo, y el cuerno opuesto quedaba a más de seis estadios, demasiado lejos para tomar parte en el *diekplous*^[4] de aquel combate frente a frente que los alejandrinos estaban forzando.

Diocles sonrió.

—Esto ha sido digno de verse —comentó.

Quedaba un estadio por delante, y los barcos enemigos estaban virando para enfrentarse a ellos. El centro enemigo, ahora a más de dos estadios hacia el este, seguía hecho un lío.

Otra señal procedente del *Loto* y la primera línea cobró velocidad. El *Hinojo* se

sumó a ella, avanzando a velocidad de combate hasta que su timonel se dio cuenta del error. La segunda línea debía aprovechar el caos que provocaría la primera. Prosiguieron el avance a velocidad de crucero, y el *Hinojo* se dejó caer hasta su posición.

—Nada de abordajes salvo si nos hundimos —dijo Sátiro a Abraham—. ¿Entendido?

Abraham sonrió con su sarcasmo habitual.

—Perfectamente, hermano.

Se dieron un breve abrazo. Luego Abraham se abrochó las correas de su yelmo tracio y echó a correr por el puente hacia los infantes de marina que tenía a su cargo.

Sátiro tuvo tiempo de inhalar profundamente varias veces y notar los latidos de su corazón en el pecho y el encogimiento del vientre, el miedo que siempre se adueñaba de él cuando se acercaba el peligro. Escupió por la borda y rezó a Heracles, su ancestro y patrón, pidiéndole coraje.

Medio estadio a proa, el *Loto Dorado* pareció dar un paso de baile, pues efectuó un brusco cuarto de viraje antes de recuperar su rumbo, recogiendo de prisa sus remos. El *Loto* era la punta de la formación en cuña, el primer barco en alcanzar la línea enemiga, y estaba embistiendo a un trirreme enemigo con el espolón, realizando la maniobra más peligrosa de un combate naval y la que más probabilidades presentaba de inutilizar al navío atacante.

Se oyó un estruendo no muy distinto del que producía el choque entre dos falanges, o al de una tormenta con rayos y truenos en el bosque de una montaña, y el combate terminó. El *Loto* ya sacaba sus remos y costeaba libre de peligro, habiendo dejado al enemigo medio girado a estribor y mostrando su flanco al *Halcón* porque el *Loto* le había destrozado la galería de remo de estribor, aniquilando con ello a los remeros de esa banda.

—Velocidad de embestida —dijo Sátiro.

Diocles, en la popa, torció el gesto. El maestro remero gritó la nueva orden y, en dos estrepadas, el barco aceleró.

—¿Qué? —preguntó Sátiro.

—Se supone que debemos escapar, no hundir barcos —dijo Diocles.

—No me da miedo luchar —repuso Sátiro.

Diocles se encogió de hombros y no dijo nada.

—¡Listos para el impacto! —bramó Abraham desde la proa.

—¡Remos dentro! —gritó Neiron.

Sátiro se agarró a la popa y Diocles cruzó los brazos sobre los timones de espadilla.

Al chocar, el espolón penetró en el casco y encontró resistencia, hasta que algo cedió. Los marineros de cubierta cayeron de bruces pese a sus esfuerzos, y faltó poco

para que el propio Sático perdiera el equilibrio.

—¡Remos atrás! ¡Cambiad de bancada! —gritó Neiron.

Sático corrió hacia la proa. El barco enemigo, alcanzado casi en pleno costado, estaba zozobrando. Con su bajo costado roto casi a media eslora, se estaba llenando de agua, pero el espolón del *Halcón* se había encastrado en las tracas superiores de su sólido casco.

—¡Atrás! —gritó Sático—. ¡Estamos enganchados!

Los remeros tuvieron que pasar bajo los guiones de sus remos y sentarse en la bancada opuesta para ciar, perdiendo un tiempo precioso.

La proa del *Halcón* comenzó a hundirse. La tensión a la que estaban sometidas las tablas de la proa era inmensa, y se oían crujidos a lo largo de todo el casco.

Neiron estaba erguido en su plataforma junto al mástil, observando a los remeros mientras se rascaba el cogote.

—No les metas prisa, señor —dijo—. Necesitamos tres buenas estrepadas, no que les entre pánico y se hagan un lío otra vez—. Sonrió un momento a Sático y levantó la voz—. ¿Estáis listos?

Un grave rugido le respondió.

—¡Todos a ciar! ¡Nos retiramos! —gritó, y las palas se clavaron en el agua. Una primera estrepada y se oyó un chirrido en la proa; una segunda, y todos los hombres que estaban de pie fueron derribados cuando el espolón se liberó del casco enemigo y la proa se alzó bruscamente. Los remeros perdieron el compás y las palas entrechocaron.

Sático cayó pesadamente y Neiron cayó encima de él, y tardaron unos segundos eternos en ponerse de pie otra vez. Neiron se puso a gritar a los remeros, haciéndoles recuperar el ritmo de nuevo.

Sático echó a correr hacia la proa, mirando a todas partes. Hacia el este, el *Hinojo* había barrido el costado de un pesado trirreme, rompiéndole los remos de estribor, al mismo tiempo que el barco de la primera línea le había hecho lo propio en el costado de babor, de modo que el barco flotaba en el agua como un insecto con todas las patas arrancadas.

Hacia el oeste, un navío cardio mercenario había atravesado la primera línea enemiga y proseguía su avance hacia la mal formada segunda línea, mientras preparaba una maniobra de *diekplous* por su cuenta y riesgo.

Justo a proa, el *Loto* había embestido con su espolón a un segundo adversario que se bamboleaba con los remos rotos; la galería superior de remeros sangraba literalmente, allí donde el espolón había aplastado maderas y cuerpos humanos.

Más al este y al oeste, no obstante, el enemigo se estaba reagrupando. Su flota era tan grande que los daños apenas afectaban a sus probabilidades de éxito. El centro del enemigo todavía no estaba organizado, pero una docena de barcos, mejor gobernados

o más agresivos, ya se dirigían veloces en socorro del flanco castigado.

Sátiro se dio cuenta y regresó corriendo a la media eslor.

—Ahora a bogar —dijo al maestro remero.

—¡Cambiad de bancada para remar en orden de marcha! —gritó el maestro remero.

Sátiro señaló el segundo barco inutilizado por el *Loto*.

—Quiero hundir ese barco, ¡pero no arremetáis con tanta fuerza!

Acto seguido salió corriendo hacia popa para hablar con Diocles.

—¡Derechos hacia el trirreme azul! —gritó.

Diocles entornó los ojos.

—No es lo que tu tío ha ordenado —objetó.

—¡Haz lo que digo! —replicó Sátiro. Una flecha le alcanzó el hombro izquierdo, resbaló por las escamas del coselete, le abrió un surco en el cogote y se clavó en las tablas que supuestamente protegían al timonel—. ¡Ares! —maldijo. Se llevó la mano al cuello y al apartarla la vio manchada de sangre.

Sátiro se volvió para ver de dónde había llegado la flecha. Un trirreme de casco oscuro les estaba dando alcance por la aleta de babor, y los arqueros del barco enemigo disparaban con la intención de dejarlo sin timón.

—¡Hades! ¿De dónde ha salido ese? —preguntó Sátiro—. ¡Todo a babor!

Diocles manejó con brío los timones de espadilla. Sátiro se volvió hacia proa.

—¡Remos de babor, todas las bancadas, remos a rastras!

El maestro remero se hizo eco de su orden y el *Halcón* viró haciendo honor a su nombre, apartando la popa del espolón que lo embestía. El casco inclinado de la primera víctima del *Gloria de Deméter* había ocultado a la nave enemiga, que tras haber ido lanzada a velocidad de embestida en pos de la popa del *Halcón*, ya estaba virando en busca de una nueva presa. Más a proa, los infantes de marina de Abraham dispararon una lluvia de flechas sobre el puente de mando del barco enemigo que se batía en retirada.

La maniobra para eludir el ataque había sacado de su sitio en la formación al *Halcón*, que ahora navegaba casi rumbo al norte, hacia los espolones de la columna de refuerzo del enemigo.

—El *Gloria de Deméter* ha atravesado la línea —dijo Diocles—. Está izando la vela. Es donde deberíamos estar nosotros, señor.

A Sátiro le dolía el cuello como si se lo hubiese pisado un caballo. Volvió a palpar la herida y le impresionó que sangrara tanto.

—Diocles, tenemos que virar a estribor. ¿Ves el barco verde oscuro con un mascarón de proa dorado?

—Lo veo —contestó Diocles.

—Directos a él, a velocidad de embestida. Pero justo antes de alcanzarlo, viramos

y pasamos por su popa. Si gira hacia nosotros...

—¡Ya lo he pillado! —chilló Diocles, haciéndole una seña para que se apartara.

Sátiro corrió en busca del maestro remero.

—Velocidad de embestida. Viramos a estribor. ¿Ves el barco verde? Directos a él, a velocidad de embestida. Y, a mi orden, un poco más. Pasaremos por su popa sin tocarlo.

Neiron tenía una flecha clavada en el costado.

—La puta flecha me atravesado la piel —dijo, con el rostro ceniciento por el dolor. La punta había penetrado su coraza de cuero—. ¡Atención! Bancada de estribor, ¡clavad los remos! Bancadas de babor, ¡avante toda! ¡Ar! —ordenó sin perder un ápice de autoridad. Luego se dejó caer, apoyado en el mástil—. ¿Me la arrancas, señor?

Sátiro echó una ojeada hacia proa. Los próximos segundos serían cruciales.

—En cuanto hayamos pasado al verde —contestó Sátiro.

—De acuerdo —dijo Neiron con gravedad. Le resbalaron los pies y se sentó pesadamente, apoyando la espalda contra el mástil—. Será mejor que marques el compás —agregó.

Sátiro pasó por encima de él.

—¡Bogad! —gritó. Una flecha rebotó tan fuerte en su yelmo que olió el cobre y le zumbaron los oídos—. ¡Bogad! —gritó de nuevo. La proa estaba casi enfilada, había que detener la virada—. ¡Alto! —ordenó—. ¡Todos los remos, velocidad de embestida! ¡Ar!

Sintió la potencia de la nave bajo sus pies.

—¡Bogad! —gritó.

Notó un ligero balanceo cuando Diocles corrigió el rumbo. El enorme barco verde estaba virando hacia ellos. Era mucho más alto que el *Halcón*, un cuadrirreme, como mínimo, quizás el barco mayor de la flota enemiga.

—¡Bogad!

Sátiro quería pasar al otro lado del barco verde para que su mole los protegiera del resto de la escuadra enemiga. Bajó la vista hacia su maestro remero, que estaba perdiendo la conciencia, con el rostro pálido y gris como el mar un día nublado de verano. Un reguero de sangre le salía de debajo de la coraza. Otra flecha se clavó en el mástil, hundiendo la lengüeta de la punta casi un dedo en el roble.

—¡Bogad!

Arcos sakje.

Echó un vistazo hacia el sur mientras tomaba aire para ordenar la estrepada y casi llegó tarde. Ahí estaba el *Herakles* de Terón a velocidad de embestida, derecho hacia el mismo objetivo, avanzando espolón contra espolón hacia un barco que lo doblaba en desplazamiento.

—¡Bogad! —gritó.

Diocles también vio a Terón.

—¡Chocará contra nosotros! —rugió el fenicio—. ¡Desvíate, corintio!

—¡Con todas vuestras fuerzas! ¡Ar! —rugió Sático a los remeros. El *Halcón* aceleró bajo sus pies—. ¡Bogad! —Los remos, tan largos como *sarisas* macedonias, se movieron al unísono como las patas de un insecto acuático o las alas de un pájaro.

—¡Bogad!

Diocles corrigió bruscamente el rumbo y Sático tuvo que esforzarse para no perder el equilibrio.

—¡Bogad! —rugió.

El *Heracles* no viraba, estaba en la recta final de su ataque, corriendo como un caballo de carreras.

—¡Bogad!

El enemigo verde viró para apuntar su proa hacia el *Heracles*; una decisión pésima, probablemente una orden malentendida, de modo que finalmente el gran barco mostró su desnudo y vulnerable costado al espolón del *Halcón*.

—¡Bogad!

El *Heracles*, más rápido por llevar más arrancada, lo embistió justo detrás de la proa, con un único estrépito.

—¡Bogad!

Diocles manejaba los timones de espadilla con precisión, buscando el punto límite donde librar la popa del barco enemigo en cuestión de segundos.

—¡Bogad!

El navío verde dio un bandazo, enviando su popa hacia ellos, deslizándose de costado sobre el agua con toda la energía que le había transmitido la embestida del *Heracles*.

—¡Bogad! —rugió Sático.

—¡Colisión! —chilló Abraham desde encima del espolón. Y chocaron clavando el espolón en la popa del enemigo, justo debajo del timonel, con un ruido sordo, y Sático se encontró de bruces en la cubierta.

—¡Cambiad de bancada! —consiguió gritar Sático aún tendido en el suelo—. ¿Me oís? ¡Cambiad de bancada! —gritó, intentando levantarse. Tenía a un marinero encima, un marinero muerto. Sático lo apartó y rodó por la cubierta con el cuello dolorido y los ojos enrojecidos. El gran barco verde se cernía sobre ellos, y llovían flechas contra la sección central del *Halcón*—. ¡Cambiad de bancada! —gritó Sático otra vez. Tenía la impresión de estar muy lejos de allí. En la cubierta inferior, los hombres se escondían debajo de sus remos.

Una flecha lo alcanzó en lo alto del hombro. Le dolió, y el impacto le hizo retroceder un paso.

—¡Ciad! —gritó, y su voz le sonó aguda y muy lejana—. ¡Ar!

El barco se estremeció como un animal herido.

—¡El espolón está enganchado! —gritó Abraham—. ¡Abordaje!

Efectivamente, había hombres descolgándose por el costado del barco verde que saltaban a bordo del *Halcón*. Sático estaba a tres pasos de su *aspis*, el enorme escudo redondo de la infantería griega. Lo tenía en el armero dispuesto en un extremo de la plataforma de mando.

Sático tuvo un extraño momento de vacilación; prácticamente no se movió. Le parecía que el escudo estaba muy lejos. Solo quería dejarse caer sobre cubierta y sangrar.

El asta de una jabalina ligeramente desviada lo golpeó y resbaló a lo largo de la cubierta.

Había un par de enemigos en la plataforma de mando. Reparó en ello con interés profesional. ¿Cómo habían llegado allí?

Les dio la espalda para agarrar su *aspis*. Cada movimiento le resultaba eterno por saberse expuesto a las armas de los enemigos: la mano izquierda en el borde forrado de bronce, la mano derecha levantándolo del armero, el brazo izquierdo encajando en el *porpax*, el hombro soportando el peso mientras se volvía... ¡pum! ...cuando el infante enemigo chocó escudo contra escudo y el armónico bronce resonó.

Sático afianzó los pies y alargó la mano derecha para agarrar el borde del escudo de su oponente. Con una sola mano, giró el escudo medio círculo a la derecha, rompiéndole el brazo, y luego se lo clavó en la nariz. El enemigo se desplomó y Sático saltó hacia su compañero, desenvainando el pesado *kopis* de su padre al tiempo que agachaba la cabeza y arremetía contra su nuevo oponente. Movimiento en la popa. Sático arremetió escudo contra escudo y dio un mandoblazo por debajo del borde inferior de su *aspis*. Le clavó la hoja en el muslo y lo arrojó por la borda. Sático dio media vuelta, pero el hombre que se aproximaba desde la popa era un marinero armado con una lanza; uno de los suyos.

—¡Ciad! —gritó Sático. Los remos se hundieron en el agua; habían perdido la estrepada y era preciso recuperarla.

Mientras los remos ascendían, vio que venían más hombres desde la proa. ¿Estaría muerto Abraham?

—¡Ciad! —gritó cuando los remos estuvieron en lo alto de la palada—. ¡Neiron! Necesito que marques el ritmo. ¡Ciad!

Neiron estaba sentado contra el mástil, con la mirada perdida.

Había otros tres infantes de marina enemigos, pero se mostraban cautos. A una orden de su jefe, lanzaron sus jabalinas a la vez, y Sático las repelió con su escudo y cargó contra ellos, gritando «¡Ciad!» como si fuese su grito de guerra. Chocó con su escudo contra el del medio, el que tenía a la derecha le hizo un tajo superficial en la

greba y Sátiro le asestó un golpe en la cara con la empuñadura de su espada egipcia, por encima del borde de su escudo; un amago de ataque para dar el mandoble invertido que los griegos llamaban «golpe de Harmodio». Sátiro dio un paso al frente con el pie de la espada, cambiando su peso con la finta y empujando a los otros dos con el escudo, y entonces dio un mandoble hacia atrás al hombre que lo había herido, y la fuerza de su golpe atravesó el yelmo del enemigo.

Sátiro arrancó el arma egipcia de la cabeza del muerto y la hoja se partió; y Sátiro retrocedió un paso. «¡La espada de mi padre!», pensó.

El marinero de cubierta que estaba detrás de él le salvó la vida, clavando su lanza por encima del hombro de Sátiro en plena cara del adversario. El golpe resbaló en su mentón, se hundió en su mejilla y lo derribó, cortando el paso a su compañero de filas, cuyos pies agarró un avispado remero desde la cubierta inferior. El enemigo cayó y murió a manos de los remeros.

—¡Ciad! —gritó Neiron.

Con un chillido como el de una mujer herida, el *Halcón* se liberó del navío verde, atrapando en sus cubiertas a los infantes enemigos. Muchos decidieron saltar por la borda, pues los hombres con armadura ligera podían nadar lo suficiente para ser rescatados, pero los oficiales con sus pesadas protecciones de bronce quedaron atrapados. Sátiro vio que unos marineros agarraban a uno y lo arrojaban a una muerte segura en el agua. Abraham aceptó la rendición de otro; Abraham era el único hombre a quien Sátiro había visto aceptar una rendición durante un combate naval.

—¡Oh, Ares! —dijo Sátiro. No podía caminar.

—¡Ciad! —gritó Neiron, y el *Halcón* se encontró a una eslora de su enemigo.

—¡Cambiad de bancada! —gritó Sátiro. Miró hacia popa. Diocles tenía una flecha clavada en el muslo y se servía de los timones de espadilla para sostenerse erguido.

De hecho, su espolón había abierto una brecha en la parte derecha de la popa del navío verde, que empezaba a hacer agua, pero el enemigo estaba tratando de hacerse con el barco de Terón desde la proa, como quien roba una balsa salvavidas. Sátiro veía a Terón luchando con sus hombres en la proa. Era el hombre más corpulento del combate.

Desde el noroeste, toda la flota enemiga se les estaba viniendo encima. El resto de sus escuadras se había marchado. Tan solo a un estadio de allí, las proas de un par de trirremes dorados levantaban espuma al surcar las aguas a velocidad de embestida.

—¡Diocles! —chilló Sátiro, señalando al nuevo enemigo.

Diocles ya estaba apoyándose en sus timones, aprovechando el impulso de la ciada para girar la proa del barco hacia el sur.

Sátiro lo vio como si un dios se hubiese puesto a su lado y le hubiese metido la idea en la cabeza: vio el combate y lo que tenía que hacer.

Mientras la proa viraba hacia el sur, vio que cada vez más marineros e infantes abordaban el *Heracles*.

—Abarlóame al *Heracles* —dijo Sático.

Diocles se mordió el labio pero no dijo nada.

Sático aceptó su crítica no expresada y echó a correr hacia proa, llamando a cuantos marineros armados encontraba a su paso.

—¡Abraham! —gritó.

Neiron ordenó la primera estrepada del nuevo orden de marcha. Su voz sonaba débil, pero tenía que mantenerse firme. Sático se estaba quedando sin alternativas y no estaba dispuesto a abandonar a Terón.

Abraham estaba arrodillado junto a un marinero agonizante. El hombre se estaba desangrando y Abraham le estrechaba la mano.

Sático aguardó a que los ojos del moribundo se cerraran. Luego le cogió la jabalina y la espada.

—Vamos a abordar el *Heracles* —anunció.

Abraham negó con la cabeza.

—Estás loco —respondió en voz baja.

—No voy a dejar que Terón muera mientras pueda salvarlo —replicó Sático.

—¿Y qué pasa con el resto de nosotros? —preguntó Abraham—. ¡Atravesar la línea enemiga! ¿No era eso lo que se suponía que debíamos hacer?

Sático meneó la cabeza para aclarar sus ideas. Él lo veía con toda claridad.

—Ponemos a la nave verde entre nosotros y esas dos —dijo, señalando a los nuevos enemigos más cercanos, ahora ya a tan solo medio estadio—. Rescatamos a Terón y nos largamos.

Abraham se encogió de hombros. Le goteaba sangre de un ojo, o quizá solo le saliera de debajo del yelmo.

—Lo que tú digas, príncipe.

El resto de los infantes de marina parecían cansados pero ni por un asomo derrotados. La mayoría había combatido en Gaza.

—A la cubierta del *Heracles* —dijo Sático—. La limpiamos y nos largamos. Una rosa de oro de Rodas para cada hombre que me siga a esa cubierta.

Mientras Sático hablaba, Diocles tuvo suficiente arrancada para hacerlos virar de nuevo hacia el este, de modo que los remeros recogieron los remos y el *Halcón* pudo abarloarse a su hermano siniestrado.

Sático se encaramó a la borda.

—Limpiemos esa cubierta —gritó, y aunque se le quebró la voz, acto seguido se encontraba a bordo del *Heracles* y su jabalina golpeó la sien de un infante enemigo, dejándolo inconsciente dentro de su yelmo. Sático fue derecho hacia el siguiente hombre, levantando el escudo de modo que el borde de su *aspis* chocara contra el

mentón de su enemigo, cuyo sudor llegó a oler mientras este trataba de dar media vuelta y un marinero le clavaba una lanza entre los dientes. Sático lo tiró al suelo y arremetió contra el flanco de la fuerza de abordaje enemiga, contra los marineros desarmados que no llevaban ni escudos y morían como animales sacrificados bajo su espada prestada. Y cuando se retiraban, los seguía matando, asestándoles mandobles mientras huían hacia la proa, matándolos incluso cuando saltaban por la borda, como si matando a aquellos hombres que servían a su enemigo fuera a recuperar su reino perdido.

Terón yacía junto al mástil, apoyando la espalda contra él. Estaba cubierto de sangre a causa de varias heridas; tenía el muslo izquierdo lacerado, con cortes poco profundos, y la sangre le corría por las piernas como la lava de un volcán en erupción. Levantó una mano, tal como lo habría hecho en un combate de pancraccio, en la arena de la palestra de Alejandría, al aceptar una derrota. Se las arregló para sonreír.

—¿Todavía en la lucha, eh? —dijo.

Sático le cogió la mano y lo ayudó a ponerse de pie. Miró a proa y a popa. Los infantes de marina del pesado cuadrirreme verde se estaban reagrupando en la proa de su navío, y una lluvia de flechas barrió las cubiertas del *Heracles*.

—Podríamos abordarlo —dijo Sático.

—Si quisieras morir gloriosamente, ese sería tu camino —dijo Abraham a su lado. Estaba envolviendo el brazo del escudo con un trozo de lino que había arrancado a un cadáver—. ¡Mira!

Los dos trirremes de casco dorado de Pantecapea estaban casi encima de ellos, remando con ganas, si bien habían perdido velocidad porque habían iniciado la carrera demasiado pronto y sus tripulaciones no estaban bien entrenadas. Con los barcos agolpados, no podían discernir cuál era amigo y cuál enemigo, y detrás de ellos se aproximaba otra docena de trirremes.

—Podríamos tomarlo —dijo Sático.

—Estás poseído por un mal espíritu —dijo Abraham—. No sucumbas a sus lisonjas. —Se inclinó hacia él—. Debes vivir, o todo esto habrá sido en balde. Déjate de heroicidades y piensa como un comandante.

Sático notó que se le encendía el rostro, notó la ira que bullía en su fuero interno. Pero también vio los rostros de los hombres que lo rodeaban. Vio el asentimiento de Terón. La estudiada falta de expresión de los infantes de marina.

—Muy bien —dijo, con más aspereza de la que quería. Miró hacia el *Halcón*—. Abraham, impide que nos aborden de nuevo. En cuanto libere al *Heracles* de este cabronazo verde, toma el mando y alejaos. ¿Entendido? Terón; que alguien se ocupe de que atiendan a Terón. No, mejor será trasladarlo al *Halcón*.

Tenía la cabeza despejada; cansada pero despejada. Era como despertar de unas

fiebres. Ahora podía ver con claridad, y lo que veía eran los últimos momentos de un desastre. En cuanto los dos trirremes dorados supieran a qué bando pertenecía cada nave, sería hombre muerto.

Saltó a bordo de su barco, aterrizando con un estrépito de bronce contra la cubierta.

—¡Diocles! —rugió.

—¡A la orden! —gritó su timonel. La flecha había desaparecido de su muslo, que ahora estaba envuelto con un trozo de lana.

—¡Remos de babor! ¡Empujad! ¡Apartadnos del *Heracles*!

Sátiro corrió en pos de Neiron, que yacía a los pies del mástil; daba órdenes con un hilo de voz, articulando para que Thron pudiera leerle los labios. Thron era uno de los chicos egipcios que servían a los marineros, y chillaba las órdenes a las cubiertas de los remeros.

—¿Sigues consciente? —preguntó Sátiro a Neiron, que enarcó una ceja.

—Debe ser estupendo... joven —contestó Neiron con voz ronca—. Poseidón, cómo me duele. Hermes que velas por los marineros, vela por mí. ¡Arghh! —gritó, y arqueó la espalda.

Un poco más adelante, un puñado de marineros subieron a Terón a bordo y lo dejaron caer sobre la cubierta sin miramientos, para poder agarrar de nuevo sus lanzas y empujar contra el casco del *Heracles*. Sátiro aflojó las correas de la coraza de Neiron y acto seguido, sin previo aviso, arrancó la punta de flecha de la herida. Había penetrado poco, aunque lo suficiente para que manara como una fuente, pero no era forzosamente una herida mortal.

Sátiro ocupó su puesto.

—¡Banda de babor, empujad! —gritó. Los remeros se servían de las palas de sus remos para empujar contra el casco del *Heracles*.

—¡Empujad!

—¡Estamos sueltos! —gritó Diocles desde la popa. La distancia entre los dos barcos se agrandaba. El *Halcón* era ligero, cincuenta hombres fornidos podían separarlo muy deprisa.

Una ojeada a popa: los cascos dorados estaban cambiando de rumbo, el sol matutino se reflejaba en el bronce de sus espolones, volviéndolos de fuego. No iba a conseguirlo.

Tampoco iba a dejar de intentarlo.

—¡Cambiad de bancada! —rugió, con toda la potencia de su voz, como si algo se hubiese roto en su pecho, permitiéndole gritar a pleno pulmón.

Un ligero griterío jubiloso en el cuadrirreme verde. Los tripulantes enemigos pedían socorro, gritando a los barcos dorados.

Su capitán de arqueros disparó contra el enemigo y un arquero enemigo cayó: un

hombre con túnica. Un sakje. Sátiro maldijo a Eumeles por haber sobornado a su pueblo. Había muchas cosas que Sátiro y León habían dado por sentadas.

Los tripulantes del navío verde gritaron de nuevo y los trirremes dorados afinaron el rumbo, seguros de cuál era su presa.

—¡Remos fuera! ¡A bogar en retirada! ¡Ar! —gritó Sátiro en cuanto la mayoría de sus remeros hubieron cambiado de bancada. Sopesó todo lo que había aprendido acerca de la guerra: que los hombres respondían mucho mejor si entendían lo que se precisaba de ellos. Sus maestros habían insistido mucho en ello.

Se asomó a la cubierta de remo.

—Escuchad, amigos. Tres estrepadas atrás y cambio de bancada; dos estrepadas avante; cambio otra vez. ¿De acuerdo? Después de eso, a toda marcha. ¿Listos?

Un gruñido por respuesta, no una ovación.

—¡Bogad! —gritó Sátiro.

—¡Atenea y brazos fuertes! —exclamó un veterano.

—¡Atenea y brazos fuertes! —gritaron todos los remeros al unísono, y el barco retrocedió una eslora entera.

—¡Atenea y brazos fuertes! —repetieron, y de nuevo el *Halcón* se movió, deslizándose libremente.

—¡Cambio de bancada! —gritó Sátiro, pero muchos de los hombres ya estaban cambiando de sitio aprovechando la palada, cambiando de bancada con una fluidez nunca antes vista por Sátiro.

Echó a correr hacia Diocles. Quería detenerse y jadear para recobrar el aliento, pero no había tiempo que perder.

El casco dorado más próximo se hallaba tan solo a tres esloras.

—¡Contra la amura de estribor del verde! —gritó Sátiro—. Tenemos que embestirlo para liberar al *Heracles*.

Diocles se volvió y miró hacia el barco dorado que iba en cabeza.

—¡Sí! —gritó Sátiro. Había leído los pensamientos de Diocles al mismo tiempo que el timonel leía los suyos. Con un poco de suerte por parte de Tiqué, el primer barco dorado chocaría con su compañero.

Detrás de aquellos dos, había otra docena de trirremes esparcidos sobre dos estadios de agua.

Los remeros habían cambiado de bancada.

—¡Bogad! —gritó hacia la cubierta de remo.

El casco cambió de sentido. Los remos subieron juntos y giraron en lo alto de su trayectoria.

—¡Bogad! —rugió Sátiro. El casco crujió y el *Halcón* salió impulsado hacia delante, cuando ya viraba por efecto de los timones de espadilla.

—¡Bogad!

—¡Colisión! —gritó un marinero desde la proa.

El *Halcón* embistió al cuadrirreme enemigo justo donde la galería de infantes se alzaba sobre su espolón; justo donde los hombres se estaban agrupando para otro ataque contra el *Heracles*. Fue un golpe de refilón, dado desde demasiado cerca, pero el resultado fue espectacular. En la proa del enemigo algo se rompió con un fuerte chasquido; alguna pieza de madera sometida a tensión por la embestida contra el *Heracles*. La torre de los infantes se inclinó bruscamente y todo el casco verde comenzó a volcarse, llenándose rápidamente de agua.

—¡Cambio de bancada! —gritó Sático. Era el momento. Pero el *Heracles* estaba a salvo; se mecía en el agua como una barca de pesca tras subir a bordo un tiburón, con el espolón liberado del barco verde.

El primer trirreme dorado pasó rozando su popa tras fallar la embestida por la longitud de un bote a remos. Todavía estaba virando, y sus remeros pagaron su descuidada maniobra al tropezarse con los restos del navío verde, que zozobraba.

En la banda de babor, justo detrás del *Heracles*, el segundo trirreme dorado se abatía sobre el *Heracles* a media eslora de su casco; el segundo barco había sido más cuidadoso, aguardando el momento oportuno a la espera de que los dos barcos alejandrinos dañados se vieran obligados a retroceder.

Los remeros iban sentados al revés, de cara a la proa.

—¡Atrás! ¡Ciad! —gritó Sático. Tenía que intentarlo.

Tenía que intentarlo.

Diocles negó con la cabeza y se agarró al costado. Cuando el barco dorado embistió al *Heracles*, su casco quizá se les vendría encima.

Abraham gritaba a sus remeros, tratando de coordinar sus paladas. Se habían enzarzado en el abordaje durante demasiado rato y muchos hombres habían abandonado sus bancadas para luchar. El *Heracles* flotaba al paio en el agua.

¿Por qué se oían vítores a bordo del *Heracles*? Sático se puso de puntillas y acto seguido se encaramó a la borda, agarrándose a un obenque.

El *Loto Dorado* de León pasó veloz ante la popa medio sumergida del navío verde cual monstruo marino vengador y embistió al segundo trirreme dorado en la aleta, desgarrando con su espolón el barco enemigo como un tiburón que diera dentelladas a un delfín, arrojando hombres al agua y abriéndole tal brecha en el costado que se hundió cuando los remeros todavía remaban, yéndose a pique en diez segundos. El *Loto Dorado* prosiguió su avance.

El *Heracles* reunió a sus remeros. Con tiempo para respirar, Abraham lo alejó del naufragio del verde y viró hacia el mar abierto, poniendo rumbo al este. Solo tenía dos tercios de sus remos en acción, pero trabajaban al unísono.

El *Halcón* respondía mal; ligero como una pluma, con la popa hundida, tendiendo a desviarse de su rumbo. Los remeros bogaban bien y, no obstante, la nave

reaccionaba a su antojo.

Sátiro miraba hacia popa, hacia el punto donde el *Loto* había embestido a un segundo barco.

Tenía el espolón atascado.

Mientras lo observaba, un barco enemigo hincó su espolón en el *Loto* y el gran navío se estremeció como lo hace un león cuando lo alcanza la primera lanza en una cacería.

Sátiro corrió a la popa como si pudiera saltar por encima de la borda y del mar que mediaba entre ambos barcos para acudir en socorro de su tío.

—No hay nada que hacer —dijo Diocles.

—Ares. Poseidón. Podemos hacerlo. Con el *Heracles*...

Diocles negó con la cabeza.

—¿No lo notas, muchacho? Estamos sin espolón. Lo hemos perdido al embestir al verde.

Sátiro se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago. León estaba muy cerca.

—Lo ha hecho por ti —dijo Diocles—. Salvemos los barcos que tenemos y huyamos.

—Heracles, Señor de los Héroes —rezó Sátiro, ahogándose en su plegaria.

Huye, chico.

Un segundo espolón embistió al *Loto*. Y mientras Sátiro contemplaba la idea del suicidio enviando su barco al rescate de León, la distancia creció hasta dos estadios, tres estadios, luego cinco. Ahora había una docena de barcos enemigos alrededor del *Loto*.

—Huyamos —dijo, con la cabeza gacha.

—A la orden —respondió Diocles—. Ahora ve a proa y haz que los hombres tapen las brechas de las amuras. Si no lo hacen, podemos darnos por muertos.

Aleandría, Egipto, 311 a.C.

Entre todos los lugares del mundo donde una mujer podía dar a luz, pocos podían superar a Alejandría.

Melita yacía sobre un *kline* especial que le habían llevado los médicos y mordía sin darse cuenta la correa de cuero que tenía para resistir los dolores del parto. Estaba empapada en sudor, y su cuerpo hinchado luchaba con toda su considerable fuerza para expulsar al bebé, y aun así era capaz de pensar en su hermano, en el vinoso mar, conquistando el reino de ambos mientras ella yacía en un lecho conquistando su preñez. Así era como había llegado a considerarla: una conquista. Nada en su vida, ni la guerra, ni el secuestro, ni las amenazas de asesinato la habían preparado para la incomodidad, la ociosidad forzosa y el aburrimiento del embarazo.

—Ya vuelven —rezongó. Su habitación estaba llena de médicos y comadronas; demasiada gente, en su opinión. Safo había hecho caso omiso del consejo de Nihmu a propósito de que ella y Safo eran quienes debían ocuparse del parto.

Oleada de dolor. Mordió con fuerza la correa y se retorció, notando el bulto palpable que parecía flotar en agua, salvo que esta estaba dentro y fuera de ella.

—Ya falta poco —dijo el hombre más cercano a la cama. Era Niarco, el médico personal de León.

Nihmu le agarraba una mano.

—¡Respira! —dijo en griego con acento sakje—. Tiene razón —agregó con una sonrisa que Melita apenas vio entre su pelo enmarañado—. Ya casi has terminado.

—Qué suerte, siendo una chica tan joven —dijo otra voz.

Dolor.

Mientras emergía de la última oleada, se dio cuenta de que llevaban razón, y de que cuanto le habían dicho las sacerdotisas de Hera y de Hathor era verdad; las oleadas eran cada vez más seguidas y duraban más. Dejó de pensar en la expedición de su hermano. La única realidad que existía era...

Dolor.

Esta vez fue consciente de que algo iba mal. Nihmu no le sujetaba la mano y había unos hombres que gritaban; y sangre; sangre como agua roja extendiéndose encima de ella. Alargó los brazos. Gritó. Notó que ya le venía la siguiente oleada de dolor, sentía que toda la entrepierna se convulsionaba, intuía la llegada de aquella encantadora presencia ajena; estaba ocurriendo ya.

«Si esto es mi sangre, ¡tengo un problema!», pensó. Algo o alguien cayó encima de sus piernas, Melita soltó un grito ahogado y le sobrevino la siguiente oleada de dolor.

Se debatía por evitarla, por ver... se apartó el pelo sudado de la cara y bramó. Gritos... golpes de bronce contra hierro... el olor de la sangre. Intentó concentrarse... discernir algo... ¿Pelea?

—¡Cogedlo! —rugió una voz junto a la puerta, y luego otra... Sonidos metálicos... —¡Guardias! ¡Velad por mi señora!

¡Dolor!

—¿Sigues aquí, querida? —le dijo Nihmu al oído. Unas personas le apretaban tanto el cuerpo que casi no podía respirar, y sentía un peso en las piernas que no le gustaba nada, y gritos, voces de hombre.

—Respira, dulzura. —Nihmu estaba a su lado—. Liberadle las piernas —dijo.

Dejó de sentir peso en las piernas al tiempo que sentía cómo se abría, se abría...

¡Oleada de dolor! Esta no se le pasaba. La cabalgó como un barco en el mar y, de repente...

—¡Ve la cabeza! —gritó Nihmu—. ¡Despejad la habitación!

—¡Sí, señora! —contestó Hama. Pese a las punzadas de dolor y a la confusión de lo que acababa de ocurrir, Melita reconoció el acento celta de Hama. ¿Qué demonios hacía en su habitación durante el parto?

—¡Empuja! —dijeron Nihmu y Niarco a la vez, sonando de manera tan extraña e inquietante como un dios.

En realidad ya no necesitaba seguir empujando. Sus caderas se elevaron una pizca y de súbito salió todo. Notó el sabor de la sangre en la boca, y los músculos del vientre y la pelvis hallaron una postura nueva, casi como la primera vez que montó a caballo por su cuenta; el triunfo del instante en que todo su peso se desplazó y supo que alcanzaría los lomos de Bion; un torrente de liberación, un éxtasis triunfal.

Y un llanto.

—¡Ahora atiende a Safo! —dijo Nihmu.

—¡Un niño! —dijo Safo con un hilo de voz.

Melita tuvo la sensación de emerger, como si hubiese estado nadando en aguas turbias. La habitación parecía regada con cubos de sangre; había extrañas salpicaduras en el revoque liso de las paredes, y el suelo estaba mojado.

—¡Hathor! —exclamó Melita. Vio a su hijo; la sangre; su hijo—. ¡Artemis! —exclamó—. Ay, amor mío —dijo, y alargó los brazos para que le dieran el bebé.

Había sangre por todas partes. Safo yacía en el suelo, con la cabeza en el regazo de Niarco. Nihmu estaba entre sus piernas con el bebé en brazos. Bajo la atenta mirada de Melita, Nihmu agarró el cordón con los dientes y lo cortó con un cuchillo de plata, según la tradición sakje. El bebé lloró.

El abuelo del niño, Coeno, un caballero megaro, a la sazón mercenario, cuyo hijo, el padre del recién nacido, llevaba ocho meses en la tumba, apareció junto al hombro de Melita. Empuñaba una espada que chorreaba sangre.

—¡Dioses! —dijo Coeno, abriendo mucho los ojos—. ¡Es espléndido! ¡Buen trabajo, joven madre! —Se dirigió a Nihmu—. Tengo a dos filas de hombres tras él... ellos. Por el Hades, ¿qué ha ocurrido?

Melita se recostó en el *kline*.

—¿Puedo coger a mi hijo? —preguntó.

Nihmu le puso el niño en el pecho pero sin apartar los ojos de Coeno, que parecía abatido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Coeno otra vez, mirando al suelo.

—Uno de los médicos ha intentado matar a Melita —dijo Nihmu—. Safo lo ha impedido.

—¡Es una locura! —respondió Coeno—. ¿Y esta sangre?

—Mía —musitó Safo—. ¡Y suya! —agregó, señalando al médico judío que les había proporcionado su amigo Ben Zion. Estaba muerto, tendido sobre sus propias entrañas—. Se ha enfrentado al impostor... ¡Dioses, ha muerto por nosotros y ni siquiera nos conocía!

Safo sangraba lentamente por una herida en lo alto del muslo que Niarco sujetaba con una mano mientras con la otra intentaba hacer un torniquete.

—¡Ayúdame! —espetó Niarco a Coeno.

Coeno se arrodilló junto a Safo y desapareció de la vista de Melita.

—Pon la mano aquí y aprieta —ordenó Niarco—. ¡Más fuerte! No tengas miedo del muslo de una mujer; si no cierro esto, morirá.

Niarco se había trasmutado en un comandante en plena batalla y hablaba con rudeza.

—Los lazos de la cortina —dijo Nihmu—. O su fajín.

Niarco se hizo con los lazos de la ventana que daba al mar en un santiamén y acto seguido ya le había envuelto el muslo.

—Sujeta ahí. No, así. Ahora tengo que encontrarla y coserla. Hipócrates, guía mi mano. Hermes, no me abandones.

Murmurando plegarias, Niarco sacó un conjunto de herramientas de su maletín, que estaba a los pies de Melita.

Melita no podía ver nada; estaba dándole el pecho a su bebé y le faltaban fuerzas para incorporarse.

Nihmu se agachó a su lado y le tomó la mano.

—Deja que lo vea, dulzura. ¿A ver? Es perfecto. Ni un defecto. Agarra mi mano. Solo le está cosiendo el muslo. Oh, Señor de los Caballos, le han abierto un buen tajo. Perdona, dulzura, no he querido...

Melita levantó la cabeza y alcanzó a ver que Safo movía un pie.

—¡Resista, señora! ¡Ya tengo la vena! —dijo Niarco triunfante—. Por Hipócrates, qué difícil es coser esto.

—¡Hazlo de una vez, hombre! —gruñó Coeno.

—¡Una vuelta más! Una más. Ya está. Suelta ese cordón, despacio, una vuelta. Otra vuelta. Afrodita, no abandones a esta mujer. Artemis, mantente alejada, aún no tienes por qué arrebatarme a mi amada...

La voz de Niarco se fue apagando entre expresiones de cariño y comentarios.

—¿Y ahora qué? —preguntó Coeno.

—Ahora, a esperar —masculló Niarco.

Al día siguiente Safo seguía con vida. Melita también; de hecho, ya se sentía mejor. Se incorporó en el lecho, amamantó al bebé y observó a las esclavas y criadas que limpiaban la habitación con esmero. Una sirvienta se acercó a ver al bebé y la felicitó, embobada con el crío y proponiendo nombres.

Melita había esperado estar de mal humor, pues se estaba perdiendo la gran aventura de la reconquista del Tanais. Para entonces era posible que su hermano ya fuese el amo de Pantecapea.

Sin embargo, se encontró siendo la mar de feliz en su condición de madre con un hijo saludable y, dos días después, cuando Safo, pálida como la muerte por la pérdida de sangre, por fin abrió los ojos y los médicos declararon que iba a vivir, se puso aún más contenta.

Pasaron varios días en los que alimentaba constantemente a su hijo, vigilaba a las esclavas que lo cambiaban y recibía visitas regulares de un ridículamente incómodo Coeno, hasta que se enteró de toda la historia: el médico loco que sacó un puñal y fue detenido por el temerario coraje de Safo, que puso la mano y luego su cuerpo encima de Melita; el médico judío que plantó cara al asesino, muriendo en el intento aunque dejándolo escapar.

—Sófocles —dijo Melita, meneando la cabeza.

Coeno, sentado muy tieso a los pies de su cama, asintió gravemente.

—Es lo que sospecho. Y eso significa que sigue en Alejandría.

—¡Y le dejamos entrar! —dijo Melita—. ¿En calidad de médico?

Coeno negó con la cabeza.

—Ninguno de los otros médicos lo conocía. Quizás entrara con los esclavos, con los criados... no habíamos tomado ninguna precaución.

—Bien —dijo Melita, recobrando todas sus fuerzas—. Bien, todo se arreglará. Ya lo verás.

Coeno se revolvió un tanto incómodo.

—¿Has pensado en un nombre, querida?

Melita se encogió de hombros.

—No —contestó—. Entre los sakje, ponemos nombre a un niño cuando cumple un mes. Cuando sabemos que vivirá.

Coeno asintió.

—Este niño... será mi heredero. Significa mucho para mí, Melita. Cuando Jenó murió... —Coeno no derramó una lágrima, era demasiado fuerte y aristocrático para permitírsele, pero su pausa fue elocuente—. Este niño... no voy a abandonarlo. Aunque no estuvierais formalmente casados, espero... espero que...

—¡No seas tonto, tío! —Melita negó con la cabeza—. Serás su padre en muchos sentidos, tío Coeno. Y, por supuesto, entiendo tu interés. ¡Hombres! ¡Herederos! ¡Una hija sería tu heredera con el doble de seguridad!

Le dedicó una sonrisa pícaro a la que él respondió frunciendo el ceño.

—Una hija no habría llevado mi nombre —respondió Coeno.

Melita se rio.

—Ay, tío Coeno, los griegos estáis todos locos. ¿Cómo te gustaría que llamara a este niño encantador?

Coeno se acercó, como olisqueando a su nieto.

—Kineas —dijo.

La temporada veraniega de navegación tocaba a su fin, el viento del norte refrescaba todas las estancias de la mansión de León a orillas del mar. En el patio, los higos maduraban. El convoy anual procedente de Marsella, en la remota Galia, llegó a tiempo y con abundantes cargamentos, multiplicando la fortuna de León.

Safo se iba curando despacio, restableciéndose de la hemorragia con dulces y la cerveza ligera que bebían los egipcios. Pasaba muchas horas recostada sobre un *kline* en el patio privado, un espacio porticado que comunicaba la casa de León y la de Diodoro, donde las mujeres solían reunirse salvo cuando llovía. Los esclavos servían vino, dátiles y otros dulces mientras ella recibía, administrando sabiduría e incluso justicia, al personal de la casa.

Nihmu, una sakje oriunda del mar de hierba, tenía cuatro carcajes de flechas y estaba situada en un extremo del patio, disparando saetas con lengüeta de bronce contra una diana oculta en la penumbra de una columnata. A diferencia de Safo, que dirigía los asuntos de su marido, Nihmu no tenía casi ningún interés en el negocio al que se dedicaba el suyo, y nunca hablaba de lo que echaba de menos.

Melita estaba sentada en la hierba, envidiando a Nihmu su entrenamiento con el arco, aunque plenamente ocupada en decir tonterías a su hijo mientras lo ayudaba a caminar, sosteniéndolo por las axilas de modo que los pies apenas rozaban el suelo.

—¿Quién será un gran atleta, eh? ¿Con las piernas muy, muy largas? —le decía mientras él se las arreglaba para agarrarse a sus pechos—. ¿Y unos brazos muy

fuertes?

El chiquillo escupió un poco y se abalanzó sobre ella. En un par de días cumpliría dos meses. Melita le había puesto de nombre Kineas, en el templo de Hathor y en el de Poseidón. Y ahora pasaba los días jugando con él en el jardín.

—Podrías dejar que Calisto jugara con él —dijo Safo, levantando la vista de un rollo—. No es un juguete ni una tarea. ¡Tira al arco!

Melita suspiró. La maternidad, una maternidad sin padre, no había alterado su posición en la casa. Era veterana de varias batallas, una mujer adulta, una madre, y Safo todavía le hablaba como si necesitara lecciones sobre todos los aspectos de la vida.

—Calisto no es su madre —dijo Melita.

Safo se encogió de hombros, sin apartar los ojos del rollo.

—Será madre en cuestión de días —dijo—. Pero puedes hacer como gustes, querida.

—¿Qué estás leyendo, tía? —preguntó Melita.

—Aristóteles. Esta es la copia de Filocles; voy a ocuparme de que la guarden en la biblioteca. Estoy catalogando todos sus rollos. Tiene cientos.

Safo levantó la mirada.

—¿De qué trata? —preguntó Melita.

—Bueno —dijo Safo. Se recostó en el diván—. Dice que es un estudio sobre la naturaleza pero, por el momento, más bien parece una revisión de las ideas de otros hombres.

—Filocles no tenía en mucha estima a Aristóteles —dijo Melita.

Safo enarcó una ceja delicadamente depilada.

—¿Has leído a Aristóteles?

Melita se encogió de hombros.

—Un poco. Su obra sobre los dioses, sobre la religión. Filocles me la copió toda para que la leyera.

Safo se inclinó hacia delante como si viera a su sobrina por primera vez.

—¿En serio?

Melita se sintió herida por la sorpresa de Safo.

—¡Estudié cada día con Filocles a partir de los seis años! —dijo—. He leído a Aristóteles, a Platón, todos los discursos de Isócrates, todos los aforismos de Heráclito, todos los libros de Pitágoras. ¡Todo! Incluso al imbécil de Pericles.

Safo sonrió.

—Ya lo sé, querida.

—¡Actúas como si fuese inepta para conversar! —dijo Melita.

—Y tú como si no tuvieras intención de leer un rollo nunca más —repuso Safo.

—¡Tengo un bebé! —replicó Melita.

—A menudo son fruto de una relación sexual poco meditada. —Safo sonrió—. No tiene por qué determinar el resto de tu vida.

—¿Poco meditada?

Melita se levantó y cogió a Kineas en brazos. Tomó aire como si se dispusiera a soltar una diatriba.

—La hetaira Fiale —anunció Kalias, el mayordomo. Hizo una reverencia y entró Fiale, que aun no siendo una belleza en sentido estricto era la mujer más atractiva de Alejandría, echando un chal de color arena en brazos de la esclava que la acompañaba, Alcea, una mujer de acusadas facciones.

—¡Oh, despoina! —exclamó Fiale. Se acercó a Safo y se arrodilló ante ella.

Safo endureció su expresión. Frunció el ceño y apretó los labios.

—¡Oh, Fiale! ¿Tan malas son las noticias que traes? ¿O estás dramatizando?

Fiale negó con la cabeza. Las lágrimas de sus ojos indicaban que su postración no era fingida.

—No, despoina, no dramatizo. Ha llegado un informe a palacio... un informe procedente de Rodas.

Safo tomó las dos manos de la hetaira entre las suyas.

—Vamos, cuéntamelo. ¿Se trata de Diodoro?

Fiale negó con la cabeza.

—No... no. Diodoro está bien. Se trata de la expedición al Euxino.

Melita sintió que se le helaba la sangre.

—¿Qué? —preguntó, olvidando su enojo.

Una flecha de Nihmu cruzó el aire con el sonido de un pájaro.

—Era una trampa —dijo Fiale—. Es lo que dicen en palacio. Una trampa.

—Desde luego no eres la persona a quien yo elegiría para dar malas noticias —dijo Safo, manteniendo impávida la máscara de su rostro—. ¡Desembucha, Fiale!

Fiale hundió la cabeza en el regazo de Safo, y Safo le acarició el pelo.

—¿Sátiro? —preguntó.

Fiale asintió sin levantar la cabeza.

—Dicen que su barco se hundió por los daños sufridos. Que nadie... pudo salvarlo. Terón y Abraham iban a bordo con él.

Melita sollozó. Faltó poco para que se desplomara. De repente, las encallecidas manos de Nihmu la sostenían. Apareció Calisto, con su abultado vientre, y cogió en brazos a Kineas, que rompió a berrear.

—¿Y mi marido? —preguntó Nihmu.

El llanto inundaba el jardín. Fiale lloraba, igual que Calisto y Melita. Kalias lloraba, así como las dos esclavas presentes. Alcea observaba con su habitual indiferencia el sufrimiento ajeno. Su actitud daba a entender que sufrir era la norma y que más valía que los demás se fueran acostumbrando, tal como había hecho ella.

Nihmu no derramó una lágrima, y Safo apretó los labios y meneó la cabeza.

—Todavía no nos han vencido —dijo Safo.

Melita vio que Safo y Nihmu cerraban los ojos. Algo sucedió entre ellas, y ambas se volvieron, como si fuesen un solo ser, para dirigir la mirada, no ya hacia ella, sino hacia su hijo.

La costa occidental del Euxino consistía en marismas, bahías profundas, estuarios infinitos y marjales que se extendían hasta el mar de hierba.

Todavía estaban a diez estadios de la costa. Habían huido adentrándose en alta mar, en el «gran verde» en el que nunca se aventuraban los marineros de cabotaje, achicando el agua del *Halcón* y taponando la proa para evitar que el agua entrara por las aberturas que había dejado la pérdida del espolón; tres grandes agujeros bajo la línea de flotación, cada uno del tamaño de un puño, donde los sólidos pernos de bronce habían roto las tablas del casco.

Sátiro estaba sumamente agotado, le costaba tomar decisiones prudentes y ya no sentía miedo ni esperanza. Se limitaba a actuar. Se encontraba en la proa, desnudo salvo por las botas, atando un *aspis* relleno de estopa en la parte externa del casco para tapar los agujeros. La tensión de la proa había arrancado los parches y el agua entraba de nuevo, y los remeros bogaban con la bancada inferior medio llena de agua, cuyo nivel iba en aumento.

Sátiro sujetaba el escudo sobre los agujeros mientras dos marineros oriundos de Urartu lo envolvían con sogas para afianzarlo. Sátiro luchaba contra el mar y contra su propia fatiga, y mientras empujaba, una ola zarandeó el escudo y aflojó todas las cuerdas. El brazo le dolía, el agua salada lamía la profunda herida y el dolor era intenso.

El agua volvió a entrar a borbotones en el barco.

—Joder —dijo Sátiro. Dudaba que le quedaran fuerzas para comenzar de nuevo, de modo que optó por empujar el escudo otra vez entre las sogas mediante el simple recurso de tirarse sobre el borde superior, yendo a parar al agua. Se agarró a los tablones de la proa mientras el agua lo golpeaba, dislocándole el hombro, y sacó la cabeza a la superficie. El impulso del barco lo aplastó contra el escudo, y el escudo se mantuvo en su sitio.

—¡Tirad, cabrones! —consiguió gritar Sátiro.

Ba'laz, el más corpulento de los dos, haló de su sogá hasta hacerla vibrar. Kariaz, más menudo, la amarró a un travesaño de los que soportaban el peso del espolón y luego haló de la otra sogá hasta que Ba'laz se unió a él y consiguieron afianzarla.

—¡Ya está encajado, capitán! —dijo Ba'laz.

Sátiro ya se estaba hundiendo debajo de la proa.

—¡Reacciona y lucha, muchacho!

Terón se alzaba encima de él en la arena de la palestra, con las manos aún en la postura de combate del pancracio.

—¿Estás vencido? Si eres uno de los míos, ¡levántate! ¡Levántate y lucha!

Terón era más corpulento de lo normal, y las arenas se extendían hasta un horizonte infinito. Su estatura era inmensa, y su clámide de piel de león aleteaba al viento, oliendo a gato mojado.

—¡Levántate y lucha!

Sátiro se esforzó en apoyarse sobre un pie, en darse impulso con un brazo. Parecía que todo el peso del mundo lo aplastara. La fuerza que lo clavaba al suelo era como la mano de los dioses. Empujó.

De repente, el peso sobre sus hombros cedió...

Solo la voluntad de los dioses mantuvo a Sátiro con vida. Se le enredó un pie en la maraña de cuerdas y lonas de su primera intentona por taponar la proa y quedó atrapado, ahogándose, hasta que Terón alargó los brazos y lo sacó del agua gracias a su fuerza. Diocles tardó varios minutos en reanimarlo, o eso le dijeron cuando tras jadear y atragantarse volvió a respirar con normalidad.

—Estabas ahí —dijo Sátiro a Terón, agarrándole la mano.

—Por supuesto —corroboró Terón. Se limpió la nariz. Una de las heridas que tenía en el muslo se le había abierto, y le chorreaba sangre aguada por la pierna, que presentaba profundas marcas donde se había arrancado las grebas.

—No; lo he visto. ¿Estaba muerto? —preguntó Sátiro.

Vio en sus rostros que pensaban que estaba desvariando, de modo que no dijo más.

—¿Alguna señal de los demás barcos? —preguntó.

Diocles negó con la cabeza. Llevaba diez horas al timón.

—Ni rastro —dijo—. Hemos huido hacia el oeste. Ellos, hacia el este.

Se encogió de hombros.

Terón se dejó caer pesadamente.

—Zeus Sóter, chaval. Si me hubieras soltado, a estas horas ya estarías a medio camino de Rodas.

Sátiro se las arregló para sonreír.

—Suena funesto, ¿verdad? Así estamos mucho mejor.

Diocles miraba inexpresivo hacia el frente.

Sátiro incorporó un poco la espalda. A uno de los chicos le dijo:

—Trae mi petate. —Se volvió hacia Diocles—. Todavía no hemos muerto.

—Por poco —respondió Diocles.

Sátiro puso lana cruda en el muslo de Terón, retorciendo las puntas tal como le había enseñado Sófocles, un traidor y un asesino pero un médico excelente, años

antes en Heraclea.

Heraclea, donde Amastris estaría esa noche. ¿Contemplantaría la puesta de sol? Dirigió la mirada al oeste, donde el sol se ponía mientras ellos bordeaban las marismas. En aquella costa no había nada, nada salvo los canales de cien vías de agua olvidadas y los marjales que dejaban a su paso.

Apenas alcanzaba a ver la tierra bajo el sol poniente, y justo al norte de la parte más brillante del disco rojo, vio el perfil de una vela. Señaló en aquella dirección.

—El carajo mojado de Poseidón —dijo Diocles—. Zeus Casio que conquistas todas las aguas. Tetis la de los pechos relucientes.

A Sático le costaba mantenerse erguido.

—Podría ser Dionisio —dijo, esperanzado.

Diocles negó con la cabeza y escupió por la borda.

—Es ese bastardo dorado que nos afeitó la popa. —Miró hacia proa—. Ese aparejo que has montado, ¿es lo bastante firme para que icemos la vela cuando anochezca?

Sático no apartaba los ojos de la otra nave. Los remeros estaban cansados, tan cansados que el barco apenas tenía impulso suficiente para ser gobernado, pese a que todas las bancadas bogaban.

—No nos ve —dijo.

—Estamos en el horizonte oscuro y con los mástiles bajados —dijo Diocles—. Pero eso no impide que podamos llegar a tierra. Podríamos hundirnos durante la noche, y lo sabes. Tenemos que llevar este casco a la orilla.

—En esta costa solo hay chinches y barro —dijo Sático.

—Un hombre puede abrirse paso en el barro, y los chinches no suelen matar —repuso Diocles—. Sin espolón, solo hay cuatro pernos de bronce que mantengan unida la proa, ¿me oyes, señor? No llegaremos a Tomis, ni allí donde creas que podemos llegar. Si el viento arrecia y se levanta marejada, estamos perdidos.

Sático tuvo ganas de despotricar diciendo que no era culpa suya y que Diocles estaba siendo injusto, pero le faltaron energías.

—¿Y bien?

—Hay que atracar —dijo Diocles. Miró a Terón, que se encogió de hombros.

—Ya me pusiste al mando de un barco —dijo—. ¡No pienso hacerlo otra vez! Me crié junto al mar y sigo sin saber nada sobre él. Pero Diocles parece estar en lo cierto, chaval. Cuando el viento se levante al amanecer, nos abriremos como una flor. Filocles te pediría que pensaras en los remeros.

Sático asintió. Pese a todo, se le cerraron los párpados, como si fuera a dormirse, frío y mojado, a resguardo de la borda de un barco que se hundía.

—En cuanto caiga la noche —dijo—, levantaremos el mástil de trinquete. Si resiste, levantaremos el palo mayor. Viraremos al norte hasta embarrancar en el barro.

Que todos los remeros suban a cubierta con su petate y cuantas armas tengamos a bordo. Nos llevaremos el equipo de los infantes muertos y todo lo que robamos al enemigo. Si conseguimos adentrarnos lo suficiente en la orilla, cargaremos con el agua potable.

Diocles asintió. Torció los labios en un amago de sonrisa.

—Tenía miedo de que trataras de abordar a ese cabrón y tomarlo.

Sátiro se desperezó con cuidado. La idea de volver a ponerse la armadura hizo que volviera a dolerle todo el cuerpo.

—No creas, se me había ocurrido —dijo, bromeando.

—Eso es lo que me da miedo —respondió Diocles.

Noche cerrada y media luna; una noche clara y fría con suficiente luz estelar para leer un rollo. En cuanto el *Halcón* hubo levantado el palo trinquete, su avance cambió. Diocles hizo que los marineros subieran sus petates a cubierta y los mandó a todos a popa, salvo al equipo de trabajo del palo mayor. Sátiro permaneció en la proa, agarrando con las manos las sogas que sujetaban el escudo. Su escudo.

Tampoco era que pudiera hacer gran cosa si el parche cedía, excepto maldecir y ahogarse.

Se volvió y observó cómo levantaban el palo mayor. Un mástil tan grande podría hundirlos si se salía de la fogonadura y caía sobre cubierta, pero carecía de energía para preocuparse por semejante eventualidad. De modo que optó por contemplar el rosado horizonte de poniente. El navío enemigo, si es que era enemigo, resultaba invisible con las velas arriadas. Incluso era posible que hubiese atracado para pasar la noche en tierra, aunque pocos marineros se arriesgarían a acercarse a las marismas de aquel tramo de costa.

La idea le hizo sonreír con tristeza, pues se disponía a varar su querido *Halcón* en aquellos mismos marjales. Y nunca recuperaría el *Halcón*. Agarró con más fuerza las cuerdas.

Antes de que el último obenque del palo mayor estuviera bien tirante, el rosa había desaparecido del cielo y el gran camino de las estrellas se desenvolvió sobre sus cabezas de uno a otro horizonte. Solo unos pocos remeros tuvieron ánimo de mirar hacia arriba, pero los que lo hicieron se exclamaron: un cometa, brillante como la luna, cruzaba el cielo oriental.

«Ella lo verá en Heraclea», pensó Sátiro.

Durante la segunda guardia nocturna, todos los remeros iban apiñados en la popa, levantando la proa casi fuera del agua. Mientras el viento siguiera soplando, llegarían a tierra antes del amanecer.

—¿Veo un resplandor en poniente? —preguntó Terón con voz ronca. Se movía muy poco, las heridas se le habían endurecido y los músculos le dolían.

Diocles asintió.

—Han varado la nave. ¿Sabes qué me dice eso?

Sátiro gruñó.

—Me dice que saben que vas a bordo de este barco y que hay dinero en juego. Nadie estaría en esta costa a no ser por una recompensa. —Se encogió de hombros—. Con la proa fuera del agua como ahora, no hay peligro. Mantendré rumbo al oeste hasta que note que el viento comienza a cambiar.

Sátiro gruñó su asentimiento.

Cuando quiso darse cuenta, se estaba despertando. Empezaba a clarear, y estaba húmedo por la bruma matutina.

—¿Diocles? —preguntó.

Diocles gruñó.

—Deja que tome el timón —dijo Sátiro, obligándose a levantarse. Las articulaciones de las rodillas le dolían.

—La brisa está cayendo —dijo Diocles sin levantar la voz—. Hemos sobrepasado su hoguera hace un par de horas. No podemos estar a más de un estadio de la costa, pero esta maldita niebla...

Sátiro no veía nada.

—¿Qué rumbo llevamos? —preguntó.

—Noroeste —contestó Diocles—. ¡Escucha!

Sátiro escuchó. Oía pájaros y el suave murmullo de las olas del Euxino.

—Gracias por llevar el timón toda la noche —dijo Sátiro—. Me siento... como un idiota. Soy el navarco.

Diocles meneó la cabeza, quitándole importancia.

—Los hombres dicen cosas cuando se acaloran —respondió—. Tampoco es que esté muy orgulloso de cómo te hablé ayer.

Sátiro puso sus manos sobre las del timonel.

—Tengo el timón —dijo—. Yo tampoco estoy orgulloso... de nada. —Se agachó bajo el yugo de los remos de espadilla—. Lo tengo.

—Tienes el timón. —Diocles se detuvo un momento—. Llévanos a tierra, ¿eh?

Sátiro meneó la cabeza para aliviar su tortícolis.

—Esta es la última vez que gobernaré el *Halcón* —dijo—. Lo noto raro.

—Está muriendo —respondió Diocles, acurrucándose junto al banco del timonel—. Pero es un buen chico. Nos llevará a tierra.

Sátiro encontró tan difícil calcular el tiempo como saber el rumbo. En dos ocasiones entrevió las estrellas en lo alto, y en una oyó la rompiente, clara como un diálogo en el teatro, justo a mano derecha; un cuarto de arco más lejos de donde debería estar.

«¿Hago un viraje? ¿Mantengo el rumbo?»

Miraba con ojos escrutadores hacia proa, atento a que la luz creciente y la neblina blanca le dieran una respuesta. Para entonces ya tendría que estar en la orilla, tendría que haber notado el contacto del barro bajo la quilla.

Bajó la vista hacia Diocles y Terón que, abrazados, dormían profundamente. No quiso despertarlos.

Se sentía muy joven. Se sentía como cuando con doce años hizo su primera guardia con los veteranos macedonios Draco y Amintas, en las montañas de Asia. Temeroso de cualquier ruido, pero aún con más miedo de parecer un idiota.

Una gaviota chilló a proa del barco.

Aguzó mucho el oído sin lograr oír nada. El ruido del oleaje se había apagado.

Comenzó a murmurar sus plegarias.

—Poseidón, dios del mar, mantente a mi lado. Heracles, dios de los héroes, sé mi guía...

A su alrededor, los hombres, agotados, yacían acurrucados entre ronquidos.

El barco seguía navegando y el cielo era cada vez más claro.

Para entonces ya corría peligro de ser avistado, pues las velas izadas seguramente descollaban sobre la capa de bruma, siendo un blanco fácil para cualquier centinela apostado en la costa.

«Ya no hay nada que hacer.»

El cielo ganó más claridad. La bruma era densa, pero ya podía ver el cielo matutino directamente encima de él. Se obligó a relajar la espalda y se dio cuenta de que había estado esperando la colisión de la proa contra la arena. «¿Dónde está la tierra?», se preguntaba cada par de minutos, y el *Halcón* seguía navegando.

Cuando la niebla comenzó a pintarse de rosa por la amura de babor, Sático supo cuál era su posición como si hubiese oído la voz de un dios; navegaba hacia el noroeste. Se asomó por la borda junto a los remos de espadilla y escupió al agua.

Avanzaban a buen ritmo, surcaban el mar como un caballo al trote. Tendría que haber llegado a tierra antes de las primeras luces. Meneó la cabeza, disipó el pánico y dio un golpecito a Diocles con el pie descalzo.

—¡Eh! —rezongó Diocles—. ¿Qué pasa?

—Te necesito —dijo Sático en voz baja. Diocles percibió la urgencia de su voz, y el tirio se restregó los ojos, se arrebujó los hombros con su clámide y se sentó en el banco de gobierno.

—Seguimos a flote —comentó.

Sático asintió.

—Navegamos hacia el noroeste y ni siquiera hemos rozado un bajío. Hace una hora que ha amanecido.

Diocles escupió al agua, tal como lo había hecho Sático. Luego se dirigió a proa, maldiciendo, y regresó con la «marsopa», la sonda formada por un peso de plomo

atado a una cuerda.

—Voy a enviar a la marsopa a darse un baño —dijo, y echó a correr entre la bruma.

Sátiro prestó atención al chapuzón de la marsopa. En torno a él, los hombres se iban despertando. La bruma se estaba disipando. En lo alto se veía el mástil con toda claridad. Tenía diez minutos para varar el *Halcón* antes de que los descubrieran, suponiendo que no los hubiesen descubierto ya.

Diocles llegó a paso ligero con un puñado de marineros pisándole los talones.

—Fondo arenoso en ligero ascenso, pero aún caben cinco hombres de pie debajo de la quilla. —Meneó la cabeza—. ¿Dónde demonios estamos? ¿Cómo es posible que naveguemos hacia el noroeste? ¡A estas alturas deberíamos estar surcando la hierba!

Terón acababa de despertarse con los ojos enrojecidos.

—Artemis, ya soy demasiado viejo para esto —dijo.

—Sigue lanzando la marsopa, timonel —ordenó Sátiro.

—Sí, señor. —Diocles sonrió con ironía—. ¿Así, no?

En voz más baja, Sátiro le preguntó:

—¿Qué opinas?

Diocles se acercó mucho.

—Se está filtrando agua por la proa. Creo que resistirá hasta que sol esté en lo alto del cielo, y que entonces se abrirá como las piernas de una puta en el Pireo. Más vale que lo varemos antes de que ocurra eso.

Sátiro negó con la cabeza.

—Lo he intentado. No he encontrado la costa. No sé cómo, pero así es.

Terón meneó la cabeza.

—A mí no me mires, chaval. Jamás tendría que haberme ofrecido a capitanear un trasto de estos. Mi pericia termina en la arena.

Antes de que corrieran rumores por toda la cubierta sobre el aprieto en el que se encontraban, el sol disipó la bruma y vieron árboles y maleza por la banda de estribor, una extensa costa que corría paralela a su rumbo.

Los hombres se quedaron boquiabiertos. Los que iban a popa se preguntaron cómo era posible que la orilla estuviera al este.

Diocles se rascó la barba.

—Ojalá contáramos con un verdadero piloto del Euxino —dijo. Señaló a uno de sus marineros—. Rufo piensa que nos hemos metido en el averno. Le daré un puñetazo si difunde esa idea.

Terón, ya de pie y frotándose los músculos con la parsimonia propia de un atleta, señaló con la barbilla a un grupo de hombres que se acercaba a ellos.

—Más vale que los escuches —dijo.

Un remero subió a la cubierta de popa como jefe de la delegación y, por un

momento, Sático temió un motín, la clase de rebelión a la que podía empujarlos la desesperación, pero el cabecilla inclinó la cabeza respetuosamente.

—Tiseo, oriundo de Atenas, capitán. Segunda bancada, cuarto remo. Creo que sé dónde estamos.

—¡Habla, pues! —dijo Sático, procurando no chillar.

—Creo... —Tiseo titubeó, al parecer temeroso de comprometerse ahora que la autoridad le prestaba oído. A sus espaldas tenía un puñado de compañeros que obviamente lo habían animado a hablar. Le dieron un empujoncito.

Tiseo bajó la vista a la cubierta.

—Nikonion, capitán. Ha pasado entre los bajíos de Nikonion y estamos en esa monstruosa bahía profunda. Antes navegaba en un pentekonter mercante que hacía cabotaje por esta costa tan rica en grano. Los lugareños la llaman bahía de la Trucha.

Diocles le dio una fuerte palmada en el hombro.

—¡Acabas de ganar una lechuza de plata! —Se volvió hacia Sático—. Sin duda lleva razón. Estamos en una bahía.

—¡Por Poseidón! ¡Por los pechos húmedos y relucientes de Tetis! —Sático tuvo la sensación de que le quitaban el peso de la nave de encima de los hombros. Si estaban en una bahía, era imposible que los pantecapeos los hubiesen visto al amanecer—. Ayer debimos de correr como los propios dioses.

Diocles levantó la vista.

—Veinte parasangs, más o menos. —Asintió—. Quizá perder el espolón lo volviera más rápido.

—Ahora ya no importa —dijo Sático—. Hay que llevarlo a la orilla con tan pocos desperfectos como sea posible. Una granja provista de varadero podría salvarnos a todos.

Antes de que el sol fuese una pelota roja apoyada en el borde del mundo, la proa comenzó a ceder y el agua a entrar más deprisa, de modo que el *Halcón* resultó más difícil de gobernar.

—Llémoslo a tierra —dijo Diocles.

Sático quería salvar todo el cargamento que pudiera.

—Escucha, timonel —dijo—. Estamos a más de treinta parasangs de una ciudad amiga; estamos en territorio hostil. Aunque logremos cruzar el delta a pie hasta Tomis, necesitaremos hasta el último trozo de comida que llevamos a bordo, además de las armas y armaduras. Es imperativo varar bien el *Halcón*.

—Y además quieres salvarlo, ¿verdad? —respondió Diocles.

Sático asintió.

—¡Indicador en la playa! —gritó el vigía—. Un indicador y una especie de desembocadura. Podría ser un canal.

Sátiro y Diocles cruzaron una mirada. Incluso la entrada de un pequeño río que se adentrara en la arena haría las veces de canal, permitiéndoles varar el casco donde pudieran salvarlo.

Sátiro corrió hacia proa, trepó a los obenques y al asomarse por la borda hizo que el *Halcón* escorara.

—¡Ahí lo tienes, señor! —Sátiro siguió la dirección de su brazo extendido y vio un mojón de piedras apiladas bajo el sol, y, justo después, un riachuelo que resplandecía como un río de fuego que surgiera de los riscos de más allá, y una voluta de humo en el cielo.

Sátiro asintió.

—Buen ojo —dijo, y se deslizó por el obenque hasta cubierta, quemándose las manos y el interior de los muslos con las prisas.

—Sigue dándonos el rumbo —gritó al vigía.

—¡Sí, señor! —contestó el vigía.

Diocles llevaba el timón.

—Desembárcanos —dijo Sátiro—. Yo vigilaré desde la proa.

—Si ese arroyo tiene una barra de arena, no lograremos cruzarla —dijo Diocles.

—Arriemos la vela y echemos los dados con Tiqué.

Sátiro dio las órdenes pertinentes y la vela fue arriada con suma eficiencia. Todos los tripulantes del *Halcón* eran conscientes de lo cerca que estaban del desastre, incluso con la orilla a la vista.

—Pon rumbo al este —dijo Sátiro, mientras los marineros doblaban la vela, enrollándola con las manos sin quitar ojo a las juntas de la proa y a la playa vecina.

—Hacia el sol, señor —dijo Diocles—. Helios, brillante guerrero, sé nuestro guía.

—¡Proa en el arroyo! —gritó el vigía.

—¡Perdemos fondo! —oyeron decir al marinero que manejaba la marsopa en la proa—. ¡Veo la arena!

—La barra —masculló Diocles antes de la sacudida.

La barra de arena los golpeó como un hombre fornido que golpeará un escudo; los hizo cabecear pero mantuvieron el equilibrio, y oyeron el susurro de la arena a lo largo de la quilla. El impulso del casco les permitió superar la barra, seguramente abriendo un surco en el fondo con su avance, aunque la proa se estaba inundando demasiado deprisa para poder salvar el casco.

—Se muere —dijo Diocles entre dientes.

—No, llegará al final de la carrera —repuso Sátiro—. ¡Todos los hombres a popa! ¡Ya! —Sátiro había estado esperando a que la popa se sumergiera al salir de la barra de arena, y entonces lo notó, como un jinete nota el cambio de peso en un caballo que se dispone a saltar—. ¡A popa! ¡Por vuestras vidas!

Los marineros se apiñaron en popa y los siguió el resto de la tripulación, entre la

disciplina y el pánico, y la proa se alzó saliendo del agua; no mucho, pero emergió, mostrando las feas cicatrices del espolón perdido y las firmes cuadernas rotas, como huesos tras una amputación.

Diocles le sonrió.

—Muy logrado. Desde luego, aprendes deprisa —comentó.

Con la proa alta y la popa baja, se deslizaron una eslorá más, y luego otra, y, finalmente, con un suspiro, la quilla chirrió y se clavó en el fondo. El cese del movimiento fue tan gradual que ni un solo hombre perdió el equilibrio.

—¡Zeus Sóter! —gritó Sático, y todos los remeros y marineros respondieron a su llamado.

Los marineros se descolgaron a tierra provistos de cuerdas y sacaron a los remeros, conduciéndolos a la playa que cortaba el riachuelo, y los hombres se arrodillaban y besaban el suelo mientras otros comprobaban sus equipos.

Tardaron media hora en desembarcar a todo el mundo y montar un campamento provisional. Terón se llevó a un par de infantes de marina y se adentró en la playa para ver si el humo avistado un rato antes procedía de una granja.

Sático observaba el *Halcón*, hundido en un metro largo de agua, con sentimientos encontrados. Por un lado, el barco era salvable; bastarían dos días de trabajo para sacarlo del agua. Pero la sensación de fracaso por la derrota del día anterior aún persistía, junto con la tensión de saber que los barcos de guerra enemigos les darían caza al amanecer.

—Armad a los remeros y que construyan una empalizada con estacas o lo que sea —dijo Sático a Diocles.

Diocles negó con la cabeza.

—Con el debido respeto, señor, no hay diez árboles en cincuenta estadios. Aquí solo hay un mar de hierba, o eso me han dicho. Tú te criaste aquí, ¿no?

Sático asintió con abatimiento.

—Cierto es, amigo mío, pero cavar trincheras en la playa parece una insensatez.

—Ahí vienen Terón y un granjero —anunció Diocles.

El granjero, un anciano con la espalda muy tiesa, miró a Sático a los ojos sin pestañear.

—Alejandro —dijo, tendiéndole la mano—. Aquí el caballero dice que eres el hijo de Kineas de Atenas. Tienes su mismo aspecto.

Sático tuvo que sonreír.

—¿Conociste a mi padre?

—Solo estuve con él dos días —contestó el granjero, asintiendo—. Me bastó para conocerlo bien. ¿Eres de la misma estirpe? ¿O eres un raptor que ha venido a saquear mi morada?

Sático se mantuvo erguido.

—Soy digno hijo de mi padre —sentenció—. Ayer combatimos contra Eumeles de Pantecapea y salimos mal parados. Mi barco perdió el espolón. Tengo que reparar el *Halcón* y no caer en las fauces de los chacales de Eumeles.

El granjero Alejandro se rascó la barba de chivo.

—¿Ves ese hito? —preguntó.

Sátiro asintió.

—Lo veo.

Alejandro asintió a su vez.

—Es el túmulo de uno de los hombres de tu padre; murió aquí durante una escaramuza. De eso hará unos veinte años.

Sátiro, maravillado, meneó la cabeza.

—¡Ya sé quién eres! ¡Vendiste grano a mi padre! ¡Esa es la tumba de Graco!

—Graco, en efecto, así se llamaba. —Alejandro asintió—. Si vienes a jurar sobre su tumba y en nombre de tu padre que no me harás daño, abriré mis graneros a tus hombres.

—¿Y si no? —preguntó Diocles.

Alejandro sonrió.

—Siempre es mejor conocer las dos partes de un trato, ¿eh? Si no, encenderé la hoguera de señales y mis amigos vendrán desde el mar de hierba a ver por qué necesito ayuda.

Sátiro se rio.

—¡Asagatje! —exclamó. De súbito, el día fue más claro.

Diocles meneó la cabeza pero Terón se acercó.

—El pueblo de su madre. Los Manos Cruelles de los asagatje.

Sátiro cogió a Alejandro de la mano.

—Vayamos a prestar juramento sobre la tumba del amigo de mi padre.

Aleandría, 311 a.C.

Los hombres, al menos la clase de hombres que mantenía a sus mujeres enclaustradas y les prohibían estudiar y gozar de compañía, quizá se habrían sorprendido ante la celeridad con que Safo, Nihmu y Melita planearon el derrocamiento de Eumeles.

Antes de transcurrida una hora desde que Fiale les diera la noticia ya tenían bosquejado su plan.

—Que los antiguos dioses del Caos se mantengan al margen —dijo Safo, con los labios manchados de tinta. Estaba escribiendo listas—. Dejamos muchas cosas al azar.

Nihmu hacía el equipaje, de prisa y en silencio, entrando y saliendo de la habitación para apilar bolsas contra una pared. Hizo una pausa para comparar dos arcos y eligió uno de ellos.

—Siempre queda algo al azar —dijo.

Safo mordió la pluma.

—¿Dónde desembarcaréis? —preguntó.

Nihmu se detuvo como si no se le hubiese ocurrido pensarlo.

—Donde podamos conseguir caballos de inmediato —contestó.

Melita se debatía con la idea de que iba a dejar a su amado bebé con un ama de cría para embarcarse. La indecisión la atormentaba. La emoción de la aventura que tanto tiempo había anhelado pesaba exactamente lo mismo que el dolor de abandonar aquel cuerpecito que había crecido hasta llenar su vida en tan solo dos meses.

—Podríamos atracar en el templo de Heracles —propuso—. ¿Te acuerdas, Coeno?

Coeno asintió.

—Lleva razón, por todos los dioses, y qué tonto he sido al olvidarlo. La vieja sacerdotisa, quieran los dioses que siga imponiéndose, aunque me temo que a estas alturas ya habrá cruzado el río, odia a Eumeles. Gorgipia, seguro. Podemos comprar una docena de caballos y adentrarnos en territorio meote antes de que Eumeles reciba noticia de nuestra llegada.

Safo escribió una nota.

—Ojalá tuviéramos tiempo de distraerlo en la costa occidental del Euxino antes de vuestra partida —dijo—. ¿De veras pensáis que vosotros tres os bastáis para

sublevar todo el este?

Nihmu asintió.

—Sí —dijo—. Escucha, es muy simple. Buscamos a Ataelo, que todavía está tierra adentro, y en cuanto demos con él, mandamos aviso a todos los clanes.

Safo asintió, si bien como si no estuviera completamente convencida.

—Ataelo lleva diez años combatiendo contra los sármatas —objetó—. ¿Qué te induce a pensar que en un verano es capaz de levantar a todos los asagatje?

Nihmu se encogió de hombros.

—Cuando yo era profeta, dije que Marthax dominaría en las llanuras hasta que las águilas volaran —contestó—. Ese momento ha llegado. Sático intentó ir como un griego; con una flota para abrir camino al ejército. Melita lo hará como una sakje. Levantará al pueblo, y el pueblo le entregará el mar de hierba. —Nihmu se agachó y besó al bebé—. Pero debe ir en persona. Los sakje seguirán a una persona, no a un nombre. Si Melita se queda aquí, no podré hacer nada. Y Ataelo tampoco. Pero tú sí puedes, dulzura.

Coeno se mordió el labio.

—Seguirás necesitando un ejército —dijo—. Eumeles tiene cuatro mil soldados de infantería y más *peltastai* y tracios de los que debería. Es capaz de defender una plaza amurallada indefinidamente y, por más que respeto a los sakje, no pueden tomar una ciudad. Y una ciudad puede mantener una flota, y esa flota tendrá que ser vencida para que podamos desembarcar a nuestro ejército.

Nihmu asintió.

—Eso son razonamientos griegos —dijo—. Y son buenos. No soy tan tonta para desdeñarlos. Pero soy sakje. Melita y yo iremos y pondremos el mar de hierba bajo las pezuñas de nuestros caballos, y Eumeles oirá el estruendo. —Sonrió—. Cuando Melita sea reina de todos los asagatje, habrá llegado el momento de enviar una flota y un ejército.

Safo asintió.

—Estoy de acuerdo. Escribo a Diodoro para que permanezca donde está; sin León, necesitaremos esos ingresos.

Diodoro comandaba los hippeis de Tanais, una unidad de caballería mercenaria conocida como los Exiliados, y también un *taxeis* de infantería macedonia reclutado entre los prisioneros tomados tras la batalla de Gaza, en la que Tolomeo aplastara al ejército de Demetrio el Rubio.

Melita se inclinó sobre la carta de Safo.

—Una vez que contemos con el apoyo de los sakje —dijo—, podemos tener cualquier puerto que queramos. Quizá los sakje no sean capaces de tomar Pantecapea, pero Olbia se pronunciará a favor nuestro en cuanto tengamos una fuerza sobre el terreno. —Al ver el semblante de Coeno, meneó la cabeza—. ¡Es lo que Sático y

Diodoro dijeron!

—Dudo mucho que Olbia se subleve —dijo Coeno—. Y circulan rumores de asesinatos. De amigos nuestros, matados en público.

—Eran muy pocos barcos —terció Safo—. León no las tenía todas consigo antes de zarpar, pero el tiempo apremiaba. Esto hay que hacerlo mientras Antígono esté perjudicado, mientras su hijo se esté lamiendo las heridas, pues de lo contrario Eumeles guarnecerá sus murallas con macedonios y nunca lo venceremos.

Coeno negó con la cabeza.

—León envió a un chico a hacer el trabajo de un hombre —opinó—. O se llevó demasiados barcos para un reconocimiento, o demasiado pocos para una invasión.

Melita encontró frustrantes tanto a Safo como a Coeno.

—¡El tío León hizo lo mejor que pudo con lo que tenía! —exclamó—. Escuchadme. Sea cual sea la verdadera situación en Olbia, los sakje pueden tomar cualquiera de los puertos menores. Una vez que tengamos el mar de hierba, los días de Eumeles estarán contados. ¡No va a enviar un ejército a las llanuras para liberar un puerto!

Coeno le puso una mano en el hombro.

—Recuerda la lección de Esparta —dijo—. Mientras Eumeles domine el mar, puede enviar refuerzos a la ciudad que quiera. León lo sabía.

Nihmu no había parado de preparar sus cosas. De pronto se levantó.

—Sea como fuere —dijo—, cuando oiga nuestros cascos en sus pesadillas, sabrá lo que es el miedo. Y entonces cometerá errores.

Melita abrazó a Nihmu.

—De tus labios a los oídos de los dioses —dijo.

Coeno se encogió de hombros.

—Siempre será mejor que quedarse cruzados de brazos. —Miró a Nihmu—. ¿Cómo rescatamos a León? Si presionamos mucho a Eumeles, amenazará al chico... o lo matará.

—Cuando Eumeles oiga a nuestros caballos, se le helará la sangre en las venas —insistió Nihmu—. Los hombres asustados cometen errores. Ya llegará el momento.

—¿Vuelves a ser vidente, Nihmu? —preguntó Coeno.

—Soy una mujer que conoce la guerra —contestó Nihmu.

El pentekonter parecía que fuera a hundirse en el atracadero, pero el factor jefe de León insistió en que estaba en condiciones de navegar, llenó el casco con los mejores remeros de León y puso como tripulantes a media docena de oficiales de la exitosa flota de Marsella, de modo que el espantoso barquito tenía el aire de un navío de la armada rodía.

Casi toda la marinería demostraba abiertamente su inquietud por llevar mujeres,

sobre todo mujeres que habían subido armas a bordo, pero los oficiales sabían que se trataba de la esposa de su patrono, un personaje de leyenda, y todos ellos conocían a Coeno, uno de los guerreros más temidos y reverenciados de Alejandría.

Cardias era el timonel, un navegante rodio que había dirigido la escuadra entera en la expedición a Marsella, y no se sintió degradado por tener que capitanear una chalana de cincuenta remeros en un crucero por la costa de Asia.

En la playa que se extendía bajo la ventana de su dormitorio, Melita se despidió de su tía Safo con un abrazo y estrechó contra su pecho a su hijo, consciente de que quizá no volvería a verlos nunca más, y sabiendo, también, que por más que sostuviera ser sakje, su juventud, gran parte de su vida, estaba vinculada a las bochornosas calles de Alejandría. Había tenido intención de acudir una vez más al mercado nocturno, pero no le dio tiempo.

Idomeneo, el hombre que el año anterior había estado al mando de su unidad de arqueros en Gaza, se personó y le rodeó la cintura con el brazo.

—Joven madre —dijo con su acento cretense.

—Cabronzuelo —respondió Melita, sonriendo—. ¿Qué haces aquí?

Idomeneo señaló a Coeno con el mentón.

—Me ha contratado para que me encargue de los arqueros de este barco. — Sonrió—. ¿Hay algún arquero en este pesquero?

Coeno se aproximó. Había una hoguera encendida en la playa y los hombres llegaban de todas direcciones. La cita se había fijado con discreción para impedir que circularan rumores sobre su partida.

—Ocho —dijo Coeno—. Y tú eres uno de ellos. Cretenses, ¿qué más puedo decir? —Coeno estrechó la mano del cretense—. Gracias por venir.

Idomeneo sonrió.

—Habría ido donde hiciera falta —dijo—. Lamenté enterarme de lo de tu hijo. Era un valiente.

Coeno no torció lo más mínimo el gesto.

—Lo era —confirmó—. Ojalá su hijo sea tan bueno como su padre. —Coeno miró al bebé que Melita llevaba en brazos—. Mi corazón abriga dudas, dulzura. Creo que deberías quedarte.

Melita se irguió y le dio el bebé a Safo, que a su vez se lo dio a Calisto.

—Las tribus no se alzarán por ti, Coeno —sentenció.

Nihmu se mostró de acuerdo con un ademán.

Idomeneo enarcó una ceja.

—¿Y bien? Partimos en una misión, supongo.

Coeno asintió.

Idomeneo se rio.

—No hace falta que me digas nada. Los cretenses nos criamos con estos juegos

—agregó, y se encogió de hombros.

—En el mar —dijo Coeno. Luego se dirigió a Melita.

—Hora de despedirse.

Nihmu abrazó a Safo.

—Venceremos —dijo sin más.

Safo asintió.

—Me consta.

Se oyó pisar fuerte en la arena y apareció Fiale, corriendo con sandalias de suela de corcho, atendida por Alcea.

—¡Melita! —llamó.

—¡Fiale! —contestó Melita, abrazándola—. ¿Qué haces aquí?

—¡Me ha llegado el rumor de que te escabullías! —dijo Fiale—. ¿Dónde vas?

—A Marsella —dijo Melita—. Para estar a salvo.

—¡Oh! —exclamó sorprendida Fiale—. Supongo que es un secreto. ¡Perdona que haya sido tan descuidada! Pero estoy tan preocupada por... ¡por todos vosotros!

Calisto seguía moviéndose con ligereza pese a su avanzada preñez, y se interpuso entre Melita y Fiale.

—Permíteme servirte una copa de vino ya que te has unido a nuestra fiesta playera —dijo alegremente.

Una chispa brilló en los ojos de Melita. Se volvió hacia Safo.

—No dejes que se vaya hasta dentro de un par de días —dijo en voz baja.

A la luz de la hoguera, el rostro de Safo reflejó comprensión.

—¡Por supuesto! Qué tonta he sido al no darme cuenta. Maldita sea.

Melita se arrió más a su tía.

—No lo sabemos con certeza pero, ¿por qué ha venido? —Se le atragantó un sollozo—. ¡Cuídalo por mí! —agregó, renuente a separarse de su hijo en el último instante.

Antes de marcharse fue a abrazarlo una vez más, pese a que se había prometido no hacerlo. Mientras lo sostenía, Hama surgió de la penumbra a espaldas de Fiale. Cruzó unas frases inaudibles con Safo y regresó al interior de la mansión.

—No se irá de aquí durante un tiempo —declaró Safo satisfecha—. Con un poco de suerte, se delatará como traidora.

Mostró a su sobrina una papelina de polvo naranja.

—Será espantoso si vamos erradas —dijo Melita.

—¡Qué lástima! —respondió Safo, mirando con dureza—. Adiós, dulzura.

Y de pronto estuvieron a bordo entre olores a verdín y pescado rancio, y los remeros batieron los remos al compás, y desaparecieron cuando despuntaba el alba.

Llegaron a Rodas en seis días, tras recorrer la costa sur de Chipre. Melita había

estado en Rodas con su hermano, pero la Ciudad de las Rosas seguía siendo un lugar misterioso que la intrigaba. El timonel fue a presentarse al templo de Poseidón, y Coeno lo acompañó. Ambos regresaron mesándose la barba.

—Hay más piratas que nunca —anunció Coeno a la mesa de oficiales en una confortable taberna de los muelles—. Es una pena que Rodas ya no sea capaz de acabar con ellos y que su comercio esté tan resentido. Lo peor es que esos cabrones andan en los alrededores de Bizancio, en la Propóntide.

—Que es hacia donde nos dirigimos —agregó Melita—. ¿Por qué los griegos llaman Propóntide a todo? Los asagatje tienen nombres de verdad: el Estrecho del Agua Rápida, el Estrecho de los Caballos.

Cardias se encogió de hombros.

—El Bósforo Tracio divide las tierras de los tracios en Asia y Europa, y es la entrada al Euxino. Esa es la Gran Propóntide. El Bósforo cimerio divide...

—¡Tierras que los cimerios ya no poseen en la Bahía del Salmón! —concluyó impaciente Melita.

—En efecto. —Cardias negó con la cabeza y miró a la esposa de su amo—. Señora, soy contrario a esto. ¿Un barco tan pequeño? Nos acorralarán en los estrechos y seremos carnaza para los peces... y tú adornarás un burdel.

Nihmu se encogió de hombros.

—No. Eso no ocurrirá.

Coeno meneó la cabeza.

—Señora, te he visto en acción, y tienes una puntería tan infalible como lo eran tus palabras aladas —dijo Coeno a Nihmu—. Ahora bien, tú misma has dicho que al casarte perdiste el don de la profecía.

Nihmu se encogió de hombros.

—Ningún pirata tocará esta nave —manifestó—. Lo he visto.

—Por la verga de Poseidón, y que me perdonen las señoras. Muy bien. Escuchad, dentro de diez días zarpa un convoy rodio hacia el Euxino. ¿Podemos aguardar y navegar con él? —pidió Cardias, casi suplicando.

—¡Por supuesto! —dijo Nihmu—. ¿Crees que porque estoy convencida además soy idiota?

Coeno negó con la cabeza.

—Siempre he recordado tal como eres —dijo—, pero no te he extrañado.

El convoy estuvo listo en tan solo ocho días y zarpó remontando la costa de Asia. Hicieron escala en Quíos y en Mitilene, y luego siguieron remando hacia el norte, contra el viento, para llegar a la embocadura del Helesponto antes de la noche. Todas las naves pasaron ante Troya con las últimas luces del sol, y Melita y Coeno recitaron versos mientras los remeros impulsaban el barco ante la tumba de Aquiles. Llegaron

a la población pesquera de Sigeion cuando ya había anochecido, y corrieron los peligros de acampar en una playa abierta, encendiendo hogueras en hoyos cavados en la arena, buscando a tientas maderos y ramas que las olas habían escupido a la orilla.

Melita se arrellanó agradecida en sus pieles de borrego y soñó que había perdido a su hijo y que los espíritus le traían sus pañales manchados de sangre, y se despertó chillando entre los brazos de Nihmu.

Por la mañana se levantó sintiéndose como si le hubiesen dado una paliza y observó a los hombres mientras volvían a cargar todo el equipo en el pentekonter. El convoy rodio tardó en formar con la brisa en contra, y los dos triemioliai proporcionados por la armada rodia iban dando bordadas como perros preocupados por un rebaño recalcitrante, pero antes de que el sol estuviera en lo alto, navegaban de nuevo mientras los remeros maldecían el viento contrario y la mala suerte.

A primera hora de la tarde ya estaban en la Propóntide, el pequeño mar al que conducía el Helesponto, y avistaron el puerto de Pario mientras avanzaban despacio por la costa norte. Llegaron a Rodosto impulsados por un viento fresco que acalló el descontento de la tripulación, y comieron cangrejos en la playa y bebieron el horrible vino de la zona que les vendieron unos granjeros.

—Tenemos suerte —dijo Coeno, mirando a Nihmu—. Los piratas locales, la flota entera, están en la costa opuesta, saqueando una de las ciudades, lo creas o no. Son una fuerza a temer: cincuenta barcos de guerra, o eso me han asegurado los granjeros. —Bebió y torció el gesto—. Dioses, ¿quién querría ser colono?

—De modo que la tía Safo llevaba razón —dijo Melita.

—Sacrificaré un cordero a Poseidón cuando hayamos cruzado el estrecho —respondió Coeno—. Pero sí, creo que llevaba razón.

Túmulo de Graco, mar Euxino, 311 a.C.

—Lo que necesitamos es madera —dijo Sátiro.

Les había llevado un día entero montar un campamento en el promontorio que quedaba detrás de la granja de piedra, invisible desde la costa y bien abastecido de agua gracias al río. Otro día se dedicó a cortar el mástil de trinquete, reflotar el *Halcón*, remendar la proa y remolcar el casco río arriba hasta el campamento, de modo que pudiera recibir los cuidados que merecía, oculto a la vista de los barcos que surcaran la gran bahía.

El tercer día, Sátiro se encontraba en el mayor de los graneros de piedra de Alejandro, observando las viguetas curvas que sostenían las vigas principales.

—Lo que necesitamos es madera —dijo otra vez.

—Dudo que a Alejandro, por más bien dispuesto que esté hacia nosotros, le gustase que arrancáramos las tripas de sus graneros para reconstruir la proa.

Terón seguía estando cansado y aún se movía con rigidez. Seis hombres habían muerto a causa de sus heridas, y Sátiro comenzaba a preguntarse si alguna vez volvería a correr como antes; la cadera no se le soldaba bien, y le costaba dormir porque le dolía el brazo, pero Terón estaba recuperando su sentido del humor, y Sátiro había comenzado a pensar que quizá sobreviviría.

—Estas vigas y viguetas han salido de alguna parte —insistió Sátiro.

—Preguntemos a Alejandro —dijo Terón. Y Sátiro lo hizo.

—Las trajeron los sakje; las arrastraron desde los montes de tierra adentro en trineos —explicó Alejandro—. Las canjeé por vino; cuarenta ánforas del mejor caldo de Mitilene.

Sátiro reflexionó mientras contemplaba la proa de su barco, que ahora sobresalía del agua un poco inclinado, remolcado por la fuerza de doscientos hombres y cuatro bueyes hasta que todo el casco salió del río. La proa destrozada se alzaba por encima de la cabeza de un hombre. Caminaba de un lado a otro.

—Aunque consigamos madera —dijo a Diocles—, necesitamos un espolón.

—Una cosa después de otra —respondió Diocles—. Propongo que reconstruyamos la proa sin espolón y que lo llevemos de regreso a casa tan deprisa como podamos. En Alejandría, un espolón nuevo solo es cuestión de dinero. —Miró a Sátiro, y Sátiro temió ver compasión en su mirada—. Piensas que puedes aparejarlo para la guerra y rescatar a tu tío, pero ese barco partió hace cuatro días, señor. León

está preso, o muerto. Somos nosotros quienes precisamos liberarnos, y ningún espolón nos salvará en estas aguas.

Sátiro bebía una infusión de hierbas y caminaba de aquí para allá, mirando alternativamente su barco y a Diocles. Al cabo de una hora, asintió.

—De acuerdo —dijo—. Tienes razón. Proa de madera. Habrá que reconstruirlo, cambiar de sitio los mástiles. Sin el espolón es ingobernable, y lo sabemos bien. Hay que reequilibrar todo el casco.

Diocles asintió lentamente.

Terón se aproximó a ellos con su clámide oscura echada para atrás porque hacía buen tiempo.

—Tengo cierto talento para las matemáticas —dijo Terón—. Y Sátiro también. Diseñemos la nueva estructura mientras Alejandro manda aviso a los sakje, y a lo mejor ya tendremos la madera cuando estemos listos para comenzar.

Los sakje aparecieron un día después de que se encendiera la almenara, tal como Alejandro había predicho; treinta jinetes con doscientos caballos que llegaron al atardecer. Alejandro les dio la bienvenida en la huerta, donde lo único que Sátiro vio fue un destello de oro y un remolino de corceles que le arrasaron los ojos en lágrimas por su familiaridad. Sin darse cuenta de lo que hacía, echó a correr hacia la huerta, ya no como un formal navarco y señor sino como un niño que regresara al seno del pueblo de su madre.

Un hombre alto que montaba un caballo cubierto de pintura roja estrechó las manos de Alejandro, y se pusieron a hablar rápidamente como viejos amigos separados por demasiado tiempo. Sátiro reconoció de inmediato a aquel hombre del hogar de su infancia.

—¡Kairax! —llamó Sátiro. Era el tanista^[5] de su madre en el oeste, ahora soberano por derecho propio de la puerta occidental de la confederación asagatje. Tenía canosa la barba antaño morena, y arrugas en las mejillas, pero el tatuaje de su clan seguía siendo bien visible en su bíceps, y sus brazos todavía eran musculosos.

Al oír su grito, Kairax se volvió y se exclamó. Acto seguido, Sátiro se vio envuelto por los fuertes brazos del sakje, y tuvo que esforzarse para que no se le saltaran las lágrimas.

—¡No sabía que eras tú! —dijo, titubeando al hablar en sakje.

—¡Yo tampoco, joven primo! ¡Aunque no tan joven! —Kairax asintió en señal de aprobación—. Eres un hombre. Sin embargo, ¿has venido aquí en barco y no a caballo? ¿Cómo es eso?

Sátiro refirió, tal vez extendiéndose demasiado, las aventuras del exilio, y Kairax inclinó la cabeza cuando Sátiro le contó el asesinato de su madre.

—Demasiado tiempo hemos aguantado a ese Eumeles —dijo Kairax—. Marthax siempre aconseja paciencia; pero odiaba a tu madre y es viejo, y mis hombres jóvenes se están impacientando. —Miró a Sátiro a través de sus pobladas cejas—. ¿Qué clase de primo eres tú, que vienes con barcos antes de pedir ayuda a tus parientes? Creo que has pasado demasiados veranos en el mar de agua y no suficientes en el mar de hierba.

Sátiro inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Primo, admito mi error —dijo, recuperando el sakje como un recuerdo de juventud.

Kairax sonrió.

—¡Bah! Eres demasiado mayor para que te dé una paliza —dijo—. Alejandro de la Casa de Piedra dice que necesitas madera.

—Maderos grandes, árboles grandes. Como los de su granero —dijo Sátiro.

Kairax asintió.

—Si los traigo, ¿luego qué?

Sátiro no supo qué decir.

—Escucha, muchacho —dijo Kairax—. Los asagatje son como hierba seca un día de verano, y tú podrías ser un rayo en el cielo. Ven conmigo y enciende la hierba.

Sátiro estuvo tentado, tan tentado que tuvo que recordar todo lo que sus tíos León y Diodoro habían dicho sobre el poderío naval para rechazar la propuesta.

—Hay que derrotar a Eumeles en el mar —dijo—. Hasta entonces, puede utilizar sus barcos para luchar contra los sakje.

Kairax se rio.

—¿Barcos contra los sakje? ¡Me gustaría verlo!

—¿Todas las ciudades cerradas a vosotros? —dijo Sátiro—. ¿Guarniciones de hombres que pueden ir y venir por mar sin estar nunca al alcance de los arcos? —Sátiro recordó otro dato—. Y una parte de los sakje son leales a Eumeles, Kairax. Había arqueros sakje en todos sus barcos; muy buenos, y tiraban bien, como hombres que han dado su palabra.

Ahora le tocó a Kairax bajar la cabeza.

—Es tal como dices —admitió—. Marthax envía jóvenes a servir a Eumeles y ellos van de buen grado, por el tesoro.

Sátiro le agarró el brazo y se lo apretó.

—He vuelto para quedarme —dijo—. Tengo intención de matar a Eumeles y establecer un reino en el Euxino.

Kairax negó con la cabeza.

—Eso no es propio de los sakje —dijo.

Sátiro asintió.

—No, es propio de los griegos, pero daré la libertad a los sakje y a los granjeros.

Y vosotros os libraréis de Marthax y yo de Eumeles.

Kairax hizo un gesto con la nariz, como si oliera algo interesante: una señal de aprobación, si conocías sus costumbres.

—Es un sueño ambicioso —señaló.

—Necesito madera para hacerlo realidad. Tengo que reparar este barco, escabullirme de la flota de Eumeles y buscar a mis amigos. —Se guardó de añadir que necesitaba armar una flota propia—. Regresaré con más barcos.

Kairax ya no estaba solo. Mientras habían estado conversando, su trompetero y varios de sus principales guerreros oyeron retazos de lo que decían, y ahora se estaban congregando en torno a ellos.

—¡El hijo de Srayanka! —exclamaban—. Una muchacha alargó el brazo y le tocó la mejilla.

—¡Para suerte! —dijo en griego.

Sátiro se acordó de Ataelo, y las lágrimas volvieron a asomarle a los ojos.

En dos ocasiones pasaron barcos de guerra costeano, pero ninguno de los dos decidió desembarcar.

—Temen a los sakje —explicó Alejandro con satisfacción—. Recaudadores hijos de puta. Yo pago mi diezmo a Kairax, y vale hasta el último céntimo. No pago ni un óbolo a ese cabrón de Pantecapea. Aquí no cuenta su mandato, y esos marineros lo saben.

—Pero siguen buscándonos —dijo Sátiro.

Tres días después de la visita de Kairax, veinte hombres getones y dos mujeres llegaron con cuarenta mulas que tiraban de veinte robles. Sátiro pagó en oro, casi el último dinero en efectivo que le quedaba, y antes de que el sol cayera sus hombres ya estaban trabajando con las abundantes herramientas del granjero, cortando maderos para la proa.

—Tres días —dijo Sátiro a Diocles y Terón.

—¿Y vendrás con nosotros? —preguntó Terón. Su mirada se dirigió más allá de Sátiro, hacia una chica sakje, Lithra, que no se había apartado del lado de Sátiro durante dos días y sus correspondientes noches.

Sátiro sabía que le tomaban el pelo, pero se encogió de hombros.

—Necesitamos una flota, y aquí no la conseguiré.

—No estará nada contenta —dijo Diocles.

Sátiro se encogió de hombros otra vez.

—No es una muchacha griega que necesite que la despose. Es una doncella lancera de los Manos Crueles, y ya lo hemos hablado. Bien, caballeros, si habéis terminado de indagar en mi vida privada, construyamos este barco y marchémonos.

—Es igual que su padre —dijo Alejandro al silencio.

A pesar de la creciente irritación que le provocaban los mayores, Sático no halló motivo de enojo en «ser igual que su padre», de modo que les sonrió y se fue en busca de Lithra.

—Tú estás para marchar pronto —dijo Lithra. Estaban acurrucados en el heno, y algo extraño hacía que Sático tuviera ganas de rascarse pero la dignidad post-coital exigía que demostrara cierta indiferencia.

—Sí —contestó.

—Yo para aprender mejor griego —dijo ella—. ¿Y bien?

—Regresaré —dijo Sático, sonando lamentable, incluso para él.

—¡Lo sé! —respondió Lithra. Era una chica alta con los pechos pequeños y una cintura tan estrecha, los músculos del torso tan duros, que acariciarle el vientre le provocó una erección. Su cuerpo era maravilloso y, a pesar de la barrera parcial que suponía no acabar de compartir dos idiomas, Sático ya la conocía suficientemente bien como para estar prendado de algo más que de su cuerpo.

Lithra alargó el brazo y acarició con mano experta la base de su pene.

—¿Las chicas griegas hacen esto? —preguntó.

Sático pensó en Amastris. Había una mezcla culpabilidad y otra cosa, algo difícil de definir, en el pensar en Amastris con las manos de otra mujer en su *hoplon*.

—No —contestó Sático.

Lithra se inclinó encima de él.

—Para tú perder si no vuelves, Satrax. Lithra cabalga diez días y no se cansa, cinco flechas en el blanco antes de volverse, diez hombres muertos en los montes. — La luz del atardecer le bañó el rostro—. Regresa. Para mí gustas.

Sático se deleitaba cuando lo llamaba Satrax. Le cogió las manos, rodó para ponerse encima de ella y en su falsa pelea llenaron el aire de paja, levantando una nube de polvo entre toses y risas, a pesar del pus en la herida del brazo y del dolor incesante que sentía en el muslo.

—Regresaré —dijo Sático, preguntándose si mentía o decía la verdad.

Lithra sonrió y se quedó entre sus sábanas una noche más, pero por la mañana montó junto con sus guerreros y se marchó. Hizo adiós una vez con la mano y desapareció tras las primeras colinas, y Sático no supo cuál de sus actos merecía la mayor parte de la culpabilidad que sentía. Una íntima culpa y vergüenza por burlarse de sus mayores, hasta que los rehuyó poniéndose a trabajar en la proa, desbastando la madera con la azuela junto a los mejores marineros y los nietos del granjero, carpinteros más experimentados que cualquiera de los navegantes.

Trabajó hasta la hora de dormir y al levantarse volvió al trabajo, y el quinto día se fijaron las últimas tablas del machihembrado, largas piezas cuidadosamente ensambladas con láminas flexibles de álamo para mantenerlas juntas, y se remodeló

la popa con baos de sólido roble. El palo mayor volvió a fijarse en la cubierta un poco más atrás, igual que el palo trinquete, de modo que el *Halcón* tenía cierto parecido con una triemioliai, y le añadieron una cubierta central más ancha, provista de una catafracta revestida de escamas de acero, que al añadir peso reduciría la escora cuando navegara a vela; o al menos eso esperaban. Y, en caso de combate, protegería a los remeros.

Terón se llevaba a todos los hombres que no trabajaban en el barco al campo, donde cazaban y practicaban con sus armas, de tal suerte que cuando la proa estuvo lista para navegar, eran, en palabras de Terón, la tripulación de remeros mas peligrosa del Euxino.

—Los hay que incluso saben lanzar la jabalina —dijo, sonriente.

—Tienes mejor aspecto, maestro —observó Sátiro—. Quizá podríamos hacer un par de asaltos.

Terón negó con la cabeza.

—Todavía tienes mal la cadera, y puedo oler ese brazo desde aquí. Tienes que hacer que te lo miren. Aún te sale pus. Y no estoy dispuesto a ser el blanco de tu enojo —dijo.

—No estoy enojado —respondió Sátiro, pero en cuanto lo hubo dicho se dio cuenta de que sí lo estaba.

Diocles vino con un par de lanzas al hombro.

—Bueno, llegado el caso, podremos abordarlos —dijo—. Nadie cuenta con que las bancadas se vacíen en los primeros momentos de un combate.

Seguramente bromeaba, pero Sátiro asintió.

—Deberíamos practicar —dijo—. Mañana, mientras lo sacamos a la bahía con la tripulación de cubierta, podrías comprobar cuánto tardan en abandonar las bancadas.

—Por Ares, lo dice en serio —dijo Terón.

—Es un hombre serio —repuso Diocles—, cuando tiene la verga seca.

Sátiro decidió que sería malo para la disciplina decir lo que tenía en mente, de modo que se obligó a sonreír y se marchó a supervisar el ajuste final de las tablas de la proa y las bordas nuevas. Su cabeza entendía que había obrado mal al tomar una amante, al permitirse algo que los demás hombres no, cosa que lo convertía en el objeto de un sinfín de chanzas. Su cabeza lo sabía, pero en su fuero interno estaba enojado con ellos por ser tan mezquinos.

Cuando despuntó el sol ya estaban a flote fuera del río, con la bodega llena de piedras de la playa para estabilizarlo. No era el *Halcón*; o mejor dicho, era el *Halcón* en algunos momentos hasta que, de repente, se convertía en un barco completamente distinto: más estable, mejor a vela, más difícil de impulsar a remo y con la popa hundida, torpe en las viradas. La proa hacía agua. Sátiro pasó buena parte del día agachado junto a las tablas nuevas, preocupado por las filtraciones de agua.

—Tendrías que relajarte —dijo Diocles—. Se hincharán.

—Y tú tendrías que callarte y hacer tu trabajo —le espetó Sátiro—. Eres un buen timonel, pero puedo reemplazarte. Te ascendí cuando eras un simple remero. Mi vida privada no es de tu incumbencia, y lo que yo piense, tampoco. Largo.

Diocles dio media vuelta y se dirigió a la popa.

Sátiro maldijo su mal genio y su estúpida reacción, pero no se retractó.

No se dirigieron la palabra mientras lastraban el barco a fin de hundir la proa en el agua. Se mantuvieron bien alejados mientras Sátiro abrazaba a Alejandro y a todos sus hijos en la playa.

—El amigo de tu padre, el héroe, solo me ha traído buena suerte. Me alegra haber podido ayudarte.

Alejandro les había ofrecido una cena de despedida, un pescado enorme de la bahía y buen vino para todos los tripulantes, que sin duda le costó una pequeña fortuna.

—Cuando sea rey, nunca pagarás impuestos —prometió Sátiro.

—¡Desde luego que no! —respondió el granjero—. En fin, ya se verá. Buena suerte, muchacho. Ve y pasa por el bronce a ese cabrón de Pantecapea en nombre de todos los granjeros.

El anciano abrazó a Terón, que había pasado largos ratos con sus nietos, y a Diocles, que lo soportó muy envarado, y al cabo ya surcaban la bahía empujados por una brisa fresca.

—Si el viento sigue soplando, no habrá ni un crucero en todo el Euxino capaz de darnos alcance —dijo Diocles, a nadie en concreto. Asintió mirando a Terón—. Deberías dejar la palestra y convertirte en carpintero de ribera.

Terón esbozó una sonrisa.

—Supongo que se me pegó algo de mi padre —dijo, observando a Sátiro.

Sátiro se dio cuenta de que Diocles quería hacer las paces, pero fue incapaz de contestar o disculparse, y eso le hizo sentirse como un idiota. El brazo no paraba de hinchársele, y estaba aturdido.

Si había un barco enemigo cerca de la bahía, no lo vieron, y cabalgaron las olas con el viento de popa en cuanto viraron al sur, de modo que la estancia en la granja parecía un sueño. Sátiro pasó la mañana vigilando su preciada proa como lo haría una gata con sus primeros cachorros, pero la filtración no era peor que la que cualquier barco seco presentaba durante sus primeras horas en el mar, y a mediodía dejó de entrar agua ya que las tablas se hincharon, cerrando las fisuras de la nueva construcción. Sátiro acarició las tablas recién cortadas, sonrió satisfecho y subió a la nueva catafracta para dirigirse a popa.

—¿Derechos hacia el Gran Bósforo? —preguntó Diocles. Fue lo más cercano a

una comunicación directa que habían intentado establecer en dos días—. Tal vez lo logremos si vamos por alta mar. Lo avistaríamos mañana por la noche, con ayuda de los dioses.

—A Tomis —contestó Sático, y lamentó su seca respuesta de inmediato. Diocles estaba intentando disculparse. Sático era lo bastante listo para saber que aquella conversación no era en torno al rumbo. Lo era y no lo era. Trató de corresponderle de la misma manera—. Tomis está en la satrapía de Lisímaco. Deberíamos ser bien recibidos. Además, tengo amigos allí; algunos íntimos de mi padre, y otros. A este ritmo, llegaremos antes del ocaso. Capearemos el estrecho de día, pasado mañana.

—¿Tomis? —preguntó Diocles—. Allí podría encontrar otro barco.

—¡No seas zopenco, carajo! —replicó Sático. Se abrazó a sí mismo—. Te necesito —agregó, con el mismo esfuerzo que habría empleado en un combate.

—¡Ja! —dijo Diocles, con el aire de quien tiene mucho más que decir.

Costearon todo el día sin perder de vista en ningún momento el delta del Ister con sus miles de islas y su amplio abanico de cieno, y luego siguieron la curva de la orilla hacia el sur, ante tierras a todas luces civilizadas, con granjas griegas hasta donde alcanzaba la vista y los imponentes Montes Coilaletos en poniente.

—¡El rompeolas de Tomis! —anunció el vigía.

—Ya era hora —dijo Neiron. Había tenido un día muy tranquilo, con el viento adecuado para navegar.

—Barcos en la playa —avisó el vigía.

Sático asintió a sus oficiales.

—Voy yo.

Ninguno parecía inclinado a discutir. Se quitó el quitón por la cabeza, lo dejó caer al suelo y corrió a encaramarse al palo trinquete. El vigía era Thron, el grumete más joven y ágil del barco.

—¡Mira eso, señor! —dijo, señalando la playa que se extendía detrás del rompeolas. Tomis presumía de tener dos playas para galeras, una a cada lado de un cabo rocoso. Ellos solo veían la rada norte.

Había tres trirremes varados en la playa y un cuarto barco de guerra anclado en la amplia curva de la bahía. Era el *Loto Dorado*.

—¡Kalos! ¡Arriad las velas ahora mismo! —gritó Sático desde la cofa.

—¡Sí, señor! —contestó Kalos, y los marineros corrieron a sus puestos, y se oyó el palmoreo de sus pies descalzos en las cubiertas.

—Buen ojo, chico —dijo Sático. Señaló la cubierta—. Una lechuza de plata para ti cuando termines tu turno de guardia.

—¿Para mí? —respondió Thron, sonriendo de oreja a oreja.

Sático pasó por alto su admiración y bajó a la cubierta.

Diocles ya estaba virando hacia el mar.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—El *Loto Dorado* está en la rada —contestó Sático. Miró en derredor—. ¡Todos los oficiales! —llamó.

Neiron estaba sentando a los remeros en las bancadas. Hizo una seña.

Kalos ya había arriado las reveladoras velas. Alguien que observara desde la playa solo podría alcanzar a ver dos palos desnudos a contraluz del ocaso. Se dirigió a popa, deteniéndose para maldecir a un marinero que mostraba torpeza plegando la preciada vela.

Apolodoro, otro superviviente de Gaza, vino desde la proa. Sin armadura, y pese a su corta estatura, exhibía su formidable musculatura. Un hombre muy duro, sin duda. A falta de Abraham, era el filarco de sus infantes.

Sático señaló hacia el puerto.

—Es posible que León haya venido aquí —anunció.

—No puede ser León —dijo Terón—. Lo rodeaban diez barcos cuando escapamos. Lo apresaron.

—Nosotros escapamos —repuso Sático.

—Él no —insistió Terón.

—¿Ninguna posibilidad? —preguntó Sático, acallándolos—. Tomis es un puerto amigo. Si esos barcos son los de Eumeles, él y su navarco son idiotas. Y tenemos un casco lleno de remeros entrenados para luchar. Ahora bien, si es León, quedaremos como unos estúpidos y quizá matemos a algún amigo nuestro. Tenemos que saber a qué atenernos.

Kalos se encogió de hombros.

—Entramos, nos abarloamos y les ponemos un cuchillo en el cuello. Si son amigos, pedimos perdón y dejamos que nos inviten a vino.

—Hete aquí por qué no eres navarco —dijo Neiron, rascándose el cogote—. Estoy de acuerdo con el capitán. Tenemos que saber.

Terón asintió lentamente.

—Yo también estoy de acuerdo.

Sático asintió.

—Bien. Voy yo.

Terón negó con la cabeza.

—No seas tonto, chaval.

Sático se volvió y miró fríamente a su antiguo entrenador.

—No soy un chaval, y tampoco soy tonto, Terón. Ya hablaremos de esto en otro momento —dijo con cuidado, procurando traslucir la menor ira posible. Había llegado la hora de marcar las distancias con todos ellos, decidió—. Aquí tengo amigos de familia. Soy joven, sé nadar y estoy prácticamente ileso.

—Deja que vaya Diocles o uno de los chicos —dijo Terón. Era evidente que le había dolido la reprimenda de su antiguo alumno—. Tienes el brazo mal.

—He tenido heridas peores —repuso Sátiro.

—Caray, chico —dijo Terón, dando un paso al frente.

—Cuidad con lo que dices, señor. Aquí no soy tu pupilo, soy tu capitán. Y para ti no soy un chico. ¿Entendido?

—Muy bien, señor. —Terón estaba enojado—. ¡Envía a Diocles!

—Diocles es mi primer oficial, pero carece de la distinción social que me protegerá a mí —dijo Sátiro.

—Que es una manera amable de decir que, si son hostiles, pueden capturarme y ponerme a remar —aclaró Diocles.

—Si te capturan, no vivirás ni una hora —repuso Terón.

—El precio de la gloria —dijo Sátiro—. Me voy. Diocles, acércame a tierra al norte del cabo. Ve costa arriba, da de comer a los remeros y regresa a buscarme mañana por la noche, antes de que salga la luna. Si ves tres fuegos en la playa, ven a recogerme. Si solo hay dos, estoy preso y es una trampa. Si ninguno... Bueno, no estaré allí. ¿Queda claro?

Terón negó con la cabeza.

—Me opongo —declaró.

Terón era un caballero y un atleta famoso, y el resto meros marineros. Ninguno de ellos se pronunció, ni a favor ni en contra. Sátiro miró a su antiguo entrenador.

—Tomo nota de tus reservas —dijo Sátiro, recurriendo a una frase de León que le vino a la cabeza y que sonaba mucho más adulta que «jódete».

El rostro de Terón se ensombreció, pero a sus espaldas Diocles sonrió y se dio media vuelta para disimular.

El agua estaba fría, faltaban menos de dos festividades para que llegara el invierno y el Euxino ya se asemejaba más de la cuenta a la laguna Estigia. Sátiro saltó por la borda a menos de un estadio de la orilla. Llevaba su bolsa de cuero, el cinto de la espada y toda su ropa dentro de un odre de cerdo que procuraba mantener encima de la cabeza mientras nadaba con una lanza en la mano izquierda. La distancia era corta pero la primera impresión le cortó la respiración, y llegó penosamente a la arena de la playa, con el brazo ardiendo de escozor a causa de la sal y del esfuerzo. Se tumbó jadeante en los guijarros y descansó un momento antes de levantarse, quitarse las algas y vestirse. El agua había penetrado en el odre y el quitón de lana estaba húmedo, igual que su clámide, pero eran de buena lana, y cuando se puso el cinto de la espada, se colgó la bolsa al hombro, recogió la lanza de caza y ascendió a paso ligero por la duna hacia la carretera, ya había entrado en calor.

Había granjas en ambos lados, con sus vides a lo largo del camino y sus campos

de cebada extendiéndose en la desolación del otoño, salpicados de olivos esmirriados y lozanos manzanos. Mientras Sático contemplaba los campos, vio a un esclavo apuntalando una rama cargada de fruta.

Sático corrió por el camino de detrás de la duna hasta llegar a la altura del esclavo. Era un hombre bastante mayor.

—¡Buenas tardes! —saludó Sático.

El esclavo se volvió, lo miró y siguió cortando un puntal.

—¿Cuánto falta para Tomis? —preguntó Sático.

El anciano levantó la vista, claramente molesto. Señaló camino abajo.

—No lo suficiente —contestó el esclavo.

Sático tuvo que reír ante aquel comentario. Reanudó la marcha, corriendo un par de estadios hasta donde el camino torcía para rodear un promontorio, cruzando terrenos donde las granjas eran más escasas debido a la pobreza del suelo. Bancales plantados de olivos se alzaban junto a la carretera y, justo después de la curva, un conejo examinaba unas matas de hinojo bajo el sol del atardecer. Sático lo atravesó con su lanza y lo destripó allí mismo, antes de seguir corriendo con una plegaria a Artemis en los labios y el conejo colgando de su *lonche*.

Pocos estadios más adelante encontró un campo de manzanos lleno de hombres y mujeres que recogían fruta aprovechando la última luz de la tarde. Sático sonrió a dos mujeres que compartían una botella de agua junto al camino, y que bajaron los ojos y se retiraron hacia los árboles.

—¿Cuánto falta para Tomis? —preguntó Sático, levantando la voz.

La doncella más joven negó con la cabeza y siguió retrocediendo. La mayor se detuvo donde no podía alcanzarla y se encogió de hombros.

—La verás después del cabo —dijo en griego con acento bastarno.

Un hombre salió de entre los manzanos portando una lanza.

—Saludos, extranjero —gritó manteniéndose a buena distancia.

Sático hizo una reverencia.

—Soy Sático —dijo.

—Yo, Talkes —contestó el hombre. Era precavido, pero reparó en el conejo con glotonería—. ¿De caza, señor?

—He tenido suerte —dijo Sático—. Estoy buscando a unos amigos. ¿Dónde puedo encontrar a Calco el Ateniense? ¿O a Isocles, hijo de Isócrates?

—Estás de suerte —dijo Talkes—. Mis disculpas, señor. Mi señora es Penélope, hija de Isocles.

—¿Reside en esta granja? —preguntó Sático. Recordaba vagamente que Isocles tenía una hija. Tendría el doble de su edad. Casada con Leandro, hijo de Calco. O eso creyó recordar.

—Ahora mismo la ciudad no es segura —dijo Talkes en voz baja—. Si no

hubieses venido con tanto sigilo, nos habríamos marchado; se supone que debemos huir de los hombres armados. La señora está en la granja. Si me das tu recado, se lo transmitiré.

—Preferiría hacerlo en persona —respondió Sático.

Talkes negó con la cabeza.

—No, señor. Corren malos tiempos por estos pagos. Nadie se acerca a mi señora salvo si ella lo dice.

Talkes sostenía la lanza como un hombre para quien su arma era una vieja amiga, la compañera de muchos días en el campo. Un hombre peligroso.

Sático asintió.

—Muy bien. Di a tu señora que soy Sático y que mi padre era Kineas, y que soy amigo íntimo de su padre, y que imploro su hospitalidad. —Sático suspiró por sentirse insensato; si alguno de aquellos esclavos hablaba, podrían apresarlo fácilmente—. ¿Sabes de quién son esos barcos varados en la playa de la ciudad?

—Son del rey, pero no de nuestro sátrapa, el viejo Lisímaco. Pertenecen al nuevo rey. Eumeles. —Talkes meneó la cabeza—. Ayer por la mañana mató a algunos hombres de la milicia durante un combate en la playa. También mató al padre de mi señora. Quemó algunas granjas. He creído que podrías ser uno de ellos. Aunque todavía no sé qué pensar. Teax, ve a la casa enseguida. Cuenta a la señora lo del desconocido. Yo aguardaré aquí. —Talkes miró a Sático, ladeando la cabeza—. Así pues, ¿eres Sático? ¿El que andan buscando los soldados? —Talkes se volvió—. ¡Corre, chica!

La mujer a quien así se dirigió, la más joven, se esfumó como un potrillo en una cacería de primavera, levantándose el pesado quitón de lana y corriendo como una atleta.

—Tengo un poco de vino que podemos compartir —ofreció Sático.

—Guárdalo —respondió Talkes—. Los demás, volved al trabajo.

Talkes se alejó y bajó la lanza, plantándose bajo un manzano para vigilar a sus braceros y a Sático a la vez.

Sático pensó que seguramente sabía todo lo que él necesitaba saber, pero la curiosidad lo contuvo. Bebió un trago de vino y se puso en cuclillas a esperar.

—Ahora sí que bebería un trago, si la oferta sigue en pie, extranjero.

Talkes, vacilante, dio un paso al frente.

Sático asintió. Puso de nuevo el tapón al frasco y lo dejó en el suelo. Luego recogió su lanza, con el conejo y todo, y se alejó un buen trecho.

—Faltaría más.

Talkes se acercó con cautela a la cantimplora, como si temiera que fuese un animal peligroso. Pero tomó un sorbo y sonrió.

—Desde luego, eres todo un caballero —dijo—. ¡Ojo!, eso no quita que puedas

ser uno de los hombres del tirano —agregó, y bebió otro sorbo. Sonrió y regresó a supervisar la labor de sus peones.

Sátiro también bebió otro trago de vino.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí? —preguntó.

—Cuatro días —contestó Talkes.

Más de tres semanas desde el combate naval. Tiempo de sobras para que Eumeles reparase un barco capturado y navegara hasta allí; sobre todo tratándose de un navío tan bueno como el *Loto Dorado*.

—Dice la señora que lo llesves a la casa —dijo Teax desde la penumbra—. Dice que es amigo.

El paseo hasta la casa fue tenso, como poco, y Sátiro tuvo la sensación de que la lanza de Talkes nunca estaba lejos de su garganta. Subieron el resto de la colina y descendieron por el otro lado. La casa estaba a oscuras, pero desde más cerca Sátiro vio que los postigos de todas las ventanas estaban cerrados a cal y canto.

—La lanza y la espada, señor —dijo Talkes al llegar a la puerta.

Sátiro se planteó rehusar, pero le pareció un sinsentido. Entregó sus armas y lo hicieron pasar al interior.

—El conejo es mi regalo como huésped —dijo.

—Pues se lo mandaré a la cocinera —dijo el bastardo—. Acompáñame.

La casa no era lo bastante grande para perderse en ella, pero Sátiro siguió a Talkes como si estuviera en el palacio de Tolomeo en Alejandría, y no tardó en encontrarse ante una mujer ataviada con generosas vestiduras, sentada con un carrete en la mano y tres lámparas de aceite. Olía un poco a rosas y otro poco a vino rancio. Sátiro no pudo evitar fijarse en lo desnuda que estaba la casa; todo el mobiliario que veía estaba hecho in situ.

—¿En verdad eres el hijo de Kineas? —preguntó ella sin levantar la cabeza.

Sátiro asintió.

—Lo soy —contestó.

La dama ahogó un sollozo.

—Hace dos días mataron a mi padre —dijo—. Le habría encantado verte. —Levantó la cabeza y recobró el dominio de sí misma—. ¿En qué puedo servirte? —preguntó.

—Quisiera solicitar la hospitalidad de tu casa —dijo Sátiro.

—Mi casa ha caído en desgracia —contestó ella—. Corre el rumor de que eres un gran capitán del ejército del señor de Egipto. ¿Cómo te presentas en mi puerta con un conejo ensartado en la lanza? Los capitanes de Eumeles te están buscando.

Sátiro decidió no mentir a aquella amable mujer de ojos grises, pese al ligero olor a vino que la envolvía.

—Intenté arrebatár el reino de mi padre a Eumeles de Pantecapea. Fracasé y faltó

poco para que perdiera la vida y mi barco.

La dama se levantó, dejando sus carretes de marfil tallado, los objetos más valiosos de la habitación, en una canasta llena de lana.

—Lo saben todo sobre ti, Sátiro. No sobrevivirás si te quedas aquí. Mataron a mi padre porque era amigo tuyo y, si lo capturan, Calco será el siguiente. Si te doy cobijo, vendrán y nos matarán a todos. —Se encogió de hombros—. Pero soy una hija obediente y no te rechazaré. Tal vez sea mejor para mí acabar de esta manera.

—Escóndeme una noche y mañana vengaré a tu padre antes de la puesta de sol —dijo Sátiro—. No seré tu muerte.

La dama surgió de un rincón mal iluminado con una copa en la mano.

—Soy Penélope —se presentó—. Esta es la copa de bienvenida. Aquí nadie te traicionará. Te recibo en memoria de tu padre, el primer hombre al que miré con ojos de mujer. Quizá me habría desposado.

—Se casó con mi madre, la reina de los sakje —respondió Sátiro. Bebió de la copa. Contenía queso y cebada, y se dejaba beber. Le llegó el olor del conejo cocinándose.

—Mejor tener como rival a una reina que a otra mujer, me figuro —dijo Penélope—. Sea como fuere, tu padre nunca prometió nada y nunca regresó.

—¿Y te casaste? —preguntó Sátiro, después de una pausa.

—¿Acaso parezco una doncella? —dijo Penélope riendo, y su risa fue avinagrada—. Me casé con el hijo menor de Calco. —Su amargura era obvia—. ¡Ahí sí que no tuve a una reina como rival! —agregó. Sátiro carecía de la experiencia precisa para cambiar de tema.

—Lo siento —dijo.

Penélope levantó la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—Ahórrame tu compasión, muchacho. —Luego meneó la cabeza—. ¿Cómo has planeado vengarnos? ¿Y qué te lleva a pensar que más derramamiento de sangre mejorará la situación?

Sátiro bebió un trago de vino para disimular su confusión. Finalmente, se encogió de hombros.

—Tengo un barco —dijo—. Los echaré de la ciudad.

Penélope asintió.

—El sátrapa llegará cualquier día de estos, y entonces Eumeles se verá en una guerra. Más vale que te mantengas al margen, Sátiro hijo de Kineas.

—¿Quién está al mando? —preguntó Sátiro.

Penélope negó con la cabeza.

—Supongo que podría averiguarlo. —Sonrió, luego levantó los ojos y sonrió de un modo extraño—. Cuando te dejas morir, a menudo cuesta regresar a la vida —dijo. Y luego—: Qué más da. No me hagas caso. Soy una vieja amargada y podría

haber sido tu madre.

—No eres vieja —respondió Sático cortesmente. De hecho, bajo los amplios pliegues de sus vestiduras, no era menos atractiva que su tía Safo, y eso era mucho decir.

—Hmmm —musitó Penélope—. Había olvidado el sabor de la galantería.

—La cena está servida, señora —dijo Talkes desde el umbral.

La cena fue sencilla. Su conejo desapareció en un estofado hecho con cebada y tubérculos de temporada, que acompañaron con buen pan y un vino áspero. Los esclavos o sirvientes, Sático no acabó de tenerlo claro, comieron en la misma mesa que su señora, una gran mesa de madera oscura a la que el uso había dado una pátina negra semejante a la de la cerámica de Atenas.

Comió y comió. El estofado poco a poco le empezó a gustar; llevaba semanas comiendo el rancho que el cocinero de su casino preparaba en distintas playas. El vino era agrio, pero tampoco mucho. El pan, excelente.

—Mis cumplidos para la cocinera —dijo Sático.

Las cuatro chicas bastarnas rieron disimuladamente.

—¿Pasarás la noche aquí? —preguntó Penélope.

—Sí, *despoina* —contestó Sático.

—Ni se te ocurra acostarte con alguna de mis chicas. Teax es lo bastante joven y lo bastante tonta para calentarte la cama, pero no puedo permitirme perderla ni alimentar a un bebé suyo. ¿Entendido, joven señor?

La dureza de la voz de Penélope era muy distinta de la aparente debilidad que había mostrado antes. Sático concluyó que era una mujer diferente delante de su personal. Una jefa.

—Sí, *despoina* —dijo Sático.

Penélope enarcó una ceja.

—Eres un invitado muy cortés, para obedecer a los caprichos de una anciana.

Sático siguió comiendo estofado. Talkes, el capataz, observaba todos sus movimientos.

Sático se estaba sirviendo una tercera ración de estofado cuando se oyó un ruido en la verja del patio.

—Abrid la puerta —dijo una voz cantarina, como si un payaso o un mimo exigiera que le franquearan la entrada.

Talkes miró a su patrona.

Penélope se levantó y miró a Sático.

—Te esconderé —dijo. Fue la simple constatación de un hecho. Lo tomó de la mano y lo hizo subir a la exedra. Abrió un pesado baúl del que sacó un edredón de lana que sacudió y extendió sobre su cama. Tenía la espada de Sático, y se la entregó.

—Métete aquí —dijo.

—Podría...

—Podrías hacer que nos mataran a todos. Vamos, entra de una vez.

Sostuvo la tapa abierta y Sátiro se metió en el baúl, agarrando la espada con las dos manos. Quedó encajado, con las rodillas casi debajo de la cabeza. La postura le hacía daño, y aún le hizo más daño minutos después, cuando comenzaron los gritos en el patio.

La hora siguiente fue la peor y la más larga de la vida de Sátiro. Su maldición fue que pudo oírlo todo. Oyó a los hombres en el patio, la voz de payaso mofándose de Penélope, a los soldados desplegándose para registrar la casa, ruido de vajilla rota. Oyó que lo habían delatado el viejo esclavo de la carretera y la sangre y las vísceras que había dejado al destripar el conejo.

Oyó la voz del payaso amenazando a Talkes, y la misma voz amenazando con vender a Penélope como esclava.

—O podría hacerte lo mismo que a tu padre, mujer estúpida. ¿Dónde está? ¿Dónde está? —preguntó aquel hombre, sumamente enojado.

—Haz lo que quieras —respondió Penélope—. Cuando Lisímaco venga, eres hombre muerto.

—Todos vuestros sucios granjeros cantan la misma canción. Entérate, zorra, Lisímaco no vendrá. Ahora yo soy el señor de este lugar. Eumeles es rey del Euxino y me nombrará arconte. ¿Quieres que quemé la casa? Dime dónde está ese hombre.

La voz gangosa sonaba poco natural, como la de un sacerdote o un oráculo.

—¡Nada en los graneros! —gritó otro hombre de voz más grave.

—Registrad arriba; la exedra. Acuchillad todos los colchones y romped todos los muebles —ordenó la voz de payaso.

—Dos esclavas en la bodega. Ningún hombre —dijo otra voz grave, esta con acento getón.

—¡Veámoslas! —se oyó gritar, y luego rechiflas y carcajadas. Más vajilla rota y más gritos, y dos hombres entraron en la exedra para registrarla. Los oyó fisgonear, olió el perfume de un frasco que rompieron. Y abajo, oyó que violaban a Teax; ululatos, sollozos.

—¡Así os pudráis todos por dentro! ¡Que los cerdos se os coman los ojos! —chilló Penélope.

—Cierra el pico, zorra, o serás la siguiente.

Más risotadas.

—Yo también quiero hacerlo —dijo una voz cerca del baúl.

A Sátiro le ardían las rodillas de dolor, y la conciencia de su propia cobardía le subió a la cabeza como los gases del vino. «Si fuese digno de mi nombre, saldría de

este baúl y me abriría camino matando a estos hombres o moriría en el intento», pensó. Empuñó su espada prestada, listo para matar al hombre que abriera el baúl.

—¡Atenea te maldiga, hombre con voz de mujer! —La voz de Penélope, forzada por la ira y el terror, le llegó claramente—. Que se te pudran las entrañas. Que nunca conozcas el amor de una mujer. Que los chacales te arranquen las entrañas mientras aún tengas ojos para verlo. Que los gusanos se coman tus ojos. Que todos tus hijos mueran antes que tú.

Teax volvió a chillar.

—¿Qué hacemos aquí arriba? Ese cabrón hace rato que se ha ido, si es que alguna vez ha estado aquí —dijo la voz más grave, dando una patada al baúl donde estaba escondido Sático.

Penélope chilló.

—Quemadla —dijo la voz de payaso en el patio—. Matadlos a todos. Estúpidos campesinos de mierda.

Encendieron el tejado pero las vigas no prendieron, y Sático salió trabajosamente del baúl con las piernas entumecidas, y se arrastró escaleras abajo hasta el patio, haciendo caso omiso del peligro. Pero aunque fueran tan malos incendiarios, eran asesinos consumados. Penélope estaba tendida en un charco de sangre negra, tan fresca que relucía a la luz vacilante del tejado en llamas, y Teax yacía desnuda. La expresión de su rostro, de horror, terror y pérdida de esperanza, le quedó gravada a fuego en el cerebro. Cerró los ojos, ensuciándose las piernas con su sangre, y la cubrió con su clámide de lana buena.

Talkes seguía con vida. Alguien le había clavado una lanza en el vientre, pero estaba vivo cuando Sático lo encontró.

—¡Muertos! —dijo Talkes—. ¡Todos muertos! —Miró a Sático a los ojos—. Tú estás vivo.

Sático asintió.

—Así es —dijo, sintiéndose desdichado.

Talkes asintió.

—Yo también quiero vivir.

Asintió de nuevo y falleció.

Sático pensó si enterrarlos a todos o si meterlos en la casa y prenderle fuego. Ambos eran gestos que no podía permitirse. Cuando recuperó la movilidad de las piernas, recogió su lanza en la entrada y echó a correr campo a través hacia la costa. Hizo lo posible por apartar de la mente la imagen de Teax. Ya lo había hecho antes con la chica que matara en el río Tanais, y también cuando tuvo la sensación de abandonar a Filocles a su suerte en Gaza. Sabía cómo conjurar esa imagen para concentrar su miedo y su odio en un único fin: la venganza.

Y lloraron juntos.

La Propóntide, principios de invierno, 311 a.C.

Dos campamentos gélidos porque Sarpax, el navarco, no era amigo de encender fuegos. Surcaban la Propóntide a remo contra un viento fuerte de otoño y pasaron ante Bizancio con las primeras luces, bogando con tanto ímpetu que los remeros refunfuñaban. Allí se separaron del convoy y prosiguieron hacia el norte.

Melita solo podía pensar en lo mucho que extrañaba a su hijo. Tenía los pechos llenos de leche, y eso bastaba para que tuviera en mente a Kineas en todo momento; leche tan abundante que le dolía, y cada vez que se planteaba ponerse la armadura, la mera idea la estremecía. El más leve roce de tela en los pezones le hacía sacar leche de nuevo, de modo que vivía perpetuamente avergonzada, con los quitones manchados y un viento cortante que le helaba los pechos.

¡Pues vaya con la aventura de su vida! Echaba de menos a su hijo y no desempeñaba función alguna en el barco, salvo otear el horizonte y preocuparse.

Y extrañar a su hijo.

Nihmu la ayudaba bien poco. Se instalaba en la proa a vigilar el mar, olisqueando el aire como un perro, escrutando cada barco con el que se cruzaban como si León pudiera ir a bordo.

Fue Nihmu quien avistó al patrullero, justo cuando el agua cambiaba de color y las altas riberas de la Propóntide se abrían a ambos lados. Regresó a la popa, y sus botas de cuero dejaron marcas en la cubierta.

—Un trirreme —anunció—. Justo en el horizonte.

Coeno fue a proa con el navarco y regresó meneando la cabeza.

—Tiene el viento a favor —dijo Coeno—. Y se aproxima para efectuar una inspección.

Sarpax se unió a él.

—Señoras, al castillo de proa, por favor. Repartid armas. Caballeros —dijo, mientras los oficiales se reunían—, actuaremos como si estuviéramos dispuestos a ser abordados hasta que dé la consigna. La consigna es «ataque». Si la doy, haced lo posible por matarlos. Lo cierto es que, una vez abarloados, nosotros tenemos más infantes, ¿eh? Pero si escapan, somos hombres muertos, ¿eh?

El bigote aceitado de Sarpax brillaba como la perla que lucía en la oreja derecha.

—Yo sé disparar —dijo Nihmu. Sonrió a Idomeneo—. Mejor que él.

—¡Yo también! —espetó Melita.

—Pues entonces llevad vuestros arcos al castillo —dijo Sarpax—. Nada de tirar hasta que yo lo diga. ¡Deprisa! Si quieren echar un vistazo a la bodega, fingiremos ser tan inocentes como corderos.

Melita abrió la escotilla del mamparo delantero del castillo, el reducido espacio confinado justo debajo de la proa, el único recinto cerrado en un barco tan pequeño como un pentekonter mercante. Por la estrecha abertura vio que el otro barco se acercaba en sentido contrario, con su gran vela cuadra hinchada por el viento que había hecho maldecir a los remeros durante cinco días.

—¡Poneos al paio! —gritó el capitán del trirreme—. ¿Qué barco sois?

—¿Quién lo pregunta? —rugió Sarpax—. El *Atún*, zarpamos de Rodas hace quince días.

—¡Al paio! —insistió el otro capitán—. Voy a ponerme a sotavento.

El trirreme arrió la vela mayor bastante bien, aunque hizo una maniobra chapucera al salvar las últimas esloras para abarloarse.

—¡Lánzame un arpeo! —gritó el desconocido. Melita oyó rezongar a Sarpax al ordenar que lanzaran el arpeo. Acto seguido ordenó que lanzaran otro.

—¿Quién eres tú? —rugió Sarpax.

—El *Avispa*, de Pantecapea. Al servicio del rey del Bósforo. Ahora despejad la cubierta, ¡voy a cruzar!

Melita no veía nada pero el pentekonter era tan pequeño que notó a los seis hombres que cruzaron, bamboleándolo con su peso cada vez que uno subía a bordo.

—¿Qué carga lleváis? —preguntó el capitán.

—Vino para Tomis, mena de cobre para Gorgipia —contestó Sarpax.

—Veinte lechuzas de plata —exigió el otro hombre—. Impuestos.

—¿Impuestos en mar abierto? —preguntó Sarpax indignado.

—Impuestos para acabar con la piratería —replicó el otro—. Paga o te hundo. Haciéndose el mercader ofendido, Sarpax maldijo.

—¡Tú eres el único pirata que veo por aquí!

El otro capitán se rio.

—Paga de una vez, gallito. —Melita oyó sus pasos—. Estamos buscando a un hombre; veinte o veinticinco años, alto y moreno. Responde al nombre de Sátiro. ¿Lo has visto?

Sarpax se rio.

—Qué, ¿caminando sobre las aguas?

El otro capitán no se rio.

—Sátiro de Alejandría. ¿Te suena ese nombre?

—Pues claro. ¿Por qué?

—¿Lo has visto? —insistió el otro hombre.

Su tono había cambiado. Melita sintió que algo se revolvía en su pecho, algo tan

profundo como los impulsos de su cuerpo. Estaban buscando a Sático. ¡Eso significaba que no lo habían capturado!

—El año pasado en Rodas. Escucha, trierarca, soy un pobre hombre con un camino que recorrer. Aquí tienes tu impuesto. ¿Podemos irnos?

Melita oyó sus botas sobre la estrecha plancha que discurría entre las bancadas de los remeros.

—¿Dónde está esa carga que llevas? Dioses, menuda chalana apestosa que gobiernas.

—El vino está con el lastre. La mena de cobre es el lastre.

En opinión de Melita, Sarpax sonó demasiado confiado.

—¿Qué llevas en proa, entonces? —preguntó el otro hombre, y Melita oyó que sus pasos se acercaban.

—Cebada y queso para los muchachos —contestó Sarpax.

—Y lo que hayas embarcado para tu comercio particular, tirio taimado. ¿Un poco de tinte de púrpura? ¿Unos huevos de avestruz? —Se rio—. ¡Abre el castillo!

Melita puso una flecha en su arco. A la luz de la escotilla, vio que Nihmu hacía lo mismo.

—Preferiría no hacerlo —dijo Sarpax—. Además, no te conviene.

—¿Me estás amenazando, guarro de mierda? Haz que lo abran de inmediato y no te daré una patada en el culo.

El otro hombre agarró la escotilla. Melita la vio moverse.

—Solo me preocupa que se produzca un... ¡ataque! —gritó Sarpax, y la escotilla se abrió.

Melita disparó de muy cerca y le clavó la flecha debajo del brazo con el que había abierto la escotilla. La de Nihmu le alcanzó en el ojo derecho.

Antes de que tuviera la segunda flecha en la cuerda, todos los infantes habían muerto o los habían arrojado al mar, e Idomeneo estaba encaramado a la borda, disparando contra el puente de mando del *Avispa*, donde estaban los oficiales del barco enemigo. A diferencia de su tía Nihmu, Melita había participado en un combate naval y conocía a Idomeneo. Corrió por la cubierta, procurando no resbalar con la sangre y abriéndose paso entre los remeros, que abandonaban las bancadas, jabalinas y espadas en mano, para abordar el *Avispa*. El *Atún* quedaba más bajo que su oponente, pero la diferencia de altura no bastaba para impedir el abordaje.

—¡Como en los viejos tiempos! —dijo Idomeneo. Disparó otra vez.

Melita no conseguía elegir un blanco. La cubierta enemiga estaba llena de hombres, en su mayoría remeros; sus remeros.

—Aquí hemos acabado —convino Idomeneo. Miró a Nihmu, que tensó el arco y lanzó una flecha alta contra un hombre situado en la popa, un arquero enemigo que cayó al mar.

—¡Buen tiro! —exclamó Idomeneo.

Aquello puso fin a la acción. Los remeros enemigos eran hombres a sueldo, tal vez forzados, tal vez esclavos, y no se levantaron de sus bancadas. Los hombres del *Atún* despejaron la cubierta en un abrir y cerrar de ojos.

Coeno regresó a bordo, con la espada seca pero sonriendo de oreja a oreja.

—Capitán Sarpax, ahora eres el amo de ese trirreme.

Sarpax estaba junto a la borda al lado de Melita.

—¿Qué carajo hago con él? —preguntó—. Soy rodio hasta la médula, no soporto matar a los remeros y hundirlo.

Melita notó que le salía leche. A medida que el daimon del combate abandonaba su cuerpo, le fueron volviendo las molestias, pero aún tuvo ánimo para sonreír.

—Tengo una idea —dijo. En su fuero interno se regocijaba porque Sátiro seguía vivo.

Dos días después un trirreme militar arribó a la playa al sur de Gorgipia, cerca del templo de Heracles. Su llegada causó cierta consternación en el templo hasta que Melita saltó por la borda y cruzó corriendo la playa para luego subir la escalinata. La misma sacerdotisa anciana la recibió con los brazos abiertos. Las cataratas de sus ojos hacían patente que estaba casi ciega, pero sonrió y estrechó a Melita entre sus brazos.

—El dios me anunció que vendrías —dijo—. Eumeles está dando caza a tu hermano por todas partes desde la batalla.

Melita se rio.

—Los días de Eumeles están contados —respondió.

En la playa, Nihmu saltó por la borda y caminó sobre los guijarros hasta que pisó tierra y hierba. Saludó a Melita con el arco y esta le correspondió. Entonces la sakje cayó de rodillas y besó el suelo, y soltó un grito de guerra que el eco devolvió desde los muros del templo.

—¡Una sakje! —dijo la anciana—. Antes solían venir por aquí. Han pasado muchos años. —Acarició el rostro de Melita—. ¡Eres madre! —exclamó—. ¿Dónde está tu hijo? ¿Es un niño?

Melita sonrió.

—En Alejandría —contestó—. Sigo sacando leche, pero tenía que salvar a mi hermano.

—Pasemos adentro y veamos cuál es la voluntad del dios —dijo la anciana vidente—. Tu hermano está a su cuidado; un héroe vela por el otro. Pero está bien que hayas venido. —Se apoyó en el hombro de Melita e hizo una seña a una asistente, una joven muy agraciada—. Lisa preparará una tisana para tus pechos. ¿Qué más necesitas? Tengo ganas de poner de mi parte en la represalia contra Eumeles. Ha sido un caudillo muy duro con la gente de aquí.

—Caballos —dijo Nihmu, que había subido desde la playa. Sonrió al decirlo—. ¡El olor de este lugar es el olor de mi hogar! ¡Huelo la hierba! Caballos, reverenda señora, y nos marcharemos enseguida.

La anciana sacerdotisa resopló.

—La última vez os llevasteis mis mejores caballos —dijo. Luego meneó la cabeza—. Ay, las exigencias de los jóvenes; y de los dioses. Haré que os traigan caballos.

Un día después iban montadas con ropa sakje y sus *gorytoi* en bandolera, cabalgando sobre las primeras briznas del mar de hierba. Detrás de ellas, Coeno detuvo su semental para saludar con la mano a Sarpax, que interrumpió su retahíla de órdenes para zarpar a fin de devolverle el saludo.

—A lo mejor no regreso nunca al mar —dijo Nihmu, riendo—. Ay, rezo para que León esté bien, ¡pero estoy contenta de haber vuelto a la pradera!

—¿Hacia dónde, Nihmu? —preguntó Coeno. Estaban en lo alto de una sierra que se prolongaba hacia los montes del Cáucaso en el este. Al noreste las llanuras se extendían a sus pies hasta el río, y de nuevo más allá del transbordador. Un viento frío soplaba del norte, rizando la hierba y haciéndolos tiritar.

Melita se caló la gorra de piel hasta las orejas.

—¿Al norte?

Nihmu negó con la cabeza.

—Al noreste, hacia las tierras altas entre el Tanais y el Rha.

—¡Allí es donde viven los forajidos! —repuso Melita.

—Allí es donde encontraremos a Ataelo —respondió Nihmu—. Ahora es un forajido.

Cerca de Tomis, principios de invierno, 311 a.C.

La campiña estaba desierta, no se veía un solo hombre, nadie recogía las manzanas maduras ni pisaba la uva. La noticia de la atrocidad cometida en la granja de Penélope sin duda se había extendido muy deprisa.

Sátiro avanzaba con cautela de almiar en establo. En dos ocasiones encontró a otros hombres escondidos, y en ambas los saludó en silencio con un ademán de asentimiento. Había humo en el aire y, después de ver una columna de dos docenas de hombres con armadura, se mantuvo apartado de la carretera. Con la mente cerrada a todo pensamiento, avanzó sin ser visto por la costa hacia el sur, hasta que cruzó un cabo rocoso y pudo ver el puerto desde lo alto. Tres trirremes en la playa y el *Loto* amarrado por proa y por popa a la escollera. Se quedó allí tumbado durante una hora, observándolo todo y vigilando a los soldados que había en la ciudad, con las tripas revueltas. Luego emprendió la caminata de regreso costa arriba.

Antes del anochecer oyó los ladridos de unos perros. Subió a un pequeño cabo cercano a la granja y bajó al agua helada, y luego nadó rodeando la punta en dirección a la playa, llegando tan lejos como pudo hasta que los espasmos de los músculos y el frío le obligaron a salir del agua. Una vez en tierra, comprobó que los aullidos de los perros se oían bastante lejos. Se puso a recoger tablas y ramas que el mar había escupido a la arena. Juntó un buen montón, lo ató con su faja y cargó con él caminando por la orilla playa arriba, dirigiéndose al norte con las últimas luces tan deprisa como podía. Corría cuando tenía frío y caminaba cuando se cansaba, agradeciendo el estofado que había cenado la noche anterior, el estofado que había comido con personas que ahora estaban murtas por su culpa. Igual que Jenofonte y Filocles y todos los hombres que cayeron en Gaza, y aquella chica en la pradera...

—Basta —dijo en voz alta.

«Demuestra a los dioses quién eres realmente», le dijo Filocles al oído.

Sátiro sonrió, preguntándose cuán cansado estaba o cuánta fiebre tenía. Tenía unas líneas rojas en el brazo que lo asustaron.

Pero enseguida se encontró mejor.

Una vez de noche, Sátiro se sentó en la playa y se puso a encender una hoguera. Los perros estaban dos cabos por detrás de él, y sus ladridos se perdían en la oscuridad. El *Halcón Negro* estaría cerca, salvo si no iba a acudir a la cita con él. Mejor no pensar en aquella posibilidad.

Consiguió encender fuego con líquenes secos y chispas de las piritas que llevaba consigo y agradeció a Heracles que no hubiese llovido. No habría podido encender un fuego con madera mojada. Le faltaba práctica.

Con una fogata encendida, la segunda fue pan comido. Juntó madera y la avivó, recogió más y encendió la tercera hoguera, asegurándose de que estuvieran alineadas en la playa. Ahora volvía a oír a los perros.

Con las hogueras encendidas, se sentó en la arena seca y limpió su espada y su *lonche*, puliendo las hojas cuidadosamente con arena fina a la luz del fuego, tan concentrado en la tarea que faltó poco para que no viera la mole del *Halcón* cuando dobló el cabo.

Dejó las fogatas encendidas, se zambulló en las olas y nadó medio estadio hasta su barco.

El fornido brazo de Terón le ayudó a subir por el costado.

—Tienes un aspecto horrible —dijo.

—Rumbo sur hacia Tomis —ordenó Sático—. Hombres de Eumeles.

—Podemos pasar de largo —respondió Terón.

—No. —Sático hurgaba debajo del banco del timonel en busca de su equipo—. No, no podemos. La gente está muriendo por mí, Terón. Acabo de aprender una lección sobre qué significa ser un rey. Incluso sobre intentar ser un rey. Una vez más.

—Esas son las peores lecciones, chaval —convino Terón—. Perdona...

—No hay nada que perdonar. He crecido un poco desde anoche. Llámame chico si quieres. ¡Neiron! Arma a la tripulación. ¡Todos los oficiales!

Sático tiró su quitón empapado en sangre por la borda y se puso uno seco que sacó de su petate, para luego atarse al cuello su pesada clámide roja.

Kalias acudió a su llamada con Apolodoro.

—Caballeros, esto tiene que ser rápido y certero —dijo Sático—. El enemigo tiene tres barcos en la playa y el *Loto*. Diocles, quiero que nos sitúes entre el *Loto* y la escollera, justo al lado de sus amarras. Lo abordaremos y mataremos a quien haya a bordo. Kalias, un destacamento de los hombres que hayan servido en el *Loto* y suficientes remeros para moverlo y luchar. Vamos a vaciar el *Halcón*. Diocles, en cuanto nos hayamos ido, lleva el *Halcón* a la rada.

—¿Y luego? —preguntó Terón.

—Luego estaremos en manos de los dioses —dijo Sático—. ¿Estáis conmigo?

—¿No te largarás sin nosotros? —preguntó Terón—. ¿Nada de heroicidades sin sentido?

—Me bañaría en su sangre, si pudiera —dijo Sático—, pero quiero vencer.

Los hombres arrastraron los pies sobre la cubierta. Se ponían nerviosos cuando le oían hablar de aquella manera.

—Estamos contigo —dijo Diocles.

—Hagamos lo que hay que hacer —agregó Kalias. Se golpeó la palma de la mano con el puño.

El *Halcón* salió sigilosamente de la oscuridad de la medianoche siguiendo el camino que la luna parecía iluminar desde el mar abierto hasta la escollera. Un centinela en el malecón, o quizás en la cubierta del *Loto Dorado*, dio una voz de alerta. Nadie contestó.

—¡Ah del barco! —chilló la segunda vez. Sátiro vio su rostro pálido a la luz de la luna. Estaba en la popa del *Loto*—. ¡Eh! —gritó de nuevo.

La proa del *Halcón* rozó la banda del buque insignia de León, encajando a la perfección con las manos de Diocles firmes en los remos de gobierno y la vela de trinquete arriada.

—¡Alarma! —gritó el hombre de la popa demasiado tarde.

—¡Al abordaje! —rugió Sátiro.

Saltó de su borda a la cubierta del *Loto*, proeza que ya había llevado a cabo cincuenta veces.

El barco estaba vacío salvo por un puñado de marineros dormidos bajo un toldo junto al palo mayor y el centinela. Sátiro corrió hacia el centinela, que tardó en decidirse entre huir o luchar. En el último instante, levantó su lanza pero Sátiro paró el golpe con el escudo y chocó contra él, escudo contra escudo, alcanzando por detrás a su oponente con la espada y cortándole los tendones antes de separarse. El centinela se desplomó y Sátiro le pisó el cuello, aplastándole la tráquea, y le clavó la espada en un ojo.

Los marineros que dormían debajo del toldo salvaron la vida por su propia indefensión. Por lo demás, el *Loto* estaba vacío, y Kalias ya estaba mandando a los hombres a sus puestos. El aparejo de *triemiolia* era lo bastante diferente para sembrar el caos y lo bastante semejante para que todos estuvieran en orden de combate antes de que se produjera alguna reacción en la ciudad, si bien los perros ladraban en la playa y una voz gritaba desde la orilla.

—¿Remeros en sus bancadas? —gritó Kalias. Al recibir un gruñido a modo de respuesta, tocó un silbato.

—¡Remos fuera! ¡Quiero ver viveza! ¡Avante! ¡Ar!

Solo tenían dos tercios de los remos, pero estos salieron disparados y dieron la primera estrepada con dos movimientos perfectos, y Sátiro sintió que el barco estaba vivo debajo de sus pies. Manejaba los remos de espadilla, y se apoyó pesadamente contra el aparejo de gobierno.

—¡Todo a estribor! —gritó.

—¡Remos de estribor! ¡Todas las bancadas! ¡Ciad! —ordenó Kalias.

Detrás de ellos, mientras iniciaban la virada, el *Halcón* comenzó a alejarse hacia

la oscuridad, con los remeros dando vítores en sordina, solo una cuarta de parte de las bancadas tripuladas, pero saboreando la victoria.

—Sangre en el agua y plata en nuestras manos —masculló Sático. Se estaba retando a gritarlo a voz en cuello. Era el grito de guerra de Peleo, una frase pirata que le ponía la carne de gallina cuando la oía en medio de un combate.

Se lanzó.

—¡Sangre en el agua! —gritó, y los remeros se entusiasmaron.

—¡Y plata en nuestras manos! —le respondieron, y avanzaron más deprisa, siguiendo el ritmo que Kalos marcaba dando golpes al palo mayor.

Los soldados de Eumeles salían a raudales de la ciudad, y algunos encendían hogueras en la playa, hogueras que solo servían para iluminar sus barcos indefensos.

—Media marcha —gritó Sático a Kalos, que aminoró el ritmo.

—¡Listos para cambiar de bancada! —gritó Sático. Hizo una seña a Apolodoro—. Ve a proa y prepárate para lanzar los arpeos.

—A la orden —contestó Apolodoro.

—¡Ciad! —chilló Sático. Demasiado pronto. Se había precipitado...

Los remos se clavaron en el agua tachonada de estrellas, arremolinándola en una espuma negra, y el *Loto* perdió velocidad. Sático apuntó el espolón hacia la banda de babor del trirreme varado más al norte y afianzó los timones mientras los remeros seguían cando y maldiciéndolo. Los oía rezongar, pero el barco se iba deteniendo...

Un golpazo. Su proa rozó la popa del enemigo, claramente iluminada a contraluz por las hogueras de la playa, y entrevió el titileo de los arpeos que surcaron el aire oscuro.

—¡Cambiad de bancada! —rugió Kalos por encima del ruido del combate que se libraba en la proa. Los infantes de marina enemigos intentaban rechazar al *Loto* a la desesperada.

—¡Arpeos lanzados! —se oyó gritar en proa.

—¡Todos a remar! —gritó Kalos, y Sático solo tuvo que gobernar con firmeza mientras el *Loto* se retiraba de la playa marcha atrás. Hubo una sacudida cuando las cuerdas de los arpeos se tensaron y empezaron a tirar, con todo el peso del barco enemigo soportado por los remeros que, sin embargo, sabiendo que remaban por el valor de su presa, daban cortas y potentes paladas a las órdenes de Kalos, y el barco enemigo se deslizó hasta el agua y los siguió tan mansamente como un cordero seguiría a una chica al mercado, costeando detrás de ellos con sus infantes todavía luchando por sus vidas. A un estadio de la playa perdieron ímpetu y trataron de rendirse, pero Apolodoro tenía sus órdenes y los acorraló en su popa hasta arrojarlos al agua para que se ahogaran.

Jadeando por el esfuerzo y hablando demasiado deprisa y demasiado alto, Apolodoro fue al puente de mando con un escudo y un yelmo, los signos tangibles de

su victoria.

—¡Nuestro, por los dioses! —dijo—. No he perdido un solo hombre. En cuanto han notado que la quilla rascaba la arena, les ha entrado el pánico y los hemos segado como trigo maduro.

Sátiro le dio una palmada en la espalda.

—Buen trabajo. Pero han dejado las hogueras encendidas y necesitamos todos los barcos. Tomemos otro.

Apolodoro asintió, apoyó las manos en las rodillas y se agachó, respirando pesadamente.

—¡Deja que recobre el aliento!

Sátiro asintió.

—¡Kalos! —llamó. Su maestro remero en funciones corrió a popa.

—¡A la orden!

—Me propongo vaciar el *Halcón* y llevarme a todos los hombres —dijo Sátiro—. Llévalos a proa con armas para que ayuden a los infantes. Tú encárgate de los remos y pon a Diocles al timón.

—Hecho. —Kalos señaló el mástil del *Halcón*—. ¡Cuidado con el rumbo, señor! —gritó, y Sátiro tuvo que dar una virada para evitar que la popa del buque insignia de su tío chocara con la proa de su propio barco. Había mucho que vigilar en todo momento. Se apoyó en los timones de espadilla y rezó mientras Kalos ordenaba que se recogieran los remos.

Mas consiguió abarloadse. Retroceder era más sencillo en muchos sentidos, y trincaron al *Halcón* el trirreme capturado.

—Que todos aborden el *Loto* —gritó Sátiro a Terón, que respondió agitando una antorcha. En el tiempo que tomaba hacer un juramento, la exigua tripulación del *Halcón* cruzó al otro barco, todos armados con lanzas o jabalinas. Dejaron los otros dos barcos flotando al paio, amarrados entre sí.

—Aún siguen encendiendo fogatas en la playa —dijo Diocles—. Nunca han combatido de noche, eso está claro.

—El barco que está más al sur parece un poco más grande —dijo Terón—. Quizá sea un efecto de la luz.

Ya estaban llegando, con Diocles al timón, y el barco más al sur parecía en efecto más grande.

—Hay gente luchando en la playa —dijo Terón. Se dirigió a proa, con la cadera todavía resentida pero moviéndose deprisa pese a llevar armadura completa.

Sátiro fue tras él y subió a la plataforma del espolón del *Loto*. Estaba atestada de infantes y marineros, y Sátiro se encaramó a la borda y se agarró a los obenques del palo trinquete para rodear la proa. Terón le pisaba los talones.

Se oía el fragor de la lucha en la playa, gritos y el entrechocar del bronce y el

hierro, y un hombre que bramaba a causa de la ira o el dolor, o de ambas cosas.

—¡Quemaré esta ciudad y a todos los hijos de puta que viven en ella! —gritó aquella voz, la voz de payaso.

Sátiro se dio cuenta de que tenía todos los músculos agarrotados y procuró relajarse.

—La ciudad se ha levantado contra los asaltantes —dijo.

—Ganancias más fáciles para nosotros —dijo un infante—. No pueden defender la playa y los barcos a la vez.

Sátiro gritó órdenes mientras trepaba rodeando a Terón para echarse a correr por la borda, haciendo caso omiso de la muerte segura que le aguardaba si se caía al agua con la armadura puesta.

—Apolodoro, vamos a desembarcar. Vacía el barco. Tú lleva a los infantes. Terón, Kalos, llevaos a los marineros.

—¿Qué? —preguntó Terón, pero Sátiro había seguido adelante. Saltó a la cubierta principal y corrió por la pasarela, repitiendo sus órdenes a Kalos y a la tripulación de cubierta, y luego fue en busca de Diocles.

—Después de pasar el barco que está más al sur, da media vuelta y váranos de popa. Todo el mundo a tierra. Todo el mundo.

Sátiro estaba muy agitado, asustado de su propia decisión pero resuelto a llevarla a cabo. Los lugareños estaban muriendo en la playa, enfrentados a soldados profesionales y pagando un alto precio por ello, luchando a oscuras. No iba a abandonarlos a su suerte.

Diocles meneó la cabeza, y sus dientes brillaron a la luz de las fogatas.

—Estás loco, ¿lo sabes? ¿Tu amigo Terón no te ha dicho algo sobre no hacer heroicidades temerarias? —Se irguió y gritó—: ¡Remeros de estribor, cambiad de bancada! —Sonrió a Sátiro—. Yo también estoy loco. Acabaremos con todos o moriremos en el intento.

Sátiro no pensó ni un momento en el posible botín, solo en que era casi seguro que Calco, el amigo íntimo de su padre, estuviera luchando en la playa contra los hombres que habían matado a Penélope y violado a Teax. Personas a las que apenas conocía.

Tal vez estuviera loco.

—¡Todos a sus puestos! —gritó Diocles. A Sátiro le dijo—: Tengo el barco controlado. Ve a organizar tu desembarco.

Sátiro lo saludó y corrió hacia proa, con las grebas rozándole ya los tobillos y el escudo golpeando las hombreras de su coraza.

—En cuanto la popa toque la arena —gritó—, infantes y tripulantes de cubierta por la borda. No varéis el *Loto* en la playa, tan solo formad como os enseñó Terón: infantes al frente, marineros en las filas siguientes y los remeros detrás. ¿Entendido?

Terón negó con la cabeza pero no dijo palabra.

—Derechos a la playa y contra el enemigo —dijo Sático.

—Deberíamos estar detrás de ellos —confirmó Apolodoro.

—No os detengáis para lanzar jabalinas ni nada por el estilo —dijo Sático—. Ellos han formado, lo he visto a la luz del fuego. Id derecho hacia ellos. Permaneced juntos, no os matéis entre vosotros.

—¡Playa! —gritaron varios hombres. Sático vio que el tiempo de planificar se le había acabado. Estaban tan cerca del trirreme enemigo que sus remos casi le rozaron el espolón, y entonces Kalos gritó:

—¡Remos dentro!

Y embistieron la playa con tanta fuerza que todos los hombres cayeron de bruces.

—¡A tierra! —chilló Sático, poniéndose de pie. Se encasquetó el yelmo y saltó al agua, encontrándola más profunda de lo que esperaba, pues le llegaba casi al pecho, y comenzó a caminar hacia tierra firme mientras el frío le recordaba que era mortal—. ¡A formar! ¡A formar! —chillaba una y otra vez, y Apolodoro tenía a los infantes apiñados, y luego la piña se extendió, formando una línea.

—¡Marineros! —gritó Sático. Los marineros y los remeros fueron saliendo del mar para ocupar sus puestos detrás de la endeble línea de los hombres que llevaban armadura. Medio estadio playa abajo, otros hombres gritaban junto a las hogueras. Más cerca, un arquero tiró, y su flecha desplumó la cimera del yelmo de Sático. Otra flecha le golpeó con fuerza el tobillo, y bajó la vista esperando ver el astil clavándole el pie en la playa, pero la saeta había desaparecido y el tobillo le dolía como si le hubiese dado una coz un caballo.

Ni idea de lo que estaba ocurriendo allí, excepto que había cadáveres junto a la popa del barco del medio y ningún defensor. La locura de la guerra aniquilaba el sentido común.

—¡Diocles! —gritó Sático—. ¡Toma veinte hombres y pon estos cascos a flote!

Un rugido de aprobación de sus propios hombres; reflotar los barcos enemigos era una garantía contra la derrota, pues significaba que no habría persecución.

Apolodoro agitó su lanza. Terón estaba a su lado cual torre de bronce a la luz de las llamas.

—¿Preparados? —gritó Sático. Estaba perdiendo la voz de tanto gritar—. ¡Conmigo, adelante!

En verdad no era una falange, era más bien una especie de turba que seguía la misma dirección, un centenar de hombres trotando por la playa con una frágil delantera de bronce y hierro. Los marineros desdeñaban las formaciones y se desplegaron mientras corrían. Los hombres tropezaban con cadáveres y maderos, una fila entera se topó a oscuras con una barca de pesca volcada y se perdió en un torbellino humano de confusión, pero el grueso de la formación siguió barriendo la

playa, con Sático corriendo en cabeza, dejando atrás el otro barco y las fogatas para ascender a lo alto de la playa y casi entrar en la ciudad.

Y allí los tenían: de repente, había soldados en el extremo del ágora que daba al mar, donde hombres prudentes habían varado la mayoría de barcas de pesca para resguardarlas de las tempestades. Entre las embarcaciones, los invasores estaban matando a los habitantes de la ciudad y a los granjeros de los alrededores.

—¡Matadlos a todos! —gritó la voz gangosa.

—¡Halcones! ¡A la carga!

Sático se esforzó en llenar los pulmones para bramar las órdenes, y sus hombres gruñeron y gritaron y cayeron sobre los atacantes.

Sático echó a correr y mató a un hombre sin armadura de un golpe de lanza en los riñones, haciendo que manara sangre a borbotones, y el hombre se desplomó, encogiéndose sobre la herida como si intentara apagar un fuego, y Sático siguió adelante.

Su siguiente oponente llevaba armadura y se estaba dando la vuelta cuando Sático llegó y arremetió con la lanza, la punta guiada por las manos de los dioses, acertando en la axila del brazo con que sostenía el escudo; un golpe milagroso que lo derribó, dejándolo hecho un ovillo en el suelo. Sático tuvo que detener su avance porque se había adentrado en las filas enemigas. Se estaban revolviendo, y Sático clavó los pies en el suelo.

—¡Halcones! —rugió. Hincó la lanza con fuerza, que alcanzó la parte alta de un yelmo y rebotó, aunque asestando tal golpe a la cabeza del soldado que este se vino abajo, inconsciente, aturdido o simplemente herido. Sático no prestó atención a su caída. Dio media vuelta y arremetió en sentido contrario, y esta vez el enemigo, un oficial con penacho, paró el golpe con el escudo y se lo devolvió, pero Terón se interpuso a tiempo y le hizo retroceder a mandoblazos, pegándole con la espada una y otra vez hasta que lo derribó.

Ahora Sático estaba rodeado de hombres que gritaban «¡Halcón!». Sático avanzó junto a Terón. Daba una estocada tras otra y le devolvían los mandobles, una dolorosa lluvia de hierro que le golpeaba el escudo y resonaba en su yelmo de bronce, haciendo que el brazo le palpitara de dolor. No había modo de pararlos, estaban a oscuras y Sático no veía a quien rechazar, de modo que volvió a afianzar los pies en el suelo y empujó con el escudo. Un enemigo le agarró la lanza, que se partió entre sus dos escudos. Empujó de nuevo, gritando como un poseso. Recibió un golpe tremendo en la cabeza y le vino el sabor del cobre a la boca. Hincó una rodilla en tierra, pero sabía lo que eso suponía. Empujó con las piernas, se irguió y arremetió con una ráfaga de golpes de contera, blandiendo la lanza rota como si fuese un garrote; rugiendo, gritando con la voz ronca.

El enemigo cedió. No fue la lenta erosión de la voluntad que Sático había

conocido en Gaza, sino una súbita rotura, como si una balsa de riego hubiese reventado en una granja, vertiendo sus aguas colina abajo para destrozar los sembrados. Los asaltantes se dieron por vencidos en cuestión de segundos y echaron a correr hacia la oscuridad.

Los halcones se detuvieron. Nadie gritó una orden, y los hombres que había en torno a Sático se arrodillaron en la tierra empapada en sangre y jadearon como perros.

—¿Quién diablos sois? —gruñó una voz entre las sombras—. Por Plutón, generoso dador, creo que os debemos nuestra libertad.

Sático se dio cuenta de que todavía aferraba la contera de la lanza. La soltó y se obligó a ponerse de pie. Le zumbaban los oídos y algo le mojaba la barba. Lo lamió; era sangre.

—Por Heracles —dijo Sático—, me parece que os debemos la vida. —caminó hacia el otro hombre, apenas visible, con una muchedumbre a su espalda en la otra punta del ágora. Cuando Sático se hubo separado de sus hombres, gritó:

—Soy Sático, hijo de Kineas —y siguió avanzando.

—¡Ah! ¡Amigo mío! —respondió la voz. Un anciano, demasiado mayor para empuñar el bronce, se separó de su grupo. Su barba blanca asomaba bajo un anticuado yelmo ático.

—¿Calco? —preguntó Sático.

—¡Por Zeus, guardián de los juramentos, esto es digno de ser recordado! —dijo Calco, y Sático fue engullido por un abrazo metálico—. Supimos que andabas por la campiña. Era demasiado bueno para ser verdad, pero cuando ha comenzado el ataque en el puerto, he sublevado a los hoplitas, a lo que queda de ellos.

—Os hemos oído —terció Terón.

—Pero nos vencieron —dijo Calco—. Tal como nos vencieron el otro día. ¡Bah! Ya no somos los hombres que éramos hace veinte años.

A Sático le sangraba la nariz; no conseguía detener la hemorragia y se distrajo. De pronto el tobillo le dolía atrocemente y la vieja herida del brazo le palpitaba.

—Hemos huido —prosiguió Claco—. Tampoco ha estado mal, porque nos han seguido y habéis venido detrás de ellos. Se han vuelto contra vosotros...

—¡Casi acaban con nosotros, también! —dijo Terón.

—Y he reagrupado a los muchachos para un nuevo intento. ¡Ares, ha faltado poco!

—Demasiado poco —dijo Sático entre el líquido que le manaba de la nariz—. ¿Mercenarios?

Calco gruñó.

—Las putas de la guerra —dijo—. ¡Ah, me siento como un hombre esta noche! —agregó, riendo.

—¿Y los hombres que han huido? —preguntó Sático. Ahora miraba a los suyos.

Había huecos en sus filas.

Calco señaló con el mentón hacia la muchedumbre que tenía detrás.

—¿Ves? No son solo hoplitas, también todos los esclavos de la ciudad. Esos cabrones han violado y matado a su antojo. Todas las amas de casa se han apostado en los tejados provistas de tejas, todos los niños recorren las calles con sus hondas.

—Siendo así, habrá un montón de críos muertos por la mañana —dijo Terón. Encogió sus anchas espaldas—. Necesitan nuestra ayuda, Sátiro. Me figuro que por eso nos has hecho desembarcar, para salvar la ciudad.

Sátiro gruñó.

—Eres un héroe enviado por los dioses —dijo Calco—. Atenea Niké, si incluso te pareces a tu padre.

Resultaba difícil sentirse un héroe con la nariz sangrando y el brazo en llamas, y mucho más enfrentarse a la idea de tener que meterse en aquellas calles oscuras y angostas y volver a luchar.

Pero ya se estaban oyendo gritos; mujeres y niños, y hombres también.

—De acuerdo —dijo Sátiro—. Solo los infantes de marina. Tripulantes de cubierta, recoged todas las armaduras y escudos que veáis y seguidnos. ¿Dónde está Kalos?

—Aquí —contestó Kalos, con su cara de sátiro asomando bajo un casco beocio abollado.

—Llévate a los remeros y ayuda a Diocles a refloatar los barcos de la playa —ordenó Sátiro, con la impresión de que su cerebro actuaba por cuenta propia, prescindiendo de su cuerpo.

Kalos asintió con vehemencia.

—¿Puedo dormir una siesta antes?

—Esos hombres que han huido tal vez decidan luchar por sus barcos —terció Terón—. Cuanto más tardemos...

—Vale, vale. —Kalos meneó la cabeza—. ¿Alguien tiene un odre de vino? —gritó a sus hombres, que ya estaban despojando a los muertos.

—¿Y Apolodoro? —preguntó Sátiro.

—Lo ha alcanzado una flecha en la playa —contestó Terón—. Cuanto más aguardemos...

Sátiro tuvo que obligarse a moverse.

—Hagamos lo que hay que hacer —dijo con voz ronca, y se echó a caminar hacia la ciudad arrastrando los pies. Vio una lanza, se agachó y la recogió; un *lonche* de infante sin contera.

«Mejor esto que nada», pensó.

Había una casa en llamas pocas calles tierra adentro, y el fuego se estaba propagando. Calco bramaba órdenes a su gente, y los hoplitas fueron a unirse a los

infantes de Sático; solo una docena aproximada de hombres con armadura.

—¿Dónde están todos tus hombres? —preguntó Terón.

—Bocabajo en la arena —dijo una voz que transmitía fatiga y enojo—. No hay que dar cuartel a esos cabrones.

Se internaron con cautela en una calle ancha flanqueada por almacenes y un par de tabernas.

—Soy Kletes —dijo un hoplita—. Conozco bien esta parte de la ciudad. Seguidme.

Y así, sin más, Kletes tomó el mando, y bajo su dirección se desplegaron para cubrir dos calles paralelas y avanzaron tierra adentro. En dos ocasiones se tropezaron con cadáveres; la primera con el de un invasor, al que ya habían desnudado; la segunda, con los de dos esclavos jóvenes con heridas de lanza en el vientre y la espalda. Luego oyeron pelea en otra calle, cerca del foco del incendio.

—¡Derechos a ellos! —gritó Kletes, y Sático obedeció con la misma naturalidad que Terón y cualquiera de los demás. Corrieron por las calles hasta encontrarse en un cruce demasiado pequeño para ser una plaza pero, aun así, espacioso. Una docena de invasores estaba enzarzada con una turba de lugareños; pescadores y sus esposas. Una teja golpeó el yelmo de Sático, le zumbaron otra vez los oídos y dio un traspié. Las demás alcanzaron la línea de invasores, ahora desesperados al verse acorralados.

Sático no había entrado en combate y por eso vio la trampa.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Nuestros flancos!

Un taimado cabrón había usado a sus propios hombres como cebo, reteniendo a media docena de soldados de reserva a la sombra de un gran edificio.

Sático se encontró solo ante la arremetida. Sacudió la cabeza para aclarar sus ideas y entonces, sin pensarlo dos veces, echó el brazo para atrás y lanzó el *lonche* contra el primer enemigo, cuya silueta se recortaba sobre la casa incendiada.

El lanzamiento fue certero y el soldado ni siquiera intentó parar el golpe o esquivarlo; una lanza volando en la oscuridad era difícil de ver. Se desplomó con gran estrépito. «Ares, los asaltantes están bien equipados», pensó Sático mientras desenvainaba la espada y avanzaba tres pasos hacia el siguiente adversario, al que derribó de un solo mandoblazo. Sático le aplastó la garganta con un pie al tiempo que embestía al tercer hombre con el hombro y el escudo, adaptando las llaves del pancraccio a la lucha con armas a la luz de la casa incendiada. La lanza del tercer hombre le rozó el hombro, arrancándole un trozo de piel del bíceps, pero Sático blandió la espada de cerca, cortando las manos de su oponente para luego alcanzarlo por detrás del yelmo, golpeándolo en el cogote una, dos y tres veces hasta abatirlo.

Los otros tres titubearon.

—¡Es un hombre solo! —gritó aquella voz odiosa—. ¡Todos a una!

Sático retrocedió y escupió; no parecían muy ansiosos por enzarzarse con él. No

fue un gesto de desdén; tenía la boca llena de sangre. Los miró por encima del escudo y se mantuvieron a distancia, permaneciendo a más de un largo de lanza.

—¿Por qué no vienes a ponerme a prueba tú mismo? —se oyó decir a Sático. Dentro del yelmo, esbozó una dolorosa sonrisa. Era el tipo de frase que había soñado decir alguna vez. Un dios se la había puesto en los labios. Notó que su espalda se enderezaba, se irguió cuan alto era y el bronce dejó de pesar.

Ninguno de los tres avanzó. Detrás de Sático se oían los rugidos de los hombres que luchaban y los chillidos de las mujeres, y pensó en Teax.

—Es más difícil que matar mujeres en el campo, ¿verdad, hijo de puta? —gritó Sático.

—Que te jodan, mocoso —dijo la voz. El guerrero del medio avanzó—. Capturémoslo y nos largamos —agregó la voz—. Nada de luchar a oscuras en buena lid, niño.

Sático aguardó un segundo, se puso en cuclillas y entonces saltó hacia la derecha, entablado combate con el hombre situado al extremo del grupo. Se cubrió la cabeza con el escudo, se agachó y cortó por debajo del escudo de su adversario pero la espada rebotó en sus grebas. No obstante, el soldado dio un traspié hacia atrás y Sático lo empujó levantando el escudo, pero entonces encajó un golpetazo por la izquierda, tropezó con algo que había en el suelo y se encontró tumbado bocarriba en la arena, con los brazos abiertos y el escudo encima.

—Buen intento —dijo la voz, y Sático vio cómo le pisaba el escudo; un daño increíble en el brazo herido, una terrible punzada de dolor. Sático aulló.

Ni Sático ni sus oponentes vieron venir a Terón, pero el atleta derribó a voz de payaso, se volvió hacia su compañero y lo despachó con dos golpes seguidos de lanza en la cara.

Rápido como un gato, voz de payaso volvía a estar de pie, dando una paliza a Terón con su lanza a la luz naranja del fuego, que comenzaba a propagarse.

Sático se quitó el escudo del brazo maltrecho y volvió a gritar. No pudo evitarlo. Pero había soportado años de dolor, de combates en la palestra, huesos rotos y contusiones a manta, y de un modo u otro consiguió meter el brazo en el cinto de la espada, sin respiración a causa del daño, y por tercera vez aquella noche se puso en pie como Atlas soportando sobre los hombros el peso de los cielos. Buscó a tientas la daga que llevaba sujeta en el interior del escudo, la empuñó con la mano derecha, todavía con el rostro chorreando sangre, y la clavó en los riñones de voz de payaso mientras este tenía todo su ser concentrado en Terón. La hoja triangular perforó el bronce y se hundió un palmo con la fuerza del golpe de Sático. Voz de payaso trastabilló, volvió la cabeza y Terón le ensartó la lanza en el puente de la nariz.

A Sático le fallaron las piernas y cayó pesadamente al suelo, retorciéndose a tiempo para no aplastar el brazo roto con su propio cuerpo.

—¿Estás muy mal, chico? —preguntó Terón.

Sátiro gritó.

—¡Brazo... roto! —dijo, y acto seguido se acurrucó sobre la tierra empapada en sangre, deseando poder desmayarse pero sin conseguirlo. En lugar de eso, vomitó.

Perdió el contacto con lo que sucedía a su alrededor, no del todo inconsciente ni del todo capaz de enterarse, flotando en una marea de dolor como un barco varado refloatado con la pleamar. Terón le decía cosas, y se encontró explicando que en el pancracio olímpico jamás se enfrentaban dos luchadores a la vez contra un adversario; le estaba explicando esto a un oficial que llevaba una larga túnica blanca y una corona de olivo, y que lo miraba con desganado desprecio.

—Estábamos luchando a oscuras —dijo Sátiro—. ¡No en la Olimpiada! ¡Ese hombre ha rechazado un combate en buena lid!

El anciano meneó la cabeza y entonces Terón dijo algo acerca de un barco.

—¿Qué barco? —preguntó Sátiro.

—Tenemos jugo de amapola —dijo Calco claramente—. Le daré un poco.

Fuego por todas partes, y de pronto estaba caminando y unas manos lo guiaban; más dolor cuando alguien lo cogió del brazo, y gritó y se cayó y por poco perdió el conocimiento. Sátiro respiraba con dificultad y unas voces le dijeron que bebiera, y bebió un líquido lechoso, amargo y un tanto brillante.

Entonces le entró frío, después calor, y luego el color del fuego estalló en torno a él, y el color lo definió todo; la guerra y los amigos muertos, los besos de Amastris, el amor de Filocles, todo tenía color; y se dejó llevar en volandas por aquella ola de tonos sutiles, y el dolor rugió su decepción de lavanda y desapareció.

Contra el parecer de Coeno, no ocultó su identidad. La primera noche se detuvieron en un establo, una casita de piedra con campos que se extendían a ambos lados del camino. Los habitantes eran meotes; morenos, alegres, con un patio lleno de niñas pecosas con blusones de buena lana y dos niños que jugaban a luchar con espada provistos de sendos palos.

Para cenar hubo cordero, servido con sopa de cebada en bellos platos atenienses. Y buen vino griego.

El granjero se llamaba Gardan, y su esposa, Methene. Observaban con recelo a los viajeros y hablaban en voz baja en un extremo de la gran mesa que presidía la única estancia de la casa.

Después de la cena, deliciosa, tanto más cuanto que fuera repiqueteaba un gélido chaparrón, Gardan se trasladó a la otra punta de la mesa, la más próxima a la chimenea dado que era un hombre hospitalario.

—¿Qué noticias traéis, pues? —preguntó, dirigiéndose a Coeno.

—Venimos desde Alejandría —dijo Melita.

El granjero la miró sorprendido, como si no hubiese esperado que hablase. Pero sonrió.

—¿De tan lejos? —dijo, aunque con poca curiosidad.

Coeno bebió un sorbo de vino.

—¿Te interesan las noticias del Mediterráneo? —preguntó.

El granjero negó con la cabeza.

—No mucho —contestó—. Nada que ver con la gente de estos pagos. —Eché un vistazo a los arcos de sus huéspedes, guardados en una hornacina al lado de la puerta—. Ya no se ve a muchos sakje por los caminos —dijo, como si tal cosa.

—Es lo que nos dijeron en el templo de Heracles —respondió Melita.

—El templo no ama al tirano —dijo el granjero. Tenía las cejas muy pobladas y masculló el comentario sin dirigirse a nadie, como si en caso necesario pudiera desdecirse.

—¿Quién es el tirano? —preguntó Nihmu.

Melita se molestó al darse cuenta de que Nihmu arrimaba la pierna a la de Coeno debajo de la mesa.

—Eumeles de Pantcapea. Reivindica estas tierras pero, por lo general, es Upazan de los Sármatas quien envía a sus asaltantes a recaudar lo que llaman «impuesto».

Gardan se encogió de hombros.

—No es un tirano como es debido —dijo su esposa Methene—. Antes imperaba la ley.

—Calla, mujer. No es momento.

El granjero miró afablemente a su esposa y se volvió de nuevo hacia sus huéspedes.

—Volveréis a tener ley —dijo Melita.

El granjero asintió como si fuese un lugar común, pero su esposa miró a Melita y dejó el tejido en el telar.

—Esposo —dijo, levantándose—, es la Gemela.

Coeno se levantó.

—No queremos problemas.

Gardan regresó junto a su esposa y no se volvió hasta interponerse entre ella y los desconocidos. Sus hijos se apiñaron en torno a ellos, conscientes de que acababa de decirse algo peligroso.

—¿Es verdad? —preguntó Gardan.

—Sí —contestó Melita, haciendo caso omiso de Coeno—. Soy la hija de Srayanka, Melita de Tanais.

—Por el Labrador —dijo Gardan.

—Te he reconocido en el patio —dijo Methene. Se encogió de hombros—. Pero mis ojos son viejos y no les he dado crédito. —Miró a los tres viajeros, que se habían puesto de pie—. No tenéis que preocuparos lo más mínimo en esta casa —agregó—. Hemos dado cobijo a Temerix y a su esposa extranjera muchas veces, y también a su banda.

—¿Temerix? —dijo Coeno—. ¿Temerix el herrero?

Gardan se relajó un poco.

—El mismo —respondió.

—Creía que había muerto —dijo Coeno.

—Hasta el verano pasado no, en cualquier caso —dijo Gardan—. ¿De verdad eres una Gemela, señora? ¿Vosotros tres vais a sublevar a los sakje?

—Sí —contestó Melita.

—Debéis saber que llevamos cuatro años sin ver a un solo sakje —dijo Gardan—. Corre el rumor de que los sármatas los han echado de las llanuras. Al menos en esta región.

Melita miró a Coeno y luego a Nihmu.

—Si declararéis la guerra al tirano... —dijo Gardan, e hizo una pausa—. Es un caudillo despiadado, y poco amigo de los granjeros —prosiguió Gardan. Alzó su copa—. Pero vamos tirando, señora. Si tienes planes de hacer la guerra en el Tanais, piénsalo. Piénsalo bien. Porque los granjeros se levantarán solo por tu nombre. —Asintió, dando énfasis a sus palabras—. Solo por tu nombre. Yo mismo lo haré. Pero si fracasas... Por el Labrador, nos hará esclavos en nuestras propias granjas. Es lo que quiere ese hijo de puta. Perdona, esposa.

Pero Methene asintió.

—La verdad, huéspedes. Si tenéis algún plan insensato para que nos alcemos en armas... dejadnos al margen.

Melita se acostó en un camastro de juncos en el suelo tras haber rehusado privar de su cama a los granjeros. Tenía mucho en que pensar.

La cuestión de su identidad salió a relucir otra vez al día siguiente en el transbordador del río Hipanis, donde fluía a través de campos empapados cerca del gran mojón de Lahrys. Melita recordaba su primera travesía, con los jinetes de Upazan detrás de ella.

Coeno lo miró.

—¿Qué es esto? ¿El Hipanis? —preguntó.

Melita asintió.

Coeno negó con la cabeza.

—¿Por qué los asagatje ponen el mismo nombre a todos los ríos? Tanais, o Hipanis. En Olbia hay uno.

Melita se encogió de hombros.

—Y este es el Hipanis del este. No seas tan griego. —Miró en derredor—. Filocles les cortó la sirga. ¡Espero que no se acuerden!

Pero sí que se acordaban. El barquero la reconoció nada más verla y agitó el puño en alto hacia Coeno.

—¡Aquí hay una ley nueva! —chilló—. ¡Cortadores de sirgas! ¡Peores que los ladrones!

Melita hizo avanzar a su caballo.

—Soy Melita —dijo—. Reina de los asagatje orientales. —Se atragantó un poco al decirlo—. Este río es mío, y el vado también. Tú pagas tus impuestos a mi pueblo.

—¡Eso se acabó, bárbara! —gritó el barquero, empujando su barca hacia el río—. Toda esta tierra es del rey del Bósforo. Aquí no cabalga ningún bárbaro excepto el hombre del rey. ¡Upazan!

Pese a todo, se notaba que tenía miedo.

Coeno retuvo a Melita, que estaba a punto de entrar en el río a caballo.

—Olvídalo —dijo Coeno—. Ojalá nos hubieses dejado pasar de largo. Ahora se lo contará a todo el mundo.

—Bien —dijo Nihmu, con una extraña sonrisa ausente—. Eumeles pasará el invierno royendo los retazos de esos rumores.

Coeno señaló el río, que estaba muy crecido.

—La ira de Eumeles no nos ayudará a cruzar el Hipanis.

Nihmu se encogió de hombros.

—Sigamos por la orilla sur hasta que se convierta en un arroyo en las faldas de las montañas —propuso—. Yo me crié aquí, antes de la Gran Guerra. Conozco los

senderos.

Coeno se arrebujó bien con la clámide. Luego desmontó, desenrolló su saco de dormir y se puso un segundo manto.

—Será cosa de la edad —dijo—, pero me entra frío solo de pensar en las faldas del Cáucaso. —Sonrió a las mujeres—. Me gustaría encontrar a Temerix.

Nihmu asintió.

—A mí también, pero puede estar en cualquier rincón de estos montes.

Cabalgaron hacia el este durante dos días entre trigales segados y luego a través de campos ralos de cebada que dieron paso a parcelas más pequeñas y bosques más grandes salpicados de aldeas donde los campesinos de las tierras altas cultivaban avena y criaban ovejas. Después de la segunda noche, Nihmu se negó a dormir en otra choza; la de la víspera contenía más insectos que comida. Pero los aldeanos conocían a Temerix y eran gente curtida; un arco y un hacha en cada cabaña. Desdeñaban a los granjeros del valle y su servil obediencia al tirano, pero nadie sabía dónde encontrar a Temerix.

—Va y viene —dijo un anciano meote, más valiente que los demás.

—¡Bah! Pueblo de la tierra —dijo Nihmu, con todo el desdén del pueblo del cielo.

—Has vivido en una casa durante diez años —señaló Coeno.

—Una casa donde corría la brisa y me podía bañar —respondió Nihmu—, y aun así cada noche he extrañado las estrellas. Ay, Alejandría y su calima en el cielo. ¡Esta noche me regalaré los ojos con todo el camino celeste de dios!

Coeno se encorvó envuelto en su manto.

—Esta noche me congelaré —dijo. Las dos mujeres llevaban pantalones y gruesos abrigos. Coeno, el heleno más aristocrático que Melita había conocido jamás, llevaba un quitón y una clámide pero no pantalón. Unas botas altas tracias eran su única concesión a la equitación.

—Deberías ponerte pantalones —dijo Nihmu, y no por primera vez.

—Cuando Zeus Sóter baje del Olimpo y me enseñe a ponérmelos —contestó Coeno.

—¡Blasfemia! —exclamó Melita, pues una discusión con el abuelo de su hijo ayudaba a matar el rato.

Coeno negó con la cabeza.

—Sería blasfemia si dijera que no creo en Zeus —respondió—. Sería *hubris*^[6] si me negara a obedecer su deseo de que llevara pantalones. De hecho, tengo la certidumbre de que si me cruzara con un magistrado megaro en esta región de labriegos, lobos e invierno, olvidada de la mano de los dioses, seguiría pareciendo un hombre civilizado.

Melita no pudo evitar echarse a reír porque Coeno, pese a sus modales y a su

acento, era el mejor compañero de caza que cupiera imaginar, un hombre que había adquirido, con esfuerzo, grandes conocimientos sobre las plantas y los animales de las tierras vírgenes, un hombre capaz de cabalgar del amanecer al ocaso sin quejarse. Coeno era un buen jinete, incluso para los sakje.

Solo que no llevaba pantalones.

—Mi madre solía decir que mi padre llevaba pantalones —dijo Melita.

—Tu padre estaba enamorado de tu madre —repuso Coeno—. El amor lleva a las personas a hacer cosas raras. —Se encogió de hombros, como admitiendo que él mismo estaba haciendo algo raro en aquel momento.

—Irías más cómodo —apuntó Nihmu.

Coeno rio y se rascó un muslo desnudo, enrojecido por el frío.

—Has dado en el clavo —dijo—. Precisamente, no iría nada cómodo.

Siguieron cabalgando hacia el este.

El día siguiente vieron una manada de ciervos y mataron uno, rodeando a la manada para ponerla al alcance del arco de Nihmu, a la manera sakje. Coeno meneó la cabeza ante semejante desperdicio: tenía ganas de galopar entre los ciervos con sus jabalinas, pero tuvo que aguantarse. Necesitaban carne, no deporte.

Las flechas de Nihmu cumplieron su misión. Coeno despiezó al cervatillo y siguieron adelante, manchados de sangre, con carne fresca en las bolsas de malla de sus monturas. Aquella noche se dieron un festín de venado y luego tuvieron que montar guardia para proteger de los lobos el resto de la carne. Por la mañana se levantaron temprano, encendieron un fuego y volvieron a comer. Las aldeas y granjas de las tierras altas habían desaparecido. Estaban en un territorio desierto por el que antaño cabalgaban los sakje.

—Cada día que pasa me siento más sakje —dijo Nihmu.

Coeno no respondió. Estaba en cuclillas, contemplando el fuego. Melita se fijó en la frecuencia con que ponía los ojos en Nihmu y viceversa.

—Tendremos que volver a cazar dentro de tres días —dijo Coeno—. Y los caballos necesitarán algo mejor que esta hierba si queremos llegar hasta las tierras altas del Tanais.

Nihmu le puso una mano en la mejilla, un gesto muy íntimo, tratándose de ella, y que puso tensa a Melita.

—Calla. Te preocupas demasiado, griego —dijo Nihmu.

Ambos rieron, mirándose, y Melita se sintió sumamente incómoda.

Volvieron a cabalgar hacia el este el día entero, y al atardecer el Hipanis parecía suficientemente estrecho para vadearlo, tanto más cuanto que ya se habían empapado al cruzar dos afluentes durante la jornada. Había un minúsculo asentamiento; tres cabañas de piedra y un mojón. Los campesinos del vado dijeron que el mojón y el *kurgan*, uno muy grande y centenario, se llamaban Tiblissa.

—De niña estuve aquí —dijo Nihmu. Encendieron una hoguera a los pies del *kurgan*, usando un hoyo que contenía tanta ceniza como Coeno estuvo dispuesto a sacar—. Tip-lis fue un cacique de la antigüedad, cuando el pueblo marchó sobre Persia para guerrear contra los medos y el Gran Rey. Es el custodio de este vado.

Melita se caía de sueño, arrullada por el sonido de los caballos comiendo grano adquirido con dinero en efectivo a los campesinos del vado.

—Deberíamos preparar los sacos de dormir —dijo Nihmu.

Melita se incorporó.

—Ya lo hago yo —dijo.

Ninguno de los otros dos se opuso, de modo que situó el suyo entre los de ellos.

No protestaron ni miraron con recelo el arreglo, y Melita se sintió culpable por sus sospechas. Tenía más calor del que era de su agrado, casi aplastada por el peso de los durmientes que tenía a ambos lados, pero finalmente se durmió.

Por la mañana se adentraron en el vado entre salpicaduras, llevando en alto el equipaje para que no se mojara, y enseguida que lo hubieron cruzado, Coeno encendió una hoguera muy grande, secaron todo lo que estaba húmedo y se cambiaron. Hacía demasiado frío para montar vistiendo cuero y lana mojados.

Incluso los caballos se arrimaron al fuego.

—Aún faltan varias semanas para el invierno —dijo Nihmu, y Coeno gruñó. Nihmu se estaba calentando junto al fuego, desnuda. Coeno le sonreía, y Melita tuvo ganas de gruñirles. ¿Flirteaban o iban en serio?

—El invierno llegará bastante pronto —dijo Coeno. Acercó las manos al fuego—. Más pronto para unos que para otros —agregó. Era quince años mayor que Nihmu y treinta mayor que Melita.

Una hora después ya habían reanudado la marcha, saliendo del valle del Hispanis y dirigiéndose al norte, al invierno.

Aquel mismo día nevó, no tanto como para enterrarlos pero lo suficiente para preocuparlos. Siguieron adelante bajo la nevada y acamparon en los espesos bosques del cerro más alto que habían encontrado hasta entonces, al que tardaron un cuarto de jornada en ascender. Habían dejado atrás los territorios poblados, se hallaban en los altiplanos por los que solo viajaban los sakje, y Nihmu reconoció que sentía cierta consternación. No había indicios de fogatas ni otro rastro que seguir.

—Aguarda unos días —dijo Coeno.

—Los Caballos Perro deberían estar acampados en ese valle —dijo Nihmu, pero se encogió de hombros y comió venado de tres días antes.

Al caer la noche Melita se encontró con que Coeno había construido un refugio de broza y ramas; muy bajo, pero acogedor y caliente. Se mostraba muy orgulloso de él, a la manera de los hombres, pero Melita tuvo que admitir que realmente estaba

muy logrado. Removió el fuego para apilar un montón de brasas en la boca del refugio y los tres se metieron dentro. Fue entonces cuando Melita se percató de que lo había construido en torno a sus mantas, y que las de Nihmu estaban en el medio.

Le pareció un sinsentido protestar. Melita había resuelto no pensar más en ello. Después pensó en quedarse despierta para ver qué pasaba. Sin embargo, cuando volvió a abrir los ojos vio la luz grisácea de la mañana y oyó el crepitar del fuego que Coeno alimentaba con ramas del refugio. Melita se levantó, enrolló las mantas y las ató formando tres fardos idénticos. Recobraba los hábitos de su juventud sin apenas darse cuenta, y miró en derredor buscando a Nihmu.

—Está bañándose —dijo Coeno. Se encogió de hombros—. Ya lo sé, es una locura, pero ha insistido.

Debajo de ellos, Nihmu chillaba como una mujer que estuviera de parto, y Melita la vio chapoteando en el arroyo. Cuando regresó junto a ellos, tenía la piel enrojecida, pero había llenado las cantimploras y el único cacharro que tenían para calentar agua. Coeno lo puso en el fuego y tomaron una infusión caliente con un chorrito de vino antes de partir.

Aquella noche rieron junto al fuego y le cantaron canciones sakje a Coeno, que meneó la cabeza y les dijo que eran unas bárbaras. Melita descubrió que en realidad no le importaba que sus dos adultos favoritos hubieran decidido portarse mal.

—No es asunto mío —dijo a la oscuridad.

Cantaron más, y Coeno correspondió con pasajes de la *Ilíada*, recitados levantando la voz de un modo tranquilizador e inquietante al mismo tiempo.

—Este fragmento tiene un significado curioso —dijo Coeno cuando hubo terminado de contar que Tetis llevó una nueva armadura a su hijo por mar.

—Calla —dijo Nihmu, cruzándole los labios con dos dedos—. ¿Cuántas veces te dijeron de pequeño que si cuentas dos veces una historia se echa a perder?

Coeno sonrió como un chico.

—Tienes toda la razón, mi señora. —Se puso en pie de un salto—. Iré a contársela a los lobos —dijo, y se perdió en la oscuridad.

Melita pensó que el abuelo de su hijo se estaba comportando como un hombre mucho más joven.

Instantes después regresó, sorprendiendo a Melita, que se había acurrucado junto a Nihmu para darse calor. Coeno saltó por encima de ellas y tapó el fuego con la piel del ciervo que habían cazado. Estaba sin curtir y todavía mojada, casi congelada, y desprendió olor a pelo quemado y carne asada.

—Justo debajo de nosotros —dijo Coeno entre dientes—. En el fondo del valle. Veinte jinetes. Todos sármatas.

—¿Los has visto? —preguntó Nihmu incrédula. La noche era muy oscura.

—Los he oído —contestó Coeno—. Coged los caballos.

—Puedo hablar con ellos —dijo Nihmu—. Los orientales nunca molestarían a un grupo de sakje.

—Nunca es mucho tiempo —respondió Coeno—. El mar de hierba ha cambiado, y no para mejor.

Coeno retiró la piel del fuego e hicieron el equipaje a la última luz del rescoldo. El corazón de Melita palpitaba. Mientras sujetaba su ropa y sus mantas a la grupa de su caballo, alcanzó a ver el fuego que brillaba con luz trémula en el valle.

—Habrán visto el nuestro —dijo Melita.

Coeno negó con la cabeza.

—No; monté el campamento en una hondonada. Estoy acostumbrado a este tipo de cosas.

Melita se molestó consigo misma por varias razones; por permitir que Coeno fijara el campamento en su tierra, por no saber ser tan sigilosa como el griego.

Oyeron el ruido de un caballo justo debajo del borde del promontorio.

—¡Vienen a por nosotros! —susurró Coeno—. ¡Dejad los demás y montad!

Coeno ya había montado e iniciado la marcha. Melita saltó a lomos de su caballo y deseó que fuese su amado Bion, que para entonces ya había dado lo menos diez zancadas. Pero se acomodó en la silla y sacó el arco, ya armado, de su *gorytos*. Mientras conducía a su montura entre los árboles, cargó una flecha tensando la cuerda. Hay habilidades que nunca se olvidan.

Ahora oía gritos a sus espaldas, voces sármatas cuyas peculiares palabras y acento oriental llegaban con toda claridad a través del aire frío.

—¡Estaban justo aquí! —gritó un hombre joven—. ¡Mirad! ¡Brasas y cenizas!

—¡He disparado a uno! —gritó otro.

Melita hincó los talones en su montura, volvió a meter el arco en su funda y la flecha en el carcaj. No había nada contra lo que tirar, y cabalgar ya resultaba bastante difícil de por sí.

Siguió descendiendo por el monte, segura de que así, al menos, se alejaría de sus perseguidores. Cuando llegó al fondo del valle siguiente, tras una cabalgada desorientadora cuya distancia solo cabía medir en miedo, saltó con el caballo el estrecho arroyo negro y siguió adelante por el prado abierto, vigilando la colina que se alzaba detrás de ella, hacia el sur.

No vio jinetes ni caballos, pero sí sombras que se movían en la penumbra; y gritos.

Había perdido a Nihmu y a Coeno, así como a los caballos que llevaban el equipaje. Estaba sola en la oscuridad y diez jinetes o más la perseguían.

Dejó que el caballo hallara su propio camino a lo largo del prado hasta el pie del cerro siguiente mientras sopesaba sus opciones. No tenía miedo o, mejor dicho, el miedo subyacía a su análisis pero sin forzarlo.

Ellos tenían varios caballos; ella, solo uno y, para colmo, más bien mediocre. Eso significaba que un único error, una pata en un agujero, una mala herida, bastaría para que la capturasen. Conocía mil relatos de persecuciones como aquélla; a veces el héroe huía y a veces era el perseguidor, y en esas historias, por lo general el mérito era de los caballos.

La nieve ya cubría las cimas pero no así los valles. En las zonas nevadas había mucha luz; ninguna en los bosques.

Ascendió el cerro siguiente, chasqueando la lengua a su montura para hacerla ir más deprisa, corriendo el riesgo de lastimarla para alcanzar el linde del bosque y su relativo cobijo. Mordisqueaba un mechón de pelo y, una vez tomada su decisión, saltó del caballo y lo condujo por el bosque. Al desmontar tan precipitadamente le cayeron algunas flechas del carcaj, pero siguió avanzando deprisa, ató a su castrado al otro lado de la cresta y regresó, cruzando la cima, con una flecha cargada en el arco y empuñando con la mano entumecida por el frío dos jabalinas que había cogido de la silla.

Se sentía mejor siendo el cazador que la presa. Se tendió en una hondonada de hierba cerca de la cima del cerro, donde su manto azul marino de soldado destacaba en medio del suelo helado. Entonces aguardó.

A lo largo de su vida había tenido que aguardar muchas veces; aguardar a asesinos, aguardar los dolores del parto. Poseía la paciencia de los supervivientes. Permaneció inmóvil, cada vez con más frío, y el corazón le latía más deprisa o despacio según se acercaran o alejaran los ruidos de sus perseguidores. Las estrellas eran diferentes allí, pero los recuerdos de infancia le decían que estaba en medio de la segunda guardia.

Se mordió los labios para evitar menear la cabeza. De pronto la idea de tender una emboscada a sus perseguidores se le antojó una locura; había tenido la sensación de que le pisaban los talones pero ahora se mostraban precavidos. Pensó en ponerse de pie, recoger a su caballo y seguir huyendo, pero entonces oyó un ruido bastante cerca.

Opción descartada.

—¡Uno ha pasado por aquí! —gritó una voz joven—. ¡He encontrado una flecha!

—¡Calla! —dijo otra voz de más edad.

Estaban cerca. Sin volver la cabeza, vio una sombra y la nube de vapor de la respiración de un caballo. Los orientales eran muy sigilosos.

—¡Voy a tocar el cuerno! —dijo el joven, susurrando en broma.

—Ni se te ocurra —dijo entre dientes su compañero.

El corazón de Melita palpitaba y su mente, divagando en los últimos instantes antes de la acción, se centró en la idea de que debía sentir menos miedo. «¿Cómo se adueña de una el miedo?», se preguntó. Acto seguido tomó aire y rodó por el suelo hacia la izquierda; se plantó de pie, con la cadera en postura de tiro, levantando el

arco y tensando la cuerda y el brazo, y disparó, todo en un solo movimiento fluido. En realidad ni siquiera vio a su adversario, como tampoco fue consciente de haber tirado, pero su mano ya estaba sacando otra flecha del carcaj y tiró de nuevo.

Gritos.

Tiró una vez y metió el arco con la izquierda en el *gorytos* al tiempo que la derecha empuñaba una jabalina mientras echaba a correr. Había derribado a uno, que gritaba con la flecha clavada en el vientre, y el otro estaba inmovilizado, con una saeta en el muslo, atrapado bajo el peso de su caballo que, alcanzado en el vientre, se había desplomado. No se molestó en lanzar, sino que le clavó la jabalina en el cuello. Debajo de él, la nieve se tiñó de negro al manarle sangre a borbotones, y Melita siguió corriendo, derecha hacia los demás. Había otros dos, y sus piernas ya acusaban el cansancio, pues la tensión que le causara el parto en las caderas aún no había remitido, por eso temía detenerse, por miedo a no poder seguir corriendo. Bajó por la ladera como una exhalación y encontró al tercer hombre, que tenía el arco a punto. El sármata tiró y ella le lanzó la jabalina sin dejar de correr. Se hallaba encima de él, en la pronunciada pendiente del cerro. Sin pensárselo dos veces, saltó y le dio de pleno, derribándolo del caballo y abriéndose un tajo en el rostro; punzada de dolor; le rebanó el cuello con el *akinakes*, se apartó de él rodando por el suelo y agarró las riendas de su caballo.

La bestia no se movió; los dioses estaban con ella, y montó en la silla sármata con respaldo y se marchó, remontando el sendero hacia su propio caballo. Su nueva montura se asustó al oler la sangre y Melita apretó con las rodillas y le hincó los talones, dejando atrás al hombre muerto y al joven herido, que aún gimoteaba, y cruzó la cresta. Ni siquiera desmontó para coger a su caballo; tan solo metió la jabalina en su vaina, agarró las riendas de su caballo y siguió cabalgando ladera abajo. En cuanto estuvo de nuevo entre los árboles aminoró la marcha, haciendo que los caballos fueran al paso. Dentro del bosque ya no había nieve, nada que delatara su presencia.

A sus espaldas oyó al cuarto hombre, aterrorizado, llamando a sus amigos.

Tras cruzar el arroyo siguiente comenzó a preocuparla la herida en el rostro, que seguía sangrando, de modo que la sangre le corría por el cuello, cada vez más fría, empapándole el manto. Pronto se encontró ascendiendo de nuevo. Giró poco antes de donde comenzaba la nieve y cabalgó hacia el noreste, estimando la dirección tan bien como pudo en la noche sin luna.

Vio movimiento en el último cerro y le llegó el sonido de unos gritos, y luego la llamada de un cuerno, pero seguía avanzando deprisa, deseando que no la hubiesen herido y haberse llevado consigo los otros dos caballos.

Su nuevo caballo era una bestia hermosa, alta de cruz y ancha de grupa, y solo

cambió de monturas para darle un descanso. Tenía heridas en el pecho y marcas rituales en los cuartos traseros que representaban un grifón. De modo que lo llamó *Grifón*, contenta al saber que era un caballo de batalla de cierta edad y, por tanto, una montura fiable.

Estuvo una hora tendida en un bosquecillo de piceas en lo alto de un cerro, donde la nieve era lo bastante profunda para ocultar las llamas de una pequeña fogata. Necesitaba el fuego para derretir agua con la que rellenar la cantimplora y el odre.

El rostro entero le palpitaba.

Había perdido a su guía y a su mentor. No tenía más alimento que el tentempié que llevaba en el morral, un pastelillo de miel envuelto en hojas y un buen pedazo de queso que se comió de inmediato, pese al daño que le hacía la mejilla al masticar. Derritió agua en el yelmo y llenó el odre y la cantimplora.

Solo entonces se le ocurrió mirar qué había en las grandes bizazas de *Grifón*.

Estaban decoradas al estilo sármata, hechas con dos pellejos de caribú cosidos del revés, con el pelo dentro, y adornadas con crines teñidas por la parte de fuera.

«He matado a alguien importante», pensó Melita. Vertió un poco de agua del yelmo en su vaso de asta y bebió. Aunque solo sirviera para entrar en calor, le pareció maravillosa. Observó los bordados, la labor de todo un invierno de alguien sentado en una cabaña o una yurta en el mar de hierba, y meneó la cabeza ante los caprichos de la fortuna; Tiqué, como la llamaban los griegos. Aquel hombre había sido un guerrero; un gran guerrero con un buen equipo y mejor caballo. Seguramente veterano de un centenar de incursiones; lo bastante listo para dejar que sus exploradores se adelantaran. Pero su única flecha había errado el tiro y ella lo había matado, gracias tanto a la suerte como a su destreza. Si hubiese cruzado el collado unos pocos largos de caballo más adelante o atrás, dándole tiempo...

Suspiró, se caía de sueño. Metió las manos en la cálida suavidad de las bizazas bordadas, muy parecidas a las alforjas griegas pero hechas en las llanuras, y encontró dos tesoros. Se puso tan contenta que rio a carcajadas. Había un grueso gorro de piel que se puso de inmediato y un magnífico par de mitones bordados, hechos de caribú, forrados de una piel suave que le calentó las manos en cuanto se los puso, haciéndole saltar las lágrimas.

Pero no podía detenerse. Con las cantimploras llenas, un poco de comida en el vientre y los mitones puestos, cabalgó hasta la cima del cerro y miró hacia el norte y hacia el sur. Coeno y Nihmu, si seguían con vida, intentarían regresar en su busca.

Si seguían vivos. Y si Melita retrocedía por donde había venido, era más que probable que se topara con sus perseguidores. Seguía sin tener alimento y estaba agotada.

—Tendrán que seguir adelante sin mí —dijo Melita en voz alta, y dirigió a *Grifón* a través del collado, dirigiéndose al noreste, hacia las tierras altas del Tanais de su

infancia.

Tres cerros más y ni rastro de sus perseguidores. Tenía miedo de dormir, de detenerse, pero incluso el caballo estaba flaqueando. Los condujo al fondo de un riachuelo, un rincón cubierto de árboles y sin nieve en la hierba. Maneó y ató a sus monturas. Luego, maldiciéndose por ser tan bárbara, abrió las hermosas bizazas del muerto con su cuchillo, cortando el trabajo de diez noches de costura para convertirlas en un catre, puso el rollo de mantas debajo de ella y se tendió.

Permaneció tumbada con los ojos abiertos tanto tiempo que le resultó increíble. Los caballos hacían más ruido de lo que hubiese imaginado: relinchaban, masticaban hierba medio helada, eructaban, se tiraban pedos, bebían.

La despertó el frío cuando aún era oscuro. La cabeza y los hombros se le habían caído del montón de mantas y estaba tiritando. Se levantó, deseó llevar un poco de comida en el morral y bebió de la cantimplora hasta vaciarla. Luego la relleno en el arroyo gélido, poniendo mucho cuidado en no mojarse, y reunió su equipo, atando con nudos desmañados la ropa de cama. Sentía la persecución. Había matado a un hombre de peso. Le seguirían el rastro.

Amarró el fardo de mantas a la grupa de su caballo con un gran esfuerzo de voluntad, sorprendida y consternada ante la pérdida de fuerzas después de solo dos días sin comida y apenas descanso. Notaba extraña la herida del rostro, se sentía aturdida y sus sueños habían estado llenos de color.

Se preguntó si cabía que acabara muriendo allí, sola. La idea le hizo reír. Las escasas probabilidades que tenía de sobrevivir le levantaron el ánimo; los grandes desafíos no dejaban de tener su atractivo.

El casco de un caballo sin herrar golpeó una roca en algún lugar río arriba, y el ruido sonó con tanta nitidez como el gong de un templo.

Esta vez no vaciló. Sus alternativas estaban más que claras. En un abrir y cerrar de ojos montó a lomos de *Grifón*, y ni siquiera desató al otro caballo. Cabalgó aguas abajo, yendo de una arboleda a la siguiente a la luz de la luna que acababa de salir, con el arco preparado en la mano y otras tres flechas en el puño.

—Todo o nada —dijo en voz alta. Volvían a ser tres, y montaban en fila india por la otra orilla. Discutían entre ellos. Palabras sueltas y retazos de frases llegaban hasta ella en la quietud de la noche. El hombre mayor quería detenerse a descansar.

El arroyo cubría el ruido de los cascos de su montura, y cuando estuvo solo a unos pocos largos de caballo se medio irguió en la silla y le dio rienda suelta, dejándolo galopar por el prado bajo la luz de la luna. Un agujero, y podía darse por muerta.

Enseguida los alcanzó, solo el arroyuelo y sus empinados márgenes mediaban entre su arco y ellos, y tiró primero contra el último hombre. No siguió la trayectoria

de la flecha en la oscuridad. Cargó y tiró otra vez, y otra, y otra más, hasta quedarse sin flechas.

Un hombre susurraba, tal vez dirigiéndose a sus dioses, pero estaba tendido bocarriba en la hierba alta, y los tres caballos estaban de pie bajo la nueva luz de la luna, como si aguardaran que su nuevo amo fuera a buscarlos.

Pasó de largo los caballos y siguió adelante, trotando en la oscuridad a lo largo del arroyo a la débil luz de la luna, confiando en su montura y aun así aterrorizada. Todavía asombrada de su propia audacia y su abrumador resultado. Cabalgó casi dos estadios aguas abajo, pero estaba sola en el valle.

Entonces dio media vuelta y regresó. Dos de sus víctimas aún estaban vivas. El de más edad, a quien había disparado tres veces, todavía intentó dispararle mientras se aproximaba, pero no logró sostener el arco con el brazo izquierdo y cayó de rodillas.

Melita se acercó a él, apuntándolo con una jabalina a la cara, un círculo blanco a la luz de la luna.

—¿Quién eres? —preguntó el sármata.

A Melita no se le ocurrió qué decir, el agotamiento la había dejado sin habla, de modo que lo mató.

El otro hombre herido la observó con ojos brillantes mientras Melita registraba sus cuerpos y su equipo, encontrando una buena tienda de cuero y un cacharro de cobre. Reunió a los caballos y regresó.

—Tengo que matarte —dijo al muchacho, tras pensarlo un rato. Pero mientras lo decía se dio cuenta de que sería incapaz de hacerlo. Simplemente, ya había tenido bastante.

El joven asintió, sin embargo, y volvió el rostro hacia otro lado. Una vez que hubo montado, Melita meneó la cabeza, preguntándose si la frontera entre el mundo de la vigilia y el mundo del sueño se habían desdibujado, pues tenía la sensación de ver que los muertos seguían a su caballo; un buen puñado de muertos para una chica de su edad. La impresión la dejó sin habla un momento y le erizó el vello del cogote.

Regresó junto al joven que tenía la flecha clavada en el pecho. Los fantasmas eran apariciones aterradoras, parecían atormentados por un dios loco.

—He cambiado de parecer —dijo Melita al chico herido—, si vives, vives.

Lo tapó con un par de gruesas mantas griegas de lana.

El muchacho gruñó.

Melita lo observó un momento y se dio cuenta de que su súbito arrebató de compasión era inútil. El joven tosió sangre, la maldijo y murió. Melita vio cómo su espíritu salía de su cadáver como si un gusano saliera de la piel podrida de una fruta para sumarse a la macabra comitiva que seguía a su caballo.

—Artemis, no me abandones —dijo Melita, y entornó los ojos para no ver más apariciones. Entonces, práctica como siempre, le quitó las mantas, las enrolló bien

prietas y regresó a su campamento con la mente en blanco. Allí hizo una gran hoguera por primera vez en tres noches, mató al caballo más joven y se atiborró de su carne medio asada antes de sumirse en un sueño lleno de pesadillas que la hicieron gemir y removerse. Se despertó en dos ocasiones para ir a orinar, asustada por la matanza y la sangre y la facilidad con que la había llevado a cabo. En ambas ocasiones volvió a dormirse, y cuando despertó por tercera vez ya era de día y los fantasmas se habían marchado, y nadie le seguía el rastro.

Se bañó en el gélido arroyo, limpiándose la sangre de las manos y el pus de la mejilla. El agua le causó casi tanta impresión como los fantasmas, y se preguntó cuánta fiebre tendría. Luego se calentó junto al fuego y se puso la camisa de lana, limpia y seca, de uno de los muertos.

La mejilla olía mal. No podía ignorar la peste; olía a muerte. Tal vez la punta de flecha estuviera envenenada. Tal vez ya estaba muerta; eso explicaría que viera a los muertos con tanta claridad.

No recordaba haber recogido el campamento ni cabalgado, solo que cuando llegó el ocaso la sorprendió todavía montada, alejándose de él, siguiendo las sombras de los árboles que apuntaban hacia el noreste.

Y de pronto, como por arte de magia, estaba sentada en un risco, contemplando a sus pies una inmensa lámina de agua, como mínimo de diez estadios de anchura. Se rio porque conocía aquel lugar; de hecho, los últimos rayos del sol brillaban en el distante templo de Artemis de la orilla opuesta, imposiblemente remoto y sin embargo dolorosamente cercano. Coeno había construido el templo de mármol blanco con el botín de sus campañas.

Se encontraba en el Tanais, en territorio conocido. Solo que la mente apenas le funcionaba.

Cabalgó hacia el este toda la noche por el altiplano que se alzaba junto al río. Iba montada no tanto porque temiera ser perseguida como por miedo a desmontar del caballo.

Finalmente, con la primera tenue luz gris que anunciaba el alba, desmontó y orinó, apoyándose contra un abedul, las riendas en la mano como el héroe de un cuento sakje, y comprendió, como si fuese lo más profundo de su vida, que en efecto estaba viviendo un cuento sakje; como si Coeno y su padre hubiesen vivido en la *Ilíada*. Lo vio tan claramente como veía el salmón que nadaba en el río que tenía a sus pies.

A nadie en particular, o tal vez a los dioses, tal vez a las decenas de fantasmas que gritaban en silencioso tormento en el borde de su campo visual, habló.

—Si vivo —dijo Melita—, esta hazaña, su interminable carnicería de hombres y caballos, vivirá para siempre entre el pueblo. —Se encogió de hombros. Luego sonrió y le dolió la mejilla—. Huelo a muerte —dijo de pronto a los fantasmas.

No le dieron respuesta alguna pero siguieron yendo tras ella, y mientras el sol ascendía a lo alto del cielo vio que se acercaban cada vez más y los maldijo.

—¡Coeno ha matado por lo menos a cien hombres! —les gritó—. ¡Rondadlo a él!

Y más tarde, mientras cruzaba un pequeño afluente que discurría blanco y frío por la ladera, se dirigió a Nihmu.

—¿Por qué te acuestas con él? —preguntó, pero tampoco obtuvo respuesta.

«No está aquí, tonta», se recordó a sí misma, sin saber si eso era bueno o malo.

Aquella noche no encendió fuego porque le faltaban fuerzas para asar carne de caballo e incluso para descargar el equipaje. Hizo que *Grifón* se tumbara en el suelo con ella, se tapó con las pieles del muerto, bien arrimada al caballo, y durmió de manera irregular. Se despertó cuando el caballo, molesto, se puso de pie, tirándola al suelo y dejando entrar el aire gélido.

Intentó quedarse quieta, quizás incluso para aceptar la muerte. La muerte estaba muy, pero que muy cerca; olía su aliento carroñero. La luna se había puesto y era noche cerrada. El corazón le palpitaba y aguardó a que se la llevara.

El caballo se tiró un pedo.

Melita rio y se obligó a levantarse. Con la paciencia del superviviente, enrolló las pieles en un fardo, las ató con correas y luego las amarró a su caballo. No le sorprendió comprobar que todos los caballos siguieran reunidos en torno a ella. Cogió las riendas, montó a *Grifón* y reanudó la marcha en plena oscuridad.

Durmió mientras cabalgaba, dejando que los caballos se abrieran camino, y se despertó bajo una mortecina luz gris cuando *Grifón* relinchó y otro caballo le contestó desde la derecha. Melita paró en seco. Medio dormida, medio en el mundo de los sueños, levantó la cabeza y vio una figura de su infancia sentada en un poni peludo: Samahe, «la Morena».

—Oh, tía —dijo Melita, y meneó la cabeza—. Qué tonta soy.

Pero la imagen de Samahe no vaciló. En cambio, avanzó con su montura y emergió de la luz gris, con el arco en la mano y una flecha apuntando a los pechos de Melita.

—¿Quién eres? —preguntó su tía.

—Oh —dijo Melita—. ¿He muerto?

La punta de la flecha bajó casi imperceptiblemente. La mujer sakje silbó llevándose dos dedos a los dientes.

Entonces Melita tuvo tiempo de tener miedo, porque de pronto estaba rodeada, al alba, con la primera luz rosa mostrando una docena de jinetes, tanto hombres como mujeres, cuyo aliento formaba nubecillas en el aire gélido mientras los caballos hacían ruidos de caballos de verdad en el mundo del sol.

—Una chica sármata —dijo un hombre a su lado—. ¡Tengo una cosa que le va a encantar! —dijo, y rio cruelmente.

Pero la mujer meneó la cabeza.

—Creo que la conozco. ¡Chica! ¿Cómo te llamas?

Melita negó con la cabeza.

—Huelo a muerte —dijo.

—Es verdad —respondió otro sakje, un hombre barbudo que lucía una chaqueta roja—. Tiene cinco caballos sármatas y el carcaj vacío. ¿Cómo te hiciste ese corte en la cara, muchacha?

—Matando —contestó Melita.

—Su sakje es bastante puro —dijo la mujer de más edad.

—¿Samahe? —preguntó Melita, titubeando porque aquello podía seguir siendo un sueño.

Los hombres y mujeres que la rodeaban retrocedieron asombrados.

—¿Me conoces? —preguntó Samahe ansiosa.

—Claro que te conozco. Eres la esposa de Ataelo y yo la hija de Srayanka. Somos primas. —Todo aquello le parecía tan natural como respirar—. ¿Estoy muerta, o todavía vives?

En cuanto mencionó a Srayanka, la mujer arrimó su caballo al de Melita y la rodeó con los brazos sin siquiera soltar el arco. Y los jinetes se pusieron a gritar, profiriendo un agudo y prolongado chillido:

—¡Aiyaiyaiyaiyai!

—Ay, abejita mía, ¿qué ha pasado?

Samahe le acarició el rostro con un dedo y meneó la cabeza.

—He matado a unos hombres, y creía que quizás estaba muerta. —Melita inhaló una bocanada de aire—. Huelo a muerte.

Y con estas palabras, cayó de entre los brazos de Samahe al suelo, y el mundo desapareció.

Parte II

Vivir con leones

La Propóntide, invierno, 311 a.C.

El jugo de amapola y el entablillado acompañaron a Sático durante los días que pasó en Tomis, aunque el brazo no paraba de molestarle. Un temporal sopló contra la escollera y todos los marineros se afanaron en salvar las naves capturadas. El invierno se anunciaba con un chubasco tras otro. El brazo se le estaba soldando mal, pero el médico de Calco fue añadiendo más agua y leche al jugo de amapola, destetándolo de los colores y la poesía. Sin duda era un experto, pero Sático añoraba la felicidad de los sueños.

Recobró el apetito de súbito, ya habían pasado diez noches en la mansión de Calco cuando se encontró reclinado en un diván, comiendo langosta y bebiendo demasiado y casi incapaz de seguir la conversación debido a la voracidad con que engullía cuanto los esclavos le servían.

—Por todos los dioses, me reconforta verte tendido aquí, muchacho —dijo Calco. Alzó su copa y derramó un poco de vino—. ¡Come cuanto gustes!

Terón también comía con ganas, y Calco lo observó dar cuenta de una langosta con poca elegancia.

—Comes como un atleta olímpico —dijo Calco.

—Es que soy un atleta olímpico —contestó Terón.

Se hizo el silencio y los demás invitados cruzaron miradas y sonrieron con suficiencia.

Sático casi se atragantó. Calco era su amigo, amigo de su padre y su benefactor, su anfitrión: sin embargo, era un hombre que difícilmente caía bien. En sus visitas de niño a Tanais siempre halló mucho ceremonial y engreimiento, y Sático recordaba el semblante de su madre cuando le anunciaban una visita de Calco. Aun así, en la sesentena, se había levantado de la cama y liderado a los hombres de la ciudad contra los asaltantes; no una, sino tres veces, resultando herido en cada ocasión. No era un hombre de paja, pero sí desenvuelto en exceso. La clase de hombre que hacía diez días que alojaba a Terón en su casa sin haberse tomado la molestia de saber que su huésped era un olímpico.

Calco se encogió de hombros y bebió más vino.

—Sático, tengo otro problema que plantearle —dijo—. Esos piratas encerraron a todos sus remeros en nuestra prisión para convertirlos en esclavos; mercenarios, asalariados y esclavos. ¡Gracias a los dioses no eran hombres libres como los

vuestros, ni iban armados, pues ya estaríamos todos muertos!

Sátiro trató de incorporarse. Sin la amapola, la rotura del brazo le dolía constantemente. La vieja herida infectada la estaba contaminando, y Sátiro extrañaba Alejandría, donde los médicos sabían acerca de esas cosas. Pero era de mala educación quedarse tumbado en una fiesta, y su cadera izquierda tenía un corte profundo, de modo que solo había una postura en la que se sintiera cómodo.

—Iba a ordenar que los mataran a todos —prosiguió Calco—, pero se me ha ocurrido que quizá querrías llevártelos; podrías hacerlos remar en tus barcos hasta Rodas, como mínimo. Y luego dejarlos marchar o venderlos. O conservarlos: son asalariados.

Terón asintió.

—Mejor que matar a cuatrocientos hombres inocentes —dijo.

—¿Inocentes? El atletismo no enseña gran cosa en lo que a ética atañe, me figuro —replicó Calco.

—Poco más que el juego limpio —repuso Terón.

—Vinieron aquí como violadores e incendiarios —explicó Calco, mayormente al público de sus propios clientes recostados en la estancia—. Han perdido el derecho a la vida.

Terón miró a Sátiro enarcando una ceja. Sátiro asintió.

—Nos los llevaremos. Cuando nuestros heridos se recuperen, nos los llevaremos con nosotros.

—Me quitas un peso de encima —dijo Calco. Se encogió de hombros—. Soy un hombre duro, pero ¿cuatrocientos? ¿Dónde los íbamos a enterrar? Bastante hemos tenido con los piratas.

Doscientos piratas, doscientos hombres con armadura, todos muertos en una noche de carnicería, y sus cuerpos permanecieron insepultos demasiado tiempo, de modo que el olor dulzón del osario penetraba en todas partes, incluso a pesar del jugo de amapola.

Sátiro tenía ganas de irse cuanto antes, en cuanto fuera libre de la amapola.

La ciudad y la tripulación del *Halcón* se habían repartido las corazas y armas de los muertos, y la tripulación del *Halcón*, un tanto escasa en las cubiertas del *Loto Dorado*, probablemente fuese la tripulación mejor armada del Mediterráneo, aunque su armamento estuviera guardado en sacos de cuero debajo de las bancadas.

Los remeros profesionales de los barcos enemigos fueron llamados a asamblea y enviados a remar a sus respectivos barcos, pero todos despojados y con un puñado de halcones armados hasta los dientes en cada cubierta. Sátiro, Diocles, Terón y Kalos tomaron decisiones peliagudas, ascendiendo a algunos hombres a puestos importantes para reflotar los barcos capturados que estaban varados en la playa.

Uno de ellos era Kleitos. Había fallado una vez como maestro remero; demasiado

joven, con demasiado miedo a su repentino ascenso. Esta vez, en una playa del Euxino azotada por la lluvia, dio un paso al frente y pidió el puesto.

—Déjame probar otra vez —dijo a Sático. Se puso firme—. Hiciste bien al degradarme, pero puedo hacerlo. He estado pensando mucho en ello.

Terón no conocía la historia y enarcó una ceja. Diocles, el hombre que había remplazado a Kleitos cuando este flaqueó, sorprendió a Sático poniéndose de su parte.

—Ahora está preparado —dijo Diocles.

Sático asintió.

—Muy bien. Dale el *Avispón*.

—¿Maestro remero? —preguntó Kleitos.

—Maestro remero, timonel, navarco... Llámalo como quieras. Seréis tú y el capitán Terón quienes llevéis el *Avispón* hasta Rodas. ¿Estarás a la altura, señor? —preguntó Diocles, enarcando una ceja.

—¡Sí, señor!

Diocles lanzó a Sático una mirada que decía que abrigaba sus dudas, pero...

—Thrassos de Rodas —dijo Terón, llamando a otro hombre. Solía navegar como oficial de cubierta y lo habían enrolado en Alejandría.

Un pelirrojo corpulento dio un paso al frente. Parecía bárbaro y lo era, a pesar de su nombre. Llevaba un quitón de cuero como el de los campesinos y los brazos cubiertos de tatuajes.

—¿Señor?

—Mandarás en cubierta junto al capitán Sático —dijo Diocles—. ¿Sabrás manejarte?

Thrassos sonrió.

—No —contestó—. No. Servir bien, ¿eh?

Su griego sonaba gutural. Los esclavos que arribaban a Rodas se convertían en hombres libres porque la pequeña flota de la isla capturaba muchos barcos piratas y libertaban a sus esclavos. Estaba claro que Thrassos era dacio, o incluso más extranjero, un alemán como Carlo de los Exiliados.

Sático le estrechó la mano igualmente.

—Mantenme vivo —dijo.

Thrassos sonrió.

—Y a mí también.

Dos semanas en Tomis y el cielo se abrió, con dos días de sol que secaron los cascos de las naves y más por venir según el hueso roto de Sático. Tenía la cadera prácticamente curada, y se veía preso de interminables sueños eróticos como si, tras haber estado tan cerca de la muerte, necesitara copular. Se sentía como si aún fuese

un muchacho, y en el simposio de Calco se esforzaba por disimular su reacción instantánea ante las esclavas y sus lamentables danzas. La opinión de Sátiro sobre su anfitrión volvió a perder puntos al ver a aquellas chicas magulladas, inexpresivas y demasiado jóvenes. Las órdenes de su madre sobre el mantener relaciones sexuales con esclavas parecían dictadas a la medida de ellas, pese al impulso de su mente dormida y las ganas más abiertas de Calco.

—¿Quieres una? Toma dos, ¡son menudas!

Cada noche la misma broma.

—Necesito marcharme —dijo Sátiro a Terón— ¡Ayúdame! Estoy demasiado débil para hacerlo por mi cuenta.

Terón le dio una ligera palmada en el hombro y se puso en marcha, dando las órdenes precisas y aplacando a Calco con promesas de futuras visitas.

En la playa, con viento fresco del norte que soplaba tan frío como el Tártaro, Sátiro abrazó a su anfitrión.

—Gracias por tu hospitalidad —dijo—. ¿No te preocupa Eumeles? Querrá tomar represalias.

—Antes de primavera, no —contestó Calco—. Y aquí somos hombres de Lisímaco. Haremos que nos mande una guarnición. Quizás incluso conlleve una guerra.

—¿Cómo le mandarás aviso? —preguntó Sátiro, helado hasta los huesos.

Calco se mostró incomodado.

—Barca de pesca hasta Amphipolis —contestó—. O un jinete por tierra.

—Llevaremos la noticia —se ofreció Sátiro. Terón enarcó una ceja. Sátiro miró a su antiguo entrenador. —Los actos acarrearán consecuencias —agregó, pensando en Penélope tendida muerta sobre un charco de su propia sangre, con todo su coraje sofocado por la violencia.

«Voz de payaso mató a Penélope, y yo lo mato para saldar las cuentas, y Eumeles envía una flota a Tomis para ajustar esas cuentas. O quizá navego para atacar a Eumeles y me obliga a huir, y voz de payaso me persigue y por eso mata a Penélope, y así sucesivamente, hasta el primer principio de la causalidad.» Sátiro estuvo sumido en sus pensamientos hasta que Terón le dio un codazo.

—Daremos el aviso a Lisímaco —dijo Sátiro.

—¡Cuenta con nuestro eterno agradecimiento, benefactor! —respondió Calco—. Tu padre fue el mejor de los hombres y tú sigues sus pasos.

Sátiro estuvo tentado de decir que el mejor de los hombres no habría provocado la muerte de Penélope ni la de Teax. Pero reservó sus opiniones para sí.

—Adiós, amigo —dijo Sátiro. Saludó con la mano a los demás ciudadanos congregados en la playa; una pequeña multitud puesto que muchas de las filas de hombres libres estaban vacías.

Reflotaron las naves y zarparon de inmediato, temerosos de que el tiempo cambiara.

La bonanza duró tres días, y navegaron hacia el sudeste sin tocar un solo remo. Pero justo antes de varar la tercera tarde, el barco de Terón viró bruscamente hacia el viento, señal de que tenía problemas, y Sático abarloó el *Loto Dorado* a él tan deprisa como pudo. Apolodoro capitaneó a los infantes en el abordaje, desperdigando a los amotinados. Mataron a diez hombres, y Terón negó con la cabeza.

—He intentado razonar con ellos —dijo con voz ronca—. Me dieron un golpe en la crisma.

Kleitos había puesto el barco al paio y defendió solo la popa durante un buen rato.

Sático le estrechó la mano.

—¡Bien hecho!

El timonel estaba atónito.

—¡Ni siquiera sabía qué estaba haciendo! —masculló—. Uno contra tantos.

Apolodoro regresó con doce remeros apresados.

—Se han alzado en armas —dijo—. No hay duda. ¿Los mato?

Sático negó con la cabeza.

—Cámbialos por una docena de nuestros remeros del *Loto*.

La maniobra para varar las naves fue más bien deslucida, y los oficiales se sentaron a cenar apiñados junto al fuego.

—Mi brazo anuncia un cambio de tiempo —dijo Sático—. Nada bueno.

—Alguien está difundiendo el rumor de que vamos a matarlos a todos —dijo Kleitos. Se avergonzó y sorprendió de haber dicho lo que pensaba, pero se mantuvo firme—. Lo he oído cuando se preparaban para ir a por mí. Me han pedido que me uniera a ellos.

—¿Los conoces? —preguntó Sático.

Diocles rio amargamente.

—Todos conocemos a alguien. ¿Marineros y remeros profesionales? Es un mundo muy pequeño, navarco.

Sático se rascó la barba, no se había afeitado desde que lo hirieron.

—Me parece que deberíamos hablar con ellos —opinó.

Terón soltó un resoplido.

—Todavía me duele la cabeza —dijo.

—Promételes salarios y el desembarco en Rodas —propuso Sático.

—Rodas supone la muerte para algunos de ellos —explicó Diocles. Pasó a Sático una copa de vino caliente con miel—. Por eso están nerviosos.

—Lisímaco podría contratarlos —dijo Sático, sopesando sus palabras en cuanto

las hubo pronunciado.

—Eso ya sería otro cantar —dijo Terón—. Esos hombres son como piratas. León es el enemigo de los piratas de todos los mares.

Sátiro se encogió de hombros.

—No es correcto matarlos pero tampoco es correcto liberarlos donde se enrolarán como piratas... ¿Digo bien, capitán Terón? Oigo a Filocles en tu voz, señor.

Terón meneó la cabeza.

—No tengo la mente para discusiones filosóficas sobre moral, muchacho. Y entiendo tu punto de vista.

—Necesito a Lisímaco —dijo Sátiro—. Se supone que es nuestro aliado; es aliado de Tolomeo, pero Alejandría está muy lejos, y Lisímaco, cerca.

—Lisímaco es capaz de tomar a esos hombres, y los barcos que tripulan, y decirnos que tenemos suerte de seguir vivos.

Terón miró a los demás hombres sentados en torno al fuego, pero los marineros guardaron silencio. En su mayoría eran hombres libres de clase baja, y no iban a entrometerse en un debate político entre dos caballeros.

Sátiro miró a Diocles de forma significativa. El tirio asintió lentamente.

—¿Y qué? O sea, con el debido respeto, si Lisímaco hace eso no es un buen aliado y nosotros seguimos siendo más ricos conservando el *Loto Dorado* y nuestras vidas. Y, francamente, señores, no se puede armar una flota con estas naves. Capturamos unos pocos trirremes viejos. El *Avispón* es el único que tiene algún valor. Los otros dos tienen carcoma.

Terón asintió. Dio una palmada en el hombro a Diocles.

—Eso me enseñará a no hablar sobre cosas que en realidad desconozco —dijo—. A partir de ahora, no te muerdas la lengua.

Los aretes del tirio centellearon a la luz de la hoguera.

—¿Y bien?

—Llamemos a todo el mundo a asamblea; a nuestros remeros también. Se lo diremos sin tapujos. —Sátiro asentía al tiempo que hablaba—. Y, Apolodoro, los infantes con armadura completa. Así verán la otra alternativa.

Apolodoro asintió.

—Solo por los poetas, navarco; quisiera que antes ejecutaras a un par de ellos. El resto entenderá ese mensaje a la primera.

Terón apartó la vista con desagrado, pero Diocles asintió.

—Estoy de acuerdo. Mata a un par de los que hoy hemos pillado con armas en el *Loto*.

—¿A sangre fría? —preguntó Sátiro.

—No tenía previsto darles espadas —dijo Apolodoro—. No te preocupes, navarco. Ya lo haré yo.

—No —respondió Sático. Tragó saliva, sintiéndose atrapado. Sintiendo como si algo se estuviera moviendo en la playa oscura. Furias. Maldiciones. El juramento de vengar a su madre. Meneó la cabeza. Pensó en Teax, en las consecuencias de ser rey.

—Convocad a los hombres —dijo.

Fue cuestión de minutos. Los remeros apresados tenían sus propias fogatas, vigilados por remeros cansados con armaduras del enemigo.

—Al menos han comido —dijo Sático a Diocles.

—Tu amigo nos ha tratado a cuerpo de rey —respondió Diocles. Estaba royendo el hueso de una chuleta de cerdo.

—¿Tienen que morir estos hombres? —preguntó Sático.

—¡Zeus Sóter, navarco! Se han amotinado contra ti, han intentado matar a Terón y hacerse con uno de nuestros barcos. —Diocles miró a Sático a través de sus pobladas cejas y escupió cartílago a la arena—. ¿Tienes planes de ser rey? No soy preceptor como tu espartano, ni atleta como Terón. Benditos sean los dos; son hombres buenos. Ahora bien, si planeas ser rey, van a morir personas. Y tú vas a matarlas. ¿Me sigues? Quizá necesites una lección a ese respecto. O quizá... —El tirio no miró a Sático a los ojos—. Quizá no deberías olvidarte de ser rey.

Sático se detuvo y miró fijamente a su timonel.

—Filocles me dijo una vez que los hombres buenos, los hombres verdaderamente buenos, no hacían la guerra ni segaban vidas. —Suspiró—. Y luego dijo que todo parecía diferente visto desde la primera fila de la falange; tanto el bien como el mal.

—Sí, señor —dijo Diocles, asintiendo—. Lo he oído comentar.

Sonrió con tristeza y dio otro mordisco a su chuleta.

—Les habríamos hecho lo mismo a ellos —prosiguió Sático—. Si nos hubieran apresado, habríamos hecho lo posible por escapar.

—Y yo no me habría retorcido al verme con una espada al cuello, ¿eh, navarco? —Diocles se encogió de hombros. El desdén de su voz era sutil, pero ahí estaba—. Deja que lo haga Apolodoro, si es preciso.

Sático meneó la cabeza observando a Terón, preguntándose en qué medida iba a perder parte de su estima.

—No —dijo. Soltó la correa de la vaina de la espada y siguió caminando adelante, hacia donde los infantes de marina habían conducido a los remeros prisioneros para que se arrodillaran en la playa.

Tuvo la impresión de que sus pasos retumbaban en la arena. Notaba cómo se congregaban las Furias.

Sático pasó revista a sus filas. Varios eran chicos. El resto eran remeros profesionales de espalda encorvada y brazos largos, con el cuello ancho y bien musculados. Unos pocos levantaron la cabeza para mirarle. Ninguno parecía la encarnación del mal ni el sirviente de dioses oscuros, ni nada maligno, fácil y

reconfortante que pudiera nombrar. Parecían lo que eran: hombres apaleados, con frío y sin esperanza, arrodillados en una playa, aguardando a morir.

La playa entera estaba en silencio. Solo se oía el crepitar de las fogatas en las que ardían ramas de roble, de haya y de abedul que el oleaje había traído desde el norte. Sátiro distinguía el olor del abedul, el olor de las hogueras de su infancia.

«¿Si no fuera solo Penélope, sino toda una generación de ellas? ¿No solo una Teax, sino mil?»

Pocos pasos antes de llegar al final de la fila de prisioneros, desenvainó y mató a uno como en un sacrificio, un hombre mayor con un corte en el antebrazo, y luego a otro hombre más joven que estaba a su lado, asestándole un revés en el cuello tras blandir la espada contra el primero, de modo que ambos hombres cayeron casi a la vez. Sátiro se apartó de los chorros de sangre. Limpió la espada con un trapo de lino de su *doros* y siguió caminando hacia el grupo de marineros enemigos.

—No seáis idiotas —dijo. Estaban tan callados que no tuvo que levantar la voz—. Estoy llevándole estos barcos a Lisímaco, a la ciudad de Amphipolis, en Tracia, justo tras doblar el cabo de la Propóntide. Allí os dejaré a todos en tierra. Ninguna armada rodía os juzgará. Nadie más tiene por qué morir.

Se oyó un murmullo, y levantó la voz.

—Los hombres de Tomis querían mataros a todos. Yo aún puedo hacerlo. —Su voz era dura, tan dura como un hombre que acababa de matar a sangre fría; que quizá lo haría otra vez por el mero placer de sentir el poder en sus manos—. Llevadme hasta Lisímaco y os dejaré en tierra con plata en las manos. Volved a jugármela... —Hizo una pausa, respiró profundamente y prosiguió con el bramido de una tormenta—. Y os mataré a todos y quemaré vuestros cuerpos en los barcos sobrantes. ¿Queda claro?

El silencio sepulcral que siguió a sus últimas palabras fue su propio testamento.

—Estupendo —dijo Sátiro, y echó a caminar hacia la oscuridad.

Terón se sostuvo la melena mientras vomitaba. El corpulento corintio no dijo palabra. Y Sátiro lo apartó todo de su mente, junto con Teax y Penélope y la chica asesinada a orillas del río Tanais. Ahora tenía un nombre para aquello.

«El precio de la realeza.»

Esa noche tomó a escondidas una dosis de jugo de adormidera y se sintió mejor.

Al día siguiente avistaron el Bósforo tracio con unos nubarrones negros formándose en el norte. Mar adentro, divisaron la mella de una vela blanca en el horizonte, y mientras el *Loto Dorado* entraba en las aguas mansas del Bósforo propiamente dicho, pasaron junto al casco de un pentekonter de cincuenta remos que había zozobrado y estaba cubierto de algas; debía de llevar semanas allí.

—¿Piratas? —preguntó Sátiro.

—Poseidón —masculló la voz áspera de su timonel.

Siguieron hacia el sur. De pronto los remeros tuvieron que redoblar sus esfuerzos, pues el viento viró en cuestión de minutos dándoles de pleno en la cara y agitando el mar a sus espaldas, pese al resguardo que les daba el estrecho canal.

El *Loto* tenía un tercio de sus bancadas vacías y otras tantas medio llenas, y su tripulación tenía que bregar para mantener el barco aproado al creciente viento para avanzar con firmeza por el canal.

Los demás barcos llevaban remeros apresados pero tripulaciones de cubierta casi completas, y quizá por lo que habían dilucidado de la brutal demostración de fuerza de Sático, remaban bien, tanto así que la escuadra navegaba en perfecta alineación, con el *Loto* en cabeza seguido por el *Halcón*, el *Avispón* y luego los dos trirremes más pequeños.

Los estadios se sucedían y los remeros del *Loto* bogaban trabajosamente. Sático se dirigió al medio del barco.

—Amigos —voceó—, tenemos una tormenta detrás y cuarenta estadios hasta Bizancio y un puerto seguro. Remaré con vosotros, pero debemos remar hasta el final de esta garganta.

Se sentó en una bancada medio vacía y agarró el remo cuando le vino a las manos. Thrassos se sentó frente a él e hizo lo mismo.

Los buenos remeros, y su tío León solo contrataba a los mejores, tienen su propio ritmo, y no precisaban timonel salvo si perdían la estrepada. Sático remó hasta que le sangraron las palmas, y luego siguió remando; como penitencia, por no decir más. Pero los hombres de las bancadas le sonreían, y el gran telar de remos del *Loto Dorado* continuó tejiendo y tejiendo, tragando estadios. Arriba, la tripulación de cubierta quitó hasta el último retazo de lona de los mástiles; soplaban viento de proa. Y acto seguido se sumaron a los remeros.

A Sático le palpitaba y le escocía el brazo izquierdo, y acabó sollozando de dolor. Tomó un traguito de jugo de amapola de su pequeño frasco de perfume y se sintió mejor al instante. El dolor aún le ocupaba la mente, pero Sático flotaba en él en lugar de nadar en él. En realidad ya no estaba remando con mucho brío; básicamente acompañaba con las manos el movimiento del remo. La rotura de tres semanas antes aún era demasiado reciente, y el dolor, excesivo para que sus músculos tuvieran fuerza suficiente, pero siguió manejando el remo.

Un tripulante de cubierta, Delos, un hombre de nariz respingona con fama de insolente, fue a su encuentro y lo levantó de la bancada.

—Necesito que gobiernes —dijo. Delos dedicó a Sático una sonrisa que valió por toda la cortesía más distinguida del mundo. Luego ocupó el sitio de Sático y tomó el remo en lo alto de su recorrido.

Sático se arrimó a la borda y estuvo un rato respirando agitadamente. Cuando la

bruma roja abandonó su visión, se encontró mirando las murallas de una ciudad que se alzaba sobre la proa del barco.

—Heracles y Poseidón y todos los dioses —musitó. Cogió el odre de vino que había debajo del banco del timonel y vertió su contenido al mar.

Los remeros vitorearon e, incluso después de treinta estadios contra el viento, sus vítores se hicieron oír y surcaron el último tramo del canal en plena forma, con la proa cortando el viento mientras comenzaban a doblar la punta del puerto.

Sátiro giró el barco con los timones de espadilla, y el brazo le dolía tanto que casi le faltaba el aire, y solo entonces se dio cuenta de que la playa estaba atestada de barcos, cincuenta barcos de guerra, y de que había otros diez fondeados.

—Poseidón —dijo, y sufrió un bajón.

Pero justo en un extremo de la playa divisó el *Empeño de Heracles* varado, con su proa de bronce reluciente bajo la lluvia invernal.

Contempló el resto de la flota el tiempo que le llevó respirar jadeante diez veces, y luego el corazón le latió de nuevo. No los conocía. Salvo por el Heracles y un penteres que quizá fuese el *Tallo de Hinojo*, aquellos barcos pertenecían a otro.

Fuera de quien fuese la flota, no era la flota de Eumeles de Pantecapea.

—Cuesta encontrar un sitio donde echar el ancla —consiguió decir Sátiro en tono de broma. Confió en sonar convincente.

No tenía por qué haberse preocupado. De la ciudad salieron marineros en tropel para ayudar a sus hombres a fondear; no había sitio en la playa, pero la taberna se vació para echar una mano, y sus barcos fueron amarrados por proa y por popa, a menudo abarloados a otros barcos, de modo que sus anclas se repartían el peso. Y cuando las primeras rachas de viento tormentoso cargado de granizo los alcanzaron, Sátiro levantó la voz para preguntar de dónde eran todos aquellos barcos.

—¡Ja! —espetó un fornido marinero negro que lucía un elegante quitón y una espada de cien dracmas—. ¡No servimos a ningún hombre!

Sátiro se sentó en su banco de gobierno y se echó a reír. Estaba amarrado a una flota pirata.

El primer hombre que lo recibió en tierra fue Abraham, delgado y bronceado, con la melena en tirabuzones. Echó los brazos al cuello de Sátiro y se dieron un largo abrazo; lo bastante largo para que los marineros les hicieran comentarios salaces.

—Pensaba que habías muerto —dijo Abraham—, pero tenía esperanzas y recé. Y decidí aguardar aquí. Dédalo me dio esperanzas; vino una semana después que yo y juró que te había visto escapar de las líneas enemigas. Pero Dionisio aseguraba que había visto cómo te hundías.

—Hundimos otro barco. Era fácil equivocarse.

Sátiro dejó que su amigo lo llevara de la mano hasta una taberna del puerto, la

clase de lugar donde un caballero ateniense jamás pondría un pie. La entrada era el castillo de popa de un trirreme, y los bancos del interior, suaves al tacto por el desgaste de miles de clientes, eran bancadas de remeros, y las paredes estaban cubiertas de trozos de madera sujetos con gruesos clavos de cobre. Sátiro se dejó caer en un banco y miró a su alrededor.

—Quiero presentarte a una persona —dijo Abraham enseguida—. Luego podrás descansar.

El lugar estaba tranquilo y, sin embargo, atestado de hombres; doscientos en un espacio pensado para treinta.

—¡Zeus Sóter! —dijo, mirando en derredor—. ¿Esto es un tribunal?

—Aquí no juramos por Zeus —dijo un anciano fornido—. Solo por Poseidón.

Se sentó en el banco de delante de Sátiro. Su rostro tenía cicatrices y había perdido un ojo tanto tiempo atrás que la cuenca del ojo perdido era lisa, como si estuviera rellena de cera. Llevaba el pelo largo, con tirabuzones grises como el hierro, como si fuese un joven aristócrata en el ágora de Atenas. Su quitón de lino tenía un ribete púrpura igual que el de un tirano, y lucía una diadema de oro tachonada de cinco magníficas piedras preciosas.

—Soy Demóstrate —se presentó. Señaló con el mentón a Abraham—. Este joven depravado me ha dicho que eres el hijo de Kineas. Y que podías estar muerto. Pero esta tarde resulta que estás vivo, ¿eh?

Sátiro procuró no tocarse el brazo herido. Hizo una seña a Diocles, que se abrió paso a empujones.

—Ese es mi timonel. Hacedle sitio —dijo Sátiro. Pese a la fatiga, su voz sonó enérgica. Pensó que había calado el lugar—. Demóstrate, el rey pirata.

Miró a Abraham, que se encogió de hombros.

—No todos los mercaderes pueden permitirse una escuadra de naves de guerra que escolte a sus mercantes. Mi padre paga su diezmo a Demóstrate.

Sátiro se encogió de hombros, aunque el brazo le dolió.

—Mi tío, no. —Miró a Demóstrate—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Demóstrate movía el mentón de arriba abajo, bien riendo en silencio o en silenciosa afirmación. Tal vez ambas cosas.

—Eres digno hijo de tu padre, no cabe la menor duda. Tengo entendido que la flamante flota de Eumeles te dio una buena paliza en el trasero.

Sátiro se mesó su nueva barba y se las arregló para sonreír.

—Bueno, nos triplicaban en número.

Demóstrate asintió.

—Verás, creía que si León y Eumeles se enfrentaban, me frotaría las manos con regocijo.

Sátiro asintió, preguntándose si ya era prisionero. Parecía tratarse de una situación

que requería un bluf, pero Sátiro no estaba de ánimo para bulos. Miró en torno a sí a los cientos de ojos que lo observaban en silencio absoluto. El lugar apestaba; velas de sebo, lámparas de aceite, cientos de cuerpos desaseados, vino rancio y cerveza.

—¿Pero? —instó Sátiro.

—Pero resulta que odio al cabrón de Eumeles más de lo que odio a León. León solo es un hombre con bienes que codicio. Ha enviado a algunos compañeros al fondo del mar, y lo pagará en su debido momento. Pero Eumeles antes era un chaval repulsivo que se llamaba Herón, e hizo que me exiliaran.

Sátiro sonrió y se puso en pie de un salto.

—¡Por los huevos de Zeus; o sea, de Poseidón! ¡Eres Demóstrate de Pantecapea!

—¡Si, muchacho, el mismo! —dijo el anciano. Tenía una voz agradable, no la voz bronca que su rostro te hacía prever.

—¡Fuiste almirante de mi padre! —prosiguió Sátiro. Sonreía de oreja a oreja mientras veía las posibilidades y también los peligros. Pues aquel era un hombre verdaderamente peligroso, un hombre que no había querido aliarse con ninguna facción en la guerra de los diádocos, que buscaban asociarse con cualquiera que quisiera tomar parte en la lucha.

Se sentó, su mano derecha soltó automáticamente la espada en la vaina, y apoyó la espalda contra la pared. Sostuvo contra el pecho el brazo herido con la mano derecha.

—En realidad, no. —El anciano se encogió de hombros—. ¡Bah! No fue para tanto. Cubrí la costa para él durante un verano mientras combatía contra los macedonios. Y al año siguiente custodié a sus mercaderes mientras trasladaban su ejército. A decir verdad, muchacho, era un trabajo muy aburrido para un marinero, y el botín, puñeteramente exiguo. —Se encogió de hombros, y las cuentas de oro de sus tirabuzones titilaron. Llevaba pesados pendientes de ámbar—. Y bien, ¿cómo fue que te vencieron?

Sátiro no salía de su asombro. Estaba hablando con Demóstrate, el aliado de su padre. Que odiaba a Eumeles por haberlo exiliado. Por supuesto, León jamás habría consentido en una alianza con el hombre que controlaba la entrada a la Propóntide, aprovechándose de todos los mercaderes que no compraban sus favores.

Estaba claro que era hora de pensar como un rey.

—Una auténtica locura —dijo Sátiro. Mientras hablaba, Diocles apartó con el hombro a un parroquiano y se sentó pesadamente al lado de Sátiro—. Y poca inteligencia.

—Cuéntanos —dijo Demóstrate. Hizo señas a un mozo para que les llevara vino—. A los muchachos les gusta oír buenos relatos de combates navales. ¿Qué bebes?

—Vino —respondió Sátiro, y su respuesta fue recibida con risitas y sonrisas de los hombres curtidos que tenía alrededor—. ¿Por dónde empiezo? Sabíamos que

Eumeles tenía dos docenas de barcos, y nos dirigimos al norte con veinte; no para luchar contra él, sino simplemente para desembarcar en Olbia.

—Claro, donde tu padre fue arconte. Olbia sería tuya en cuanto arribaras a puerto. Eso lo entiendo —agregó Demóstrate, asintiendo.

—Eumeles se enteró de que veníamos —prosiguió Sático—. Estaba en la desembocadura del Borístenes con ochenta barcos. Cuando nos retiramos, nos siguió y nos obligó a combatir cerca de la costa, ochenta barcos contra veinte.

Murmullos, susurros y un silbido de los hombres que escuchaban. Bastó con que Demóstrate volviera la cabeza para acallarlos a todos.

—La historia de la batalla la he oído; me la contó Dédalo de Halicarnaso. Dice que luchaste bien. ¿Te gustaría contarla?

Sático se encogió de hombros.

—No tan bien como para vencer o rescatar a mi tío.

Demóstrate asintió. El mozo llegó con una cratera y copas. Lo dejó todo en la mesa y les sirvió el vino. Demóstrate cogió una copa llena y la vació en el suelo.

—¡En el mar, no! —dijo al derramar su libación.

Docenas de voces se hicieron eco de su plegaria.

Sático tomó una copa y bebió, y era buen vino de Quíos, tan bueno como el mejor que tendría un dandi en su mesa en Alejandría.

—Bienvenido a mi ciudad, hijo de Kineas —dijo Demóstrate, todavía de pie.

—¿Te interesa comprar un par de trirremes? —preguntó Sático—. Tienen un poco de carcoma, pero nada que un pirata no pueda arreglar con su arsenal.

Los hombres rieron y Demóstrate se sentó riendo más fuerte.

—Ahora son míos, ¿no crees?

Sático se encogió de hombros.

—Con arreglo a esa lógica, tu vida ahora es mía, ¿no crees?

Mientras decía esto, su mano derecha, que estaba sosteniendo el brazo herido, desenvainó una espada corta sujeta debajo de la axila con un movimiento practicado mil veces; la hoja desnuda, la punta justo en el puente de la nariz del pirata.

Demóstrate no se movió.

—Vaya, esto es todo un argumento de lo que llaman filosofía, ¿no crees? Yo puedo poseer tus barcos pero tú solo puedes quitarme la vida. No puedes quedártela.

—El anciano sonrió abiertamente—. Y por más desagradecida que sea esta chusma, dudo que vivieras para contarlo.

Sático estaba orgulloso de aquello, a pesar de todo lo que había soportado en las ocho últimas semanas, y la punta de su espada apenas oscilaba la anchura de un dedo.

—El caso es que si me quitas los barcos, no tengo nada en absoluto que perder.

—Matarías a este joven judío y también a tu timonel. Quizás a todos tus tripulantes —respondió Demóstrate, que seguía inmóvil.

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo —dijo Sátiro—. Las últimas ocho semanas me han enseñado unas cuantas cosas sobre el precio de la realeza.

—O sea que sacrificarías a tus amigos y tu propia vida por la gratificación de una venganza instantánea —repuso el pirata.

Sátiro se encogió de hombros pero su espada no vaciló.

—No. Me jugaría la vida y la de mis amigos a que eres un hombre razonable. Con pleno conocimiento de que si se destapa mi bluf, tendré que pagar la puesta. La venganza —y aquí Sátiro volvió a encoger los hombros, y la punta de su espada se movió porque se le cansaba la mano—, es un lujo que todavía no puedo permitirme.

—No negociaré mientras me estés amenazando, chaval. Quedaría mal delante de esta escoria.

Demóstrate lo miró de hito en hito y le guiñó el ojo.

Sátiro envaino la espada con la misma economía de movimientos con que la había desenvainado.

—Sustituye el espolón de mi *Halcón Negro* y puedes quedarte con los barcos y sus respectivos remeros —dijo Sátiro. Ahí lo tenía. La suerte estaba echada.

El silencio era tan denso como el olor. Sátiro tuvo tiempo de pensar en lo mucho que le dolía el brazo, y de preguntarse si estaba a punto de librarse del dolor para siempre.

—Encuétranos una base en el Euxino y juntos le partiremos el culo a Eumeles —dijo Demóstrate—. Todas las ciudades del Euxino están cerradas para mí. —Se encogió de hombros y se puso de pie—. Me cae bien. ¿Y a vosotros?

Los doscientos parroquianos rieron y murmuraron; no hubo rugidos de aclamación pero tampoco silbidos de mofa.

El anciano se inclinó hacia él.

—Termina el vino, que invito yo, muchacho. Tienes todo el invierno para hacerte con un espolón nuevo, y me alegra bastante tener otros dos trirremes ligeros, aunque yo salgo ganando con el trato. Pero tengo treinta barcos que pueden situarse en la línea de batalla contigo, y a lo mejor sé dónde hay más. Ahora mismo, lo que necesitas es dormir.

Sátiro asintió pesadamente.

—Gracias —dijo.

La mayoría de los doscientos hombres salió con Demóstrate a la calle, y Sátiro se encontró en una taberna portuaria con Diocles, Abraham y Terón, que se había quedado al acecho junto a la puerta.

—León lo odia —dijo Terón.

Sátiro tomó un trago de vino. Lo que necesitaba era agua, y el vino le subió directamente a la cabeza.

—¿Dónde están nuestros hombres? —preguntó Sátiro.

—Borrachos como cubas, en algún lugar seco —contestó Diocles—. Les he prometido que mañana los llamaremos a asamblea para pagarles. ¿Tienes moneda?

—Ni una lechuza de plata —dijo Sátiro—. Por más que León odie a este hombre, me figuro que aquí tiene crédito.

Abraham se echó para delante.

—Estoy forrado. Dispongo de plata y puedo conseguir más. —Enarcó una ceja—. A pesar de que acabas de jugarte mi vida.

Diocles meneó la cabeza.

—¡Demóstrate! Por un momento he pensado que nos iban a destripar a todos aquí mismo.

—Aún es posible que lo hagan —dijo Sátiro—. Me ha caído bien.

Terón suspiró.

—Es un hombre duro, Sátiro. ¿Crees que tú lo eres?

—Tengo la impresión de que cuando cierra un trato, lo cumple —contestó Sátiro.

—Hace dos años dejó tirado a Lisímaco, como recordarás —replicó Terón—. Una vez contratado y pagado, desertó, y tomó esta ciudad. De manos de Lisímaco. Que lo odia. Cuya alianza tú anhelas. ¿Y Amastris? Su padre Dionisio, cuya alianza deseas, odia a este pirata porque le cierra las vías comerciales.

Sátiro asintió. Se había emborrachado con dos copas de vino. El brazo le palpitaba, y tenía la adrenalina muy alta tras haberse enfrentado al pirata más poderoso del mundo, saliendo ileso.

—Mañana —dijo con voz vacilante—. Abraham, ¿tienes una cama para mí?

Abraham le echó un brazo a los hombros.

—Pobre cabroncete. No pensé que fuera a presentarse en cuanto desembarcaras.

Terón apuró su copa de vino.

—Quería encontrarte con la guardia baja. Para ver de qué estás hecho. Sátiro, aquí impera la ley de la jungla. Es como vivir con leones. Si te unes a estos hombres, quedarás fuera de las leyes de los hombres.

Sátiro descartó el comentario de Terón con un ademán.

—Cuéntamelo mañana —dijo. Salió dando tumbos a la calle, sostenido por los hombros por Abraham.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Abraham mientras caminaban bajo la lluvia.

—Estoy borracho —respondió Sátiro.

—No, es peor que eso —replicó Abraham.

—Estoy borracho, he hecho morir a varias personas y he matado a otras tantas con mis propias manos —dijo Sátiro—. Aparte de eso, estoy bien.

Entonces se detuvo junto a un edificio y vomitó todo el vino y la comida que había tomado aquel día.

Abraham le sostuvo la cabeza sin decir palabra.

Abraham había convertido la casa del factor de su padre en el cuartel general de su tripulación, y al llegar había vaciado el almacén para dar cobijo a los heridos. Lo que Isaac Ben Zion pensaría sobre la pérdida de beneficios ya era harina de otro costal.

Era un edificio de dos plantas con un patio cerrado y un almacén adosado, muy común en todo el mundo helénico, pero mucho más confortable que la casa de Calco. Los esclavos iban acicalados y estaban bien alimentados, y el patio estaba lleno de marineros y remeros a todas horas; ruidosos, cantando, a veces maliciosos pero nunca aburridos. La casa propiamente dicha albergaba a los oficiales de dos barcos y, con la llegada de Sático, pasó a albergar a los de cuatro.

En su primera mañana allí, Sático se despertó para tomar gachas de cebada con vino muy especiado, lo mismo que comería durante los días siguientes mientras escuchaba los informes de sus oficiales en la sala principal de la planta baja. Una estancia carente por completo de las decoraciones predilectas de los griegos: escenas de los dioses, héroes, masacres. En su lugar, había delicadas grecas rematando las paredes lisas pintadas de vivos colores.

Esa primera mañana Sático estaba sentado bebiendo vino caliente mientras contemplaba una pared azul.

—Necesitas un pintor de frescos.

—Soy judío —dijo Abraham—. ¿Recuerdas? Ninguna ninfa será violada en mis paredes.

—¿No podéis pintar a Jehová, no sé, castigando a sus enemigos?

Sático no pretendía burlarse, pero aun así lo pareció.

Abraham hizo una seña campesina para conjurar la mala suerte.

—No —contestó con firmeza—. No podemos. —Luego sonrió—. Mira, con las paredes lisas, ¡puedes imaginar la escena que prefieras!

Sático observó las paredes y bebió más vino, y sintió que el regocijo lo abandonaba.

—Escucha, cuando miro estas paredes, ahora mismo solo veo personas a las que están matando. Que, de un modo u otro, mueren por mi culpa.

—Eres tú quien está dispuesto a aliarse con un pirata —dijo Terón, entrando en la sala. Tenía el cuerpo recién aceitado—. Por cierto, el pirata tiene un gimnasio y una palestra.

Sático levantó la vista irritado.

—Estaba hablando con Abraham.

Terón se sentó y se sirvió vino caliente.

—El ejercicio me ha despejado la cabeza. Tengo cosas que decirte.

Abraham se levantó.

—Os dejo a solas.

Sátiro frunció el ceño.

—No.

Terón se encogió de hombros y Abraham se sentó.

—Me consterné cuando mataste a esos hombres —dijo Terón—. Pero también cuando hiciste avanzar a la falange y dejaste a Filocles desangrándose en la arena.

Abraham miró a uno y a otro.

—¿Matar a qué hombres? —preguntó.

—Ejecuté a dos amotinados —dijo Sátiro—. Con mis manos.

Abraham asintió con absoluta seriedad.

—Considero que eres lo que te han enseñado a ser. Creo que yo mismo he contribuido a tu formación —dijo Terón, y se encogió de hombros.

Sátiro asintió.

—No hay un solo día en que no piense en ello —respondió. Se apoyó en el brazo de su *kline* y puso los pies encima—. En el día en que mi mundo cambió. Todavía me pregunto acerca de Fiale, también.

—Dejaste vivir al médico —prosiguió Terón—. Y te pagó el favor de mala manera.

—Sí —admitió Sátiro.

Terón dijo:

—Te amo. Espero que cuando tenga un hijo sea como tú. Si me lo permites, seguiré siendo tuyo y estaré siempre a tu lado. Pero... Sátiro, escucha, por favor.

Sátiro contemplaba el fuego que ardía en el hogar.

—Me deleito con los primeros cumplidos que me has hecho desde que nos conocemos, testarudo. ¡Te escucho!

Se volvió y sonrió a Terón.

Terón sonrió a su vez, pero su sonrisa fue breve.

—Lo que quiero preguntarte es si este es el camino que en verdad quieres seguir. ¿La realeza? ¿Estás dispuesto a recorrer un camino empapado en sangre hasta llegar al trono de marfil? ¿Y quién serás una vez que llegues a él?

Sátiro notó que le asomaban las lágrimas a los ojos. Se dio la vuelta para ocultarlas.

—Abraham —dijo Sátiro—, ¿crees que podrías encontrar un médico que recomponga este brazo?

Abraham se levantó, los miró a los dos en silencio y salió de la estancia. Cuando se hubo ido, Sátiro se incorporó.

—Tenías razón, Terón. Esto es entre tú y yo. Él es otra clase de confidente.

Miró su mano derecha, como si buscara manchas de sangre. ¿Tenía sangre debajo de las uñas? ¿Se veía?

—Tu padre renunció al trono y a la diadema —dijo Terón—. No lo conocí, pero eso me consta. Rehusó.

Sátiro siguió mirándose la mano hasta que de pronto levantó la cabeza.

—Lo siento, maestro, pero la suerte está echada. Tomé la decisión en la playa, hace dos noches. O tal vez cuando vi una casa en llamas en Tomis. Mi mundo ha cambiado. No es el mundo en el que vivió mi padre. —Habla despacio, como un magistrado leyendo una sentencia—. Filocles me dijo que me cuestionara a mí mismo. Es como una maldición. ¿Acaso Demóstrate se cuestiona alguna vez? Lo dudo.

Terón negó con la cabeza.

—Yo no juzgo a los demás hombres —dijo—. No de esta manera.

Sátiro enarcó una ceja.

—A mí me juzgas —respondió— porque soy joven y has contribuido a formarme. Y ahora mismo, pienso que te gustaría que renunciara a mi deseo de ser rey, o que te dijera por qué debería serlo. Pero no puedo. Ni siquiera estoy seguro de que vaya a ser un rey mejor que Eumeles. —Se inclinó hacia delante y apoyó su mano derecha sobre la de Terón—. Pero lo que sí puedo decirte, maestro, es que me cuestionaré, día tras día, y que me juzgaré con arreglo a los principios que Filocles me enseñó. Y Eumeles no se cuestionará. Simplemente actuará una y otra vez. Tan desprovisto de valía como un actor fingiendo ser un héroe.

Terón respiró profundamente.

—¿Quién te ha dado tanta sabiduría? —preguntó.

—Tú —contestó Sátiro—. Tú y Filocles. Y Safo, y Diodoro, y León, y Nihmu y Coeno, y Hama. Y quizá también Abraham.

Terón bebió el resto de su vino, claramente abrumado por la emoción.

—Así pues, ¿el fin justifica los medios?

Sátiro se encogió de hombros.

—No lo sé. Pienso en ello a todas horas. ¿Valen lo mismo todas las vidas? Tengo mis dudas. Esos dos hombres, ¿merecían morir en la arena bajo mi espada? Sí... y no. ¿Cambiarías de opinión si te dijera que no murieron en vano?

—¿Cambiaría la suya? —preguntó Terón—. Son ellos quienes murieron.

Sátiro asintió.

—Lo sé. ¿Recuerdas a aquella chica junto al Tanais? ¿La que maté a bocajarro?

Terón negó con la cabeza.

—No puedo decir que sí, pero me lo has contado otras veces.

Sátiro asintió.

—La rematé como si fuese un caballo herido. Solo que no era un caballo. —Se estremeció—. Creo que el camino hacia la realeza comenzó allí, en aquel prado. Lo de la playa la otra noche fue una mera señal. —Cuadró los hombros—. Bien. Estoy

preparado. Si tengo que caminar por un charco de sangre, tal como has dicho, basta con que trabaje duro para poner algo en el otro plato de la balanza.

—¿Y Demóstrate? ¿El fin también lo justifica a él? —Terón se echó para delante—. Te sientes culpable por haber matado a dos hombres, a dos criminales. —Meneó la cabeza—. Es un acto complejo, pero no cabe decir que sea maligno. Ahora bien, si te metes en la cama con este pirata, compartirás la responsabilidad sobre cada esclavo que tome, cada hogar que queme, cada mercader que arruine, cada hombre que mate.

Sátiro asintió.

—Sí —dijo—. Tienes razón. —Miró de nuevo a la pared, pensando en sus muertos—. Así sea.

—¡Bah! ¡Es tu juventud la que habla! —exclamó Terón, indignado.

—Tal vez. —Sátiro no se sentía particularmente joven. Tenía el brazo herido, le dolía todo el cuerpo y solo deseaba dormir un par de días. Pero había otras cosas que lo presionaban. Bebió un sorbo de vino caliente—. Escucha, Terón, mi hermana debe pensar que estoy muerto. Safo, Diodoro, todos ellos.

Terón se rascó el mentón, olvidado ya su enojo.

—Tienes razón, por supuesto.

—Debería regresar a Alejandría en cuanto cierre el trato con Demóstrate. Si es que consigo convencerlo.

Abraham entró de nuevo en la sala.

—¿Soy oportuno? —preguntó desde el umbral.

Sátiro asintió.

—Sí, pasa —dijo.

—¿Seguís siendo amigos? —preguntó Abraham, mirando a uno y a otro.

—Sí —contestó Terón. Esbozó una sonrisa que se extendió por su semblante como el sol naciente—. Sí —repitió—, lo somos.

—Bien —respondió Abraham—, porque si la hora de filosofía moral ha concluido, hay oficiales aguardando instrucciones y una invitación de Demóstrate a una cena pública. Hay mucho que hacer.

Sátiro se volvió hacia su amigo.

—¿Te gustaría viajar a casa?

Abraham enarcó una ceja y sus ojos marrón oscuro chispearon.

—No, gracias. —Sonrió—. Una vez en casa, quizá no se me permita volver a marcharme otra vez. Se encogió de hombros, un gesto característico de los helenos—. Aquí estoy a gusto.

Sátiro asintió, viendo a su amigo bajo una luz diferente. De repente Abraham ya no era el conservador empresario hebreo de su adolescencia. La guerra lo había cambiado. Sátiro reparó en que Abraham llevaba pendientes, un anillo en el pulgar y la espada al cinto incluso en su casa.

Más adelante, quizá merecería comentarlo. Por el momento, Sátiro se limitó a decir sonriendo:

—Lo entiendo. —Se volvió hacia su antiguo entrenador—. ¿Terón?

Terón se rascó de nuevo el mentón.

—Estaba pensando que yo podría ser tu emisario para comunicar el mensaje a Lisímaco —dijo—, siempre y cuando te parezca bien. —Levantó la vista y miró a Sátiro a los ojos—. Pero hay que rescatar a León —agregó—. Por más que quiera ir a ver a Lisímaco, quizá no sea el más indicado para efectuar un rescate.

Sátiro negó con la cabeza.

—No, Terón. No eres espía ni explorador. Eres un atleta famoso y todo el mundo sabe que estás vinculado a Tolomeo.

Terón apartó la mirada.

—Sabes que nos debemos a nuestro juramento, ¿no?

Sátiro asintió.

—Sé que todos vosotros sois pitagóricos —dijo.

Terón respiró profundamente.

—¿Sabes cuál es el primer principio de Pitágoras? —preguntó.

—Tengo la sensación de volver a estar en la escuela. Sí, Terón. Lo sé. Juras amistad, y el primer principio es que cada cual dejará de lado su vida por su amigo. —Sátiro se inclinó hacia delante, hablando convincentemente—. Lo que te estoy diciendo es que en este momento León esperará que tú, su amigo más famoso, intente rescatarlo sin la ayuda de nadie.

Terón suspiró.

—Así pues, ¿qué vamos a hacer?

Sátiro apoyó la frente en las manos.

—No lo sé. Dudo que en el mundo haya un prisionero tan importante para que Eumeles se avenga a intercambiarlo. Aunque es posible que a Safo o a Nihmu ya les hayan exigido un rescate, y hasta que llegemos a Alejandría, no quiero dar un paso en falso.

Terón apoyó sus pesados brazos sobre la mesa.

—No tengo el menor interés en ir a Alejandría —dijo.

—Yo tampoco —dijo Abraham—. ¿Seguro que debes ir?

Sátiro miraba el fuego que ardía en el hogar.

—Debo ir. De hecho, todo surge de Alejandría. Ante todo, el dinero. Si armo una flota, empezaré a gastar dinero en tales cantidades que seré una amenaza incluso para el tesoro del tío León. En segundo lugar, Melita. En tercero, el rescate de León. En cuarto, o quizá primero, Diodoro y los Exiliados. Si dispongo de una flota, los necesito preparados.

Terón asintió.

—Podemos escribir a Diodoro desde aquí —dijo.

Sátiro se incorporó.

—Qué buena idea. Si le mando una carta la recibirá en tres semanas.

Terón asintió.

—Puede llevar a sus soldados a Alejandría y aguardar a la flota.

Sátiro volvió a mirar el fuego. De pronto, sintió como si el dios estuviera a su lado, calentándose las manos en el hogar, susurrándole al oído; pues entre dos llamas vio el desarrollo de su campaña.

—No —dijo con voz temblorosa.

—No, ¿qué? —preguntó Abraham.

—No. No marcharé a Alejandría. Sería un error. —Sátiro se incorporó—. Marcharé a Heraclea. Ya lo tengo. Lo tengo casi todo. Terón, confía en mí, hallaré el modo de rescatar a León. Me lo secuestraron a mí. No lo olvidaré.

—¿Y aun así tienes que ir a Alejandría? —preguntó Terón.

—Por muchas razones. Iré en cuanto Demóstrate me dé su palabra sobre la alianza.

Asintió. Todavía sentía la presencia del dios a su lado. A pesar del brazo, se sintió casi sobrehumano.

—Dale recuerdos a mi padre —dijo Abraham—. Tardaré en regresar a casa. Como ya he dicho, no permitiría que volviera a marcharme.

—Os estoy proponiendo un viaje a la ciudad más exótica de todos los mares, nuestra patria y tierra natal, o como mínimo nuestra polis adoptiva, y vosotros dos planeáis pasar el invierno en una ciudad llena de piratas —dijo Sátiro.

—Espera hasta que hayas asistido a sus fiestas.

Sátiro correspondió a su sonrisa.

—Puedo imaginármelo.

Abraham negó con la cabeza.

—No, no puedes.

En cuanto los oficiales estuvieron reunidos, Sátiro redactó su carta a Diodoro. La escribió en un papiro y luego cogió una tablilla de cera y derritió la cera desde los márgenes. Sobre la madera desnuda, escribió su mensaje.

Querido Tío:

Nuestra expedición al Euxino terminó en desastre. Tío León fue tomado prisionero y perdimos doce barcos. He trazado un plan para recuperar el Euxino, y os necesitaré a ti y a todos los hombres de que dispongas, si Seleuco puede prescindir de ti. Tengo previsto estar en Heraclea en el

equinoccio de primavera. Te pido; no, tío, te suplico que te reúnas allí conmigo con tu ejército. Tendré un barco listo para transportaros.

El tío León está en manos de Eumeles. He impedido que Terón fuera a rescatarlo, prometiéndole que pondremos todas nuestras energías en ello en primavera. Confío en que nos apoyes en esto.

Viajaré de inmediato a Alejandría para hablar con Melita y con tu señora esposa a propósito de nuestros planes. Ruego envíes tu respuesta allí, o al templo de Poseidón en Rodas, o a Amastris, Princesa de Heraclea, que creo que también será un destinatario fiable.

Al pensar en Amastris, Sátiro sonrió. Apasionada, testaruda y quizás un poco veleidosa, era una amante con quien nunca sabías a qué atenerte. Sátiro la amaba, incluso con su inconstancia y egocentrismo. Era un premio que merecía la pena ganar, y tenía la intención de lograrlo. Y a ella le encantaría recibir una carta secreta.

Un simposio en una ciudad pirata era un puro desenfreno, con veinte divanes o más formando un gran círculo y mujeres en la mitad de ellos con sus hombres, canciones a pleno pulmón y risas a mandíbula batiente. Un simposio en honor de la festividad de Afrodita Chipriota quedaba varios grados por debajo en la escala que iba de lo lascivo al desmadre.

—Esto no es como en casa —comentó Abraham mientras caminaban por las calles de Bizancio. Cada casa tenía una diosa en la fachada, en su mayoría decorada con azafrán y alguna con oro de verdad—. Estas fiestas dan más miedo que las batallas. —Señaló una Afrodita que se daba placer con sus propias manos—. Esto no es Alejandría.

Sátiro, con el brazo bien vendado por un médico y unas pocas gotas de amapola en las venas, se sentía capaz de cualquier cosa.

—¿Es como en casa de Kinón? —preguntó.

Abraham negó con la cabeza.

—No. Para nada como en casa de Kinón. Es como... lo que mi padre piensa que ocurre en casa de Kinón. Montan juegos...

Sátiro abrazó a su amigo con el brazo sano. Abraham siempre había sido un poco gazmoño en comparación con los helenos.

—Estoy aquí para cerrar un trato con Demóstrate —dijo—. Sobreviviré a unos juegos.

Abraham tosió educadamente, tapándose la boca con el puño.

Antes de que cayera la noche, Sátiro estaba recostado entre Dédalo de Halicarnaso, prueba viviente de lo fina que era la línea entre la piratería y el servicio mercenario, y Abraham, el primogénito de un mercader de Alejandría que, no obstante, ya había sido aceptado en aquel mundo como un hombre de valía. Los

invitados iban bien vestidos, aceitados y en algunos casos perfumados como los caballeros de cualquier ciudad de helenos, aunque presentaban más colores de piel de lo que era normal en Atenas o Mileto. Su manera de ganarse la vida rompía barreras de raza y riqueza, reflejándose en forma de cicatrices y una cierta complexión que solo podía adquirirse tras muchos años en el mar, y sus rostros estaban tan curtidos como el cuero viejo, ya fueran negros como la tinta o blancos como la leche. Y todos los presentes llevaban una espada al cinto, incluso acomodados en un *kline* en un simposio.

Al otro lado de Dédalo estaba Esquines, uno de los capitanes más famosos del Egeo, acompañado de una bella mujer de piel oscura que le daba la espalda mientras él le acariciaba los pechos, quedando así de cara a Sático. Sático no tenía claro si efectivamente estaba copulando con ella o no, pero se abstuvo de mirarlos con demasiado detenimiento. El rostro de ella era curiosamente inexpresivo; Sático la miró un par de veces, casi sin querer, preguntándose por qué aquella mujer ni siquiera fingía placer.

Al otro lado, después de Abraham, se encontraba Manes, el terror de la costa de Frigia, un hombre que había engullido más barcos que Poseidón, o al menos de eso se jactaba con un orgullo desmedido. Compartía su diván con un auténtico Ganimedes, un chico tan atractivo y tan descaradamente sexual que su expresión llegó a incomodar a Sático, como si con sus gracias quisiera compensar la falta de emoción en el rostro de la mujer de tez oscura.

—Te lo advertí —dijo Abraham a su lado.

—No presté suficiente atención —admitió Sático—. Nunca había visto esta clase de comportamiento, ni siquiera en casa de Kinón. Confieso mi error.

Abraham sonrió.

—Aguarda a que empiece a correr el vino y salgan las flautistas. ¿Alguna vez has jugado a «dar de comer a la flautista»?

Sático notó que se ponía colorado.

—He oído...

—A eso me refiero. No «oirás». Llevo aquí cuatro semanas; ya me he acostumbrado a esto. A ellos. —Abraham alargó el brazo para que le llenaran la copa—. Debo admitirlo, me caen bien estos cabrones. Dicen lo que piensan y no tienen miedo de nada. —Meneó la cabeza—. En realidad, casi todos temen a Demóstrate y a Manes. Aparte de eso... —Sonrió—. Ahora bien, o estás con ellos o contra ellos.

—¿Tú has dado de comer a una flautista? —preguntó Sático.

—Sí —contestó Abraham. Se sonrojó—. Y lo volveré a hacer.

—Explotan a los débiles por dinero —dijo Sático—. Todas estas mujeres son esclavas.

—Igual que los diádocos —respondió Abraham—. Y te lo repito, o estás con

ellos o contra ellos. Te pedirán que juegues y, si no lo haces, nunca harán tratos contigo.

Sátiro se fijó en que un capitán le daba un golpe brusco a un esclavo, un golpe despreocupado que lo tiró al suelo. Respiró lentamente, como preparándose para un combate.

Abraham se arrimó a Sátiro.

—Muchos de estos hombres han sido esclavos —dijo—. Este no es nuestro mundo.

La cena fue excelente: cabrito al azafrán, un sencillo guiso de conejo con alubias que sin embargo estaba delicioso y ostras, miles de ostras, servidas con una Afrodita desnuda en una concha gigantesca que acarrearón cuatro forzudos.

Los capitanes se pusieron a dar patadas en el suelo, aplaudiendo y gritando entusiasmados, mientras engullían ostras desafortunadamente.

La muchacha de la concha era una belleza, no en la flor de la juventud pero alta, fuerte y con pechos turgentes. Llevaba el pelo teñido de rubio platino, igual que la diosa, y tenía los pezones dorados. Su porte era más parecido a la de una diosa que al de una esclava.

Las ostras se fueron acabando ruidosamente y Sátiro se encontró con que Afrodita quería compartir su diván.

—Me envía Demóstrate —dijo con una voz grave y clara. Su griego tenía tan poco acento como ella vestiduras.

—¡Tómala, muchacho! —gritó Demóstrate—. ¡Yo ya soy demasiado viejo!

—¡Festival de Afrodita! —gritó Manes. Alzó su copa—. ¡Hazle el honor!

Los demás hombres gritaban cada vez más alto. La cantante hizo una seña a sus músicos y comenzó a cantar una canción a voz en cuello, un himno a Afrodita. A Safo, en realidad; una pieza que Sátiro conocía.

Abraham le tocó el hombro mientras los demás gritaban.

—Te lo advertí —dijo.

Sátiro se echó para atrás y Afrodita metió la mano bajo su quitón, le agarró el pene y tiró de él bruscamente. Sátiro se quedó pasmado al sentir que sus dedos penetraban a través de la amapola que corría por sus venas y del dolor del brazo izquierdo.

—Quieren que... copules. Con ella. Ahora. —El semblante de Abraham mostraba una estudiada impavidez—. ¡Te lo advertí!

Afrodita acarició la punta de su virilidad y Sátiro tuvo una erección. Así de simple.

—Relájate —dijo ella—. ¿Prefieres que me ponga debajo o encima? —preguntó, trabajándole el pene como si fuese masa de pan.

La mera cortesía acudió al rescate de Sátiro.

—La diosa debe estar arriba —dijo, y se situó debajo de ella—. Por favor, ten cuidado con mi brazo.

Los demás hombres rugieron al verla a horcajadas encima de él. Afrodita se puso en cuclillas y se empaló en él, y luego se tendió sobre Sátiro.

—Cuanto más dure esto —dijo—, mejor les caerás y más suerte nos traerás.

Comenzó a moverse lentamente arriba y abajo, y luego agachó la cabeza de modo que su cabellera de oro blanco le cubriera el rostro. Sátiro oía el jaleo que armaban los capitanes pero no podía verlos; notó la inminencia de su propia reacción, y también que los pezones dorados dejaban rastros de oro en su quitón.

—Desabróchame el quitón —dijo a la melena de Afrodita—. Creo que no voy a durar mucho...

Afrodita le apretó el brazo izquierdo con una mano, y el dolor manó como el agua de una fuente.

—Si me dejas hacer, puedo conseguir que dures mucho rato —le dijo al oído, acariciándole el pecho con los senos.

Fuera de la tienda de cabellos, los comensales golpeaban sus divanes, cantando el himno a Afrodita, y Sátiro oyó que la voz de Demóstrate sonaba más fuerte que las demás. El tipo cantaba bien.

Afrodita le había desabrochado el quitón, y Sátiro se sirvió del brazo derecho para quitárselo por la cabeza; más distracción, más dolor en el brazo izquierdo, y más vítores.

—¡Segundo asalto! —gritó Demóstrate, y el himno comenzó de nuevo.

—Eres muy hermosa —dijo Sátiro—. ¿Eres esclava?

Afrodita resopló súbitamente y apartó su rostro del de Sátiro. Sus labios estaban tan bien perfilados que parecían afilados.

—Soy tuya —dijo—. Soy un regalo de Demóstrate.

Se hundió en su verga, se irguió y dio un grito; éxtasis fingido, sospechó Sátiro, que había visto hacer lo mismo a Fiale, pero soberbiamente fingido. El jaleo en la estancia era atronador, y el himno proseguía.

—¡Tercer asalto! —gritó Demóstrate, y el himno recommenzó.

—Hazme daño otra vez —dijo Sátiro a su melena. La cabellera estaba siendo su salvación: no podía ver ni la lujuriosa provocación de su piel ni los rostros lascivos de los comensales, y permaneció así, confinándose en la intimidad que ella le proporcionaba.

Afrodita frotó su pulgar con letal precisión a lo largo de la línea de la rotura de su antebrazo, y luego deslizó la otra mano entre sus piernas mientras el dolor le recorría el cuerpo, para compensar. ¿Qué clase de vida confería tal habilidad a una mujer? Sátiro ya no estaba de pleno en el simposio sino que flotaba en un mundo aparte, un lugar que olía a especias, a perfume y a sexo, donde el vino y la amapola le llenaban

la cabeza, donde el placer y el dolor iban de la mano; no tenía control sobre su cuerpo y eso lo asustó más que una batalla, de modo que su virilidad comenzó a marchitarse, y ella se contorsionó contra él y bufó cual gata en celo, y los labios de Sático buscaron los suyos, y le agarró la cabeza y su boca se cerró sobre la de ella. Afrodita jadeó como si se sorprendiera de ser besada, y luego Sático alargó el brazo y pasó la mano entre ambos, y ella jadeó de nuevo sin dejar de besarlo.

—¡Quinto asalto! —chilló Demóstrate, y la concurrencia estalló en ovaciones y vítores como si acabara de ganar un combate. Sático se preguntó qué había sido del cuarto y de pronto ya no pudo dominarse y terminó, arqueando el cuerpo contra ella, con las manos aferradas a sus carnes, y Afrodita gritó de nuevo, y esta vez Sático no supo ni le importó que su placer fuese simulado.

Afrodita hizo ademán de ir a apartarse pero el brazo derecho de Sático la retuvo.

—No te muevas —le dijo.

Ella permaneció encima de él durante la estrofa siguiente, riendo quedamente junto a él, y luego Sático recogió del suelo su quitón, el mejor que tenía, y lo usó para limpiarse y limpiarla mientras los demás invitados se desternillaban y vitoreaban y la mujer que había cantado el himno apartaba la vista con repugnancia. Sático se levantó, desnudo, y fue hasta el diván de Demóstrate con el miembro todavía tumesciente, cosa que sería considerada una pifia en cualquier otro simposio.

—Este quizás haya sido el mejor regalo de mi vida —dijo Sático—, pero me sigues debiendo un espolón para el *Halcón Negro*.

Demóstrate rio.

—¿Han sido cinco asaltos o seis? —preguntó—. Buena suerte, en cualquier caso. Eres muy astuto, muchacho. ¡Te he visto! —Volvió a reírse y tiró de Sático para que se sentara a su lado. Susurrando, le dijo—: Piensas que somos un atajo de bárbaros, chaval. Y quizá llesves razón. Pero ahora todos sabemos que tú también lo eres. —Se incorporó—. ¿Puedes conseguirnos un puerto en el Euxino? —preguntó. Sentado en el borde de su *kline*, cogió una pesada *mastos*^[7] de plata de doscientos años de antigüedad, la sumergió en una cratera que sostenían dos esclavos y se la bebió de un trago.

—Sí —contestó Sático.

Demóstrate le pasó la copa.

Sático la apuró hasta la última gota, lamió el pezón haciendo sonar el abalorio y los hombres le rieron la gracia.

—Entonces vayamos a joder a Eumeles con el mismo ímpetu con que has jodido a la diosa, chaval. Me parece que les has caído bien a los muchachos.

Sático no supo impedir que una sonrisa amarga asomara a sus labios.

—El sentimiento no es mutuo —respondió.

Demóstrate llevaba su diadema en la cabeza, y las joyas titilaban a la luz de las

llamas. Agarró a Sático y lo arrimó a él, de modo que sus hombros desnudos se tocaran. La piel del rey pirata era un entramado de cicatrices, nada que ver con la cremosa napa de Afrodita, una curiosa comparación para Sático, cuya mente iba demasiado deprisa. El anciano aceró su rostro al de Sático.

—Bien —dijo Demóstrate—. Son escoria. Nunca lo olvides; todos andan conspirando mientras esperan que muera. —Se rio—. Y ni uno de ellos sería capaz de mantenerlos unidos. —Su aliento no era fétido. Olía a clavo y a vino—. Tú podrías ser su comandante, dentro de unos años.

Sático negó con la cabeza.

—No —repuso.

Demóstrate se arrimó más.

—Cuando tengas ocasión, mata a Manes.

Sático miró al viejo pirata, tan impresionado como cuando el pulgar de la diosa le había acariciado el pene. El efecto de sus palabras fue físico.

Demóstrate se rio.

—Bienvenido al Tártaro, chaval. Si quieres que luchemos por ti, tendrás que hacer algo más que el amor en un simposio. Manes tiene que morir, chico. Y si lo matas, los otros... Bueno, muchos son como corderos, por más que sean el terror de los mares. —Volvió a reírse—. Y ahora regresa a tu diván antes de que los demás decidan que eres tú quien debe morir.

Sático se levantó. Demóstrate le dio un beso; un beso de hombre, nada distinto a cualquier beso que cualquier invitado recibiría en un simposio pero que heló la sangre de Sático en sus venas. Y mientras emprendía el regreso por el suelo embaldosado miró como por casualidad a Manes, que yacía entrelazado con el seductor Ganimedes. El pirata le devolvió la mirada como un animal enjaulado. Sático apartó la vista y se obligó a recorrer la estancia con los ojos, como si le divirtiera la escena en su conjunto, para luego volver a mirar los ojos de animal de Manes.

Era obvio que todos aquellos tipos duros temían a Manes.

Llegó junto a su diván. Afrodita se hizo a un lado pero Sático le cogió la mano.

—Hónrame con tu compañía, diosa —le dijo.

—Si me lo pides así... —respondió ella sonriendo—. ¡Caramba! Tienes buenos modales.

—Soy de Alejandría —explicó Sático, y entabló conversación con ella porque su melena lo había mantenido cuerdo.

Horas más tarde regresaba a casa desnudo salvo por la clámide, con frío y húmedo, y a medio camino se quitó el manto por la cabeza y se plantó en la plaza del mercado, dejando que la lluvia helada corriera por su piel.

Abraham se quedó aguardando, y cuando Sático consideró que ya se había castigado bastante, reanudaron juntos la marcha, seguidos por Afrodita que, con sus

pertenencias en lo alto de la cabeza, entró en la casa detrás de Sátiro.

Terón se sorprendió ante su desnudez, aunque la sorpresa le duró poco.

—Parece que lo habéis pasado en grande —dijo. Miró a Afrodita—. ¿Tú has sido un regalito de la fiesta? —preguntó Terón—. Ojalá me hubiesen invitado.

Sátiro se dejó caer en una de las cómodas sillas de Abraham, de sólida madera maciza como las que usaban los nabateos.

—Eres libre. Y tienes mi agradecimiento. Has interpretado tu papel maravillosamente.

Afrodita sonrió.

—¿Libre? ¿En serio?

Sátiro no pudo reprimir una sonrisa ante su alegría, mucho más real que los jadeos entre sus brazos.

—¿Quién tomaría el pelo a un esclavo de esa manera? Sí, por supuesto.

Afrodita permaneció en pie, mirando al suelo. Tendría la misma edad que Sátiro; tal vez diecinueve. Bastante mayor, para ser una esclava sexual. Su cuerpo era soberbio, musculado, mantenido en buena forma, pero su rostro mostraba signos de su profesión.

Terón le levantó la barbilla.

—¡Eres corintia! —dijo.

—Sí —respondió ella, sonriendo.

—En realidad eres una sacerdotisa de Afrodita —agregó Terón, después de reír.

—Sí —reconoció ella—. Lo fui. Me escapé. La diosa me siguió.

Volvió a bajar los ojos, con las mejillas coloradas.

Sátiro tenía ganas de vomitar.

—Eres libre. Y si puedo hacer algo por ti... ¿Un pasaje, tal vez? ¿Un puesto en una casa?

Abraham le puso una mano en el codo.

—Deja que te busque un sitio donde puedas dormir —dijo—. Arriba tengo un amigo que se alegrará de conocerte.

Sátiro no sabía que Abraham tuviera un amigo. Apoyó la cabeza en las manos en cuanto ambos se hubieron marchado.

—Oh, dioses —dijo.

Terón guardó silencio.

Al cabo de un rato, Sátiro levantó la vista.

—Necesitamos un puerto aliado en el Euxino —dijo.

Terón suspiró pero no dijo palabra.

Al cabo de otro rato, Sátiro se fue a dormir.

Altiplano del Tanais, invierno, 311-310 a.C.

Al despertar había perdido años de vida y era una niña en la yurta de fieltro de su madre, acampada en el mar de hierba. Grifones y águilas combatían contra ciervos y leopardos en las colgaduras bordadas, y la resina de pino perfumaba el ambiente. Un brasero de bronce labrado colgaba de los postes centrales encima del hogar, y el aire era caliente como el verano. Iba envuelta en pieles. La mujer que estaba junto al brasero, con un abrigo blanco de piel de ciervo, era su madre.

Como un torrente, su vida se le vino encima, una única cascada de recuerdo en la que su madre moría y daba a luz en el mismo instante, y lloró las mismas lágrimas por su madre fallecida y su hermano distante.

—Bien —dijo Nihmu. Estaba sentada sobre las rodillas, con un vestido blanco de piel de ciervo adornado con dibujos de crin teñida de rojo y azul, hileras de plaquitas de oro en las costuras y mechones de pelo de ciervo rematados con conos dorados que tintinearón cuando levantó el brazo para dar vino caliente a Melita.

—Bien, ya vuelves a estar con nosotros.

Melita se bebió el vino, sonrió a Nihmu y se desvaneció de nuevo.

La siguiente vez que despertó, Nihmu estaba arrodillada a su lado, arropándola con mantas de lana y pieles curtidas.

—Calla, niña —le dijo.

Melita se incorporó tan bruscamente que la cabeza le dio vueltas y tuvo que tenderse de costado.

—¡Estoy despierta! —dijo.

—Sí —respondió Nihmu. Le hablaba en sakje. Ambas lo hacían. Melita volvió a levantar la cabeza.

—Por poco me muero, ¿verdad?

—Hay quienes piensan que ya has muerto. —Nihmu frunció el ceño—. Encuentro distinta a la gente, pero soy yo quien ha cambiado.

—A mí me pareces la misma de siempre —dijo Melita.

El apetito regresó igual que sus recuerdos y comió hasta hartarse. Pasaron dos días antes de que sus dedos palparan la rigidez de su rostro. Sintió un escalofrío a pesar del vestido de pieles que la envolvía.

—¿Tía Nihmu? —preguntó—. ¿Tengo la cara muy mal?

—¿Tenías previsto convertirte en una matrona griega? —preguntó Nihmu a su vez—. Si era así, sospecho que tendrás algunas dificultades.

Coeno entró en la yurta.

—Iré a sacrificar... lo que sea. Por Hermes y todos los dioses, Melita, lamento haberte perdido. ¡Tuvo que ser brutal!

—¿Brutal? —Melita se estaba acariciando la mejilla—. Así fue exactamente —dijo. Se incorporó—. Tuve la sensación de que me habían puesto a prueba —agregó.

—Tal vez fuese así —apostilló Nihmu—. Está preocupada por la cicatriz.

Coeno le dio un beso.

—Ningún hombre digno de ser llamado así te menospreciará por esta cicatriz —dijo.

Melita frunció el ceño.

—¿Tan fea es? —preguntó. Veía en sus ojos que lo era mucho—. ¿Podéis darme un espejo? —pidió.

—¿Cómo te la hiciste? —le preguntó Nihmu. Se sacó un espejo de la manga, como si hubiese estado aguardando aquel momento.

—¿Llegó sano y salvo mi caballo bueno? ¿El que lleva marcado un grifón? —preguntó Melita.

Coeno asintió.

—Sí —dijo—. Un caballo magnífico.

—Maté a su último dueño. Estaba intentando cargar una flecha en su arco cuando me eché encima de él. —Apartó la vista—. Su flecha me arañó.

—Estaba envenenada —dijo Nihmu.

—Creo que fue lo que me salvó —admitió Melita—. Estuve aturdida, casi como si viviera en la tierra de los espíritus. Podría no haber conseguido regresar a este mundo.

Coeno hizo su acostumbrada mueca ante las ideas que tenían los bárbaros sobre la realidad.

—Faltó poco para que te matara, chica.

Su protesta sonó extraña, y Melita se dio cuenta de que él también estaba hablando en sakje.

Samahe entró por la portezuela de la tienda.

—Qué alegría —dijo. Se acercó y se acomodó entre Nihmu y la cama de pieles. Tomó las dos manos de Melita entre las suyas y a Melita le vino otro recuerdo porque las manos de Samahe eran tan ásperas y tersas como las de su madre, con las palmas encallecidas y los dorsos tan suaves como las de cualquier mujer. Vio el espejo y se encogió de hombros—. Pareces una mujer preparada para ser una reina guerrera —dijo Samahe—. No una niñata griega. Toma el espejo y mírate. Luego guárdalo. Hay

mucho que hacer.

Melita cogió el espejo; era griego, con el mango de bronce y marfil y azogue de plata. La imagen era fiel, incluso a la escasa luz de la yurta. La misma nariz un poco respingona, el mismo pelo moreno. Y en el lado izquierdo de la cara, una línea negra como un tatuaje, en zigzag como un relámpago, desde el rabillo del ojo hasta la barbilla.

Nadie que posea una gran belleza llega a valorarla del todo, como tampoco el puro atractivo o el placer, hasta que la pierde. Solo entonces admitió Melita que había sido guapa. La clase de chica a quien los muchachos de Alejandría escribían poemas.

—Me parece que mi futuro como hetaira de altos vuelos acaba de truncarse —dijo, para disimular su espanto. Daba la impresión de haber estado muerta.

—¿A cuántos hombres mataste? —preguntó una voz nueva, y un hombrecillo entró en la yurta. Todos se movieron para hacerle sitio junto al fuego del brasero, donde se sentó con las piernas cruzadas, con su temible rostro inusualmente alegre—. ¡Has vuelto con nosotros! —dijo.

Melita le tomó las manos y le dio un beso en la mejilla.

—¡Ay! Ahora creo que sobreviviré. El mejor guerrero de mi madre.

—Eres como la reencarnación de tu madre —dijo Samahe.

—A seis —contestó Melita a la pregunta de Ataelo—. Al menos a seis. Intenté dejar a uno con vida pero los dioses se lo llevaron de todos modos.

—¡Ayee! —gritó Ataelo—. ¡Seis sármatas! —Se echó para atrás y rio con tantas ganas que tuvo que llevarse las manos a la barriga—. ¡Seis, y cogiste sus caballos y sus armas y los trajiste aquí! Ya hay cantantes cantándolo, señora. —Se inclinó hacia ella—. Tengo que hacerte una pregunta. ¿Has venido para levantar a las tribus?

Melita pensó en su nueva cara.

—Sí —contestó.

—Bien —dijo Ataelo—. Mi nombre no basta. Tú y Nihmu, e incluso Coeno, de los tiempos de Kineax... Juntos levantaremos a las tribus. Tienes que ponerte bien para poder montar. Cabalgaremos lejos.

Samahe asintió.

—Llevamos demasiado tiempo siendo forajidos en nuestra propia pradera.

—Este invierno lo recuperaremos todo —sentenció Ataelo—. Upazan mató a tu padre. Tarde o temprano tiene que morir pese a la profecía. A lo mejor lo matarás tú.

—¿Profecía? —preguntó Melita.

Nihmu miró al suelo.

—Upazan quizá no muera por el arma de un hombre —dijo.

Melita fue a decir algo desdeñoso sobre la superstición, pero se dio cuenta de que no era el momento ni el lugar apropiado. «Ahora estas gentes son mi pueblo», pensó.

—Comenzaremos por Marthax —dijo Melita.

Todos los presentes se volvieron hacia ella. Ataelo meneó la cabeza.

—Oigo la voz de doña Srayanka, pero tenía pensado vencer primero a Parshtaevalt de los Manos Crueles, y luego a los Gatos Esteparios. Urvara está cerca de Olbia. Será tu amiga.

Melita se enderezó. Miró a Nihmu.

—Las águilas han emprendido el vuelo, Ataelo. Cuando Marthax se someta, todas las tribus se unirán y no tendremos una guerra civil. —Usó el término griego que designaba los conflictos internos, pues el sakje carecía de uno que los expresara—. Es la profecía que muchos deberían conocer. Y debería figurar en tu canción.

Ataelo asintió y se rascó el mentón.

—No volveré a tratarte como a una chica en el consejo. ¿Marthax? Es viejo. Todos sus hijos han muerto. —Ataelo se balanceaba adelante y atrás—. Quizá podría hacerse.

Nihmu intervino.

—Cuando yo era profeta, lo canté —dijo—. No obstante, Melita, no dije que Marthax tuviera que ser el primero.

—Melita —dijo Ataelo, meneando la cabeza—. Qué nombre tan amable.

—Lo eligió Srayanka —dijo Samahe, mirando hoscamente a su marido.

—El pueblo ha elegido otro. Tal como Srayanka era «Manos Crueles» en la guerra. —Ataelo se encogió de hombros—. La gente inventa nombres. Yo tengo uno. Tú tienes otro. Ella es una guerrera; ha llegado con sus muertos y su botín, y la han bautizado.

Samahe frunció el ceño.

—¿Cuál es mi nombre de guerra, tío? —preguntó Melita a Ataelo.

—Srakorlax —contestó Ataelo—. El olor de la muerte.

Pasaron dos semanas antes de que estuviera en condiciones de montar, y todavía había momentos en los que le daba vueltas la cabeza. Sin embargo, cada día acudían a su yurta, y en esas dos semanas sintió que cambiaba, como si la mente trabajara para amoldarse al nuevo semblante tallado en su rostro.

Al irse de Alejandría había supuesto que tendría que demostrar su valía ante los sakje, que tendría que ganarse a Ataelo y, con su respaldo, impresionar a los demás sakje.

No fue así en absoluto. Se convirtieron al instante en su pueblo. Como si la hubiesen estado aguardando. Tal vez fuese así. Y tal vez los dioses la habían puesto a prueba para que ella y su cicatriz llegaran a sus campamentos y los liderase.

Al fin y al cabo, la persona a quien necesitaban era su madre, y recordaba muy bien a su madre.

De modo que se sentaban en su yurta y hacían planes.

—¿Qué hacemos con los sármatas? —preguntó Melita.

—Los dejamos en las tierras que han robado —dijo Ataelo—. Por ahora. Primero vamos al oeste. Luego, cuando seamos fuertes, regresamos al este.

—Mi hermano quiere ser rey del Bósforo —dijo Melita—. Tiene intención de hacer la guerra contra Eumeles.

Ataelo asintió.

—Hará la guerra para ganar la parte de su padre, tal como tú harás la guerra para ganar la de tu madre. Así es como debe ser, y seréis grandes aliados. Pero su camino y el tuyo no son el mismo. Marthax ha llevado al pueblo demasiado cerca de las ciudades, y el resultado no es bueno. Te pido que conduzcas al pueblo de regreso a la hierba.

—¿Es lo único que pides? —preguntó Melita.

Los demás guerreros y amigos guardaron silencio.

Ataelo esbozó media sonrisa.

—Durante demasiado tiempo he sido la única voz de mando.

Melita negó con la cabeza.

—No. No tengo nada que censurar, Ataelo. He estado fuera muchos años. ¿Qué más pides? ¿Qué más necesita el pueblo?

—Si regresamos a la hierba, como en tiempos de Satrax, todos estaremos bien —dijo Ataelo.

—Quizá no se pueda volver a meter el vino en el frasco —dijo Samahe a su marido—. A la gente le gusta vivir cerca de los asentamientos. ¿Qué mujer viste de cuero cuando puede conseguir tela? ¿Qué hombre lleva hierro cuando los asentamientos venden buenas armaduras de bronce?

Ataelo torció el gesto.

—Es verdad —dijo a regañadientes.

Nihmu se echó para delante.

—Ahora que puedes hablar, es el momento para que vuelvas a unir los mundos del pueblo, ambos mundos. ¿Vendrás al humo conmigo?

Samahe frunció el ceño.

—Es demasiado pronto.

Nihmu negó con la cabeza.

—No es demasiado pronto. La señora casi se pierde en el mundo de los espíritus mientras venía hacia aquí. Y eso ha ocurrido porque ha estado lejos de los espíritus durante demasiado tiempo.

A Melita siempre le había gustado el humo pero rara vez, si es que alguna, había tenido la clase de revelaciones que propiciaba en los *baqcas* como su padre y Nihmu.

—Yo iré contigo —dijo.

Samahe volvió a fruncir el ceño.

—Nihmu, ¿acaso eres *baqca*? Creía que tus poderes te habían abandonado.

Coeno puso una mano en el hombro de Nihmu, pero ella la apartó.

—¡Claro que soy *baqca*! —respondió con excesivo énfasis.

—Quizá deberías ir a hablar con Tameax —dijo Samahe.

—¿Él lo es? —preguntó Nihmu cono altivez.

—Es mi *baqca* —dijo Ataelo, mirando hacia otro lado—. Es joven pero no carece de poderes. Podría orientarte.

—No necesito que me oriente, y mucho menos siendo un hombre —replicó Nihmu—. Mis profecías se conocen en todas las tiendas de las llanuras.

—Es verdad —dijo Samahe—. Pero eras una doncella virgen cuando pronunciaste aquellas palabras, y tu padre hablaba a través de tus labios. O eso dice la gente.

Melita percibió tensiones que todavía no comprendía, una fractura entre sus amigos más cercanos.

—Sentémonos en el humo —dijo—. Déjanos ver a tu *baqca*. Tenemos que conocer los augurios antes de emprender la marcha. —Endureció su tono de voz—. Pero antes del festival del solsticio de invierno, quiero encontrar a Marthax.

Para inhalar humo, el pueblo sakje erigía pequeñas tiendas de cuero semejantes a las pirámides de Egipto, sellando las costuras con buena brea de pino de los bosques norteños. Luego encendían pequeños braseros, ornamentadas piezas de bronce y latón, a menudo de herreros griegos de las ciudades, donde quemaban carbón vegetal que les suministraban los carboneros sindis de los valles. Cuando el brasero estaba caliente, los sakje arrojaban puñados de semillas, mayormente de cáñamo silvestre, aunque también de otras plantas, pues cada hombre y mujer tenía sus preferencias en cuanto al aroma y la profundidad de los sueños. El humo llenaba la tienda y los concurrentes se sentaban y soñaban, o viajaban por las sendas de los espíritus.

De niña, Melita no daba ninguna importancia al humo porque todos los sakje lo inhalaban, incluso su madre. Pero tras haber vivido en Alejandría y conocido los templos egipcios de Hathor y Bastet, ahora veía el humo con dos pares de ojos. La Melita griega lo veía como una droga semejante a la amapola que curaba y destruía al mismo tiempo, que inducía hermosos sueños y pesadillas, y que para los médicos era tanto una ayuda como un motivo de desesperación. De hecho, haber visto a tres prostitutas compartiendo amapola y convirtiéndola en humo en el mercado nocturno de Alejandría le había abierto los ojos en cuanto a lo que el humo podía contener.

No obstante, en el fondo de su corazón, seguía siendo una chica sakje, y no dudaba que las visiones y los caminos del humo fueran verdaderos, aunque entendiera mejor que los demás el modo en que actuaba el humo. De modo que se acurrucó en el suelo de la tienda de humo de Nihmu, abriendo la portezuela de vez en

cuando para respirar aire fresco, aunque mayormente inhalando el humo acre, parecido al de quemar ramas de pino pero en cierto modo más intenso.

Durante un buen rato, el humo solo mitigó su dolor, pero luego...

... se encontraba en el mar de hierba en pleno verano, y un viento rojo jugaba con las espigas maduras de la hierba, que oscilaba y ondeaba; la época del año en que los sakje decían que la pradera estaba viva.

Y vio la tienda de Samahe plantada exactamente en el mismo lugar que ocupaba en el mundo consciente, pero no había otras yurtas ni caballos, solo aquella construcción. Y en medio de la tienda de Samahe se alzaba un árbol, y ese árbol llenaba la tienda y salía por el agujero para el humo, ascendiendo a los cielos.

Y a los pies del árbol había un hombre muerto con los brazos de hueso cruzados sobre las blancas costillas del pecho, apoyado contra el tronco del árbol, de modo que incluso muerto transmitía impaciencia y arrogancia.

Melita no solía amedrentarse ni en el mundo consciente ni en el de los espíritus, de modo que se dirigió hacia el muerto.

—¿Por qué estás esperando, hombre muerto? —le preguntó.

—El cráneo del muerto se rio con un sonido hueco.

—Te esperaba a ti —contestó.

—¿Te conozco? —preguntó Melita. Y agregó, con una pizca de miedo—: ¿Te he matado?

—¿Acaso mis huesos siguen cubiertos de la carne y el cartílago de los vivos, muchacha? Tus muertos aún buscan el árbol, y sus huesos aún buscan desprenderse de la carne de la vida. Tendrían mucho peor aspecto que yo.

Melita no lograba descifrar la expresión de la calavera.

—¿Qué quieres? ¡Este es mi sueño! —insistió Melita.

—Te has alejado tanto del pueblo que eres capaz de discutir con un espíritu guía. ¿Todavía sabes hablar el idioma de tu pueblo? Porque solo te oigo hablar griego.

El cráneo sonrió, pero el cráneo siempre sonreía.

—¡Hablo sakje! —protestó Melita, pero mientras decía estas palabras se dio cuenta de que le salían en griego, y las vio transformarse en caracteres griegos y flotar hacia el esqueleto y el árbol. Una mano huesuda se alzó y las apartó, como si fueran insectos en pleno verano.

—En realidad, no —dijo el esqueleto—. Conoces las palabras pero no su esencia.

—¿Se supone que debo trepar al árbol? —preguntó Melita.

—¿Tú? Lo único que veo es una chica griega capaz de matar hombres.

La risa hueca del esqueleto resonó.

Melita se aproximó al autoproclamado espíritu guía.

—Mi padre era griego y trepó al árbol. Me pregunto si en verdad eres un guía.

No todos los espíritus del mundo de los sueños son benefactores.

El esqueleto se desternillaba de risa y el sueño de Melita resonó con sus carcajadas, como una tormenta en las llanuras.

—¡Vete de aquí, usurpadora! —rugió el esqueleto—. He venido a advertirte pero no has superado la prueba.

Melita no se asustó.

—No necesito más pruebas —dijo—. Lárgate, espíritu, antes de que te parta los huesos.

Se despertó con mal sabor de boca, y la cabeza le palpitaba como si las sienas fueran la tensa piel de un tambor y los palillos le golpearan la cabeza al ritmo de los latidos del corazón.

Nihmu estaba llorando.

Melita se arrimó a ella y le acarició la frente.

—¿Qué te sucede, tía?

Nihmu se levantó de repente, tirando a Melita sobre los cojines de cuero del suelo.

—¡Nada! —dijo—. No sucede nada. He visto muchos espíritus guía, y he recibido muchas noticias. Tengo que pensar.

A Melita le dolía tanto la cabeza que no hizo más preguntas. Dejó que Nihmu se marchara y salió de la tienda a respirar aire fresco. El dolor de cabeza se le pasó en cuestión de minutos y se arrodilló en la nieve recién caída, recogió los cojines y vació el brasero para que el rescoldo se apagara en la nieve. Luego desmontó la tienda y la dobló deprisa, antes de que el frío la entumeciera.

Mientras recogía las cosas cayó en la cuenta de que pertenecían a Samahe, no a Nihmu, de modo que se las llevó a su yurta.

Samahe estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo de su casa, trabajando a la luz de dos lámparas griegas. Cosía pequeñas escamas de bronce a unas correas, remendando el coselete de una armadura.

Melita conocía bien aquel trabajo de su juventud, se sentó junto a la otra mujer y comenzó a cortar tiras de cuero de un trozo de piel de caribú, agarrando el pellejo con los dientes y cortándolo con un cuchillo afilado. Trabajaron en silencio porque ambas tenían la boca ocupada. Al cabo, Samahe escupió la última correa de cuero.

—¿Has tomado humo? —preguntó.

Melita sonrió irónicamente.

—Más bien me ha tomado a mí.

Comenzó una nueva correa, cortando con cuidado el borde de la piel. Una

persona habilidosa podía hacer una sola correa de varios largos de caballo y grosor uniforme. Melita no era tan buena, pero se alegró al constatar que su correa no era como la de un niño, llena de nudos y bultos. Todavía conservaba cierta destreza.

Samahe asintió.

—El humo ha dejado de gustarme —dijo—. Cuando era doncella el humo estaba bien. Ahora solo me trae sueños de todos los hombres que he matado. —Se encogió de hombros—. En estos últimos años he matado a muchos hombres.

No lo dijo con el orgullo de un guerrero sino meramente con hastío.

—Me he encontrado con un guía —dijo Melita—. O con un demonio. Ha impedido que me acercara al árbol y se ha burlado de mí diciendo que era griega.

Samahe la miró a los ojos.

—Yo no se lo contaría a los demás —dijo.

Melita se encogió de hombros.

—No tiene sentido —prosiguió—. Mi padre era griego. A decir de todos, rara vez aceptó que era *baqca*. Sin embargo, ¡ningún espíritu guía le impidió trepar al árbol!

—Eso es palabrería griega —dijo Samahe—. Los espíritus hacen lo que hacen, y no debemos cuestionarlo.

—¡Bah! —repuso Melita—. Menuda tiranía, es ilógico. —Al pronunciar esa palabra griega entendió lo complejo que sería su conflicto, y eso la enojó—. ¡Soy sakje!

Samahe levantó la vista de su labor.

—No lo dudo, señora. No permitas que los demás lo duden. —Mascó la correa un ratito para reblandecerla. Luego se inclinó hacia delante—. ¿Y Nihmu?

—No sé qué pensar —contestó Melita—. Dice que ha visto a muchos espíritus guía.

Samahe meneó la cabeza.

—¿Por qué tiene que ser *baqca*? —preguntó—. Maldijo el don cuando lo tenía y se alegró cuando lo perdió. ¿Dónde está su compañero? ¿Por qué ha regresado?

Melita estaba acostumbrada al cotilleo de las mujeres. Disfrutaba con los chismes cuando eran bienintencionados, y juzgó amables los comentarios de Samahe.

—Su compañero es prisionero de Eumeles en Pantecapea. —Se sacó la piel de la boca—. Pero han pasado muchos años sin que haya concebido, y en Alejandría nos preguntábamos si esa ausencia de hijos la tenía preocupada.

Y entonces, de súbito, recordó lo que había visto entre Nihmu y Coeno por el camino y frunció el ceño.

Samahe negó con la cabeza.

—Creo que no debería haber regresado —dijo.

Al día siguiente Melita se encontraba en otra yurta con Tameax, el *baqca* más

joven que había conocido en su vida. Nihmu había rehusado acompañarla.

—No eres mayor que yo —dijo Melita, tras estrecharle la mano y sentarse. Vio que tenía un tambor muy bueno; de hecho, le pareció que era el tambor de Kam Baqca, un artefacto de su juventud, con minúsculos amuletos de hierro que colgaban en torno al borde. Tameax lo tocaba despreocupadamente mientras la miraba.

—Soy mayor que tú en número de ciclos —dijo Tameax sonriendo—. Aunque no cuento con que te lo creas.

—¿En serio? —preguntó Melita.

—No siempre he sido un hombre. Al menos creo recordar haber sido un pez.

Se encogió de hombros y sonrió. Melita se rio.

—Casi todos los hombres sostienen haber sido grandes y nobles animales, como un águila o un oso.

—Casi todos los hombres son unos mentirosos —respondió Tameax.

—Tal vez, al sostener haber sido un animalito busques desarmarme para que crea otras cosas —dijo Melita, arrastrando las palabras. Tameax disponía de mullidos cojines de cuero rellenos de crin, y Melita se permitió recostarse en ellos. En cierta manera, aquello era como discutir con Filocles.

—No pareces una sakje —dijo Tameax—. Tu cerebro discurre como un río que tiene varios brazos.

—He estado en muchos lugares —respondió Melita—. Pero soy sakje.

—He observado el mismo fenómeno en Ataelo —prosiguió Tameax—. ¿Por qué piensan de un modo tan distinto los griegos?

—Ojalá estuviera aquí Filocles para que te lo explicara —contestó Melita, y los ojos se le arrasaron en lágrimas—. Fue mi maestro en un tipo de enseñanza que se llama «lógica». —Se incorporó—. Habló largo y tendido con Kam Baqca durante todo un invierno. —Le pareció importante que Tameax viera que la mayor *baqca* de la era en curso había aprobado el pensamiento griego—. ¿Entiendes lo que los griegos llaman matemáticas?

—¿Entenderlo? No. Pero sé a qué te refieres. —Le sonrió—. ¿Es verdad que mataste a seis sármatas?

Melita asintió.

Tameax se encogió de hombros.

—Se lo diré a los espíritus. Hay algunos que te rechazan como si fueses forastera. Otros te llaman hija de Srayanka. —Rio, y su risa fue argentina—. Los espíritus están todos un poco locos. ¿Cómo podría ser de otro modo, estando ya muertos?

—Vi a uno en el humo —dijo Melita. Samahe le había aconsejado que lo guardara en secreto.

Tameax se echó para delante.

—¿De veras? —preguntó.

—Un esqueleto —contestó Melita.

—Bah, la mayoría solo tienen huesos descarnados hasta que los vistes con tus propios sueños. ¿Quién era?

El *baqca* estaba sumamente interesado, parecía un gato egipcio acechando a un ratón en un granero.

—No se lo pregunté. —Se revolvió en los cojines con aire de inseguridad—. Me molestó y lo amenacé.

Tameax se rio con su clara risa argentina.

—Quizá seas sakje, después de todo—. Se sentó sobre los talones y sirvió una infusión de una tetera que tenía en el trébede—. Nihmu me está evitando. No está recobrando sus poderes. ¿Por qué tiene que fingir cuando ha tenido un don tan potente? Aquí todos la honran.

Melita percibió que pisaba terreno peligroso.

—Busca algo más que honores —se permitió decir—. No estoy segura de comprenderla.

—Me tratas como a un igual —señaló Tameax.

Melita lo miró a los ojos.

—¿Cómo debería tratarte? —preguntó.

Tameax meneó la cabeza.

—La gente tiene dos maneras de tratarme —contestó—. Unos niegan que tenga poderes, insistiendo en que soy demasiado joven, en que no he entregado mi virilidad para alcanzar el don, que no puedo ser real. Otros me tratan como si les infundiera temor. Nadie me trata como a un igual. En cambio tú, una reina, me hablas como si fuese tu hermano.

Melita se encogió de hombros.

—¿Tratarías a todo el mundo de esta manera, aun siendo la reina guerrera de los asagatje? —preguntó Tameax—. La cicatriz de tu rostro dice que podrías ser una reina difícil de seguir.

—¿Cuál es tu lugar en estas montañas? —repuso Melita.

Tameax asintió, frunciendo los labios.

—Si te conviertes en reina, seré tu *baqca*. —Le pasó una taza de infusión—. Me interesa saber qué clase de reina serás. Ataelo te seguirá diga yo lo que diga, y mi lealtad para con él es insondable. Por tanto, no me apartaré de tu lado. Yo voy con Ataelo, su caballo y su arco, soy parte de su equipaje. —Empleó el término sakje que significaba lo mismo que la voz griega panoplia: todo el equipo para la guerra—. Tú no me temes ni me desdeñas. Esto significará mucho para mí. —Asintió—. ¿Por qué cabalgarás contra Marthax y no en busca de las tribus que te respaldarán?

Melita levantó la cabeza y apartó la mirada de sus intensos ojos azules, posándola en las colgaduras que tenía detrás. Reflexionó un momento que pareció eternizarse.

Hay muchas razones, todas verdaderas, y sin embargo unas lo son más que otras —dijo Melita.

Tameax asintió.

—Si voy en busca de Parshtaevalt o de Urvara, formaré un ejército —prosiguió Melita—. Como consecuencia, Marthax también formará un ejército. Cuando se forman ejércitos, combaten. Una vez librada la batalla, poco importará que gane o pierda porque el pueblo se habrá dividido.

Tameax se acariciaba la barba rala. Era sorprendentemente guapo. Lo más sorprendente era que fuese *baqca* pues, por lo general, eran hombres feos o locos. Él estaba rigurosamente cuerdo, y tenía la nariz recta y los ojos azules de los medos y los persas.

—Este motivo me parece real. ¿Lo has soñado?

—No —contestó Melita. Se encogió de hombros, preguntándose por qué estaba siendo tan sincera. Se había replanteado su estrategia una y otra vez, y se le había ocurrido decir a la gente que la había soñado, pero los ojos de Tameax la desarmaban.

Tameax esbozó una sonrisa.

—Tal vez yo lo haga —dijo. En boca de otro hombre, habría sido como si admitiera la falsedad de sus propios sueños, pero no fue este el caso—. Hay más.

—Eres... muy parecido a mi preceptor. —Melita se incorporó del todo y cruzó las piernas. Cogió su taza de infusión, una hermosa pieza de cerámica distinta a cuantas había visto hasta entonces.

—Si voy a ver a Parshtaevalt, me dará consejo. Y Urvara lo mismo. Y como cada uno tendrá sus necesidades y deseos, se pelearán, y yo saldré perdiendo. Uno y otra esperan a mi madre; siempre mi madre. Cuando vaya derecha al encuentro de Marthax y... —Hizo una pausa, pues casi había desvelado todo su plan, y apenas conocía a aquel apuesto joven. Tomó aire—. Cuando lo derrote, seré reina. Y por mi mérito propio.

Tameax asintió.

—¿Me tomarías como amante, Reina de los Asagatje?

Melita notó que se ruborizaba.

—No —dijo con verdadero pesar—. No, porque vas a ser mi *baqca*.

Ahora le tocó el turno de sonrojarse a Tameax; saltaba a la vista que no era la respuesta que había esperado.

—Las doncellas rara vez me rechazan —dijo.

Melita se encogió de hombros, sonriéndole.

—Pocas de tus doncellas son reinas, espero —dijo.

—Ya lo veremos —contestó Tameax—. Soy un hombre paciente. Y, para serte sincero, ahora estamos sentados en mi yurta en un campo de nieve virgen, lejos de nuestras tierras, con el enemigo de todo hombre y caballo en el valle del Tanais

acechando, y una parte de mi mente se imagina cómo sería ser el *baqca* de una reina, pero la otra dice que nunca dejaremos de ser de una banda de forajidos y que tus sueños de grandeza de nada servirán.

—¿Esto es de un *baqca*? —preguntó Melita. Se puso de pie—. ¿Es una copa de Qin?

—Sí —contestó Tameax—. Tenía cuatro pero solo me quedan dos.

—Tal vez vayamos allí algún día. —Le rozó la mano al darle la copa—. Nihmu fue con León.

—He estado en la hierba que lame las orillas de Qin —dijo Tameax—. Me gustaría volver a ir. De hecho, fue ese viaje el que me convirtió en *baqca*. —Puso la copa con reverencia dentro de una caja de laca y luego tomó la mano de Melita—. Eres muy perspicaz —dijo.

Melita retiró la mano y dio un paso atrás.

—Eso se lo dirás a todas las doncellas lanceras que vengan a esta tienda —repuso.

Los ojos de Tameax chispearon.

—No diré que no —admitió.

—Guarda tus cumplidos para ellas y sé mi amigo —dijo Melita.

—El ciclo traerá lo que traiga —respondió él.

Egeo, invierno, 311-310 a.C.

Los días siguientes al festival de Afrodita tuvieron mucho trabajo. Sátiro escuchó las distintas opiniones de sus oficiales y luego tomó sus propias decisiones. Al cabo de una semana del desenfrenado simposio informó a todos sobre sus planes para el invierno.

—Voy a llevar el *Loto Dorado* a Alejandría —dijo—. Mi gente merece saber que sigo vivo. Además, necesito dinero en abundancia y consejo. Con un poco de suerte, Diodoro estará en casa para pasar el invierno. Necesitamos a nuestros macedonios a sueldo; primero como infantes de marina, luego como núcleo de nuestro ejército.

Terón asintió. Ningún otro oficial tuvo comentarios que hacer.

—Terón irá a ver a Lisímaco como mi embajador a bordo del *Heracles*. —Sátiro estaba satisfecho con el estado en que se encontraba el *Heracles*—. Tenemos que elegir nueva tripulación entre nuestros propios marineros, los de Abraham y cualquier cautivo que quiera prestarnos sus servicios a bordo el *Avispón*.

Diocles asintió.

—La mayoría sigue pasándose cada mañana por el almacén —dijo—. Les pagaste. Son como gatos callejeros a los que hubieran dado un cuenco de leche.

Terón meneó la cabeza.

—¡Amenazaste con matarlos a todos! —protestó.

Diocles sonrió.

—Ahora tiene una reputación —replicó el tirio.

—Dédalo debería estar aquí —dijo Terón.

—Es un mercenario y lo que necesito comentar todavía está muy verde —contestó Sátiro.

Terón negó con la cabeza, mostrando su desacuerdo.

—Dédalo ha sido leal desde que llegamos aquí. Y está al mando de un barco poderoso con una buena tripulación. Y a pesar de lo que digan los hombres, no es un pirata.

—¿Y yo qué? —preguntó Abraham.

—Tú eres mi embajador ante los piratas —dijo Sátiro—. Y puedes quedarte con el *Avispón*, si lo quieres.

—Estupendo. —Abraham sonrió—. Es el mejor regalo que me han hecho en la vida. ¿Mío para quedármelo?

—A no ser que lo hunda uno de los cruceros de Eumeles —respondió Sático.

Abraham meneó la cabeza.

—Gracias —dijo de nuevo. Luego, al cabo de un momento, agregó—: ¿Irás a Rodas?

Diocles negó con la cabeza.

—He navegado para Rodas la mayor parte de mi vida —dijo—. No les gustará que llegues desde Bizancio. Y a estas alturas deben circular rumores de que estamos aquí en todos los puertos del este.

Sático se echó para atrás hasta apoyar la cabeza contra el tapiz sakje que colgaba a sus espaldas.

—Llevo una semana pensando sobre todo esto —dijo—. Escuchadme y decidme si estoy delirando. —Les sonrió con pesar—. Necesitamos a Rodas y a los piratas. Y a Lisímaco. Los necesitamos a todos.

Diocles sonrió.

—¡Sí, hombre! Cuando las ranas críen pelo —dijo.

Terón meneó la cabeza.

—Escúchale.

Abraham se frotó el mentón y miró a su amigo.

—¿Tienen intereses comunes? —preguntó.

Sático asintió a Abraham.

—Dad a este hombre un darico de oro. Rodas quiere que los piratas se marchen. Nosotros nos los podemos llevar. Si derrotamos a Eumeles, Demóstrate regresará a Pantecapea y la flota pirata se dispersará. Como mínimo, estará lejos de la Propóntide y las flotas de grano podrán navegar tranquilas.

Diocles silbó.

—¿Así, sin más? ¿Y Rodas dejará que se marchen?

—Rodas se enfrenta a la extinción —dijo Sático—. Están intentando ser el punto de equilibrio en la guerra entre el Tuerto y Tolomeo. Necesitan paz para que sus mercantes transporten mercancías, y también la necesitan para poder ejercer su poderío naval sobre los piratas. En cambio, están rodeados de guerras y sus pérdidas aumentan. En cualquier momento, uno de los contendientes enviará una flota e intentará sitiar Rodas. Si al mismo tiempo les saquean los mercantes, estarán acabados.

—En efecto —dijo Terón—. De hecho, Antígono el Tuerto está intentando contratar piratas en la costa de Siria para que sirvan en su flota.

—Y mientras los piratas controlen la Propóntide, Lisímaco carece de medios para entrar en el Euxino y defender su satrapía contra Eumeles —agregó Abraham—. ¡Lo veo! En cambio, cuando propones llevarte a los piratas fuera de la Propóntide, en realidad los conviertes en una armada que, a todos los efectos, ¡sirve a Lisímaco

contra Eumeles!

Diocles negó con la cabeza.

—¡Pero si se odian a muerte! —terció.

Sátiro se incorporó, y las patas de su silla de hierro arañaron el suelo. Acto seguido se levantó.

—Exactamente. Se odian mutuamente, por eso sin una cuarta facción jamás llegarán a hacer causa común.

Miró en derredor a cada uno de ellos. Kalos permanecía callado, interesado solo en regresar cuanto antes junto a su nueva chica o en hacerse a la mar, indiferente a la política. Apolodoro lucía un nuevo *thorax* con incrustaciones y hebillas de plata muy llamativo. Neiron escuchaba con atención, así como el joven Kleitos, un tanto inseguro de sí mismo en tan augusta compañía.

—Escuchad —dijo Sátiro, e incluso Apolodoro se irguió—. Este plan será como soñar granjas en el Ática hasta que todos firmen los artículos correspondientes. Quizá sea más de lo que podemos manejar, pero solo nos costará un invierno de navegación. Nos llevaremos pequeños cargamentos y sacaremos beneficios como buenos mercaderes alejandrinos, y si esto falla, comenzaremos a contratar mercenarios hasta que podamos enfrentarnos a Eumeles en igualdad de condiciones. Ahora bien, esta alianza debe fraguarse ya. Y servirá a los intereses de Tolomeo tanto como a los nuestros, mediante la liberación de Rodas y el refuerzo de su aliado, Lisímaco.

—Joder, es demasiado complicado para mí —dijo Kalos—. Tú manda, que yo navegaré.

Sátiro miró a Terón.

—¿Es demasiado complejo para que dé resultado? —le preguntó.

—Necesitas que tres grupos de hombres vean claramente que será provechoso para ellos, y que dejen a un lado un entramado de amores y odios personales —contestó el atleta—. Y también necesitas un puerto en el Euxino, ¿o es que lo has olvidado? ¿Cuentas con que Lisímaco te ceda Tomis como base de operaciones?

Sátiro asintió.

—No lo he olvidado —dijo—. Bastante daño he infligido ya a Tomis. Preferiría no regresar allí. —Miró en derredor—. Solo lo haré si no hay más remedio, pero tengo en mente otro puerto, que os comunicaré en su debido momento. Hasta entonces, me parece que no diré más.

—¿Qué hacemos con Manes? —preguntó Abraham—. ¿O es tan insignificante que no nos debe preocupar?

Ya estaba bebiendo vino. Sátiro volvió a dirigirse a todos.

—Demóstrate me ordenó que lo librara de Manes.

Se encogió de hombros.

—Sus marineros buscan camorra con los nuestros cada vez que se encuentran —

dijo Diocles—. Pregunta a Neiron.

Neiron se rascó el cogote, miró en derredor y se encogió de hombros.

—En Rodas, llamaría a la guardia. Aquí, he pedido a los muchachos que lleven palos.

Sátiro miró a Abraham.

—Bien, háblame de Manes.

—Se considera el heredero de Demóstrate —dijo Abraham—. Es un animal tan maligno como un tiburón, pero carece de dotes de liderazgo. Los hombres lo temen. Rodas ha puesto un precio muy alto a su cabeza. —Abraham se encogió de hombros—. A mí me asusta; hará lo que sea con tal de alcanzar el poder. Los demás capitanes le bailan el agua.

—¿Por qué nos busca las cosquillas? —preguntó Sátiro.

Abraham se volvió hacia Terón. Cruzaron una mirada y fue Terón quien habló.

—En las calles ya corre el rumor de que Demóstrate te ha propuesto una alianza. O tal vez... —Terón sonrió—. Tal vez que sois amantes. No pongas esa cara; a los marineros les encanta un buen escándalo sexual. O tal vez que te ha nombrado su heredero. Quizá las tres cosas. —Terón meneó la cabeza—. Manes está reaccionando a esos rumores. Rumores que quizás haya puesto en circulación el propio Demóstrate para empujarlo a actuar con violencia, esperando que acabes con él.

—O esperando que Manes acabe contigo —terció Abraham. Meneó la cabeza con una expresión de impotencia—. ¡Son piratas! —agregó, como si eso explicara cualquier grado de traición.

—Quiero zarpar antes del fin de semana —dijo Sátiro—, y no quiero que Manes interfiera en mis planes, ni aquí ni en el mar.

—Mátalo —propuso Diocles.

Terón asintió.

—Servicio público —dijo.

Abraham los miró a todos.

—¡Dioses! —exclamó—. Y yo que pensaba que quien se estaba embruteciendo en este puerto era yo.

Sátiro fue hasta el aparador y se sirvió más vino caliente.

—El precio de la realeza —dijo. Vertió el vino cual si fuere sangre llenando la copa, y a ninguno de ellos le pasó desapercibido el gesto—. Pelearé de hombre a hombre, pero quiero tenderle una trampa para que sus marineros queden fuera de juego. ¿Alguna sugerencia?

Abraham asintió.

Tiene que ser de hombre a hombre —dijo—, si quieres que esos criminales te sigan.

—Ya lo sé —respondió Sátiro, revelando su impaciencia—. Aunque no os

ocultaré que ese Manes también me da miedo a mí. Es de los que se ensartan en tu lanza y te matan cuando ya están muertos.

Diocles asentía para sí mismo.

—No sé nada sobre todo eso —dijo—, pero Manes sostiene que en realidad eres un prisionero retenido a la espera de cobrar una recompensa, no un capitán libre.

Terón se rascó el cuello.

—O sea que querrá impedir que Sático se marche —dijo lentamente.

Sático se mostró de acuerdo al instante.

—Ingenioso. De modo que nuestra próxima acción precipitará la suya. ¿Cómo lo hacemos caer en la trampa?

—No parece muy despierto —opinó Kalos.

—Los dioses los crían y el viento los amontona —bromeó Diocles.

—Cerrad el pico, vosotros dos —dijo Sático—. Cuenta con el mayor contingente después de Demóstrate. Dudo que sea un idiota.

—El miedo tiene su propio coraje. Tal vez también tenga su propia inteligencia —apostilló Terón.

—Tengo una idea —dijo Kleitos a media voz—. Escuchad, habrá que enrolar nuevas tripulaciones, ¿verdad?

Sático asintió.

—Pues esto es lo que podríamos hacer —comenzó Kleitos.

Al día siguiente Sático ascendió a Kalos a trierarca del *Loto Dorado* y luego al resto de oficiales para ocupar las vacantes de su flotilla. Neiron sería el timonel de *Loto*. Kleitos recibió el *Avispón* bajo el mando de Abraham, y Diocles se convirtió a la vez en timonel y trierarca del *Halcón*. Terón regresó a su *Empeño de Heracles*, que no había sufrido tantas bajas como los demás barcos y conservaba a todos sus oficiales intactos; Antífono de Rodas era su timonel, un hombre recto a quien tanto desagradaban Bizancio y los piratas que solo bajaba a tierra para comprar víveres.

Los ascensos se efectuaron en privado, pero los hombres en cuestión hicieron sacrificios en el templo de Poseidón, excepto Diocles, que hizo el suyo en el templo de Zeus Casio, el conquistador de los mares. Los sacrificios fueron del dominio público y dieron bastante que hablar, más aún cuando comenzaron a abastecerse de ánforas de vino y a comprar provisiones y también cargamentos.

Bizancio estaba atiborrada de grano, fruto de la constante confiscación de los cargamentos que bajaban del Euxino procedentes de Olbia, Pantcapea y los campos de grano del norte. Los galeones de guerra eran malos buques de carga pero el *Loto Dorado*, con sus tres cubiertas y media de remos y un calado más profundo, estaba diseñado para combatir y transportar mercancías, y al menos este barco pudo admitir una respetable cantidad de grano.

Las demás tripulaciones se mofaron de Neiron mientras este cargaba el *Loto*. Casi todos sus hombres eran antiguos cautivos, y no soportaban bien que los trataran de ese modo ya que carecían de la disciplina de la tripulación anterior. Hubo peleas.

Hubo cosas peores que peleas, pues resultó que parte del grano estaba podrido o con excrementos de rata, y Neiron se enojó al darse cuenta de que le habían tomado el pelo. Se quejó a un comerciante que se rio en sus narices y chascó los dedos.

—Tú lo compraste —dijo el comerciante.

Al día siguiente asesinaron a un remero veterano de Neiron, acuchillado en el ágora por un hombre de Manes.

Sátiro protestó ante Demóstrate, que le contestó que debería velar por los suyos.

Los hombres de Manes comenzaron a merodear por el almacén, destrozando los esquifes del *Loto* cuando los encontraban varados en la playa y dando tremendas palizas a cualquier remero del *Loto* que sorprendieran a solas.

La nueva tripulación del *Loto* estaba cada vez más resentida. En primer lugar, por ser tratados de ese modo y, en segundo, porque sus enemigos no recibían castigo alguno. En cambio, los hombres de Manes cada vez se mostraban más descarados y resueltos.

Un observador atento habría reparado en que Abraham y los tripulantes veteranos del *Halcón Negro* habían hecho mutis por el foro. No participaron en el conflicto y se ahorraron las vejaciones.

Cuatro días después de que los capitanes hicieran sus sacrificios, Sátiro asistió a otro simposio, esta vez mucho menos vistoso que el último. Se tendió en el mismo diván que ocupaba Dédalo, que se sorprendió al ver a Sátiro allí.

—Me he enterado de que estás cargando tus barcos —dijo, mostrándose bastante distante.

Sátiro se comió una uva.

—Escucha —dijo—, mañana habrá problemas. Voy a mantenerte al margen. Pasado mañana, me gustaría invitarte a regresar a mi mesa y a mi consejo.

—¿Después del problema? ¿No vas a contar con mi ayuda para enfrentarte a Manes? —preguntó Dédalo incrédulo—. Anda tras de tu sangre, muchacho. Tu tío me haría empalar si no te ayudara. —Meneó la cabeza—. Llevo una semana esperando recibir un mensaje tuyo.

—Después del problema —dijo Sátiro—. Te lo explicaré mañana. Por el momento, bastaría con que me dieras un buen empujón y me tiraras del *kline*.

—¿Te has vuelto loco? ¡Soy casi lo único que se interpone entre tú y los hombres de Manes!

Sátiro tuvo que sonreír. Dédalo, el mercenario, hacía honor a su fama de ser un hombre que, una vez comprado, permanecía comprado.

—Me consta —dijo Sátiro—. Créeme, es mejor que no te impliques —insistió.

Dédalo meneó la cabeza.

—¿Y pasado mañana me lo explicarás?

—Mañana, a estas horas, todo estará tan claro como un nuevo día en el mar — contestó Sático.

Dédalo negó con la cabeza y dio un codazo a Sático en el vientre, tirándolo brutalmente al suelo, de modo que la clámide de Sático se manchó de vino rancio y otras inmundicias.

—Guárdate tus pueriles conspiraciones —gruñó el mercenario.

Sático confió en que estuviera fingiendo. Se levantó, frotándose las costillas, gesto del todo real, y se dirigió a otro diván con el rabo entre las piernas. Por el camino, Manes lo fulminó con su mirada bestial y Sático evitó sus ojos.

—Mirad —gritó Manes—. ¡Es el prisionero! ¿Comprando grano para un largo cautiverio, chico? —preguntó, y sus adeptos se rieron.

Sático retrocedió, poniendo más distancia entre Manes y él.

—No soy prisionero de nadie —replicó. Su voz no sonó tan firme como habría gustado a los otros piratas, y se oyeron algunas burlas.

—Ya lo veremos por la mañana —dijo Manes. Se rio—. ¡Menudo rescate pagarás!

—Soy capitán, no un prisionero. Habla con Demóstrate si dudas de mi palabra — respondió Sático.

—Aquí tu palabra no vale una mierda, cautivo. —Manes miró en derredor—. Y Demóstrate es un capitán entre capitanes. Si rechaza tu rescate, tanto peor para él.

Manes se echó a reír otra vez, asegurándose de que lo oyeran casi todos los presentes.

Sático daba la impresión de estar obligándose a mantenerse firme.

—Demuéstralo —dijo gentilmente—. Lucha conmigo.

Manes se incorporó en el diván.

—Que te jodan, chaval. Si quiero, puedo darte por el culo en la calle.

—¿Me tienes miedo? —preguntó Sático con despreocupación. Ahora la marea estaba cambiando. Los hombres no se burlaron de Manes, y su silencio resultó muy jugoso.

Manes cambió de postura en el diván y puso los pies en el suelo.

—No tengo miedo de nada. Ni de ti, ni de Demóstrate, ni de Rodas. Soy el terror de las costas, el puto amo del mar.

Sático le dedicó una reverencia socarrona.

—¿En serio? ¡Si es así, lucharás!

Manes hizo ademán de empuñar la espada y los dedos de Sático buscaron la empuñadura de la suya. Manes era aterrador y tenía los brazos largos. Si desenvainaba primero...

Ganimedes alargó la mano, tocó el brazo de su amo y le susurró algo al oído.

Manes se detuvo y respiró profundamente.

—No tengo por qué luchar contigo, chico.

Sátiro dedicó una sonrisa socarrona a la bestia.

—Creo que te darás cuenta de que más te habría valido luchar conmigo —dijo.

Manes gruñó, y a Sátiro se le erizó el vello del cogote.

Demóstrate estaba observando pero no intervino. Una vez más, Ganimedes agarró el brazo de su amo y, esta vez, le susurró furiosamente al oído. Manes se lo quitó de encima, pero entonces le dio la espalda a Sátiro y se marchó pisando fuerte, con la cabeza bien alta.

—Cobarde —dijo Sátiro, en voz alta y clara.

Manes se paralizó, dejando el pie suspendido en el aire, pero terminó de dar el paso y se marchó del simposio entre un murmullo de comentarios.

Sátiro sonrió a los demás bebedores y luego fue tras él. No siguió a Manes hasta la puerta principal; sabía de sobras la recepción que le aguardaba allí. En cambio, bajó por la escalera de los esclavos, cruzó las cocinas y salió por la puerta de servicio a la calle, donde estaban apostados los infantes de marina de Apolodoro, que enseguida lo escoltaron hasta casa de Abraham. Cerraron las escotillas.

Pese a todas las precauciones que Sátiro había tomado, Manes no dio un solo paso provocador en toda la noche.

—Por Apolo que ese hombre me da miedo —dijo Sátiro, mientras tomaba vino caliente. El sol todavía estaba detrás del borde del mundo, pero el almacén estaba iluminado de una punta a otra ya que los marineros se aprestaban para abordar el *Loto*.

—Es uno de esos hombres que parecen estar por encima o por debajo de lo humano —dijo Terón.

Sátiro asintió.

—Debe morir. Cuando termine con él, no habrá más pruebas que superar, ni más humillaciones ni más esclavas en mi diván.

Terón meneó la cabeza.

—Chaval, te dispones a matar a un monstruo para no tener que hacer el amor con mujeres guapas. No me hace falta ser Filocles para señalar la falacia de tu postura.

Sátiro no volvió la cabeza.

—No estoy para bromas.

Terón se encogió de hombros.

—Jugaremos con Moira —dijo—. No volveré a ofenderte.

Sátiro asintió.

—Bien. ¿Estamos listos?

—Estamos listos. ¿Estás convencido de que nos atacará? —preguntó Terón. Se abrochó el último cierre del peto.

—Menos arrastrarlo atado a una cuerda, he hecho todo lo posible para provocar que me ataque. Su adlátere pasó el último rato del simposio recordándole que iba a matarme por la mañana y que no tenía por qué arriesgarse en plena noche. Será ahora. Hemos anunciado a diestro y siniestro la hora de nuestra partida —agregó Sático, meneando la cabeza.

—¿A quién intentas tranquilizar? —preguntó Terón.

—A mí mismo —admitió Sático—. Ese hombre me aterra, pero esto hay que hacerlo.

—¿Te sentirías mejor si te dijera que eres como una fuerza de la naturaleza? —preguntó Terón.

Sático asintió.

—Sí —contestó, y sonrió.

Sático no tendría que haberse preocupado. Estaban a dos calles de la playa cuando vio que les cortaban el paso con un carro de dos ruedas, y unos hombres provistos de antorchas comenzaron a llenar el espacio que dejaba libre su columna de marineros.

Sático iba al frente de la columna con Terón y Neiron. Se detuvo. Llevaba armadura completa y un aspis al hombro. El yelmo ya estaba cerrado, cubriéndole el rostro.

—¡Sático! —rugió Manes. Apareció por una calle lateral—. Tira tus armas o mataré a todos tus hombres.

En efecto, todos los tripulantes de sus cuatro barcos estaban a la vista, cada uno de ellos blandiendo una antorcha, una porra o una espada. Superaban en número a la tripulación del *Loto*, como mínimo duplicándola.

—Dudo que puedas —contestó Sático. Levantó el aspis, por si le tiraban una flecha desde la oscuridad—. ¿Por qué no luchas conmigo de hombre a hombre?

Manes se rio.

—¿A oscuras? Pueden pasar muchas cosas en una lucha a oscuras. Eso es lo que quieres, ¿verdad? Yo quiero algo distinto. —Volvió a reír—. Última oportunidad. Tira ese escudo de juguete y sé un esclavo. Es lo que tendrías que haber sido desde el momento en que llegaste.

Sático no bajó su aspis.

—Última oportunidad, Manes. Lárgate. —Levantando a voz, alta y clara, bramó—: ¡Matad a sus arqueros!

Incluso dentro del yelmo, oyó llegar las flechas. Varias golpearon su escudo, haciéndole retroceder un paso, otra rebotó contra el yelmo y una tercera le rozó la rodilla. A sus espaldas, un hombre chilló.

Aquello no se ajustaba al plan.

Luego, un poco tarde, sus arqueros salieron de la emboscada en la oscuridad y dispararon, casi todos desde escasa distancia. Los hombres de Manes gritaban al morir.

Manes se quedó inmóvil, torciendo el gesto. Era una bestia, pero una bestia astuta.

—Vaya —espetó.

A Sático le dolía el brazo del escudo. Había tomado bastante amapola para mantenerse firme, y quería acabar con aquello cuanto antes. Pero incluso con la droga, Manes le infundía miedo.

—Espada contra espada, Manes. Ahora mismo.

Sático dio un paso al frente, colocando el aspis en posición pese al daño que le hacía el brazo.

Manes retrocedió a la luz parpadeante de las antorchas.

—¿Para que tus arqueros me disparen por la espalda? —dijo—. Ni hablar. Tu día llegará, hijo de puta. Y entonces te liquidaré. A lo mejor abuso de ti un rato antes de matarte, ¿qué te parece?

Sático siguió avanzando y alzó la voz.

—Me parece la palabrería de un hombre que no se atreve a luchar.

Los ojos de Manes estaban en todas partes, y su amado le agarró la mano de la espada y tiró de él hacia atrás, para resguardarlo en el precavido círculo de sus hombres.

—¡Que te jodan, chico! —gritó a Sático, que gritó a su vez.

—¡Te has echado para atrás dos veces, bellaco! ¡Perro! ¡Cobarde! —Se rio—. ¿Y esta escoria tiene miedo de ti?

Pero los tripulantes de Manes ya retrocedían por la calle, con un impenetrable muro de escudos de cara a Sático y otro hacia el lugar donde la tripulación del *Halcón* amenazaba su flanco.

—Hazlo —dijo Neiron.

—No —dijo Abraham. Su armadura estaba tan lustrosa que reflejaba cada punto de luz de la calle. Su aspecto tenía algo de sobrehumano—. No. Si comienzas una batalla aquí, perderemos hombres y Manes escapará de todos modos. Y los piratas te odiarán. Tienes que conseguir que luche.

—Ares, lo he intentado —respondió Sático.

Abraham se rio.

—Ya lo hemos oído. Le costará lo suyo digerirlo. Apresúrate.

Sático frunció el ceño.

—Irás a por ti —dijo.

Abraham lo abrazó.

—Sabré lidiar al león —dijo—. Ve y haz lo que tienes que hacer. Y dale recuerdos a mi padre.

Mar de Hierba, norte de Olbia, invierno, 311-310 a.C.

El viento del norte soplaba sobre las llanuras arrastrando consigo las plumas de nieve que tanto impresionaran a Heródoto, y penetrando en cualquier prenda que un sakje pudiera vestir, de modo que los guerreros se ponían la armadura encima de sus chaquetas de piel a fin de cortar el viento.

Melita llevaba un coselete nuevo: un par de pieles de borrego, la interior acolchada con lana y la exterior cubierta de escamas alternas de hierro y de bronce que titilaban pálidamente a la luz invernal. Llevaba este coselete de escamas encima de su chaqueta de piel de zorro y pantalones de borrego remetidos en botas también de borrego, así como el gorro de piel que le cubría toda la cabeza, y aun así tenía frío. Entre las piernas, su jamelgo del templo, que había tomado prestado hacía una eternidad en la costa oriental del Euxino, avanzaba pesada pero incansablemente contra el viento. La opinión que le merecía su montura había mejorado durante la huida hacia el norte; aunque su estampa no era gran cosa y en una batalla fuese inútil, su encorvado caballo poseía un espíritu indómito. Se había ganado la confianza de Melita y, por tanto, esta le había puesto nombre: *Tortuga*. Tal nombre hacía que los demás miembros de la tribu se rieran pero, para entonces, tras haber soportado dos ventiscas en su marcha por el mar de hierba, conocían sus méritos. Era lento pero seguro.

Detrás de ella iban seis ponis sakje, casi todos cargados con sus arreos de repuesto, el equipo de guerra, una pequeña tienda y todos los útiles necesarios para acampar. Samahe y Ataelo la habían pertrechado bien, según el criterio sakje, aunque muchos de los artículos que llevaba consigo procedían del botín de los hombres que había matado, un recordatorio palpable, tanto para ella como para los demás, de su destreza. Y al final de la reata de remontas iba *Grifón*, uno de los caballos de batalla más alto entre los de los sakje.

Ataelo interrumpió sus pensamientos acerca de los caballos cuando surgió de la nieve y agitó en alto su fusta.

—¡Vamos a acampar! —dijo con su habitual alegría inquebrantable—. La nevada arrecia.

Tardaron dos horas en montar el campamento. La cuestión más importante era la leña para calentarse y cocinar. Mientras un grupo de sakje apisonaba la nieve y levantaba las yurtas, otros se dispersaron hacia el norte y el sur, caminando con

dificultad en la nieve, siguiendo la orilla del río en busca de árboles que hubieran sucumbido a las crecidas primaverales y que aún no hubiesen esquilado otros viajeros.

Melita encontró un árbol grande que parecía abatido por la mano de un dios; la gran masa de sus raíces seguía aferrada al suelo, formando una especie de cueva. Melita recorrió la longitud del tronco con su hachuela de bronce en la mano, dando golpecitos a la madera mientras avanzaba, pero el tronco era macizo y al golpearlo resonaba como si también fuese de bronce.

El gran roble había crecido en un meandro del río y sus compañeros seguían en pie, incluso un sauce de mediana edad que, alcanzado por un rayo en su juventud, se había dividido en dos troncos, formando una uve profunda. Melita se puso a cortar ramas pequeñas del sauce, y las más pesadas las apoyaba en la hendidura del tronco doble para partirlas dándose impulso con todo el cuerpo.

Cuando hubo juntado un montón considerable, llegó Ataelo a caballo. Con él venía el más joven de sus guerreros, un exiliado de los Caballos Rampantes que se llamaba Scopasis. Era un muchacho huraño que tenía una cicatriz en el puente de la nariz y se la tocaba cada dos por tres. Lo habían expulsado de su clan por un asesinato, y Ataelo había caído tan bajo como para aceptarlo, aunque nunca lo perdía de vista.

Ataelo bajó hasta el gran árbol con su proverbial energía y una pesada hacha de hierro, obra de un herrero sindi. Scopasis permaneció sentado en su caballo, observando.

Melita siguió trabajando mientras Ataelo le llevaba ramas ya limpias, y al cabo de un rato tuvo un buen montón de ramas tan gruesas que no podía partirlas.

Hizo una seña a la figura encorvada del muchacho.

—Necesito tu fuerza —dijo.

El muchacho gruñó y desmontó.

—Ayúdame a romper estas ramas —dijo Melita.

Scopasis masculló una respuesta ininteligible. Moviéndose con deliberada lentitud, cogió la rama más pequeña y la partió. Luego se detuvo y miró a Melita.

Suspirando por la actitud de los hombres en general y la de aquel en particular, Melita cogió una rama más gruesa del montón.

—Vamos —dijo—. Que no muerdo.

Ataelo se aguantó la risa y siguió cortando con el hacha.

Scopasis unió sus esfuerzos a los de Melita. Dio un brusco empujón contra la parte más gruesa, pero la rama no se rompió. Dio un traspié y cayó de espaldas.

—¡Joder! —exclamó.

—Empuja conmigo —dijo Melita—. Vamos.

—¡A la mierda con esto! —dijo Scopasis, y se dio media vuelta.

Melita sonrió para sí. Había servido como arquera en el ejército de Tolomeo y pasado bastante tiempo estudiando, e imitando, la conducta de los hombres jóvenes. Cortó con paciencia en el punto de rotura que deseaba con su hachuela de bronce, apoyó la rama en la horquilla que formaba el sauce y empujó. Se oyó un chasquido y volvió a empujar; un crujido seco y se vio tumbada en la nieve.

Scopasis se rio. Melita rio con él.

—Ven a echarme una mano —le pidió Melita, levantando la voz.

Una vez más, el muchacho fue hasta ella. Esta vez escogió una rama mayor. La puso en la horquilla del sauce, aguardó a que Melita se le uniera y empujaron juntos. Tuvieron que intentarlo varias veces, pero al final la rama se partió, recolocaron los dos trozos resultantes y los partieron a su vez. Luego Scopasis fue en busca de otra rama sin que fuese preciso pedírselo.

Scopasis trabajó a ritmo constante durante más de una hora, hasta que apareció Tameax y se rio.

—¡Has conseguido que el chico trabaje! —dijo.

Scopasis dejó caer la rama que llevaba, saltó a lomos de su caballo y se marchó sin decir palabra.

Melita subió hasta donde estaba el *baqca*.

—No sea dicho que lo ves todo en el futuro —comentó Melita—. Acabas de deshacer el trabajo de toda una tarde.

Tameax se encogió de hombros.

—Bah, si tiene la piel tan fina, es un inútil.

—Por eso eres *baqca* y no rey. Ve a buscarlo, discúlpate y tráelo de vuelta. —Melita sonrió—. Por favor.

—¿Por qué? —preguntó Tameax.

Ataelo observaba con el hacha en alto.

—Porque te lo pido —respondió Melita.

Tameax entrecerró los ojos y, de súbito, Melita entendió lo que veía en ellos.

—No seas tonto, *baqca* —le espetó. Se acercó un poco más—. No necesito viajar al mundo de los espíritus para ver que estás celoso. ¿Celoso de que corte leña con un chico exiliado? —Siguió acercándose, y él retrocedió—. Te pasas de la raya, *baqca*. Tus sentimientos son pura presunción. Quizá no seas lo bastante hombre para ser mi *baqca*, ¿eh?

Tameax se sonrojó y las venas de las sienes le palpitaron.

—No puedo eludir mis sentimientos —dijo.

—Me recuerdas a ese chico —replicó Melita—. Él tampoco es capaz de dominar sus sentimientos. La diferencia es que a él lo han maltratado toda la vida; por ser el más menudo, supongo. ¿Cuál es tu excusa?

Tameax hizo un esfuerzo, un esfuerzo que se notó a través de sus pieles en cada

línea de su cuerpo. Se irguió en la silla.

—Voy a buscar al chico —dijo, con el rostro todavía colorado.

—Bien —respondió Melita, y regresó a cortar leña.

Aquella noche, Thyrsis, el hijo de Ataelo y Samahe, fue a verla con una docena de guerreros, hombres y mujeres jóvenes de distintas tribus, si bien parecía predominar la de los Gatos Esteparios.

Thyrsis era un apuesto muchacho con excelentes modales y el tipo de físico con que soñaban los chicos de su edad. Sobresalía en los juegos, había matado sármatas en más de un asalto y sus ojos castaños eran capaces de aquilatar y analizar; Melita lo había visto considerar cómo reparar una vaina de espada, fijándose en el cuidado que puso al cortar y en el buen trabajo realizado con una lámina de bronce.

De hecho, su superioridad en todo saltaba a la vista y, excepto Scopasis, todos los guerreros jóvenes de ambos sexos la tenían asumida. Scopasis, aunque más joven, no aceptaba órdenes de Thyrsis y se negaba a cabalgar con él.

Thyrsis entró y se sentó junto a Melita, que añadía escamas al coselete que le había hecho Samahe, poniendo hombreras al jubón. Apoyaba la espalda contra la de Nihmu, que cosía una camisa de ante, y así se daban calor y estabilidad. Al otro lado del fuego, Ataelo revisaba sus flechas, comprobando el estado de los astiles, mientras Coeno fundía bolas de plomo para las hondas en un molde de piedra, y el olor penetrante del metal caliente llenaba la yurta.

Samahe había estado explorando todo el día, adelantándose bastante al clan, y ahora dormía envuelta en sus pieles y mantas.

—Saludos, señora —dijo Thyrsis respetuosamente. Había algo en él, quizá la deferencia con que la trataba, que hacía que Melita se sintiera mucho mayor que el muchacho.

—He traído nuevos guerreros —dijo Thyrsis, mirando a su padre.

—Y nada de carne —apostilló Ataelo con ironía.

—La noticia de tu llegada corre como el fuego en la hierba agostada —prosiguió Thyrsis—. Si quisieras cabalgar dos días hasta el poblado de invierno de los Gatos Esteparios, podríamos reclutar cien jinetes, o incluso el doble.

Melita sonrió, tosió cuando una ráfaga de viento logró colarse en la tienda para empujar el humo hacia sus ojos y su boca, y negó con la cabeza.

—¿Y luego? —preguntó.

—¡Anda! Luego podemos luchar contra Marthax —contestó Thyrsis.

—Marthax tiene quinientos jinetes, cada uno con tres caballos de batalla tan buenos como *Grifón* o *Águila*, el corcel de tu padre. Lo último que deseo es declararle la guerra.

Thyrsis meneó la cabeza y comenzó a quitarse pieles; un minuto junto al fuego

bastaba para que la ropa de abrigo hiciera sudar a mares.

—¿Entonces a qué vamos? ¿Marthax te cederá cobardemente la realeza?

—¿Por qué crees que sería un acto de cobardía? —preguntó Melita. Detrás de Ataelo, se abrió la portezuela de la tienda y entró Scopasis, que fue a sentarse al lado de Ataelo. Melita se volvió de nuevo hacia Thrysis—. Es posible que Marthax haga lo mejor por el pueblo. No tiene otro heredero.

Thrysis contemplaba el fuego.

—Pero... les he prometido que lucharíamos. Son jóvenes y ardorosos.

Melita miró a Ataelo. Ejercer de señora ya estaba siendo bastante más complejo de lo que había esperado, y deseó que su hermano, dado a la reflexión y hábil para leer los pensamientos ajenos, estuviera allí con ella—. Tienes ganas de lucha —dijo Melita—. Reclutas guerreros jóvenes porque quieres ser caudillo, igual que tu padre, y comandarlos en la guerra. —Melita suspiró—. Descuida que no tardaremos en entrar en guerra.

Thrysis asintió.

—¿Saldrías a montar con mis guerreros mañana? —preguntó.

—Me encantaría conocerlos, Thrysis —contestó Melita—, pero estoy aquí para ser la señora de todos los asagatje, no solo de los jóvenes.

Scopasis la observaba tal como un águila observaría a un ratón. Molesta, Melita reanudó su labor con la armadura, pasando con cuidado una tira de cuero recién cortada a través de la escama siguiente y fijándola en su sitio, para luego apretar bien los nudos. Nadie más habló.

—¿A cuánto estamos de Marthax? —preguntó Nihmu.

—A diez jornadas a caballo, aunque luego habrá que buscarlo. Tal vez esté en el Poblado Real de Invierno, pero tal vez no —dijo Ataelo, que se encogió de hombros.

Melita nunca había ido tan al oeste en su juventud.

—A estas alturas ya sabrá de nosotros —dijo.

Ataelo asintió.

—Dijiste que fuéramos derechos hacia él —contestó.

A escasos días de encontrarse con el rey de los asagatje, las dudas de Melita afloraron como una nube que enturbiara sus esperanzas.

—En efecto —dijo.

—No es demasiado tarde para torcer hacia el sur y buscar a Urvara —agregó Ataelo—. Ella te escoltaría con mil guerreros.

Melita negó con la cabeza.

—En primavera. Nadie puede cabalgar con mil guerreros en invierno salvo si cuenta con griegos que lo aprovisione. Y mi hermano vendrá en primavera; lo presiento, como si le leyera la mente. Tenemos que estar preparados cuando él lo esté o fracasaremos los dos. Debo unir a los asagatje antes de que se derrita la nieve y el

suelo se endurezca.

—Corres un riesgo muy grande —señaló Ataelo.

Melita levantó la vista y se topó con los ojos de Scopasis.

—Sí, es verdad —contestó.

Al día siguiente Scopasis surgió de una ventisca a galope tendido.

—Jinetes detrás de nosotros —dijo a Melita, y luego, a Ataelo—: Avanzan deprisa. Al menos cincuenta.

Ataelo se rascó la barba rala y enarcó una ceja.

Melita se encogió de hombros.

—¿Quién puede ser, viniendo del sur, excepto Urvara?

Ataelo dijo:

—¿No quieres a Urvara?

Melita se encogió de hombros.

—Tal vez los dioses hayan tomado esa decisión por mí —dijo.

De todos modos, el grueso de los guerreros formó en tres líneas impecables bajo el estandarte de cola de lobo de Ataelo. Ataelo había servido durante años a las órdenes de comandantes griegos y había aprendido mucho de sus ideas sobre el causar impresión, sobre tácticas e incluso sobre formaciones. Su clan de marginados se había convertido en una formidable unidad de combate. De modo que formaron en lo alto de un risco nevado, mientras el otro grupo ascendía al paso por la ladera, con sus caballos negros sobre la nieve blanca hasta que estuvieron bastante cerca.

Scopasis había situado a su caballo de batalla detrás del de Melita en la formación. Se inclinó hacia delante.

—Esa es Urvara —dijo.

—¿La odias? —preguntó Melita sin volver la cabeza.

Scopasis hizo una pausa.

—No —contestó ecuánime—. No. Maté a aquel hombre. ¿Qué otra sentencia podía haber pronunciado?

Melita reflexionó. Scopasis no era un vulgar asesino. Le habían bastado dos días para percatarse de ello. Pero no era buen momento para pensar en él.

—Quédate aquí —dijo al chico. Lo último que necesitaba en una negociación con el mayor clan de la estepa era tener a su lado a uno de sus exiliados.

Reunió a Nihmu y Coeno, a Samahe y Ataelo llamándoles la atención, a uno tras otro, con una simple mirada, y luego hizo bajar a *Grifón* a medio galope por la colina, con la nieve volando a su alrededor, hasta que alcanzó a la alta mujer rubia que iba sentada bajo el estandarte del Gato Estepario, envuelta en un manto escarlata de lana griega con ribetes de armiño. A su lado montaba un hombre que rivalizaba en testarudez helena con Coeno, con una capa tracia, un quitón de lana y botas, pero sin

pantalones.

Urvara no vaciló, sino que hizo avanzar a su caballo y abrazó a Melita en cuanto la tuvo a su alcance, y luego, la majestuosa mujer abrazó a Nihmu con el mismo entusiasmo.

—¡Eumenes! —dijo Melita. Eumenes era parte integrante de su infancia y su adolescencia—. ¿No se suponía que debías estar en el campo de batalla con Diodoro?

Solo después haberlo dicho se dio cuenta de que llevaba más de un mes sin hablar griego. Eumenes se rio.

—¡Podría preguntarte lo mismo! Me siento como un esclavo enviado al ágora a buscar al hijo tunante del amo. ¡Safo me envió!

Urvara los miró a los dos.

—Después ya habrá tiempo para esto. Melita, nadie de mi clan se opondrá a tu reivindicación pero ¿por qué no acudiste a mí?

Melita tomó ambas manos de Urvara, manos ásperas y suaves como las de Samahe y las de su madre.

—Ni quiero una guerra contra Marthax —explicó Melita—. Quiero que me ceda su título sin guerrear. —Melita se encogió de hombros—. Y él te odia.

Urvara meneó la cabeza.

—¡Bah! Marthax y yo hemos cooperado bien durante diez años, aunque no haya amor entre nosotros.

Melita se sacudió la nieve de la capucha.

—Si llego a su campamento con mil caballos, no tendrá más elección que luchar. Si llego con cincuenta, hablará conmigo.

Urvara negó con la cabeza.

—No, querida. Lo siento, pero no. Te matará y ocultará tu cuerpo. Ya no es el hombre que solía ser.

—Sin embargo, dices que cooperáis —repuso Melita.

—Coopera conmigo porque necesita a mis guerreros. Mi tribu ha crecido. Gracias a Eumenes y a sus olbianos somos ricos, tenemos hijos y crecemos.

Alargó una mano y Eumenes se la estrechó.

Melita meneó la cabeza con un ademán de frustración.

—¿Y ahora qué?

Ataelo se encogió de hombros.

—Para cabalgar —dijo en su pésimo griego—. Para nevar. —Señaló la escolta de Urvara, cincuenta caballeros con armadura completa—. No bastantes para hacer la guerra, pero bastantes para hacer la paz —dijo, pronunciando *eirene* de una manera casi cómica.

Eumenes asintió.

—Marthax no se atreverá a matarte con nosotros como escolta —dijo.

Melita no pudo dejar de sentir un gran alivio.

—¡Pues cabalguemos!

Aquella noche acamparon junto al Borístenes, tan solo a veinte estadios del campo de batalla del vado del Río Dios. Había leña en abundancia.

Eumenes contempló el paisaje con Melita mientras la noche caía sobre el campamento. Aquella tarde no era cuestión de que Melita fuese a cortar leña. Su posición había vuelto a cambiar con la llegada de Urvara.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó Melita a Eumenes en griego.

Eumenes se arrebujo con su capa.

—Me hirieron durante la batalla de este verano y Diodoro me mandó de regreso a Alejandría con sus partes de novedades. Tuve suerte. Al llegar me encontré con que tú y Coeno habíais zarpado dos semanas antes, y una carta de Likeles pidiéndome que viniera a Olbia si estaba disponible; lo estaba, de modo que os seguí.

Coeno apareció como si lo hubieran anunciado al pronunciar su nombre. Había matado un ciervo y llevaba al animal atado en la grupa del caballo.

—¿Qué necesitaba Likeles? —preguntó.

Eumenes sonrió.

—A mí. Ha sido arconte tres veces, igual que Clio. Y Urvara me quería en casa. —Esbozó una sonrisa—. Dudo que vuelva a combatir, Coeno. Soy el arconte de Olbia.

Coeno correspondió a la sonrisa y abrazó a Eumenes, más joven que él.

—El sueño de tu padre —dijo.

—Mi padre fue un traidor —respondió Eumenes sin apenas amargura, exponiendo un hecho irrefutable.

Coeno se encogió de hombros.

—Buscó el poder y fracasó. —Coeno negó con la cabeza—. La rueda sigue girando, ¿eh?

Eumenes meneó la cabeza.

—No lejos de aquí, Kineas me enseñó a caer de un caballo sin hacerme daño.

—Mañana deberíamos ir al campo de batalla —dijo Coeno—. Habría que hacer un sacrificio.

Eumenes se animó.

—Es una noble idea —opinó.

—Soy un hombre noble —contestó Coeno, riendo.

Melita los observaba complacida.

—¿Lo sigues teniendo presente, verdad? —preguntó a Coeno.

Pero fue Eumenes quien contestó.

—Cada día. Fue quien nos formó a todos. Lo oigo en tu voz; a veces en la de Urvara. La convirtió en señora de los Gatos Esteparios, tan solo negándose a aceptar

a los demás aspirantes. Me convirtió en comandante de escuadrón. Nombró a Patroclo jefe de los *Kaloi* de Olbia. Su mano sigue siendo patente en cada aspecto de nuestras vidas.

Melita notó que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Eso ya lo sé. Me refería a la manera en que os burláis uno de otro... y de vosotros mismos.

Coeno asintió.

—Es curioso, pues rara vez le tomábamos el pelo. Pero cierto, no obstabte. Eres sabia.

—Estoy en ello —dijo Melita.

Durante la cena se pusieron de acuerdo en ir juntos al campo de batalla y ofrecer sacrificios en el santuario y el trofeo, a pesar del mal tiempo. Tameax consideró que tal muestra de respeto hacia el pasado sería del agrado de los espíritus, y Coeno insistió en que los dioses y héroes griegos compartirían su opinión.

Al día siguiente se levantaron temprano, quitaron los postes de las yurtas húmedas a oscuras y las liaron en torpes fardos. Los caballos se esforzaron para arrastrar los trineos hechos con los postes de las tiendas, y Coeno se llevó a un grupo de cazadores río arriba antes de que hubieran terminado de cargar a la última bestia de tiro. Regresó cuando despuntaba el día con otro ciervo a lomos de una remonta y un par de cabras en canastos que había conseguido en el pueblo sindi que estaba a orillas de un meandro del río.

—Hace veinte años, aquí no había un solo pueblo —dijo a Eumenes, que estaba ajustando su cincha junto a Melita.

Eumenes bostezó y negó con la cabeza.

—No. Una generación más, y este valle estará lleno.

—Los sindi deben reproducirse como conejos —respondió Coeno.

Urvara rio con amargura.

—Tal vez —dijo—, pero muchos de esos supuestos sindi son parte de mi pueblo; echan raíces para cultivar la tierra. —Suspiró—. Siempre ha habido quien lo hiciera, pero nunca en tales cantidades.

Llegaron al santuario a media mañana. Melita había oído hablar durante toda su vida sobre la gran batalla que se librara en el vado, pero ahora Eumenes y Samahe, Urvara y Ataelo, Nihmu y Coeno la conducían sobre el terreno y fue como si ella hubiese participado.

—¡Aquí Kam Baqca cabalgó hacia la gloria! —dijo Samahe, y Nihmu lloró. Melita reparó en que Tameax se estremeció ante la mera mención del gran chamán. Samahe no se dio cuenta, o no le importó—. Ella y sus caballeros eran como una flecha de oro, y cortaron a los macedonios tal como una flecha penetra en un caribú,

y la bestia sigue corriendo, aparentemente viva, cuando en realidad ya está muerta.

Más tarde, Coeno los condujo a un prado nevado donde les contó cómo la última carga de los griegos y los sakje había doblegado al flanco macedonio, de modo que cuando Srayanka cruzó el vado se encontró con Kineas en medio del campo.

—Los acorralamos contra el río, y los matamos hasta que el sol se escabulló para evitar el olor a muerte —cantó Ataelo. Era un poema épico sakje. Casi todos los demás guerreros lo conocían y cantaron los versos hasta que salió el sol.

—¡Bah! —dijo Coeno—. Filocles debía estar justo aquí. —Se le quebró la voz—. En realidad, dulzura, tu padre siempre dijo que Filocles ganó la batalla. Él y sus muchachos rechazaron a uno de los *taxeis* macedonios durante una hora, quizá más, prácticamente sin armas.

En el trofeo, levantado junto al santuario consagrado al Río Dios, Olbia había construido un altar de mármol con un relieve de un hombre a caballo y otro con unos brazos que sostenían un escudo con la estrella de Macedonia. Coeno sonrió.

—Es bonito —dijo.

Eumenes asintió, embargado de emoción.

—Likeles ordenó que lo construyeran. Yo no lo había visto hasta hoy. Está bien hecho.

Entonces todos desmontaron. Incluso Scopasis, que nunca hacía nada por voluntad propia, saltó del caballo. Rodearon el altar griego, Tameax sacrificó una cabra y Coeno la otra, y la sangre humeó como un fuego recién encendido que produce más humo que llamas, ascendiendo al cielo en la fría y despejada mañana.

Coeno encendió una fogata y asaron la carne, quemaron los huesos y el pellejo, y luego, después de que Eumenes vertiera libaciones, Coeno dio un trozo de carne a cada hombre y mujer.

—Comed y bebed —dijo—. Recordad a quienes murieron aquí y a quienes no cedieron terreno. Recordad a Satrax, rey de los asagatje, que murió por su victoria, y a Kam Baqca, y recordad también a Ajax y a Nicomedes.

Los sakje mayores lloraron, igual que los griegos, mientras los jóvenes los observaban, asombrados al ver llorar a tantos hombres y mujeres curtidos.

—Aquí perdí a mi padre —dijo Urvara.

Tameax carraspeó.

—Igual que Nihmu —dijo.

Coeno abrazaba a Nihmu.

—Igual que yo —dijo Eumenes—. Aunque él luchaba en el bando contrario. —Derramó más vino en la nieve—. Dioses, suplico el perdón para el fantasma de mi padre.

Y también rompió a llorar.

Así estaban reunidos cuando oyeron ruido de cascos. Los guerreros se dispersaron

y los caballeros corrieron en pos de sus monturas como hormigas huyendo de un nido destrozado.

Urvara observó sin miedo a los jinetes que se aproximaban.

—Ha sido un acierto venir aquí —dijo—. Esta es tierra sagrada, y hace que los hombres recuerden quién eres. —Señaló a los jinetes que vadeaban el río—. Ese es Parshtaevalt, y aquel el estandarte de la Mano Cruel. —Miró a Melita—. Tanto si los querías contigo como si no, señora, iremos todos juntos a ver a Marthax.

Momentos después, Parshtaevalt abrazó a Melita. Luego se arrodilló, cosa que los sakje nunca hacían, y puso sus manos entre las de ella.

—Soy tu hombre para siempre, como fui el de tu madre —dijo. Miró los restos del sacrificio y meneó la cabeza. Se volvió hacia Coeno—. ¿Habéis guardado un poco para mí? Yo también luché aquí.

Coeno se rio.

—¿Aún te comes caballos enteros? —preguntó.

El señor de los Manos Cruels rio como un chiquillo.

—¡Este es quien me enseñaba griego —dijo, señalando a Coeno— cuando Kineax estaba demasiado ocupado cortejando a tu madre!

Eumenes cogió carne del altar y se la llevó a Parshtaevalt, que se la comió y bebió un poco de vino. Luego miró en derredor a todos ellos. Y también a sus caballeros.

—¿Lo sentís? —preguntó en griego.

Eumenes estaba al lado de Melita.

—Yo lo siento —dijo—. Ojalá Diodoro estuviera aquí.

—Crax —dijo Ataelo—. Sitalkes.

—Vendrán —dijo Eumenes.

Parshtaevalt asintió.

Todos nosotros iremos —dijo a Melita—. Todos los hombres de tu padre y todos los de tu madre. Y enseñaremos a esos recién llegados cómo se hace la guerra.

Lemnos, Lesbos, una noche en Metimna con cordero fresco, y rumbo sur hasta Quíos, dejar Samos para pasar un día de febril actividad comercial en Mileto mientras el brazo le palpitaba como si la herida fuese reciente, y luego navegar a sotavento de las Espórades hasta Rodas. El viento no siempre era favorable, pero estaban en las zonas más resguardadas del mar, y cada noche hallaron buenos fondeos en una ciudad.

Sátiro necesitaba una ciudad cada noche. Tenía el brazo tan mal que comenzó a preguntarse si tendrían que volver a rompérselo para recomponerlo, y además tenía fiebre, cosa que parecía imposible que se debiera a una herida tan vieja. En Mileto, fue al antiguo templo de Apolo y ofreció un sacrificio, y solo la fuerza de voluntad los mantuvo en el mar tras pasar por el santuario de Asclepio en Cos.

Bizancio le había dejado otras cicatrices, y Sátiro no podía descansar ni dormir sin que su mente divagara entre sus distintas opciones, los caminos de su propia elección y los que le venían impuestos. Era consciente de que se estaba volviendo huraño. Lamentaba la ausencia de Terón e incluso la de Diocles. Neiron era mayor, prudente, estaba orgulloso de su nuevo rango y resuelto a no perderlo. Mientras que Diocles habría censurado sus comentarios mordaces, Neiron los soportaba con una paciencia que solo servía para que Sátiro se enojara más.

La bocana del puerto de Rodas enmarcaba la proa cuando perdió los estribos.

—¡Remos! Atención, todas las cubiertas.

El maestro remero era el sustituto de Neiron. Su voz no transmitía autoridad y su sentido del tiempo dejaba mucho que desear. Era remero de primera, y había ocupado el banco de palada en dos trirremes, pero sin embargo no estaba preparado para dar el paso siguiente. Sátiro lo sentía por él; era un buen hombre, además de leal. Se llamaba Meso y era tirio, igual que Diocles, aunque mayor y más canoso.

—Ese hombre carece de autoridad —dijo Sátiro.

Neiron solo tenía ojos para el avistamiento y la bocana del puerto.

—Te estoy hablando —le espetó Sátiro.

Neiron no apartó los ojos del frente.

—Perdona, señor. Estoy pendiente de la maniobra.

Aquello picó a Sátiro. Sintióse idiota, dolido, enojado, descentrado y tonto, se sentó en el banco del timonel a observar cómo aumentaba de tamaño el templo de Poseidón.

—¡Todas las bancadas! ¡Remos... dentro! —gritó Meso. Su ritmo no fue mejor que en otros puertos, y los remos de estribor entraron con retraso, haciendo que el barco virara un poco, movimiento que Neiron tuvo que compensar.

Meso agachó la cabeza. Se puso colorado y miró a todas partes salvo hacia popa.

El *Loto* estaba costeando, perdiendo arrancada contra el agua pero todavía avanzaba bastante deprisa, y la playa que se abría bajo el templo de Poseidón estaba atestada.

—Vamos demasiado deprisa —dijo Sático.

Neiron observaba la playa.

A Sático le constaba que estaba enojado, que no se hallaba en plena forma mental para tomar decisiones, pero ahora también era un trierarca experimentado y sabía cuándo el *Loto* iba demasiado deprisa.

—¡Cambiad de bancada! —gritó. Corrió hacia proa sin importarle que el brazo le doliera—. ¡Cambiad de bancada!

Meso reculó hasta el mástil, claramente inseguro sobre qué hacer a continuación.

Sático no le hizo el menor caso. Bajó la vista hacia los *thranitai*, los remeros de la cubierta superior, y el remo de palada asintió.

—¡A bogar, todos! —gritó Sático. Los remos ascendieron cogiendo impulso y las palas batieron el agua—. Atento a tu timón, Neiron. Atracaremos entre los dos barcos de guerra.

Neiron torció el gesto pero obedeció. Aún estaba colorado cuando Sático regresó a la popa.

—Tenía intención de fondear en otro sitio —dijo Neiron con cuidado—. Entre los mercantes.

Sático se percató de que Neiron había divisado un fondeadero, un fondeadero distante que requería más impulso.

Neiron prosiguió:

—No sabía que tuviéramos derecho a situarnos entre sus barcos de guerra. — Estaba enojado, pero su enojo solo se manifestaba en su esmerada pronunciación del griego.

Sático le agarró el brazo.

—Mis disculpas, timonel. Ahora lo veo.

Neiron se encogió de hombros.

—No importa —dijo.

—Me siento idiota. Me disculparé en presencia de todos los hombres, si quieres —insistió Sático, sintiéndose abatido.

—He dicho que no importa.

Neiron empujó los remos de espadilla para mover la proa, enhebrando la aguja en el angosto espacio entre los dos triemioliai rodios, que tenían el mismo desplazamiento y diseño que el *Loto*, justo cuando Meso ordenaba que entraran los remos con voz trémula.

Sático bajó a tierra en el esquite del barco, y la palpitación del brazo solo era un eco de la palpitación que sentía en la cabeza. La sacudió para despejarse. Rodas era

una hermosa ciudad, más limpia y mejor cuidada que Alejandría, con una antigüedad que le confería más dignidad que miseria. Neiron subió tras él la escalinata del templo. Sátiro quería decirle algo, quería aclarar las cosas, pero el rechazo de Neiron a su disculpa lo había dejado sin salida.

En lo alto de la escalinata, Timeo de Rodas aguardaba con sus manazas metidas en una faja hecha con cordel de cáñamo. Tenía a su lado al otro navarco de aquel año, Pantero, hijo de Diomedes, un hombre que había matado más piratas que cualquier otro.

—Hay pocos hombres en el círculo del mundo que osarían navegar de Demóstrate a Rodas y encima fondear en mi puerto entre mis barcos —dijo Timeo.

Sátiro estaba sin resuello después de subir la escalinata del templo. Se obligó a enderezarse y se dio tiempo para recobrar el aliento.

—Necesito un favor —dijo.

—Necesitas un médico, chico —repuso Pantero.

Eso fue lo último que recordó Sátiro.

Cuando volvió en sí, no tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido y fue presa del pánico hasta que una desconocida entró en la habitación y le tomó la mano.

—¿Quién eres? —preguntó Sátiro.

La mujer le hizo caso omiso y le puso una mano fría en la frente, luego le dio la vuelta y le tomó el pulso en la muñeca.

—Túmbate —dijo, con el mismo tono que Diocles usaba con los marineros borrachos, aunque en voz más baja.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó Sátiro.

—¿Cuánto tiempo has estado tomando jugo de amapola para mitigar el dolor? —preguntó ella.

Sátiro trató de hacer memoria.

—Una semana de navegación para llegar a Rodas; con moderación las dos semanas anteriores, y tal vez otras dos semanas antes.

—¿Has tomado amapola durante cinco semanas por un brazo roto y una herida infectada? —preguntó la mujer—. ¿Qué imbécil te dio semejante consejo?

Sátiro se sentía demasiado débil para discutir.

—Ahora tu cuerpo ansía la amapola tanto como ansía curarse —prosiguió la desconocida—. Tienes el brazo tan mal que hay que volver a romperlo, y eso es sumamente doloroso. Por eso tendré que darte más amapola. —Se encogió de hombros—. Te recomiendo que busques un médico de verdad, preferiblemente de mi misma escuela, y que dejes que te saque la amapola del cuerpo.

Sátiro suspiró.

—Tengo muchas cosas que hacer este invierno.

—Quizá te cueste más llevarlas a cabo si estás muerto. O permanentemente enganchado a la amapola. Ahora bien, no es asunto mío. He dicho lo que tenía que decir. —Llenó una cuchara de un líquido que olía a azúcar y almendras—. Bébete esto.

—¿Qué es? —preguntó Sático, y acto seguido se desvaneció.

Colores; un interminable lenguaje de colores y formas, olores, y un estallido, incluso en sus sueños, de significados tan intensos que sintió una infinita emoción fractal, como si estuviera creando y destruyéndolo todo en el universo; dioses, barcos, monstruos; y nadaba dentro de su propio cuerpo, que era tan grande como el cosmos entero; ¿qué diría Heráclito?

Y luego estaba sentado en un prado que se extendía hasta todos los horizontes, con un despejado cielo azul en lo alto y una alfombra de flores debajo de él. Se puso de pie y miró en derredor.

—Estás más cerca de la muerte de lo que tu médico parece saber —dijo el hombretón que tenía a su lado. De hecho, era demasiado grande para ser un hombre; la cabeza de Sático solo llegaba a la altura de sus músculos pectorales, que eran enormes. Llevaba una piel de león al hombro y una corona de laurel en el pelo y olía a granjero.

Sático inclinó la cabeza.

—¡Señor Heracles! —dijo.

—¿Parezco un señor? —preguntó el hombre de la piel de león—. ¿Eres consciente de mi ciudad?

Sático asintió.

—Lo soy. Tengo intención de pedir al tirano...

—No pidas nada. Puesto que la ciudad nunca te dará el premio que deseas, mejor que no se sepa. —Bostezó—. Te reto a un asalto. ¡En guardia!

De pronto Sático estaba desnudo, enfrentado a aquel gigante en la arena de una palestra inconmensurable. Adoptó la postura de inicio y en cuanto ambos estuvieron listos Sático saltó, dándose impulso con las piernas, para hacer una llave bloqueando la rodilla de su adversario. Metió el brazo detrás de aquellos poderosos músculos y tiró, y entonces su brazo izquierdo fue agarrado con más fuerza.

—Bien luchado —dijo su adversario, y Sático sintió que los huesos del brazo se hacían añicos...

Al despertar, el sol le daba en la cara. El brazo izquierdo le dolía.

—Ha vuelto en sí —dijo una voz masculina—. Avisad a la señora.

Transcurrió un tiempo, ¿un minuto, un día?, y volvió a notar la mano fría en la muñeca y luego en la frente.

—Hmm. Menos fiebre. Es difícil pronunciarse, con tanta amapola. ¿Cómo te encuentras?

—Heracles me ha roto el brazo —dijo Sátiro, sin darse cuenta de lo que decía.

—¿En serio? —preguntó la mujer. Dio media vuelta, saliendo de su campo visual, y regresó con una tablilla de cera de cinco páginas en la que se puso a escribir frenéticamente, moviendo el estilo como el huso de un telar—. ¿Qué estabais haciendo?

—Un combate de pancracio —contestó Sátiro, sintiéndose tonto.

—¡Maravilloso! —dijo ella—. No necesito consultar con un astrólogo profesional para decir que esto es un buen presagio para tu curación. —Alcanzó algo—. Bébetelo esto —dijo.

El tiempo volvió a desvanecerse.

Neiron iba y venía, igual que Pantero, y cada noche se bañaba en colores en los jardines de los dioses. El tiempo transcurría ajeno a él; a veces, veía al mismísimo tiempo, el río que Heráclito había descrito, fluyendo a su lado, y cada gota era en sí misma un mar de actos y decisiones humanos que, no obstante, una vez que fluían, resultaba imposible aprehender.

Rodas; un desembarco perfecto.

Mató a la chica sármata en el prado una y otra vez, y a los dos hombres en la playa. Vio cómo violaban a Teax y oyó cómo mataban a Penélope. Una y otra vez. Y luchó con un dios. Vio a Eumeles matando a su madre. Vio morir a Filocles. Se imaginó al caudillo sármata, Upazan, matando a su padre, a quien no había llegado a conocer.

Al cabo de un rato, nada de aquello eran sucesos horribles sino simples gotas en el río que discurría a través del campo donde estaba Heracles con su piel de león.

Y de pronto estuvo despierto, y el campo y la lucha y toda la vida y la muerte fluyeron y devinieron sueños.

—¿Dos semanas? —preguntó—. ¡Despoina, ni siquiera sé cómo te llamas!

—Puedes llamarme Aspasia —dijo ella—. Soy médico. En realidad, soy la única discípula de Asclepio que hay en Rodas. Y puedes irte de mi casa cuando gustes, pero si quieres que ese brazo vuelva a sostener un escudo, te quedarás aquí, haciendo solo un poco de ejercicio, comiendo la dieta que te prescriba y tal vez leyendo, durante dos semanas.

Era una mujer alta, tan alta como un hombre, y bien formada, pero su aire de autoridad y sus canas la situaban un poco por encima de su nivel, como si ella fuese un oficial y él un mero remero.

El tercer día que estuvo despierto, durante las horas que eran casi normales, antes de que le administrara la dosis de amapola, conoció a su marido, un capitán rodio y

erudito aficionado. Era de tez morena, alto y ancho de espaldas, y se llamaba Menón.

—¡Mi padre tenía un amigo que era Menón de Rodas! —dijo Sátiro.

—Es un nombre muy común en esta isla, sobre todo entre quienes somos de ascendencia libia o etíope —explicó Menón—, aunque seguramente te refieres a Menón el polemarca de Olbia.

—¿Todavía lo es? —Sátiro estaba tendido en un diván, con la cabeza apoyada en unos cojines—. Debe de ser bastante mayor.

—¿Cincuenta años es ser mayor? —preguntó Aspasia—. En Egipto, un labriego llevaría diez años en la tumba pero, entre los griegos, tampoco es tanta edad.

Sátiro estaba resuelto a demostrar que él también tenía una educación.

—No demasiado mayor para servir en la falange, al menos en Esparta —dijo—. Reconozco mi error. —Y entonces miró al capitán Menón—. ¿Conoces a Menón de Olbia? —preguntó.

—Así es. El mundo es pequeño y, en realidad, Rodas es una ciudad pequeña. Es primo mío. Acaba de escribirme.

—¿Vas a contestarle? —preguntó Sátiro—. ¿Podría incluir una nota en tu carta?

—¡Por supuesto! —dijo Menón.

Establecida la relación, Menón enseguida se hizo amigo suyo mientras que Aspasia guardaba las distancias. Siempre se mostraba cortés pero nunca amistosa. Podía pasar una hora junto al lecho de Sátiro, mezclando medicinas, y sin embargo hablarle únicamente de cuestiones médicas. Al principio tomó su distanciamiento por desaprobación. Solo con el paso del tiempo se dio cuenta de lo que era: la máscara de la autoridad. Era una mujer que daba órdenes a hombres. No podía ser amiga de ellos.

Cuando finalmente lo entendió, asintió apreciativamente. Tendido en un diván durante dos semanas, despierto y mayormente dueño de sí mismo, tuvo tiempo de sobra para pensar, y buena parte lo dedicó a considerar la manera en que él comandaba.

Aquella tarde, lo sacó a colación mientras echaba una partida de esquifes y barcos con Menón, un juego que, al menos simbólicamente, representaba una batalla naval. El tablero de Menón estaba tallado en lapislázuli y mármol, de ahí que los cuadrados parecieran trozos de mar de distinta profundidad, y un artesano había tallado los trirremes de ébano y marfil. Cada barco era distinto, de modo que unos eran esquifes de veinte remos y los otros eran *hemiolai* piratas, birremes, trirremes.

—¿Sueles trabar amistad con tus oficiales? —preguntó Sátiro.

Menón se rio.

—No tan a menudo como quisiera. Un viaje largo puede resultar muy solitario, como bien sabes. No estoy acostumbrado a llevar un trierarca veinteañero. De todos modos, me gusta ser amigo de mi timonel, pero no siempre sucede.

—¿Alguna vez te has esforzado de verdad? —preguntó Sátiro.

Menón se rio.

—Quizá deberías hablar con mi esposa o con un sacerdote. Claro que me he esforzado, Sátiro. Cuando tienes mi edad, en cualquier caso, todo parece menos importante. Tengo a mis amigos; soy quien soy. Hay hombres que me aprecian y otros que cruzan la calle para evitarme, y así son las cosas. —Menón se encogió de hombros—. A medida que me hago mayor, me importa menos.

Sátiro hizo un ademán atribulado.

—Busco humildad, no consejos que aumenten mi aislamiento.

—¿O tu arrogancia? —preguntó Menón. Se rio. Era un hombre que se reía fácilmente, incluso de sí mismo—. Tú no eres arrogante. Lo que ocurre es que estás acostumbrado a que te obedezcan. Eso es bueno en un oficial. Tal vez un poco difícil en un amigo, ¿eh? —Se recostó, hizo su movimiento y bebió vino—. Dime, ¿es cierto que miraste fijamente a Manes hasta que apartó la vista y que lo llamaste cobarde?

Sátiro asintió.

—En efecto.

Ambos guardaron silencio y Sátiro efectuó su movimiento. Iba a perder, y saberlo le hacía jugar mejor para minimizar las pérdidas de su flota de marfil.

—Casi todos los chicos, mejor dicho, los hombres de tu edad tienen un buen relato que contar —dijo Menón.

Aspasia entró con su dosis. Mezcló la amapola con la leche de almendras junto a su cama, y Sátiro sintió crecer el ansia al olerla.

Sátiro procuró reprimir ese deseo, preguntándose al mismo tiempo cómo se las arreglaría para dejar de usar aquella sustancia. Pensaba en su dosis veinte veces al día. O más.

—Organicé una emboscada que no salió tan bien como esperaba. Suele ocurrirme; hago planes y nunca acaban de funcionar como tenía previsto. —Se encogió de hombros—. Intenté que luchara conmigo. De hecho, huyó. Eso lo convirtió en vencedor y a mí en vencido. No fui suficientemente... cuidadoso.

Menón sonrió mirando su copa de vino.

—¿Habrías liquidado a Manes tú solo? —preguntó.

Sátiro asintió.

—Para conseguir lo que quiero de los piratas, tendré que matar a Manes —explicó—. De hombre a hombre. O morir en el intento.

Menón sonrió ante tal declaración y derramó una libación.

—A Apolo y todos los dioses. Que vivamos para contar nuestras hazañas, aunque las exageremos un poco con el paso de los años.

—Si derramas libaciones en mi suelo nuevo, ve a buscar a un esclavo para que lo limpie —dijo Aspasia, aunque sonriendo a su marido. Él le devolvió la sonrisa y Sátiro sintió... ¿celos? Celos no, precisamente. Sintió que compartían algo de lo que

él carecía. Algo que en realidad solo compartía con su hermana. Tomó su dosis y se dejó llevar, pensando en Melita.

Al día siguiente, Timeo y Pantero se presentaron con Neiron. Menón también acudió, aunque Sátiro sabía que estaba cargando uno de sus barcos. Se apiñaron en torno a la cama de Sátiro mientras una fría lluvia invernal azotaba los guijarros de la playa.

Timeo aceptó una copa de vino que le ofreció un esclavo, saludó a su anfitriona y miró a Sátiro asintiendo.

—Solo el hombre que llamó cobarde a Manes podría hacerme salir un día como este, colega —dijo.

Pantero fue directo al grano.

—Neiron dice que tienes una propuesta que hacernos.

Sátiro echó un vistazo a su timonel. No se imaginaba a Neiron abordando a los rodios. Carecía de iniciativa, salvo que Sátiro lo hubiese juzgado mal. Neiron se encogió de hombros.

—Si estuve fuera de lugar, ruego que me perdones, señor. Pero estos hombres gozan de tu confianza y me acribillaron a preguntas sobre Bizancio. Me pareció que lo más fácil sería decírselo.

Sátiro asintió.

—No tienes de qué disculparte. Timeo, he venido con la esperanza de que Rodas me preste una poderosa escuadra, a cambio de que yo limpie de piratas el Bósforo y la Propóntide.

Pantero se inclinó hacia él.

—¿Y cómo piensas hacerlo, exactamente?

Sátiro miró a Pantero a los ojos.

—Me los llevaré al Euxino y los usaré contra Eumeles de Pantecapea.

Timeo se echó a reír. Tenía una gran barba y los hombres decían que era un avatar de Poseidón, y ese día, con el pelo mojado de lluvia y sin el bronceado del verano, realmente lo parecía. Además se reía como un dios, con unas carcajadas que hacían temblar las vigas del techo.

—¡Eres audaz! —dijo.

Sátiro rio con él.

—Ríe cuanto quieras —dijo cuando se serenaron—. Mi plan no fallará. Si gano, los piratas desaparecerán, contratados por mí. Si pierdo, seguirán desapareciendo, en el fondo del Euxino.

—Pero quieres una escuadra nuestra —señaló Pantero.

—No venceré sin un núcleo disciplinado —dijo Sátiro—. Los piratas tienen treinta o cuarenta barcos capaces de presentar batalla, pero no son una flota.

Dispondré de unos cuantos barcos propios, y espero añadir otros tantos de Lisímaco. Ninguno de mis barcos, quizá con la salvedad del *Loto*, es tan bueno como una nave rodia.

—Hemos maniobrado para evitar a toda costa ayudar a los diádocos —dijo Timeo—. ¿Por qué tendríamos que ayudarte a ti?

—Porque reabriré la ruta comercial con el Euxino, un comercio de grano que Rodas necesita tanto como Atenas. Lisímaco también lo necesita, lo mismo que Casandro. Porque me libraré de más piratas en una primavera que toda vuestra flota en un año de campaña, mediante el simple método de llevármelos conmigo.

—Sí, muchacho, pero ¿por qué íbamos a unirnos a ti? Te los llevarás tanto si te acompañamos como si no. —Timeo volvió a reír—. Y dejando los sentimientos personales a un lado, si has planeado llevártelos a luchar contra Eumeles, tal vez prefiramos que te derrote. Así los piratas mueren sin que tengamos que mover un dedo.

Sátiro asintió.

—Dos cuestiones, señor navarco. La primera, de orden moral. Algunos de esos piratas son hombres malvados; Manes, por ejemplo. Pero en su mayoría tan solo están desplazados. Alejandro armó flotas y ahora los diádocos siguen su ejemplo: los utilizan y luego se deshacen de ellos.

—De ahí que no nos agraden, muchacho —dijo Timeo.

—Pero los piratas, muchos de ellos al menos, no puede decirse que tengan la culpa. —Sátiro se dio cuenta de que aquella cuestión no suscitaba ningún interés en sus interlocutores, de modo que hizo un gesto para descartarla—. No importa, dejémoslo —dijo—. Segunda cuestión. Se aproxima el día en que vuestra neutralidad equivaldrá a tomar partido. Antígono ya ha bloqueado vuestro puerto en dos ocasiones. Si hubiese tenido máquinas de sitio, os habría atacado. Si Antígono vuelve a declarar la guerra a Egipto, deberá contar con vuestra alianza o vuestra sumisión.

—Cierto —admitió Pantero.

—Y yo no soy uno de los diádocos. Soy el sobrino de León y, cuando sea rey del Bósforo, puedo garantizaros una flota amiga y un suministro de grano ininterrumpido. Cuando Antígono dé el paso y Rodas esté sitiada, me necesitaréis.

Sátiro se recostó y cruzó los brazos.

Pantero se rascó la barba.

—¡Piratas! —exclamó.

—Mercenarios —repuso Sátiro—. Dédalo es un exiliado de Pantecapea. ¿Por qué uno es mercenario y el otro pirata?

—Podrías hacer carrera como sofista —contestó Timeo—. Un pirata es un pirata. Puedes llamar igual a los perros pastores que a los lobos, pero cuando vienen los lobos de verdad, todo el mundo sabe cómo huelen.

—El aliado que necesitamos es Lisímaco —terció Pantero—. Y odia a Demóstrate tanto como nosotros.

—¿Y si pudiera mostraros una alianza con Lisímaco? —preguntó Sátiro—. Se la he pedido. Eumeles ha atacado sus posesiones tracias en el Euxino; por el momento solo han sido incursiones, pero tarde o temprano desembarcará para quedarse. Mientras Demóstrate controle el Bósforo, Lisímaco no puede reforzar sus guarniciones. Pero si yo me llevo a Demóstrate, Lisímaco se convertirá de inmediato en el amo de sus propias costas.

Pantero miró a su co-navarco.

—Empiezo a verlo —dijo.

Timeo meneó la cabeza.

—Es complejo.

Menón, que había permanecido callado hasta entonces, intervino.

—Lamento revelar una confidencia, Sátiro, pero ante todo soy rodio. Me has dicho que tus planes a menudo son demasiado complejos. —Se encogió de hombros—. ¿Podrás llevar este a cabo?

Neiron negó con la cabeza.

—Sus planes son excelentes. Ningún hombre, ni siquiera los dioses, puede prever todas las contingencias. —El cardio miró en derredor—. Planeó la emboscada contra Manes y falló. Pero ninguno de vuestros capitanes ha hecho que el Terror se arrodille. Y este hombre lo hará.

Sátiro miró a su timonel, jurando darle cualquier cosa que le pidiera. Neiron habló mejor en aquel consejo extranjero de lo que incluso Diocles lo habría hecho, pues Diocles habría estado condicionado por su servicio a Rodas.

—Es cierto que trazo planes complejos —admitió—. Soy un hombre que trata de reinstaurar su reino. Si Olbia tuviera una carretera directa a Alejandría, no os molestaría a vosotros, ni tampoco a Demóstrate.

Timeo asintió.

—De acuerdo. Nos has dado algo sobre lo que reflexionar. ¿Cuándo zarpas?

Sátiro se las arregló para sonreír.

—Zarparé cuando Aspasia me dé permiso.

Timeo y Pantero cruzaron una prolongada mirada.

—¿Alejandría? —preguntó Pantero.

—Sí —contestó Sátiro.

—¿Tal vez podrías traernos un cargamento? Y nos volvemos a ver dentro de un mes —propuso Timeo.

—¿Un cargamento desde Alejandría? ¿En invierno? —preguntó Sátiro. Los mares al sur de Chipre eran mortales en invierno—. Os cobraré un plus por cada mina de grano.

Timeo se encogió de hombros.

—Lo restaremos de nuestra tarifa por la escuadra —dijo—. Si es que nos ponemos de acuerdo.

Alejandría se extendía delante de él como una canasta de riquezas, el mayor puerto del mundo rodeado por una ciudad que se expandía tan deprisa que un hombre podía sentarse en la popa de su barco y ver cómo crecían los suburbios. En el extremo de la península de Faro, una lengua de tierra que sobresalía como un cuerno de caribú desde la curva de la costa, donde los obreros trabajaban duro con grandes bloques de piedra caliza, poniendo los cimientos del faro que Tolomeo se había propuesto construir, mientras miles de peones llevaban cestos de tierra desde tierra firme para ensanchar y reforzar el suelo.

Sátiro estaba junto a Neiron y observó como rebasaban la punta de Faro mientras sus remeros daban una estrepada, hacían una pausa y daban otra, conduciendo su barco lenta y cuidadosamente entre la masa de embarcaciones que llenaban la rada y atestaban las playas.

—Ahí está la casa del amo León —gritó el vigía desde la proa.

Una sensación de pavor se adueñó de Sátiro. No tenía motivos para sentirse así, e hizo un signo campesino para conjurarla.

—Atracaremos en la playa, delante de la casa —dijo.

Neiron asintió.

Sátiro llevaba el brazo roto entablillado y bien envuelto contra el pecho, pero le dolía constantemente. Observaba la orilla, tratando de librarse del mal humor y de no pensar demasiado en el dolor del brazo.

No tuvo demasiado éxito en lo uno ni en lo otro.

—¡Guardacostas! —gritó el vigía.

—Meso tiene que marcharse —dijo Sátiro a Neiron.

—Me encargaré de ello —contestó Neiron. Se encogió de hombros—. Meso está tan descontento como tú.

—No veo que le coja el tranquillo al oficio —dijo Sátiro, negando con la cabeza.

—No —corroboró Neiron. Se mesó la barba, con los ojos fijos en el guardacostas que se aproximaba.

—León tiene mercantes; algunos bastante rápidos. Como el *Gavilán*. Creo que podría manejar uno de ellos. —Sátiro negó con la cabeza, molesto como siempre por tener que hacer de malo—. Aunque carece de autoridad.

Neiron dio la impresión de ir a mostrar su desacuerdo.

—¡Carece de autoridad! —espetó Sátiro. Acto seguido se vino abajo—. Me estoy convirtiendo en un maldito tirano.

—Lo que tienes es cierto sentido de tu propia importancia —dijo Neiron con

cuidado.

Sátiro meneó la cabeza.

—No hay manera de que se termine —dijo, sin concretar a qué se refería.

—¡Remos... dentro! —gritó Meso. Calculó mal el tiempo y los remeros, que lo apreciaban, intentaron compensarlo, pero ciento ochenta remeros no pueden fingir a la vez que una orden se ha dado correctamente, y el *Loto Dorado* distó mucho de mostrar su legendaria eficiencia al plegar las alas.

El guardacostas se abarloó a ellos y su trierarca subió a bordo envuelto en una nube de afeites caros.

—¿Carga? —inquirió en cuanto sus botas carmesíes pisaron la cubierta—. Soy Menandro, capitán de aduanas. Por favor, muéstrame vuestro conocimiento de embarque.

—Alumbre y pieles —dijo Sátiro.

—¿Pielés para Egipto? ¡El sobrino de León debe de haber perdido la cabeza! —dijo el aduanero. Tomó nota en sus tablillas de cera.

Sátiro se estaba enojando de nuevo, pero le constaba que perder los estribos sería portarse como un idiota. Captó la mirada de Neiron.

—Estoy herido y en baja forma —dijo, haciendo una reverencia—. Mi timonel se ocupará de este asunto.

Sátiro se retiró al banco de gobierno. Neiron entregó un monedero y Menandro se asomó a la bodega como si pudiera ver las ánforas y los fardos a través de la cubierta inferior de remeros.

—Todo parece estar en orden —dijo, con el bulto del monedero dentro del quitón. Saltó de nuevo a su barco, que se separó del *Loto* remando con ahínco en pos de su próxima víctima.

—Esto es pura piratería, si te interesa mi opinión —dijo Neiron.

—Gracias —dijo Sátiro—. Estoy de un humor de perros. Algo va mal, lo presiento.

Neiron negó con la cabeza.

—No, Sátiro, solo es la amapola, nada más. Te descoloca la mente. A veces una herida también lo hace, pero una herida y la amapola pueden ser amigos mortales. Yo mismo he sufrido unas cuantas heridas. —Se encogió de hombros—. Tuve una en el cuero cabelludo. No se curaba, y el bulto crecía y crecía. Pensé que me estaba volviendo loco.

—Pero no fue así —dijo Sátiro.

Neiron observaba atentamente la orilla.

—Bueno, en realidad un poco sí. Pero no me refería a eso.

Sátiro tuvo que sonreír.

—¿Se supone que esta historia debe levantarme el ánimo?

Neiron se encogió de hombros.

—Me salvó un buen sanador. Y los dioses, supongo. Tienes que ver a un buen médico, tal como dijo doña Aspasia.

—¿Qué hizo el médico contigo? —preguntó Sátiro.

—Me tuvo atado mientras meaba la amapola. Ares, qué mal lo pasé. Y eso fue después cortarme un trozo de cabeza, y durante dos años tuve una sensación muy rara en el cráneo. Todavía me lo froto cada dos por tres. —Se encogió de hombros—. A eso me venía a referir. Una mala herida te cambia.

Sátiro asintió.

—Todo pinta bien —dijo, sosteniéndose el brazo. En su mente, había una mancha negra flotando sobre la ciudad.

Neiron suspiró.

Desembarcaron debajo de la ventana de la antigua habitación de Sátiro, y esclavos y libertos los aguardaban en la playa junto a Safo, que había visto el famoso *Loto Dorado* en la bahía. Safo le sonrió en cuanto Sátiro reparó en su presencia.

—Nos dijeron que habías recuperado el *Loto* —dijo Safo, y le dio un beso.

—Lo tengo capturado —dijo Sátiro. La abrazó y Safo le correspondió efusivamente—. Al final lo liberaré. ¿Dónde está Melita?

—Este es Kineas —dijo Safo. Le mostró un bebé regordete con unos ojos azules que lo miraban todo con curiosidad; el barco, el cielo y aquel hombre desconocido que lo había cogido en brazos.

—¡El hijo de Melita! ¡Qué guapo es! ¡Hola, sobrino! ¡Cielos! —Sátiro se rio—. Me siento viejo.

—Melita se ha ido al Euxino a sublevar a las tribus —dijo Safo en voz baja—. Mandé a Coeno con ella, y también a Eumenes cuando regresó de Babilonia.

—¡Heracles! —exclamó Sátiro—. ¿Abandonó a su hijo?

Safo juntó las cejas y la belleza de su rostro quedó oculta tras una máscara.

—No huyó —dijo Safo—. Unos hombres intentaron matarla, y a mí también. Esto es la guerra, Sátiro.

Sátiro vio que bajaban su petate a tierra.

—Tía Safo, ¿te acuerdas de Neiron? Ahora es mi timonel. Ha demostrado gran valía en este viaje. Espero que pueda alojarse en la casa.

Neiron hizo una reverencia. Safo inclinó la cabeza.

—Bienvenido a nuestra casa, Neiron.

—El capitán Sátiro necesita un sanador —dijo Neiron de forma harto significativa.

Safo asintió.

—Tienes mala cara. ¿Estás bebiendo demasiado, chico?

—Amapola —dijo Neiron—. Por una herida.

—¡Heracles! —Sátiro no sabía si reír o llorar—. Estoy aquí. ¡Soy un hombre adulto y puedo atender a mis necesidades!

—Ya lo veo —dijo Safo, con un tono de voz que daba a entender lo contrario. Dio órdenes con las manos y unas sirvientas vinieron corriendo.

Nearco leyó la nota de Aspasia. Se rascó el puente de la nariz y sonrió.

—¿La propia Aspasia? —dijo, y meneó la cabeza—. Te toca pasarlo muy mal durante unas semanas. Deja que vea ese brazo.

Deshizo los vendajes y el entablillado, y se los volvió a poner.

—Perfecto, por supuesto. Aspasia no haría un mal trabajo, aunque me ha dejado a mí la peor parte. El mercado nocturno está lleno de hombres capaces de recolocar un hueso. —Miró a Safo, que había insistido en estar presente—. Quiero que coma como el buey de un sacrificio durante una semana. Sátiro, haz cuanto ejercicio te permita el brazo, porque las próximas dos semanas serán brutales.

Sátiro meneó la cabeza.

—Es lo que todos me decís sin cesar —comentó.

Nearco volvió a rascarse la nariz.

—Y lo decimos en serio.

Sátiro comió y dio largos paseos. Ofreció sacrificios en los templos. El tercer día cruzó la ciudad hasta el barrio egipcio, escoltado por Namastis, un sacerdote de Poseidón que había servido con él en Gaza.

—¿Estás seguro de que saben forjar acero? —preguntó Sátiro.

Namastis puso los ojos en blanco.

—Para empezar, según cuentas tú mismo, la espada la hizo un sacerdote de Ptah. ¿Sí? —Namastis sonrió—. Ay, los griegos y vuestra arrogancia. Nos llamáis «egipcianos», ¿sí?

Sátiro estaba pendiente de cuanto veía en el barrio egipcio y asintió mecánicamente. Olía diferente. Tenía otro aspecto. La gente de la calle parecía más joven, rebosante de energía, garbosa, vivaz.

Una chica guapa le sonrió, algo nada corriente en las calles griegas.

—¿Me estás prestando atención? —preguntó Namastis. Se detuvo un momento y puso la mano en la cabeza de la chica, que aceptó su bendición con una mezcla de placer e impaciencia, como un niño al que sus padres elogian.

—Os llamamos «egipcianos» —dijo Sátiro con un sonsonete de imitación.

—Solo decís la «casa de Ptah» o la «casa del maestro constructor».

Namastis le hizo subir la escalinata del templo que presidía la estatua vestida de un dios de aspecto muy normal, un dios sin la usual cabeza de animal.

Los sacerdotes se interesaron de inmediato gracias a unas pocas palabras que cruzaron en privado con Namastis, y cuando Sátiro desenvolvió los fragmentos de la

espada de su padre, se juntaron en torno a él como perros en torno a un hueso, susurrando y tocando el acero.

Namastis se lo llevó a un lado.

—Dicen muchas cosas. Ante todo, dicen que la hizo Sek-Atum y que, aun siendo viejo, sigue siendo el mejor. Vive río arriba, en Menfis. ¿Cuánto tiempo estarás aquí?

Sátiro se encogió de hombros.

—Hasta que rompa mi amistad con la amapola —contestó.

Namastis asintió, asumiendo la trascendencia del asunto.

—Ay, amigo mío —dijo, y apoyó una mano en el hombro de Sátiro.

Habló con los sacerdotes, que presentaban un aire sombrío. El mayor de ellos se acercó y puso un pulgar en los labios de Sátiro, sorprendiéndolo, y luego le escrutó los ojos. Asintió bruscamente y se retiró, hablando deprisa a Namastis.

—Enviarán la empuñadura y los fragmentos a Menfis hoy mismo. Dicen que la rotura de la hoja y tu salud son lo mismo; que es preciso forjarla de nuevo o tu salud seguirá quebrantada como la hoja, y que la amapola que llevas en el cuerpo es el defecto de la hoja. Dicen muchas cosas; son sacerdotes. —Namastis se encogió de hombros—. Dicen que la espada debería haberse enterrado en la tumba de tu padre. ¿Tiene algún sentido para ti?

Sátiro pensó en el kurgan junto al río Tanais. Como todo kurgan, tenía una lápida en lo alto.

—Sé a qué se refieren, sí —dijo—. ¿Pero forjarán de nuevo la hoja?

—En cuanto sea posible. Un donativo no sería mal recibido. Una mina de plata sería lo apropiado.

—Si tienen éxito, les enviaré una mina de oro. —Sátiro abrazó a Namastis—. Esto significa mucho para mí.

—Está bien que me hayas traído. Y es bueno que respetes las costumbres de esta tierra.

Namastis le cogió la mano para bajar la escalinata del templo de Ptah y, sin soltársela, lo condujo hasta que salieron del barrio egipcio. Almorzaron juntos y luego Namastis regresó a sus quehaceres en el templo.

—Rezaré por ti. ¡Estaré esperando tu visita! —dijo Namastis.

Sátiro fue directamente del templo de Poseidón al palacio. Una vez allí concertó una cita con Gabines, el mayordomo del señor de Egipto. Escuchó las noticias que circulaban en el ágora y él mismo difundió algunos rumores.

El cuarto día, visitó a Isaac, el padre de Abraham, que lo recibió en el patio y lo invitó a tomar *qua-veh*.

—¿Cómo está el pícaro de mi hijo? —preguntó Ben Zion.

Sátiro tomó la amarga bebida a sorbitos. Se dio cuenta de que había esperado que Miriam, la parlanchina hermana de Abraham, apareciera en algún momento, aunque

ya había llegado a reconocer que la amapola, cuando se hacía notar, apagaba tales deseos y que, cuando se la echaba en falta, los avivaba. En aquel momento había transcurrido más tiempo que nunca desde la última dosis y por eso tenía los nervios a flor de piel.

—Está bien —contestó Sático, midiendo sus palabras—. Envié un cargamento que transporté a bordo del *Loto* para venderlo en Rodas. Te he traído alumbre de Rodas; aquí tienes los recibos. Y en esta bolsa está la plata.

Ben Zion hizo un ademán, desdeñando dos semanas de navegación.

—Hubiese preferido que trajeras a mi hijo. Está jugando a piratas cuando debería estar casándose.

Sático tuvo una vívida imagen de Abraham jugando a «dar de comer a la flautista» en el simposio de Afrodita.

—Regresará el próximo verano —dijo Sático—. Solo he venido para que supieras que está bien.

—¿Bien, dices? Está fornicando como un semental entre infieles que lo asesinarían por hacerse con sus cabellos rizados. Juega a piratas con hombres que se comerían su corazón después de arrancárselo, y tú lo llevaste allí.

Ben Zion no parecía especialmente enojado. Mencionó todo aquello como meros hechos consumados. Sático lo miró a los ojos.

—Es mi mejor capitán, mi mano derecha. Dentro de un año seré rey, o quizá no.

Ben Zion asintió.

—Escúchame bien, Sático hijo de Kineas, aspirante a rey. Si caes, la cabeza de mi hijo yacerá junto a la tuya. Si triunfas, ¿qué ganaré? ¿Qué ganaré si mi hijo muere? Preferiría con mucho que regresara con los suyos y que abandonara tu mundo de aventura. Cuando haya muerto, será demasiado tarde para que se arrepienta.

Sático se levantó.

—Es mi mejor amigo. Lamento que no valores sus logros. Es tan valiente como un león; reflexivo en el consejo. Es perspicaz, y no titubea a la hora de hacer lo que debe hacerse. Si fuese mi hijo, estaría orgulloso de que lo consideraran un buen capitán. Su nombre es conocido en Bizancio y en Rodas.

—Eres un joven tan alocado como mi hijo, Sático hijo de Kineas. ¿Qué te induce a pensar que no esté orgulloso? Lo estuve cuando regresó de la batalla de Gaza con la dignidad de un joven David. Los hombres venían y me decían, «Tu hijo capturó un galeón enemigo combatiendo en buena lid, cuando la batalla se daba por perdida», y otros, «Tu hijo salvó su barco y a su amigo». Oigo esas cosas y me regocija que mi hijo tenga tan buena madera. Pero aun así quiero verlo de vuelta aquí, donde puedo amarlo, y no muerto contigo. —Ben Zion alzó la cafetera—. ¿Más *qua-veh*? —preguntó—. No te molestes en ofenderte. Tráemelo de vuelta.

Acompañó a Sático a la verja y este se sintió mejor de lo que esperaba. Sonrió al

padre de su amigo, que se mesó la barba y rio.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Alejandría? —preguntó Ben Zion—. Seguro que tus conspiraciones te reclaman.

Sátiro levantó la vista hacia la exedra y vio movimiento detrás de una cortina. Miró de nuevo a Ben Zion y, por alguna razón, prefirió ser sincero.

—Tomé amapola a causa de una herida y me he pasado de la raya. Mi médico va a sacármela del cuerpo. Le llevará más de una semana.

Sonrió atribulado.

—Que Dios te acompañe —dijo Ben Zion—. No es una nimiedad. —Ben Zion le tomó el codo—. Me parece que estás buscando a mi hija.

Sátiro asintió.

—Me caía muy bien.

Ben Zion meneó la cabeza.

—Ahora está casada. Ya tienes suficientes miembros de mi familia.

Salió con Sátiro a la calle.

Miriam casada. Bueno, en realidad apenas la conocía, y encima siempre le buscaba las cosquillas.

—¿Y cómo va lo de la máquina? —preguntó Sátiro.

Ben Zion volvió a mesarse la barba, y esta vez su sonrisa no fue forzada.

—Estupendamente. El señor Tolomeo estuvo aquí, ¡en mi casa!, para verla funcionar. Quiere una para su biblioteca. El tirano de Atenas me ha enviado una carta al respecto. —Ben Zion meneó la cabeza—. Soy uno de los mayores mercaderes de grano del mundo, y nadie conoce mi nombre fuera del sector. Pero ahora que he financiado esta máquina, los hombres me conocen. ¿Cuál es la palabra griega que busco?

—¿Ironía? —preguntó Sátiro.

—Has dado en el clavo, joven. La ironía amenaza con abrumarme. —Ben Zion asintió para sí—. Esto encierra una lección. Tal vez sobre la futilidad del esfuerzo humano. —Permaneció un momento mirando al suelo y luego pareció estudiar el semblante de Sátiro—. Dos de los filósofos que trabajaron en la máquina van a venir a Alejandría; de hecho, espero su llegada cualquier día de estos. Vienen desde Siracusa; pupilos de Pitágoras y Arquímedes. ¿Te gustaría conocerlos? ¿O sus matemáticas son demasiado académicas para un aventurero como tú?

Sátiro le estrechó la mano.

—Estaré encantado. Así tendré algo que esperar con ilusión mientras guarde cama maldiciendo la amapola.

—Bien. Mandaré recado a casa de León. ¿Lo rescatarás? —preguntó Ben Zion de improviso.

—Sí —contestó Sátiro.

—Bien. Para eso, te presto a mi hijo. León y yo somos socios; es apropiado que mi hijo ayude a su sobrino.

Ben Zion le apretó el brazo y volvió a cruzar la verja, dejando a Sático preguntándose si Ben Zion hablaba consigo mismo o con él.

Al día siguiente, Nearco anunció que Sático estaba listo.

Sático se tumbó en la cama con un cubo de rollos.

—Lee mientras puedas —dijo Nearco.

Y así comenzó la cura.

Norte de Olbia, invierno, 311-310 a.C.

El primer debate, el primer consejo y las primeras órdenes absolutas de Melita como señora de los asagatje conllevaron mandar a sus aliados de regreso a sus hogares.

La presencia de Parshtaevalt y Urvara tuvo exactamente el efecto que había previsto. La trataban como si fuese una niña particularmente dotada, le hablaban con cuidado para exponerle sus planes y contaban con que ella los aprobara de inmediato. Ellos y sus respectivos pueblos estaban acampados a pocos estadios del Vado del Río Dios, y las tribus comenzaron a unírseles, tal como Ataelo, Urvara y Parshtaevalt deseaban. Con su mera pasividad, estaban formando un ejército.

El tercer día después de los sacrificios, Melita se levantó de su camastro de pieles resuelta a mandar sobre su pueblo y su propio destino. Se vistió con esmero y fue a ver a Nihmu, que ahora compartía abiertamente una tienda con Coeno. Sacudió la nieve virgen de la portezuela y la abrió, sosteniendo el palo con cuidado para no tirar más nieve sobre las alfombras del interior.

—Deseo convocar a todas las autoridades del campamento —anunció.

Coeno estaba hirviendo agua en un cazo de bronce que se sostenía en precario equilibrio sobre un trébede. Iba desnudo de cintura para arriba, y el pelo gris de su torso estaba cubierto de cicatrices. Rara vez había visto un cuerpo con tantas marcas. Coeno no parecía avergonzado.

—Señora —dijo—. Inclino la cabeza. Él, al menos, la trataba como a una adulta, y como a su comandante.

Nihmu solo llevaba un camisón de lana. Fue a arrodillarse junto a Melita y le dio una taza de sidra caliente.

—¿Señora? —dijo Nihmu—. No soy comandante ni tu *baqca*. —Se encogió de hombros—. ¿Cómo voy a convocar a tu consejo?

—¿Saliendo fuera y gritando? —propuso Melita—. No lo sé, pero si no los convocas tú, seré yo quien salga y se ponga a gritar. El consejo de ayer lo convocó Ataelo. Yo fui invitada. Hoy seré yo quien invite.

Coeno asintió.

—Lo haré yo, señora —dijo—. Soy amigo de todos pero sigo siendo tu hombre. Iré de yurta en yurta y los invitaré a ir... ¿dónde?

—A mi yurta —dijo Melita—. Enseguida. Quiero a Ataelo y Samahe, a Urvara y

Eumenes, a Tameax y a Parshtaevalt; y a su tanista, si es que lo tiene. ¿Ese chico tan guapo que ayer iba detrás de él? ¿Es su hijo?

Nihmu negó con la cabeza.

—El hijo de su hermana —contestó—. Se llama Gaweint. —Sonrió—. Es verdad que es muy guapo —dijo, dirigiéndose más a Coeno que a Melita.

Coeno se encogió de hombros.

—Si tú lo dices...

Indignada tal vez fuese demasiado fuerte, pero Melita se quedó sorprendida, incluso horrorizada al ver que flirtearan sin pudor alguno delante de ella.

—¡Nihmu! —dijo, sin dar tiempo a que su mente política la refrenara—. ¡Tienes marido!

Nihmu sonrió como un gato.

—En efecto. Lo tiene preso el enemigo y dirijo todo mi esfuerzo en rescatarlo.

Melita se volvió un momento hacia Coeno, que estaba tan poco perturbado como Nihmu ante lo que había sido prácticamente una acusación de adulterio.

—Si piensas mal de nosotros... —comenzó Coeno.

—¿Mal? —preguntó Melita.

Se hizo el silencio en la tienda.

Melita los miró a los dos, y ellos le sostuvieron la mirada. Melita sabía lo suficiente sobre sentimientos y lenguaje corporal para darse cuenta de que no estaban avergonzados ni a la defensiva, actitud que no hizo sino enojarla aún más.

—Muy bien —dijo—. Convoca a mis líderes.

Dio media vuelta e hizo lo posible por salir de la tienda con la máxima dignidad. «¿Qué están haciendo? ¡Sus actos se reflejarán en mí!», pensó, y acto seguido decidió que era injusto. La mayoría de los sakje no sabía nada del marido de Nihmu, y aún serían menos aquellos a quienes les importara. Entre los nómadas, el sexo no tenía la misma importancia que en las ciudades.

Regresó a su yurta y se sentó a aguardar a que llegaran. El tiempo se fue eternizando, en varios aspectos fue la espera más larga de su vida. Al cabo de un rato comenzó a preguntarse qué debería hacer en caso de que no se presentaran.

Pero las paredes de una yurta son delgadas, y mientras alimentaba su enojo pensando en la desobediencia, sus oídos le dijeron que estaban viniendo. Parshtaevalt pidió a gritos su túnica limpia de lana y mandó a otro jinete en busca de Gaweint, que estaba cazando.

Y por fin llegaron todos juntos, cosa que la condujo a pensar que se habían reunido previamente en otro lugar. Urvara entró la primera. Hizo una reverencia, gesto insólito en ella, y cuando le fue ofrecido, tomó asiento junto al fuego. Uno tras otro, los demás jefes entraron y se sentaron.

Melita sonrió y les ofreció vino. Coeno entró discretamente en la yurta, y el

aristócrata megaro se lo sirvió a cada uno de ellos en copas de asta que conservaban el calor. Nihmu vino y se sentó junto al fuego, y Melita se lo consintió aun no estando segura del papel que desempeñaba allí ni qué presagiaba su llegada.

—Permitid que vaya al grano —dijo Melita cuando todos se hubieron acomodado—. Nunca ha sido mi deseo formar un ejército. Vosotros estáis formando un ejército. Mandadlo de vuelta a casa.

Ataelo asintió.

—Lo hacemos por ti.

Melita mantuvo la voz serena.

—Mandadlos a casa —repitió.

Urvara sonrió.

—Melita, comprendemos que...

Melita la interrumpió con determinación.

—Vuestra comprensión no me importa lo más mínimo. Mandadlos a casa o me marcharé y os podéis pudrir en la nieve. O soy la señora de los asagatje o no lo soy. Mi nombre atrae a esos jinetes. Mi nombre bastará para unir a los asagatje. —Miró en derredor, procuró calmarse y ralentizar los latidos de su corazón para sonar más serena—. No tengo intención de ser un *saskar*, un tirano. Pero en este primer paso, o soy obedecida o nuestros caminos se separan.

Ataelo negó con la cabeza.

—Marthax no se inclinará ante una chica.

Melita se encogió de hombros.

—Pues entonces lo mataré en un combate, uno contra uno.

—¿Por qué se avendría a semejante combate? —preguntó Urvara.

—¿Acaso es idiota? —repuso Melita—. ¿En serio? Este campamento, en invierno, en campo abierto, demuestra que mi nombre basta para reunir un ejército. El suyo, no. Lo sabe tan bien como yo. Concedámosle la dignidad de reconocermelo si está dispuesto a hacerlo, o la de morir bajo mi cuchillo en caso contrario.

Parshtaevalt se levantó.

—Señora, Marthax era y sigue siendo la lanza más mortífera de las llanuras. Te matará, y contigo morirán nuestras esperanzas.

Melita se encogió de hombros.

—No —dijo—. No me matará.

Nihmu se inclinó hacia delante.

—Todos te amamos, dulzura. Tienes que escuchar...

—No —repitió Melita—. No. No voy a escuchar más. Cada uno de vosotros puede conservar veinticinco caballeros. Eso es todo. Partiremos hacia el campamento de Marthax por la mañana y, si no soy obedecida, me marcharé a la costa.

Uno tras otro, salieron arrastrando los pies, con el enojo pintándoles el semblante.

«¿A quién le gusta recibir órdenes de una muchacha?», pensó, pero mantuvo el rostro impassible.

Cuando todos se hubieron ido, Coeno limpió el cazo de calentar el vino con un trapo de lino basto. La miró, aguardando a que hablara. Visto que no lo hacía, dejó el cazo en el montón de los platos y se levantó.

—Tenía que hacerse —dijo.

—¿Eres el único hombre verdaderamente mío? —preguntó Melita.

Coeno sonrió.

—Ni mucho menos, señora. Yo te conozco desde el primer día de tu vida; ellos solo te conocen de lejos. Igual que Nihmu. Y ninguno de nosotros te brinda otra cosa más que respeto. —Esbozó su característica media sonrisa—. Sin embargo... tenía que hacerse. Incluso los padres llega un momento en que tienen que renunciar a dominar a sus hijos.

Melita sonrió a su vez.

—¿Tu Jenofonte también escribió sobre esto?

Coeno negó con la cabeza.

—Jamás escribió sobre la magia del mando —dijo—. Estas lecciones las aprendí de tu padre, y tengo poco que enseñarte. ¿Por qué estás tan segura de que puedes batir a Marthax? ¿Es por la profecía?

Melita se arrellanó en sus pieles.

—Sí y no. Simplemente, lo sé.

Coeno fue a sentarse a su lado.

—Ellos no lo saben.

—Deben confiar en mí —dijo Melita.

Coeno miraba fijamente las brasas del fuego.

—Señora, saben que un enfrentamiento armado de su facción, tu facción, triunfará. Cualquier otro método conlleva elementos de riesgo. Su lógica es casi griega: su sistema no fallará.

—Escúchame, Coeno —dijo Melita en griego. Hablaba deprisa, tal como Filocles le había enseñado a hacer cuando había que presentar un argumento—. Esa lógica es falsa. En un conflicto armado, ganaríamos por un día. Marthax perderá una batalla o la rechazará y huirá hacia el norte, invicto, para reunir a las demás tribus y convertirse en una espina clavada en mis carnes. Y mi pueblo y su pueblo lucharán durante una generación, tal vez más, mientras los sármatas amenazarán nuestra puerta oriental y los Manos Crueles y los Gatos Esteparios se establecerán en los fértiles valles fluviales para convertirse en sindi. Entre su pueblo y el mío se sucederán los ataques y las incursiones, y nunca llegarán a ser un solo pueblo como en los tiempos de Satrax. Ahora bien, si tengo éxito, dentro de un mes seré la reina de los asagatje. Y cuando el suelo esté duro todos nuestros caballos marcharán hacia el este contra los

sármatas.

—Tu madre siguió la misma estrategia que dices que Marthax adoptará —señaló Coeno—. Huyó y estableció sus propias alianzas.

—Lo sé —contestó Melita—. Me crié en esos tiempos. He meditado mucho al respecto desde que soy adulta. Creo que hizo lo que hizo por mi padre. Para él estaba bien. Para la guerra contra Alejandro estaba bien. No obstante, para los asagatje estuvo mal. Y voy a ponerle remedio.

Coeno se levantó.

—Piensas a fondo. No sé qué parte lleva más razón, pero haré lo posible para que obedezcan; aunque solo sea porque así es como tiene que ser, pues de lo contrario tu papel carece de sentido.

Se dieron un apretón de manos. Antes de que Coeno saliera de la tienda, Melita lo detuvo.

—Nunca has ocupado un puesto de mando importante —dijo—. Y sin embargo mi padre te amaba y eres el mejor de los guerreros.

—Me desagrada ordenar a los hombres que hagan cosas que yo mismo no haría —respondió Coeno.

Melita enarcó una ceja.

—Tú eres aristócrata. Das órdenes cada vez que abres la boca.

—Ordenaré a un esclavo que me traiga una copa de vino. No ordenaré a un esclavo que se enfrente a una carga de caballería. —Coeno sonrió—. Ni siquiera soy un buen filarco. Siempre termino plantando las tiendas y haciendo la comida.

—Quisiera darte un puesto de mando —dijo Melita—. Formaré un grupo de mis propios caballeros y te nombraré su comandante.

Coeno asintió.

—Por un tiempo —dijo—. Durante este verano, será un honor para mí. Pero cuando venzas, cogeré mis caballos y me iré a reconstruir el santuario de Artemis. Cuidaré de la tumba de mi esposa, cazaré animales y moriré contento. Estoy harto de la guerra.

Melita sonrió.

—Yo también estaré contenta. Entre los guerreros que tenemos ahora en el campamento, búscame un trompetero y cinco caballeros; solo cinco.

Coeno asintió.

—A tus órdenes, señora.

Melita frunció el ceño.

—¿Y Nihmu? —preguntó.

—Nihmu pasa apuros —contestó Coeno.

Melita cruzó los brazos.

—No preguntaba sobre su... espíritu.

Coeno meneó la cabeza.

—Si preguntas sobre nuestro arreglo para dormir juntos, solo me cabe sugerir que no es asunto tuyo, señora. —Le sostuvo la mirada sin esfuerzo—. Porque no lo es.

Melita tembló literalmente al reprimir las ganas de dar una patada al suelo.

—Muy bien —dijo con aire de superioridad—. Puedes retirarte.

—Pon atención. Señora —advirtió Coeno—. Los gobernantes sakje no dan permiso para retirarse. Eso solo lo hacen los tiranos griegos y los medos.

Melita se desinfló.

—Lo tendré en cuenta.

Coeno asintió.

—Bien —respondió, abrió la portezuela y se marchó.

Justo después de que el borde dorado del sol asomara por el horizonte al día siguiente, abandonaron el campamento. Cientos de miembros de las tribus todavía pululaban por allí. Buena parte de ellos montó y cabalgó junto a la columna, pero Melita se fijó en que iban pertrechados para viajar, de modo que los ignoró salvo para aceptar sus buenos deseos. Urvara y Parshtaevalt llevaban veinticinco caballeros cada uno, y unos cuantos jinetes más a modo de heraldos y escolta. En sentido estricto, no habían obedecido al pie de la letra.

Ataelo llevaba exactamente veinticinco jinetes, y sonrió y la invitó a contarlos. En lugar de eso, Melita lo abrazó sin desmontar.

Coeno iba al frente de seis caballeros de su propia elección. El único que ella conocía era Scopasis, que llevaba un coselete de escamas nuevo, un poco grande pero una buena prenda, y un yelmo beocio de bronce que no le había visto el día anterior. Resultaba fácil reconocer a los seis por la corona de abeto que envolvía sus yelmos, confiriéndoles un curioso aire orgánico al tiempo que los señalaba como una unidad. Formaron filas y cabalgaron junto a ella.

—Preséntame —dijo Melita a Coeno.

Coeno asintió.

—Mi filarco es Scopasis. Es un forajido y no tiene otra lealtad. Es tu hombre. Además —Coeno dedicó una breve sonrisa a aquel hombre tan menudo—, me cae bien.

Scopasis habló desde debajo de su yelmo nuevo.

—Te seguiré hasta la muerte, señora.

Melita sonrió abiertamente.

—No es exactamente mi plan, pero a mí también me gusta Scopasis. ¿Y los otros?

—Laen en realidad es primo tuyo; hijo de Daan, la hermanastra de Srayanka. — Coeno señaló a Laen. Era un joven alto con una coraza de bronce dorado que reproducía un torso musculoso y un bonito yelmo ático con los rodetes de plata—. Lo

eligió Nihmu; son parientes. Podría haber reclutado a cincuenta hombres si hubiese querido tantos. ¡Se armó un buen alboroto! —Coeno rio—. Casi una melé. Ojalá hubiese podido organizar unos juegos. Este joven alborotador del bigote rubio es Darax, y aquel cuya nariz rasca el cielo es Bareint. Los dos que quedan ocultos tras la inmensa sombra de Bareint son dos hermanos de la tribu de los Caballos Rampantes: Sindispharnax y Lanthespharnax, o eso entendí. Para mí son Sindi y Lanthe. Y el larguirucho del bigote extravagante es Agreint.

Melita se mareó con tantos nombres nuevos.

—¿Sindispharnax?

—¿Señora? —preguntó el guerrero. Acercó su caballo.

—Tu nombre no parece sakje —dijo Melita.

—Mi madre era una cautiva persa —respondió él con orgullo—. Permanece con las viejas matronas y nos puso nombres persas. —Hizo una reverencia—. Mi padre sirvió con el tuyo en la Gran Incursión hacia el este, señora.

Melita asintió. Luego preguntó a Coeno:

—Dime, ¿cómo los elegiste?

—Pedí que los hombres que quisieran unirse a tu escolta se reunieran conmigo en mi yurta con su mejor caballo —contestó Coeno—. Simplemente inspeccioné los caballos. Elegí a los seis mejores. Sus jinetes los acompañaron para montarlos, por decirlo así.

Melita torció los labios haciendo una mueca.

—¿No deberíamos prestar más atención a los hombres?

Coeno se arrimó a ella.

—¿Soy el comandante de tus caballeros, señora?

—Lo eres —respondió Melita. Y asintió—. Entendido. ¿Y mi trompetero? —preguntó.

—Salvo que cuentas al de Urvara, no hay una sola trompeta en todo el campamento. —Coeno hizo el saludo griego—. Quédate con el de Marthax.

Melita asintió.

—Buena idea.

Aquella noche acamparon al raso y Melita lamentó no tener un compañero de cama que le diera calor. Amontonó todas sus pieles y mantas y, finalmente, tras caminar un buen rato hasta tener los pies calientes, se acostó.

Por la mañana siguieron cabalgando hacia el norte. Nevó dos veces. La primera nevada duró poco pero la segunda cubrió la hierba con un grueso manto de nieve virgen que llegaba hasta los corvejones de los caballos. Por el momento ninguno tenía dificultades para avanzar, pero unos cuantos centímetros más sobre lo que ya había caído haría que el viaje comenzara a ser peligroso.

Ataelo salió con sus exploradores en cuanto el cielo se tiñó de gris. Sus jinetes y los de Samahe iban y venían todo el día, informando sobre la distancia que quedaba hasta el campamento de Marthax. A mediodía, cuando el sol era un pálido disco de plata en el cielo, Ataelo acudió en persona.

—Marthax nos aguarda en el Campo Grande —dijo—. Lo he visto y me ha saludado. No hemos hablado. Él y sus caballeros van armados.

—¿Cuántos son? —preguntó Urvara.

—Los trescientos al completo —dijo Ataelo, dirigiendo una significativa mirada a Melita.

—Nosotros tenemos menos de cien —señaló Parshtaevalt.

—No los necesitaremos —dijo Melita, y confió en que su voz transmitiera suficiente autoridad—. Sigamos adelante. —Hizo una seña a Ataelo para que se quedara a su lado—. ¿Qué es el campo grande? —preguntó.

Ataelo se rio.

—Aquí en el norte está la ciudad de los sakje, ¿sí? ¿La conoces? No tiene nada de ciudad; algunos templos, casi todos construidos por obreros griegos, y las casas de los grandes mercaderes. Y murallas y corrales; pasto para diez mil animales en tiempos de guerra, todos ellos cercados. Los muros los hicieron los sindi para nosotros. Y delante de la puerta principal está el Campo Grande, donde a veces se reúne toda la gente.

—¿Para nombrar a un rey? —preguntó Melita. Tenía retortijones de estómago, y sentía el mismo frío en la médula que sintiera en su primera batalla, y la primera vez que hizo el amor con Jenofonte.

Ataelo meneó la cabeza.

—Para hablar. Para comerciar. A veces para luchar. —Se encogió de hombros—. Yo soy del este, señora. Tenemos otras costumbres. Tu pueblo hereda a sus gobernantes; de madre a hija, de padre al hijo de la hermana... El mío lucha por el puesto.

—No somos tan diferentes —dijo Melita. Tenía las manos frías.

El sol ya había descendido bastante en el cielo cuando su columna llegó al Campo Grande. De inmediato, los jefes de clan hicieron formar a sus caballeros. Ella estaba en el centro y situó a Ataelo en el extremo derecho, a Urvara a su derecha y a Parshtaevalt a su izquierda. Formaron su línea a un estadio de distancia bajo la atenta mirada de los jinetes de Marthax. En su mayoría ni siquiera habían montado; estaban de pie junto a sus caballos, soplándose las manos. Melita saltó de su caballo de silla y montó a *Grifón*.

—Todos deberíamos cambiar a nuestros caballos de batalla —dijo Coeno.

—No —respondió Melita—. Ellos no van montados en caballos de batalla. Solo

Marthax. Y yo.

Coeno gruñó.

—¿Tan mal estaría que tuviéramos un poco de ventaja? Nos superan con creces en número.

—Sí —dijo Melita. El frío le había calado hasta los huesos y las manos le temblaban. Todo se reducía a aquello, y de pronto se vio despojada de su certidumbre. Todas aquellas personas, personas a las que amaba por más que discutiera con ellas, la habían seguido hasta aquel campo, con el gélido viento del norte soplando sin piedad. ¿Y si se equivocaba?

—Ojalá tuviera un trompetero —dijo, y comenzó a cabalgar sola. Al cabo de un par de pasos, paró y se volvió—. ¡Que nadie me siga! —gritó, y el viento arrastró su voz juvenil.

Coeno carraspeó, y el caballo de Parshtaevalt piafó, demostrando los sentimientos de su jinete. En algún lugar de la línea, un caballo se tiró un pedo y Melita sonrió. Luego se volvió, golpeó suavemente los ijares de *Grifón* y avanzó al paso, sola, a través del campo.

Grifón estaba tan tranquilo como si estuviera marchando por el campamento de Ataelo, aunque tenía las orejas erguidas y miraba la línea de soldados enemigos. Era un corcel que había demostrado su valía en la guerra y sabía lo que era un combate.

Melita deseó tener ropajes más vistosos. Llevaba un buen manto de piel de lobo con adornos de pelo de caribú y el yelmo de su madre con un almófar, cuyas escamas de oro y plata chispeaban, y un collarín de escamas de esmalte azul en la unión con el bronce del yelmo. También el *gorytos* de oro de su madre, pero sus botas estaban gastadas y los pantalones eran de simple cuero. Y sus guanteletes eran los del último dueño de *Grifón*, magníficos aunque sucios tras un mes de cabalgar y trabajar en los campamentos.

Marthax, o el hombre que suponía que era Marthax, montaba un enorme ruano en medio de la línea. Llevaba yelmo de oro, un coselete de escamas doradas y un abrigo de pieles, de estilo persa, sobre los hombros. Su barba era muy poblada y le cubría parte del peto, y tenía tantas canas que de lejos parecía blanca. Calzaba botas rojas, como rojos eran los pantalones con placas de oro.

Tocó los costados de su semental y fue al encuentro de Melita.

Llevaba una mano en la cintura e iba muy erguido; realmente presentaba el aspecto de un rey. De hecho, su dignidad era palpable. Melita quería odiarlo; era el enemigo primordial de su madre, pero no el hombre que la había asesinado. Aunque había contribuido, como mínimo, guardándose de intervenir. Y, no obstante, a diez largos de caballo, se lo veía demasiado noble para ser un enemigo.

«¿Mi hermano alcanzará alguna vez tal grado de dignidad?», se preguntó Melita. «¿Lo lograré yo?» Sus manos no se calentaban y le temblaban, tal como le temblaban

los hombros a causa del frío y los nervios.

Sacó pecho, cuadró los hombros y lo miró a los ojos, los rostros de ambos ocultos en sus respectivos yelmos. Los de Marthax eran azules y estaban inyectados en sangre. De cerca, su dignidad no tenía parangón, pero su fortaleza era menor.

—Has venido —dijo Marthax cuando estuvieron a tres largos de caballo. Su aliento ascendía como el vapor de los sacrificios. Y con él, el de su caballo.

—Tú también —respondió Melita—. Estoy aquí para pedirte que me nombres tu heredera —dijo sin más preámbulos, a la manera de los sakje, prescindiendo de los preliminares y la cháchara persas regados con vino. Marthax se quitó el yelmo. Debajo de él llevaba una almilla de lino y lana. Se rascó la cabeza.

—No —dijo, y dio la impresión de lamentarlo sinceramente—. No, no puedo.

Melita también se quitó el yelmo y la melena le cayó sobre los hombros. Se oyó un suspiro en ambas líneas cuando resultó patente que iban a parlamentar y no a combatir.

—Jamás te humillaré —dijo Melita—. Pero todo el pueblo debe dirigirse al este para enfrentarse a los sármatas.

—Escucha, chica —dijo Marthax. Su caballo corveteó y el rostro de Marthax reflejó dolor—. Escucha mientras hablo. Tengo un acuerdo con Upazan de los sármatas. Tú no. No puedo ir a la guerra contra él sin romper mi juramento, y pienso hacer honor a mi palabra. ¿Lucharías conmigo en combate singular?

—¿Reconoces mi derecho? —preguntó Melita.

—¡Bah! Por supuesto. No tengo otro heredero. —Mostró su impaciencia por primera vez, y Melita se preguntó por qué estaba impaciente. Marthax se aproximó y Melita reuló temiendo una traición, pero él arrimó su rostro al de ella. El aliento le olía mal. En realidad era un hombre enfermo. Un hombre viejo y enfermo—. Escucha, chica. Cometí un error con Upazan. Tú también cometerás errores. Pero fue una manera de ganar tiempo para el pueblo, y ahora me batiré contigo por el reinado. ¿Lo entiendes? —preguntó.

Melita enderezó la espalda.

—Lo entiendo, oh rey.

Eso le hizo sonreír.

—Lamento lo de tu madre, muchacha. Entonces no comprendía lo fácil que es compartir y lo estúpido que es anhelar el poder. —Estaba mirando el sol poniente—. Solo tengo una petición.

Melita asintió.

—Constrúyeme un buen kurgan. Hazlo en primavera, cuando vuelvas a formar tu ejército, y ningún hombre dirá que no eres la reina. Todos los males se subsanarán. —Miró en derredor—. He detestado ser rey pero, por todos los dioses, adoro la vida. No la cagues, chica —agregó, quebrándosele la voz.

Se puso el yelmo en la cabeza.

—¿Sabes luchar? —preguntó—. He oído decir que sí.

—Melita volvió a recogerse el pelo y se puso el gorro de piel de zorro.

—Sé luchar —dijo.

Marthax asintió.

—Regresaré a mis líneas. Tú haz lo mismo. Cuando levante la espada, arremetemos.

Melita asintió. Luego dio media vuelta a su caballo y regresó al paso por el campo nevado hasta sus líneas, donde todos los caudillos se habían congregado en torno a sus caballeros.

—Luchamos —dijo Melita. Parshtaevalt meneó la cabeza.

—Deja que luche yo con él —dijo—. Está permitido.

Pero Urvara había estado observando.

—Vencerás —dijo a Melita—. Ahora lo veo claro. Al final, resulta que Marthax es en verdad un buen rey.

Y Melita asintió. Tenía lágrimas en los ojos.

—Antes de que se volviera contra ella, mi madre decía que era un gran hombre. —Se encogió de hombros—. Sospechaba que aún había algo de ese hombre en él.

Urvara asintió.

—Tendría que haberme dado cuenta antes, señora.

Melita pensó en decir algo... autoritario. Como que la próxima vez confiara en ella. Pero decidió que no era preciso decir nada. Tomó su mejor lanza de manos de Coeno.

—Está preparado —dijo Urvara. Había estado observando por encima del hombro de Melita.

—Yo también —respondió Melita. Se puso el yelmo, cerró y abrió los puños, y levantó su lanza.

Los sakje de ambas líneas los vitorearon y los dos jinetes iniciaron el avance.

Marthax era corpulento e iba bien armado. Llevaba un hacha de guerra con punta, un arma peligrosa, y la blandía apuntando a sus ojos. Portaba un escudo pequeño con un ciervo de bronce corriendo sobre un fondo de escamas de hierro, y venía a galope tendido.

El duelo por el reinado carecía de reglas, aunque se decía que quien obtuviera el reinado con un arco en la mano no sería un buen rey. Se decía.

Melita sostenía la lanza por encima de la cabeza, como si fuera a arrojarla, y apuntó la cabeza de *Grifón* hacia el pecho del caballo de Marthax, hincándole los talones en lo ijares. El corcel reaccionó dando un salto y sus cascos levantaban una nube de nieve como si galopara sobre el viento.

Marthax levantó su escudo para parar el golpe a unas pocas zancadas de distancia,

y Melita giró la lanza para colocársela debajo del brazo, sin dejar de apuntar, de modo que la lanza golpeó el escudo de Marthax que cayó de la silla; y a ella poco le faltó, pese a que apretó con las rodillas los flancos de *Grifón*, que respondió al impacto demostrando su veteranía.

Melita dio la vuelta a *Grifón* trazando un amplio círculo. «No pierdas la calma», pensó. «¡No pierdas la calma y vive!» Pero otra parte de ella decía «¡He derribado a Marthax y seré reina!» Cuando regresaba hacia él, Marthax tenía una rodilla en el suelo y se apoyaba en su hacha para levantarse. Le manaba sangre de debajo del yelmo, pero logró ponerse en pie.

Melita detuvo a *Grifón* a pocos largos de caballo de Marthax.

—No seas estúpida, chica —le espetó Marthax.

Melita saltó a tierra y sacó su *akinakes* de empuñadura sencilla, la misma que había portado en Gaza y en todas las batallas libradas en las llanuras. Agarró la lanza con la mano izquierda.

Marthax fue a por ella sin añadir palabra, avanzando pesadamente por la nieve tan deprisa como se lo permitía su herida.

Melita arrojó la lanza con la izquierda y le dio en la rodilla, justo encima de la greba, y Marthax cayó de nuevo sobre la nieve.

Y se rio.

—¡Argh! —gruñó.

Melita lo circundó con cautela puesto que todavía empuñaba el hacha y se estaba poniendo de pie.

—Desde luego, sabes luchar —dijo Marthax—. ¡Un buen kurgan! —agregó, y fue dando traspiés hacia ella con el hacha en alto para asestarle un buen golpe.

Y ella se puso al alcance de su mandoble, recibiendo el golpe de refilón en el hombro y la espalda, hizo la finta de Harmodio, la favorita de su hermano, y le clavó toda la longitud de su espada debajo del brazo empujando hacia arriba. Se trataba de un movimiento que había practicado mil veces con Sático, Filocles y Terón, y le pareció apropiado dárselo a Marthax dado que, si se hacía bien, garantizaba una muerte instantánea.

La hoja se hundió hasta la empuñadura, y el rey murió antes de desplomarse, arrancándole la espada de la mano con su peso al caer al suelo.

Melita se inclinó sobre él para retirar su espada, y el dolor del golpe que había recibido en la espalda la asaltó como en una emboscada y faltó poco para que se cayera. ¿Había cambiado de parecer en el último momento, Marthax? ¿O le había concedido un combate en buena lid porque la había calado?

Marthax estaba muerto. No consiguió arrancar la espada hasta el tercer tirón, y se le torció la mano. Dejó caer la gastada empuñadura en la nieve y se dio cuenta de que los jinetes la estaban vitoreando desde ambas líneas. Justo como había previsto.

A sus pies yacía un anciano con la barba roja de sangre, el rostro arrugado libre del yelmo a causa del último golpe. Melita se agachó y le cerró los ojos.

Coeno llegó al trote con las riendas de *Grifón* en la mano. Detrás de él venían Urvara y Parshtaevalt y, desde el otro extremo del campo, los capitanes de Marthax también se aproximaban.

—Mi saludo, reina de los asagatje —dijo Coeno.

—Me ha dado el reinado —respondió Melita.

—Sí. Siempre fue uno de los mejores —dijo Coeno—. Jamás habríamos vencido a Zoprionte sin él.

Otros hombres y mujeres la iban rodeando. Montó a *Grifón*, costándole más esfuerzo que cualquier otra vez en su vida.

—¡Escuchad! —gritó, y todos se callaron.

—¡Srakorlax! —clamó Scopasis. Otros sakje repitieron el nombre.

—¡Escuchadme! —gritó Melita. *Grifón* se mantenía firme como una roca entre sus piernas—. Marthax ha muerto como rey de los asagatje, como heredero de Satrax. En primavera le construiremos un gran kurgan en la orilla del río. Cada uno de sus caballeros donará un caballo, y yo donaré más de cien. ¡Marthax era el señor de diez mil caballos!

Cuatrocientas voces no bastaron para llenar los gélidos eriales del mar de hierba en invierno, pero su rugido se hizo eco de la alegría del pueblo por el alivio que suponía que no fuera a comenzar una cruenta guerra civil.

—¡Y luego juntaremos nuestro poderío, y los sármatas sentirán el peso de nuestros cascos! —concluyó Melita.

Y todos la aclamaron de nuevo.

Aleandría, invierno, 311-310 a.C.

Sátiro estaba tendido bocarriba junto a la imponente figura de Heracles, que iba solo y llevaba encima la piel de león. Desde cierta distancia, Sátiro lamentaba su propia muerte, y su espíritu flotaba en la habitación, observando al dios-héroe de pie junto a su cuerpo.

Tánatos entró a través del suelo, como si subiera a la habitación desde el Hades por una escalera invisible.

—Es mío —dijo.

—No —respondió Heracles.

—¡Es mío! —insistió la Muerte, y su voz era la voz de todas las criaturas del averno; el hedor a muerte y el olor a tierra vieja lo acompañaban. Sus prendas eran de lino putrefacto y su corona de oro presentaba una pátina de tanto tiempo como llevaba enterrada.

Heracles se interpuso entre la Muerte y la cama.

—No —dijo, y cruzó sus poderosos brazos.

—¡Ya van diez veces! —repuso la Muerte entre dientes—. ¿Acaso soy un semi-mortal para que se me trate así?

—¡Fuera de aquí! —dijo Heracles.

Tánatos no era cobarde.

—Bah —espetó, escupiendo arena—. Déjame ver qué parte de ti sigue siendo mortal, diosecillo.

Heracles se encogió de hombros.

—Ya he probado tu fuerza, tío.

Tánatos lo golpeó de improviso con una espada en forma de hoz, un kepush egipcio. Heracles le agarró la muñeca de la mano con la que empuñaba la espada y levantó al dios y a su espada del suelo y salió de la habitación al balcón que se abría sobre el mar.

—Refréscale la cabeza en el reino de tu hermano Poseidón —dijo Heracles.

—¡Me llevé a tu padre en su momento de gloria, muchacho! ¡Y haré lo mismo contigo! —gritó Tánatos, y sus espantosos ojos se cruzaron con los de Sátiro, que entendió que se dirigía a él.

Y entonces Heracles dio media vuelta y arrojó al dios de la muerte por el balcón.

No se oyó el ruido de su caída al agua.

Y, a la manera de los sueños, Heracles lo condujo varios parasangs a lo largo del río hasta que llegaron a un templo, y Heracles lo llevó hasta el altar, pero no era un altar, y un anciano a quien sostenían dos musculosos aprendices estaba forjando hierro en un yunque, y la escena la iluminaba la luz rojiza de la fragua, y mientras Sático observaba, enfrió la hoja curvada, y en su sueño Sático sonrió, y luego lo llevaban de la mano por la maraña de calles del mercado nocturno, cruzándose con putas, pordioseros y cesteros, pasando ante el puesto de un panadero que trabajaba de noche para obtener más ganancias y con el de un hombre que vendía objetos robados, y con una mujer que afirmaba ser hija de Moira, la diosa del destino, y que podía ver el futuro. Heracles pasó ante todos ellos sin que ninguno lo viera, excepto la hija de Moira, que levantó los ojos de una fraudulenta fortuna y, horrorizada, se cubrió la cabeza con una estola.

Entraron en una taberna y los hombres se apartaron del camino del dios de los héroes sin darse siquiera cuenta de lo que hacían, echándose para un lado en respuesta a un movimiento de los ojos de Heracles, y Sático caminaba detrás de él. Olía el vino rancio, y también el olor penetrante del jugo de amapola que el posadero guardaba en una botella de cristal; cristal auténtico del templo, que valía su peso en oro. Casi perdió al dios por su repentino deseo de poseer aquella aciaga sustancia y así cambiar su sueño de sórdida realidad por los colores que hablaban como los dioses.

Se debatió entre qué paso dar. Uno lo conduciría, invisible y laureado, hasta la botella; el otro seguiría a su dios. Y entonces cruzó detrás de Heracles una cortina de cuero manchado, y luego un muro de mampostería sin mortero, hasta un cuarto inmundo que quizás antaño estuviera encalado pero que ahora apestaba a vino rancio y comida podrida.

Reconoció en el acto al hombre sentado a la mesa. Era Sófocles, el médico asesino ateniense, y había cuatro hombres en cuclillas en el suelo de tierra y una quinta persona, una mujer, de pie junto a la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. Todos volvieron la cabeza cuando el dios apareció ante ellos, y Sófocles se puso en pie de inmediato, tomó aire y miró en derredor.

—Algo... ha venido —dijo—. ¡Malditos sean Egipto y sus espíritus!

Heracles no contestó y señaló a la mujer que estaba junto a la puerta.

Sático la conocía y...

Despertó. Estaba bañado en sudor, y débil; tan débil que no podía levantar el brazo para secarse el sudor de la cara.

Nearco estaba sentado a su lado.

—¿Estás despierto? —preguntó.

Sátiro quería mover el brazo pero fue como si la parálisis le impidiera ese primer movimiento, y un dolor atroz le sacudió el brazo, un calambre como los que podía padecer un atleta mal masajeadado después de haberse esforzado demasiado. Una experiencia por la que Sátiro había pasado muchas veces.

Tuvo otro calambre, se acurrucó sobre el costado y le dieron arcadas. Nearco le sostuvo una palangana pero lo único que sacó fue un hilillo de bilis.

Cuando los calambres cesaron se relajó, y un esclavo le limpió la barbilla con una toalla. Inhaló profundamente y soltó el aire despacio, para ver si volvía a tener náuseas.

—¿Estaba muerto? —preguntó.

Nearco negó con la cabeza.

—Ni mucho menos. Lo has hecho muy bien, muchacho. Aunque, a decir verdad, tenías el hábito muy poco arraigado; ha sido cuestión de semanas. Mi hermano, por ejemplo...

Nearco meneó la cabeza.

—¿Dónde está Fiale? —preguntó Sátiro.

—Te visita a menudo, según tengo entendido —contestó Nearco—. Joven amo, me cuesta imaginar que te apetezcan sus servicios en tu estado actual.

—No... al contrario, doctor. Canción... Fiale... —Tomó aire y consiguió hablar con claridad—. Hará tanto por restablecer mi salud como... —Un calambre en el estómago, y se acurrucó en posición fetal. Cuando recobró el aliento, prosiguió— ... como tus cuidados. —Hizo amago de sonreír—. No lo tomes a mal. Nunca podré agradecerte bastante lo que estás haciendo por mí.

Nearco encogió los hombros.

—Soy un criado de la familia, cumplo con mi deber. Debo decir que siempre me ha alegrado servir al amo León.

Los dos días siguientes Sátiro se recobraba y vomitaba por turnos, y sus músculos se negaban a obedecer a medio hacer los movimientos más simples. Pasaba las horas diurnas tendido en el balcón bajo el pálido sol invernal. A veces creía ver la imagen incorpórea de su dios en pie junto a él, y en otras ocasiones meneaba la cabeza al pensar en los curiosos efectos que la enfermedad tenía sobre la mente. Nearco le había proporcionado un esclavo, Helios, un chico oriundo de Amphipolis que había sido esclavizado cuando sus padres se lo llevaron en un viaje por mar, y el chico lo atendía con una solicitud poco frecuente en un esclavo.

Sátiro estaba sentado al sol, con un rollo de Heródoto en las manos. No conseguía leer pese a que el texto relataba la resistencia de los helenos en Platea, el clímax de la gran obra de Heródoto.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo esclavo? —preguntó Sátiro.

El chico hizo memoria.

—Cuatro años —contestó—. Me tomaron preso la primavera en que Casandro mató a la reina.

Sátiro sonrió porque, incluso en su estado, comprendió que el chico se refería a Olimpia, la reina hechicera de Macedonia. Un enemigo. Un enemigo menos.

—¿Abusaron de ti los piratas? —preguntó.

—Los piratas, no —dijo Helios sin mostrarse alterado—. Pero mataron a mis padres.

Sátiro asintió.

—¿Sabes el nombre del pirata que te apresó? —preguntó Sátiro.

—Sí, claro —contestó el chico—. Nos abordó Demóstrate. Su tripulación mató a mis padres porque opusieron resistencia. Luego me pidieron perdón —agregó Helios, sonriendo.

Nearco y Safo le estaban enviando un mensaje. Su cerebro lo captó a través de la bruma del dolor y el desánimo: aquel chico era su voto de desaprobación a la alianza con el rey pirata.

—¿Te gustaría hacerte a la mar conmigo, chico? —preguntó Sátiro.

Helios sonrió haciendo honor a su homónimo, el sol, y sus cabellos rubios de tracio reflejaron sus rayos.

—Oh, sí —contestó entusiasmado.

Sátiro se recostó, agotado por la breve conversación.

—Si te llevo al mar y te enseño a luchar, ¿me servirás durante cuatro años?

Helios se encogió de hombros.

—Soy un esclavo —dijo, y acto seguido sonrió—. Me encantaría ir al mar —agregó.

Sátiro fue consciente de que había dejado la parte más importante de su oferta sin decir. Intentó formularla mentalmente, pero se estaba desvaneciendo—. No importa —dijo, y se durmió.

Cuando volvió a despertarse, Nearco se sentó junto a su cama y le dio sopa; un maravilloso cocido de cordero, con especias y bolas de masa.

Luego lo vomitó todo.

Helios lo limpió, y Sátiro volvió a vomitar. Helios lo limpió de nuevo, quitándole con paciencia cada salpicadura del desagradable vómito de la melena, las pestañas, el vello púbico.

Sátiro bebió agua y se durmió.

Más tarde se despertó y era de noche. Se movió en el diván, notó que había alguien más en el lecho y se encontró con que el chico estaba pegado a él.

—Perdón —dijo Helios—. Estabas tiritando.

Sátiro se desperezó y no tuvo ningún espasmo muscular.

—Helios —susurró—. ¿Crees que podríamos probar a tomar un poco de sopa?

Las lámparas se encendieron por toda la casa antes de que transcurrieran diez minutos en el reloj de agua. Nearco se personó con una bata persa. Puso una mano en la frente de Sático y luego en su vientre.

—Por Hermes y todos los dioses —dijo.

Helios llegó de la cocina con un cuenco de sopa. Se sentó en la cama y se la dio a cucharadas a su amo.

Sático comió poco, aunque tenía ganas de beberse el cuenco entero y pedir otro, y se tendió de nuevo en la cama consumido de hambre.

Al cabo de media hora, el alimento seguía en su estómago.

Nearco se encogió de hombros.

—Me he equivocado por un día —dijo—. Ahora te repondrás enseguida.

Helios trajo un brasero y lo encendió para mantener caliente el cacharro de bronce en el que había traído el estofado desde la cocina. Cada media hora daba otras veinte cucharadas de sopa a su amo.

—Te libertaré —dijo Sático—. ¿Y si te liberto y te llevo al mar? Cuatro años. Necesito un sirviente —dijo.

Helios sonrió de oreja a oreja.

—Por supuesto —dijo. Y más quedamente agregó—: Ya sabía a qué te referías —dijo—. Pero tenía que oírte decirlo. —Se le saltaron las lágrimas—. La gente hace promesas que luego no cumple —dijo.

Sático se sorprendió dando palmaditas al chico en la cabeza. «Yo detestaba que Filocles me hiciera esto», pensó.

Helios levantó la vista.

—Vino un hombre; un egipcio con vestiduras de sacerdote. Trajo un paquete.

—Ve a buscarlo —dijo Sático.

En un momento lo desarrollaron y apareció la espada de su padre; tal vez un pelo más corta, pensó Sático, pero era magnífica, y el azul metálico relucía, casi púrpura en la punta, de modo que la hoja relumbraba con gélida malevolencia.

—¿Me harías un recado? —dijo Sático a Helios—. Ve a ver a Safo y que te dé una mina de oro. Luego llévate a Hama y a dos soldados como escolta y ve al templo de Poseidón. Entrega el oro a Namastis, el sacerdote. Si quiere que lo acompañes a algún sitio, escóltalo allí adonde vayáis.

Helios contemplaba la espada.

—Un día, querré una espada como esta —dijo.

—Un día, te regalaré una —concedió Sático—. Y ahora, date prisa.

Al día siguiente Nearco estaba sentado en un taburete de hierro en la habitación de Sático, moliendo polvos junto a la ventana.

—Suelo utilizar esta habitación para preparar medicinas cuando tú no estás —dijo—. Espero que no te importe. Tiene la mejor luz.

Sátiro sonrió.

—No estoy en posición de censurar lo que hagas, doctor.

Nearco asintió y siguió moliendo.

—Es lo que pensaba. ¿Sigues queriendo ver a Fiale?

La sonrisa de Sátiro se desvaneció.

—Sí —dijo con gravedad—. ¿Crees que alguna vez se haya condenado a alguien usando como prueba un sueño? —preguntó.

Nearco se encogió de hombros.

—Me figuro que es posible —contestó—. Los sueños son poderosos.

La mirada de Sátiro se endureció.

—Me gustaría investigar el argumento de un sueño —dijo Sátiro—. ¿Fiale conserva a la misma sirvienta en su casa?

Nearco levantó la vista del almirez y el macillo.

—Sí —contestó.

—¿La misma mujer que cuando yo... era su cliente? —preguntó Sátiro.

Nearco reanudó su trabajo.

—Yo no estuve en su casa entonces —dijo—. ¿Una mujer menuda, morena de pelo, que sería guapa si su mirada no fuese tan penetrante?

—Buena descripción de Alcea, doctor —dijo Sátiro—. Tiene un tatuaje en la muñeca izquierda.

Nearco se encogió de hombros sin dejar de trabajar.

—Nunca le he examinado las muñecas.

Sátiro hizo una seña a Helios, que aguardaba sentado junto a la pared.

—¿Sabes leer y escribir, chico? —le preguntó.

Helios asintió.

—Bastante bien —respondió—. Griego y un poco de escritura del templo.

—¿En serio? —dijo Sátiro—. Estupendo. Eres un pozo de sorpresas. Necesito que me hagas un mandado.

Helios asintió y se levantó del suelo.

—Ve en busca de Alcea. Trabaja para la hetaira Fiale. Trata de entablar conversación con ella. Y luego intenta averiguar dónde estuvo, hmm, hace dos noches.

Nearco enarcó una ceja.

—Eso es mucho pedir a un esclavo.

Sátiro se recostó.

—Le he prometido la libertad —dijo—. Dejemos que se la gane.

Tomó más sopa, y Nearco lo cambió; un humillante servicio más que el médico le prestaba. Sátiro pensó que él sería un mal médico. Detestaba tocar a las personas, detestaba la suciedad de sus propios excrementos, la bilis de su estómago, los mil

pormenores de la enfermedad.

—¿Cómo lo soportas? —preguntó a Nearco, una vez limpio.

—¿Hmm? —respondió Nearco, mirando por la ventana—. Perdona, ¿qué has dicho?

Sátiro meneó la cabeza.

—Nada —dijo.

A la mañana siguiente se despertó con el sol e intentó levantarse de la cama. Dio unos pocos pasos y descubrió que le fallaban las fuerzas, y regresó a la cama sin que le doliera nada. Para desayunar tomó un huevo, y luego otro.

—Ya estás curado —dijo Nearco a mediodía, visto que no había devuelto los huevos—. Quiero que a partir de ahora te lo pienses mucho antes de tomar amapola otra vez. Aunque tengas una mala herida. De hecho, siempre echarás de menos esa sustancia. ¿Entendido?

—Sí —contestó Sátiro.

—Bien —dijo Nearco—. Safo lleva días con ganas de visitarte pero he supuesto que no querrías que te viera tan debilitado; conozco a los hombres como tú. Y además anda muy ocupada con el bebé.

—¿Dónde está Helios? —preguntó Sátiro.

—No lo he visto. Y la culpa es solo tuya, le encomendaste una tarea semejante a uno de los trabajos de Heracles —contestó Nearco, encogiéndose de hombros.

Sátiro leyó a Heródoto mientras el médico molía huesos para hacer pigmentos y luego quemaba un poco de marfil en un brasero.

—¡Puaf! —dijo al regresar al interior—. Disculpas por el olor.

Sátiro hizo una mueca.

—Más olores he despedido yo durante esta semana —respondió.

Nearco asintió, abanicándose.

—Vamos a vestirte —dijo, echando un vistazo al reloj de agua. Lo rellenó, reiniciando su mecanismo de dos horas de duración, y luego buscó un sencillo quitón blanco, se lo puso a Sátiro y lo volvió a acostar.

—Lamento haber mandado a Helios a la calle —dijo Sátiro—. No caí en la cuenta de que tendrías que hacer parte de su trabajo.

—Nearco negó con la cabeza.

—La decisión fue mía. Ahora tenemos ciertas normas en esta casa; desde los ataques cuando nació Kineas. Solo se toman esclavos tras haber comprobado sus antecedentes. Hacemos casi todo el trabajo nosotros mismos y recibimos muy pocas visitas. En la ciudad corre el rumor de que estás aquí; todavía no lo hemos confirmado. Podrías ser tú o tu tío León quien trajo el *Loto* a puerto. ¿Entiendes?

Sátiro asintió.

—Por supuesto.

—Y Hama tiene contactos en, ¿cómo debería decirlo?, en los bajos fondos. Entre los criminales del mercado nocturno. Se oyen cosas. En esta ciudad hay hombres que ofrecen dinero por tu cabeza.

Sátiro sonrió.

—Estratocles está muerto y sus conspiraciones siguen en marcha.

Nearco se rascó la nariz.

—Sófocles el Ateniese ha tomado el relevo.

Sátiro asintió.

—Ya lo sé —dijo.

Acto seguido Safo entró majestuosamente en la habitación, con Calisto pisándole los talones y un bebé en brazos.

Sátiro sonrió a las dos mujeres. Safo se inclinó para besarlo y lo mismo hizo Calisto.

—Nunca te imaginé haciendo de niñera —dijo Sátiro a Calisto. Calisto era una hetaira en activo que había sido esclava de su hermana, siendo ahora una mujer libre, dueña de sí misma.

—Hmm —dijo Calisto maliciosamente—. Estoy convencida de que eres un experto en mujeres, joven amo. Ahora soy madre, gracias.

—¿Qué opinión te merece Helios? —preguntó Safo. Una sirvienta le acercó una banqueta y se sentó.

Sátiro alzó las manos, tomó a su sobrino en brazos y lo acomodó sobre su pecho. El niño ya era capaz de sostenerse sentado por sí mismo, y pestañeaba observando el mundo con curiosidad.

—Es excelente —contestó Sátiro a la pregunta de Safo—. Ya le he prometido la libertad.

Safo enarcó las cejas.

—¿En serio? Pensé que tal vez necesitarías un criado.

—Y así es. Me lo quedaré durante cuatro años; pero según parece ya le han prometido la libertad en otras ocasiones.

Sonrió a Safo, que asintió lentamente, mostrando su complacido desacuerdo.

—Sabrás que lo aprehendieron los piratas —dijo Safo—. Mataron a sus padres, lo vendieron a un burdel y ejerció la prostitución durante dos años hasta que un cliente, sacerdote, por supuesto, lo compró para emplearlo como escriba... y calentacamas.

Su voz se fue volviendo más dura y grave a medida que hablaba. Igual que al tío León, a Safo la habían vendido como esclava y abusaron brutalmente de ella hasta que la libertaron. Aquel era el destino que más temía cualquier heleno, y el precio inevitable de un mundo en el que imperaba la esclavitud. Pero León y Safo obraban en consecuencia. Ambos compraban partidas de esclavos, sobre todo si habían nacido

libres, y les buscaban colocaciones que les permitieran libertarse.

—Fue mi aliado, Demóstrate —dijo Sátiro.

—Tu «aliado» es un verdadero titán del Tártaro —le espetó Safo.

Sátiro se encogió de hombros.

—Tía —dijo—, este último año he aprendido que si aspiro a ser rey, a veces tendré que hacer cosas que, en sí mismas, son despreciables.

Safo mantuvo su semblante impertérrito pero, a sus espaldas, Calisto asintió.

Sátiro estiró un dedo y el pequeño Kineas lo agarró, tiró de él e intentó tragárselo.

—No lograré convencerte —prosiguió Sátiro—. De modo que tengo que pedirte que confíes en mí. Sé lo que estoy haciendo.

—Tu madre hizo un pacto con Alejandro —dijo Safo—. Nunca se lo perdoné, no pude. Fue una de las razones por las que nos establecimos en Alejandría. Y ahora tú, tú que eres prácticamente mi hijo, te vas a vender de la misma manera.

—Mi madre pactaba con cualquiera que quisiera pactar con ella para conseguir paz y seguridad. Incluso con Alejandro. —Sátiro no sabía que hubiese habido tan serias diferencias entre su madre y Safo. Dio un beso a su sobrino y meneó la cabeza—. Perdona. Me sabe mal. Me siento sucio cada vez que estoy con él, pero fue almirante de mi padre. Mi padre lo utilizó y yo haré lo mismo.

—Entonces lo cubría la sangre de sus víctimas —repuso Safo.

Sátiro se recostó.

—Hola, hombrecito —dijo a su sobrino—. No tengas prisa de hacerte mayor.

Kineas gorjeó y alargó los brazos hacia Calisto, que se aproximó para cogerlo con ese aire que adoptan las mujeres que consideran a los hombres incapaces de entretener a un bebé.

—¿Tiene un ama de cría? —preguntó Sátiro.

—Sí —contestó Calisto.

—¿Tú? —dijo Sátiro sorprendido.

Calisto se rio, con aquella risa grave tan seductora que atraía a clientes dispuestos a pagar cinco y diez minas por una noche, y a veces veinte veces esa suma.

—Me parece que sabes de sobra cómo se hacen los bebés —dijo Calisto.

Sátiro decidió que resultaría poco delicado preguntar quién era el padre, pero su semblante debió de traslucir la pregunta, puesto que Calisto se rio a carcajadas, sin un ápice de seducción.

—No es un cliente —dijo—. Un amigo. —Le dio el pecho al niño—. Pueden crecer juntos —agregó.

Aquella misma tarde Helios llegó con una manta limpia y envolvió a Sátiro.

—¿Tuviste suerte en tu misión? —preguntó Sátiro.

—La encontré —dijo Helios, asintiendo—. He quedado con ella esta noche. A menudo sale por la noche. En esa casa confían plenamente en ella; es prácticamente

la mayordoma. Es la clase de esclava que da miedo a los demás esclavos. Cuesta saber de parte de quién está, si captas a qué me refiero.

—Lo capto —dijo Sátiro—. ¿Necesitas dinero?

Helios asintió.

—Me irían bien unos cuantos daricos —dijo—. Me gustaría parecer un esclavo que también goza de la confianza de su amo.

—Ya no eres un esclavo de confianza —respondió Sátiro. Cogió un rollo que le había llevado Nearco—. Aquí lo tienes —dijo—. Un hombre libre. Aún no eres ciudadano, pero ya me ocuparé de eso cuando acaben los cuatro años que hemos pactado.

Helios se abalanzó sobre el rollo y lo abrió. Sátiro lo vio mover los labios mientras leía; lo leyó dos veces.

—Aún debo presentarme ante el sumo sacerdote —dijo Helios.

—Pues mejor que te des prisa. —Sátiro asintió—. Hace cosa de una hora... —Se echó a reír porque de pronto le estaba hablando a una habitación vacía—. ¿Necesitas a Nearco como testigo! —gritó, confiando en que el chico lo oyera.

Nearco entró aturullado en la habitación al cabo de media hora.

—Ese chico tan guapo me ha besado en público —dijo—. Créeme, ha sido toda una experiencia. —Nearco enarcó una ceja—. Lo has hecho muy feliz pero, ¿no se marchará? Es libre.

—Se nota que nunca has sido esclavo —dijo Sátiro—. Pasaré cuatro años enseñándole a ser libre. Si me abandona, volverá a ser esclavo en cuestión de una semana. Y le consta. ¿Dónde trabajará? ¿En un burdel? ¿Como liberto?

Nearco asintió.

—Entiendo. —Se rascó la barba—. Podría ir a los templos y ofrecerse como aprendiz. Quizá para aprender medicina.

—Dentro de cuatro años, será el maestro remero más apuesto de la flota de León —dijo Sátiro—. O habrá muerto. —Dedicó media sonrisa a Nearco—. Me parece que le gustaría vengarse, y no me importará proporcionarle los medios y la oportunidad.

Nearco dejó de moler polvos. Volvió la cabeza.

—¿Traicionarías a tu aliado?

—¿Traicionar? —repuso Sátiro, riendo—. Realmente, Nearco, has llevado una vida muy retirada. —Cambió el tono de voz. Cogió un rollito de cebada, una de las especialidades del cocinero, y se lo comió mientras leía un rollo de papiro—. ¿Me escribirías una carta, Nearco?

—Soy médico, no escriba. Y Helios tiene muy buena caligrafía.

La mano de mortero de Nearco siguió moliendo.

—Le he tomado afecto a ese chico, pero no puedo confiarle el contenido de una carta para Diodoro —explicó Sátiro.

Nearco asintió.

—Entendido —dijo—. Me das un montón de trabajo, ¿sabes? —preguntó haciendo una mueca en broma.

La redacción de la carta les llevó casi toda la tarde. En un momento dado, Safo se sumó a ellos, añadiendo sus propias instrucciones y los mejores deseos para su marido, así como noticias que podían serle de utilidad en la lejana Babilonia de Seleuco, noticias que también interesaron a Sátiro. Calisto estaba sentada con los dos bebés, cual niñera esclava que los atendiera por turnos, y Sátiro se fijó en que Safo le transmitía noticias al escribir, sin decirlas en voz alta. Escribían con tinta negra directamente sobre la madera de unas tablillas a las que habían raspado toda la cera. Con su pulcra y firme caligrafía Safo escribió:

Tolomeo está preparando una campaña naval contra Chipre. Antígono está en Siria, confirmando su apoyo a las ciudades costeras mientras su hijo Demetrio reconstruye su centro de operaciones en Palestina tras la derrota del año pasado. Casandro intenta imponerse al joven Heracles, el último hijo de Alejandro, aunque nadie sabe si para convertirlo en rey de Macedonia o para matarlo. Y Lisímaco trabaja para construir su propia ciudad a fin de rivalizar con Alejandría y Antioquía. Según parece, cada uno de los diádocos quiere tener su propia ciudad.

Y Sátiro escribió:

Confío en que ya hayas recibido mi carta anterior. Necesitaré a los Exiliados y a nuestra falange en primavera. Si Seleuco puede prescindir de ti, te aguardaré en Heraclea del Euxino para el festival de Atenea. Ruego saludes de mi parte a Crax y a Sitalkes, y también a Amintas y a Draco, y diles a todos que Melita se ha marchado al este a sublevar a los sakje.

Safo leyó lo que Sátiro había escrito.

—Pareces muy seguro —comentó.

Sátiro asintió.

—No —dijo—. Es posible que mi hermana ya haya muerto. O que mi alianza naval fracase. O que Dionisio de Heraclea se niegue a prestarme su ciudad como base de operaciones para mi ejército... o que simplemente perdamos. —Se encogió de hombros—. O sea que hay muchas cosas que pueden salir mal; la palabra «seguro» jamás entra en mis pensamientos.

Cogió el tintero y escribió con esmero:

Por favor, envíame respuesta en cuanto recibas esto. Si dispones de tiempo, manda una copia a Safo y otra a Doña Amastris de Heraclea, y una tercera a Eumenes; es el arconte de Olbia, aunque te cueste creerlo. Y una cuarta vía Pantero al navarco de Rodas, al templo de Poseidón. Así tendré las máximas posibilidades de recibir tu contestación, ya que pronto emprenderé el vuelo.

—¿Alguna vez has pensado que si tienes éxito mi marido perderá su mando? Los Exiliados ya no serán exiliados. —Safo se rio—. Es una broma. Pero, si se restaura Tanais, ¿qué haremos todos nosotros?

Sátiro negó con la cabeza.

—Ni idea, tía —dijo—. Aunque me encantaría averiguarlo.

Y más tarde, bien entrada la noche, llegó Helios. Olía a un discreto perfume.

—¿Y bien? —preguntó Sátiro—. ¿Has pasado una velada agradable?

—No demasiado —contestó el chico. Su voz parecía forzada, su rostro cuidadosamente inexpresivo—. Es tonta de remate, por más mala uva que gaste. Me ha ofrecido cien daricos de oro para que te matara. —Helios soltó un monedero sobre el aparador, tan pesado que hizo crujir el cedro—. Le he contado un cuento penoso sobre cómo abusabas de mí, y me ha dicho que era un blandengue. —Bajó los ojos al suelo—. Pero después de complacerla, ha cambiado de canción, y ahí está la prueba. Y sí, sale casi todas las noches. Le gustan los chicos, como a la mayoría de ese tipo de mujeres. —El desprecio que sentía por sí mismo era patente, pero también su repugnancia por ella—. ¡Se cree que es mi dueña! —espetó.

Sátiro se estremeció.

—Yo... pensaba que eras demasiado joven para... Lo siento, Helios. Te he puesto en una situación...

Sátiro pensó que matar a inocentes no era el único precio que había que pagar por ser rey.

Helios parpadeó con sus largas pestañas rubias y se encogió de hombros.

—No he sido demasiado joven... No te preocupes. Tampoco es algo que no haya hecho antes, y en peores circunstancias.

Sátiro mantuvo la voz neutra.

—¿De dónde procede el dinero? Dudo mucho que esos cien daricos sean suyos.

—No lo son —dijo Helios—, pero tampoco sé de dónde salen. ¿Está implicada su ama? Tampoco lo sé. Por cierto, mañana vendrá a cantar para ti.

Sátiro asintió.

—Zarpamos dentro de tres días. Deberías hacerte con una espada, un yelmo y una coraza ligera. ¿Alguna vez has llevado armadura?

—No —dijo Helios, pestañeando.

—Ve a casa de Isaac Ben Zion y pide a su mayordomo que te venda una armadura. ¿Qué edad tienes, a todas estas? —preguntó Sático.

—Creo que tengo catorce años —contestó el chico—. Perdí la noción del tiempo... en el burdel.

Volvió a bajar la vista al suelo. Sático lo cogió del mentón y le levantó la cabeza.

—¿Nadie te ha contado la regla de la casa de León? —preguntó—. Ningún hombre debe arrepentirse de lo que hiciera antes de venir aquí; solo cuenta lo que aquí haga. Eres libre. Libérate del pasado.

Helios lo miró de hito en hito, incómodo y admirado.

Sático apartó la vista.

—Si tienes catorce años —dijo—, pide una armadura egipcia de lino. Crecerás demasiado deprisa para que merezca la pena comprar una de bronce o de escamas. —Señaló los daricos de oro—. Puedes usar eso, si quieres. Pero solo después de la visita de Fiale.

—¿Qué le harás? —preguntó Helios.

—¿A ella? —respondió Sático con dureza. Le sorprendió lo que sentía su corazón, pues se aproximaba más al odio de lo que había esperado—. Nada —dijo—. No le haré nada.

Fiale llegó precedida por su perfume, un toque de menta y jazmín que fue directo al corazón de Sático. Se quitó la estola de lana selecta haciéndola revolear y se la tiró a su sirvienta, que la cogió al vuelo y se retiró hacia la pared.

Sático observó que la sirvienta cruzaba una mirada con Helios, que ya estaba en pie junto a la misma pared. Luego se permitió besar a Fiale en la mejilla. El aliento de aquella mujer en el rostro tendría que haberlo excitado; la sutileza con que se servía de su cuerpo era la cúspide de su poder para subyugar a los hombres, y enseguida se percató de que Sático se estaba dominando.

Fiale se apartó y cruzó los brazos.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó.

Hama apareció en el umbral con Carlo, el hombre de mayor talla de todos los Exiliados, un gigante germano con cicatrices que se confundían con los tatuajes de su rostro. Entró en la habitación, desenvainó una espada corta y se plantó con ella en las manos.

—¿Dónde está Sófocles, Fiale? —preguntó Sático.

Fiale se llevó una mano al cuello.

—Soy una mujer libre. No puedes retenerme —le reprochó.

—Coged a la esclava —ordenó Sático—. No toquéis a la señora.

Carlo agarró a Alcea del pelo. La esclava intentó defenderse con una navaja y Carlo la estampó contra la pared. Alcea soltó la navaja.

—Acuso a tu esclava de conspirar contra mi vida. —Sátiro señaló a Helios—. El liberto Helios testificará que tu esclava le ofreció cien daricos de oro para que me matara.

Fiale retrocedió hacia un rincón.

—¡Safo! —chilló—. ¡Sátiro ha perdido el juicio!

—Mira, Fiale, Estratocles y Sófocles te compraron pero no puedo demostrarlo, y además... estás en venta. ¿Quién puede culparte por haberte vendido?

Sátiro hacía lo posible por disimular su amargura, y pensó lo mucho que se divertiría su hermana si estuviera presente. Nunca le había gustado la hetaira y había advertido innumerables veces a Sátiro de que pusiera freno a sus sentimientos por ella; en realidad, se había burlado de él.

—Estás loco. La droga te ha derretido los sesos. —Fiale se irguió—. ¡He venido a cantar para ti!

—Si ordenara que te desnudaran, ¿qué interesantes frascos encontraría? Una ampolla llena de veneno, ¿tal vez?

Sátiro meneó la cabeza.

—Exijo... —comenzó Fiale. Sátiro se puso de pie y la hetaira se calló.

—Me confundes con otro chico mucho más amable que conociste hace tiempo. No hay exigencias que valgan, Fiale. Hoy, antes de una hora, te embarcarás rumbo a Atenas después de revelar hasta el último detalle de tus conspiraciones. Te marcharás allí y nunca regresarás a Alejandría. Y al llegar me escribirás una carta a mí, tu nuevo amo.

Fiale se puso muy pálida pero le sostuvo la mirada.

—Estás delirando.

—Es muy posible —dijo Sátiro—. Pero no en este asunto.

Entró Safo, seguida de Nearco.

—¡La tienes! —dijo.

Fiale abrió mucho los ojos.

—¡Somos amigas! —exclamó Fiale.

—Has espiado en mi casa por última vez —respondió Safo.

—¡Hipócrita! —le espetó Fiale.

—Esa tal vez no sea tu mejor defensa —dijo Sátiro, caminando hacia Alcea.

—¿Por qué tendría que marcharme a Atenas? —preguntó Fiale.

—Depositaste todas tus ganancias en manos de Isaac Ben Zion, ¿verdad? —preguntó Sátiro—. Me parece que cuando le cuente que has traicionado a su socio comercial, conduciéndolo al cautiverio, quizá decida confiscar tu fortuna. —Sátiro sonrió—. Tuviste... ¿poca visión de futuro, debería decir?, al dejar tu fortuna donde podía ser utilizada contra ti. Mañana, hasta tu último óbolo estará a buen recaudo en los cofres de mi tía. Si alguna vez quieres recuperar tu dinero, tendrás que

obedecernos. Vete a Atenas. Quédate allí. Ódianos si así lo prefieres, pero ódianos de lejos. Y si alguna vez te pillamos obrando contra nuestros intereses, espiando, murmurando, cotilleando, un hombre semejante a Carlo, aquí presente, te tomará presa, te llevará a Delos y te venderá en el mercado de esclavos. ¿Queda claro? Ya no eres joven. Dudo que puedas ahorrar lo suficiente para comprar tu libertad otra vez.

Fiale se puso a sollozar. Pasó directamente de hablar en tono imperioso a hacerlo con la voz quebrada, sin mostrar ninguna emoción intermedia.

—¡No es justo! ¡No eres justo! Tú, que fuiste mi amante... ¿Quién me ha difamado de este modo? ¿Vas a exiliarme por lo que haya dicho un esclavo?

Alcea habló.

—¿Qué va a ser de mí, señor? —preguntó.

Sátiro asintió.

—Morirás, salvo si me lo cuentas todo. Y conste que ya sé bastante. Tanto que apenas tengo motivos para ser indulgente a no ser que me cuentes cosas que no sepa. Deja que comience yo: te reúnes con Sófocles en el mercado nocturno, detrás de la pared falsa de cierta taberna...

Fiale volvió a llevarse la mano al cuello y Alcea se postró, demostrando su acatamiento.

—Le escribía cada semana, con informes sobre tu casa.

Sátiro asintió.

—¿Y a quién habéis sobornado en esta casa? —preguntó.

Safo dio un respingo, y Sátiro le puso una mano en el hombro.

—¿Quién te proporciona información desde dentro de esta casa? —insistió Sátiro.

—No lo sé —contestó Alcea. Al ver el semblante de Safo, gimió—. ¡No lo sé! Alguien deja una tablilla de cera escondida en la cisterna de nuestra casa. Casi cada semana encuentro una.

Sátiro asintió.

—Eso no lo sabía. Tal vez vivas. ¿Hama? ¿Te importaría interrogarla?

Hama asintió.

—A tu servicio, señor.

Sátiro se volvió hacia Fiale.

—¿Te marcharás a Atenas, despoina? ¿O debo tomar otras medidas?

Fiale se encogió de hombros.

—No iré.

—¿De veras? —preguntó Sátiro—. No estoy seguro de que mi *eudaimonia* sobreviviera a tu muerte. Pero no te equivoques conmigo, despoina. Te mataré si es preciso. Seré rey en el Euxino. No me detendrán una hetaira provinciana ni un asesino a sueldo. ¿Dónde puedo encontrar a Sófocles?

Fiale negó con la cabeza.

—No lo sé —contestó—. Niego los cargos que me imputas. Careces de pruebas. Me marcharé a Atenas y te odiaré desde allí.

—Elige —dijo Sátiro—. Cuéntamelo todo y vive. ¿Dónde lo encuentro? Si me dices la verdad, podrás emprender una vida nueva en Atenas.

—Niego tus acusaciones. No conozco a nadie que se llame Sófocles. Estratocles me contrató como cortesana y, según parece, le guardas un rencor tremendo por ello. ¿Qué voy a saber yo, pobre de mí? ¡Solo soy una hetaira! —agregó Fiale, manteniéndose en sus trece.

—Tengo las notas que le ha escrito —espetó Alcea.

—¡Mientes! —replicó Fiale—. ¿Cómo ibas a tenerlas?

—Me ordenabas que las quemara —dijo Alcea—, pero las guardé por si llegaba un día como este.

—¡Bah! —Pudo haberlas escrito ella misma —dijo Fiale—. Es quien redacta todos mis escritos.

Sátiro negó con la cabeza.

—Me parece que no me estás tomando en serio —dijo.

Fiale se cruzó de brazos.

—No me dejaré engatusar para condenarme a mí misma.

Hama habló con pesar.

—Puedo hacer que diga cualquier cosa en cuestión de una hora —dijo.

Nearco dio un paso al frente.

—No voy a ser cómplice de una tortura —dijo.

Sátiro miró uno por uno a todos los presentes.

—Una vez, cuando no maté a Estratocles, todos me aconsejasteis que en el futuro fuese el primero en golpear. Tía Safo, esta mujer es una víbora que nos hará daño en cuanto tenga ocasión. Ahora mismo, mientras hablamos, un asesino, su aliado, nos acecha. Intentó matar a Lita y tú acabaste con una daga clavada en el pecho para salvarla. Esta mujer proporcionó la información que dio pie a ese ataque, así como la información que condujo a la captura de León, y quizás haya hecho otro tanto contra el señor Tolomeo y Diodoro. Ahora no toca mostrarse indulgente.

Nearco miró a Fiale, cuyos ojos le imploraron.

—Soy inocente —le dijo—. Sátiro está loco.

Nearco se volvió hacia Sátiro. Negó con la cabeza y miró de nuevo a Fiale.

—Impediré que te torturen —dijo—. Pero eres tú, no Sátiro, quien está loca.

—Sé dónde encontrar a Sófocles, el médico —dijo Alcea, que seguía postrada en el suelo.

—Yo también —repuso Sátiro. No quería matar a Fiale pero no veía otra salida. Volvía a encontrarse en una situación como la de la playa; la muerte lo rondaba otra vez. Pero Sátiro había comenzado a entender a las personas. Si no acababa con ella,

la hetaira iría a por él.

Y entonces pensó: «¿Qué haría Filocles?». Y lo vio claro. Filocles nunca la mataría. Filocles le arrancaría los colmillos y la dejaría libre. El acto moral.

—Traedlo —dijo.

Sófocles se les escapó por el grosor de una puerta. El médico ateniense desapareció en los túneles que se abrían detrás de la taberna mientras los hombres de Sátiro derribaban la pared falsa. Hama tenía atenazado al tabernero, apoyando la espada en su cuello, e inundaron las calles de soldados, pero aun así lo perdieron. Carlo arrastraba a Fiale allí donde efectuaban registros, de modo que todos los moradores de la noche la vieran en compañía de los Exiliados.

Más tarde, tomando vino caliente, Sátiro meneó la cabeza.

—Me he precipitado —dijo—. He dejado que la prisa por zarpar haya determinado mis actos. Tendría que haber permitido que siguiera conspirando y cogerla con las manos en la masa. Y lo mismo vale para el médico. Ahora me doy cuenta.

Hama, sentado junto al hogar con sus botas tracias apoyadas en el borde de la chimenea, sonrió.

—Pero todos los ladrones, proxenetas y putas del mercado piensan que nos ha entregado al médico, ¿eh? —dijo a Neiron, que rio forzosamente. Sus remeros habían peinado las calles con los soldados de Hama.

Sátiro asintió.

—Esa parte ha ido bien —admitió.

Safo llegó con queso y aceitunas, que dejó al alcance de los hombres.

—¿Y la sirvienta? —preguntó.

—Alcea es toda tuya, tía. Mátala, tortúrala, véndela... Para nosotros ya no tiene utilidad —dijo Sátiro, y se encogió de hombros.

Safo lo miró.

—Es una persona, Sátiro. Tiene una existencia, aparte de su utilidad.

Sátiro meneó la cabeza.

—Tal vez —concedió.

—Si te has propuesto convertirte en otro Eumeles, no veo motivo alguno para seguir apoyándote —dijo Safo.

—¡Tía! ¡Solo he obrado para defender a esta familia! ¡Para protegerte!

Sátiro se sintió herido en sus sentimientos, tanto más cuanto que su tía aludía a cosas que él se preguntaba sobre sí mismo. Los estoicos decían que un insulto solo ofendía si sabías que era acertado.

Safo fue a plantarse delante de él.

—Te estás convirtiendo en un monstruo —dijo—. Estabas dispuesto a matar a

Fiale a sangre fría, igual que un tirano. Lo vi en tus ojos. Si lo hubieras hecho, a pesar de todo muchos de nosotros no te lo habríamos perdonado. Terón está lejos, Filocles ha muerto y mi marido está luchando quién sabe dónde. De modo que a mí me corresponde disciplinarte, y no soy más blanda que tú, sobrino. Vas camino de convertirte en un monstruo. ¡Abre los ojos!

Sátiro intentó beber vino pero se atragantó. Hama miró hacia otro lado. Nearco asintió a cada palabra de Safo y Neiron parecía que quisiera esconderse debajo del asiento.

—¿Hama? —preguntó Sátiro—. ¿Piensas que hice mal?

El oficial galo se miró las botas. Se encogió de hombros.

—En la guerra, los hombres hacen cosas crueles. En la paz, esas cosas parecen peores.

Sátiro se levantó, súbitamente enojado.

—¡Estamos en guerra! —dijo.

Safo negó con la cabeza.

—No, no lo estamos. Fuiste tú quien decidió hacerle la guerra a Eumeles. Mi marido y León te apoyan por amor a tus padres y a ti. Y esta guerra segará vidas, sobrino. Morirán personas. Si no eres mejor que Eumeles, un hombre egoísta y codicioso, aunque un mayordomo competente. Si vas a ser otro gobernante como él, que antepone sus intereses a la ley, que mata mujeres para limpiar de obstáculos el camino hacia el poder, todas esas personas morirán en balde. —Safo adoptó un tono más amable—. Es una mujer despreciable, pero sus actos nunca justificarán los tuyos. He visto tus ojos, ha faltado muy poco para que la mataras.

—¡Podría haber hecho que nos mataran a todos! —chilló Sátiro.

—¡Eumeles podría haber dicho lo mismo de tu madre! —replicó Safo—. ¡La mató porque le tenía miedo! —Se acercó y le cogió las manos—. ¿De verdad temes a Fiale?

Sátiro se apartó y apoyó las manos en el respaldo de su silla, apretándolo como si su barco corriera un temporal y se aferrara a la borda para no ser arrojado al mar. Miró uno tras otro a todos los presentes reunidos en torno al hogar y montó en cólera, y luego su ira se apagó como llamas en madera mojada. Soltó la silla.

—¿Qué haríais en mi lugar? —preguntó.

Nearco se encogió de hombros.

—Envíala a Atenas —dijo—, lávate las manos.

Safo negó con la cabeza.

—Déjala aquí —dijo—, y yo la vigilaré. Con Alcea. —Safo enarcó una ceja depilada—. Compraré el interés de Alcea y la pondré de nuevo a trabajar con su antigua patrona como espía.

—Y Fiale la matará o la evitará —dijo Sátiro.

—Lo dudo —respondió Fiale—. Y considero que deberías dejar que lo probara.

Sátiro miró a Hama.

—¿Y bien?

—Señor, no me impliques en esto. Yo obedezco. Si me lo pidieras, la mataría. Y, sin embargo, también estoy de acuerdo con la señora. Sobre cómo puede cambiar un caudillo. He visto a un buen jefe convertirse en un mal jefe, pero nunca he visto a un señor malo convertirse en un señor bueno. —Se encogió de hombros—. En cuanto a mí, me gustaría haber capturado al médico.

Sátiro dirigió la mirada a su timonel.

—¿Y tú, Neiron?

Neiron meneó la cabeza.

—En tierra hay problemas que no existen en el mar. Yo prefiero el mar, pero diré esto: cuando zarpemos, ningún enemigo de aquí supondrá un peligro para nosotros a no ser que tenga un barco más rápido y mejor tripulación. Nos iremos con la corriente. Cuando esa mujer vuelva a tener dinero y poder —el viejo marino se encogió de hombros—, seremos pasto para los peces o serás rey.

Sátiro asintió.

—Buen consejo. —Miró a su tía—. De todos vosotros —añadió, y suspiró—. No quiero ser un monstruo.

—Bien —dijo Safo.

Sátiro respiró profundamente.

—Sin embargo, el rumor de nuestra partida no debe salir de la ciudad. Hama, Safo, ¿podréis impedir que Fiale mande una carta? ¿Una tablilla? ¿Un rollo? ¿Un esclavo que se cuele en un mercante? Y Sófocles...

Neiron apoyó una mano en el hombro de su navarco.

—No pueden, pero pueden intentarlo, por los dioses, y ponérselo difícil.

Sátiro meneó la cabeza.

—Necesitamos tiempo. Si avisan a Eumeles... —Sátiro negó con la cabeza—. La vida es riesgo. —Se las arregló para sonreír—. Tengo veinte años y ya estoy perdiendo temple. Muy bien, tía. Se queda contigo.

—Gracias —dijo Safo, tocándole la mejilla—. Hama y yo haremos cuanto esté en nuestras manos.

Por la mañana, Sátiro se presentó ante Gabines, el mayordomo de Tolomeo, a la hora convenida. Contaba con tener que aguardar, pues, en Egipto, nadie era recibido la primera vez que solicitaba audiencia con el señor de la tierra.

Para su sorpresa, lo condujeron de inmediato a la presencia del señor de Egipto. Tolomeo estaba bajo un fresco magnífico de los dioses y los héroes, sentado en un trono de marfil tallado como si fuera el arconte de la ciudad y no su rey no coronado.

—¡Sátiro! —dijo, levantándose del sitial para cogerle ambas manos—. Nos temíamos lo peor, y seguimos echando en falta a tu tío.

Sátiro hizo una venia.

—Mi señor, estoy trabajando para poner fin a la ausencia de mi tío, y también preparo una campaña en primavera para derrocar a su captor.

Tolomeo volvió a sentarse y Gabines hizo señas a los esclavos para que trajeran vino.

—¡Procura que tu plan sea mejor que el último! —dijo Tolomeo.

Sátiro se sonrojó.

—Había un espía entre nosotros —respondió.

Gabines, jefe de espionaje del señor de Egipto, se inclinó hacia delante.

—Cuéntanos, joven.

Sátiro bebió un poco de vino, lo saboreó apreciativamente y asintió.

—¿Conoces a la hetaira Fiale? —preguntó.

—No tan bien como quisiera —contestó el señor de Egipto. Rio a carcajadas, mostrando todos los dientes.

Sátiro frunció el ceño.

—Espionaba para Eumeles, junto con Sófocles el médico ateniense.

Gabines asintió.

—Sófocles se ha marchado —dijo—. Lo tenía localizado pero ahora ha huido. Mi informante lo sitúa en un barco rumbo a Sicilia.

Sátiro se volvió de sopetón.

—¿Sabías que se escondía en el mercado nocturno? —preguntó.

—¡Sí! —contestó Gabines—. Y si tu tío hubiese estado aquí, habría tenido el atino de consultar conmigo antes de actuar.

Tolomeo asintió.

—Aquí no eres rey, muchacho. Te precipitaste.

Es difícil no perder la calma cuando se es joven y todos tus mayores parecen confabulados para señalar tus errores. Sátiro volvió a sonrojarse y notó calor en las mejillas. Disimuló su incipiente enojo bebiendo más vino.

Gabines meneó la cabeza.

—La próxima vez, sabrás a qué atenerte. ¿Puedes demostrar la implicación de Fiale?

Sátiro asintió.

—Creo que sí, aunque Filocles diría que depende de lo que se exija como prueba. Su esclava intentó sobornar al mío. Tenemos a esa esclava, que conserva escritos de su dueña. Escritos que Fiale dice que están falsificados.

—Circunstancias no faltan contra esa mujer —dijo Gabines, rascándose la barba. Miró a su amo—. No te recomiendo que la conozcas mejor, mi señor. —Se volvió

hacia Sátiro—. ¿Qué te propones hacer con ella, muchacho?

Sátiro se recostó y sonrió.

—Nada.

El señor de Egipto y su mayordomo se sonrieron mutuamente.

—¿En serio? —preguntó Gabines.

Sátiro asintió.

—Mi tía ha dado su palabra de que Fiale no causará más... descontento. — Saboreó el vino—. ¿Qué podéis contarme de Eumeles?

Gabines se quedó callado un rato. Reinaba un silencio tan absoluto que Sátiro podía oír la respiración del esclavo que tenía a sus espaldas.

—Eumeles se indignó cuando destruiste su escuadra en Tomis. Y ha recibido noticias sobre ti desde Bizancio y desde Rodas. Y también desde aquí. —Gabines levantó la vista—. Pero teme mucho más a tu hermana. Hemos sabido que está contratando mercenarios.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó Sátiro.

—No lo sabemos —intervino Tolomeo—. En algún lugar tierra adentro. En Pantecapea cantan una canción, o eso asegura mi agente; la canción dice que mató a siete hombres ella sola. —Tolomeo meneó la cabeza—. Yo aún la recuerdo como una chiquilla la mar de buena y tranquila.

Sátiro no pudo reprimir una sonrisa.

—Esa es Lita. —Asintió a Gabines—. En primavera tendrá un ejército. Cuando el suelo se endurezca, irá a por Marthax, el rey de los asagatje. En verano, si todo va bien, estará preparada para enfrentarse a Eumeles.

—Siempre y cuando ese Marthax no firme una alianza con Eumeles —dijo Gabines, que se encogió de hombros.

—¿Y tú, muchacho? —preguntó Tolomeo.

—He pedido a Diodoro que se reúna conmigo en Heraclea del Euxino —contestó Sátiro—. Tengo intención de armar una flota y atacar cuando el tiempo cambie.

—¿Así, sin más? ¿Armar una flota? —preguntó Tolomeo.

—He llegado a un acuerdo con Demóstrate, el rey pirata. —Sátiro bebió un sorbo de aquel vino excelente—. Y con Rodas.

—¿Los piratas y Rodas no se mezclan, muchacho! —dijo Tolomeo.

—Y espero contar también con Lisímaco. —Sátiro se echó para delante—. Tiene pocos barcos pero necesito su buena voluntad; y puedo apartar a Eumeles de sus costas y llevarme a los piratas para que no intercepten sus vías de comunicación. Me necesita.

Gabines asintió.

—Nosotros también lo necesitamos. Sin su pequeña satrapía, Antígono el Tuerto puede moverse libremente entre Asia y Europa; Casandro estaría sentenciado.

—Pero Casandro apoya a Eumeles —repuso Sático.

Tolomeo se encogió de hombros.

—Somos aliados, no hermanos. Eumeles no es amigo de Egipto, como bien sabes.

—Tienes la bendición del señor para tomar el Euxino, si es que puedes —dijo Gabines. Desvió la mirada hacia los esclavos—. Pero nadie debe saber de nuestra mano en el asunto. No podemos cederte nuestros barcos.

—¿En serio? —preguntó Sático—. Pensaba que tal vez me...

Gabines negó con la cabeza.

—El señor Tolomeo necesita todos los remos en el agua para su expedición a Chipre —dijo.

Sático se dirigió a Tolomeo, no a su mayordomo.

—¿De veras, señor? Contaba con llevarme diez o quince trirremes de aquí.

—Tolomeo se inclinó hacia delante.

—Te equivocaste —dijo sin rodeos—. Te enfrentaste con Eumeles y perdiste. Capturé dos barcos míos y las repercusiones son preocupantes. No puedo permitir que ocurra algo semejante otra vez... con Casandro.

Sático asintió.

—Necesito barcos —dijo. Luego se encogió de hombros—. Muy bien —prosiguió—. ¿Pero tengo tu permiso para seguir adelante con mi plan?

Tolomeo negó con la cabeza.

—¿Cómo voy a darte permiso? —dijo. Se encogió de hombros exageradamente, como un actor—. ¡No puedo controlarte!

Sático no tuvo más remedio que reír.

—Mi señor, algo me dice que si tengo éxito afirmarás ser mi benefactor y que si fracaso me repudiarás y demostrarás que no me ofreciste ayuda.

Gabines asintió.

—Precisamente, joven. Lo que haremos —prosiguió Gabines— será cubrirte las espaldas. —Carraspeó—. Nos avergonzaron los ataques contra tu hermana. Nunca volverá a ocurrir algo semejante.

Tolomeo asintió.

Gabines se acercó como un conspirador.

—Tendré a un hombre pegado a los talones de Sófocles. Y me aseguraré de que ningún agente de Eumeles se pueda comunicar desde aquí durante los diez días posteriores a vuestra partida.

Sático asintió.

—Eso vale tanto como unos cuantos barcos —dijo—. ¿Puedo preguntar cómo lo harás?

Gabines se encogió de hombros.

—Estamos a punto de enviar a nuestros primeros exploradores a la costa de Chipre, y una diversión estratégica hacia las costas de Siria. Detendremos a todos los barcos durante diez días.

Sátiro silbó y meneó la cabeza.

—Las bendiciones de mi patrón, Heracles, os asistan en vuestro empeño —dijo.

Tolomeo sonrió.

—También es mi patrón, muchacho.

Sátiro asintió.

—Sigo necesitando barcos. Creo que mi tío León diría que las promesas son fáciles de hacer.

—Cuando seas rey, enseguida le cogerás el tranquillo a estas poses —dijo Tolomeo. Se levantó, estrechó ambas manos de Sátiro como si fuese un igual y le dijo —: Que Tiqué te bendiga. —Luego se acercó a él Y le susurró al oído—: Tengo dos barcos, buenos barcos con cascos sólidos, que saldrán a subasta hoy mismo. Y un par de trirremes que mis arquitectos han condenado por ser demasiado pequeños para la guerra moderna. —Se apartó y le guiñó el ojo—. Los cuatro se venderán a precios de saldo. —Retuvo una mano de Sátiro entre las suyas—. Es lo más que puedo hacer.

Sátiro sonrió.

—Que los dioses te bendigan, señor —dijo.

Los barcos que se vendían a peso rara vez se subastaban con aparejos y remos, y sus tripulaciones tampoco solían presenciar la subasta, aguardando a ser contratados por los nuevos armadores, sin embargo, así fue como sucedió en aquella ocasión. Sátiro y e Isaac Ben Zion fueron los únicos compradores que acudieron a la subasta.

—No pujes contra mí por el cuadrirreme con la máquina en proa —dijo Ben Zion—. Es para Abraham.

Sátiro vació de oficiales el establecimiento de León sin vacilar, llevándose la flor y nata de los capitanes, timoneles y maestros remeros de su flota mercante a sus nuevos barcos. Estuvo encantado de encontrar el *Avispón*, un trirreme capturado, varado en la playa.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Sátiro, y los marineros le contaron que Sarpax lo había capturado con un pentekonter en la boca del Euxino. Sátiro siguió la pista de Sarpax hasta un burdel y lo reclutó para que comandara el *Avispón* contra Eumeles durante el verano.

—¿Tiras tan bien como tu hermana? —preguntó Sarpax. Se echó a reír y la perla que llevaba en la oreja brilló—. ¿Servirá para traer de vuelta al amo León?

—Sí —contestó Sátiro, y se dieron la mano para cerrar el trato.

Sátiro también se llevó el *Jacinto*, un barco idéntico al *Loto Dorado*, otra *tremiolia* de Rodas, el buque insignia de la escuadra que León enviara a Marsella, juntando así una flota de siete naves. Cenó con sus oficiales, hombres a quienes

conocía de la mesa de Safo.

—¿*Oinoe*? ¿*Platea*? —preguntó Safo desde su diván—. Eso son nombres de ninfas.

—No, de batallas en las que Atenas salió airosa. —Sátiro alzó su copa de vino—. Por la Estoa Pintada, amigos. Y por Zeno, el amigo de Filocles. Fue quien tuvo la idea poner estos nombres. *Oinoe* y *Platea* son los cuadirremes. *Maratón* y *Troya* los trirremes.

Sandokes, el nuevo navarco del *Oinoe*, era un jonio de Samotracia. Tenía una hermosa cabellera negra rizada, llevaba sendas cuadrigas de oro en las orejas y su cuerpo mostraba los músculos propios de un hombre que se cuidaba mucho en el gimnasio. Pese a todo ello, era uno de los capitanes predilectos de León, un hombre que había hecho la carrera de Marsella cuatro veces y que en una ocasión había capturado un mercante al otro lado de las Columnas de Heracles.^[8] Conocía a Sarpax desde hacía muchos años, y compartía diván con él.

Aekes, que también tenía fama de ser amigo de Sandokes, tenía un temperamento diametralmente opuesto. Con el pelo crespo por el salitre, llevaba un simple quitón de cuero hecho con dos pieles de cordero cosidas, igual que un granjero. Iba bastante limpio y sus brazos y piernas mostraban los músculos propios de un marinero bregado, pero no llevaba pendientes ni ropa de gala para acudir a un simposio. Lo que sí tenía era una larga espada celta en una vaina de bronce que había dejado apoyada contra el diván, así como la reputación de ser un gran cazador de piratas. Iba al mando del *Jacinto*. Se decía que por nacimiento era un ilota de Esparta, pero nadie lo había interrogado al respecto. A Sátiro le constaba que había estado muy unido a Filocles y que había donado una suma considerable para la estatua del espartano que iban a construir en la biblioteca.

Dionisio, uno de las decenas de hombres que llevaban ese nombre en Alejandría, era amigo de infancia de Sátiro. Estaba tendido cerca de Sandokes, a quien idolatraba. Tomaría el mando del *Maratón*. Sátiro había dudado en volver a enrolarlo; había faltado poco para que Dionisio perdiera su barco en la batalla en aguas de Olbia, y había difundido el rumor de la muerte de Sátiro. No obstante, Dionisio había costado la reparación del barco y los salarios de los remeros con la fortuna de su padre, en dinero contante y sonante, y lo cierto era que la flota de Sátiro estaba comenzando a salir tan cara que ya se veía el fondo de los cofres de su tío León.

Anaxilao era capitán y científico, amigo de muchos filósofos de la biblioteca, un hombre muy culto que, no obstante, había optado por ser navegante. Era pelirrojo, cosa que bastaba para que destacara entre los demás invitados, y sus excelentes modales señalaban sus orígenes sicilianos. Su padre y su abuelo habían sido tiranos en la Itálica, y Anaxilao solía bromear diciendo que se había hecho a la mar porque era más seguro que permanecer en casa. Iría al mando del *Troya*. Gelón, su mucho

más guapo hermano menor, sería el responsable de llevar el *Platea* hasta Bizancio para Abraham. Allí le habían prometido un trirreme. Estaba recostado frente a Apolodoro, que se las daba de caballero e insistía en detallar su linaje a los sicilianos.

Eran hombres sociables, los marinos lo son por naturaleza, y si la conversación era apasionada y versaba sobre asuntos náuticos, también era distinguida. Safo aún sonreía por la galantería de Anaxilao mientras acompañaba a los últimos invitados a la puerta.

—Los sicilianos tienen los mejores modales —dijo, mientras el mayordomo cerraba la puerta del jardín.

—Me parece que Filocles habría dicho que los espartanos los tienen mejores —respondió Sático. Regresaron juntos al salón principal y se reclinaron en divanes contiguos.

—¿Todavía estás enfadado conmigo? —preguntó Safo.

—No —contestó Sático—. En absoluto. Tenías razón, por supuesto. Echo de menos a Filocles. Solía decir que a veces es fácil confundir lo brutal con lo sencillo. —Sático fue consciente de que el vino le había subido a la cabeza. Su tía era realmente guapa, aunque tampoco fuese la primera vez que reparara en ello. Apartó ese pensamiento por considerarlo indigno—. Matar es fácil, y encontrar otra solución es difícil; pero a mí me cuesta matar y eso enturbia el asunto.

Safo se puso bocabajo; una postura más propia de una hetaira que de una refinada señora de Tebas.

—Querido sobrino, todos hacemos cosas que lamentamos; a menudo solo para demostrarnos algo a nosotros mismos. ¿Puedo decirte que opino que eres afortunado con tus capitanes?

Sático sonrió e intentó disipar el aturdimiento y la pesadez.

—Estoy de acuerdo. Buenos hombres; y una buena fiesta, también.

Safo sonrió al vino de su copa.

—Como veterana de unas cuantas fiestas, querido, puedo asegurarte que los buenos hombres son los que hacen buena una fiesta, no la calidad de las langostas o las gracias de las flautistas.

Sático le sonrió.

—Filocles podría haber dicho lo mismo.

Safo asintió y rio con socarronería, como burlándose de sí misma. Sático no supo a qué atenerse y optó por cambiar de tema.

—¿Estás satisfecha con la perspectiva de retener a Fiale? —preguntó.

Safo asintió.

—Gabines me ha enviado una nota —dijo—. Vigilaremos a Fiale. Y Sófocles se ha marchado a Sicilia. No regresará a menos que lo hagas tú. Yo no soy un objetivo valioso.

Sátiro asintió.

—Eso solo demuestra lo idiota que es. Tú mandas sobre mí y mi hermana. Diriges las finanzas de los Exiliados y, según he podido deducir, fuiste tú y no Coeno quien envió a mi hermana a hacerse con el liderazgo sobre los sakje.

Safo alzó su copa de vino.

—¡Adulador! —dijo.

—Los hombres son extraños —respondió Sátiro—. Los griegos fingen que las mujeres son inferiores cuando, en mi opinión, tú que eres hija y antigua esposa de beotarcas,^[9] puedes competir con cualquier hombre en un concurso de inteligencia.

—He conseguido un par de triunfos —dijo Safo. Bebió otro sorbo de vino—. Acepto agradecida tus cumplidos. Ya he rebasado la edad en que los hombres se paran en la calle para mirarme.

Sátiro se levantó de modo vacilante. Había tomado demasiado vino para el poco tiempo que llevaba restablecido.

—¡Te equivocas, tía! Los hombres siguen ensalzando tu belleza.

Caminó hacia ella con paso inseguro. Pocas veces la había visto tan guapa.

Safo se levantó del diván y se alisó el quitón.

—Eres la viva imagen de tu padre, Sátiro. Hasta en la torpeza y la simpatía de tus halagos. Tus sentimientos por Fiale te han dejado vulnerable. Sé precavido.

Abrazó a Sátiro, que sintió su calor, la presión de sus pechos contra el suyo, y luego se apartó.

Sátiro se sonrojó porque, como de costumbre, su tía había dado en el clavo.

—¿Creceré alguna vez? —preguntó.

Safo rio con los ojos chispeantes hasta que él también se echó a reír.

—Una buena fiesta nos hace sacar la lascivia a todos —dijo Safo—. Ve y conquista el Euxino —agregó—. Y haz que tu hermana regrese en busca de su hijo antes de que decida quedármelo.

—Dijiste que no querías más hijos —repuso Sátiro—. Me acuerdo muy bien.

Safo meneó la cabeza y dio media vuelta.

—He visto hombres con una voluntad de hierro en lo concerniente a las mujeres... hasta que una los toma de la mano y, con ese primer contacto, se convierten en arcilla en sus manos. —Se encogió de hombros—. Las mujeres a veces son así con los niños.

—Pero... —comenzó Sátiro.

—Calla, sobrino —dijo Safo—. Ve y conquista el Euxino. Yo me ocuparé del niño.

Por la mañana todos los barcos de su escuadra zarparon de la playa a la vez. Los

oficiales de León, ahora oficiales de Sático, eran profesionales, mejores oficiales, cada uno de ellos, que los que la armada de Tolomeo había puesto a su disposición. Sático se tendió junto a la borda del *Loto* y escuchó sus órdenes, observando a los remeros y a los marineros que se afanaban para reflotar las naves. Los dos trirremes ligeros fueron pan comido, pero los pesados cuadrirremes con sus catapultas de proa y sus nutridas tripulaciones costaron más de botar, y las voces de Diomedes, el nuevo timonel del *Platea*, se oían a un estadio de distancia.

No obstante, los cascos de las naves estaban recién limpiados. El *Loto* había sido raspado y puesto a secar mientras Sático yacía postrado en cama gritando a sus visiones, y los remeros lo impulsaron rumbo al norte, siguiendo la costa de Palestina a toda velocidad.

Sático escudriñaba la orilla y a cada tanto desviaba los ojos hacia los horizontes de occidente, donde Chipre acechaba fuera del alcance de la vista. Pero el invierno, el pleno invierno, no era el mejor momento para arriesgarse a que los pillara un vendaval en mar abierto al sur de Chipre.

Vararon los barcos en Ake, el puesto de avanzada más septentrional del poder de Tolomeo, y descansaron un día y una noche antes de surcar las aguas hacia el norte, impulsados por una infrecuente brisa favorable. Pasaron por delante de Tiro en pleno día y vieron el puerto interior atestado de barcos de guerra, aunque todos sus mástiles estaban bajados y los cascos amontonados en la playa. Y tres horas después pasaron volando por delante de Sidón, con las velas todavía hinchadas por el viento fresco. Todos los timoneles y los trierarcas ofrecieron libaciones a Poseidón y siguieron adelante. Si alguien emprendió su persecución, nadie se dio cuenta.

—Creía que Tolomeo tenía una escuadra remontando esta costa para hacer un amago —dijo Neiron—. Tendríamos que haberla visto.

—Tengo la creciente sospecha de que el amago de Tolomeo somos nosotros —contestó Sático. Miró hacia tierra a la luz rojiza del atardecer invernal—. Quizá no encontremos tiempo tan bueno en diez días. Es demasiado bueno para que nos paremos a hacer noche. —Miró a Neiron—. Me gustaría llegar al norte de Laodicea antes de buscar una playa.

Neiron asintió.

—Pídeme que resuelva tus disputas en tierra y seré un hombre de mar —dijo Neiron. Asintió de nuevo y se rascó la garganta—. Aquí no tengo problema en dar consejo. Tendremos este viento como mínimo hasta que salga el lucero del alba. El cielo está raso y los hombres descansados; nadie ha tocado un remo en todo el día. —Frunció el ceño—. Además, quieres que estén preparados para cualquier cosa cuando entremos en el Euxino. Correr pequeños riesgos ahora nos dará mejores tripulantes.

Pasaron ante Laodicea a oscuras, su posición solo la marcaba el mortecino resplandor de la ciudad, y casi toda la luz provenía del fuego eterno que ardía en el

templo de Poseidón, levantado en un promontorio que dominaba la localidad.

Venus, el lucero del alba, comenzó a ser visible cuando doblaron el cabo de Gigarta y Neiron señaló la negrura del mar abierto.

—Hay un grupo de islas al noroeste de Trípoli —dijo—. Si alineo la punta de Kalamos con la Estrella Polar, deberíamos llegar a una playa en cuestión de una hora.

El viento estaba cayendo, y las velas se sacudían cada pocos minutos con sus ráfagas intermitentes. Sátiro asintió.

—¿Cambio de tiempo? —preguntó.

—Harto probable —contestó Neiron.

—Hazlo —ordenó Sátiro, y una hora después estaba comiendo estofado caliente en una playa lo bastante grande para siete barcos de guerra y sus tripulaciones. Y reparó en cierto respeto por parte de los timoneles y los trierarcas. La navegación nocturna no estaba hecha para los pusilánimes.

Por la mañana remararon hacia el norte, con una brisa que soplaba de tierra. La *tremiolia* podía navegar con el viento por la aleta pero no así los trirremes y los cuadrirremes, y sus remeros tuvieron ocasión de ejercitarse.

A mediodía se encontraban al norte del antiguo puerto pirata de Arados, y cenaron en la playa de Gabala, en la costa de Siria.

De hecho, pasaron tres días en la playa de Gabala resistiendo el azote del viento y unas lluvias torrenciales que hacían imposible reflotar los trirremes, y Sátiro se vio obligado a utilizar al personal para alejar las embarcaciones del agua, subiéndolas a lo más alto de la playa. Y tenía a mil remeros a los que alimentar, de modo que sus hombres recorrieron el campo en busca de comida mientras aguardaban a que cesara la tempestad, pues habían consumido hasta la última ración de sus provisiones.

El cuarto día se hicieron a la mar con el estómago vacío y varios puestos sin ocupar en las bancadas porque algunos remeros no habían regresado. Poner a flote el *Platea* no fue tarea fácil y luego surcó las olas con poco brío dado que los remeros de la cubierta superior habían comido algo en mal estado y la disentería hacía estragos.

Llevaban menos de un día en el mar cuando Sátiro vio la escuadra en popa. Se la señaló a Neiron, que maldijo.

—Por la verga de Poseidón —dijo—. ¿De dónde han salido?

—No lo sé —dijo Sátiro—. ¿Tiro? ¿Sidón? Siempre he sabido que corríamos un riesgo subiendo por esta costa. Estamos navegando en aguas que controla la flota de Demetrio. —Meneó la cabeza—. Tolomeo tiene buena parte de culpa.

A mediodía doblaron el cabo de Posidonia y todo hombre que tuviera grano tiró un puñado de cebada al mar. La escuadra que los seguía no era más que un grupo de mellas en el horizonte, y su avistamiento solo era ocasional. Nadie llevaba el palo levantado en un día como aquel, con el viento soplando del norte, y los remeros maldecían su suerte a cada estrepada.

A primera hora de la tarde el viento volvió a rolar al este, soplando de tierra, y la escuadra perseguidora comenzó a ganar terreno, comenzando a notarse que llevaba remeros más descansados y mejor alimentados.

Sátiro los vigilaba mientras se aproximaban. Estaba de pie en la popa observando los gallardetes que ondeaban en el mástil, indicando cada cambio de viento.

—¿Neiron? —llamó.

—¿Señor?

Neiron se despertó y enseguida se puso alerta. Había puesto al maestro remero al timón para dormir un rato en el banco del timonel.

—Tengo intención de virar al oeste y navegar de empopada hasta Chipre —dijo—. ¿Qué opinas?

Neiron se chupó dos dedos y los levantó. Luego miró las nubes.

—Es arriesgado —dijo.

Sátiro señaló hacia popa y Neiron dio media vuelta y vio a los perseguidores.

—A lo mejor no van a por nosotros —dijo, mesándose la barba.

Sátiro asintió.

—Son persistentes, no obstante. Se avecina otro vendaval y esos caballeros siguen en el mar.

—Y realmente parecen barcos de guerra. —Neiron miró protegiéndose los ojos con la mano—. Seis horas hasta que avistemos el templo de Afrodita en Kleides. —Meneó la cabeza—. Si el viento cambia, estaremos en mar abierto en plena noche con una tormenta formándose detrás de nosotros.

Sátiro asintió.

Neiron se encogió de hombros.

—Hazlo —dijo.

Sátiro cogió el timón. Neiron fue hacia proa y ordenó a los tripulantes de cubierta y a los marineros que izaran la vela mayor, y en cuanto estuvo envergada al mástil, Sátiro dio la orden y el *Loto*, que todavía iba a remo, viró de norte a este en una eslora. Sátiro quedó complacido al ver que el siguiente barco de la fila, el *Oinoe*, estaba preparado y, aunque tardó más en levantar su mástil, efectuó la virada ordenadamente. Detrás de él, el *Platea* compensó su mal rendimiento en una maniobra anterior y viró con celeridad, y los dos trirremes levantaron sus mástiles mientras viraban.

El *Jacinto* se demoró en la virada y perdió terreno mientras seguía avanzando lentamente a remo hacia el norte. No sería de extrañar que su timonel se hubiese dormido. Pero por lento que fuese el *Jacinto*, más lo fueron los perseguidores. Continuaron rumbo norte tanto rato que Sátiro comenzó a preguntarse si estaba huyendo de fantasmas. Solo cuando se hubieron interpuesto por completo entre Sátiro y la costa giraron sus proas hacia el mar, aunque no izaron las velas.

—Cuento diez —dijo Neiron—. Son enormes, los muy cabrones. Todo el mundo construye barcos cada vez mayores. ¿Eso es un *hepteres*?

El perseguidor de más porte descollaba entre los demás, con tres cubiertas de remeros y un casco ancho y pesado que sin embargo parecía navegar deprisa.

—Ahí van Demetrio o su almirante —dijo Sático. Meneó la cabeza—. Debe creer que somos la tan esperada incursión desde Egipto.

—Por eso nos ha alejado de su costa —dijo Neiron—, y ahora nos deja a la merced de Poseidón.

—Ojalá no hubieras dicho eso —respondió Sático.

Siguieron adelante por un mar cada vez más embravecido, con el viento aullando detrás de ellos.

Pero tenían buenos barcos y buenos oficiales, y antes de que los últimos rayos rosados del ocaso invernal desaparecieran tras las montañas de Chipre, el *Loto* tenía la popa varada en arena negra al oeste de Ourannia, con un promontorio entre ellos y la fuerza de viento de levante. Campesinos chipriotas bajaron a la playa con canastos de pescado seco y cangrejos vivos, y Sático pagó en metálico un festín mientras el viento arreciaba y volvía a caer.

Durante tres días avanzaron penosamente ante la costa de Chipre, con la proa encarada al fresco viento de poniente que siguió a la tempestad, y siguieron costeano hasta llegar a la playa de Likkia, una playa que Sático ya había utilizado con anterioridad. Allí aprovisionó los barcos, pagando a crédito con el nombre de su tío, por todos bien recibido. Aguardó unos días a que soplara viento del este y, cuando se levantó, hizo un sacrificio en la playa y se hicieron a la mar.

—Derechos al oeste hasta Rodas —dijo.

Neiron meneó la cabeza.

—¿Por qué arriesgarse? —preguntó.

—El tiempo vuela —dijo Sático—. Cualquiera día de estos correrá la voz de nuestra partida de Alejandría.

—Cualquiera que se dirija al norte tiene que seguir la misma ruta que nosotros hemos seguido —dijo Neiron.

—Y yo ya lo he hecho antes —respondió Sático.

Neiron asintió.

—Eso me han dicho —contestó—. ¿No basta con una vez?

La mayoría de naves navegaba cerca de la costa, poniendo rumbo norte desde la punta de Chipre hasta la costa de Asia Menor para luego costear de puerto en puerto hacia poniente.

—Si el viento se mantiene doce horas, alcanzaremos Rodas antes de que las estrellas aparezcan en el firmamento —dijo Sático.

—Si el viento cae, estaremos a la deriva en alta mar, rezando para que Poseidón

se apiade de nosotros. —Neiron se encogió de hombros—. Pero tú eres el navarco. Solo espero que cuando Tiqué te abandone yo ya haya muerto.

Sátiro sonrió, pero mantuvo los puños apretados y tuvo retortijones de estómago hasta que aquella noche atracaron. La tripulación se exaltó cuando el vigía divisó el promontorio de Panos, y de nuevo cuando se deslizaron por el espejo de agua del puerto interior de la ciudad, pasado el templo de Poseidón.

—¿Todo esto por ganar un día? —preguntó Neiron.

Sátiro terminó de verter el vino al mar.

—Las tripas me dicen que cada día cuenta —contestó.

—¿Crees que aceptarán tu oferta? —preguntó Neiron.

Sátiro señaló la playa de debajo del templo, donde había una docena de triemioliai varados en la arena.

—¿Se te ocurre algún otro motivo por el que prepararían una escuadra en pleno invierno? —preguntó.

—Los dioses te aman —dijo Neiron, sonriendo. Asintió con gravedad—. Aprovecha mientras dure.

Parte III

El vuelo de las águilas

Pantecapea, finales de invierno, 310 a.C.

—¿Cómo está nuestro augusto prisionero?

Eumeles estaba de un inusitado buen humor. Sentado en su banqueta de hierro contemplaba por encima de las almenas de su ciudadela el centelleante Euxino a la luz de finales de invierno. ¿O ya era el principio de la primavera? El tiempo era benigno y el sol brillaba.

Idomeneo tenía una lista de asuntos importantes y León, el prisionero, no era uno de ellos.

—Sigue vivo. ¿Realmente necesitas saber más?

Eumeles se encogió de hombros.

—Me preguntó cómo se sentiría la joven Melita si le enviara una mano o un ojo.

Idomeneo cerró los ojos un momento y los abrió lentamente.

—Yo no lo recomendaría, señor. Ya tiene a nuestros granjeros de su parte.

—Si el estúpido de Marthax hubiese recurrido a mí... —Eumeles meneó la cabeza—. Pero ella carece de flota, y la única infantería que conseguirá serán esos perros amotinados de Olbia. Nuestro ejército se la comerá y, mientras estemos en ello, recuperaremos la lealtad de Olbia de una vez por todas. —Eumeles sonrió—. Qué ganas le tengo a esta campaña. Solo dos pasos para delante y tres para atrás. Cuando Olbia sea aplastada, realmente seré rey.

Idomeneo asintió.

—Sí, señor —dijo automáticamente—. Entretanto, los atenienses quieren ver satisfechas sus cuotas de grano o de lo contrario amenazan con cortarnos el crédito.

—¿De dónde esperan que venga ese grano exactamente? —Eumeles negó con la cabeza—. ¿Cómo pueden contar con llenar sus barcos dos veces al año cuando antes solían cargarlos una sola vez?

—Les vendiste un segundo cargamento el otoño pasado, señor.

Idomeneo no tendría que haber dicho aquello, pues permitió que sus opiniones se reflejaran en su voz y su amo se volvió hacia él, clavándole sus pálidos ojos asesinos.

—Perdona si me equivoco —dijo Eumeles, su voz apenas un susurro—, pero me ha parecido oír que criticabas mi política.

Idomeneo abrió sus tablillas y recorrió con el estilo la lista de asuntos pendientes.

—Señor, el hecho es que los atenienses exigen más grano de inmediato. Y si no los satisfacemos, tus mercenarios no embarcarán, como tampoco habrá con qué pagar

a los hombres que ya tenemos. Siguiendo con el mismo tema, Nicéforo solicita audiencia. Supongo que tiene intención de reclamar pagos. Sus hombres llevan tres meses sin cobrar.

Nicéforo era el *strategos* de Eumeles, un hombre excepcionalmente competente. Era a un mismo tiempo inteligente y leal, una combinación difícil de encontrar.

Eumeles asintió.

—Pues veámosle.

—¿Entiendes que no tenemos dinero? —preguntó Idomeneo.

Eumeles lo miró y se rio.

—Llevas una vida muy dura, Idomeneo. Si criticas al tirano, vives presa del miedo. Si no le das consejo y cae, caes con él. —Eumeles meneó la cabeza—. Escucha, yo ya montaba este tigre cuando tú eras un cachorro. Mi padre fue tirano en estos pagos. Ten un poco de fe. Este invierno las cosas han cambiado a nuestro favor. Presiento el final de la peor parte. Estos problemas de dinero nunca son difíciles de resolver. Y una vez que los bárbaros del mar de hierba estén en su sitio, tendremos poder. Poder de verdad. Dudo que Lisímaco, Antígono y los diádocos sepan realmente lo ricos que somos aquí arriba. —Eumeles sonrió—. Mi intención es ser muy fuerte antes de dejarles descubrir que puedo comprar y vender a los señores del mar Interior. —Miró las tablillas de Idomeneo y suspiró—. Solo tengo que pasar por los sórdidos pormenores habituales para llegar a la parte buena.

Idomeneo fue en busca de Nicéforo. Prefería a su amo cuando se mostraba malhumorado y pragmático. La vivacidad era muy peligrosa porque le enturbiaba el pensamiento.

—¿Cómo está hoy? —preguntó Nicéforo. Llevaba un magnífico peto de bronce y plata debajo de su manto tirio carmesí.

—Mejor que nunca —contestó Idomeneo.

Nicéforo enarcó una ceja.

—Siempre dices lo mismo, y no siempre es verdad. —Se encogió de hombros—. No me malinterpretes. Necesitamos que esté en plena forma. No me gustan los informes de los georgoi. Esa arpía podría arrebatarlos la campiña.

—La superstición de los granjeros es de sobra conocida —dijo Idomeneo.

Nicéforo se detuvo ante las puertas de la ciudadela.

—Escucha, mayordomo. Tengo la cortesía de comentar asuntos de estado contigo como si fueras un igual porque pienso que velas de todo corazón por los intereses de tu amo. No me vengas con perogrulladas.

—Debo quedarme con tu espada, *strategos* —dijo el guardia, en tono de disculpa.

Nicéforo no apartó sus ojos de los del mayordomo mientras entregaba al guardia su espada recta y sobria.

—Los georgoi tienen motivos para estar asustados —admitió Idomeneo.

—Exactamente. —Nicéforo asintió—. Pasemos.

Inclinó la cabeza ante el tirano, sin más protocolo. Eumeles le correspondió con una reverencia cortés.

—¿Vienes a buscar dinero? —comenzó Eumeles.

—Los muchachos acumulan tres meses de atrasos. Lo sabes de sobra, así que no voy a extenderme. Si llega la nueva falange con los salarios en el bolsillo, habrá un motín. —Nicéforo cruzó los brazos—. Aunque eso no es lo que me ha traído aquí.

—Tus hombres aún no han sido llamados a combatir. —Eumeles parecía pensar que aquel era un detalle importante—. Tienen casa y comida. Cobrarán cuando los necesite.

Nicéforo puso los ojos en blanco.

—Señor, guarda tus discursos para la asamblea. Mis hombres quieren cobrar. Me encomendaste que buscara soldados, soldados de verdad, no escoria jónica. Los contraté en Heraclea e incluso de entre las filas de Lisímaco, y ahora quieren su dinero.

Eumeles miró con arrogancia a su *strategos*.

—Muy bien. Necesito que encuentren los medios para cobrar su salario. Una solución elegante. Envía la falange a la campiña a recoger el grano; todo el grano. Todo lo que esos georgoi tengan en sus graneros. Primero envía un *taxeis* a las tierras del Tanais; no nos meteremos con nuestros granjeros hasta que no quede nada en el Tanais.

—¿Quieres dejarlos sin semillas? —preguntó Nicéforo.

Eumeles asintió.

—Sí. Hasta el último grano.

—Pero... —comenzó Idomeneo.

—¿Acaso parezco idiota? —gritó Eumeles, poniéndose de pie. Era más alto que la mayoría de los hombres, y muy flaco, y había perdido el pelo de la coronilla. Parecía más un burócrata que un temible tirano hasta que se levantaba cuan alto era—. Coge sus beneficios —dijo—. Quítales los medios para mantener a esa princesa de pacotilla, a esa Melita. Déjalos sin medios para cultivar la tierra y se morirán de hambre.

Idomeneo negó con la cabeza. Cruzó una mirada de mutuo y silencioso entendimiento con Nicéforo.

—Amo, señor, si despojamos a los labriegos del Tanais, se los servimos en bandeja.

Eumeles asintió.

—Entiendo que pienses eso pero, francamente, y no nos engañemos, a esos campesinos ya los hemos perdido. Son un atajo de traidores. ¿Por qué no arrebatarnos sus bienes?

—En cuanto retire a mis hombres después de recaudar ese impuesto, toda la región se inflamará —dijo Nicéforo.

Eumeles negó con la cabeza.

—No. Te equivocas. En cuanto recaudes ese impuesto se convertirán en refugiados, hombres sin hogar que vagarán en busca de comida. Cuando haya vencido a los bárbaros, regresaré y otorgaré títulos de propiedad a los soldados, fincas grandes con su correspondiente población de siervos muertos de hambre. Tendré un pueblo leal y estable de soldados, soldados que, de la noche a la mañana, serán prósperos terratenientes mientras que los campesinos rebeldes se verán reducidos a la esclavitud, que será lo mejor para ellos. Y la única arma que necesito contra ellos es el hambre.

Nicéforo se rascó el mentón.

—En tal caso se trata de un asunto de coordinación, señor.

Eumeles se rio.

—Sí, y la coordinación es mía. Escucha, esta chica no puede reunir a las tribus en cuestión de días. Antes de que constituya su ejército, la inundaremos de bocas inútiles, campesinos sindi y meotes hambrientos, hombres desesperados. Y sus inútiles familias. En cuanto tengamos el dinero, pagamos a nuestros hombres, llegan nuestras nuevas tropas y partimos a por ella. La aplastamos en cuanto el suelo esté duro, y asunto concluido. Los campesinos no tienen a quien recurrir, y nosotros hemos cambiado el reglamento sobre la propiedad de la tierra. Tal como debería haber sido desde el principio.

Idomeneo asintió.

—Está muy bien pensado. —Asintió de nuevo—. Reconozco tu amplitud de miras, señor.

Nicéforo esbozó una sonrisa.

—Debo admitir que a los muchachos les gustará el plan. ¿Caballeros granjeros? ¿Qué joven macedonio no aspira a eso? Pero hay dos cuestiones, señor. En primer lugar, el tipo de campaña que concibes contra los georgoi supone el final de la disciplina. Y eso es malo. En segundo lugar, no se trata de ilotas espartanos. Tienen armas; arcos, corazas, grandes hachas.

Eumeles asintió.

—¿Me estás hablando de problemas militares? —preguntó Eumeles.

Nicéforo asintió.

—Supongo que cabe decir que sí —contestó.

Eumeles volvió a sentarse y bebió un poco de vino.

—Pues entonces dame una solución militar. Y sin excusas.

—¿Qué se sabe del hermano? —preguntó Nicéforo—. ¿De Sátiro?

Eumeles miró a Idomeneo enarcando una ceja. El mayordomo consultó sus

tablillas.

—Hace cinco semanas estaba en Alejandría. —Idomeneo no pudo evitar una sonrisa—. En tratamiento por adicción a la amapola. —Cerró las tablillas de golpe—. No hay más informes.

—Es invierno —dijo Eumeles—. Quizá tenga los huevos de intentarlo otra vez en primavera. Tal vez se convierta en un lotófago. En cualquier caso, habré aplastado a la chica dentro de seis semanas, y él nada puede hacer para detenerme. —Eumeles alzó su copa—. Por el fin de esta mierda. Por el reino del Bósforo.

Idomeneo sirvió vino para él y para Nicéforo. Todos bebieron, y solo a Nicéforo pareció preocuparle que no se ofreciera una libación.

—Nos ha avistado —dijo Neiron. Escrutaba las aguas bajo el sol de finales de invierno, y los destellos de las crestas de las olas bastaban para engañar a casi todo el mundo—. Cambia de rumbo.

Sátiro se agarró a un obenque y se encaramó a la borda. La velocidad de su travesía, con un viento fresco que los hacía escorar, le sacudía el quitón.

A lo lejos, casi en el horizonte, los mástiles del otro barco acotaban distancias entre sí, alineándose.

—Sí —dijo Sátiro.

Una semana en Rodas y diez días en Bizancio; una comida, un abrazo de Abraham y de Terón, un intercambio de órdenes y zarpar de nuevo, dejando a Sandokes y a Pantero de Rodas en puerto para que llevaran la flota tras el intervalo convenido. Había esperado pasar desapercibido al piquete del Bósforo; en realidad, había contado con ello.

Abraham y Terón habían tenido éxito en sus gestiones y eso significaba que necesitaba un fondeadero en el Euxino, un fondeadero a barlovento de Pantecapea. Lisímaco había contribuido con solo tres trirremes y un centenar de infantes, pero su alianza suponía mucho más que eso. Terón había hecho un buen trabajo.

Y Demóstrate, el rey pirata, seguía estando bien dispuesto; gracias a Abraham, el anciano estrechó la mano de un precavido Pantero como si fuese un viejo amigo de Rodas. Sátiro los había dejado observándose con recelo.

Manes había fruncido el ceño, con los ojos enrojecidos, pero sus barcos también habían acudido.

Sátiro había cruzado el Bósforo tan deprisa como pudieron sus remeros y los dioses lo favorecieron con un viento perfecto, de modo que en cuanto la proa del *Loto* dejó atrás las rocas de la salida del canal, izaron ambas velas y viraron hacia el este, navegando de empopada. Todo había salido redondo para efectuar una rápida travesía... excepto el barco avistado a barlovento.

—No nos dará alcance —dijo Neiron tras dar la vuelta al reloj de arena.

Sátiro meneó la cabeza.

—No tiene por qué capturarnos. —Dio una patada en el suelo de pura irritación—. Nunca subestimes a tu adversario. No pensaba que Eumeles tuviera suficientes capitanes para vigilar el mar todo el invierno. Escucha, Neiron, estamos a bordo del *Loto Dorado*. Todos los marinos del Euxino conocen este barco.

Neiron asintió.

—Y eso significa... —dijo Neiron levantando la vista hacia el cielo para comprobar el estado del tiempo.

—Eso significa que debemos capturarlo —concluyó Sátiro.

Una hora después, tenían al perseguidor justo en popa, un pesado trirreme o quizás un penteres con una cubierta de remo añadida; costaba discernirlo. Fuera el tipo de barco de guerra que fuese, tenía una tripulación numerosa y bastante calado para ser un galeón, y aguantaba bien el trazo.

El *Loto Dorado* no habría tenido problemas para dejar atrás al barco más pesado, si ese hubiese sido su propósito. En cambio, Neiron llevaba la vela mayor mal orientada y la de trinquete casi como si navegaran al través, cogiendo tan poco viento como podía sin llamar la atención. Además arrastraban en su estela la gran ancla de capa de cuero, cosa que dificultaba aún más la tarea de Sático al timón. El *Loto* avanzaba bamboleándose como un percherón, y los brazos de Sático soportaban todo el peso de la nave. Estaba en baja forma, notaba los efectos de las semanas que había pasado en cama. Los combates de pancracio con los marineros y comer como un lobo ayudaban, pero había perdido músculo y lo sabía.

En popa, su perseguidor tenía remeros en la cubierta inferior, y estos se esforzaban como héroes regateando por un premio; cosa que, de hecho, hacían. La cubierta inferior daba un impulso adicional al barco, que así navegaba un poco más deprisa, manteniendo el rumbo y sin apenas escorar.

—Es un buen marino —dijo Neiron con aprobación—. Conoce el oficio.

—Demasiado bien —respondió Sático. Señaló hacia la proa del barco enemigo, donde alcanzaba a verse un quitón escarlata—. Está pendiente de nuestra estela. ¡Stesagoras! —llamó Sático a su nuevo oficial de cubierta—. ¡Espabila, Stesagoras! Prepárate para cortar la sogá del ancla de capa. ¡A mi orden, Fileo! Todos a punto para sacar los remos.

Fileo era su nuevo maestro remero, un profesional de la flota de León. Se le oyó transmitiendo las órdenes y añadiendo las suyas, cambiando las bancadas de la banda de babor.

El *Loto* llevaba todas las bancadas tripuladas aunque, de momento, los costados estuvieran cerrados.

El perseguidor estaba situando remeros en las bancadas superiores.

—Quiere virar pillándonos por sorpresa —dijo Sático.

—Conoce el oficio —repitió Neiron.

—Mostradle nuestros remos —gritó Sático.

Fileo tenía una voz hermosa; grave y melodiosa como la de un sacerdote.

—¡Abrid los portillos! ¡Preparados, listos, y remos!

Todos juntos, como la cola de un pavo, el *Loto Dorado* mostró sus remos; las tres cubiertas a la vez.

—¡Virada a babor! —ordenó Sático.

Los remos de babor de las tres bancadas ya estaban invertidos. Cuando dieron la

primera estrepada, Sátiro se apoyó contra los timones de espadilla.

El propio Stesagoras cortó la soga del ancla de capa con un hábil golpe de su hacha de guerra. El casco entero vibró y el *Loto* se transformó de percherón en purasangre de un brinco. Acto seguido el oficial corrió hacia la cubierta de combate del centro del barco.

—¡Velas! —gritó—. ¡Arriad las vergas y plegad el trapo! ¡Más viveza, muchachos!

El viento en las velas empujó contra los remeros durante unos segundos, pero las vergas bajaron enseguida. La ventaja de un triemioliai era que sus mástiles podían permanecer en pie durante un combate, permitiéndole llevar las velas izadas más tiempo y arriarlas más deprisa. Las vergas arriadas cayeron en la cubierta central, no sobre los remeros, que siguieron remando.

Los marineros se apresuraron en dominar la agitada masa de lona, pero el espolón ya había dado media vuelta.

—¡Poseidón! —gritó Neiron.

—Heracles —dijo Sátiro. Sacó un odre de vino que el timonel guardaba debajo de su banco y lo arrojó lleno por la borda, sin molestarse en quitarle el tapón—. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir —agregó, pero rio sintiéndose poderoso.

Stesagoras pisoteaba la vela mayor, recogiendo trapo con sus largos brazos al avanzar, y de pronto se pudo ver a diez hombres encima de la lona y, acto seguido, como si tal cosa, la vela vio reducido su tamaño a la mitad, a un cuarto, y el pesado fardo fue amarrado al mástil. De la vela de trinquete ya no había ni rastro.

El perseguidor estaba comenzando a virar, sus remos batían el agua con brío, y ya había invertido las bancadas de la banda de babor, pero la distancia era escasa y el barco mayor tenía sus problemas.

Los arqueros de Sátiro tiraron una descarga cerrada de flechas que fue respondida de inmediato. Se oyeron gritos en proa.

—Avante y al abordaje —gritó Sátiro—. Neiron, toma el timón.

Las manos de Neiron agarraron los remos de espadilla de inmediato.

—Tengo el timón —dijo, por encima de los gritos provenientes de proa.

—Tienes el timón —dijo Sátiro, y le cedió el gobierno de la nave. Helios había sacado su peto de la bolsa que guardaba debajo del banco y se lo puso, un tanto sorprendido al constatar que, a pesar del tiempo, la coraza resplandecía como el oro y el yelmo era tan plateado como la luna. El casquete estaba húmedo y frío, pero el peto aún más.

Una flecha rebotó contra su espaldar y arañó el muslo de Helios antes de caer por la borda. Levantó la vista de las hebillas para ver el combate.

—Tiran con el viento a favor —dijo Neiron. Otra flecha pasó tan cerca que Helios

se agachó.

—¡Han abatido al capitán de los arqueros! —informó Stesagoras desde la mitad del barco.

—¡Cuando quieras, navarco! —dijo Neiron.

—A por él —dijo Sátiro—. Me voy. —Se volvió hacia Helios, que iba completamente armado—. Conmigo, chaval —le dijo—. Mientras corría hacia proa oyó a Fileo ordenar velocidad de embestida. El galeón enemigo, que había pasado de cazador a presa, estaba virando hacia la costa sur del Euxino, obviamente con intención de salvarse varando en una playa.

Una flecha pasó tan cerca del yelmo de Sátiro que su vuelo sonó como un trozo de lino al desgarrarse. El barco aceleró bajo sus pies, notó el aumento de velocidad, pero el barco enemigo viraba cada vez más deprisa. Sátiro siguió corriendo hacia proa mientras Fileo bramaba a los remeros de la banda de estribor que cieran; una maniobra arriesgada pero más rápida que cambiar las bancadas.

Sátiro llegó a proa y encontró a su capitán de arqueros muerto, con una saeta sakje clavada encima de la nariz y otra en la axila. Los arqueros se habían agachado, buscando el resguardo de los mamparos.

—¡Nos han asesinado! —gritó uno.

Sátiro contó tres muertos entre los ocho arqueros. Mientras contaba, un golpe le sacudió la cabeza y lo tiró a la cubierta, viendo estrellas, pero el yelmo había desviado la flecha. Helios le dio la mano y se puso de pie. Entonces una flecha alcanzó al chico y se clavó en su coselete acolchado. Helios gimió, la agarró y se acurrucó detrás del mamparo, tratando de arrancarse la flecha del costado.

—¡Hijo de puta! —dijo Sátiro. Recogió un arco, levantó la cabeza y tiró. No vio dónde había ido a parar su flecha pero acto seguido alcanzó otra.

Miró, disparó, esta vez apuntando a un guerrero sakje que estaba solo a dos largos de caballo, pero su peto rechazó otra flecha y se sentó.

—¡Son condenadamente buenos! —dijo a Apolodoro, bromeando.

El capitán de infantes no contestó. Estaba sentado contra el mamparo, inclinado hacia delante, y Sátiro de repente se dio cuenta de que estaba inconsciente; o muerto.

—¡Infantes! —gritó, y de pronto el barco volvió a virar, y se vio arrojado al desagüe del borde de la cubierta. Se arañó el rostro con las escamas de la armadura de Apolodoro y fue a descansar al lado de Helios, cuyos ojos eran tan grandes como monedas de cobre. Fileo rugía a todos los remeros que cieran y Sátiro se obligó a levantarse y miró hacia popa. Neiron se apoyaba con todas sus fuerzas contra los timones de espadilla, y la proa del gran penteres viraba delante de sus ojos, tan solo a una eslora de distancia y alejándose, y de súbito fue como si los dos mástiles del barco enemigo cayeran por la borda como si los hubiese mordido un monstruo marino.

—¿Qué significa eso, por el Hades? —Sátiro corrió a la plataforma de mando. Las flechas habían dejado de lloverles encima.

Stesagoras tenía una clavada en el bíceps.

—La clemencia de Poseidón, señor. Sin duda era un monstruo.

Uno de sus compañeros partió la flecha y el alejandrino se arrancó el astil de la herida de entrada y se desvaneció.

Sátiro miró por la borda y lo entendió. El barco enemigo se estaba rompiendo tras haber topado a toda marcha contra una roca en la bahía de aguas poco profundas que su capitán había tomado por una playa. Pero no había playa alguna, solo una hilera de olas y un acantilado que tenía una altura de diez hombres.

—Ahí lo tienes —dijo Neiron—. Poseidón y todas las ninfas del mar. —Hizo una seña—. Las rocas de Thinyas. Ha faltado poco para que yo mismo embarrancara.

Hizo el signo campesino para conjurar el mal fario.

Sátiro miró al cielo y luego hacia popa.

—¿Podemos salvar a los tripulantes? —preguntó.

Neiron sonrió.

—Así se habla. —Luego se puso serio—. Aunque iban a por todas.

Sátiro se encogió de hombros.

—Una vez mojado, un remero es un remero —dijo, citando un antiguo proverbio sobre la fraternidad en el mar. Había algunos hombres, fenicios en su mayor parte, que creían que dejar morir a los marineros que se estaban ahogando era propicio para el mar, pero los griegos solían rescatarlos cuando era posible hacerlo.

—¿Viro en redondo, entonces? —preguntó Neiron.

—¡Infantes! —gritó Sátiro. Asintió—. ¡Conmigo!

Rescataron a medio centenar de hombres. Helios, aparte de sus otros talentos, sabía nadar. Se zambulló sin miedo en el gélido mar y salvó a dos hombres; primero a un grumete y luego a un hombre menudo, enjuto y nervudo.

Después de que Sátiro le viera subir al segundo hombre por la borda, Neiron le llamó la atención y señaló hacia la costa. Sátiro vio que una veintena de hombres llegaba a la orilla y desaparecía tras el acantilado que se alzaba al borde del agua.

—¿Tenemos que darles caza? —preguntó un infante de marina.

Sátiro negó con la cabeza.

—Me pregunto cuánto tardarán en llegar a casa —caviló en voz alta.

Pasaron la noche en una playa abierta, cien estadios antes de Heraclea. La noche dio a Sátiro tiempo para fantasear sobre su amada, a quien no había visto casi en un año. Amastris de Heraclea era bella, además de ser inteligente, rica y la única sobrina del segundo hombre más rico del Euxino, Dionisio de Heraclea.

Sátiro estaba sentado a solas sobre una piel de león, un regalo que le hiciera

Gabines al zarpar, de parte de Tolomeo, o eso dijo al menos. Sostenía un gran cuenco negro de sopa e iba envuelto en sus dos mantos de más abrigo, pero aun así el viento le daba frío.

Neiron trepó por las rocas hasta él.

—Soy demasiado viejo para ponerme a buscar a un duendecillo como tú —dijo.

—Ese barco era de primera clase —dijo Sátiro. Tomó un poco de sopa caliente. Abajo, en la playa, los supervivientes del *Delfín Alado*, pues así resultó llamarse el barco enemigo, se apiñaban en torno a una hoguera—. Si todos los barcos de Eumeles son así de buenos, nos espera un buen combate.

—El capitán era de Samos. Se ha largado. El resto son buenos marineros. Todos piratas. —Neiron se encogió de hombros—. Tienes que comer y, si se me permite decirlo, tienes que confraternizar con la tripulación.

Sátiro asintió. Se puso en pie y bebió más sopa.

—Mañana me la juego. Estoy asustado.

Neiron guardó silencio.

—Stesagoras y Fileo son buenos hombres —dijo Sátiro—. Y tú también, Neiron. Le tendió la mano. Neiron pareció sorprenderse pero se la estrechó.

—Caramba. Gracias, Navarco.

—Llámame Sátiro.

Neiron sonrió.

—Vaya, creía que nunca vería llegar este día. —Se rio. Más serio, agregó—: Necesitamos más infantes de marina, un oficial y un puñado de arqueros. Esos sakje nos han causado muchas bajas.

—También nos dieron una paliza en Olbia. —Sátiro meneó la cabeza y se terminó la sopa—. Mi propio pueblo —dijo con amargura—. Apolodoro se merece un entierro como es debido.

—Sí. —Neiron miró hacia otro lado. Nunca había sido muy amigo de capitán de infantes—. ¿En Heraclea?

—Tendrá que ser —dijo Sátiro, asintiendo—. Gracias. Ahora estoy mejor.

—Hablar suele tener ese efecto, señor; Sátiro —dijo el timonel.

El capitán del puerto de Heraclea subió a bordo y abrió ojos como platos.

—¿Sátiro de Tanais? —preguntó.

Sátiro se acordaba de él. Solo habían transcurrido cuatro años. Lo recordaba de los vertiginosos días de intrigas y asesinatos en la corte de Heraclea, los meses que siguieron al asesinato de su madre.

—¿Bias? —dijo, y le tendió la mano.

—¡Señor! —respondió Bias. En Heraclea habían tenido tiranos y aristócratas durante tanto tiempo que los griegos a veces hincaban la rodilla en el suelo como los bárbaros ante un hombre de linaje importante.

—¿Néstor sigue siendo la mano derecha del tirano? —preguntó Sátiro.

—¿Acaso no es mi cuñado? —preguntó Bias, y se echó a reír—. Has sido bastante osado viniendo aquí, señor. El tirano no es amigo tuyo actualmente. En el ágora circula el rumor de que tú, hmm, has pasado demasiado tiempo con su sobrina. Y el tirano de Pantecapea te quiere ver muerto. Estamos en paz con ellos.

Sátiro asintió.

—Tengo que ver a Néstor —dijo—. Y luego arreglaré eso. Y Bias, amo a Amastris. Nunca jugaría con sus sentimientos.

Se sintió un poco extraño mientras sus labios pronunciaban aquella mentira. Aunque había sido cosa de ella, o eso se dijo a sí mismo. Y en ningún momento se había tratado de un flirteo.

Bias ni siquiera se molestó en echar un vistazo al conocimiento de embarque.

—Si quieres ver a Néstor —dijo—, ven a tierra en mi bote.

Sátiro consideró la posibilidad de que fueran a apresarlo para matarlo y así satisfacer las obligaciones del arte de gobernar, pero se encogió de hombros.

—Neiron, toma el mando —dijo—. Si no regreso al anochecer, saca el barco del puerto. Luego ya sabes qué tienes que hacer.

Neiron asintió.

Mientras se dirigían a tierra, Bias se inclinó hacia delante.

—¿Qué tiene que hacer tu timonel si no regresas, señor? —preguntó.

Sátiro observaba a los remeros. Dedicó una breve sonrisa a Bias.

—Ir en busca de mi flota —contestó—. Y reducir la ciudad a cenizas.

Bias, frustrado, se apoyó en el respaldo.

—Solo para que nos entendamos, Bias. Amo a Amastris, no a Heraclea. —Sátiro se encogió de hombros—. No traigo mala intención, pero si me apresan, habrá consecuencias.

—¿Dónde está tu flota? —preguntó Bias, como si no tuviera mayor importancia.

Sátiro hizo un gesto vago con la mano.

—Bastante cerca —contestó.

Atracaron en el embarcadero de la aduana y dejaron a Sátiro solo. Oyó que alguien discutía en susurros cerca de él y comenzó a lamentar el atrevimiento de su llegada. Deseó estar rodeado por sus infantes de marina.

Al cabo de una hora, un hombre extraño, a todas luces un esclavo aterrorizado, se presentó para acompañarlo a una casa muy confortable, aunque escasamente amueblada, cercana a los muelles. Sátiro estaba tan asustado que tardó varios minutos en darse cuenta de que era la casa de Kinón. Kinón había sido el factor de León en Heraclea y había muerto una noche de sangre y terror, cuando los asesinos a sueldo de Eumeles fueron a matar a los gemelos. Sátiro tuvo que hacer un esfuerzo para resistir la tentación de buscar manchas de sangre en los sillares.

Aguardó una hora, según el antiguo reloj de agua del jardín. Los rosales estaban muertos. Sático aceptó el vino que le ofreció el esclavo aterrorizado y aflojó la correa de la vaina de la espada, cada vez más convencido de que había cometido un error. Habría sido mejor presentarse con la flota y dejarse de negociaciones.

Pero se había prometido a sí mismo, y a su tía, intentar otros métodos. Y Amastris... ¿Cómo iba a utilizar la fuerza contra su ciudad?

La espera se prolongaba. El esclavo anciano le llevó más vino; un vino excelente, pese a la dejadez que reinaba en la casa.

—¿Esta casa sigue siendo del amo León? —preguntó Sático.

—Sí, señor —contestó el anciano.

Sático se planteó que aquello podía ser una cortesía, no una trampa.

Sático tuvo tiempo de meditar sobre varias cosas. El sol se puso y salieron las estrellas, frías y brillantes, prometiendo tiempo más frío pero bueno para navegar.

—¿Quiere cenar el señor? —preguntó el anciano esclavo.

—¿Qué tienes? —respondió Sático.

—He traído langosta —dijo una voz desde el jardín—. Recuerdo que en Alejandría te gustaban.

Sático se irguió y se recompuso el cuello del quitón.

—No me atrevía a esperar que vinieras —dijo.

Era más guapa de lo que recordaba. Sático se levantó y Amastris se arrimó a él y lo besó; en el cuello, en el mentón, y luego él inclinó la cabeza buscando sus labios y se olvidó de todos sus planes.

—¡Para! —dijo Amastris, cuando las lámparas comenzaron a parpadear. El esclavo no había regresado para rellenarlas de aceite.

Sático no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, y tenía una mano en la cadera desnuda de Amastris, que llevaba el quitón jónico levantado hasta mostrar la barriga. Amastris le sonrió en la penumbra y sus ojos centellearon.

—¡Para! —dijo otra vez.

Sático paró, aunque no sin antes darle un último beso en la base del cuello. Ella se volvió y le mordió el pulgar, se levantó de su regazo y se alisó bruscamente el quitón para cubrirse las rodillas. Sático temió que se hubiese enojado, pero estaba sonriendo.

—Aquí soy la heredera del tirano. Y si hago el amor contigo, me gustaría hacerlo en un amplio diván con un frasco de buen vino a mano, y no en esta casa que parece un sarcófago. —Meneó la cabeza—. Noto la presencia de sus fantasmas. ¿Tú no? Murieron con dolor y miedo.

Sático inhaló profundamente y soltó el aire despacio para despejarse.

—Yo estaba aquí, Amastris. Lo recuerdo demasiado bien para temer a los fantasmas.

Ella le tocó los labios con los dedos.

—A veces me asustas, Sátiro. Tu vida ha estado llena de... muerte. ¿Qué cicatrices llevas contigo?

—Me parece que las has visto todas —bromeó Sátiro.

—Eso no tiene gracia, aquí. Por más que me gustes, querido. Alguien ha hablado. Néstor está de mi parte y de la tuya. Me ha traído él. Pero me ha hecho jurar que... Bueno, que no haría nada que lo convirtiera en mentiroso. —Le sonrió y luego meneó la cabeza—. Qué frío —dijo—. Tengo una carta para ti; de un mercader de perfumes de Babilonia. —Sonrió—. El persa que la trajo tal vez sea el hombre más guapo que haya visto en mi vida.

Sátiro se incorporó. El corazón se le detuvo un instante antes de seguir latiendo.

—¿De Babilonia? —preguntó.

—Sí —contestó Amastris, acomodándose de nuevo a su lado—. ¿Tan importante es? ¿Me has comprado un regalo fabuloso?

Sátiro le acarició el brazo, subiendo hasta el hombro y bajando hasta su pecho desnudo.

—Es posible —contestó.

Amastris lo apartó.

—Hablo en serio, pero... —Se levantó y se retiró un poco—. Bias parece pensar que tienes una flota.

Sátiro asintió.

—Así es —dijo.

Amastris dio una palmada.

—Entonces, ¿vas a intentarlo otra vez?

Sátiro asintió de nuevo.

—¡Pues no pierdas más tiempo y hazlo! ¡Mi tío tendrá que recibirte cuando seas el tirano de Olbia! —Se cubrió los hombros con un manto oscuro—. Ay, suspiro por ti. ¡Ponte en marcha! —Sonrió de oreja a oreja, y volvió a parecer la chica que Sátiro recordaba de su primera visita a aquella ciudad—. Qué caballeroso, detenerse para ver a una joven cuando vas camino de ser rey.

—Me temo que he venido por algo más que un beso —dijo Sátiro. Tenía la mente despejada—. ¿Néstor está fuera?

—¿Qué pinta Néstor en todo esto? —preguntó Amastris. Su tono no fue exactamente el que habría preferido Sátiro, pero siempre había sido una chica difícil cuando no era el centro de atención.

—Necesito una audiencia con tu tío —explicó Sátiro.

—¿Tú? Es tan probable que hable contigo como que te encierre como a un criminal. —Se irguió cuan alta era—. Habla conmigo.

Sátiro negó con la cabeza. La habitación estaba oscura, y su gesto seguramente pasó desapercibido.

—Oh, querida, no pretendo faltarte al respeto, pero necesito un fondeadero para mi flota. Tu tío tiene el mejor fondeadero de esta costa. Los vientos soplan desde aquí hacia Pantecapea.

—¿No has venido por mí? —preguntó Amastris, y retrocedió un poco más.

Sátiro habló despacio.

—No. Y tú tampoco has bajado aquí para irte conmigo.

La vio adoptar el aire de una mujer ofendida.

—Podría haberlo hecho —dijo Amastris.

Sátiro dio un paso al frente.

Ella dio media vuelta.

—¡Néstor! —llamó Sátiro.

Amastris se volvió.

—¿Qué te propones? —preguntó—. ¡Néstor no quiere nada contigo!

—Necesito tener un amigo aquí —dijo Sátiro—. Creo que Néstor es ese amigo.

Sátiro siempre lamentaba la claridad de su visión, pues con demasiada frecuencia veía cosas que supuestamente no debía ver.

—Tú no quieres ser mi amiga ante tu tío —dijo Sátiro—. Se te nota en la voz.

—¡Mientes! —respondió Amastris.

Sátiro intentó cogerle la mano; falló, lo logró.

—¡Escucha! —dijo—. Te amo.

—No es verdad —gimió Amastris.

—Sí que lo es. Pero en estas circunstancias quieres que sea tu amante secreto, y yo debo ser un aliado público. Así es como funciona el mundo, amor mío. Necesito el puerto de tu tío. Sin él, no tendré éxito.

Sátiro tomó aire pero ella lo interrumpió, pese a que ya se oía ruido de tachuelas en las losas del suelo.

—¿Necesitas mi puerto más que a mí? —preguntó Amastris.

Néstor entró en la sala en penumbra con una antorcha en la mano.

Tan corpulento como el difunto Filocles, Néstor surgió de la oscuridad tal como lo había visto la primera vez, cubierto de bronce de la cabeza a los pies, con ornamentadas grebas, esarpes y una magnífica coraza que reproducían unos pies desnudos, un torso musculoso, y guardabrazos a juego.

—Veo que Eutropio sigue trabajando —comentó Sátiro.

Néstor le estrechó la mano.

—Sabía que regresarías, chico. Me alegra de encontraros a los dos vestidos. —Sonrió—. ¡No esperaba que me hicieras llamar, chico!

Sátiro sonrió a su vez. Cogió la antorcha y la utilizó para encender lámparas.

—Debes de ser el último hombre del mundo que sigue llamándome «chico» —dijo—. Tengo que ver al señor Dionisio.

—Las propuestas de matrimonio no serán bien recibidas en estos momentos —dijo Néstor—. Opina que quizá te hayas tomado demasiadas... libertades. En la corte. —Néstor se encogió de hombros—. Y aquí eres conocido como «ese aventurero».

Sátiro asintió.

—Necesito el fondeadero. Durante diez días. Y el campo de Ares de la ciudad. También durante diez días.

—¿Zeus Sóter, chico! —Néstor meneó a cabeza—. ¿Para qué?

—Necesito la alianza de Dionisio —dijo—. O como mínimo su aceptación.

—Está loco —terció Amastris—. ¡Y yo que pensaba que había venido por mí!

Néstor negó con la cabeza.

—Estás loco.

—Déjame ver a Dionisio —pidió Sátiro.

—¿Aceptas las consecuencias si prescindes de ti? —preguntó Néstor.

—Lo haré si es preciso —contestó Sátiro.

Dionisio quizá no se había levantado en cuatro años. Tendido en su enorme cama, su inmenso cuerpo tensaba las tiras de cuero del colchón de tal modo que cada movimiento venía acompañado de atormentados crujidos.

Esta vez, nadie pidió la espada a Sátiro; un llamativo descuido. Esta vez, no le ofrecieron una silla ni un diván, de modo que permaneció de pie delante del tirano.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, muchacho? —preguntó Dionisio—. No recuerdo haberte invitado a regresar.

Sátiro adoptó la sonrisa de amable confianza que había practicado durante los últimos cinco años.

—He regresado para darte las gracias por tus lecciones sobre política —dijo.

Dionisio se rio.

—Recuerdo que te ofrecí cierta instrucción, ahora que lo pienso. —Sus risitas hacían crujir y resollar la cama en la que yacía, como si se tratara de un coro de cómicos. Luego se calló—. De Alejandría nos ha llegado el rumor de que pervertiste a mi sobrina —agregó.

—No —dijo Sátiro. Filocles le había enseñado que una negativa directa era más efectiva que una retahíla de excusas—. No, aunque deseo casarme con ella.

Dionisio asintió.

—No. ¿Algo más? —Levantó la cabeza—. Tengo entendido que te has convertido en todo un señor de la guerra —prosiguió—. Venciste a la escuadra de Eumeles en la otra costa; tú solo, según nos dicen. Amastris se puso a aplaudir cuando se enteró. Por supuesto sus palmas fueron menos entusiastas cuando supo que masacraste a los prisioneros. Tú solo.

Sátiro se encogió de hombros, como si la masacre de los prisioneros no fuese

digna de comentarse.

—Si no me concedes su mano en matrimonio —dijo Sático—, tal vez quieras considerar un tratado de alianza, ofensiva y defensiva.

—¿En serio? —respondió Dionisio—. Por los dioses, muchacho; no te faltan agallas. Pero... no. Eumeles no es amigo mío, pero tu próxima expedición fallida no partirá desde aquí.

—Te pido que lo reconsideres —dijo Sático—. Porque si no lo haces. Las consecuencias serán... graves.

Dionisio se incorporó.

—¿Me estás amenazando, muchacho? —preguntó.

—Sí —contestó Sático—. En efecto —agregó, sin dejar de sonreír.

Detrás de él, Amastris reprimió un sollozo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Mi tío Diodoro está a veinte días de marcha de aquí. Vendrá desde las montañas de Frigia. Justo en dirección contraria a la de mi huida de hace cinco años. —Sático se esforzó por seguir sonriendo—. Tiene mil caballos y cuatro mil infantes: más que suficiente para sitiar esta ciudad.

Néstor levantó el brazo pero Sático prosiguió.

—Dentro de cinco días toda la flota de Demóstrate subirá por la costa desde Bizancio —añadió, mientras Néstor se ponía de pie—. Puedes firmar la alianza conmigo y permitirme usar tu puerto, o atenerte a las consecuencias.

—¿Podría hacerte matar ahora mismo! —rugió Dionisio.

—Y asumir las consecuencias —repitió Sático. La mano de Néstor agarraba el cuello de su capa al tiempo que le inmovilizaba el costado diestramente con la espada, pero Sático no se amedrentó. No tenía sentido hacerlo. El dado rodaba y saltaba, a punto de detenerse. ¿Saldría un seis? ¿Saldría un uno?

—Esta ciudad nunca ha sucumbido a un asalto —dijo Dionisio, aunque ahora con voz vacilante.

Sático no apartó los ojos del tirano.

—Y no tiene por qué hacerlo. Si ahora me apoyas, solo con tu puerto, y puedes fingir que te he obligado a hacerlo, seré tu leal aliado para siempre. Recházame y, si es tu deseo, mátame.

—Tu osada amenaza es un arma muy fea —respondió Dionisio.

A veces lo feo es hermoso —repuso Sático.

Dionisio se rio, y lo hizo con tantas ganas que el armazón de la cama se sacudió.

Néstor soltó la capa de Sático y se retiró.

El obeso tirano siguió riendo un rato y luego bebió un poco de vino.

—Heme aquí postrado en esta cama y te oigo decir que vas a ser rey —dijo—. Y Eumeles es una amenaza para mí y para las demás ciudades de la costa sur.

¿Realmente cuentas con Demóstrate?

—En efecto, mi señor —contestó Sático, asintiendo.

Dionisio asintió a su vez.

—Eres inteligente, muchacho, pero me cuesta creer que dispongas de un ejército.

Sático no tenía nada que perder.

—¿Amastris? Has dicho que tenías una carta para mí.

Amastris pasó delante de Néstor.

—¿Lo ayudarás? Preguntó a su tío. Se sentó en la cama y le revolvió el pelo, un gesto que estaba completamente fuera de lugar. Luego mandó a un esclavo en busca de la carta.

El tiempo transcurrió lentamente. Sático tuvo ocasión de repasar las demás opciones que había tenido. Y entonces el ilota regresó corriendo por el pasillo, sin que apenas se oyeran sus pies descalzos sobre las losas del suelo. Hizo una reverencia al tirano, que alargó el brazo. Y el esclavo le entregó las tablillas.

El tirano las abrió. Era una tablilla doblada en dos, encerada por todos los lados: cuatro páginas en total. La cera estaba inscrita y le echó una ojeada y leyó:

—«Amion, mercader de Babilonia, envía recado a Sático, mercader de Alejandría, conforme enviará a doña Amastris los perfumes solicitados, y además estipula que el pago...» —Dionisio levantó a vista—. Me figuro que ahora insistirás en que esto es un código.

Sático negó con la cabeza.

—No —dijo—. Si me permites...

Sático alargó el brazo y Néstor cogió las tablillas de manos de su amo y se las pasó a Sático. Sático sintió una punzada en el moratón que le había causado una de las flechas que le había dado en el peto. Torció la endeble madera entre sus manos e hizo saltar las páginas de cera de sus marcos, una tras otra.

Y la madera desnuda estaba escrita con una caligrafía de rasgos diminutos. Sático suspiró y tuvo la sensación de que todos los músculos del cuerpo se le relajaban. Devolvió las tablillas a Néstor, que las pasó de nuevo al tirano.

—Eres un pozo de sorpresas —dijo Dionisio. Asintió—. «Diodoro a Sático, saludos. Ares y Atenea bendigan tu empresa. Hoy he recibido tu mensaje, pero hace menos de una semana que Seleuco nos ha pagado los salarios del invierno. En cuanto los hombres estén sobrios, me pondré en marcha. Subiré por la calzada real hasta donde pueda, y luego seguiré por la carretera vieja hasta Heraclea. Espérame en cuanto los pasos estén despejados. Sitalkes y Crax y todos tus amigos no hacen más que hablar de nuestro regreso del exilio, y todos los presagios son propicios.» —Dionisio levantó los ojos—. Por descontado, esto podría ser un ardid.

Sático asintió.

—Podría serlo, desde luego.

—¡Bah! No soporto la idea de ejecutarlo. Y como dice él mismo, esta es la única alternativa. —Dionisio asintió—. Buen truco el de las tablillas, muchacho. De Heródoto, si no me equivoco. De acuerdo. No me apetece hacer frente a un sitio del mejor capitán de la actualidad. Seré tu aliado. Pero si fracasas, muchacho, nunca regreses aquí.

Sátiro hizo una reverencia. Pensó en el estado en que se encontraba su tesoro y en el delicado equilibrio que sostenía la buena voluntad de su flota.

—Si fracaso —dijo, y finalmente se quitó la máscara y le tembló la voz—. Si fracaso, señor, seré pasto para los peces.

Dionisio frunció los labios y bebió un sorbo de vino.

—Bien —dijo—. Veo que nos entendemos.

Melita emprendió la marcha con su ejército cuando la estepa todavía estaba helada. El viento invernal seguía soplando, aunque cada día era menos frío dado que el sol brillaba más horas y las sombras a lo largo de las riberas se acortaban y reducían. Los venados comenzaban a moverse. En cuestión de una o dos semanas el suelo sería un mar de barro.

Era su segunda apuesta, y la segunda exigencia en la que sus capitanes habían confiado en ella. Esta vez, tras un breve discurso, todos la obedecieron. Fue así de fácil.

Los Gatos Esteparios y los Manos Crueles acudieron a cientos, conducidos por sus caballeros mejor armados. Eran los clanes guerreros más ricos, algunos con trescientos o cuatrocientos animales, y sus carros cerraban sus columnas. Jóvenes muchachas, envueltas en pieles hasta los ojos, cabalgaban en los flancos, atentas a la presencia de lobos porque los caballos estaban flacos y avanzaban despacio tras un largo invierno en el mar de hierba, convertido ahora en un mar de nieve.

—Habrán grano en abundancia para todos en el valle del Tanais —dijo Melita—. Y cuando vengan los jinetes de Upazan, los estaremos aguardando.

Eumenes meneó la cabeza.

—Quizá consiga reunir a los olbianos para que inicien la marcha antes del festival de Atenea —dijo—. Aun así, los labriegos tendrán que dejar de plantar.

Melita asintió.

—Ojalá supiera dónde está mi hermano —dijo—. Y qué planes tiene. Pero el corazón me dice que ahora la velocidad lo es todo.

Tuvo que reconocer, incluso ante sí misma, que llevaba a Gardan y a Methene en el corazón, así como a los demás granjeros.

Coeno, al menos, la respaldaba sin fisuras.

—Con tu permiso —dijo—, me adelantaré con unos cuantos exploradores de Ataelo. Me gustaría encontrar a Temerix. Y creo que lo necesitamos.

Ataelo asintió.

—Mejor si yo también voy —dijo. Se encogió de hombros—. Temerix y yo por amigos, por luchar con Upazan, muchos años, ¿eh?

Coeno sonrió.

—Como en los viejos tiempos.

—Recluta a tus hoplitas en primavera, cuando las semillas estén plantadas —dijo Melita.

—Para entonces la campaña puede haber terminado —respondió Eumenes.

Urvara lo abrazó.

—En el fondo sigues siendo un muchacho. Amor mío. Escucha, aun si vamos al este raudos como el viento, seguiremos teniendo que luchar contra Upazan y luego contra Eumeles, ¿sí?

Eumenes asintió. Coeno se frotó el mentón.

—Eumenes, ¿cuán poderosa es Olbia en la actualidad?

Eumenes abrió las manos.

—He sido arconte durante un invierno —dijo—. Me figuro que podemos reunir a tres mil hoplitas y a otros tantos *psiloi*.

—¿Y en cuanto a barcos? —preguntó Coeno.

—Eumeles nos ha prohibido tener flota —contestó Eumenes—. De ahí que solo dispongamos de una docena escasa de trirremes mercantes que pueden acondicionarse para el combate naval.

Coeno asintió.

—Permíteme exponer una idea —dijo—. Ambos sabemos que Sátiro no se quedará cruzado de brazos. Armará una flota.

Nihmu estuvo de acuerdo.

—Le encanta el mar.

Parshtaevalt hizo una mueca de desagrado.

—Es verdad. Mi hija y su partida de guerreros lo encontraron en la bahía de la Trucha con un barco. —Sonrió—. Dejó embarazada a una doncella lancera.

Melita se sonrojó por su hermano.

—Sí, le encanta el mar —dijo—. Coeno, ¿qué tienes en mente?

Coeno se rio.

—Escúchame, gran *strategos*. En cualquier caso, cuando Eumeles sepa que Sátiro tiene una flota, tendrá que ir a enfrentarse con él.

Urvara asintió.

—En eso las flotas son como los ejércitos —apuntó.

Coeno se encogió de hombros.

—De modo que coges a todos los hombres de Olbia e intentas tomar Pantecapea —agregó.

Urvara dio un grito ahogado ante tamaña osadía, y Eumenes estrechó la mano de su antiguo filarco.

—Eres un gran hombre, y cuando Melita te nombre *strategos* de todos sus ejércitos, espero que te acuerdes de tus amigos menos importantes. —Se rio—. El riesgo será inmenso —agregó—, pero el beneficio...

—Por todos los dioses —dijo Ataelo en griego, riendo—. ¿Imaginas a Eumeles para despertar y ver que no tiene reino? —El jefe sakje se rio a carcajadas—. Yo quizá para quedarme aquí, para ir en barco hasta Pantecapea —dijo—. Pero no, iré

donde pueda encontrarlo en persona.

—¿A Eumeles? —preguntó Melita.

—Lo mataré —dijo Ataelo—. Yo estaba allí cuando traicionó a tu madre.

—Lo sé —dijo Melita—, pero tu flecha tendrá que ser más rápida que la mía.

Los dos primeros días lejos del Borístenes fueron los peores porque el tiempo, lejos del gran río, era más frío e inclemente, y los animales sufrían. Tras la segunda noche, Melita salió de inspección con Scopasis y halló reatas enteras de caballos muertos, bestias viejas que habían perecido estacadas bajo la gélida lluvia, y otras demasiado aletargadas para seguir avanzando con ellos.

La gente fue pragmática. Descuartizaron a los caballos agonizantes y cargaron su carne, aún humeante, en las grupas de sus caballos. Luego siguieron adelante, a menudo cabalgando con la cabeza gacha, marchando contra los feroces vientos de las llanuras centrales.

—¡Este jodido viento viene de Hircania! —gritó Parshtaevalt.

—¡De Bactria! —contestó Nihmu a voz en cuello.

Melita se sentía empujada por la magnitud de sus responsabilidades y por la talla de sus «súbditos». Cada uno de sus jefes había servido con su padre y su madre; habían cabalgado a oriente para luchar contra Iskander, habían luchado en el Vado del Río Dios. Y todos contaban con que ella, a quien doblaban en edad y era veterana de una única gran batalla, fuese su dirigente.

El tercer día los jefes de Marthax se unieron a ellos. Melita los había dejado en su campamento con la promesa de su futura obediencia, pero no había contado con que vinieran tan pronto. Graethe, el nuevo jefe de los Caballos Rampantes, cabalgó hasta Melita y le hizo el signo de sumisión: Melita tomó sus manos calientes entre las suyas y él juró por los tres grandes dioses sakje que sería su hombre.

—El *baqca* dice que vas derecha a la guerra —dijo Graethe. Tenía la barba cubierta de nieve, pero bajo la nieve había tanto blanco como negro. Melita lo recordaba como el emisario que Marthax enviara a su madre, un joven vocinglero, propenso a la violencia.

—El *baqca* está en lo cierto —dijo Melita—. Voy a expulsar a Upazan del Tanais.

—¡Bien! —exclamó Graethe—. Prometiste un kurgan a Marthax.

—Le construiremos uno que llegue al cielo —prometió Melita—, cuando Upazan se haya retirado de la desembocadura del Tanais.

—Lo hemos traído con nosotros —dijo Graethe. Señaló hacia un trineo que remolcaban dos caballos.

Melita vio sangre congelada en las correas de cuero, pero del rey fallecido solo se veía un atado de pieles en forma de cadáver.

Cabalaron hacia el este, ascendiendo a las tierras altas, y regresaron a la costa en

Hygreis, la primera ciudad con que había contado el reino oriental de Srayanka.

Los meotes los recibieron con los brazos abiertos. La escolta de Melita compró grano pagando con oro, y permanecieron acampados dos días. El tiempo era más benigno a orillas de la bahía del Salmón.

—El mundo será un barrizal dentro de diez días —dijo Urvara.

Melita asintió, montada en su caballo sobre las altas colinas que se erguían al norte de la ciudad.

—Lo sé, señora. Pero desde aquí podemos cabalgar por las dunas y la arena dura hasta llegar a casa.

Urvara se rio.

—Con qué facilidad se me olvida que te criaste aquí. Con tus palabras extranjeras y tu rostro, olvido que en realidad eres una de los nuestros. ¡Cabalgar por las dunas! El camino de la costa. Los clanes de tierra adentro como el mío olvidan estas cosas.

—No soy la primera señora de diez mil caballos que emprende una campaña temprana —dijo Melita.

Parshtaevalt se rio.

—No, desde luego que no. De hecho, Satrax hizo lo mismo a los getones, después de que ellos nos lo hicieran a nosotros. ¡Oh, qué duros de pelar! Libramos toda aquella guerra antes de que saliera el grano.

Melita asintió.

—Cuatro días hasta Tanais.

El caballo de Urvara respingó al oler lo que traía el viento: cerdo asado.

—¿Y luego? —preguntó Urvara.

Parshtaevalt la miró meneando la cabeza.

—¿A ti qué te parece? Luego luchamos.

Melita negó con la cabeza.

—Creo que no. Faltarán otros diez días de sol hasta que la hierba esté lo bastante seca para cabalgar; quizá veinte. Construiremos un kurgan para Marthax al lado del de mis padres. Y un campamento fortificado: un campo base. Comida, grano, cobijo.

Graethe se rio.

—Los sakje no necesitan cobijo —dijo—. Somos cuatro mil jinetes. Veinte mil caballos. En menos de un mes nuestros caballos habrán engordado.

Melita negó con la cabeza.

—Esta no será una guerra comparable a ninguna otra en la que hayan luchado los sakje —dijo—. Soy joven, pero recuerdo que, en mi juventud, mi madre se bastaba para dirigir a cinco mil caballos en el campo de batalla. Ahora las fuerzas de combate de la realeza sakje, los guardianes de la puerta occidental, suman diez mil caballos. ¿Cuántos sármatas hay?

—Demasiados —dijo Urvara—. Ya echo de menos a Ataelo.

—Se reunirá con nosotras en Tanais —dijo Melita.
Urvara no respondió.

Tanais antaño se alzaba sobre un promontorio al lado del río. De su juventud, Melita recordaba el hipódromo y los templos; un hermoso templo de mármol, de estilo jónico, dedicado a Atenea Niqué por los amigos de su padre y su tío León, que había costado buena parte de su construcción. Recordaba los edificios dispuestos en una ordenada cuadrícula, limpios y arreglados, y una estatua ecuestre de su padre con la espada apuntando al este, hacia las tierras donde habían combatido contra Iskander.

No quedaba nada. El pedestal de la estatua, un gran plinto de mármol con escenas de aquellas batallas talladas en la base, se erguía solitario en lo alto del promontorio, pero el barro y la nieve cubrían las marcas del incendio, y la estatua en sí misma se había transformado en armaduras, puntas de flecha y otros utensilios de bronce.

Sentada a lomos de *Grifón* en medio de las ruinas de su juventud y de los sueños que habían compartido sus padres, lloró. Por alguna compleja razón, nunca había acabado de creer que Tanais hubiese sido destruida hasta que la vio. Se dio cuenta de que aquella mañana se había levantado ansiosa por emprender la marcha, esperando... ¿qué? ¿Esperando encontrar al anciano liberto en las cuadras? ¿A Bion aguardando en su establo?

En cierto modo, aquello le facilitó la tarea. No vaciló al ordenar que limpiaran lo alto del promontorio. El pedestal de la estatua de su padre fue a parar a la muralla que levantaron los sakje con ayuda de los granjeros de los alrededores, que habían acudido con su grano en cuestión de horas. Les hizo construir un granero al estilo sindi; encendieron una hoguera inmensa para derretir el suelo y luego excavaron un hoyo profundo en la tierra, en el que cabían tres hombres de pie uno encima del otro, y lo forraron con piedras. Luego lo cubrieron con un tejado de paja, soportado por vigas que habían transportado por el río.

Mientras los sindi y los meotes trabajaban, los sakje encendieron otra gran hoguera en la orilla. Cuando el rescoldo comenzó a enfriarse, cavaron una profunda cámara funeraria en la tierra seca y la recubrieron de troncos hasta formar una casa. Metieron a Marthax en la casa y mataron cien caballos en la zanja que la rodeaba. Cada hombre y mujer llevó un terrón, y muchos de los sindi y los meotes hicieron lo mismo, y el kurgan fue creciendo.

Llevaban diez días en Tanais cuando Ataelo llegó con cien jinetes a sus espaldas y cuatrocientos hombres de expresión adusta montados en ponis, con arcos y flechas. Traían ponis sármatas y llevaban abrigo de cuero también sármata, y cantaban mientras se aproximaban.

Los granjeros meotes salieron a los caminos a recibirlos. Los caminos eran verdaderos cenagales y las mujeres maldecían el barro frío que les salpicaba las

piernas, pero aclamaron a Ataelo cuando pasó por delante de ellas.

Ataelo desmontó junto a Melita y la abrazó.

—¿Te acuerdas de Temerix? —preguntó.

Temerix era el mismo de siempre: una figura amenazadora. Tenía más edad, pero su estatura no había menguado.

—Me han dicho que conoces un atajo —dijo el herrero—. Iba dos días detrás de ti; eran demasiados y tuve que marcharme. —Se rio, y su risa fue maligna—. Pero he reclutado a los valles norteños —agregó. Señaló a los hombres que tenía a sus espaldas—. Los recaudadores de impuestos de Upazan no regresarán a casa.

—¿Y Lu? —preguntó Melita. Lu era otro personaje clave de su infancia; su niñera, su confidente. La esposa de Temerix, oriunda del remoto oriente.

—Lu te envía su amor —contestó Temerix. La palabra «amor» sonaba rara en sus labios, pero sonrió y los años se le borraron del semblante—. Por todos los dioses, hija de Srayanka. Ahora vamos a pasarlo bien.

Melita volvió a abrazar a Ataelo.

—Me preocupaba que estuvieras tanto tiempo fuera —dijo.

—Los hombres de Upazan ya estaban en las tierras altas cuando encontramos al herrero —explicó Ataelo—. ¡Creían que habíamos huido! ¡Ja! El suelo está sembrado de cadáveres. —Apartó la vista—. Coeno está herido.

—Esa sí que es una mala noticia. Coeno es... el capitán de mi guardia —respondió Melita.

Faltó poco para que dijera que era «el hombre en quien más confío».

—Está formando una milicia con los hombres del alto Tanais —dijo Ataelo en sakje—. La herida no es muy grave.

Melita se mordió un mechón de pelo.

—Tenemos una base segura y grano —dijo—. En cuanto el suelo se seque, subiremos al valle y veremos qué tiene Upazan.

En su fuero interno, le preocupaba que Ataelo, Temerix y Coeno hubiesen demostrado su poderío a Upazan demasiado pronto.

Diez días de brisas primaverales. Diez días de observar a los granjeros rascándose la cabeza, de observar a los más osados conducir a sus bueyes a los campos y prácticamente desaparecer en el fértil barro negro, con las grandes bestias apenas capaces de caminar por la tierra como queso derretido que se adhería a sus pezuñas.

Incluso cuando muchos de los granjeros comenzaron a arar en serio, roturando el suelo una, dos, tres e incluso cuatro veces antes de plantar las semillas, Melita tuvo que seguir aguardando porque Ataelo era incansable y Samahe cabalgaba por los montes con sus doncellas, y en aquellas latitudes la primavera tardaba en llegar.

En los valles, las chicas bailaban las danzas de primavera bajo los árboles y

plantaban semillas que no necesitaban tierra para crecer, y las risas llenaban el aire cuando los primeros brotes verdes asomaban en el suelo como respuesta a las plegarias a Deméter y al regreso de Perséfone. Melita, que no había pensado en el sexo en cinco meses, sintió despertar su interés, primero por un muchacho, luego por otro, hasta que el instinto primaveral fue tan fuerte que se refugió en ejercer de reina. Comenzó a interpretar el papel e interpuso a su guardaespaldas y a Urvara, que en muchos aspectos era su primera ministra, entre sus ansias y su cuerpo.

Incluso con los caballeros de su guardia se mostraba seca y directa, sin alentar la menor conversación.

Y entonces llegó un día, cuando las primeras rosas florecían, cuando ya se había celebrado la festividad de Atenea, en que Ataelo y Samahe anunciaron que el suelo estaba duro. Melita se puso de pie y sacudió su fusta.

—Que traigan a mis caballos —ordenó.

Y el ejército se puso en marcha aquel mismo día.

Cabalaron con caballos de refresco a mano, con una vanguardia al mando de Temerix, muy avanzada para prevenir emboscadas, y una retaguardia a cierta distancia del grueso del ejército por si ocurría un desastre. No llevaban carros, y recorrían doscientos estadios o más en una jornada, incluso a través de las tierras altas.

Melita halló tiempo para cabalgar con las doncellas, muchachas dolorosamente más jóvenes que ella, y se enojó al constatar que había perdido la juventud y la libertad. Al principio se mostraron discretas y estúpidamente respetuosas, pero luego se volvieron jactanciosas y estúpidamente llamativas, presumiendo de los hombres que matarían y de aquellos con los que se acostarían, o practicando juegos sexuales entre ellas, y Melita se contrarió.

También se contrarió con Nihmu, que desde la partida de Coeno se había recluido cada vez más en el mundo de los espíritus, tomando humo a diario y hablando de sus sueños como si fueran las premoniciones de su juventud. Que se las diera de *baqca* enojaba a unos y complacía a otros, a tenor de las corrientes políticas de cada clan, pero Tameax la evitaba y se negaba a prestarle un tambor o a hablar de sus rituales con ella.

Melita se enfrentó a Nihmu en la relativa intimidad de su tienda de humo, obligándose a decir lo que pensaba a través de la recargada atmósfera del interior.

—Te necesito como consejera —dijo Melita—. Ya tengo *baqca*.

Nihmu le sonrió distraídamente.

—Nunca volveré a acostarme con un hombre —dijo—, y así recuperaré todos mis poderes.

Melita salió de la tienda hecha una furia, como si el humo hubiese avivado su enojo como la madera aviva el fuego.

Ataelo estaba fuera del amanecer al ocaso, cazando en los altos riscos. Samahe iba con él. Coeno se encontraba más adelante, entrenando a granjeros en su amado valle, donde había erigido el templo a Artemis. Urvara, Parshtaevalt y Graethe tenían sus respectivos clanes y sus propios problemas.

Melita dejó de tener ganas de llorar. Dejó de tener ganas de gritar, de fornicar, de tener amigos. En cuestión de días, de la misma manera en que se había endurecido con vistas a sobrevivir, se convirtió en la reina; silenciosa, prudente y escrupulosa. Se convirtió en la mujer que recordaba callada de pie junto a su cama a la luz del pasillo; el pelo recogido en rodetes de trenzas, el cuerpo oculto por una chaqueta blanca de piel de venado con sus chapas de oro y sus delicados bordados de pelo de caribú.

A veces, cuando su madre la sostenía en brazos, su madre lloraba. Aquellas lágrimas siempre habían asombrado a Melita cuando las notaba en sus mejillas a los seis años de edad. Pero ahora, a solas, con el mismo peinado y el torso envuelto en el mismo abrigo de piel de ciervo, sintió el mismo vacío; supo que era el mismo.

—Extraño a mi hijo —dijo al viento.

—¿Dónde está Sático? —preguntó al sol naciente.

—¿Esto es todo lo que hay? —preguntó a las flores nuevas.

Y el ejército emprendió la marcha hacia el norte.

En el templo de Artemis, Melita se permitió el lujo de abrazar a Coeno.

—Mis disculpas, señora —dijo él, haciendo una profunda reverencia. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo—. Resulté herido en la primera refriega y pensé que aquí tal vez me recuperaría.

Melita tuvo que reconocer, pese a estar molesta con él, que sus granjeros parecían peligrosos. Constituían la única infantería con armadura de todo su ejército, quinientos hombres con corazas de escamas o de cuero grueso, provistos de arcos y lanzas y yelmos con forma de media luna como los de los tracios.

—Los estás convirtiendo en griegos —señaló Melita.

—Mataría por medio centenar de hoplitas —admitió Coeno.

—Eres el capitán de mi guardia —dijo Melita, lanzándole una clara indirecta.

—Lo soy —confirmó Coeno—. Mis excusas, señora.

—Muy bien —prosiguió Melita—. Los has entrenado. Ahora reanudemos la marcha. Y tú puedes reincorporarte a tus obligaciones.

Coeno asintió bruscamente y ocupó su puesto, y sus hombres se unieron a la columna, besaron a sus esposas, abrazaron a sus hijos y siguieron marchando hacia el norte. Y aquella noche Melita la emprendió con Coeno en la relativa intimidad de su tienda.

—¿Has visto a Nihmu? —preguntó Melita.

—Ya no me necesita —contestó Coeno, entornando los ojos—. Tampoco es que

tú la hayas ayudado demasiado.

—¿Yo? —preguntó Melita—. Si ni siquiera consigo que me hable. En cuanto el ejército se detiene, salta del caballo y se pone a tomar humo. Vive prácticamente encerrada en el mundo de los espíritus.

Coeno meneó la cabeza.

—La decisión es suya. Quiere recuperar los poderes que... ..no estoy seguro que haya tenido alguna vez. No lo soporto. Me marché para alejarme de ella. —Levantó la cabeza y Melita vio lágrimas en sus ojos—. Perdona, Melita. No aguanto ver cómo se mata. Envíame a otra misión.

Melita se estremeció.

—¿Me abandonaste por culpa de Nihmu? —preguntó con aspereza—. Coeno, tengo veinte años, mando un ejército de extranjeros en una tierra que a menudo me resulta ajena.

—Quizá me haya dejado llevar a engaño —dijo Coeno—, pero te aman.

—No tienen ni idea de quién soy. Ni siquiera yo misma sé quien soy. Pronto me habrán convertido en lo que quieren que sea: la diosa virgen. Artemis rediviva. La reencarnación de mi madre. —Se estremeció con furia—. ¡Y tú te marchaste para evitar las consecuencias de seducir a Nihmu aun sabiendo que está casada!

Coeno se levantó.

—No tengo por qué escuchar esto —dijo—. Y no la seduje para apartarla de mi amigo. Más bien fue al contrario.

—¡Escúchame! Te necesito, maldita sea. Pero tú... tú la descarriaste.

A Melita no le gustaba que Coeno fuese humano, y en aquel momento no le gustó la expresión de su rostro.

—¿Dices que yo la descarrié? —le espetó Coeno.

Se oyó un alboroto en la oscuridad, más allá de la hoguera. Cascos de caballo y gritos.

—Seguiremos hablando más tarde —dijo Melita.

—¿Dónde está la señora? —preguntó un jinete, y más cascos en la oscuridad.

Melita levantó la voz.

—¡Aquí! —gritó, y mientras gritaba, Coeno se interpuso entre ella y el jinete.

—Eres demasiado confiada —dijo Coeno.

El jinete se mantuvo a distancia de la espada.

—He jurado lealtad —dijo—. Señora, están atacando el campamento de Tanais. ¡Los hombres de Eumeles han llegado en barco!

—¿Qué significa esto? —preguntó Melita.

—Ha desembarcado un *taxeis* de infantería de Eumeles —dijo el mensajero—. Los sorprendimos en la playa y matamos a varias docenas, pero nos obligaron a retroceder hasta el fuerte.

Melita sacudió la cabeza para despejarse la mente.

—Que vengan mis caudillos —dijo.

Coeno envainó la espada.

—Artemis sea con nosotros. No es posible que tengan suficientes hombres para tomar el fuerte; dejamos a medio millar de granjeros para defenderlo.

Parshtaevalt llegó el primero, ajustándose el fajín.

—Los granjeros no resistirán salvo si saben que vamos a respaldarlos —dijo—. El pueblo de la tierra no está preparado para luchar solo y, ¿quién puede culparlos?

—¿A qué distancia estamos de Upazan? —preguntó Melita a Ataelo en cuanto este llegó.

Ataelo miró a Samahe, que se encogió de hombros.

—No hemos visto un solo jinete en las tierras altas —dijo Samahe.

Ataelo se encogió de hombros.

—Creo que fue un error atacar a sus jinetes a finales de invierno —reconoció—. Pero los tenía a tiro y los liquidé.

—De modo que Upazan se ha escabullido —dedujo Melita.

—Hacia el mar de hierba del norte del mar Hircano^[10] —dijo Coeno—. Para formar su propio ejército, supongo.

Todos los jefes tribales asintieron.

—Y regresará cuando quiera y sepa que está preparado —terció Urvara—. Mientras tengamos que luchar para defender a los granjeros, estaremos a su merced.

—Y Eumeles puede jugar al mismo juego con sus barcos. Si corremos a cada ciudad que amenace, se largará por mar.

Coeno se dio un puñetazo en la palma de la mano.

Graethe se rascó el bigote.

—¿Qué hacemos, pues? Vosotros, los griegos, sois buenos en este tipo de guerra; muchos campos y muchos enemigos. A mí, lo que me gusta es montar y sentir al enemigo debajo de mi hierro.

Melita atizó el fuego con un palo y acto seguido adoptó de nuevo su pose de reina imperturbable.

—Tendremos que liberar el fuerte de Tanais —dijo—. ¿Cuántos soldados había? —preguntó al jinete sindi.

El muchacho negó con la cabeza.

—Muchos —dijo.

—¿Mil? —preguntó Coeno—. ¿Cuántos barcos?

—Muchos —repitió el muchacho—. Me enviaron a avisar a la reina; nadie me dijo que contara los barcos.

—Pongamos que haya enviado a la mitad de su flota; cuarenta barcos. Como mucho, un *taxeis* de piqueros, tal vez con los mejores remeros como peltastai. —

Coeno escupió en la hierba—. Estoy harto de pasar frío todo el tiempo —dijo, como si eso guardara relación.

Parshtaevalt se rio.

—Los años no te han cambiado —comentó.

—¿Cómo es posible que Eumeles se nos haya echado encima tan pronto? —preguntó Urvara.

Melita meneó la cabeza.

—Se tarda demasiado en trasladar tropas... y barcos —dijo—. Esto es una estrategia planeada que hemos interrumpido.

—¿Y si el resto de su ejército viene detrás? —preguntó Graethe.

—Hay que liberar el fuerte —insistió Melita otra vez—. Si no logramos salvar a esos granjeros, los demás nunca volverán a confiar en nosotros.

Y así, sin más, su idea prevaleció. Los caudillos desaparecieron en la oscuridad para informar a sus guerreros de que a la mañana siguiente darían media vuelta.

—¿Por qué estás tan enojada? —preguntó Coeno—. Te obedecen; más de lo que obedecían a Satrax, según recuerdo.

—La vida no solo consiste en ser obedecida —contestó Melita.

Oyó reír a Scopasis, que nunca se alejaba de ella.

—La gente se ríe —dijo Melita—. Yo ya no me río casi nunca. Mi madre nunca se reía, y ahora entiendo por qué.

—Entonces tal vez comprendas por qué yo, un aristócrata, se niega a mandar —dijo Coeno.

—Te necesito —admitió Melita, levantando la vista hacia él.

—Veré qué puedo hacer con respecto a Nihmu —contestó Coeno.

A la mañana siguiente cabalgaron de regreso al sur, y el suelo que les había llevado siete días cubrir estaba más seco, el barro se había endurecido, y al atardecer del cuarto día su escolta ya inició escaramuzas con la avanzada del campamento enemigo. Los sakje fueron derechos contra ellos, matando mercenarios y empujando a los supervivientes de vuelta al campamento por el terreno húmedo.

Melita fue con Temerix pese al consejo en sentido contrario de sus caudillos. Coeno la obligó a llevarse a Scopasis como guardaespaldas, y juntos cabalgaron con los guerrilleros de Marthax en sus robustos ponis. Luego cogieron sus arcos, se pusieron las hachas en bandolera y prosiguieron a pie, permaneciendo en los bosques de los riscos. Abajo, en los campos y los prados, Melita vio el avance de los jinetes, que separaban grupos de soldados griegos y les tiraban lluvias de flechas. Había granjas en llamas por todo el valle del Tanais. El panorama le revolvió el estómago, como si su amado valle padeciera una enfermedad mortal y se la hubiese contagiado a su sangre.

Durante cuatro horas caminaron por los riscos, y no vieron más enemigos que los del valle, y Temerix gruñía cada vez que veía una granja devastada. Y aunque no vieron a un solo enemigo, los hombres de Temerix encontraron decenas de granjeros, sindi y meotes, resguardados en cuevas o en hoyos cavados en la tierra para escapar del expolio del enemigo.

Melita tenía ganas de llorar cada vez que veía a uno de esos grupos. No obstante, cada vez que se aproximaban a tocarla, les sonreía y les decía que todo iría bien.

Y prosiguieron el avance, cada vez más cerca del campamento enemigo. Por la tarde divisaron el campamento a pocos estadios de la ciudad de su madre en el promontorio. Habían acampado a los pies del kurgan de su padre, en un gran rectángulo cercado con estacas.

Melita se echó cuerpo a tierra con los sindi, y el suelo estaba tan mojado que le empampó la ropa a través de la coraza, y observó las puertas del campamento. Había dos, ambas bien custodiadas. Grupos de enemigos corrían por ambos caminos para entrar en el campamento lo antes posible.

Temerix asintió.

—Ahora a luchar —dijo.

A diferencia de los demás caudillos, no pidió permiso a Melita. Habló en sindi, y los hombres se aprestaron a obedecerlo. Se volvió hacia ella.

—Voy a matar griegos —dijo—. ¿Y tú?

Melita se puso de pie, asintió y se ajustó el *gorytos* y su *akinakes*.

—Yo también —contestó.

Temerix desvió los ojos un momento hacia Scopasis antes de seguir dirigiéndose a ella.

—Tiráis cinco flechas y huís —dijo—. ¿Entendido?

Scopasis asintió, y Melita también. No era su primera emboscada, pero era imposible que Temerix lo supiera.

—Yo tiro la primera flecha —dijo Temerix. Y acto seguido inició el descenso colina abajo.

Los sindi era rápidos en terreno escabroso, tan rápidos como jinetes o incluso más, al menos en trayectos cortos. Y su avance era espeluznante, casi inhumano, y Melita tuvo que estar bien atenta para no perderlos entre el matorral y el bosque de la ladera. Sus gastadas capas de colores parduzcos desaparecían entre el verde primaveral del valle.

Los soldados del camino estaban demasiado pendientes de los jinetes que los perseguían. Mantenían bien la formación, sin desperdigarse, pero no tenían cubiertos los flancos ni tampoco una avanzadilla, solo eran sesenta hombres a las órdenes de un oficial, que retrocedían trotando con otra veintena de hombres; *peltastai*, seguramente remeros de la flota, armados solo con jabalinas y puñales.

Temerix había decidido atacarlos en el mismo tramo de camino donde Melita había probado por primera vez el sabor del combate muchos años antes. Donde su hermano había salvado a Coeno. Donde Terón había demostrado ser un buen amigo. Resultaba extraño estar luchando en el mismo lugar otra vez, como si su vida diera vueltas en una especie de bucle.

Melita se escondió detrás de un roble tan grande que ella y Scopasis no habrían podido rodear el tronco con sus brazos. Desde allí oía a los griegos en el camino.

—Ayúdame a trepar —dijo en voz baja.

Scopasis frunció el ceño pero le hizo un estribo y Melita apoyó un pie en sus manos y luego otro en sus hombros para acabar encaramándose a la primera rama gruesa del árbol. Supuso que los griegos solo veían a los jinetes sakje que los perseguían.

Se instaló en la rama raspándose la rodilla y maldiciendo el peso de la armadura que le dificultaba todo movimiento y de nada servía en aquella guerra de guerrillas. Luego empuñó el arco, cogió una flecha y se concentró en los griegos que venían por el camino. Iban al trote, y su oficial lucía un gran penacho.

—Falta poco, muchachos —gritó el oficial en griego con acento macedonio—. Dos estadios. No os disperséis.

Cerca de Melita, los soldados que cerraban la formación eran hombres de mediana edad con rostros de facciones marcadas y barbas entrecanas, pero los soldados de las filas intermedias eran niños con yelmos que les quedaban grandes, forrados con piel de cordero que asomaba por los bordes. Por supuesto, tenían la misma edad que sus doncellas lanceras y sus hermanos.

«Ejércitos de niños matándose entre sí para que los adultos ostenten el poder», pensó.

La primera flecha de Temerix ululó al salir despedida y alcanzó al oficial en la parte alta del muslo, que llevaba desprotegida. Se desplomó con un estrépito de bronce. Antes de que sus hombres tuvieran ocasión de reaccionar, dos docenas de flechas salieron volando, zumbando como avispa que unos niños hubiesen molestado, y abatieron a varios hombres.

Melita tiró contra un soldado de la retaguardia, dándole en el cuello, y se sintió satisfecha por su buena puntería.

Otro oficial blandió la espada.

—¡A por ellos, muchachos! —gritó, y acto seguido murió víctima de varias flechas. Pero un tercer oficial los mantuvo en movimiento, corriendo por el camino hacia la emboscada. Ahora sus escudos estaban en la posición correcta y la siguiente carga cerrada de flechas de los emboscados apenas tuvo consecuencias.

Melita tiró dos veces sin fijarse en si sus flechas acertaban en el blanco. Tenía lista la tercera flecha, con el pulgar derecho pegado a la comisura de los labios tal

como le había enseñado su madre, cuando se dio cuenta de que Scopasis estaba luchando hombre contra hombre a sus pies. Se inclinó y tiró al chico que llevaba coraza de cuero. Su saeta rebotó contra el yelmo tracio, se le clavó en un pie y dio un chillido.

Scopasis luchaba con un hacha de caballería de mango largo, la que los griegos llamaban *sagaris*, y en cuanto vio que el muchacho trastabillaba le arreó un mamporro que le hundió el yelmo.

Melita tiró de nuevo. Esta vez los griegos miraban hacia arriba y tenían los escudos a punto, pero no podían vigilarla a ella y a Scopasis al mismo tiempo. Eran tres, y el más corpulento empuñaba una espada larga.

—A la de tres, chicos —dijo—. Uno... ¡Arggh!

Se desplomó como si le hubiesen dado un hachazo, con una flecha en la espalda.

Los otros dos emprendieron la retirada. Melita tiró a uno de ellos, alcanzándole en la parte baja de la espalda, de modo que cayó al suelo, pataleó y chilló. El otro tropezó con una raíz y Scopasis lo mató mientras se encogía de miedo y suplicaba.

Melita recorrió el camino con la vista. Todavía había griegos vivos; corrían a toda mecha hacia su fuerte.

—Salta —dijo Scopasis—. Te agarraré.

Melita metió el arco en su funda y saltó.

Scopasis la agarró soltando un gruñido, y el esfuerzo le hizo doblar una rodilla, pero en efecto la agarró. Las escamas del *thorax* de Melita se engancharon con las de él un momento, y sus rostros quedaron muy cerca.

—Gracias —dijo Melita con más frialdad de la que hubiese preferido. Scopasis tenía los ojos verde claro, como el vidrio que fabricaban los egipcios. Melita no se había percatado hasta entonces. Se zafó de sus brazos y siguió avanzando.

Instantes después, el cuerno de Temerix sonaba en lo alto del risco. Melita y Scopasis fueron los últimos emboscados en reunirse con el herrero, que estaba sentado en un tocón, afilando su hacha.

—¿Por qué huimos cuando hemos vencido al enemigo? —preguntó Melita.

Temerix se encogió de hombros.

—Porque yo lo digo —contestó con una sonrisa socarrona. Luego meneó la cabeza—. Matar y huir. Siempre. A veces el enemigo también huye. Pero a veces, el día menos pensado, el enemigo tiende su propia emboscada, ¿sí? —Miró en derredor y habló en sindi, y los hombres asintieron y rieron—. Luchas bien, y además obedeces —dijo Temerix—. La reina de los asagatje obedece a un sindi. —Asintió—. Eso está bien.

Habló de nuevo a sus hombres, que volvieron a reír, y el que tenía más cerca, un hombre menudo con tatuajes en torno a los ojos, le dio una palmada en la espalda.

Durante el camino de vuelta recogieron a los refugiados y los enviaron a despojar

a los muertos del valle. En el campamento, Urvara estaba fuera de sí, preocupada por Melita, y saltaba a la vista que estaba refrenando su genio.

—Tenía que hacerlo —le dijo Melita.

Temerix le dio una palmada en la espalda y se marchó con los suyos. Urvara lo observó alejarse y luego dio un beso en la frente a Melita.

—Supongo que sí —dijo en sakje—. Sabes que si mueres, esto se ha acabado.

—No —contestó Melita—. No, tía. Tengo un hermano y un hijo. Y si muero, ellos montarán este caballo.

La mañana siguiente llovió; una lluvia fría que parecía anunciar las últimas caricias de los gélidos dedos del invierno. Melita estaba junto a Coeno en la misma colina donde Temerix los había reunido el día anterior, frente al campamento enemigo. Los barcos enemigos estaban varados en la playa fangosa; veinte trirremes y otros cuarenta mercantes más pequeños y barcas grandes de pesca, todos ellos capaces de transportar a cuarenta o cincuenta hombres.

Coeno los observaba protegiéndose los ojos del sol naciente, haciendo visera con la mano.

—Nicéforo —dijo—. Un buen oficial. Mira el campamento y los centinelas.

—¿Lo conoces? —preguntó Melita.

—Uno no se pasa la vida en el escenario sin llegar a conocer al coro —contestó Coeno—. ¡Ahí está!

Señaló hacia la hilera de barcos.

Melita no tenía ni idea de qué estaba señalando su capitán. Coeno siempre había tenido una vista privilegiada.

—¿Luchará? —preguntó.

Coeno reparó en su desconcierto.

—No —dijo—. Viniera a lo que viniese, es demasiado listo para combatir. Ha hecho una incursión en el fuerte, destruido algunas granjas, se ha quemado los dedos y ahora está volviendo a embarcar.

—¿Construyó ese campamento fortificado y ahora lo abandona sin más? —preguntó Melita.

—Exactamente, dulzura —dijo Coeno. Se mesó la barba y se sorbió la nariz. Estaba resfriado. Casi todos lo estaban. La primavera había llegado y el suelo se estaba secando, pero las noches seguían siendo frías y húmedas—. Yo lo haría. Construir campamentos es fácil. No puede permitirse sufrir bajas. Y si perdiera una batalla aquí, mataríamos a todos sus hombres y quemaríamos sus naves.

Scopasis, por lo general tan callado, sintió el impulso de hablar.

—Envíanos, señora. Tomaremos el campamento por asalto.

Gaweint lo secundó.

—¡Envíanos! —dijo.

Melita miró a Coeno, esperando una negativa inmediata. En cambio, el megaro se rascó la barba, luego se quitó el yelmo y el gorro de lana y se rascó la cabeza con ganas.

—Criaturas del gélido Tártaro —maldijo—. Piojos. Se supone que los piojos aparecen con el buen tiempo. Scopasis, es posible que tengas algo en la cabeza, y no me refiero a los malditos piojos. Señora, ¿cuántas muertes puedes aguantar?

A Melita se le encogió el estómago.

—¿Qué estás diciendo?

Coeno sonrió forzosamente.

—¿Alguna vez he mencionado que toda mi vida he rehusado mandar? Así están las cosas. Scopasis lleva razón. Acaban de comenzar a cargar. —Aplastó un piojo entre dos dedos—. Ahora mismo, si atacamos, los aniquilaremos. —Se limpió los restos del piojo en la cruz del caballo—. Te costará mil guerreros.

—Inaceptable —respondió Melita. El tono de Coeno la horrorizó.

—Cambiaría el curso de la guerra —dijo Coeno—. De un plumazo, desbaratamos su flota y abatimos a su mejor general y a un tercio de sus soldados profesionales.

Scopasis situó a su caballo delante de Melita.

—Para mí sería un orgullo ir al mando —dijo—. Moriré aquí.

Gaweint lanzó su espada al aire.

—¡Ja! —dijo. Y la recogió al vuelo.

Urvara se acercó con su guardaespaldas, seguida por Parshtaevall, que regateaba con Graethe el precio de un caballo. Todos callaron al ver el campamento enemigo.

Melita observó los barcos enemigos y las filas de remeros que subían a bordo, los hombres de las empalizadas que miraban hacia la colina donde estaban los sakje, volviéndose de vez en cuando, nerviosos por si los abandonaban.

—No —dijo—. Basta con que suban a sus barcos y se marchen.

—Mañana atracarán a cien estadios de aquí. Quemarán el templo de Heracles o matarán a tu amigo; ese granjero que vive en el Hispanis. ¿Cómo se llama? Gardan. — Coeno se encogió de hombros—. Ahora mismo, los tenemos en nuestras manos. — Coeno volvió a ponerse el gorro de lana—. No seré yo quien lo ordene, pero así es la guerra. Y si tú lo ordenas, dirigiré el ataque.

—¿Mil jinetes? —preguntó Urvara—. ¿Muertos? —Miró a Coeno—. Eso es una locura griega. El pueblo nunca se recobraré.

—Y Upazan no dejará de venir —dijo Parshtaevall—. Pero, oh, Coeno, lo que propones es muy duro, y aunque sea mi clan el que muera, veo mérito en tus palabras.

Coeno asintió.

—No me malinterpretéis, amigos. Yo no deseo esta batalla, pero ¡ya veréis!, en verano nos enfrentaremos a Nicéforo en su terreno, con Eumeles y todos sus

mercenarios y Upazan protegiendo sus flancos.

Melita estaba convencida de que su respuesta era la correcta.

—Amigos —dijo—, no vamos a librar esta batalla, una batalla que va a dejar mil sillas vacías. Coeno: te entiendo bien, soy lo bastante griega para entenderte, pero hallaré otra solución.

Coeno asintió. Metió su yelmo en el morral de cuero que llevaba colgado a la espalda y sacó un gorro sakje de piel.

—Bien —dijo—. Habría sido horrible.

Scopasis meneó la cabeza.

—Glorioso —espetó. Gaweint parecía estar a punto de llorar.

Ataelo fue el último en llegar, oyó el final de la conversación y dio una palmada en el hombro a su antiguo forajido.

—Vive una cuantos días más —dijo—. A lo mejor descubres que morir en combate no es la única manera de alcanzar la gloria.

Los sindi y los meotes aclamaron como héroes cuando su reina subió al promontorio y cruzó las puertas de la ciudad pasando por encima de los cadáveres de un buen puñado de falangitas. Coeno felicitó a los granjeros por el coraje con que se habían defendido, y Ataelo ya había cruzado el río con doscientos jinetes para seguir el camino de la costa a fin de averiguar adónde se dirigía la flota.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Melita.

—Si sigue con vida, está viniendo —contestó Urvara.

Coeno asintió.

Pero la flota enemiga ya se alejaba por la bahía, y Melita sospechó que con ella había dejado escapar una buena oportunidad.

Un barco regresó, un pentekonter en el que remaban soldados, con un apuesto hombre maduro en la popa. Melita encontró a Coeno supervisando el almacenamiento de grano y se lo señaló.

—Nicéforo —dijo Coeno—. Debe querer enterrar a sus muertos. Es de la vieja escuela, un hombre bastante honorable.

—Siendo así, ¿cómo puede aguantar a su amo? —preguntó Melita. Vio a Nihmu, que estaba pálida, delgada y angustiada. Tardó un rato en darse cuenta de que Nihmu la estaba aguardando. Melita había aguardado a Nihmu casi toda su vida de adulta. Resultaba extraño que la situación se hubiese invertido.

Coeno sonrió a Nihmu y miró hacia otro lado. Puso los ojos en blanco.

—Escucha, dulzura. Tu padre tuvo suerte. Su patrono era un monstruo pero Kineas supo imponerse a él. No todos los soldados profesionales pueden hacer lo mismo.

Melita seguía pendiente de la aproximación del barco de cincuenta remos.

—¿Nihmu? —dijo a media voz.

—¿Señora? —Nihmu se acercó—. Señora, he venido a implorar un favor.

Melita apartó los ojos del galeón que se aproximaba.

—Nihmu, me parece que te estás portando como una tonta. Para ti no soy la señora.

Nihmu tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—Sí que lo eres, señora. Escucha, quiero marcharme.

Melita se sobresaltó.

—¿Marcharte? —preguntó. Lanzó una mirada a Coeno, cuya expresión de lacónica preocupación no la engañó ni por un instante—. ¿Por qué quieres marcharte?

Nihmu se mordió el labio.

—Voy a rescatar a mi marido —dijo—. Coeno y yo tenemos la impresión de que Eumeles no tardara mucho tiempo en ejecutarlo. Hay que rescatarlo.

Melita sintió un vacío en el estómago al darse cuenta de que entre tantas conspiraciones y planes, León había quedado en un segundo plano. Miró a Coeno, que se secó el sudor de la frente y meneó la cabeza.

—Nihmu y yo hemos acordado que debe hacerlo ella. Si voy yo, te quedarás sin un consejero militar en quien puedas confiar.

Lo dijo con voz neutra, y Melita se dio cuenta de que estaba haciendo un sacrificio, y aguantándolo; justo lo contrario de lo que ella había supuesto al principio.

—¿Preferirías ir a rescatar a León? —preguntó Melita.

Coeno asintió.

—Sí —dijo—. Esta mañana me ha recordado por qué no deseo mandar.

Melita asintió y emprendió el descenso a la playa, donde se erguía el kurgan de su padre. El pentekonter ya estaba varado en la arena, y los primeros hombres que bajaron a tierra llevaban ramas de olivo en las manos. A continuación vino un heraldo. Vestía de verde, subió por la playa hasta donde estaba Coeno y le hizo una reverencia. Coeno señaló a Melita. El heraldo manifestó desconcierto, pero la saludó inclinando la cabeza.

En un sakje atroz, dijo:

—El amo de muchos caballos Nicéforo quiere pedir no hacer la guerra contigo.

La manera en que aferraba su báculo revelaba lo nervioso que estaba.

—Hablo griego —dijo Melita.

—Ah, mis excusas, despoina. Mi *strategos* solicita una tregua para poder enterrar a sus muertos o llevarse sus cuerpos.

El heraldo señaló con un vago ademán hacia el fuerte.

—Prefiero hablar con él en persona —dijo Melita—. Lo veo de pie en la popa. Lo apropiado es que los líderes negocien cara a cara.

El heraldo dio media vuelta y se marchó. Melita le vio recorrer el medio estadio

que mediaba entre ellos y el barco.

—Encended una hoguera —ordenó Melita—. Traed vino.

El heraldo subió a bordo y Melita vio que Nicéforo miraba hacia ella y se encogía de hombros. Luego saltó al agua gélida y subió trabajosamente por la playa.

Coeno hizo magia. En cuestión de instantes, había una hoguera encendida. Nihmu apareció a su lado con una pesada ánfora de vino que sostenía en brazos como si fuese un bebé, y Urvara vino a caballo, desmontó y se situó junto a ella. Temerix subió a pie.

—Parshtaevalt, Ataelo y Graethe ya están en la hierba —dijo Urvara—. Deduzco que ese es Nicéforo.

Melita asintió.

Nicéforo recorrió el medio estadio que los separaba, mostrándose indiferente a la capa mojada y al gélido viento. Venía solo.

—Por favor, ven a calentarte —ofreció Melita—. Tenemos vino.

—Nunca rechazo una copa de vino —contestó Nicéforo—. Hola, Coeno el Megaro. Tu presencia me ha hecho confiar en que podía contar con las cortesías de la guerra.

Melita le dio una copa de vino.

—¿Conociste a mi padre?

Nicéforo era beocio. Tenía el pelo cobrizo, lo que le quedaba de él, y no hablaba más de la cuenta.

—No. O, mejor dicho, solo por su reputación. —Derramó una libación—. Por todos los dioses y por la memoria de tu padre. En su nombre, te pido una tregua de un día para recuperar a mis muertos y enterrarlos.

Melita asintió.

—Es curioso, Nicéforo. Hace una hora, me estaba planteando tomar por asalto tu campamento. Ahora bebemos vino. Sí, y no. Te concedo una tregua de cinco días para recuperar a tus muertos. Encontrarás unos cuantos en las granjas de las afueras; a los que matamos ayer.

—Solo necesito un día —dijo Nicéforo.

—Cinco días, durante los cuales tus barcos permanecerán en la bahía, donde yo pueda verlos.

Melita tuvo que mirarlo a la cara. Tenía un rostro agradable, el tipo de rostro que le inspiraba confianza. «Qué lástima», pensó.

El rostro de Nicéforo reflejó su enojo.

—No me habéis derrotado en tal medida para imponerme... —comenzó a decir ofendido.

Melita levantó su fusta.

—Sirves a un usurpador, a un tirano que te ha ordenado venir a incendiar sus

propias granjas. No te debo la menor cortesía. Como Coeno me ha dicho que eras un hombre de honor, me ha parecido correcto reunirme contigo. Pero escúchame bien, beocio. Mi padre jamás habría servido a un tirano como Eumeles. Al contrario, lo habría derrocado. Mis tíos sirven a Tolomeo, que construye ciudades, y a Seleuco, que las libera. Te juzgo por tus compañías. Para mí, eres un mercenario que sirve a un rebelde. Acepta los cinco días que te ofrezco o márchate. Aquí no hay nada que negociar.

Nicéforo meneó la cabeza. Estaba menos enojado.

—De modo que lo sabías —dijo.

Coeno mantuvo el semblante cuidadosamente inexpresivo.

Melita lo imitó y permaneció callada, pero de pronto la embargó la esperanza.

Nicéforo bebió un sorbo de vino.

—Escucha, señora. No espero un trato especial de tu parte, pero tu exigencia es muy poco razonable. Aguardar cinco días es asegurarse de que estoy bloqueado aquí. De modo que propongo tres días, ni uno más. —Se dirigió a Coeno—. Sé justo, Coeno.

Coeno se echó para delante.

—Porque si te retenemos cinco días aquí —dijo—, llegará la flota de Sátiro —agregó, quebrándosele un poco la voz al final, casi incapaz de borrar la sonrisa de su semblante.

Nicéforo se encogió de hombros.

—No puedo correr ese riesgo. Ese chico se mueve deprisa. Esta mañana me he enterado de que está en Heraclea con una flota. Supongo que vosotros también estáis al corriente.

Miró en derredor y se puso colorado. Esta vez sí que se enojó.

—¡No lo sabíais! —exclamó.

—Ahora lo sé —respondió Melita—. De pronto tres días me parecen aceptables.

Nicéforo escupió.

—Así no es como proceden las embajadas. Coeno, no me esperaba esto de ti.

Coeno se encogió de hombros.

—Ni tú ni tu heraldo habéis sido amenazados. Has regateado sobre los días de la tregua. A mí todo me parece de lo más normal. —Se volvió hacia Melita—. ¿Tres días?

Melita asintió.

Nicéforo no se movió.

—Tregua de tres días —anunció Coeno—. Podéis desembarcar un máximo de cincuenta hombres a la vez, y podéis usar la playa que queda al norte de la ciudad vieja para cocinar y comer.

—¡Queremos nuestro campamento! —replicó Nicéforo.

Coeno negó con la cabeza.

—No, Nicéforo. Esto es incuestionable. Como tampoco vamos a permitir que fortifiquéis otro lugar.

Nicéforo negó con la cabeza.

—Pues entonces no hay tregua.

Dio media vuelta y se alejó.

Coeno levantó la mano para que nadie hablara. Luego se volvió hacia Melita.

—Sabes lo que significa esto, ¿verdad? —le dijo en voz baja.

Melita asintió.

—Escucha, Coeno. En el fuerte hay barcas. Coge una y una tripulación sindi; sigue a sus barcos hasta que salgan de la bahía del Salmón y ve corriendo a Heraclea. Dile a mi hermano cómo están las cosas y enseguida nos devolverán a León. —Miró a sus caudillos—. Está claro que Sátiro tiene una flota.

—¿Y aquí? —preguntó Urvara—. ¿Qué haremos nosotros?

Melita asintió.

—Creo que esto lo hemos planteado mal —dijo—. Somos sakje. Dejamos a los granjeros defendiendo el fuerte; saben que regresaremos. Nos dispersamos en grupos por todo el territorio del este y hacemos la guerra a nuestra manera, ensañándonos con los sármatas allí donde nos topemos con ellos, actuando como piquetes en cada invasión, sea de Eumeles o de Upazan. Hostilizamos al que aparezca primero. Si podemos derrotar a un destacamento, nos reagrupamos, de lo contrario nos convertimos en copos de nieve arrastrados por el viento del este. Que luchen contra la ventisca. —Señaló con la fusta a Nicéforo, que ahora estaba parado en la playa, a medio estadio de ellos, mirando hacia el mar—. Seguro que los granjeros podrán defender el grano hasta que venga mi hermano.

Urvara fue a decir algo pero Coeno la interrumpió con una exclamación.

—¡Por los dioses, el grano! ¡Nicéforo está aquí por el grano! Eumeles debe andar escaso.

Melita escupió ante la idea de un rey que robaba a sus propios súbditos.

Los ojos de Urvara brillaron, reflejando las llamas de la hoguera.

—Esto es una guerra en toda regla —dijo—. Esta es la guerra que conoce el pueblo.

—Un día de descanso —dijo Melita—, y nos marchamos. —Se volvió hacia Coeno—. ¿Irás en busca de mi hermano? —preguntó.

—¿Podrás vivir sin mí? —respondió Coeno, con cierto tono de mofa, aunque Melita no supo si se burlaba de ella o de él mismo. Decidió tomárselo al pie de la letra.

—Te necesito —dijo Melita—, pero nadie es irremplazable. Ni siquiera yo. ¿Quién será el jefe de mi guardia?

—Scopasis —contestó Coeno sin vacilación—. Tiene buen ojo y es leal. No sigas su consejo en asuntos militares: persigue la gloria.

Melita pegó un manotazo a su más querido consejero.

—¡Eso ya lo sé! —dijo. Le asomaban las lágrimas a los ojos. Tomó las manos de Coeno y de Nihmu—. Regresad sanos y salvos.

Nihmu estaba contemplando la flota enemiga.

—No puedo creer que vaya a hacerme a la mar otra vez —dijo—. ¡Bah! —Pero sonrió—. Regresaremos —agregó.

No obstante, Melita se estremeció al ver que Nihmu evitaba mirarla a los ojos.

—¿Qué has visto? —inquirió Melita.

—¿Visto? —repuso Nihmu, meneando la cabeza. Seguía evitando los ojos de Melita—. Ya no tengo visiones. El mundo de los espíritus me ha cerrado las puertas.

Melita le puso una mano en el hombro.

—¡No! —dijo—. No me lo creo. ¿Qué has visto?

—Nicéforo regresa —dijo Coeno—. Compórtate como una reina.

Nicéforo se detuvo a un largo de caballo y metió los pulgares en el fajín.

—Tres días —dijo, y se encogió de hombros.

Melita se irguió pese al peso de la armadura.

—Tres días —confirmó con tanta elegancia como pudo.

El beocio asintió y se volvió hacia Coeno.

—Tus hombres saben dónde encontrar a los míos —dijo.

Coeno pasó su copa de vino a su reina.

—Estoy a tu servicio, *strategos*. ¿Empezamos ya?

Nicéforo no sonrió. Endureció su expresión, y Melita se preguntó qué debate interior había traslucido. Percibía su enojo a través de la hoguera. Pensó que quizá no había vencido con su discurso, aunque no de un modo que fuera a ayudar a su causa. Y se dio cuenta de que Nicéforo amaba a sus hombres.

Melita se quedó en la playa, bajo la llovizna, observando a los otros griegos que bajaban a tierra. Permaneció en su otero mientras recogían leña y los primeros grupos traían cadáveres a la playa. Urvara y ella vieron a un grupo que trajo a un hombre aún con vida hasta el sendero rocoso de la playa y que lo llevaban en un esquife, remando apresuradamente, hacia los barcos.

Y aquella misma noche Coeno y Nihmu zarparon en un triakonter sin que la flota enemiga los molestara.

Al amanecer, el ejército desapareció en los campos primaverales en busca de asaltantes de Upazan, de barcos llenos de enemigos procedentes del mar. Melita se llevó a su guardaespaldas y a veinte guerreros con cien caballos, y cabalgó hacia el Hispanis para visitar a la familia de Gardan. Y para convencer a los georgoi de que organizaran su propia defensa porque la guerra iba a extenderse por todo su país.

Sátiro pasó aquella noche en la casa que había sido la de Kinón, y el viejo esclavo, Servilio, le sirvió un magnífico desayuno a base de lentejas cocidas en vino y estofado de liebre. Luego envió a otro esclavo a su barco para traer a sus hombres a tierra.

Todavía se estaba limpiando los restos de liebre del bigote cuando el viejo esclavo se le acercó.

—Tu hombre —dijo. Helios estaba allí, chorreando y casi azul de frío.

—Has venido a nado —dijo Sátiro. Negó con la cabeza—. Si mueres, te habré libertado para nada. —Se volvió hacia el esclavo de la casa—. Servilio, ¿puedes hacer que entre en calor?

El anciano asintió.

—¿Te ha libertado, eh? —dijo—. Tienes suerte.

Su tono dio a entender que si el liberto fuese él, no arriesgaría su libertad zambulléndose en el agua y nadando un estadio para reunirse con su amo. Se las arregló para decirlo ladeando la cabeza y en un tono terminante que ningún amo podría haber considerado rebelde.

—Y ha llegado una visita —añadió Servilio por encima del hombro, mientras se llevaba a Helios hacia el interior de la casa.

—Está claro que Dionisio se llevó a todos los esclavos buenos —masculló Sátiro mientras salía al patio. La última vez que había estado allí, el lugar estaba cubierto de sangre; esclavos muertos que habían sido sus amigos y hombres muertos que habían intentado matarlo. Fue el día en que descubrió por qué los hombres pensaban que Filocles era el avatar de Ares en la tierra.

En la verja encontró a un persa montado a lomos de un caballo muy alto. Levantó la vista hacia él, que llevaba un abrigo largo persa para guarecerse del frío y que montaba uno de los corceles más hermosos que había visto en su vida.

—¿Sí? —preguntó.

El persa saltó de su montura como un sakje. Era guapo, incluso para ser persa, y su sonrisa le iluminaba el semblante.

—No es preciso que me digas cómo te llamas, hijo de Kineas —dijo el persa.

—En esto me llevas ventaja —contestó Sátiro. Acto seguido cayó en la cuenta de que tenía que ser el mensajero de Diodoro.

—¿Te conozco? —preguntó.

—Espero que hayas oído mi nombre una o dos veces —dijo el persa—. Fui amigo de tu padre.

—¿Eres Darío? —dijo Sátiro—. ¡León habla de ti muy a menudo!

Darío lo abrazó. Llevaba perfume, como casi todos los persas, y su abrigo estaba

hecho de una lana tan suave que parecía piel de conejo.

—He venido a propósito de León, precisamente —dijo Darío.

Sátiro se sentó en un diván maldiciendo lo despreciables que eran los esclavos, mientras Darío merodeaba por la estancia, mirando los muebles.

—Los míos no son mejores —dijo Darío riendo—. En cuanto me voy de casa, no hacen nada. Los caballos ni siquiera se aparean cuando estoy fuera.

—¿Has estado sirviendo con Diodoro? —preguntó Sátiro.

Darío asintió.

—Todo el verano. Ninguna gran batalla, hijo de Kineas, solo mucho reconocimiento del terreno, mucho patrullar y mucho dar caza a bandidos. Babilonia es segura, y ahora Seleuco asedia uno de los fuertes de Demetrio en Siria. Diodoro terminó su contrato y se fue con Seleuco plenamente autorizado. De hecho, creo que nuestras tropas estarán alimentadas hasta que lleguen a Frigia.

—Donde el señor es Antígono —dijo Sátiro, sonriendo.

—Exactamente. Y donde nuestros soldados podrán saquear a su antojo. —Darío era un caudillo persa, le traía sin cuidado el sufrimiento del campesinado frigio—. Debería llegar aquí en veinte días. Si el tiempo se mantiene tan bueno como hasta ahora, quizás en la mitad. A ti ya te he aguardado tres semanas, y zarpamos a la vez.

Sátiro sirvió más vino.

—Lamento haberte hecho esperar —dijo.

Darío negó con la cabeza.

—No, no tienes por qué preocuparte. Estoy aquí para rescatar a León. Digamos que es mi... ¿especialidad? Pasar desapercibido donde otros hombres no lo consiguen.

Sátiro sonrió al elegante noble que tenía delante.

—Señor Darío, me cuesta imaginar que puedas pasar inadvertido en alguna parte.

Darío se rio.

—Ves lo que quiero que veas, hijo de Kineas, pero gracias por el cumplido. —Negó con la cabeza—. No me sirvas más vino, por favor. Tengo entendido que estabas presente cuando Filocles murió.

Sátiro le refirió la historia. Cuando terminó, tenía lágrimas en los ojos y el persa lloraba.

—Era el más valiente de los hombres —dijo Darío—. Fue un honor conocerlo. Crax y Diodoro me dijeron que te preguntara sobre su final. Ahora bien, no quieren que me cuentes un solo detalle de tus planes. Podrían apresarme. Aunque te voy a hacer una pregunta: ¿dónde debo reunirme contigo si recupero a León?

A Sátiro le complació la pura confianza en sí mismo de aquel hombre.

—Tengo intención de ir a Olbia —dijo.

—Sabrás que tu hermana se encuentra en las tierras altas al norte de Tanais —dijo

Darío.

—Avanza deprisa —respondió Sático—. Pero tarde o temprano tenemos que luchar por Olbia y Pantecapea.

Darío meneó la cabeza.

—Eumenes, nuestro Eumenes el Olbiano, te entregará Olbia cuando tú lo desees —dijo—. Nos abandonó en otoño para ser arconte.

Sático había recibido la noticia durante su última estancia en Alejandría.

—¿Por tanto...?

—Por tanto, no es necesario que vayas a Olbia. ¿Y si aparecieras en Pantecapea dentro de, pongamos, diez días?

—Quince —repuso Sático—. No estaré preparado antes. Y necesito parte de la infantería de Diodoro.

Darío asintió.

—Bien, pues pongamos veinte días. Estaré preparado.

Sático enarcó una ceja.

—¿Tan confiado estás? —preguntó.

Darío tenía un curioso tic facial; podía fruncir el ceño y sonreír a la vez, como si percibiera un mal olor.

—Jamás ofendería a los dioses con semejante frase —dijo—, pero sí digo que en Pantecapea, como en todas las ciudades del Euxino, abundan los esclavos persas. Y me figuro que libertarías a cualquier hombre que te diga que me ha ayudado, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó Sático.

Darío se encogió de hombros.

—Pues ya podemos darlo por hecho. Si apareces en Pantecapea dentro de veinticinco días, contando a partir de mañana, yo me encargaré de llevar a tu tío, mi hermano de sangre, a tu barco al atardecer.

—Pero... —Sático meneó la cabeza—. Quiero saber cómo.

Darío se puso de pie.

—Ya se verá. —Se encogió de hombros—. Para serte sincero, ni yo mismo lo sé.

Transcurrieron cuatro días antes de que su flota llegara, y Darío ya se había marchado en un carguero con destino a Olbia que transportaba cobre de Chipre y ánforas vacías para el comercio de grano. Sático lo había visto partir: una figura anodina, como un próspero factor esclavo o un mercader asiático de clase baja. La confianza de Sático en aquel hombre aumentó.

Al día siguiente Bias informó de que había cuarenta velas en la rada, y al anochecer tenía sesenta y ocho barcos de guerra llenando el puerto. Bias estaba preparado, así como los rodios y los alejandrinos emplazados en un extremo del

malecón, y situó a los piratas en la otra punta, separados por una poderosa escuadra de Heraclea. Todos los hombres de Néstor deambulaban por las calles, y el primer conato de alboroto que protagonizaron los piratas fue aplastado con severa firmeza, mensaje que enseguida entendieron los tripulantes de las demás escuadras.

Por la mañana, Sátiro se reunió con todos sus capitanes en un almacén, el único edificio lo bastante grande para que cupieran todos resguardados del viento. No había chimenea, y el aire gélido se colaba entre las tablas sueltas.

—Mi ejército llegará dentro de diez días —anunció Sátiro—. Y nuestra presencia aquí pronto dejará de ser un secreto. Demóstrate, ¿te importaría cerrar el Bósforo a nuestro enemigo?

—Por la verga de Poseidón, muchacho. ¡Se lo cerramos a Bizancio! —dijo el viejo pirata.

—Corre el rumor de que Eumeles ha conseguido un envío de mercenarios y dinero procedente de Atenas —dijo Sátiro.

—Bueno es saberlo —concedió Demóstrate—. Los encontraremos.

—Abraham, me gustaría que cogieras nuestros barcos y los de Lisímaco y que visitaras las ciudades de la costa occidental, empezando por Tomis. Un día en cada una; elimináis a los intrusos y cumplís con nuestra parte como aliados.

Abraham quizás hubiese preferido zarpar con los piratas, pero no lo demostró.

—A tu servicio, navarco —dijo.

Pantero de Rodas aguardó hasta que la conferencia de oficiales concluyó. Se oyeron gritos y regateos y los piratas tuvieron que llegar a un acuerdo sobre el botín ateniense que esperaban capturar, antes de que el primer capitán se hiciera a la mar. Pantero los observó con desdén.

—Nos dejas aquí —señaló.

—Tus hombres no causarán altercados en Heraclea —dijo Sátiro.

Pantero frunció el ceño.

—Mis hombres se aburren tan pronto como una tripulación pirata —dijo.

—Diez días —repuso Sátiro.

Doce días desde que Darío zarpara y ni rastro de Diodoro, a quien ni siquiera habían visto los exploradores de Heraclea en los pasos de montaña. Las escuadras de Abraham regresaron muy animadas. Se habían topado con dos trirremes de Pantecapea y los habían tomado por asalto en un combate muy desigual frente a las costas de Tomis.

—Calco te manda saludos —dijo Abraham—. Creo que no sabía cómo tratarme, pero cuando le dije que iba de parte de Lisímaco, fue bastante cortés. Y adora a Terón.

Terón sonrió.

—Me parece que me jubilaré en Tomis —dijo—. Me gusta ese lugar.

Todavía estaban congratulándose por el éxito en limpiar la costa occidental cuando Bias envió un esclavo a anunciar la llegada de Coeno. Sátiro pocas veces había pasado una media hora peor que aquella, aguardando noticias de su hermana.

Coeno y Nihmu llegaron cual parientes perdidos, escoltados desde el puerto por su amigo Dionisio. Nihmu parecía exhausta; tenía la tez grisácea y el cabello lacio. Coeno, en cambio, irradiaba salud al sol del atardecer.

—Sátiro —dijo, tomándole las manos—. Tu hermana te envía su amor.

—¡Está bien! —exclamó Sátiro. Se dio cuenta de que llevaba una hora conteniendo el aliento.

—No va a postergar la guerra. Ha pasado algunos apuros, pero está bien y te echa de menos. Y se ha proclamado reina de los asagatje.

—¿Y Marthax? —preguntó Sátiro.

—Muerto por su mano. —Coeno se encogió de hombros—. Decirlo así es hacerlo parecer un canalla. Marthax murió como un rey, y la manera en que murió garantizó que Melita se convirtiera en reina.

Sátiro se volvió hacia sus capitanes. Cruzó una mirada con Neiron y otra con Diocles.

—Los barcos de Eumeles ya no tienen arqueros —dijo, y luego, dirigiéndose a su tío y a su tía, preguntó—: ¿Dónde está ahora Melita?

Coeno negó con la cabeza.

—Ni idea. Oye, veo que tienes una flota. Deja que te dé mis noticias cuanto antes.

Las explicó rápidamente y las repitió cuando Neiron hizo un bosquejo apresurado de la carta náutica del Euxino.

—Cuando me marché, Nicéforo, el general de Eumeles, estaba en la bahía del Salmón. Tenía miedo de que lo atrapasas allí poniendo fin a la guerra.

—Por la verga de Poseidón —masculló Diocles, y muchos de los demás capitanes, rodios, griegos y alejandrinos, también murmuraron.

—Si Diodoro hubiese llegado a tiempo —dijo Sátiro—, la guerra ya habría terminado.

Coeno se rio.

—A veces se te nota la edad, muchacho. La guerra siempre depende de la suerte. De nada sirve lamentarse por la suerte que no has tenido. Aférrate a la que todavía tienes. Tiqué os ha dado una flota a ti y un ejército a tu hermana.

—Necesitamos a Diodoro —insistió Sátiro—. Necesitamos a sus hombres como infantes de marina. No podemos enfrentarnos a la flota de Eumeles sin tener ventaja.

Coeno miró en derredor. Conocía a casi todos los capitanes de León, y sus ojos se detuvieron en Aekes.

—¿Y tú, granjero? ¿Necesitas a los hombres de Diodoro?

Aekes se encogió de hombros.

—Yo no. Pero Sático tiene aliados. Debemos aguardarlos. Y ellos no tienen infantes.

—Piratas —espetó Pantero.

Coeno miró en derredor y se rio.

—¿Debo deducir que tenéis más barcos?

Dos días febriles haciendo planes y Demóstrate arribó con casi todos sus barcos. Bajó a tierra de muy mal humor.

—Perdí un par de barcos contra uno de los avisperos de cien tripulantes de Eumeles; dioses, fue culpa del propio Dio, que se dejó atrapar en la niebla como un marinero de agua dulce. ¿De dónde ha sacado Eumeles a esos capitanes? —El viejo pirata se bebió una copa de vino y la lanzó contra la pared, haciéndola añicos—. Pero lo peor de todo es que la escuadra ateniense se nos escapó. Diez trirremes y cuatro transportes de tropas, y todo el dinero.

Sático sintió la premonición de un desastre, además de abrigar sospechas.

—¡Tenías treinta barcos! —exclamó, y lo lamentó en el acto.

—Oh, claro, si hubieses estado allí, ¡seguro que lo habrías hecho mejor! —dijo Demóstrate. Se marchó de la estancia hecho una furia.

Coeno salió tras él y lo trajo de vuelta. Al parecer el megaro había disipado el mal humor de Demóstrate, y se dieron un afectuoso abrazo. Luego el almirante pirata se disculpó.

—Cuando me enfado pierdo los estribos —dijo—. Coeno me ha explicado que tu hermana está en el Tanais con un ejército —agregó.

Sático asintió. Demóstrate miró en derredor.

—Entonces ya tenemos a Eumeles —dijo.

Sático negó con la cabeza.

—Necesitamos a Diodoro —dijo.

—Tu hermana te está esperando —le recordó Coeno.

Sático miró a la concurrencia. Estaban todos allí: sus propios capitanes, Demóstrate y los oficiales rodios. Néstor se mantenía al margen, representando a Heraclea. Sático se puso de pie y todos se callaron.

—Mi hermana no está esperando —dijo—. Tiene un ejército y está en marcha, librando una guerra de guerrillas contra los sármatas, que son tan enemigos míos como Eumeles y sus barcos. No puede aguardarme. En cualquier momento Eumeles puede asediar su fuerte en el Tanais, por más provisionado y guarnecido que lo dejara. —Miró en derredor—. Si atacamos ahora, mostraremos a Eumeles nuestro poderío y ya no tendrá que suponer nada. Sin Diodoro somos débiles. Más débiles que Eumeles. Y si perdemos en el mar, estamos acabados; toda la guerra se irá al

garete como una coraza de escamas cuando se rompen los cordones. ¿Cierto?

Incluso Coeno asintió.

—Aguardaremos —concluyó Sático.

Habían transcurrido diecisiete días desde que Darío zarpara, y un oficial rodio mató a un remero de Manes en una reyerta. Manes condujo a sus hombres a un desmadre de destrucción, matando a un heracleo y a dos rodios e incendiando un almacén.

Sático convocó a los oficiales pero, de entre los piratas, solo Demóstrate acudió.

Telereo, navarco de Lísimaco, comenzó por insinuar que ya estaba hartó.

—Esta estancia en puerto no sirve de nada —dijo—. Me iré a Tomis y vigilaré la costa.

Pantero meneó la cabeza.

Si hay que dar crédito a Sático, cualquier día de estos llegarán los infantes, y entonces zarparemos en pos de Eumeles.

—Ese mercenario es posible que no venga. Podría estar a cuarenta jornadas de aquí. ¿Hasta cuándo esperaremos? —preguntó Telereo.

Sático dominó su genio.

—Os pido que aguardéis cinco días más —dijo—. Entretanto, necesito que mis tripulaciones y las vuestras patrullen los embarcaderos, y me gustaría que los navarcos establecieran distritos en los muelles, de modo que pueda confinar en barrios distintos a los rodios y a los piratas. Pantero, debo informarte de que Néstor, la mano derecha del tirano, dice que debe detener a tu timonel.

Pantero negó con la cabeza.

—No —dijo—. Ninguno de mis hombres irá a la picota por matar a un pirata.

—Permíteme hablar claro —respondió Sático—. Diste órdenes de que se evitaran este tipo de situaciones. Ese hombre te desobedeció, ¿y ahora lo tratas como a un héroe?

Pantero señaló a Diocles.

—Si lo hubiese hecho Diocles, ¿lo entregarías a Néstor?

Sático asintió.

—Sí —dijo rotundamente.

—No fue un timonel —aclaró Diocles—. Fue un remero, banda de babor, del *Señor del Arco de Plata*. Y el otro imbécil desenvainó primero. —Se encogió de hombros—. Y Manes mató a dos de los suyos. Él es el hijo de puta que merece ser ajusticiado.

Néstor se adelantó. Incluso entre hombres como aquellos, su estatura imponía.

—Eso me corresponde a mí decidirlo —dijo—. Aquí sois aliados, no conquistadores. Si vuestro hombre no es entregado, dejaréis de ser bienvenidos.

Néstor no se estaba marcando un farol, y miraba a Sátiro. Sátiro sabía que el asesinato era la gota que había colmado el vaso después de una semana de robos, algunos a mano armada, y escaramuzas en todos los mercados.

Sátiro abrió los brazos.

—¿Debo suplicarte, Pantero? Todas mis esperanzas se reducen a esto. Los envíe al mar para evitar algo así, pero no puedo hacer que Diodoro llegue puntual. Me consta que tus hombres y los piratas se llevan como el perro y el gato. Ayúdame en esto, ofreceré una fianza... —Miró a Néstor para valorar su reacción— ...para que ese hombre no sea hallado culpable.

Néstor hizo un contenido gesto afirmativo.

—¿Me das tu palabra? —preguntó Pantero.

Y Sátiro supo que conservaría a los rodios. Por uno o dos días. Se volvió hacia el rey pirata.

—¿Y tú?

Demóstrate se encogió de hombros.

—Manes se rige por su propia ley —dijo—. Cada día es peor. Quiere matarme; desde luego, no acata mis órdenes.

«Y está al mando de cinco barcos; barcos que necesito», pensó Sátiro.

En privado, pidió a Néstor que ignorase a Manes, envió a sus propios infantes de marina a vigilar a Manes, pero el monstruo parecía estar ahíto después de sus últimos saqueos y no se movió de sus barcos. Sátiro pagó una compensación al mercader cuyo almacén habían incendiado y procuró pensar en un modo de mejorar la situación.

Intentó que toda la flota saliera a hacer prácticas de remo, a ejercitarse en las complejas tácticas y maniobras de batalla con las que los capitanes y las tripulaciones profesionales ganaban combates navales. Los rodios salían al mar cada día, remando de un lado a otro, y los barcos de Sátiro los imitaban. Pero Demóstrate se rio.

—No necesitamos tácticas de aprendices —dijo, y se marchó, dejando a Sátiro echando chispas.

Según se rumoreaba, Manes se tiró un pedo cuando le transmitieron las órdenes.

Sátiro tenía previsto cenar con sus capitanes aquella noche. Se sentía acosado; Amastris no quería verlo y Dionisio, el tirano, se mostraba cada día menos receptivo al ver que Diodoro no aparecía. Sin infantes de marina, tenía pocas posibilidades de asestar un buen golpe puesto que los barcos enemigos superaban en número a los suyos. Pantero estaba demasiado enojado para darle su apoyo, y Demóstrate evitaba mirarlo a los ojos. Su flota estaba dividida y poco capacitada. Se preguntó qué estaría haciendo la flota de Eumeles. Entrenar, sin duda.

Sátiro estaba en su habitación de la casa que había sido de Kinón, amargado de tanto darle vueltas a todo, cuando llamaron a la puerta.

—¿Señor Sátiro? —Helios entró—. Tienes visitas, mi señor.

En el salón principal Sátiro percibió un cambio de tono; los hombres hablaban alegremente.

Oyó una voz masculina, luego otra femenina, y de pronto se encontró abrazando a Crax y a Nihmu.

—¡Por todos los dioses! —dijo.

Al cabo de dos horas se había hecho cargo de la situación, y cuando hubo acabado de dibujar mapas en el suelo se volvió hacia ellos. Diocles y Abraham estaban en el suelo con él, siguiendo el nuevo orden de la campaña, y Terón estaba tumbado junto a ellos en un diván. Los demás capitanes y algunos oficiales de sus barcos los rodeaban.

—Tendremos a nuestros infantes dentro de dos días —dijo.

Coeno meneó la cabeza.

—Buen trabajo, Nihmu —dijo.

—Todavía puedo montar —respondió Nihmu—, aunque otras cosas me hayan abandonado. —Se volvió hacia Sátiro—. En cuanto desembarcamos y Coeno me explicó la situación, salí hacia los montes. Me llevé seis caballos y los hice correr.

Hizo un ademán señalando a Crax, que se rio.

—Tuvimos a las mismísimas Furias persiguiéndonos, Sátiro —dijo—. Frigia está llena de soldados. La mitad sirve a Demetrio y la otra mitad no obedece a nadie. En cualquier caso, pelean entre sí. —Se encogió de hombros—. No hay comida y nadie mantiene los caminos en buen estado. Los campesinos se han marchado o han muerto. Y el tiempo ha sido inclemente. —Miró en derredor, saludando a los hombres que conocía con un ademán o un guiño—. Pero el señor Diodoro ya está cruzando las montañas de Bitinia.

—Pero Eumeles tiene sus refuerzos y su dinero —dijo Sátiro—. Hemos perdido una oportunidad o tal vez dos. Tengo que atacar enseguida.

—¡Venga, muchacho! —dijo Crax—. Ya no eres un chaval. Así que escucha. Diodoro está viniendo y, según dice Coeno, tu hermana está bien. Es tan buen soldado como tú. Tardará diez días, tal vez más.

—Darío no aguardará —respondió Sátiro—. Me espera dentro de siete días. No veo cómo llegar puntual.

Nihmu levantó la cabeza.

—Yo puedo estar allí en siete días —dijo—. Soy una bárbara, nadie se fijará en mí.

Sátiro se volvió hacia ella.

—¿Cómo encontrarás a Darío? —preguntó. Nihmu se rio.

—Somos pitagóricos —contestó—. Incluso una bárbara como yo. Confía en mí, Sátiro. Lo encontraré.

Sátiro suspiró.

—Yo regresaré en busca de Melita —dijo Coeno. Se volvió hacia Nihmu y cruzaron una prolongada mirada—. Pero antes hablaré con Demóstrate.

Aquella noche Sátiro soñó que hacía malabarismos con huevos. Uno tras otro le caían al suelo, y cada uno contenía un hombre diminuto que moría cuando el huevo se reventaba contra los adoquines de la calle. Al principio los hombres no tenían rostro, pero luego vio morir a Demóstrate, jadeando como un pez fuera del agua, y luego a Nihmu, con el cuerpo destrozado. Despertó en la habitación silenciosa y permaneció tendido una hora, y luego otra. Finalmente se levantó y salió al patio, donde Coeno estaba atando su cama de campaña a un caballo. Tenía otros dos detrás. Sátiro reconoció el magnífico corcel de Darío.

—¡Es el caballo de Darío! —dijo Sátiro de sopetón.

Coeno sonrió.

—Darío es mi hermano —dijo Coeno—, igual que León. Tal como lo eran Filocles y Diodoro. Seguramente ya lo sabes.

Sátiro nunca había reflexionado al respecto. En un instante entendió mejor lo que había tenido delante de las narices toda su vida.

—Realmente lo compartís todo —dijo.

Coeno le revolvió el pelo.

—Deséame suerte —dijo. Subió a la silla de un salto—. Me estoy haciendo demasiado viejo para esto. Escucha mi último consejo militar. Tómate tu tiempo. Si puedes, obliga a Eumeles a combatir en el mar. Pero recuerda que será ver a tu flota lo que ayudará a tu hermana y aplastará a Eumeles. A tu hermana la presionarán por tu ausencia. ¿Me entiendes? Me daré prisa. Si está en el Hispanis, la encontraré en diez días, quizá menos.

Sátiro asintió.

—Lo entiendo. Y me consta lo poco que te gusta dar consejos.

—Bah, tu hermana me ha habituado. —Hincó las rodillas para dar la vuelta al corcel y enfiló hacia la verja—. Que Atenea guíe tu astucia, Sátiro.

—Y Hermes tus viajes —respondió Sátiro. Pero seguía teniendo presente el sueño y se estremeció.

Y por la mañana, Nihmu también se había marchado.

Veintitrés días después de que Darío zarpara, la avanzada de Diodoro entró en Heraclea. Sátiro fue a recibirlos y casi rompió a llorar al ver a los hombres de su infancia: Sitalkes y el gigante Carlo, el celta, un puñado de olbianos y decenas de hombres que conocía de vista cuando no por su nombre. El propio Diodoro iba al frente de la columna con un peto sencillo y la barba cobriza entrecana moviéndose al compás del caballo.

—Pareces un rey —dijo Diodoro, estrechando el brazo de Sátiro—. Perdona el retraso, muchacho —agregó.

A Sátiro, su tío soldado, el que siempre había tenido más vitalidad, el más fuerte, ahora le parecía una cáscara de sí mismo. Se lo veía más menudo y tenía la espalda encorvada.

—Será voluntad de los dioses —dijo Sátiro—. ¿Cuánto descanso necesitan tus hombres?

Diodoro inhaló profundamente y soltó el aire despacio.

—Los caballos necesitan una semana de comida y pasto. Todavía es invierno en las montañas. La infantería... podría cruzar las pasarelas ahora mismo. Crax dice que necesitas a nuestros macedonios como infantes de marina.

Con un ademán señaló a la infantería que caminaba pesadamente por el camino. Iban de cuatro en fondo, con dos filas que portaban escudos entre otras dos filas de piqueros. Los dos oficiales que iban al frente de la columna le resultaron familiares.

Sátiro hincó los talones en los ijares del caballo y trotó hacia el camino.

—¡Amintas! ¡Draco! —llamó, y los dos mercenarios le sonrieron.

—Creía que te habías olvidado de nosotros —dijo Draco.

—Aunque no nos parecía muy probable —terció Amintas.

Sátiro se apeó y les estrechó la mano.

—Necesito vuestro *taxeis* —dijo—. Lo necesito tan pronto como puedan embarcar. ¿Cuánto descanso necesitáis?

Amintas levantó la vista al cielo y Draco se rio.

—Me gustaría beber una copa de vino y echar un buen polvo —dijo.

—Se está haciendo viejo —dijo Amintas, y los soldados que iban detrás de Draco gritaron, mostrando estar de acuerdo—. Yo me conformo con el polvo.

—Esto significa que podéis zarpar mañana —dijo Sátiro. Sintió que le quitaban un gran peso de encima, que fue sustituido por una nueva sensación en el vientre.

La sensación lo acompañó mientras subía a la colina del palacio, donde volvió a ser bien recibido. El tirano Dionisio lo trató otra vez como a un igual, y cenó sentado en un diván a su derecha.

El tirano se mofó de sus antiguos soldados. Draco y Amintas se habían marchado de Heraclea años atrás como escoltas y nunca habían regresado. Los soldados macedonios eran demasiado valiosos para permitir que vagaran por ahí a sus anchas.

—¡Desertores! —rugió, y se rio al ver que se amedrentaban.

Sátiro observaba a Amastris. Ella miró a todas partes excepto a sus ojos prácticamente hasta que retiraron los últimos platos, y entonces su mirada se cruzó con la de Sátiro al dirigirla hacia su esclava sirvienta, que entregó algo a Helios.

Era una gran actriz, su Amastris. Fingía tan bien su indiferencia que Sátiro la hubiese tomado por cierta de no ser por aquellas notas.

—¿Zarpáis mañana? —preguntó Dionisio, sacándolo de sus ensoñaciones.

—Contando siempre con el favor de los dioses —respondió Sático piadosamente.

—Juraría que me pediste veinte días —dijo Dionisio—, y ya llevas aquí treinta y cinco. Me debes una, chico.

Sático asintió.

—Te la debo, mi señor —contestó Sático—. Por otra parte, no he saqueado tu ciudad para pagar mis facturas —agregó.

Dionisio se rio.

—¿Fui yo quien te enseñó a hablar así? —preguntó.

—Sí —contestó Sático.

Cuando salió del simposio que siguió a la cena, Sático iba dando tumbos por la calle. Helios lo tomó del brazo y le ayudó a caminar.

—¿Qué dice Amastris? —preguntó Sático. Bamboleaba la cabeza como si estuviera en un barco con mala mar.

Helios se detuvo, lo apoyó contra el muro de un callejón y sacó el trozo de papiro.

—Pregunta si tienes intención de marcharte sin haberla probado —dijo Helios, en voz deliberadamente inexpresiva.

—¿Probarla? —preguntó Sático—. Afrodita, ¿cómo espera que llegue hasta ella?

Helios negó con la cabeza y le mostró la nota.

—Léelo tú mismo, señor —dijo.

Sático recorrió el callejón hasta dar con una próspera tienda que tenía un farol encendido.

—Por la espalda larga y dorada de Afrodita —masculló—. «¿De verdad probarás el agua salada antes de probarme a mí?», —decía la nota.

Helios no se movió.

El alcohol hacía que a Sático le diera vueltas la cabeza.

—Tendría que haber visto esto antes de beber tanto —dijo Sático. Levantó la vista hacia la ciudadela que se alzaba encima de ellos y vio una lámpara encendida en uno de los balcones que daba al mar. Y también que las habitaciones adyacentes estaban iluminadas. Meneó la cabeza y el enojo anidó en lo más hondo de su amor.

—Me trata injustamente —dijo Sático. Helios asintió—. Al Hades con ella —agregó Sático. Enfiló la calle que bajaba hacia la casa que había sido de Kinón. De repente se detuvo y volvió la vista atrás—. La amo, Helios —dijo.

—Sí, señor —respondió Helios.

—¿Tú qué harías? —preguntó Sático.

Helios se encogió de hombros.

—¿Y si te ordeno que hables? —insistió Sático. Le estaba tomando el pelo al chico. La tomaba con su esclavo porque no podía permitirse enojarse con su amor.

—Entonces hablaré. —Su tono dio a entender que tenía algo que decir al respecto —. ¿Me lo ordenas?

—Te lo ordeno —dijo Sático, respondiendo al desafío que traslucía la voz del chico.

—Pues entonces digo que exige que la visites para demostrar su poder, no porque su cuerpo desee el tuyo. Y digo que si fueras sorprendido, el tirano te apresaría o mataría. Y que no eres un ciudadano de Alejandría, la ciudad del amor, sino un rey que va a ganar su reino. —Helios se encogió de hombros—. Y si esta noche necesitas acostarte con una mujer, puedo encontrarte una que no vaya a robarte el reino.

Sático trastabilló.

—¡No te gusta! —dijo.

Helios se encogió de hombros otra vez.

—No le llego a la suela de las sandalias —contestó el liberto—. Poco importa que me guste o no.

Sático levantó la vista de nuevo y vio la luz en el balcón. También le pareció ver que alguien se movía.

—La flota zarpa al alba —dijo Helios—. Lo ordenaste tú.

Sático asintió y dejó de mirar hacia el palacio.

—A dormir —dijo.

Amanecía, y un terral cálido anunciaba lluvia. Diodoro, Crax y Sitalkes estaban en la playa con otra docena de oficiales, destacando a filas de piqueros para que embarcaran en las naves piratas y en cualquier otro barco que anduviera escaso de infantes de marina. Los rodios ya estaban en el agua y, detrás de ellos, los barcos de Sático ya andaban sacando sus popas de la playa.

Los transportes de caballos iban cargando corceles de batalla, animales flacos que morirían si pasaban demasiado tiempo en el mar y que necesitarían grano y descanso en cuanto desembarcaran. Sático se lo jugaba todo en aquella partida. Iba escaso de tiempo. Se alzó sobre el banco del timonel del *Loto Dorado* y miró hacia popa.

—Me alegra tenerte a bordo —dijo a Draco, que estaba justo detrás de él.

Draco se rio.

—Amintas tendrá celos de que seas todo mío —dijo.

—Terón lo necesita más que yo —respondió Sático.

Stesagoras se aproximó a ellos.

—¿Dónde quieres que ponga a todos estos infantes? —preguntó a Neiron, como timonel y trierarca, aunque hizo la pregunta de modo que su queja llegara a oídos de Sático.

Sático permaneció un momento más observando cómo formaba su flota y saltó del banco del timonel.

—Pon a los infantes adicionales en popa, junto al timón —dijo. Veinte infantes en

un barco eran demasiados para librar un buen combate, pero les darían una ventaja decisiva en caso de que se produjera un abordaje.

—La popa quedará hundida —dijo Neiron en voz baja.

—Poseidón nos ha brindado una buena brisa y un día radiante —contestó Sático. Sus ojos buscaron los de Helios, que aguardaba con un escudo de bronce dorado.

—¡Da la señal! —le gritó Sático.

Helios buscó el sol con la superficie de su escudo, un brillo que podía verse desde varios estadios de distancia, y lo hizo destellar tres veces.

Sesenta y seis barcos de guerra. Como mínimo veinte menos de los que tenía el enemigo. Y sus cubiertas atestadas de infantes, con lo cual no podía permitirse la táctica de navegación necesaria para un combate relámpago.

Neiron llevaba el timón. Más a proa, Fileo comenzó a marcar el ritmo de estrepada.

—Estoy impresionado —dijo Draco.

—Más lo estarías si estuvieras con Eumeles —respondió Sático.

Draco gruñó.

—No, muchacho. Estoy impresionado contigo. Pero picaré en el anzuelo. ¿Cuántos barcos tiene él?

Neiron no apartó los ojos de la proa.

—Ochenta y cinco. Y tal vez más si los atenienses se le han sumado.

Draco asintió.

—Sí, es lo que andan diciendo los muchachos.

A Sático siempre le impresionaba la exactitud de los chismes de los soldados.

—¿Y qué dicen sobre las posibilidades que tenemos? —preguntó.

Draco se rio.

—Oh, las probabilidades de éxito les traen sin cuidado, chaval. Todo el mundo sabe que eres el niño mimado de Tiqué. El favorito de Fortuna, ¿eh? La suerte es mejor que los números en estos casos.

El estómago de Sático decía algo muy diferente.

—La suerte viene y se va —respondió.

Draco asintió, frunciendo los labios en señal de aprobación.

—Sí, no cabe duda de que es verdad. —Sonrió—. Pero cualquiera puede ver que la tuya te sigue acompañando.

Sático tuvo que admitir que no tenía demasiado sentido seguir preocupándose cuando veías formar a las cuatro compactas columnas de trirremes y que estas navegaban con un viento favorable protegiendo a los mercantes que transportaban a los caballos.

Draco observaba la costa y la ciudadela de Heraclea.

—Juraría que vamos hacia el este —comentó.

—Tal vez ya seas todo un marinero —respondió Neiron, sonriendo.

—¡Pantecapea está al norte! —dijo Draco.

—Demasiado arriesgado. Más de mil estadios. Con un viento como este, quizá lleguemos en un día, pero lo más probable es que pasemos la noche en el mar.

Neiron era el timonel del navarco. Él había fijado el rumbo. Draco se encogió de hombros.

—¿Y qué? Pasemos la noche en el mar.

Sátiro intervino.

—Draco, pernoctar en el mar no es para tomarlo a risa. En primer lugar, las tempestades llegan al Euxino sin previo aviso. Una tormenta por poco mató a mi padre cuando vino aquí por primera vez, y la flota podría desperdigarse en cuestión de una hora; incluso perder la mitad de los barcos. Basta con que perdamos diez para que no venzamos.

Neiron asintió.

—Sí, y en el mar no podemos cocinar.

Draco sonrió.

—Por supuesto. Qué tonto soy.

—Como casi todos los macedonios —dijo Neiron, pero su sonrisa quitó hierro al comentario—. Esta noche dormiremos en la playa de Sinope. Ahí dejaremos de contar con el efecto sorpresa; seremos como un perro en un corral. Apuesto un darico de oro contra una lechuza de plata a que todos los mercantes del puerto huirán en cuanto nos vean llegar.

Draco se encogió de hombros.

—¿Y eso?

Sátiro intervino de nuevo.

—Hasta que atraquemos en Sinope, la existencia de nuestra flota es prácticamente un secreto. Heraclea y Pantecapea no son exactamente amigas. Creemos que Eumeles no sabe cuántos barcos tenemos ni el armamento que llevamos. —Hizo un gesto cortante con la mano—. Cuando hagamos escala en Sinope, todo el mundo sabrá lo que tenemos y tendremos que atacar a la yugular.

—De Sinope a la entrada de la bahía del Salmón hay ochocientos estadios —dijo Neiron—. Una buena jornada de navegación. Si el tiempo se mantiene, desembarcaremos en la bahía del Salmón, cenaremos y pasaremos la noche allí.

—Y pasado mañana iremos a remo hacia Pantecapea con la barriga llena —dijo Sátiro. Las manos le temblaron al decirlo.

Draco miró a uno y a otro.

—¿Dos días? —preguntó.

—Como muy pronto —contestó Sátiro.

Draco se sentó en el banco del timonel y comenzó a desabrocharse el *thorax*.

—Pues entonces voy a dormir una siesta —dijo.

El sol aún estaba alto en el cielo cuando avistaron Sinope. Sático observó las demoras correspondientes y llamó a Helios.

—Saca el escudo —le dijo.

Neiron estaba estirando la pierna derecha. Había hecho dos encuentros de pancracio con Draco, saliendo más airoso de lo que Sático hubiese esperado, y ahora ambos hombres hacían estiramientos a la luz del atardecer.

—¿Qué tienes en mente, navarco? —preguntó Neiron.

Sático se dirigió a Stesagoras, que llevaba el timón.

—Voy a ordenar formación de combate —dijo.

Stesagoras asintió.

—¡Fileo! —gritó—. ¡Espabila! Que tus brutos vuelvan al yugo.

Se oyó un retumbar de pies descalzos sobre madera pulida cuando los remeros, que habían disfrutado de un día de paz relativa, navegando tranquilamente ante la costa sur del Euxino, recibieron la orden de ocupar sus puestos.

—Envía la señal «tripulad las bancadas».

Sático saludó a Diocles, que llevaba el *Halcón Negro* pegado a su popa.

Helios se subió al banco del timonel y quitó la funda a su escudo. Lo hizo destellar.

Sático se encaramó a su lado.

—Dioses, hay que maniobrar —dijo—. Envíala otra vez.

Tres repeticiones más consiguieron que todos los remeros ocuparan las bancadas, aunque Sático tuvo la impresión de que los piratas se limitaron a imitar a los barcos que tenían más cerca, haciendo caso omiso de las señales. Además, saltaba a la vista que varios barcos piratas estaban fuera de la formación.

Pantero envió una señal larga. Todo el sistema de señales era rodio, y a Sático le costó tanto interpretar la señal que compadeció a los capitanes que nunca habían visto algo semejante.

Helios no tenía aquellos problemas.

—Mejor de lo esperado —tradujo—. Literalmente —agregó.

—Envía la señal de «formación en astas de toro» —dijo Sático, y Helios transmitió la orden mediante los destellos correspondientes.

Menos mal que la flota de Eumeles no les había tendido una emboscada ante la costa de Sinope. El sol estaba muy bajo en poniente y parecía posible que los remeros fuesen a quedarse sin cenar cuando Sático se dio por vencido, canceló la orden de formar las astas de toro y envió los barcos a la playa. Todos los mercantes habían huido hacía rato, muchos de ellos rumbo al norte.

—El perro ya está en el gallinero —dijo Neiron cuando tuvieron una fogata

encendida y la panza llena—. Las águilas han espantado a las palomas. El caos reina de nuevo. —Se rio—. Ha sido la peor maniobra que he visto en mi vida.

—No ha salido mal del todo —dijo Sátiro.

—¿Cómo dices, señor? —preguntó Pantero, que se había acercado con sus capitanes.

—Ningún pirata ha perseguido a los mercantes —contestó Sátiro.

Pantero lo miró con renovado respeto.

—Navarco, no te falta razón. ¿Qué plan tenemos para mañana?

Sátiro levantó la mano para anticiparse a Neiron.

—Subiremos por la costa este a remo —dijo.

Neiron meneó la cabeza.

—El tiempo es perfecto —dijo—. Podríamos llegar a Pantecapea en dos días.

Demóstrate también estaba presente.

—Sí, ¿pero debemos hacerlo? Estoy contigo, muchacho. Costeemos a remo y que suden la grasa que les sobra.

Sátiro sonrió.

—El próximo que me llame muchacho tendrá el privilegio de batirse conmigo en un encuentro de pancracio, de hombre a hombre. —Se obligó a sonreír—. El espectáculo que hemos dado esta tarde ha sido tan lamentable que solo me cabe esperar que Eumeles esté al corriente en cuestión de doce horas y que obre en consecuencia. —Se alejó unos pasos y dio media vuelta—. La competición entre piratas y rodios se ha acabado. Todos vosotros sois mis capitanes, y espero que dediquéis la próxima semana a aprenderos el libro de señales y las tácticas que usaremos cuando encontremos a Eumeles en el mar.

Demóstrate negó con la cabeza.

—Eso no está hecho para mis chicos, muchacho...

Se calló al ver que Sátiro se dirigía hacia él.

—Desnúdate —dijo Sátiro.

Demóstrate entornó los ojos.

—Si me largo —dijo—, te quedas sin flota.

—De todos modos ya no tengo flota —repuso Sátiro—. Tus queridos piratas acaban de demostrarlo, cuando no han sido capaces de formar una línea de combate. Desnúdate.

Demóstrate negó con la cabeza.

—Me disculparé —dijo en voz baja—. Pero si me obligas a luchar, tendrás que matarme. Señor.

Sátiro asintió de manera cortante.

—Pues entonces discúlpate.

Demóstrate asintió.

—Mis disculpas, señor —dijo—. No volverá a suceder.

—Que se joda —dijo Manes—. Que se jodan él y todas sus mariconadas. Yo digo que matemos a los rodios, saqueemos Sinope y dejemos de jugar a ser reyes.

Sátiro había estado tan ocupado planeando el levantamiento de su reino que se había olvidado por completo de Manes.

Un craso error. La clase de equivocación que podía costarte un reino.

«Ha llegado el momento de ponerle remedio», pensó. Respiró profundamente, cruzó el círculo de oficiales tan raudo como el rumor de los comentarios y se plantó delante de Manes.

—Coge una espada y un escudo. Vamos a luchar. Ahora mismo. Y cuando te mate, reclamaré como míos todos tus barcos y sus tripulaciones. —Sátiro estaba tan enojado que no le costó lo más mínimo sostener su mirada bestial—. ¿Me has oído? ¿O eres el mismo gallina que eludió batirse conmigo en Bizancio?

Manes bramó.

Sátiro le dio la espalda y se dirigió hacia Helios, atento a cualquier señal que pudiera hacerle su escudero. Helios le dio su *aspis* y su espada. Sátiro se ajustó bien el *aspis* en el brazo, agarró el *antilabe*^[11] con la izquierda y empuñó el largo *kopis* de su padre de tal modo que la hoja azul relumbró con los últimos rayos del sol. Luego dio media vuelta.

—¿Listo? —preguntó, y se puso a caminar entre el círculo de oficiales, ahora mudos, hacia Manes.

Manes se volvió hacia Ganimedes, que le entregó su escudo. Su espada era inmensa, más larga y ancha que una espada celta de caballería.

Crax se puso delante de Sátiro, con Carlo a su lado.

—Deja que luchemos uno de nosotros —dijo—. Carlo puede acabar con él en un instante.

Sátiro negó con la cabeza.

—Esto tengo que hacerlo yo, amigo. Necesito a los piratas para combatir. Necesito que entrenen y cooperen. Cuando lo mate —señaló a Manes con la punta de su *kopis*—, serán míos.

—¿Y si mueres? —preguntó Crax en voz baja.

—Pues lo matáis, os hacéis cargo de la flota y convertís a Melita en reina del Bósforo.

Crax meneó la cabeza y se retiró.

Manes salió del círculo.

Sátiro se bajó la visera del yelmo y arremetió contra él.

En torno a él, oía el clamor de la muchedumbre pero, de pronto, solo oyó sus propios pasos en la arena.

Manes se quedó demasiado rato quieto, claramente incapaz de creer que un

hombre menos corpulento arremetiera contra él.

Sátiro no vaciló. Corrió derecho y estampó su *aspis* contra el escudo de Manes mientras este bramaba como un toro, esperando asustarlo. Entonces Sátiro se desplazó hacia la derecha, manteniendo el centro de su escudo contra el borde del de Manes. Dio un golpe bajo con el *kopis* y la larga hoja alcanzó la pierna de Manes.

Sátiro se echó para atrás, de modo que el contragolpe de Manes silbó en el aire sin rozar siquiera el escudo de Sátiro.

Sátiro vio que había hecho un tajo profundo al jefe pirata. Quiso que perdiera sangre y retrocedió un par de pasos. Manes lo interpretó como un gesto de debilidad, saltó hacia delante, dio dos mandobles seguidos y ambos alcanzaron el escudo de Sátiro. Fueron dos golpes contundentes que hicieron saltar esquirlas del escudo de Sátiro, causándole daño en el brazo, y Sátiro se asustó al ser consciente de que sería incapaz de aguantar muchos más como aquellos. Retrocedía y Manes avanzaba, bramando, blandiendo su enorme espada como si fuese la pinza de una langosta gigante contra el escudo de Sátiro, sin ninguna destreza en el manejo de la espada, valiéndose simplemente de su portentosa fortaleza.

Sátiro se esforzaba por dominar el miedo que le inspiraba el pirata, miedo que se veía reforzado al constatar su fuerza física.

Debía dejar de retroceder.

Manes trastabilló, recordando así a Sátiro que él también estaba herido, que le había abierto un buen tajo en la pierna. Sátiro sacudió la cabeza y la hoja gigante volvió a golpearle repetidamente el escudo, y un latigazo de dolor le subió por el brazo y le recorrió el cuerpo entero, y entonces se abalanzó contra el dolor, con el brazo apenas capaz de sujetar el escudo pegado al pecho de Manes. Sátiro era un palmo más bajo que el pirata, y el impacto de su escudo fue insignificante, salvo que le permitió dar un golpe largo por encima de la cabeza, esquivando la espada que Manes alzó para pararlo, y acto seguido, con un giro de la muñeca, hincó la hoja de la espada egipcia en el cogote del pirata. Fue un golpe certero, y parte trasera de la hoja del *kopis*, aun estando mal afilada, se hundió en los músculos del cuello del pirata, cuyo brazo izquierdo quedó completamente laxo, dejando caer el escudo.

Manes rugió de dolor y retrocedió dando traspiés.

Sátiro disponía de instantes, solo instantes, antes de que el dolor del brazo lo dejara incapaz de luchar. Cambió el peso de pie y arremetió dándose impulso con la pierna derecha al tiempo que asestaba un golpe bajo que cortó la mano de Manes por la muñeca.

—¡Arrghh! —gritó la bestia, y de pronto ambos estuvieron en la arena, y había sangre de Manes por doquier; el pirata daba patadas, golpeaba con el brazo derecho tullido y el izquierdo ileso contra Sátiro, cuyo brazo herido resonaba tan alto en su mente como la furia del pirata, incluso cuando este le torció la cabeza hacia atrás con

un golpe del brazo mutilado y el yelmo se le llenó de sangre del pirata.

Sátiro no había practicado el pancrancio durante ocho años sin aprender a canalizar el dolor; y a forcejear, incluso herido, incluso cubierto de sangre y malherido. Dejó caer la espada, se agarró a la cintura del pirata con los muslos y se sentó encima de él; el brazo derecho de Manes volvió a atizarle pero el yelmo paró el golpe, y Sátiro se mantuvo a horcajadas encima de él como un jinete sobre un semental. Ni siquiera otro golpe contra el brazo dolorido le hizo aflojar la pinza; su cuerpo ejecutaba los movimientos de una llave vencedora de forma casi automática, y Sátiro tuvo la sensación de estar viendo de lejos cómo sus muslos se aferraban al cuerpo sangrante del pirata, inmovilizándolo para reducir su capacidad de respuesta. Fue entonces cuando la mano derecha de Sátiro, sin espada, dio un puñetazo en la nariz de su adversario que le hundió los huesos en el cráneo; y aún así Manes seguía luchando, logrando hacerle daño pese a los espasmos de sus brazos malheridos.

Entonces Sátiro sintió que Filocles el Espartano tomaba el control de su mano para ejecutar los golpes prohibidos que los espartanos enseñaban pero que eran ilegales en los juegos. Su fuerte mano derecha había girado y hundido el pulgar en el ojo izquierdo de Manes, sacándoselo de la cuenca.

Sátiro no llegó a perder la conciencia. Se levantó tembloroso, sin tener noción del tiempo transcurrido desde que el cuerpo de Manes había dejado de moverse. El escudo le cayó del brazo dislocado y resonó al chocar con una piedra.

Terón estaba a su lado. Apoyó una mano en el hombro de Sátiro.

—Lo he matado tres veces —musitó jadeante.

Terón no contestó. Con un movimiento rápido, tiró del brazo para ponérselo en su sitio, y Sátiro se desmayó.

Cuando volvió en sí, estaba en la arena.

—Sigue muerto —dijo Terón, siguiendo la mirada de Sátiro.

—Zeus Sóter —dijo Sátiro—. Nunca volveré a tener tanto miedo de un hombre. Lo he matado tres veces.

—Tus hombres han visto el combate —dijo Terón—, te aseguro que lo recordarán mucho tiempo.

—Levántame —pidió Sátiro—. Y... tráeme la cabeza de Manes.

—¿La cabeza? —preguntó Terón.

—Ya voy yo —dijo Abraham—. Por todo lo que es sagrado, señor, ha sido un combate de lo más... asombroso —agregó con voz ronca.

«Señor, me ha llamado señor», pensó Sátiro, y tuvo ganas de reír pero le resultó imposible.

—Levántame —repitió a Terón.

Oyó el golpe seco con el que Abraham decapitó a Manes y se puso en guardia,

temeroso de un modo instintivo, por si el hombretón se levantaba una vez más para seguir luchando.

No lo hizo.

Sátiro se puso de pie. Recogió la espada de su padre y la limpió a conciencia con la guerrera de Manes. Luego cogió la cabeza de Manes que le tendió Abraham y la alzó en el aire mientras levantaba la vista y miraba a cuantos lo rodeaban.

—Mañana, todo el mundo hará instrucción en el mar. Los barcos de Manes son míos. Encargaos de que sus tripulantes queden repartidos en toda mi escuadra. En cuanto a sus oficiales, quienes estén dispuestos a jurarme lealtad, podrán hacerlo. Los demás, que se marchen.

No le costó mantener la voz firme aunque hablaba demasiado deprisa. Lo había conseguido. En su fuero interno pensó, «¿Volveré a tener miedo alguna vez?»

El círculo de oficiales guardaba silencio.

Sátiro hizo una reverencia a Demóstrate.

—Disculpa mi mal genio. Mañana, cuando salgamos a remar, tus hombres harán instrucción.

Demóstrate sonrió.

—Muy bien.

Sátiro oyó a sus espaldas el ruido de decenas de espadas y puñales al ser envainados.

—¡Escuchadme! —gritó. Miró en derredor. El viento, el valioso viento que soplaba en dirección a su objetivo y que iba a desperdiciar, era tan fuerte que las antorchas chisporroteaban. Levantó la voz—. ¡Escuchadme! Eumeles tiene más barcos, barcos de más porte, y ha dispuesto de todo un invierno para hacer instrucción. Nosotros tenemos infantes mejores y capitanes mejores: hombres mejores.

Se oyó un murmullo de apreciación.

—Los hombres mejores trabajan más duro. De modo que remaremos unos cuantos días para ponernos más fuertes, e incluso los oficiales remarán. Nos ejercitaremos en las maniobras: haremos las astas de toro, formaremos en dos líneas, practicaremos el *diekplous* hasta que podamos hacerlo con los ojos cerrados. ¡No tendremos una segunda oportunidad!

Quería gritarles, decirles lo pueriles que eran, cómo habían desaprovechado el tiempo en Heraclea en lugar de practicar, haciendo caso a un idiota como Manes cuando podían tener un reino, pero hacerlo no tenía sentido. Ninguno en absoluto.

—Trabajad duro ahora y ganar la batalla os resultará fácil. Fácil significa con menos muertos. Y si no... reñid entre vosotros y morid.

Sorprendió la mirada del capitán en jefe de Manes, de pie detrás de Ganimedes, que lloraba. El oficial se encogió.

—¿Entendido? —preguntó Sático. Miró en derredor. La impresión que les había causado los había silenciado, y aquel silencio poseía otra cualidad. Sático dejó caer la cabeza de Manes en el regazo de Ganimedes y se sacudió las manos, el gesto universal de todo artesano satisfecho por una tarea bien concluida.

—Estupendo. Mañana saldremos a remar al alba. Y estad atentos a las señales del escudo.

Dio media vuelta y echó a caminar por la playa.

Después de cuatro días costeano a remo, comenzaron a parecer una escuadra. Sático remaba todo el día haciendo caso omiso del viento, y por la noche los hombres estaban demasiado cansados para pelearse. Practicó las formaciones mientras viajaban, de modo que con frecuencia recorrían menos de treinta estadios en una hora y, a veces, tan pocos como seis o siete. Uno tras otro, vaciaron los barcos de aprovisionamiento a medida que fueron subiendo por la costa.

La fecha acordada para el encuentro en Pantecapea llegó y pasó, sin que Sático pudiera hacer algo al respecto. Mientras la flota no estuviera preparada para combatir, no tenía sentido intentarlo; ninguno en absoluto. Al principio tuvo ganas de culpar a sus oficiales por no haberle dicho lo mal preparados que estaban, pero luego cayó en la cuenta de que el fallo era suyo puesto que era él quien estaba al mando, y ellos confiaban en él. Los piratas esperaban ganar por superioridad numérica, con coraje y suerte. En cuanto a los rodios, Sático adivinó que en ningún momento se habían hecho ilusiones de vencer. Estaban allí para asegurarse de que ningún pirata escapara con vida.

Remaron un día entero con chubascos y viento del sur, y otro con tanto frío como en pleno invierno. Al cabo de cinco días llegaron a Fasis, donde la flota formó bastante satisfactoriamente las astas de toro en un tiempo no demasiado humillante. El toro era su formación favorita porque permitía que sus barcos de elite se situaran en los flancos, donde podían maniobrar sin estorbos, mientras que las unidades más pesadas y todos los piratas formaban en medio, de dos en fondo, lugar en el que sus tripulaciones más numerosas y sus tácticas de abordaje ofrecían mejores posibilidades de éxito.

Navegaron hacia el norte en formación de combate, y eso ya no salió tan bien.

Sático suspiró, y atracaron para pasar la noche. Helios reunió a un grupo de hombres de distintos barcos y repasó las señales con ellos una vez más. Pantero dio una conferencia sobre el *diekplous* a un corro de capitanes piratas y Diocles entregó premios a los remeros propuestos por sus capitanes; premios de un darico de oro, la paga de veinte días.

Sático deambulaba entre las fogatas, comiendo salchichas de ajo y escuchando a los hombres. En su mayoría estaban contentos. Meneó la cabeza. A la oscuridad, a

Heracles o tal vez al espíritu de su padre, le dijo:

—Me queda mucho que aprender.

La noche no contestó.

Un día más y llegaron a Dioskurias, donde compró todas las cabezas de ganado del mercado y vació los almacenes de grano para alimentar a su flota; y se rio al enterarse de que su hermana se encontraba en el río Hipanis con un ejército. Y de que Eumeles estaba en el mar con su flota, en las inmediaciones de Olbia.

Un mercader olbiano le dijo que Eumeles estaba al corriente de que el ejército de Olbia se había marchado y que había embarcado a todos sus efectivos para tomar aquella ciudad rival mientras estuviera desguarnecida.

—Nuestro Eumenes va camino de Pantcapea —dijo el mercader—. Se va a llevar una buena sorpresa.

—Dos días —dijo Sático. Tenía el corazón a punto de estallar. Su hermana todavía resistía, y el retraso acumulado no había arruinado sus planes, y Eumeles había partido de Olbia—. Dos días y será nuestro.

Sin embargo, los mercaderes no siempre acertaban. A la mañana siguiente, Sático llevaba menos de una hora en el mar cuando sus vigías divisaron los buques insignia. Tras haber contado al menos veinte, Sático sintió frío en las manos y comenzó a tener retortijones de estómago.

Eumeles no estaba en Olbia. Eumeles y su flota estaban justo allí, aguardando en Gorgipia.

Melita tenía llagas causadas por la silla porque llevaba demasiado tiempo montando con las piernas mojadas. El cuerpo le dolía todo el día y por las noches dormía mal, y comenzaba a preguntarse si realmente estaba preparada para dirigir a los sakje. Jamás oía una sola queja de sus jinetes.

Cabalgaban hacia el sudoeste a través de las estribaciones del Cáucaso. En los valles visitaban las granjas, cabalgando entre remolinos de caballos y ganado enojado. Más cerca de Tanais, rara vez eran el primer grupo de sakje; a menudo encontraban las granjas abandonadas o a familias en el camino, cargando con sus pertenencias a la espalda.

No obstante, tardaron poco en ser el primer indicio que tenían los granjeros de que su mundo estaba en llamas. Melita se familiarizó con la consabida rutina, las agotadoras obligaciones que la empujaban al borde mismo del cinismo. La hostilidad inicial, la cortesía servil, la ira disimulada, la aceptación, la obediencia y la exagerada reverencia por su persona eran fases que veía representar, un día tras otro, a medida que su grupo despejaba los valles sureños del Tanais, adelantándose a la inminente invasión de Upazan.

Cuando sus llagas se convirtieron en úlceras enrojecidas y purulentas, había despejado las tierras altas tan al este como el mandato de su madre lo había hecho por el sur, y enfiló la ribera oriental del Hipanis aguas abajo, invirtiendo por completo el sentido de su anterior viaje invernal. Gaweint, su mejor escolta, le traía a diario noticias de Ataelo, que operaba en otro valle más al norte.

A Melita comenzaba a preocuparle que sus granjeros estuvieran renunciando en balde a una temporada de siembra y cosecha. ¿Y si Upazan no venía? ¡Qué estúpida parecería! ¡Cuánto las despreciarían sus granjeros!

Ser reina de los asagatje nunca le había parecido menos atractivo. Tanto menos cuanto que la gente mayor la llamaba Srayanka a la cara, nunca «Melita» o siquiera «Señora». A veces podía pasarlo por alto; una anciana de una aldea cercana a las fuentes del Hipanis estaba prácticamente ciega, y tocó el rostro de Melita y llamó a los demás aldeanos para que vieran a Doña Srayanka, que había regresado de entre los muertos. Pero otros no eran tan inocentes. Simplemente querían que Melita fuese su madre. La intensidad de sus deseos era suficiente para que se conformara, pero en su fuero interno se moría de vergüenza.

Mientras cabalgaba hacia poniente siguiendo el curso del Hipanis, otros grupos comenzaron a sumarse al suyo; una banda de guerreros de los Gatos Esteparios, otra de los Caballos Rampantes, que habían completado su barrido hacia el sur.

Al día siguiente, después de encontrarse con Buirtevaert, un joven subjefe de los Caballos Rampantes que la saludó llamándola por su nombre y levantándole la moral,

Melita se encontró al frente de una larga columna de sakje cuando enfiló la última curva del camino hacia la granja de Gardan.

Los escoltas habían avisado a Gardan, que los aguardaba en el patio de la granja, montado junto con su familia a lomos de unos ponis muy peludos. Tenía un carro del que tiraba su buey, y Melita se fijó en que llevaba su fragüilla y su yunque amarrados en la parte de atrás, encima del eje trasero del carro. Cuando se aproximó, Gardan la saludó como un sakje.

—Señora, estamos listos para cabalgar.

Hizo una reverencia y la miró desde debajo de las cejas, que seguían siendo tan pobladas como Melita las recordaba.

—De modo que has regresado.

Melita sonrió. Había algo en Gardan que lo hacía simpático.

—En efecto —dijo Melita.

Buirtevaert se acercó y señaló a Gardan con la fusta.

—¿Conoces a este hombre de la tierra? —preguntó en sakje.

Gardan se rio. Su sakje era mejor que el de Melita.

—Saludos, jinete del cielo —dijo—. Soy amigo de la señora.

Buirtevaert no se mostró descortés, incluso después de una primavera desplazando al pueblo de la tierra como si fuera ganado. Saludó con su fusta.

—Y tú eres herrero, hombre de la tierra; lo digo sin ánimo de ofender. Los amigos de la señora son mis amigos. ¿Está lista tu familia?

—Tú mismo lo puedes ver —contestó Gardan. Se volvió hacia Melita—. ¿Recuerdas lo que te dije cuando fuiste mi huésped?

—Que estuviera segura —contestó Melita—. Nunca lo he olvidado.

—Que estuvieras bien segura —repuso Gardan—. Vamos a perder una cosecha entera, señora. El pueblo pasará hambre.

—¿Has recogido tus reservas de grano? —preguntó Melita.

Gardan se encogió de hombros.

—Hasta el último grano que ha cabido en el carro.

—¿Y has destruido el resto? —preguntó Melita. No había percibido el olor a grano seco quemado con el que ya se había familiarizado.

Gardan apartó la vista.

—Hmm —dijo.

Melita se aproximó a él, hasta que pudo mirarlo a los ojos.

—Gardan, me pides que esté segura. Esto es la guerra; no puedo estar segura pero lo hago tan bien como sé. Y me consta que mi deber, mi primer deber, es proteger a mis granjeros. Pero si dejas una provisión de grano enterrada para que la encuentre Upazan, no me estás ayudando a estar segura. ¿Crees que no hallará tu grano, con perros, caballos y hombres?

La esposa de Gardan, Methene, fulminó con la mirada a su marido.

—Te lo dije —le reprochó.

Gardan se encogió de hombros.

—La gente pasará hambre —insistió—. He tardado veinte años en levantar esta granja. —Tenía lágrimas en los ojos—. Preferiría luchar por ella que dejársela a los lobos —dijo.

Melita asintió.

—¿Dónde está el grano, Gardan?

Gardan inclinó la cabeza, aceptando su autoridad.

—Enterrado en el pozo viejo. Ven.

Melita negó con la cabeza.

—No, ve a quemarlo tú mismo. Y date prisa.

No tenía por qué ordenarle que se diera prisa. Según sus informaciones, Upazan aún estaba a veinte jornadas al este a caballo. Pero tenía otras diez granjas que visitar, o veinte; más familias a las que enviar río abajo para que se sumaran al flujo de refugiados que se dirigía a Tanais, en el noroeste.

Se marcharon envueltos en el olor que Melita había echado en falta al llegar, el olor del grano al arder. Gardan agachó la cabeza para disimular su llanto. Los niños la miraban como si fuera una diosa; inescrutable, buena y mala a la vez. Protectora y opresora. La mirada de un niño transmitía muchos significados, pero Melita la había visto ya tantas veces que no precisaba sus acalladas y avergonzadas palabras para confirmar lo que decían sus ojos.

Amaneció, y Melita se obligó a levantarse del camastro de mantas y pieles. La primavera ya había llegado y los árboles tenían hojas, pero las mañanas seguían siendo frías y el suelo distaba mucho de ser un colchón o un mullido diván. Le dolían las caderas y la espalda, y sufría una contractura en el cuello que no la abandonaba en todo el día. Tuvo que darse masaje en los dedos para que obedecieran. Se sentó junto al fuego que sus caballeros habían encendido y bebió dos tazones de líquido caliente antes de verse con ánimo de enfrentarse al ritual de sajar las llagas de los muslos, vendarlas con tiras de lino que ya no estaban precisamente limpias y orinar, todo ello en privado.

—Echo en falta a otras chicas —le dijo a la mañana. Aún tenía fríos los dedos cuando se sentó en un árbol derribado para trenzarse el pelo. Le habría gustado que alguien la ayudara, pero pedírselo a cualquiera de sus caballeros equivaldría a una invitación a hacer travesuras. Todos estaban enamorados de ella, los muy cabrones. Hizo una mueca. ¿La única mujer guerrera en cien estadios a la redonda? ¿La reina intocable? Claro que la amaban. Por eso no tenía a nadie que le hiciera las trenzas.

«Madre, ¿cómo soportabas la adoración, el amor y la estupidez? Necesito una

trompetera; una chica que sea mi compañera. ¿Cómo hago para encontrar una?» Cualquier muchacha que hallara tendría amantes y favoritos y amigos de su clan, y entre todos la enredarían en una nueva telaraña de obligaciones. «Mejor me hago las trenzas yo misma», pensó.

Oyó cascos de caballo en el fondo del valle mientras aún buscaba una solución al problema de tener compañía. Miró hacia el noreste. Había un jinete, una figura solitaria que avanzaba al galope.

Se levantó del tronco, molesta porque una de las vendas se le estaba corriendo, enojada por tener que enfrentarse a otra jornada con dolores en las piernas. «Antes me encantaba montar», pensó.

—¡Scopasis! —llamó.

Scopasis estaba en medio de sus caballeros, había aumentado de estatura, de modo que el hombre alto y guapo que tenía frente a ella, tan seguro de sí mismo, tan genuinamente seguro de sí mismo, apenas guardaba algún parecido con el joven forajido que había conocido cuatro meses antes.

—¿Señora? —preguntó Scopasis.

—Se acerca un jinete —dijo Melita—. ¿Queda infusión?

Scopasis le ofreció su propio tazón, lleno hasta el borde. Luego se volvió y miró hacia la distante arboleda donde estaba apostado el centinela a caballo que vigilaba el norte.

—Scylax lo está viendo —dijo Scopasis.

Melita fue hasta la hoguera de los Caballos Rampantes y saludó con una inclinación de cabeza a Buirtevaert, que sonrió. Lucía una larga trenza a un lado del rostro, envuelta con hilos y campanillas de oro. El mechón anunciaba que era un hombre casado.

—¿Cómo se llama la afortunada? —preguntó Melita.

—Daen —contestó él, sonriendo de un modo que mejoró aún más la opinión que Melita tenía de él. «Algún día quizás haya un hombre a quien se le ilumine así la cara al pensar en mí.» Por el momento, Buirtevaert era un subjefe competente y obediente, uno de los pocos hombres de su edad a quien su presencia no parecía volver idiota.

—Me encantaría conocerla —dijo Melita.

—¿Gachas, señora? —preguntó Buirtevaert. Los Caballos Rampantes tenían un enorme caldero de bronce en el que preparaban todas sus comidas. El grano de aquella mañana sin duda lo habían añadido sin más al estofado de venado que habían cenado la víspera.

«Cuando estaba en Alejandría añoraba las llanuras. Ahora añoro Alejandría. ¿Dónde está mi hijo? ¿Qué clase de madre soy?»

—Estás triste —dijo Buirtevaert—. ¿Tienes un hombre al que extrañas? —Apartó la vista, como si el mero hecho de hacer aquella pregunta fuese una descortesía—.

Perdona, señora.

—¿Sabes que tengo un hijo? —preguntó Melita—. Cumplirá ocho meses dentro de unos días. —Meneó la cabeza—. Mi hombre... murió.

Buirtevaert meneó la cabeza a su vez.

—Me habían dicho que eras viuda —dijo—. Ser joven y estar sola en primavera... —Se encogió de hombros—. Es como en todas las canciones...

Se calló, un tanto avergonzado. La mayoría de aquellas canciones eran sobre viudas cachondas.

Melita sonrió al verlo tan confundido. Su posición como señora parecía haber añadido veinte años a su edad. Los jóvenes la divertían. Tal vez se estuviera convirtiendo en su madre.

—¡Señora!

Al volverse, Melita vio que sus caballeros montaban, Scopasis señalaba al jinete que se aproximaba. Pese a la distancia, Melita reconoció a Samahe.

—¡Noticias! —gritó Scopasis. Fue al encuentro de Melita, llevándole su caballo de silla, y ella se obligó a montar. Todas las llagas se abrieron a la vez, y notó la sangre y el pus que mojaban el lino sucio de las vendas, enfriándole las piernas donde las alcanzaba el viento que se colaba al interior del abrigo.

Samahe llegó y la abrazó. Melita correspondió a su abrazo con creces.

—Estaba deseando la compañía de una chica —dijo Melita—, y aquí estás tú.

Samahe sonrió.

—Necesitas una trompetera —dijo riendo—. Tal vez una amante.

—¿Una chica? —preguntó Melita. En Alejandría conocía a muchas chicas que se acostaban con chicas. La mera idea le hizo reír. Se dio una palmada en el muslo y maldijo el dolor.

Samahe también se rio, pero luego se puso seria.

—Una chica en tu cama significa que no hay habladurías ni bebés —dijo. Se encogió de hombros—. Yo nunca lo he hecho. —Puso los ojos en blanco insinuando lo contrario—. Escucha, no estoy aquí para hablar asuntos de cama. Ataelo piensa que Urvara ha visto patrullas de reconocimiento de Upazan; ayer, no lejos de aquí. Al norte, al este y al este otra vez.

—¿De cuándo es la noticia? —dijo Melita, yendo al grano.

—De hace tres o cuatro días. —Samahe miró en derredor—. Tienes una buena fuerza. Ataelo te pide que vayas al norte con él. Si vas, tienes que ir enseguida y cabalgar sin tregua.

Melita hizo una seña a Scopasis y a Buirtevaert para que se unieran a ella.

—Hemos despejado el valle hasta el transbordador. Queda poco por hacer. —Miró a sus comandantes—. ¿Podemos regresar al norte para apoyar a Ataelo?

—¿Con Samahe para guiarnos? —preguntó Buirtevaert—. ¡Pongámonos en

camino!

Scopasis asintió.

—Estoy deseando que Upazan sienta el frío de mi espada en el cuello —dijo.

Melita asintió, previendo las nuevas costras que le saldrían en las llagas de los muslos.

—Yo también —dijo.

Cinco días en la silla; cinco días con el calor de una compañera que le trenzaba el pelo y de vez en cuando le hablaba de cosas distintas a cuántos hombres mataría, o cuántos caballos fulanito y menganito habían llevado a tal o cual batalla. De bebés e inofensivos cotilleos sobre quién se había acostado con quién.

La principal aportación de Samahe fue el ungüento que tenía para las llagas y la disciplina que impuso en el cambio de ropa. Samahe viajaba con dos pares de pantalones y dos abrigos, y cada vez que cruzaba un arroyo o un río, se detenía, se desnudaba y se cambiaba, poniendo el pantalón mojado a secar en la grupa del caballo que llevaba su equipaje. Melita aprendió que las mujeres nómadas debían cuidar bien de sí mismas para evitar esa clase de llagas y otras cosas peores. Aprendió muchas cosas viajando con Samahe, y lo mejor fue que Samahe la enseñaba sin darse aires de superioridad.

Antes de alcanzar a Ataelo encontraron a otros dos grupos de guerreros y, cuando llegaron a su campamento, supieron que él también había reclutado más escoltas, de modo que entre todos contaban con una fuerza políglota de casi mil caballos procedentes de todos los pueblos.

El abrazo que Melita dio a Ataelo fue casi tan largo como el que le diera Samahe, y antes de que le contara sus novedades, Melita convocó un consejo de todos los jefes presentes, y al atardecer se reunieron en torno a una hoguera mientras los hombres y mujeres más jóvenes bosquejaban sus patrullas en la blanda tierra negra y se jactaban de sus proezas. Thyrsis contó bien su relato, como de costumbre; el pelo le brillaba a la luz de las llamas, y Melita pensó que era el hombre más guapo de todos los sakje. Y también vio a Tameax, que sonrió y frunció el ceño al verla.

Dos muchachas, dos chicas un tanto traviesas de los Gatos Esteparios, habían cabalgado hasta divisar el viejo fuerte que Crax había levantado tiempo atrás en el gran mar interior que unos llamaban Caspio y otros Hircano. Allí, en los buenos pastos al norte del fuerte, habían contado no menos de cuatro mil jinetes.

—Contar jinetes es difícil —admitió la mayor de las chicas—. Mi padre siempre me dice que cuente las estrellas. Ahora sé por qué.

Un grupo de chicos se adelantó. Habían visto a Upazan y su yelmo de oro, dijeron.

—Breyat murió —dijo uno—. Era mi amigo. Vimos a los sármatas y ellos nos

vieron a nosotros, y huimos a galope tendido por la pradera, pero el caballo de Breyat tropezó y él murió.

Hubo decenas de informes semejantes y los más recientes fueron los más detallados.

Cuando el último escolta y la última exploradora hubieron contado sus relatos, Ataelo se levantó.

—Upazan está viniendo a las tierras altas con todo su poderío —dijo Ataelo—. Diez mil guerreros, más o menos. Cinco veces ese número en caballos. La hierba está verde, el suelo está duro y ahora vendrá. —Ataelo sonrió—. Ya lleva retraso. Todos los granjeros están en los fuertes. Todo el grano, almacenado o quemado. —Ataelo hizo una reverencia a Melita—. Le has hecho una buena faena, señora. Sin haber vaciado una silla, ahora tendrá que marchar sobre un desierto.

—Un desierto con hierba verde —respondió Melita.

Ataelo sonrió, y no de un modo agradable.

—La hierba verde es buena para una o dos noches, ¿eh? Pero no si tienes que quedarte en un sitio más de un día. Entonces los caballos se comen la hierba. Entonces necesitas grano.

Buirtevaert asintió.

—Y si pasaran diez días seguidos sin llover —dijo—, podríamos quemar la hierba.

—¡Sí! —gritaron varias voces.

—¡Sí! —dijo Ataelo—. Eso sería el fin de la campaña de Upazan. Hace ocho años, lo apostó todo en pillarnos desprevenidos y ganó. Upazan piensa que los sakje somos blandos. Cree que vivimos en los valles y que hibernamos en casas. Nos pilló dormidos junto al fuego el año de la inundación, y piensa hacerlo otra vez.

Ataelo asintió, como para sí mismo.

—Esta vez, contamos con toda la gente de este lado del Borístenes, y somos un solo pueblo —agregó.

—Será una gran batalla —dijo Scopasis.

Thyrsis levantó el puño. De pronto, él y Scopasis eran amigos; algo de lo más inesperado.

Melita miró en derredor. Todos eran muy... masculinos.

—No deseo una gran batalla —anunció—. Lo que quiero es conducir a Upazan a la muerte. Acosarlo como una manada de lobos hace con un ciervo en invierno. Quiero mordisquearlo como los gusanos de un cadáver.

Ataelo sonrió.

—¡Al estilo de tu padre! —dijo. Se volvió hacia los demás—. Muchos de vosotros sois demasiado jóvenes para haber estado en el Vado del Río Dios. Kineas y Marthax... siempre trabajaban en equipo, esos dos, pasara lo que pasase después.

Melita identificaba un buen discurso político en cuanto lo oía. Ataelo estaba buscando el apoyo de los Caballos Rampantes atendiendo a su versión de los acontecimientos.

—Juntos, sangraron a los griegos, matando a los rezagados, robándoles la comida, quemando la hierba. Cuando llegó el momento de la lucha, sus caballos eran como caribús al final del invierno. —Ataelo miró en derredor, y todos los caudillos asintieron—. Melita lleva razón. Nada de batallas; o solo una batalla para rematar al ciervo cuando los lobos lo hayan derribado.

Buirtevaert levantó la mano pero Graethe, su jefe, lo interrumpió.

—Ataelo, aquí nadie duda de ti ni de la señora, pero siguiendo el río Tanais solo hay trescientos estadios hasta el fuerte. No es mucha distancia para desangrar al ciervo. No es como el mar de hierba.

Ataelo se rascó la barbilla.

—Tienes razón, pero en cuanto entre en el valle y deje atrás el final del mar de hierba, cada árbol esconderá a uno de los arqueros de Temerix. El valle está lleno de nuestro pueblo de la tierra, y todos tienen arcos.

Melita se puso de pie.

—Es verdad. Si Upazan baja por el Tanais, y rezo para que así lo haga, cada estadio que avance lo iré metiendo en nuestras redes. Vosotros veis una guerra a caballo porque sois jinetes, pero esto pronto será una guerra de granjeros, una guerra en la que una andanada de flechas sale volando de una arboleda. ¿Y qué podrán hacer los sármatas? ¿Cabalgar entre los árboles?

—¡Los muchachos de Temerix los segarían como trigo maduro! —dijo Gaweint.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Scopasis.

—Ahora mismo —dijo Melita, y Ataelo asintió—. Esta noche. Avanzaremos esta noche a la luz de la luna y, cuando por la mañana emprendan la marcha, caerán en nuestra emboscada.

Melita se tendió arrimada a *Grifón* sobre la hierba mojada, con frío, abatida y más nerviosa de lo que había estado en su vida, y preocupada de que el enemigo pudiera oír los latidos de su corazón. Y eso que no se trataba de su primera emboscada en mucho tiempo. Recordaba estar tendida en un hoyo que había cavado ella misma cerca de Gaza; recordaba haber aguardado a los sármatas en la nieve, a pocos valles de allí.

Grifón tenía los ojos abiertos, las orejas tiesas, atentas. Hacia el norte, un pájaro volaba en círculos.

Melita hizo girar la cabeza despacio, sintiendo el dolor en el mismo punto en cada rotación, una y otra vez. Luego flexionó los dedos con los guantes del sármata muerto, tratando de calentarlos.

La humedad de la hierba había traspasado todas las capas de ropa que llevaba. «¿Cómo hace esto una y otra vez, este pueblo?». Quería levantar la cabeza, quería hacer algo. Se preguntó si la cuerda de su arco estaría mojada. Se preguntó si parecía una estúpida, tendida en la hierba mojada en medio de sus caballeros. «Seguro que a mi madre nunca le preocupó parecer tonta», pensó.

Los oyó de muy lejos. Curiosamente, lo primero que oyó fueron los ladridos de los perros entre los carros, y luego oyó el tintineo de los arneses; los sármatas eran conocidos por las bridas de sus animales, muy ornamentadas y ruidosas.

Aquella era la batalla de Ataelo. Melita era poco más que la comandante; así lo había autorizado, dejando que él se encargara del resto. Tenía su lógica: se hallaban en su terreno, por el que había conducido a su banda durante cinco años, del que conocía cada pliegue y cada monte. Y el lugar era espléndido, una especie de cuenco circundado de altos riscos, los últimos herbazales antes de los bosques que comenzaban en el gran meandro del Tanais. Los árboles les proporcionaban un lugar al que huir, y los diminutos pliegues de las colinas, cada uno a una docena de largos de caballo del siguiente, permitía a Ataelo ocultar a mil jinetes en un terreno que parecía tan vacío como el sobre de una mesa.

El plan de Ataelo dependía de la arrogancia enemiga. Confiaba en que Upazan tuviera pocos exploradores y que estos se centraran en la ruta comercial; al fin y al cabo, los sakje no habían reclamado aquel territorio a los sármatas desde hacía más de cinco años. Y Ataelo había ordenado que cuando atacaran lo mataran todo; todo. Animales y personas. Aquello, aseguró, no era solo venganza. Era el tipo de golpe que debían asestar a Upazan para ganar la guerra.

Mientras Melita escuchaba los ruidos que se aproximaban, se preguntó acerca de Upazan, el hombre que había matado a su padre. Su madre lo había odiado pero nunca juró vengarse. Lo había descrito con desdén pero también con cierta admiración. Era un caudillo hábil pero un rey avaricioso que gobernaba infundiendo miedo en lugar de amor.

Mientras Melita revivía los relatos de su madre sobre Upazan, vio a un jinete que cruzaba el risco. No era Upazan. Solo una mera exploradora.

«No es tan arrogante. ¡Esta muchacha está lejos del camino y justo en medio de nosotros!»

La chica cabalgaba a ciegas, dejando que su caballo buscara su propio camino cuesta abajo, hacia los caballeros de Melita. El corcel ya estaba olisqueando el aire.

Melita sacó su arco del *gorytos* y dio gracias a Artemis por haberse tumbado sobre el costado derecho. *Grifón* se movió y el caballo sármatas levantó las orejas.

La chica parecía sumida en una ensoñación. «¿Un amante? ¿Alguna otra cosa puede enajenarte tanto?» Compadeció a la chica, mientras se arrodillaba.

La chica se volvió con la boca abierta.

La flecha de Scopasis la alcanzó en el costado y la de Melita en la boca abierta, y la chica cayó al suelo con un ruido sordo.

Su caballo permaneció a su lado. Al cabo de un momento, se puso a pastar.

Melita colocó otra flecha en la cuerda. Ya no tenía frío. Miró a derecha e izquierda. Sus caballeros estaban agazapados junto a sus caballos, empuñando los arcos. Las armaduras húmedas reflejaban la luz anaranjada.

Melita se volvió y miró hacia el risco más alto, tratando de ver a Ataelo. Ataelo se había construido un escondite de hierba, donde podría sentarse sobre pieles de borrego con un silbato en la boca. Melita no logró verlo. Confió en que él la viera a ella.

El caballo comenzó a alejarse pero Scopasis se deslizó con sigilo y lo agarró antes de que la bestia subiera de nuevo al risco y alertara al enemigo. La chica tenía los ojos abiertos. Al caer se había golpeado la cabeza contra una piedra, y sus ojos azules parecían observarlos con la mirada idiota de la muerte.

Melita oyó pezuñas delante de ella y una voz gritó. *Grifón* volvió a menearse, reaccionando, sin duda, a las voces sármatas.

Nada durante unos segundos. ¿Estaban cerca? ¿Lejos? ¿La emboscada ya había fallado?

La infancia acudió en su ayuda.

—¡Estoy aquí! —gritó Melita en sármatas. Scopasis le lanzó una mirada, deleitado con su astucia.

Un joven guerrero surgió en lo alto del risco que los encubría. El caballo se lanzó cuesta abajo con el chico apoyado en su cuello, exhibiéndose ante su chica.

Esta vez todos los caballeros estaban preparados, y el chico murió antes de que el caballo pudiera detenerse. El propio caballo recibió doce flechazos, cayó de rodillas, soltó un relincho estridente de sorpresa y agonía y se desmoronó.

Se quedaron inmóviles, como si la muerte del caballo los hubiera hechizado. Una vez más, Melita volvió la cabeza, buscando a Ataelo, atenta a su silbato, pero no vio ni oyó nada. Melita rezó a la Cazadora para sus adentros, suplicando que la matanza de niños terminara. Los griegos tenían un mito horrible, en el que Apolo y su hermana asesinaban a la prole de una mujer que había osado decir que sus hijos eran tan guapos como los de Leto. Estaba representado en cientos de vasijas, pintado en los murales de los templos, bordado en tapices, gravado en armaduras... una historia verdaderamente horrible.

Melita la detestó más que nunca después de haber matado a aquellos dos chicos. «Artemis, líbrame de esta carga. Deja que mi próximo enemigo sea un adulto, hombre o mujer.»

En algún lugar por debajo de donde se encontraban, un bocado hizo un ruido metálico y un hombre dio una orden.

«¿Cuán cerca están?», se preguntó Melita. El corazón le palpitaba en el pecho. También se preguntó por qué se había puesto tan nerviosa antes, cuando ni siquiera se oía al enemigo. Ahora le temblaban las manos, y *Grifón* seguía moviéndose inquieto.

Más arriba, oyó gritar a una mujer que sin duda era madre:

—¡No los encuentro!

«¡Artemis!», chilló Melita para sus adentros. ¡Matar a la madre después que a los hijos!

Contestó una voz masculina, diciendo que estaban colina arriba. Se oyeron unas carcajadas y entonces...

El silbato de *Ataelo*.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo montada a lomos de *Grifón*, sin saber cómo lo había hecho, sujetando las riendas y el arco. Todos los caballeros habían montado, subieron raudos por el desfiladero y allí, a sus pies, estaban las huestes sármatas, un mar de caballos en el mar de hierba.

Una hilera de carros avanzaba delante de ella, tirados por bueyes como los de los carros sakje.

Scopasis soltó un estridente alarido y todos sus caballeros lo imitaron antes de lanzarse cuesta abajo para iniciar la matanza.

Melita tiraba automáticamente, con la intención de abatir a los arrieros, tal como *Ataelo* había sugerido. Disparó a los conductores y luego se aproximó y mató bueyes con su hacha de mango largo. Scopasis mantenía unidos a sus caballeros, que no obstante dejaban un rastro de cadáveres a sus espaldas; y aquello no era una batalla. Los hombres contra quienes tiraba Melita iban desarmados y algunos de sus cuerpos eran muy pequeños.

Bloqueó sus sentimientos. Aquello era cuestión de vida o muerte para los sakje. «Soy la reina de los asagatje», se dijo a sí misma, y tiró contra otra madre joven que iba en un carro. «Soy Artemis, y vosotros no sois mi pueblo.»

Cruzaron las hileras de carros como barcos surcando las olas, y a su derecha y su izquierda había otros grupos haciendo lo mismo. Antes de que el sol se hubiera alzado la anchura de un dedo, los sármatas habían perdido más personas y animales de los que podrían reemplazar en diez años. Los sakje no cogían nada, solo masacraban, tal como *Ataelo* había ordenado.

Más allá del caos de la masacre, Melita vio que el enemigo reagrupaba a sus guerreros. No habían defendido los carros, pero ahora iban a por ellos.

Ataelo había participado en mil combates y su astucia era un océano insondable, comparada con la de la mayoría de hombres. Había tendido emboscadas para quienes acudieran al rescate, situándolas cuidadosamente, y ahora les dio rienda suelta, de modo que cuando los primeros hermanos, hermanas y maridos vengadores dieron media vuelta para rescatar a sus seres queridos, cabalgando ciegos de ira por la

masacre, fueron atacados por los flancos y por detrás, acribillados a flechazos y abatidos sobre la tierra empapada en la sangre de sus familias.

Melita había dejado de matar. Dejó que *Grifón* la alejara de aquel campo de muerte, y solo volvió a usar el hacha contra un caballo que relinchaba agonizante, arrastrando sus entrañas por el suelo.

De pronto Ataelo estuvo a su lado. Melita lo fulminó con la mirada, odiando por un instante a aquel sakje tan jovial como nunca había odiado a Upazan o siquiera a Eumeles.

Ataelo enarcó una ceja.

—Ahora toca retirarse —dijo. Eso fue todo.

—¡Estamos ganando! —replicó Melita indignada. Indignada por un montón de razones. Perfectamente consciente de que Filocles diría que no existía una verdadera diferencia entre aquello y su guerra particular contra los sármatas en los valles invernales. Ninguna en absoluto.

Ataelo se encogió de hombros.

—Siempre hay que retirarse de una emboscada mientras estás ganando —dijo.

—Tomaré nota, ¿satisfecho? —replicó Melita.

Melita cabalgó de regreso entre sus caballeros, deseando otra vez contar con una trompetera.

—¡Retirada! —gritó, y Scopasis se situó a su lado.

—¡Ahí vienen! —rugió Gaweint, y tiró con su arco.

Enojada, Melita miró a Scopasis, que empuñaba el hacha con el brazo ensangrentado hasta el codo, y con la que logró desviar una punta de lanza que surgió de la bruma de su ira, y que la golpeó en una sien, torciéndole el yelmo.

Grifón reculó, piafando, y Melita recibió otro golpe en la espalda, y entonces arremetió con la fusta, la única arma que tenía a mano. Notó que le daba a alguien y acto seguido se encontró tirada en el suelo, sin resuello, con la boca llena de maldita hierba. Se puso bocarriba, vio el cielo azul, y el dolor le repercutió en la cabeza.

Junto a ella se erguía un hombre con un yelmo dorado. Sostenía en alto una lanza y se la clavó en el vientre. El forro de escamas paró la punta, pese a que el golpe la hizo vomitar y atragantarse, y se las arregló para apoyarse en el codo derecho y empujó, con la mente en blanco, empujó hasta quedar de rodillas. Tenía su *akinakes* en la mano y lo clavó en la tripa del caballo, cuyas entrañas se desparramaron sobre su rostro. El animal se apartó pero Melita mantuvo agarrada la hoja y lo abrió en canal. El caballo dio un par de pasos más y se desplomó, arrancándole la espada al caer.

En torno a ella ya se había formado la melé. Al limpiarse el rostro, las escamas de bronce y de plata de su cota de malla le quitaron la inmundicia de las mejillas mientras forcejeaba con el yelmo. La mentonera estaba rota y el yelmo torcido, y si

bien eso le había salvado la vida, ahora reducía demasiado su ángulo de visión. Finalmente se lo quitó, liberándole el pelo trenzado.

El hombre del casco dorado estaba de pie, renqueando, y portaba una espada y un hacha.

Melita tiró el yelmo contra él, en un último acto de desafío. Era un hombre corpulento, de mediana edad, con cicatrices debajo de su magnífico yelmo.

—Upazan —dijo Melita. Resultaba mucho más fácil odiar en las distancias cortas.

Él vaciló al oír su nombre. Luego sonrió.

Unas manos la agarraron de los brazos, haciendo caso omiso de las escamas de su armadura, y la arrastraron medio en volandas a través de la melé. Sus caballeros formaban un cerco impenetrable en torno a ella, que de repente se encontró a lomos de *Grifón*.

—Oh, mi señora, te he fallado —gritó Scopasis, y Melita pensó que el corazón iba a estallarle delante de ella, de tan servil como era su actitud.

—Eres un tonto —dijo Melita, y le acarició la mejilla—. Me has salvado la vida. Dos veces. Diez. —Miró en derredor; Gaweint estaba allí y le pareció que no faltaba nadie—. Estoy viva. Estáis todos vivos. Ese era Upazan.

—¡Upazan! —dijo Gaweint, volviéndose en la silla—. ¡Maldita sea! ¿Upazan derribado y le hemos dejado escapar?

—Calla —dijo Agreint—. No se lo puede matar con espada ni con lanza. ¡Recuerda la profecía!

Una docena de jóvenes compitieron en decirse unos a otros que no temían a las profecías.

—Bueno, desde luego no se lo puede matar tirándole un yelmo —dijo Melita—. Yo lo he probado.

Una hora más tarde Upazan intentó meter prisa a su retirada con una repentina carga a través de los últimos prados del mar de hierba. En lugar de volverse y luchar, la retaguardia de Ataelo, los hombres de Buirtevaert, se dirigieron hacia el bosque. Luego una súbita lluvia de flechas cayó sobre los caballeros de Upazan, hiriendo a sus caballos desprovistos de armaduras. Diez cayeron muertos, y la carga viró bruscamente para convertirse en huida.

Ataelo sonrió como la viva imagen de la muerte, pero impidió que sus guerreros emprendieran un contraataque.

Se volvió hacia Melita y Scopasis. Eran los tres últimos guerreros que quedaban montados a caballo en el camino. A su alrededor, los arqueros sindi de Temerix seguían a cubierto, tirando sin tregua. Melita veía a Upazan a la luz del sol poniente, con su yelmo de oro refulgente, pero su ejército se estaba replegando. Solo tenía mil

guerreros; cada minuto se le unían más. Había esperado sorprender a Ataelo con una carga repentina y, en cambio, había recibido un varapalo.

—Podríamos haber acabado con él —espetó Scopasis.

Ataelo sonrió y negó con la cabeza.

—Upazan no es para ti —dijo sin mirar al antiguo forajido—. Muchos hombres, y no pocas mujeres, reclaman el derecho a matarlo.

Ataelo observaba la retirada del rey sármata sin disimular su regocijo. Se echó a cabalgar por la pradera y los últimos rayos del sol convirtieron su armadura en fuego.

—¡Ja! ¡Upazan, noto tu odio desde aquí, y me río de ti! —gritó Ataelo—. ¡Luchas como un idiota! ¡Tus mujeres tienen más cabeza que tú!

Comenzaron a caer flechas cerca de Ataelo.

Upazan estaba solo, fuera del alcance de los arqueros, con su yelmo de oro como una almenara, y no contestó.

—¿O es que están todas muertas? —gritó Ataelo—. Vete a casa, usurpador, o regaremos la hierba con tu sangre.

Un hombre, un hombre con una buena armadura y mejor montura, reaccionó. Se lanzó al galope contra Ataelo; su voz era un bramido de cólera. Llevaba en alto un hacha de mango largo, y su rostro, cuando estuvo más cerca, era la máscara del padecimiento y la ira.

Temerix salió del bosque y tiró contra él. Fue un tiro a considerable distancia, y un hombre menos desesperado habría visto el vuelo de la flecha.

—Eso me hace feliz —dijo la adusta voz de Temerix.

—Esto no es una guerra de venganza —repuso Melita.

Temerix levantó la vista hacia ella.

—Sí —contestó—. Sí que lo es. Venganza. Ellos nos han devastado y los vamos a enterrar. Lo demás son tonterías.

Ataelo regresó al bosque con su caballo. Meneó la cabeza.

—¿No por venganza? —preguntó—. Oí que hiciste un juramento que resonó en las montañas. Lo oí en el mar de hierba. De modo que tuvo que ser todo un juramento.

Melita inclinó la cabeza.

—Lo hice. Y mi hermano también.

—Señora, Upazan nos ha dado caza como si fuéramos animales. Nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestro ganado han sido presas para su lanza durante muchos años.

Los ojos de Ataelo parecían brillar en la creciente penumbra.

—Hemos matado a sus hijos —dijo Melita.

—¡Sí! —contestó Ataelo—. Y ahora su odio será tan puro que los cegará. Solo el odio ciego hará que Upazan cometa la estupidez de seguirnos por el valle del Tanais.

Melita no conseguía conciliar el sueño. Y como las imágenes de aquel día le acudían a la mente una y otra vez, se levantó, cogió un odre de vino y se lo bebió. No fue, ni mucho menos, el único guerrero en comportarse así, y luego no tardó en dormirse.

Parte IV

El río Tanais

Norte del mar Euxino

Eumeles contemplaba las olas matutinas y escupió pensativamente a las aguas oscuras.

—¿De dónde ha sacado tantos barcos mi pequeño némesis? —preguntó.

Ninguno de los oficiales que había en popa se decidió a contestarle. Idomeneo respiró profundamente y dijo lo que pensaba.

—Te lo advertí —señaló. «Anda, mátame, maldito cretense», pensó Idomeneo. «Lo he dicho. Me siento mejor. Lo odio», se dio cuenta Idomeneo con cierto sobresalto.

—Sí —contestó Eumeles, mirando las hileras de mástiles en el horizonte—. Sí que lo hiciste. ¿Por qué mantiene sus barcos en columna?

Aulo, su almirante, inclinó la cabeza.

—Ocultas su poderío. Hasta que se desplieguen, no podremos contar sus barcos. Nosotros vamos en formación; puede contar los nuestros.

—¿Y por qué vamos en formación? —preguntó Eumeles con el tono impaciente de una mente superior que tiene que pensar en todo.

Aulo no apartó los ojos de la cubierta.

—Sus remeros deben estar mejor entrenados, señor. Yo no puedo confiar en que los míos se desplieguen tan deprisa. Tú mismo lo has visto, señor. —El almirante se sentía ofendido—. Hemos tardado una hora en formar esta línea.

Eumeles seguía observando la flota que se aproximaba.

—Supongo que será inútil que pregunte de dónde ha sacado esos barcos con remeros tan bien entrenados. Seguro que Tolomeo le ha prestado la flota entera de Egipto. Me han utilizado como cebo.— Meneó la cabeza—. Da igual. Si sobrevivo, ya lo resolveré. ¿Qué podemos hacer? La mitad de nuestros barcos está dentro de la bahía del Salmón, cubriendo a Nicéforo. ¡Aconsejadme!

Los oficiales se miraron entre sí.

Idomeneo estaba en la insólita posición de tener una respuesta y, sin embargo, en su mente, había cambiado de bando. «¿Un cabrón asesino que quiere esclavizar a sus propios granjeros? Demasiado imbécil para seguir vivo», pensó Idomeneo, pero al mismo tiempo, dio su buen consejo. Tal vez estuviera tan acostumbrado a que lo ignorasen, que dudó que su consejo fuese a ser seguido. Pensó que resultaba extraño que su cabeza pudiera estar tan dividida.

—Huir —dijo Idomeneo.

Los oficiales respiraron aliviados porque había expuesto lo que ellos no se atrevían a decir.

Eumeles volvió la cabeza lentamente hasta posar sus ojos de loco en los de Idomeneo.

—Prosigue —le dijo.

—Huye a donde está Nicéforo, une las flotas y combate con la playa y nuestro nuevo fuerte a tus espaldas. Con los hombres de Nicéforo a bordo en calidad de infantes de marina, tendrás ventaja. —Idomeneo se quedó impresionado de su propia temeridad, pero siguió adelante—. Quizá pierdas Pantecapea... por una semana o un mes.

Los labios fruncidos de Eumeles se torcieron como si le hubieran dado un puñetazo.

—Es posible que Pantecapea ya esté perdida —dijo—. Mi casi tocayo y los traidores bellacos de Olbia...

Idomeneo se encogió de hombros.

—Dudo que los olbianos puedan tomar la ciudad, señor. Pero no dudo que Némesis pueda hacerlo. Sea como fuere, cuando unas tus flotas, podrás derrotarlo. Y entonces lo recuperarás todo.

De pronto a Idomeneo se le ocurrió que estaba dando un mal consejo. Los ciudadanos de Pantecapea aborrecían a Eumeles. Jamás recuperaría la ciudad si llegaba a perderla. Aunque lograra una victoria naval, se convertiría en una especie de pirata.

«Podría matarlo», pensó Idomeneo, pero no era un asesino.

—Tonterías —dijo el viejo Cayo, uno de sus mercenarios italiotas—. Lucha ahora. Una vez que huyas, sus hombres se alentarán. Los combates como este son todo corazón, señor. La destreza es lo de menos. Las arpistas mienten. En cuanto sus hombres huelan nuestro miedo, estamos perdidos.

E Idomeneo consideró que también había una parte de razón en aquel argumento.

—Ahora mismo, mi aliado Upazan está en la cuenca del Tanais, segando campesinos como si fuesen trigo maduro y sembrando miedo entre los bárbaros —dijo Eumeles—. Si nos retiramos no perdemos nada. En el Tanais, tendré nuestro nuevo fuerte a mi espalda, playas atestadas de nuestros hombres y a Upazan para repeler cualquier intento de desembarco. —Dedicó un gesto de asentimiento a Idomeneo—. Reconozco que no siempre he seguido tu consejo. En esto lo haré, y quizá en el futuro me lo piense dos veces antes de ignorarte.

Idomeneo no puso disimular la sonrisa que le pintó el semblante. Y en su cabeza, el dios dijo, «Esto es ironía. Y por eso se castiga el orgullo desmedido».

Sátiro vio la huida de la flota de su enemigo con un sentimiento rayano en el desespero.

Al principio habían remado hacia atrás a modo de treta para que efectuara un mal despliegue. Pero Sátiro había dado la señal de las atas de toro, y sus columnas se habían desplegado como una capa al abrirse, y eso había borrado cualquier pretensión que aún tuvieran de oponer resistencia. A Sátiro se le ocurrió pensar que quizá había entrenado a sus hombres demasiado bien.

Cuando quedó claro que no habría enfrentamiento, ambos bandos izaron las velas y de súbito su escuadra y los rodios tuvieron toda la ventaja; sus mástiles eran fijos, igual que la jarcia, de ahí que sus velas subieran como una nube que surgiera del mar, y los dos flancos de su formación salieron disparados, salvo los barcos egipcios prestados y las capturas recientes.

Neiron le oyó despotricar sin hacerle caso y mantuvo el rumbo sin izar velas, pues el *Loto Dorado* estaba solo en el centro de la medialuna y si las izaba se quedaría solo en la persecución.

—No seas aguafiestas —dijo Neiron—. Hemos vencido. Deja que tus muchachos se diviertan.

Eumeles perdió ocho barcos en una hora; trirremes lentos o los que precisaban estar varados para levantar el mástil. Los rodios y los barcos de León, todos los *triemiolai*, acometieron como halcones entre palomas y se llevaron lo que quisieron.

Sátiro ardía en deseos de estar en el meollo de la lucha, pero no lo estaba. Y cuando cayó la noche y su flota fondeó, con todos los tripulantes de la escuadra durmiendo a bordo en medio de la rada, Eumeles estaba a una hora a remo costa arriba.

A sugerencia de Diocles, se levantaron con el lucero del alba, zarparon a oscuras y remaron como si fueran a ganar un premio, pero Eumeles había hecho lo mismo. Capturaron un barco de aprovisionamiento que iba rezagado, e Idomeneo, el amigo de Melita, abordó al barco y luego fue nadando hasta el *Loto*, donde informó chorreando.

—Va lleno de vino —dijo alegremente.

—Hundidlo —dijo Neiron, mientras algunos marineros comenzaban a demostrar su entusiasmo—. Vosotros, cerrad el pico.

Sátiro miró a su timonel.

—¿Hundirlo?

—Seguramente estará envenenado —explicó Neiron—. Es un viejo truco. Paramos, nos emborrachamos y...

Idomeneo meneó la cabeza.

—¿Y luego la gente dice que los cretenses son malvados? —dijo.

Prendieron fuego al barco y siguieron navegando.

—Presentará batalla en el Bósforo Cimerio —predijo Sático.

—Huirá hasta que encuentre al resto de su flota. ¿Dónde crees que estarán? —preguntó Diocles a Pantero.

Pantero se encogió de hombros.

—Debo admitir que esto está yendo mejor de lo que esperaba —dijo, pero estamos muy lejos de casa, muchacho... es decir, mi señor. Tenemos que acabarlo de una vez.

Sático miró a Diocles.

—¿Por qué no presentar batalla en el Bósforo? —preguntó—. Es tan estrecho cuando el mar entra en la bahía del Salmón que los barcos formarán dos líneas y aún tendrá una reserva.

—Y entonces llegamos nosotros con más y mejores tripulantes e infantes, acometemos de frente y nos lo comemos vivo. —Diocles meneó la cabeza—. Ya es nuestro, señor. Y cada día que pasa tenemos más ventaja. Está huyendo; sus remeros tienen miedo. Y ni siquiera intentan mantener la formación mientras huyen, de modo que no hacen más prácticas que la de huir. —Diocles derramó vino en la arena—. No lo digo con orgullo desmedido. Salvo que intervengan los dioses, ya es nuestro.

Sático negó con la cabeza.

—Ojalá no hubieses dicho eso —comentó.

Al día siguiente, Eumeles no hizo el menor intento por defender los estrechos que los griegos llamaban Bósforo Cimerio. Y cuando el *Loto Dorado* apareció al frente de la columna, un enjambre de barcas se hizo a la mar desde ambas orillas, con pescadores meotes al timón.

—Dejad que unos pocos suban a bordo —gritó Sático—, pero no desviéis el rumbo del barco. Seguimos adelante. ¡No quiero perder de vista a Eumeles!

Oyó el golpe sordo de una barca al abarloadse, pero él y Terón estaban desnudos, en mitad de un asalto de pancracio, en la zona de cubierta aneja al timón, ofreciendo su fuerza y su sudor en sacrificio a Poseidón y Heracles. Eran luchadores del mismo nivel, Terón seguía teniendo las espaldas más anchas, pero Sático había mejorado la velocidad de sus movimientos, y todos los hombres que no estaban de servicio se habían congregado a mirar, de modo que el *Loto* llevaba la popa un tanto sumergida.

Forcejeaban en el suelo cuando Sático se percató del silencio. Y era obvio que ninguno de los dos lograría zafarse.

—¿Tablas? —gruñó Sático.

Terón dio una palmada en la cubierta y ambos se pusieron en pie de un salto.

—¿Así es como cuidas de mi buque insignia? —preguntó una voz familiar—. ¿Celebrando eventos deportivos en el mar?

Y entonces Sático y su tío León se dieron un fuerte abrazo. Detrás de él, Nihmu

parecía diez años más joven y Darío irradiaba cierta satisfacción. Sático también los abrazó.

Darío arrugó la nariz ante el sudor de Sático.

—He sido esclavo durante un mes, querido —dijo—. Solo deseo oler cosas buenas.

Terón se rio.

—¡Eres demasiado maniático, persa!

—Le debo la vida —intervino León—, que no es poco. Por todos los dioses, Darío, ¡nunca pensé que sería tu rostro el que vería! ¡Y tendríais que verlo con la espada!

—Kineas siempre decía que era el mejor —terció Nihmu, asintiendo.

Sático recogió su quitón y se echó a reír.

—Ahora sí que siento el favor de los dioses —dijo.

En realidad, León estaba espantosamente flaco y daba la impresión de haber envejecido. Tenía el pelo entrecano y había perdido la musculatura. Sus brazos eran como varas.

—Pareces un joven dios —dijo León.

Sático agradeció el cumplido con una reverencia.

—Me alegra mucho tenerte de vuelta entre nosotros, tío —dijo.

—Yo no parezco un dios joven, ¿verdad? —León meneó la cabeza—. No me dieron de comer durante... algún tiempo. No me torturaron, pero de pronto dejaron de tratarme como a un cautivo por el que se espera cobrar un rescate, y mi situación empeoró. Poco después me enteré de que Melita había desembarcado y sublevado a los sakje, razón por la que me convertí en un lastre.

Se tapó la boca al toser.

Darío puso una mano en el hombro del nómada.

—Te rescatamos en cuanto pudimos organizarnos —dijo.

Sático meneó la cabeza.

—Me siento culpable, tío. Te abandoné en la batalla y luego dejé que otros fueran a rescatarte.

—Muchacho, estás vivo, y yo también, y ahora... —León sonrió y se le borraron algunas arrugas—. Ahora nos vengaremos.

La historia del rescate fue desgranándose a lo largo de dos días; cómo se infiltró Darío entre los esclavos persas del palacio, cómo insinuó sus intenciones, reclutó a una docena, los armó, masacraron a los guardias y abrieron las celdas.

—Sospecho que también liberamos a verdaderos criminales —dijo Darío—. Aunque lo cierto es que me trae sin cuidado. Pero media docena de caballeros persas han venido conmigo, y agradecerían una recompensa.

—¿Saben montar? —preguntó Sático.

—Acabo de decir que son persas —contestó Darío.

—Me los quedo —dijo Diodoro, que subía de la bodega con un odre de vino al hombro—. ¡León, cabrón, nos has dado un montón de trabajo!

Sátiro era uno de ellos pero, en ciertos aspectos, no lo era. Se sentó con las rodillas debajo del mentón, apoyando la espalda contra la de Abraham, y los escuchó; León y Crax, Diodoro, Nihmu, Darío y los demás hombres que habían cabalgado con Kineas. Los escuchó contar historias hasta bien entrada la noche.

Abraham se rio.

—¿Así es cómo seremos nosotros? —preguntó.

Sátiro meneó la cabeza.

—Solo si tenemos suerte —contestó.

—¡Escucha cómo alardean! —repuso Abraham—. ¡Parecen piratas!

Sátiro alargó el brazo y cogió el vino que su amigo estaba acaparando.

—Darío entró en el palacio de Eumeles y rescató a León. León sobrevivió un mes sin comer. Nihmu encontró a Darío disfrazado de esclavo y se unió a él. Estas personas no son meros mortales, Abraham. Son como los hombres de la antigüedad, o al menos a mí siempre me lo ha parecido así.

Abraham dio un gruñido.

—Igual que Filocles, entonces —dijo.

Sátiro se quedó callado un rato.

—Sí —dijo—. Todos son como Filocles.

—Uno se pregunta cómo era tu padre —dijo Abraham.

—Sí —dijo Sátiro—. Sí.

—Creo que tengo una idea bastante buena —anunció Abraham. Tomó aire y se levantó—. ¿Dónde piensas que tu padre encontró a estos semidioses?

Sátiro se agarró a la mano de su amigo para ponerse de pie.

—Son ellos quienes te encuentran a ti —dijo.

Por la mañana Diodoro pidió permiso para desembarcar a los caballos.

—Los Exiliados pueden cabalgar desde aquí —dijo—. Nuestros caballos se pondrán gordos y contentos en tres días, pero si los hacemos navegar un día más, solo tendremos carne de caballo podrida.

Todos los Exiliados asintieron. Sátiro se encogió de hombros.

—¿Sabréis llegar a Tanais?

Diodoro se rascó la cabeza.

—Creo que me las arreglaré —dijo.

Crax se rio a carcajadas. Diocles intervino.

—Si nos ponemos en marcha de inmediato, aún es posible que le demos alcance hoy. Tenemos el viento en contra, pero Eumeles también, y a remo somos mejores.

—Si hoy no combatimos, mañana avistaremos Tanais —dijo Sátiro—. No me gusta dividir mis fuerzas.

—¿Mañana? ¿En serio? —preguntó Diodoro. Miró a Crax.

—Los transportes no hacen más que demorarnos —señaló Diocles—. Dejémoslos aquí y redoblabamos las probabilidades de alcanzar a ese cabrón.

—Prueba por el Coracanda —dijo León.

—¡Exacto! —respondió Sátiro—. Necesito a uno de esos pescadores. ¡Darío! ¿Siguen a bordo?

—Se han quedado por el vino. Y por la recompensa. —Darío estaba comiendo pan, cosa inusualmente humana en él—. Voy a buscarlos.

Los pescadores estuvieron encantados de recibir una mina de plata cada uno por su participación en el rescate.

—Y lo mismo si nos pilotáis en torno a la isla por el Coracanda.

Los miró expectante. León les habló en su idioma y ellos se encogieron de hombros.

La isla de Fanagoria se hallaba en medio del extremo norte del estrecho. El canal principal discurría hacia el noroeste, alejándose de Tanais. Sátiro recordaba de su infancia que existía otro canal mucho más estrecho que rodeaba la isla por el este, canal que iba derecho hacia la desembocadura del Hipanis. La flota enemiga también conocía aquellas aguas, o tendría pilotos que las conocieran, pero habrían optado por la ruta más segura.

—¿Qué es el Coracanda? —preguntó Diocles.

Los pescadores arrastraron los pies.

—Es un viejo canal entre bancos de arena. Pasa por el este de la isla y nos ahorrará muchas horas —dijo Sátiro en tono enfático.

Diodoro asintió

—No te ahorrará tanto tiempo —dijo—, pero sí trescientos estadios. Llegaríamos al Hipanis esta noche.

Diodoro había marchado y navegado por la zona tiempo atrás.

El portavoz de los pescadores se rascó la barba.

—Son aguas someras, señor. En muchos sitios la profundidad es como la estatura de un hombre, o incluso la de un niño. Y si un barco embarranca, es imposible reflotarlo.

—¿Podéis hacernos pasar? El *Loto* es el que tiene más calado.

Sátiro hablaba con los pescadores, pero envió a Helios en busca de los rodios y los piratas.

Los pescadores lo discutieron en su idioma, y cuando su jefe habló, Pantero y Demóstrate estaban presentes.

A Sátiro lo divirtió ver que el rey pirata y el rodio se acercaban juntos, riendo. Y

también lo alivió.

Saludó a los dos capitanes y entonces el pescador habló.

—Solo puedo intentarlo, señor. Puedo hacer pasar a un pesquero por la garganta a oscuras. Pero estos monstruos son harina de otro costal. No sé qué decir. Dudo que se haya hecho antes.

León meneó la cabeza.

—Yo lo hice —dijo en voz baja, y los demás hombres se callaron, incluso Demóstrate. León era un explorador nato, había caminado y navegado por todas partes—. Hace diez años, llevé un trirreme garganta arriba. Y otro en el año olímpico. —Miró a Sático y asintió—. Podemos hacerlo.

Diocles torció el gesto.

—¿Es realmente imprescindible? —preguntó.

Sático asintió.

—Necesito esos caballos. Un día de mal tiempo y todos morirán.

Diocles levantó la vista al cielo y no respondió.

Una hora después el *Loto* viró, apartándose de la columna para poner rumbo al este, hacia un canal que de lejos parecía más estrecho que el casco del barco. Y detrás de ellos, las otras sesenta y cinco naves se ordenaron en una sola hilera con los transportes de caballos delante, todos ellos reforzados con remeros de los barcos más ligeros.

Neiron negó con la cabeza.

—¿Pones a los más pesados delante? Si embarrancan bloquearán el canal.

—Si sucede echaremos a los caballos por la borda y los sacaremos a flote —contestó Sático—. León es el mejor navegante que he conocido en mi vida. Dejemos que nos dirija.

Antes de que el sol hubiese ascendido la anchura de una mano en el cielo, la hilera de barcos se abría paso por el canal. Sático miró hacia atrás y había naves hasta donde alcanzaba la vista; una única fila, como bailarinas en un festival, y todas copiando los movimientos que hacía el *Loto*.

—Esto es una locura —protestó Neiron.

Sático notó el cambio de viento en las mejillas, una brisa suave que le revolvió el pelo y soplaba en sus popas.

—No puedo creerlo —dijo Neiron.

El pescador tosió tapándose con la mano y escupió por la borda agradeciendo la suerte. Helios se acercó a su amo por detrás.

—¿Por qué están todos tan contentos? —preguntó.

Sático sonrió.

—Los dioses nos envían viento —explicó, vertiendo una libación por la borda—. Sopla en contra de nuestro enemigo, que debe navegar hacia el noroeste. Pero es un

viento ligero, de modo que podemos usarlo para costear hacia el este. —Se rio—. Ojalá sople todo el día.

Helios hizo un signo y la flota siguió adelante.

Upazan los siguió por el Tanais, y cada paso de su avance conllevaba represalias, y los hombres morían.

Los arqueros tiraban desde los bosques y los graneros. Los bosques eran quemados, los graneros, tomados por asalto. Y los hombres morían.

Junto al río, en los campos, en los bosques y en los altos riscos los hombres luchaban; un tajo de bronce o de hierro, una lluvia de flechas con puntas mortíferas. Los sakje utilizaban veneno y los granjeros nunca se daban por vencidos. Había escaramuzas en todos los espacios abiertos. Grupos de sakje hostigaban a grupos de sármatas que a su vez hostigaban a los refugiados, matando a los más débiles. Morían mujeres y niños.

Los cuervos se daban festines hasta hartarse, y los cadáveres yacían en los caminos sin que los animales los tocaran porque había demasiados.

Aquella no era la guerra que Melita había previsto en Egipto. Aquello era una guerra de todos contra todos. Los granjeros luchaban para no ser aniquilados y los sármatas luchaban para exterminarlos.

En la tarde del tercer día Ataelo estaba sentado con Temerix y Melita en lo alto de una loma, observando la retirada de su exhausta retaguardia bajo una llovizna que favorecía al enemigo con cada gota, haciendo que los recios arcos sakje devinieran casi inútiles.

Ataelo se encogió de hombros.

—Matamos a dos hombres de Upazan por cada granjero, y a diez por cada sakje.

—Y aun así nos quedaremos sin hombres antes que él —dijo Temerix.

Melita miró a uno y a otro.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó.

Ataelo apartó la mirada hacia el otro lado del gran río, donde un águila ascendía aprovechando una corriente térmica. Su rostro era inexpresivo. Después de cuatro días de duros enfrentamientos y bajas constantes, había perdido toda la energía que le había insuflado la emboscada.

—Los hombres de los barcos nos están matando —dijo Temerix.

Melita asintió. Le constaba que los barcos que subían por el río para hostigar a los granjeros habían sido una sorpresa desagradable. Nicéforo había regresado, tal como había dicho Coeno, y establecido un campamento fortificado en la ribera opuesta a la del fuerte de Melita. Usándolo como base, los hombres de Nicéforo navegaban río arriba y abajo, desbaratando sus planes de defensa.

—Si los hombres de Upazan realmente cooperaran con los soldados del tirano, nosotros sufriríamos más bajas —dijo Temerix.

Ataelo suspiró.

—Era un buen plan —dijo—, pero no está dando resultado. Upazan es demasiado fuerte; debía tener quince o veinte mil jinetes. ¿Y dónde están los otros clanes? —preguntó amargado.

—No lo sé —contestó Melita.

—Tenemos que rendir el valle —dijo Ataelo—. Enviar a los granjeros al fuerte y que los sakje se retiren al mar de hierba.

Temerix negó con la cabeza.

—No, hermano. No vas a hacer eso.

Ataelo enarcó una ceja. En sakje, preguntó:

—¿Por qué no?

Temerix lo miró de hito en hito. Ambos habían sido amigos y compañeros de armas durante más de veinte años, pero ahora tenían un conflicto.

—Si te marchas, no volverás. Y nosotros moriremos. Y no pienso permitirlo.

Fue la alocución más larga que Melita hubiese oído alguna vez en boca de Temerix. Lo miró a los ojos.

—Escucha, Temerix. Mi hermano está viniendo. Tiene una flota. Construí ese fuerte para ganar tiempo. Si nos marchamos, regresaremos.

Temerix negó con la cabeza.

—Cuando emprendiste esta guerra, prometiste a los granjeros que vencerías. —Su mirada era acusadora—. No somos tus peones para que nos metas en ese fuerte rodeado de enemigos mientras tus amados sakje cabalgan libres por las llanuras. Si perdemos esta guerra, moriremos o seremos esclavos.

Melita se puso de pie.

—Temerix, estás cansado. Todos lo estamos. No hagas esto. Falta poco, muy poco. —Miró a los dos hombres—. Por todos los dioses, no estamos vencidos. Luchamos siguiendo una táctica dilatoria cruenta y sabíamos que iba ser así.

Ataelo meneó la cabeza.

—Samahe dice que circulan rumores. Que algunos de los caciques de Marthax están hablando de marcharse. Cuando hay rumores como estos, lo mejor es dar tú el primer paso, de modo que sientan que sus motivos de queja han llegado a tus oídos, y sin que parezca que has estado a merced del viento sino que te has ceñido a tu plan. —Se encogió de hombros—. Es como lo hacen los sakje. Tu madre lo sabía.

Melita estaba cansada. Había disparado cien flechas en cuatro días y sostenido dos luchas con espada contra un enemigo. Tenía problemas de visión, los huesos doloridos, y cuando orinaba le salía sangre sin saber por qué.

—Reúne a mis jefes —dijo Melita—. Temerix, reúne a tus hombres más importantes.

—¿Vamos a celebrar un consejo? —preguntó Temerix.

—No —contestó Melita.

Hicieron una hoguera inmensa que consumió un viejo roble entero en unas pocas horas de luz y calor. Ahora las noches eran templadas, pero no tanto como para agradecer la cercanía de un fuego y un tazón de sidra caliente o ponche de vino especiado. Y la hoguera era lo bastante grande para arder a pesar de la lluvia.

Era noche cerrada, la hora en que los agotados combatientes se envolvían en sus pieles húmedas y sus mantas griegas e intentaban dormir unas horas antes de levantarse con las primeras luces del día para volver a matar y a morir. Los combatientes de una guerra total no acuden de buen grado a un consejo. Las palabras pierden su valor decisivo y lo único que desea un guerrero es vino para aliviar el dolor y dormir. Olvidar.

Melita lo sabía bien. Deambuló entre ellos percibiendo su estado de ánimo y vio claro que no estaban de humor. Al cabo de un rato subió a un tocón y pidió silencio.

Un murmullo fue prolongando las conversaciones que morían.

—¡Silencio! —rugió Melita. Todas las cabezas se volvieron hacia ella y los hombres se encogieron. Melita deseó haber tenido tiempo para quitarse la armadura, que pesaba como una piel de plomo, o al menos para trenzarse de nuevo el pelo y así aparecer como una reina y no como un ratón despeinado con una cota de malla.

Deseó tener algo alentador que decir.

—Mi hermano está en camino —anunció. En cuanto lo dijo se dio cuenta de que había dicho lo apropiado, de modo que lo repitió—. Mi hermano viene hacia aquí con cincuenta barcos y tres mil hombres. Guerreros curtidos; los hombres de mi padre. Debemos resistir hasta que lleguen. Si entregamos el valle del Tanais, todo esto habrá sido en balde. Cada hombre, cada mujer y cada niño que han muerto, habrán muerto por nada.

—Ya no nos quedan flechas —gritó una voz. Uno de los caudillos de Buirtevaert.

—La mitad de mis jinetes tienen heridas —gritó otro. Ambos pertenecían al clan de los Caballos Rampantes. Hombres que habían seguido a Marthax contra su madre.

Melita luchó contra su ira, su decepción y su miedo. Y venció. La ira no los haría cambiar de opinión. Contestarían a la ira con ira. Pero un poco de mofa...

—Yo tengo heridas en la mitad de mi cuerpo —contestó Melita, levantando la voz—. Meo sangre. ¿Y tú, chico, también meas sangre?

—¡No soy un chico! —replicó el joven, pero los demás guerreros gruñeron y unos cuantos rieron.

Buirtevaert estaba cerca de ella.

—Yo he meado sangre —dijo—. Se pasa. —Asintió—. Mi clan está herido, señora. He sufrido bajas. He perdido caballos.

Melita lo miró.

—Las heridas se curan —dijo—. Hasta que nos dan el golpe de gracia, nos

curamos.

—Eso es lo que temen —dijo Scopasis detrás de ella a media voz, aconsejando, no burlándose—. Tienen miedo de que esto sea el final de los sakje.

Melita levantó la voz y habló con firmeza.

—Cuando hayamos derrotado a Upazan, recuperaremos nuestro poderío. No desperdiciaremos la paz que ahora tenemos que comprar con sangre. Pero hay que completar la labor. Una semana más. Unos pocos días más, y mi hermano llegará.

—¿Y si no viene? —preguntó Buirtevaert, un tanto contrito—. Debo preguntarlo, señora. Aquí todos te seguimos de buen grado pero nosotros, los jefes de los clanes, somos los hombres y mujeres que debemos mantener a nuestros pueblos con vida.

Temerix salió al frente. Era corpulento, más corpulento que la mayoría de los sakje, y su barba negra entrecana brilló a la luz de la hoguera.

—Entonces morimos. Morimos todos juntos. El pueblo de la tierra y el pueblo del cielo. Si Sático no viene, morimos.

—Hay que joderse —gritó una voz desde la oscuridad.

—Pero vendrá —insistió Melita.

—Si tan solo pudiéramos saberlo —rezongó Ataelo.

—¿Dónde están los otros clanes? —preguntó la voz desdeñosa—. ¿Dónde están los Gatos Esteparios? ¿Dónde están los Cuervos Merodeadores o los Lobos Silenciosos? ¿Dónde están las fuerzas de los Manos Crueles? ¿Por qué luchamos solos en esta guerra?

Melita respiró profundamente para afianzar la voz.

—¿Por qué no sales a luz para hablar? —Buscó la voz—. Supongo que te sientes muy seguro, a oscuras.

Graethe, el jefe de los Caballos Rampantes, se acercó a la hoguera.

—Tenía un sitio que me gustaba. Señora. No tengo nada que ocultar. Hago las mismas preguntas que los demás sakje. Y añadiré otra. ¿Por qué tenemos que morir por el pueblo de la tierra?

Temerix gruñó. Ataelo le puso una mano en el hombro, y Graethe sonrió. Se volvió hacia la muchedumbre.

—Los granjeros no pueden defenderse por sí mismos, y nosotros no somos suficientes para defenderlos. Ha llegado la hora de poner fin a esta guerra insensata, una guerra que Marthax tuvo el atino de evitar, y marcharse tal como hicieron nuestros padres cuando vinieron los medos y los persas. ¿Por qué luchamos solos en esta guerra? ¿Acaso será porque... —Graethe sonrió como un zorro, pero fue interrumpido por una voz desde el otro lado de la hoguera.

—No estáis solos —dijo la voz—. Urvara está a tres días de marcha, con Eumenes de Olbia y cinco mil hombres.

—¿Quién eres? —preguntó Graethe, pero la voz prosiguió.

—No estáis solos porque la armada de Sático ha zarpado y Nicéforo está a punto de quedar atrapado en la playa. —Coeno se aproximó a la luz e hizo una reverencia a Melita—. He cabalgado tan rápido como he podido, pero aun así llego un poco tarde, según veo.

Los hombres se aglomeraron a su alrededor, y Coeno abrazó primero a Ataelo y luego a Temerix y a Scopasis.

—Me envía tu hermano. Debería estar justo detrás de mí. Cuando salí, estaba aguardando la llegada de Diodoro para zarpar con sesenta barcos. —Sonrió—. Y Eumenes está al norte de la bahía del Salmón, avanzando deprisa. Ha reunido a los clanes occidentales y tiene a toda la infantería de Olbia.

Melita adivinó que Coeno no las tenía todas consigo o que mentía, pero solo porque lo conocía de toda la vida. Y todos los jefes de los clanes se apiñaron en torno a él, apretujados, como si sus noticias les transmitieran fuerza física.

Ataelo se volvió hacia Melita.

—Ahora lucharán —dijo. Observó la escena un rato—. Pero no por mucho tiempo.

Melita se encogió de hombros.

Bastante más tarde, cuando todos hubieron bebido vino y muchos sakje inhalado humo antes de caer rendidos en sus mantas, Melita se cubrió los hombros con una piel, pues a pesar de estar en pleno verano tenía frío, y cruzó una mirada con Coeno, que seguía sentado junto al fuego. Ambos se alejaron de la hoguera hacia la oscuridad. Scopasis hizo ademán de seguirla pero Melita le hizo una seña y regresó al lado de Samahe, con quien estaba jugando una partida de *polis* sobre una manta.

—Has mentido —dijo Melita en cuanto estuvieron solos.

Coeno se encogió de hombros.

—No ha sido una mentira, exactamente.

—Eres griego. Los griegos mienten. Coeno, esto es a vida o muerte para estas gentes. —Melita meneó la cabeza—. Cuéntame toda la verdad.

—Tu hermano está aguardando a Diodoro, que lleva retraso. Mucho retraso. Tiene problemas con sus capitanes y también con Heraclea. Sin embargo, cuando me marché, Nihmu y Crax acababan de llegar como avanzadilla de Diodoro. Debió de zarpar un día después de mi partida; dos a lo sumo. —Coeno se encogió de hombros—. No puede decirse que sea una mentira.

—Pero tú no lo viste zarpar —dijo Melita.

—Vi a Urvara en el fuerte, y me dijo que Eumenes estaba a tres días de marcha. Y eso fue esta mañana. Y en el fuerte tiene tres mil caballos y casi otros tantos sindi y meotes. ¡Maldita sea, chica! Dentro de diez días, superaremos en número a cuantas fuerzas reúnan Nicéforo, Eumeles y Upazan.

Coeno la agarró de los hombros. Melita lo apartó de un empujón.

—¿No te das cuenta? Estoy arriesgando personas, personas de carne y hueso, y están muriendo como moscas al final del verano. ¿Por qué no me ha enviado a esos jinetes?

—Urvara está conteniendo a Nicéforo. Sin sus incursiones, los hombres de Nicéforo ya habrían ocupado todo el río en lugar de mandar uno o dos barcos a hostigar a los granjeros. Aunque tenga la mitad de efectivos, Urvara lo mantiene ocupado. —Coeno puso los brazos en jarras—. No os separéis, chica. Las tornas están cambiando.

—No soy una chica. Soy la señora. —Melita hizo un ademán de impaciencia—. Por todos los dioses, Coeno, la supervivencia de mi pueblo depende de Eumenes de Olbia y de la flota de mi hermano. Si llegan tarde, podemos darnos por muertos. No tenemos diez días. Tenemos dos. Dentro de dos días nos habrán acorralado en el fuerte, y entonces Upazan y Nicéforo se unirán para exterminarnos.

Coeno se mesó la barba.

—Bien, señora; y reconozco que eres la señora, incluso para mí; siendo así, luchemos dos días con todo lo que tengamos. Y confiemos en los dioses.

Melita se rio.

—Eso es lo que yo pensaba hasta hace unas horas. Ahora lo único que veo es el fin. Sátiro tal vez llegue y aniquile a Eumeles cuando yo ya haya muerto. —Rio de nuevo, pero con amargura—. ¿Todo se reduce a esto, Coeno?

—Toda mi vida he rechazado el mando, señora —dijo Coeno—, porque según pude ver con mi amigo Kineas, esto es lo que hay: una maldita decisión tras otra, y ver cómo mueren tus amigos tanto si diste la orden acertada como si no. Así es como lo he visto siempre.

—Me parece que no quiero ser la reina de los sakje —dijo Melita.

—Demasiado tarde —contestó Coeno.

Melita se alejó de él con el corazón vacío, sin estar segura siquiera de cuánta verdad le estaba diciendo Coeno, su amado tío, el padre de su primer amante. Se adentró en la oscuridad de la noche, dejando atrás las reatas de caballos, y se quedó un rato contemplando la luna. Lloró un poco.

—¿Señora? —dijo Scopasis. Surgió de la negrura con una manta—. Estás preocupada.

—Vete a la mierda —replicó Melita groseramente.

Scopasis, el antiguo forajido, no se inmutó.

—Toma la manta —dijo.

—No necesito tu ayuda —dijo Melita, mayormente para sus adentros.

Scopasis le alcanzó la manta en silencio.

Melita se encontró envuelta en ella, abrazada a su pecho, llorando, y él la sostuvo un buen rato mientras ella sentía su calor y su consuelo.

—Cuando me desterraron —dijo Scopasis—, la ira me mantuvo encendido durante una temporada, y luego llegaron el frío y la soledad.

Melita no le veía el semblante, pues apoyaba la mejilla sobre la cálida lana de su abrigo. Aguardó a que dijera algo más, pero él no lo hizo, y permanecieron callados. Finalmente, Scopasis habló.

—Mandaba a la mierda a todas las personas que intentaban ayudarme —dijo, y se rio.

Melita no estuvo segura de haberle oído reír alguna vez.

—¿Y eso hace que quieras ayudar a las personas? —preguntó.

—Me hace inmune a que me manden a la mierda las personas que amo —contestó Scopasis.

Por la mañana, Melita acordonaba su armadura mientras Samahe le arreglaba el pelo. Scopasis parecía no verla, iba de aquí para allá, pidiendo caballos y preparando a la escolta para otro día de combate. Ahora tenían treinta jinetes, y Coeno se les unió con armadura completa.

Scopasis le hizo el saludo militar.

—Has regresado, señor.

Coeno asintió.

—Como soldado de caballería, Scopasis. Ahora el capitán eres tú. La mitad de estos hombres apenas me conoce y, francamente, si tengo que volver a decirle a Darax cómo se ata una cincha, creo que lo mataré. —Coeno sonrió—. De modo que tú eres el capitán, muchacho. Yo protegeré a la señora y le daré consejo. Tú manda la tropa.

Scopasis dio un abrazo al griego.

—Eres como mi segundo padre.

Coeno no lo negó.

Después de este intercambio de palabras, Melita se las arregló para arrinconar a Scopasis mientras él enrollaba sus mantas.

—A propósito de anoche —dijo Melita, siendo esta la mejor manera que se le había ocurrido para abordar el asunto tras devanarse los sesos durante más de una hora.

Scopasis la miró, desconcertado.

—¿Anoche? —preguntó.

—Estuve... —comenzó Melita, deseosa de dejar claro cuánto agradecía el consuelo que le había ofrecido, pero que seguía siendo la reina.

—¡Darax! —gritó Scopasis—. Mira cómo tienes la cincha de esa sudadera. ¡No servirás de nada a la señora si vas colgado debajo del caballo! ¡Ven aquí de inmediato y átalala bien! —Volvió a bajar la vista a la altura de la de Melita—. No recuerdo nada

de anoche, señora. Por favor, no me pongas en evidencia.

Melita le sostuvo la mirada.

—Estoy rodeada de mentirosos.

Scopasis se encogió de hombros.

—Hmm —gruñó—. A ningún hombre le gusta que lo llamen mentiroso.

Coeno apareció al lado de Melita, haciendo que se sonrojara.

—Si te mentimos, tal vez sea por buenas razones. —Miró al cielo—. Hoy no lloverá.

Ataelo se unió a ellos, observando detenidamente una flecha nueva recién empendolada. Melita olió la cola de pescado con la que había pegado las plumas.

—Buen día para tirar —dijo Ataelo.

El primer choque se produjo casi de inmediato. La avanzada de Upazan bajó por el valle con el sol, ocupando los campos de labranza de ambos lados del camino. Los hombres de Temerix llevaban horas despiertos y, desde los riscos al norte del río, disparaban lluvias de flechas contra los destacamentos de flanco para luego retirarse quedando fuera de su alcance. Aquel día los sármatas parecían dispuestos a pasar por alto que hostigaran sus flancos. Avanzaban derechos río abajo, y el terreno estaba plagado de jinetes hasta las colinas púrpura del este.

—¿De dónde saca tantos jinetes? —volvió a preguntar Ataelo.

Y entonces comenzó la lucha.

Fue un combate enconado, en el que un guerrero que aflojara el paso y se pusiera al trote podía darse por muerto. Los arcos de los sakje tenían las cuerdas secas y las tripas flexibles y duras, y sus flechas arremetían a medio estadio del blanco, clavándose en hombres provistos de armadura y dando muerte a los caballos.

Graethe los sorprendió a todos encabezando un ataque de su clan entero. Los sármatas estaban desplegados en orden abierto, pero su avanzada era poco numerosa e iba diez estadios por delante del cuerpo principal de su ejército. Graethe lanzó tres descargas cerradas de flechas desde el promontorio que quedaba a su izquierda y luego cargó contra los sármatas con quinientos guerreros, obligándolos a regresar al camino.

Ataelo observaba esa acción con desaprobación, pero Coeno le dio una palmada en el muslo.

—Tal vez sea un fanfarrón, pero es nuestro fanfarrón. Mira, ha perdido el honor y se está redimiendo. —Coeno miró a Melita—. Si la decisión fuese mía, ahora avanzaría camino arriba y atacaría a la avanzada hasta hacerla regresar al grueso de su ejército.

Ataelo negó con la cabeza.

—Perdemos a cien jinetes.

Coeno acercó su caballo al del caudillo sakje.

—Mira, lo entiendo. Me consta que no son soldados profesionales pero no los estoy menospreciando. Y si cargamos ahora, podemos echar por tierra los planes que Upazan tenga para hoy. No tendremos que volver a luchar hasta mañana. Ganamos un día y no cedemos ni un palmo de terreno. Y luego... ¡Escuchad! Luego nos levantamos de noche y nos marchamos, perdemos contacto, hacemos que se enfrente a un territorio desierto y le tendemos una emboscada.

Melita levantó su fusta.

—Así fue como luchamos los tres primeros días, Coeno. Upazan pasa por alto las bajas y sigue adelante. Nunca titubea. Si aplastamos a su avanzada, atacará.

Ataelo frunció los labios.

—Hazlo —dijo. Saludó a los hombres de su clan con la mano y le correspondieron agitando sus colas de lobo.

—¿Por qué? —preguntó Melita.

—Porque tu hermano está viniendo y estamos aquí para mermar las fuerzas de Upazan —contestó Ataelo.

Cargaron hacia el camino con sus bien armados caballeros al frente. Los sármatas no opusieron resistencia hasta que se vieron obligados a hacerlo, cosa que ocurrió cerca de una granja quemada, donde el camino se estrechaba junto a la ribera. La multitud de sármatas derrotados de forma aplastante apenas tenía espacio para huir, y los sakje los masacraron, matando a cien en un minuto.

Melita disparó tres flechas. Sus caballeros se interpusieron en todo momento entre ella y los espantados enemigos, y eso la alegró.

El contraataque de Upazan tardó en comenzar, y el ataque en sí mismo fue vacilante. El primer escuadrón de caballería llevaba buenas armaduras, algunos incluso en sus monturas, pero no fue inmune a los potentes arcos de los sakje. La acometida fracasó antes de tener ocasión de usar una sola lanza, y los atacantes fueron hostigados de nuevo cuando se batieron en retirada.

Mientras Upazan preparaba su segundo ataque, los sakje se esfumaron, cediendo los diez estadios que acababan de ganar, y dejándolo sin un objetivo para el ataque principal, organizado con sumo esmero. El sol estaba en lo alto del cielo cuando los sármatas iniciaron su avance, grandes escuadrones de hombres bien armados que de inmediato se vieron diezmados por las flechas de los sindi, que no podían errar el tiro disparando contra formaciones tan cerradas.

Pero aquel día solo tiraron un par de veces y luego corrieron a ponerse a cubierto otra vez. Y los escuadrones de Upazan se mostraron poco dispuestos o incapaces de perseguirlos. Avanzaban con cautela, agrupados en el camino, tanteando el terreno.

A media tarde, Ataelo capitaneó su clan en una incursión. Atravesaron el frente de los sármatas montados en caballos de refresco y con los carcajes llenos, y los sármatas murieron. Ni un solo jinete los persiguió cuando galoparon ante sus narices,

a veces a menos de un largo de caballo de los enemigos.

Melita estaba observando la refriega cuando vio que una descarga de flechas sármatas se quedaba corta, alcanzando solo a un jinete sakje que cayó abatido sobre el descuidado trigal. Los sakje no tuvieron manera de rescatar el cadáver, pues una horda de sármatas vengativos se abalanzó sobre el jinete derribado y lo descuartizaron a hachazos.

No obstante, la pérdida de ese único jinete pareció restar brío a la incursión de Ataelo, que a partir de ese momento apenas causó estragos entre los enemigos, si bien era patente que ambos bandos estaban exhaustos. El ejército sármata se detuvo bastante cerca del campamento sakje, en una buena posición con agua abundante, y comenzó a montar su campamento bastante antes de que el sol comenzara a hundirse en el horizonte.

Entonces Temerix hizo bajar de las colinas a los granjeros, que aún tiraron varias descargas cerradas de flechas contra el campamento.

Ataelo regresó mientras los granjeros se vengaban de los invasores. Venía con la cabeza gacha.

Coeno le agarró el brazo.

—¡Los has hecho polvo! ¡Por Ares, no aguantarán un día más!

Ataelo levantó la mirada. Sus ojos no tenían brillo, como si su alma hubiese abandonado su cuerpo.

—Samahe ha muerto —dijo.

Sátiro maldijo cada hora que les llevó descargar a los caballos de los Exiliados, pero fue consciente del mal estado en que se hallaban los animales cuando los empujaron al mar para que nadaran hasta tierra firme, y entendió que Diodoro tenía razón.

León no perdió detalle cuanto echaron al agua a su yegua núa, que Diodoro le había llevado hasta allí. Comenzaba a presentar mejor aspecto, aunque Sátiro dudaba mucho que alguna vez volviera a tener la musculatura que lucía un año antes. Estaba junto a Diodoro, vestido con un simple quitón y una diadema de bronce.

—Me marchó con los hippeis —dijo León. Sonrió y abrazó a su sobrino—. Prácticamente has cruzado los canales.

—Se trata de tu flota, tío —respondió Sátiro—. Ocupo tu puente de mando y hablo con tu voz.

León sonrió y negó con la cabeza.

—No, muchacho. Ahora es tu flota. Este es tu momento. Ve y acaba con Eumeles por todos nosotros. En cuanto a mí, quiero tener un caballo entre las piernas cuando me encuentre con Upazan.

Entonces Sátiro recordó que León había jurado algo a propósito de la muerte de Upazan, de modo que abrazó a su tío.

—Que Poseidón, señor de los barcos y de los caballos, te acompañe —dijo.

León echó un vistazo en derredor.

—Cuida de mis barcos —respondió León, y sonrió—. Los dioses están de tu parte, muchacho. ¡Ve y acaba con Eumeles!

—Ese maldito cabrón —gruñó Diodoro—. Y pensar que tenemos que hacer todo este trabajo para hacerle morder la arena, ¿eh? —Abrazó a Sátiro—. Llegaremos dentro de dos días, quizá tres. No empecéis la batalla sin nosotros. Y un consejo, ¿eh? Tienes que estar en la margen sur del Tanais. Si luchas en la margen norte, no podremos cruzar.

Sátiro asintió.

—Como tú digas, tío. Pero debo decirte que si libro el combate naval que deseo, ya no habrá combate en tierra.

Varios oficiales de Sátiro sonrieron, y Diocles se golpeó la palma con el puño.

Diodoro negó con la cabeza.

—No conoces a Upazan, muchacho. Habrá batalla, te lo aseguro.

En cuanto sus barcos terminaron de descargar a los caballos, siguieron adelante. No obstante, sortear los escollos de la desembocadura del río Hipanis les llevó un par

de horas, y luego tuvo que salvar el final de los canales y las marismas de la ribera norte. El *Loto* tocó el fondo dos veces, derribando tripulantes y haciendo que el corazón le palpitara de miedo. Detrás de él, en la larga columna, el *Jacinto* chocó con un banco de arena, pero Aekes lo desencalló antes de que las demás naves lo adelantaran.

Cuando el *Loto* sorteó la última barra de arena y la profunda bahía del Hipanis se abrió al mar, Sátiro aún alcanzaba a ver los transportes vacíos surcando briosos la bahía y las masas oscuras de los Exiliados marchando tierra adentro.

Sátiro no pudo aguantar un minuto más sin saber dónde se encontraba. Se despojó del quitón y trepó al palo mayor. Se agarró a la verga para escrutar las aguas del noroeste, y vio la flota de Eumeles a lo lejos, rumbo al este.

—Vamos a la par —gritó a Diodoro tras deslizarse mástil abajo, haciendo caso omiso de los arañazos en los brazos y piernas.

Diocles se asomó a la borda de su barco.

—¡Espero que Eumeles no venga a por nosotros ahora!

Sátiro era consciente de que todas sus naves estaban desplegadas en una larga hilera que se prolongaba diez estadios hasta los canales y los bajíos, mientras que Eumeles parecía tener a todas sus fuerzas agrupadas en el horizonte. Tuvo tentaciones de hacer un comentario desdeñoso, pero hubiese sido pecar de orgullo desmedido.

—¡Los dioses te oigan! —contestó piadosamente, a voz en cuello.

Atracaron tras doblar el primer cabo al norte del pilar de piedra que señalaba la bahía del Hipanis. Sátiro apostó centinelas en todos los promontorios y organizó una escuadra de guardia con sus recién adquiridos piratas, antiguos tripulantes de Manes, porque ahora temía el efecto sorpresa más que cualquier otra cosa.

Bebió vino con sus capitanes y luego pidió a Diocles que fuera a comprobar cómo se portaban los resentidos ex piratas que remaban de punta a cabo frente a la playa.

—No quiero que esto se vaya a pique por un estúpido motín —dijo, y todos los oficiales presentes asintieron.

Draco le agarró el brazo.

—Envíanos a nosotros —dijo.

Amintas asintió.

—Envíanos. Diocles nos puede llevar. Esos muchachos son nuestros infantes de marina. Ponme a mí en un barco y a Draco en otro, y te garantizo que no habrá sorpresas.

Sacó un puñal de debajo de la axila y acarició el filo con el pulgar.

Cuando ambos macedonios se hubieron marchado, Sátiro bebió el vino con más satisfacción.

—Mañana —dijo Pantero.

—Eso creo —respondió Sátiro—. Dudo que Eumeles sepa lo cerca que estamos.

O que hayamos descargado los transportes. Se rezagará.

Terón y Demóstrate estaban jugando a la taba. Demóstrate se levantó y se despezó.

—Tienes todo mi dinero, pedazo de ladrón corintio, y ahora necesito una batalla para recuperar mi fortuna. ¿Rey de los piratas? ¡Soy el rey de los indigentes! —Echó un vistazo al cielo—. Mañana hará buen tiempo. Soleado. Vientos ligeros.

—¿Y? —preguntó Terón.

—Diana en cuanto salga el lucero del alba —dijo Sátiro, atento a la expresión de Pantero para ver si encajaba bien sus órdenes—. Zarpamos con las primeras luces y formamos en columnas delante de la playa.

Pantero asintió.

Terón se tumbó bocarriba en la arena.

—¿Y si Eumeles se niega a jugar? —preguntó—. O sea, veámoslo con sus ojos. Está huyendo para reunirse con su otra escuadra, ¿verdad? Así pues, ¿por qué no seguir huyendo?

Pantero miró a Sátiro. Sátiro negó con la cabeza.

—Ahora que no transportamos tropas, nuestros barcos son más rápidos —dijo—. ¿Recordáis la última vez? El más rápido de los nuestros destrozó al más lento de los suyos, y se nos venía la noche encima. Mañana tendremos un día entero, si estamos tan cerca como pensamos.

Sátiro asintió.

—Y además —prosiguió—, tendrá que dejar de remar cuando llegue a Tanais. Y si llegamos pegados a él, su otra escuadra no tendrá tiempo de embarcar a sus tripulaciones y hacerse a la mar.

—A no ser que nos estén esperando —dijo Demóstrate a media voz.

Sátiro nunca había comandado una fuerza tan grande. Cuando León se unió a ellos, fue como si le quitaran un gran peso de los hombros, pero al marcharse con los viejos hippeis, volvió a cargar con aquel yugo.

Sin embargo, Sátiro había pasado toda su vida entre marinos y soldados profesionales, y sabía lo que se le exigía aunque le doliera la barriga solo de pensar en lo que les depararía el nuevo día y en todo lo que dependía de él. Llamó a Abraham, a quien todos amaban, y a Diocles, y se alejaron de la hoguera donde los capitanes seguían bebiendo vino, y los tres fueron de una fogata a otra a lo largo de la playa. Sátiro tomó un poco de vino e hizo una libación en cada una de ellas; en algunas fue recibido como un semidiós y en otras, por lo general de tripulantes piratas, era temido como la lepra. Él se fijaba en sus reacciones y procuraba no demostrar sus propios sentimientos.

A medio camino entre dos hogueras de remeros piratas, Sátiro torció el gesto, escupió a la arena y se detuvo.

—Algunos me odian —dijo.

—¿Acaso esperas que te amen? —Abraham asintió—. Los obligas a combatir, y no todos quieren hacerlo, ni todos son valientes, y solo unos cuantos son buenos guerreros. ¿Esperas ser aclamado como un héroe por tus remeros? Basta con que estés dispuesto a pagarlos.

Sátiro miró a su amigo.

—¿Cuándo te convertiste en semejante sofista? —preguntó.

Diocles se mesó la barba.

—Nunca te amarán, señor. Más vale que te hagas a la idea. Los macedonios seguramente maldecían al sanguinario Alejandro, y era un semidiós. —Señaló a Abraham con el pulgar—. Tiene toda la razón.

Abraham se encogió de hombros.

—Aprendí muchas cosas en Bizancio —contestó.

—Tu padre quería que te hiciera regresar a casa y, sin embargo, está muy orgulloso de ti. —Sátiro había tenido intención de decírselo antes, pero nunca encontraba el momento oportuno. Aquella era la lección principal de estar al mando: nunca había tiempo ni privacidad.

Diocles les hizo una seña y se alejó un poco, concediéndoles la ilusión de un paréntesis de intimidad.

—¿En serio? —Abraham sonrió, y los dientes le brillaron en la noche iluminada por las llamas—. ¿No te lo inventas para complacerme?

—Lo juro por Heracles —dijo Sátiro.

—Volveré a casa cuando esto termine —dijo Abraham—. Salvo si muero.

—Nunca digas esas cosas en voz alta —respondió Sátiro, haciendo el signo campesino para conjurar el mal fario.

Abraham se rio, pero lo hizo forzosamente.

—No todos hemos nacido para ser amados por los dioses, restaurar un reino y resplandecer con la luz de la batalla. Yo nací para contar monedas y aumentar la fortuna de mi familia. —Miró hacia otro lado—. Si mañana muero, maldeciré el sufrimiento; pero por mi dios que habrá valido la pena. Ser señor y ostentar el mando, vivir en la cresta de la ola. —Se rio—. Soy un idiota. O quizás haya bebido demasiado vino. Escucha, Sátiro, sé que parezco un malísimo actor de reparto, pero amo esta vida. Cada dos por tres, tengo que pellizcarme para comprobar que estoy despierto; ¡pasear por la playa contigo, aguardar el día de la batalla, con mi propio barco y mi espada! —Abraham se rio, y esta vez su risa fue sincera—. Es probable que mi celoso y antiguo dios mañana me quite la vida, aunque solo sea para demostrar quién es el jefe. —Fue hasta donde estaba Diocles y le dio una palmada en la espalda—. Tus marineros tienen mejores modales que la mayoría de mercaderes que conozco, pero no necesito intimidad. ¡Al infierno con eso!

Cogió el odre que llevaba al hombro, bebió un trago de vino y se lo pasó a Diocles.

—La víspera de una batalla, un hombre tiene que beber —dijo Diocles.

Abraham volvió a coger el odre y lo sostuvo en alto con destreza, de modo que un chorro curvo, reflejando la luz de las llamas, cayera en la oscuridad de su boca abierta.

—Ay, he aprendido toda suerte de cosas durante este año que he pasado en el mar —dijo.

Diocles meneó la cabeza con fingido pesar.

—Y nunca hay flautistas a mano cuando necesitas una —se lamentó.

Sátiro los tomó de la mano y los condujo a la fogata siguiente.

—Mañana venceremos —dijo. Y lo dijo en serio.

Se levantaron con el último turno de guardia y los remeros desfilaron a bordo antes de que el escudo de bronce del sol se asomara por el borde del mundo. Con la misma celeridad con que los barcos abandonaron la playa, entrando de proa en el mar y arrastrando las popas hasta liberarlas de la arena y el lodo, convirtiendo las aguas someras en una espuma fangosa al remar, formaron en columnas y viraron hacia el norte, de modo que cuando ya estuvieron en formación todavía flotaba en el aire el olor de sus fogatas; humo de leña y algas.

Sin embargo, Aulo, el navarco de Eumeles, no era idiota, y no había servido en la marina durante treinta años para dejarse atrapar por la mañana. Sus hombres sin duda se habían levantado igual de temprano, tanto si sabían lo cerca que estaba Sátiro como si no. El humo de sus fogatas aún ascendía a los cielos veinte estadios al norte de la bahía donde Sátiro había acampado, pero los barcos ya habían zarpado.

A mediodía avistaron los palos y las velas de la escuadra de Eumeles, pero en cuanto el vigía gritó que veía las vergas de diez velas, el humor en el puente de mando del *Loto* cambió.

—¡Quince! —gritó el vigía—. ¡Justo a proa!

Sátiro levantó la vista al cielo y al sol.

—¿Es demasiado tarde?

Terón se pasó la mano por el pelo.

—No me tomes por un marinero, señor; pero, no. Ahora sabremos si los dioses te aman o te han empujado a la locura.

Sátiro sonrió. Acortaban distancias con la escuadra enemiga tan deprisa que ya divisaba sus naves en el horizonte. Cruzó una mirada con Neiron. Neiron asintió, y su sonrisa fue como la de la muerte.

—Ahora o nunca —dijo Neiron.

—¡Helios! —gritó Sátiro, y el chico acudió a la carrera, quitando la funda de su

escudo de bronce mientras corría.

—Envía la señal de «guerra sin cuartel» —ordenó Sático.

Helios emitió los destellos correspondientes; uno, dos, tres, cuatro. Y se oyó bramar a los remeros en todos los barcos.

El corazón de Sático se puso a latir tan deprisa que daba la impresión de interferir con su habla. Poniendo cuidado, dijo:

—Que un exceso de ímpetu no nos impida combatir.

Neiron meneó la cabeza.

—Ahora es todo o nada. Tú has hecho esa llamada. Deja que ocurra lo que tenga que ocurrir.

En el medio del barco, Fileo anunció la nueva estrepada y comenzó a marcar el ritmo, el más rápido que podían mantener, golpeando la cubierta con su bastón.

Los remeros rugieron y el barco sonó como un ser vivo. Sático notó el aumento de velocidad en las caderas y en las piernas. Los golpes sordos del bastón del maestro remero parecían los latidos del corazón del barco, bombeando sangre como el corazón de un corredor olímpico.

Sático procuraba no mirar hacia el horizonte. Los capitanes de Eumeles también estarían ordenando un aumento de velocidad. Todo dependía de la forma física y del entrenamiento; una larga persecución por popa, remero contra remero, con una ligera brisa tan de proa que nadie podía izar velas. De hombre a hombre.

Sus columnas tan cuidadosamente alineadas se desordenaron de inmediato, pues los barcos más rápidos adelantaban a los lentos como si la flota compitiera en una carrera. El *Loto Dorado* iba en cabeza a la par con el *Rosa* de Pantero y el *Jacinto* de Aekes. Detrás de ellos iban los piratas, naves más ligeras y bajas con tripulaciones muy numerosas, que quizá fueran más lentas a la hora de maniobrar pero cuyos tripulantes llevaban en la sangre aquel cometido: dar caza y captura a barcos que huían.

Una hora, según el sol, y la costa del Euxino se deslizaba rauda a su derecha, estadio tras estadio, sin que tuvieran la impresión de aproximarse ni un palmo al enemigo. Parte de sus barcos menos entrenados, como por ejemplo la media escuadra que había aportado Lisímaco, comenzaron a rezagarse, igual que dos de los barcos egipcios, el *Troya* y el *Maratón*. Con todo y con eso, los barcos más lentos se esforzaban.

Sático contemplaba impotente cómo comenzaba a desintegrarse su flota.

—No pierdas la cabeza —dijo Neiron.

—Ya es tarde para cambiar de opinión —terció Terón—. Tú iniciaste la llave. Mantén el brazo en su cuello hasta que pierdas el conocimiento.

Sático asintió. Le constaba que ambos tenían razón. Pero le dolía ver que los barcos abandonaban la columna, ya fuese por agotamiento de los remeros o por ser

embarcaciones demasiado lentas; mal construidas o con los cascos sucios de algas.

«Si Eumeles tiene su segunda escuadra en Tanais; si ya están a flote y con los remeros listos...»

La segunda hora de la tarde transcurrió muy lentamente. Sático hizo un turno a los remos, igual que Terón. Neiron se mantuvo al timón. Todos los hombres remaban por turnos, incluso los marineros y los infantes mejor dispuestos. A bordo del *Loto* ya lo habían practicado, y aun avanzando a un ritmo tan rápido, todo hombre sabía que podría tomarse un respiro.

Sático remó una hora entera según el reloj de arena. Los hombres de su alrededor le sonreían, y él los amaba a todos ellos por su entrega y entusiasmo.

—¡Atraparemos a ese cabrón, seguro! —gritó el remero del otro lado del pasillo—. No te preocupes, señor. No te preocupes.

Sático le sonrió, con el corazón alentado por aquel dictamen en boca de un hombre que sabía mucho menos que él mismo lo que iba a depararles la jornada. Luego se dirigió a popa, habiéndose quitado el miedo con el sudor.

Para entonces la mitad de su flota se había perdido de vista, ocultada por el borde del mundo.

—A este ritmo, dos horas hasta Tanais —dijo Neiron. Iba asintiendo, como si escuchara música. El bastón seguía golpeando la cubierta con sus latidos rápidos pero regulares—. Aún quedan seis horas de luz.

Sático se obligó a mirar hacia proa.

De pronto la flota de Eumeles estaba cerca.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, y se le quebró la voz.

Neiron sonrió, y lo mismo hicieron los demás hombres presentes en el puente de mando.

—Hemos puesto a todos los oficiales a remar —dijo—. Será que estaban más descansados. —Neiron señaló—. Les hemos partido el corazón —agregó.

Fue una carrera mientras hubo competidores. Ahora solo eran un depredador y su presa.

El *Jacinto* de Pantero fue el primero en hacerla sangrar, empotrando su espolón contra la cubierta de remo de un pesado trirreme cuyos remeros estaban tan cansados que ni siquiera intentó efectuar un viraje y luchar. Pantero inutilizó el barco enemigo con destreza y siguió adelante sin apenas desviarse.

Cuando el *Loto* pasó veloz junto al barco zozobrado, sus arqueros tiraron contra la impotente tripulación, que se rindió; el capitán se arrodilló en el puente, suplicando clemencia.

Los barcos de Eumeles perdieron su brío por completo en cuanto vieron aquella primera baja, y comenzaron a desperdigarse. En su retaguardia, más de una docena de naves izaron las velas y emprendieron la huida hacia el oeste, aprovechando el viento

de través tan bien como podían. Pocos lo consiguieron; la mayoría fueron alcanzados, indefensos, y acabaron hundidos. Los rodios, que eran capaces de izar las velas más deprisa, les quitaron el viento y los mandaron a pique.

La tarde tocaba a su fin y el mástil del *Loto* proyectaba una sombra alargada cuando el navarco de Eumeles decidió dar media vuelta y combatir. El cabo de Tanais estaba a la vista, con una almenara encendida en lo alto del acantilado. Sático no sabía qué significaba la señal ni a quién iba dirigida, pero aquel era el emplazamiento de la ciudad de su madre.

La desembocadura del río quedaba solo a veinte estadios costa arriba, oculta por varios cabos, pero Sático conocía las marcas de la zona tan bien como cualquier capitán. Los barcos enemigos tenían que presentar batalla o huir río arriba, y el río era poco profundo en pleno verano. Dieron media vuelta, y sus agotados remeros formaron una línea irregular. Solo un barco siguió su rápido avance hacia la desembocadura del Tanais.

Sático miró a su alrededor y se dio cuenta de que, por una ironía de los dioses, se enfrentaría a Eumeles con desventaja numérica, pues muchos de sus barcos habían perseguido a los enemigos que huían hacia el oeste o estaban detenidos para saquear a los vencidos. En la formación solo tenía a su propia escuadra y a un barco rodio, el *Gloria de Deméter*. Dédalo se asomó por la borda y saludó agitando el puño en alto. Sático le correspondió mientras Helios le ponía el *aspis* en el brazo.

—Veinte contra diez —dijo Sático.

Neiron torció el labio y escupió al agua.

—Están agitados —dijo—. Señaló con el mentón barbudo hacia los remeros sin apartar la vista de la línea enemiga—. Los nuestros ya están oliendo la victoria. Y este es el momento de la venganza, Sático.

Sático sonrió.

—Me estás dando a entender que debería decírselo —dijo.

Neiron asintió.

Sático corrió hacia proa y se asomó a la cubierta de remo.

—Eumeles acaba de formar un estropicio de línea y va a luchar. Sus remeros están hechos polvo. ¿Vosotros también?

Su respuesta no fue un rugido pero sí un bramido, un ruido grave que hizo que el barco entero temblara.

—Diez minutos —gritó Sático, levantando la voz—. Diez minutos dando lo mejor de vosotros y serán nuestros. ¡Sangre en el agua y plata en las manos!

Cual viento al arreciar, el bramido aumentó cuando los remeros, que sostenían los guiones en el punto más alto del giro, hundieron las palas en el agua gritando como un solo hombre, y el *Loto* pareció dar un salto adelante por voluntad propia.

Los demás barcos se situaron a sus bandas, formando una punta de flecha

bastante ordenada. Dos barcos de los más lentos, al oler que se avecinaba el combate, redoblaron sus esfuerzos, acercándose lo suficiente para formar una segunda línea de ataque.

—No es la batalla que había planeado —dijo Sático.

Nadie le contestó.

—Pero me doy por satisfecho —agregó. Miró la línea enemiga, ahora a menos de un estadio de ellos—. *Diekplous* contra su almirante —ordenó, señalando el barco de casco azul situado en el centro de la línea.

Los barcos de Sático avanzaban mucho más deprisa que sus adversarios; de hecho, la escuadra enemiga iba en orden cerrado, con las palas casi tocándose, pero muchos de sus barcos aún no habían terminado de virar o seguían maniobrando para llenar los huecos de su formación, y llevaban muy poco impulso. El *Loto Dorado* iba una eslora por delante de su línea, aunque el *Troya* estaba tan cerca de su popa que ya se encontraba a la altura del *Gloria de Deméter*, y los tres avanzaban como caballos al galope, con el viento del avance como una canción de velocidad y locura.

—¿Vas a tomar el mando? —preguntó Neiron en voz baja.

—No —contestó Sático—. Iré al abordaje con los infantes.

Neiron asintió, y Sático le guiñó el ojo a Helios, que de súbito se sintió como si tuviera la estatura de los dioses. Ganaran o perdieran, la suerte estaba echada. Había llevado su flota hasta Tanais, y ahora todo se reducía a tener músculo y espíritu.

«Somos los mejores.»

Terón le dio el yelmo. Sático se lo puso, abrochó las mentoneras, y juntos echaron a correr hacia la proa.

—¡Remos dentro! —rugió Neiron, y Fileo se hizo eco de la orden con su voz cantarina. Mientras Sático corría, tuvo que dar varios saltos para sortear los guiones que los remeros metían en cubierta.

Se hizo un silencio extraño e inquietante mientras surcaban el agua volando sin bogar. Sático se detuvo poco antes de llegar al castillo de proa y se agarró con fuerza a la borda. Helios lo imitó.

—¡Preparaos! —berreó el maestro remero.

Sático se dio cuenta de que iban a impactar de proa. «¡Poseidón, vamos derechos contra el espolón enemigo!» Resultaba aterrador visto desde la proa, donde el espolón era parte de ti. Se le cerró el esfínter y una convulsión le sacudió el cuerpo entero.

Neiron dio un coletazo con los remos de espadilla y la proa del *Loto Dorado* se apartó hacia la izquierda la estatura de un hombre, justo lo suficiente para cambiar al ángulo de ataque. La proa del *Loto* impactó contra la galería de remo de la cubierta superior y empujó la proa enemiga, solo un largo de caballo, pero de pronto el espolón enemigo apuntaba al este y no al sur, y el suyo ya estaba destrozando las tracas del barco enemigo.

Cuando la colisión los detuvo casi por completo, Sático le gritó al capitán de infantes de marina:

—Despejad el puente de mando. Ignorad a los remeros.

El infante sonrió.

—¡Sangre en el agua! —voceó Sático al encaramarse a la borda como si la armadura no le pesara. Estuvo encima de la borda una fracción de segundo, pero ese breve instante se eternizó al ver la eslora del barco enemigo, al ver que sería el primero en abordarlo, y se sintió como un dios.

Saltó a la cubierta enemiga. Una pierna le resbaló y el marinero que fue a por él con su lanza murió de un flechazo. Sático se puso de pie y estampó su escudo contra el vientre de un hombre, dando mandobles por debajo y por encima. Lo abatió y siguió adelante, empujó de nuevo, arrojó a su oponente a la cubierta de remo inferior y subió de un salto a la estrecha pasarela central. Los infantes del puente de mando salieron en estampida hacia él, pero tenían que ir en fila y la espada egipcia de Sático silbaba en su mano. Amagó deliberadamente un pesado golpe por encima de la cabeza contra el escudo del siguiente adversario, pero entonces giró las caderas, adelantando el pie de la espada y dando un revés con el largo *kopis*. La potencia del golpe decapitó al infante de un solo tajo, y sus hombres gritaron al unísono.

El próximo enemigo de la fila se acobardó y murió con la lanza de Helios clavada en la ingle, que el chico había hincado por debajo de los escudos de ambos, y Sático se vio libre para seguir avanzando. Sentía el empuje de sus hombres a sus espaldas, al tiempo que otros iban saltando a la cubierta.

—¡Despejad el puente de mando! —rugió Sático.

El hombre que iba detrás del que Sático tenía enfrente ya estaba dando la vuelta para huir.

Sático encajó un golpe en su escudo, un golpe tremendo que hizo saltar esquiras de bronce. Dio dos mandobles tan seguidos como pudo, y luego un tercero y un cuarto, y su oponente los esquivaba todos, pero los golpes de Sático eran tan rápidos que no le daba ocasión a atacar, aunque su escudo se iba haciendo trizas a medida que avanzaba.

Sático golpeó por abajo, golpeó por arriba y el enemigo paraba los golpes, haciendo que sus espadas sonaran como un martillo y un yunque. Sático inició una finta para asestar el golpe de Harmodio y su oponente retrocedió para eludir la acometida. Tropezó con el cuerpo de un marinero y se cayó. Sático saltó por encima de él, dejando su sino en manos de Helios. Había luchado bien.

Notó que el hombro de Helios le empujaba la espalda, pero fue cosa de un momento porque el chico volvió a afianzar los pies en la pasarela a su lado. Acto seguido Terón estaba a su derecha, y en cuanto tuvo los flancos cubiertos, avanzó con el pie del escudo por delante. El hombre que tenía frente a él en el puente llevaba un

elaborado penacho rematando un sencillo yelmo ático y una capa larga de color rojo. Estaba flanqueado de infantes y los maldijo por huir, y entonces se produjo una suerte de tregua, uno de esos momentos en que los hombres dejaban de luchar sin razón aparente, o por demasiadas razones.

—¡Eumeles! —llamó Sático.

El hombre del penacho púrpura se rio. Fue una risa ahogada, pero no la risa de un cobarde.

—Eumeles ha huido —dijo el penacho—. Soy Aulo, el navarco de Pantecapea.

Sático respiró profunda y entrecortadamente una vez, y luego otra. Lo embargó la decepción.

—Quiero a Eumeles —dijo—. Suelta tu espada y dejaré vivir a todos los hombres que llevas a bordo.

Aulo negó con la cabeza.

—Cuando me han comprado, no me revendo —y dio un toque al *aspis* de Sático con la espada—. Ven a por mí.

—¡Heracles! —rugió Sático, y salió disparado por la cubierta como el dardo de una máquina de guerra. Su *aspis* se hizo pedazos cuando lo estampó contra el navarco enemigo, pero su espada ya estaba en movimiento y, haciendo caso omiso del dolor en el brazo del escudo, dio un mandoblazo de arriba abajo. Notó que la hoja le penetraba en el muslo por debajo del escudo, y el navarco disfrazado gritó a escasos centímetros de su rostro.

Y entonces el puente quedó despejado y las olas mecían el barco. Se asomó desde la plataforma a las cubiertas de remo y vio que los remeros exhaustos lo miraban con desaliento, casi como si no les importara vivir o morir.

Dejó caer los restos de su *aspis* a la cubierta.

—Terón —dijo jadeando—. Terón, toma el mando de este barco.

Terón le hizo el saludo militar en silencio.

Sático subió a la borda con un esfuerzo cien veces mayor del que había hecho para subir a bordo y cayó a su barco como un peso muerto, pero unos marineros lo cogieron al vuelo y lo pusieron de pie, y Fileo lo abrazó.

—¡Mira, señor! —gritó al oído de Sático, como si Sático pudiese haber quedado sordo.

Neiron le estaba dando palmadas en la espalda.

El combate naval, como tal, ya había concluido. Y la escuadra enemiga seguía en la playa distante, con las proas cabeceando en las aguas mansas y las popas varadas en el fango de la orilla. Un único barco enemigo surcaba las olas, dirigiéndose a tierra.

—Ese será Eumeles —dijo Sático—. Aún no hemos terminado.

Neiron señaló hacia el campamento enemigo que quedaba detrás de la línea de

barcos. En el lado del campamento que daba a tierra había un ejército en formación y, más allá, morían hombres.

—Ares —murmuró Sático.

—Han comenzado la batalla sin nosotros —dijo Neiron.

Sático no discernía quiénes estaban combatiendo, aunque sí veía el estandarte de los Gatos Esteparios de Urvara en una colina distante.

—Pero... —Sático negó con la cabeza. El brazo de la espada le colgaba flácido y se daba masaje en los músculos del hombro—. Al Tártaro con ellos. Hemos vencido. No necesitamos una batalla terrestre.

Neiron señaló una arremolinada melé de caballería varios estadios al este.

—Intenta decírselo a ellos.

Sático respiró profundamente, tentado de clamar contra los dioses. Una batalla terrestre solo ponía en peligro a su hermana sin que sirviera de nada. Habiendo aplastado a Eumeles en el mar y atrapándolo allí, lejos de su ciudad, la guerra había terminado. Respiró otra vez.

—¡Helios! —llamó—. Envía la señal «volver a formar conmigo».

Helios tenía un brazo vendado y la mirada perdida.

—¡Helios! —dijo Sático otra vez.

—¿Señor? —contestó el chico.

—¡Envía la señal «volver a formar conmigo»! —Sático le revolvió el pelo—. ¿Vas a sobrevivir, muchacho?

Helios asintió con vergüenza.

Sático se volvió hacia Neiron.

—En cuanto llegue Pantero, lo pondré al mando con órdenes de quemar o apresar esos barcos. Luego bajaré a tierra con el esquife, a la almenara. —Señaló el fuego que ardía en el fuerte del otro lado del río.

Pero Pantero no llegó. En cambio quien lo hizo fue Abraham, y Sático le entregó el mando.

—No te demores. Arrastra sus barcos lejos de la playa o préndeles fuego con cobertura de tus arqueros.

Sático iba a continuar, pero se fijó en la expresión irritada de Abraham.

—Creo que se me puede confiar la quema de unos cuantos barcos —dijo, pero acto seguido sonrió—. ¡Por dios, Sático, lo estamos consiguiendo!

—Aún no hemos terminado —le advirtió Sático. Luego se dejó caer al esquife que remolcaban debajo de la popa.

—¡Remad! —ordenó.

El día siguiente al de la muerte de Samahe fue el menos belicoso desde el inicio de la campaña.

Ambos bandos estaban exhaustos.

Al alba, Melita trasladó su campamento treinta estadios al suroeste, arrastrando con fuerza de voluntad a su cansado ejército por la ribera del Tanais. Luego subieron al risco que se alzaba detrás del Santuario del Vado de Apolo y acamparon al otro lado de la cresta. El cielo estaba despejado y el sol brillaba en lo alto, y en cuanto pusieron fin a la marcha, la mayoría de los guerreros se tumbaron bocarriba a dormir.

Melita organizó turnos de guardia y puso a hacer y empendolar flechas a todos los hombres del campamento que sabían hacerlo. Hizo estas cosas ella misma o por mediación de sus escoltas, pues el grado de agotamiento era tan alto que no confiaba en que sus jefes consiguieran que se hiciera lo que debía hacerse. De modo que Laen y Agreint recorrieron el campamento, despertando a los hombres en busca de flecheros, mientras el resto de ellos, a las órdenes de Scopasis, se despojaban de la armadura y se convertían en patrullas de reconocimiento.

Coeno se mostraba impasible pese a haber cabalgado mil estadios y luchado. Se encogió de hombros.

—Esta ha sido mi vida —dijo simplemente.

Ataelo meneó la cabeza.

—Yo por caballo; cada día por caballo. ¿Pero tú? Eres griego.

Coeno asintió.

—Serviste con Kineas. Yo estuve ocho años con él.

Ataelo asintió.

—Necesitamos por Kineas.

Melita no supo cómo interpretarlo y optó por callar.

Una vez cubiertos los puestos de guardia y con las flechas amontonándose a un ritmo que le parecía lentísimo pero con el que tendría que conformarse, fue en busca de Coeno.

—Tengo que estar en contacto con Urvara a diario —dijo—. ¿Serías mi heraldo?

Coeno asintió.

—Bien pensado. Me voy ahora mismo. ¿Puedo plantar la simiente de una idea en tu cabeza?

Melita se encogió de hombros.

—Por supuesto.

Coeno señaló a Temerix.

—Los granjeros no podrán defender ese vado todo el día contra las fuerzas de Upazan.

Melita meneó la cabeza.

—¿Y eso a qué viene? Upazan está en la misma margen del río que nosotros.

—Lo está ahora —respondió Coeno. Ya tenía las riendas de su caballo en la mano—. Si te retiraras cruzando el río, se vería atrapado en el lado equivocado, solo con dos opciones: Una buena cabalgada hacia el norte hasta el vado siguiente o sufrir innumerables bajas enfrentándose a Temerix.

Melita se frotó la barbilla.

—Ya veo por dónde vas.

Coeno asintió bruscamente.

—No estoy diciendo que sea lo que haya que hacer, pero...

Melita miró río abajo.

—Ni un barco enemigo en dos días.

Coeno asintió una vez más.

—Hace que uno se pregunte cosas. Estaré de vuelta dentro de tres horas.

Y se marchó. Melita vio, con los ojos de un comandante, que los cascos de su caballo levantaban polvo donde el día antes el suelo era mullido.

«Bueno es saberlo.»

Se tumbó y durmió.

Coeno regresó cuando Melita estaba bebiendo cerveza con Temerix, explicándole cómo le gustaría que clavara estacas en el vado para defenderlo.

—¿Y bien? —preguntó a Coeno.

—Eumenes de Olbia está a un día de marcha; he visto a una chica que se llama Litra, una doncella lancera de los Manos Crueles, que acababa de llegar con un mensaje.

Coeno lo dijo en voz bien alta, y los hombres que hacían flechas levantaron la mirada, y muchos de ellos sonrieron. Los Manos Crueles eran la tribu real y la que contaba con más guerreros.

—Por el Guerrero y el Labrador —dijo Buirtevaert—. Lamento haber dudado de ti, griego.

Graethe se acercó. Tenía una herida en el pecho que le supuraba a través del abrigo de lana. Melita lo abrazó de todos modos.

—Tu carga fue muy audaz, señor de los Caballos Rampantes. Se recordará mucho tiempo que seguimos tu estandarte hasta la victoria.

Le tomó ambas manos, y Graethe hizo una mueca de dolor a causa de un movimiento del brazo, pero el elogio le iluminó el rostro.

—Si Kairax de los Manos Crueles está a dos jornadas a caballo —dijo—, te debía esa carga. —Sonrió—. ¡Y tenía que dar un buen golpe antes que él llegue y se lleve toda la gloria!

Melita se dirigió de nuevo a Coeno.

—Tú, en cambio, no pareces portador de buenas nuevas.

Coeno entornó los ojos para protegerlos del sol radiante.

—No sé si son buenas o malas, pero debes oírlas. Urvara está llevando a sus Gatos Esteparios y a todos los granjeros del fuerte al otro lado del río. Lleva dos días enviando jinetes contra los soldados de Nicéforo para dificultarle las incursiones río arriba. Nicéforo mantiene sus barcos tripulados en todo momento e intenta capturar a los hombres de Urvara, pero estos cruzan el río y ahora pueden usar sus arcos desde ambas orillas del río.

¡Por eso ya no vemos barcos aquí arriba! —dijo Melita. Dio una palmada—. ¡No es una mala noticia!

—No. Pero al enviar a tantos guerreros a la otra ribera, Urvara se está viendo obligada a luchar. Hoy he visto que Nicéforo sacaba a todas las fuerzas de su campamento fortificado para hacerlas formar. Han marchado tierra adentro en busca de alimento. Los hombres de Urvara han disparado contra ellos pero apenas han causado bajas. Y ahora está decidida a cruzar con todo su contingente para rodearlo en su campamento. Y, por supuesto, con el respaldo de Eumenes, puede hacerlo.

Melita entendió la situación.

—Urvara nos está conduciendo a una batalla.

Coeno asintió.

—Sí.

—Solo para dar cobertura a sus arqueros, a quienes necesitaba cerca del río, cosa que hizo para mantenernos con vida aquí arriba.

Melita fue contando cada razonamiento con los dedos.

Coeno asintió otra vez.

—Sí. Eres digna hija de tu padre, Melita. Muchos hombres maduros con diez campañas a sus espaldas jamás entenderían la causa y el efecto como tú.

—Me encantan tus cumplidos, tío. Tú ya lo sabías esta mañana, cuando has recomendado que cerráramos el vado —dijo Melita, no acusándolo sino inquiriendo.

—No lo sabía —contestó Coeno, encogiendo los hombros—. Solo lo sospechaba. Urvara tiene intención de luchar, o de cerrar el fuerte, mañana. Los Manos Crueles y toda la caballería de Eumenes cabalgan de sol a sol para unirse a ella, y la falange de Olbia llegará en cuanto pueda. No sé cómo haremos para que crucen el río, pero ya lo pensaremos cuando llegue el momento.

—¿Y los granjeros? —preguntó Melita.

—Nadando con los caballos sakje. No es algo que todos los griegos sepan hacer. —Meneó la cabeza—. ¿Algún movimiento por parte de Upazan?

Melita miró río arriba, donde el día sereno y sin polvo indicaba que el enemigo estaba descansando.

—Nada. —Se sentó en un tocón—. Pero si Urvara se empeña en luchar con

Nicéforo, ¿qué ocurrirá? Es un combate muy desigual, caballería contra infantería.

Coeno asintió.

—En efecto. De hecho será una carrera entre la falange de Eumenes y Upazan. Upazan tiene más caballería que todos nosotros juntos; más del doble, incluso ahora. Pero carece de infantería. Si derrotamos a Nicéforo antes de que llegue Upazan, se verá indefenso. Pero si Nicéforo resiste hasta que llegue...

Melita negó con la cabeza.

—Urvara nos ha obligado a correr un riesgo enorme. ¿Y si le ordeno que regrese?

Coeno se sentó. Los hombres se iban congregando en torno a ellos; Scopasis y Graethe, Ataelo con los ojos enrojecidos de llorar, y Buirtevaert con la mano en el hombro de Ataelo, su hijo Thyrsis detrás de él y el *baqca* Tameax con sus pobladas cejas. Pero todos guardaron silencio y escucharon. Aquella no era su manera de hacer la guerra.

Coeno miró a su alrededor.

—Si la haces regresar, nos enfrentamos a Upazan en esta orilla del río, Nicéforo recobra el buen juicio, embarca a todos sus hombres y cruza.

—Ajá —dijo Melita. Ahora lo vio claro—. No es que corramos peligro. En realidad, nuestra situación es desesperada.

Coeno apoyó las manos en las rodillas.

—A no ser que tu hermano no llegue a tiempo —dijo—, tenemos pocas alternativas.

Melita se levantó.

—Pues entonces ataquemos con lo que tenemos. Upazan ha perdido un día. Se pondrá en marcha al alba para cruzar el vado. Temerix, tus doscientos mejores hombres, con ponis, a defender el vado. Si Upazan cruza al norte de nosotros, las patrullas informarán a tus hombres para que se unan a nosotros. De lo contrario, defended el fuerte con la vida. El resto de tus arqueros que me siga. Quizá podamos enterrar a Nicéforo bajo una montaña de flechas.

Ataelo se encogió de hombros.

Graethe miró a los hombres que hacían flechas.

—Solo si disponemos de ellas para tirar —dijo.

La avanzada de Upazan los localizó a oscuras, pero estaban preparados, y Melita durmió durante la lucha y al despertar le dieron vino caliente y un parte de novedades.

Scopasis le acercó el tazón a la mano, y Melita se fijó en que tenía sangre debajo de las uñas.

—Les hemos dado una paliza, pero muchos han escapado. —Se encogió de hombros—. Hemos matado a un buen puñado. —Frunció el ceño—. Aunque han

visto las estacas del vado.

De pronto, Melita lo besó. Scopasis se quedó impresionado y retrocedió, dando un traspié.

—¿Señora? —farfulló.

Melita sonrió.

—La guerra no lo es todo en la vida, Scopasis. Algún día no llevaremos armadura.

Melita reparó en el brillo de sus ojos: el forajido seguía vivo.

—¡Armadura! —ordenó, y entonces recordó que ya no tenía a Samahe para que le trenzara el pelo. La dejó sorprendida, consternada, en realidad, lo pronto que su mente dejaba atrás a los muertos. Morían demasiado deprisa.

Sacudió la cabeza para despejarse y conjurar la tristeza.

Gaweint le llevó su armadura y comenzó la jornada.

Condujo a su retaguardia sin incidentes a través del vado, y estrechó la mano a Temerix y a otra docena de arqueros. Luego enfiló hacia el oeste por la margen sur del río. Resultaba extraño, parecía una inversión del orden natural de las cosas.

Ataelo cabalgaba cerca de ella, y procuró alcanzarlo.

—Esta mañana he echado en falta a Samahe —dijo sin rodeos.

—Yo la extraño por cada latido de mi corazón —respondió Ataelo en griego.

—Yo... —comenzó Melita.

—Quiero su cuerpo —interrumpió Ataelo—. No logré recuperarlo, y se irá mutilada a la otra vida, y gemirá pidiendo venganza, ¿y qué puedo darle?

Melita se arrimó más a él.

—¿La cabeza de Upazan? —preguntó.

Ataelo hizo un ademán negativo.

—Upazan nunca morirá por el arma de un hombre —dijo—. Está dicho. Incluso Nihmu lo dijo.

Melita echó mano de su formación griega.

—Si Filocles estuviera aquí, te diría que Samahe tuvo una buena vida contigo y que te dio dos hijos y una hija, y que lo que le suceda a su cuerpo después de morir no significa nada, porque está muerta.

Ataelo la miró con el semblante un tanto aliviado de su hondo pesar.

—Pero tú y yo somos más sensatos, ¿eh? —Y meneó la cabeza.

—La buscaremos y construiremos un kurgan —prometió Melita.

Ataelo no contestó, y siguieron cabalgando hacia el oeste.

Melita envió a Coeno en busca de Urvara o Eumenes para que le trajera novedades, y luego cabalgaron todo el día. El sol estaba bajo en poniente, sus rayos les daban de pleno en la cara, de modo que podían oír la batalla pero no verla.

Melita encontró a Thyrsis cabalgando con su *baqca* y les sonrió.

—Necesito un explorador —dijo a Thyrsis.

Tameax frunció el ceño.

—¿Por qué tiene que ser él? Quiere luchar y solo sabe contar hasta diez. Envíame a mí.

Melita torció el gesto.

—Necesito un buen informe de lo que está sucediendo en el sol.

Thyrsis asintió.

—Me haré con una docena de buenos jinetes e iremos juntos —dijo. Melita se alegró al ver que tenía tanto temple. Era apuesto como un griego, y su armadura estaba limpia y cuidada, remendada a diario, señalándolo como guerrero de primera clase. Tenía heridas y había matado; quizá fuese el mejor guerrero de su generación. Sin embargo, no había en él nada que la conmoviera como la conmovía Scopasis.

—Mantén vivo a mi hosco *baqca* —bromeó Melita, y se alejó, dejando a Tameax enfurruñado. «¿Cuántos capitanes de ejército tienen que preocuparse de que los hombres compitan por su afecto?», se preguntó a sí misma. Pero, por alguna extraña razón, ese día estaba contenta. Era ella quien estaba al mando. No Coeno, no Ataelo, no Graethe, ni siquiera Tameax o Thyrsis. Ellos obedecían.

Fue Scopasis quien vio primero la almenara. Se rascó la cicatriz de la cara y Melita lo miró, pero él tenía la vista fija en el suroeste.

—Me parece que la almenara está encendida —dijo Scopasis—. La almenara del fuerte.

—¿Eres capaz de distinguir un fuego en el ojo del sol? —preguntó Melita.

Scopasis se encogió de hombros.

Tameax surgió a galope tendido de la creciente oscuridad como un cuervo, todo él lana negra montando un caballo negro.

Urvara está en esta margen del río —anunció—. He visto su estandarte pero no me he acercado. Está combatiendo a pie.

Melita tuvo un escalofrío de miedo.

—¿Con lanzas contra la falange?

—Ha hecho desmontar a toda su gente —dijo Thyrsis—. Han formado una muralla de escudos en la Colina de los Cuervos.

—La almenara del fuerte está encendida —dijo Tameax.

—Descifra este acertijo —dijo Melita—. ¿Por qué está encendida la almenara? ¿Por qué lucha Urvara?

Los demás hombres guardaron silencio. Tameax se rascó la barba.

—Creo que Eumenes debe de haber llegado —dijo—. Llegó y encendió la almenara para que Urvara supiera que está aquí. Ahora Urvara lucha para proteger el paso más bajo, de modo que Eumenes vaya detrás de ella.

Ataelo dio su opinión con la voz tomada.

—Es un hombre sabio. Me parece que lleva razón.

Melita miró a Tameax un buen rato.

—Si tienes razón... —dijo.

Él asintió.

—La tengo —afirmó.

Melita miró en derredor. Le quedaban unos ochocientos jinetes. Llevaban siete días en acción.

—Debemos caer sobre el flanco de Nicéforo y obligarlo a retirarse —dijo—. Quizá tengamos que luchar a oscuras. Es preciso que Eumenes de Olbia cruce a la ribera sur y se una a nosotros.

A lo largo de la columna sakje, todos los guerreros cambiaron de caballo. Los granjeros, una fuerza compuesta por trescientos hombres, solo tenían un poni por cabeza. Melita montó en *Grifón* y fue a ver al lugarteniente de Temerix, un corpulento y rubicundo herrero que se llamaba Maetón.

—Seguidnos tan deprisa como podáis y, cuando lleguéis, buscad mi estandarte. ¿Entendido? Si todo lo demás falla, matad a cuantos enemigos encontréis. —Melita le estrechó la mano y él inclinó la cabeza. Detrás de él, Melita vio a Gardan. Levantó la voz—. Mañana a esta hora habremos terminado. Eumenes ha llegado de Olbia. Podemos vencer ahora y nunca volverán a someternos con impuestos extranjeros ni con las incursiones de Upazan.

Los hombres dieron vítores, y Melita se despidió con la mano.

Cuando se puso en cabeza de la columna sakje, empuñó el hacha.

—Y ahora a cabalgar —ordenó.

Y emprendieron la marcha.

Diez estadios de campo abierto. En dos ocasiones cruzaron cercados de granjas siguiendo instrucciones de Thyrsis, que había dejado a algunos de sus jinetes para que los guiaran, y luego, de cara al sol poniente, subieron a una loma desde donde vieron dos *taxeis* completos de falangistas enemigos enfrentados al último vado, y en el vado, a los caballeros de Urvara, todos con armadura de escamas de la garganta a los tobillos, empuñando sus hachas en lo alto de la ribera. Delante de ellos, el terreno estaba sembrado de cadáveres.

—¡Seguidme! —gritó Melita. Se agachó sobre el cuello de *Grifón* y le hincó los talones, pasando de un medio galope a un galope tendido.

Los sakje no necesitaban órdenes para formar en orden de combate. Iban en una larga columna y se desplegaron por la llanura, sacando sus arcos de los carcaj y encajando las primeras flechas en las cuerdas sin dejar de galopar, mientras los caballos más rápidos adelantaban a los más lentos.

El batir de sus cascos anunció su llegada y, mucho antes de que se aproximaran a Nicéforo, sus piqueros ya estaban cambiando de dirección, y los sakje se vieron enfrentados a una pared de puntas de lanza. Melita seguía galopando un largo de caballo por delante de Scopasis y sus caballeros. No conocía bien a su corcel, pero desplazó el peso hacia la derecha y *Grifón* giró alejándose de las puntas de lanza, pasando a una braza del relumbrante seto vivo. Tiró su primera flecha contra la masa de rostros y armaduras de cuero, tan de cerca que el astil penetró en el vientre de un hombre antes de que *Grifón* la hiciera pasar por delante de él.

Antes de montar su segunda flecha, buscando la hendidura con el pulgar, Scopasis clavó su primera saeta en un escudo enemigo y maldijo.

—¡Juntad los escudos! —gritó el filarco.

Melita lo vio abrir la boca para dar la orden siguiente, pero los escudos macedonios eran muy pequeños comparados con el gran *aspis* que llevaba su hermano, y le disparó por encima del borde del escudo, fallando la diana negra de la boca, de modo que la flecha penetró por el puente de la nariz y asomó la punta por la parte trasera de su yelmo.

Los piqueros podían hacer poco más que agachar la cabeza para que las cimeras los protegieran de la lluvia de flechas y rezar a sus dioses. Los sakje cabalgaban tan cerca que podían elegir cómo disparar, por encima o por debajo del escudo, y los hombres caían con saetas clavadas en los pies. Ochocientos sakje pasaron con gran estruendo ante el flanco de la falange, y cien piqueros cayeron, heridos y chillando, o muertos antes de que sus yelmos golpearan el suelo.

Melita lanzó su tercera flecha, no acertó a ver el resultado, y acto seguido pasó ante el último enemigo y se encontró en campo abierto. Siguió adelante hasta detenerse junto a Urvara, que empuñaba una espada ensangrentada entre su estandarte y su tanista. La mujer con el pelo del color del hierro se quitó el yelmo y dejó colgar la espada para estrechar la mano de Melita.

—Sabía que vendrías —dijo—. Juntas, quizá terminemos con él.

Melita cogió su carcaj. Le quedaban ocho flechas.

—Esto ha sido un farol —confesó.

Urvara esbozó una sonrisa.

—Ahí lo tienes —dijo, y vieron una figura montada a caballo que llegaba a la falange enemiga.

—¿Un mensajero del fuerte? —preguntó Melita—. ¿Debemos hostilizarlos otra vez?

Urvara negó con la cabeza.

—Van a retirarse; se nota en los hombres de la primera fila. He perdido a mucha gente hoy; no estoy segura de poder ayudarte. Deja que se vaya.

Había piqueros y sakje muertos de una punta a otra de la llanura; tres estadios de

cadáveres.

Nicéforo estaba a menos de un estadio. En cierto modo resultaba extraño que Melita reconociera su voz. Le estaba gritando a alguien. Y luego los piqueros comenzaron marchar, cerrando filas encima de los muertos. Las filas posteriores caminaron hacia atrás y se retiraron, pero los piqueros se mantuvieron firmes.

—Son buenos combatientes —dijo Coeno. Volvía a llevar la armadura y un bonito yelmo ático con la cimera roja—. Vendrá a pedir una tregua.

—Dadme todas vuestras flechas —ordenó Melita a sus hombres, y en cuestión de segundos tuvo el carcaj lleno; cuarenta flechas, todo lo que tenían.

Se volvió hacia Coeno.

—Tú te vienes conmigo. Los demás esperad aquí. ¡Scopasis, aquí! —Más amablemente, añadió—: Coeno puede protegerme. Y quiero que Nicéforo vea un carcaj lleno.

Por descontado, Nicéforo ya cabalgaba hacia ellos, montado en un feo caballo zaino. Parecía no importarle estar solo ante las huestes enemigas.

—Ojalá ese hombre fuese mío —dijo Melita.

Coeno asintió.

—Si sobrevive, quédatelo —dijo.

Nicéforo se encontró con ellos en un claro entre los muertos.

—Querría una tregua de un día para recoger a mis muertos y darles sepultura —dijo—. Reconozco que me habéis vencido.

Melita negó con la cabeza.

—No, lo siento, Nicéforo. Me gustas, pero nada de tregua. Por la mañana acabaremos contigo. Salvo que quieras negociar condiciones.

—Upazan, el aliado de mi amo, está en camino —contestó Nicéforo—. No nos derrotarás por la mañana.

Melita se encogió de hombros.

—No tengo por qué soltar bravatas ni negociar. ¡Largo!

Dio media vuelta a su caballo y, mientras lo hacía, vio la expresión estupefacta de Nicéforo y, viendo hacia dónde dirigía los ojos, miró hacia el mismo lugar.

La bahía estaba llena de barcos.

Y más cerca, junto a las defensas del campamento que daban al mar, había fuego.

—Nada de tregua —le espetó Melita. A Coeno le dijo—: ¡Vámonos!

Dejaron a Nicéforo envuelto en una nube de polvo y galoparon de regreso entre los muertos hasta donde su pueblo había desmontado. La mayoría estaba bebiendo vino con avidez. Tameax escupió un trago y fue como si le saliera sangre de la boca; un mal augurio, pensó Melita.

—Mi hermano está aquí —anunció a voz en cuello.

Coeno se detuvo detrás de ella.

—¡Por supuesto! —dijo.

—Sátiro está atacando el campamento de Nicéforo —dijo Melita—. Tenemos que hostilizarlo para retrasar su retirada en la medida de lo posible, y a lo mejor lo derrotamos antes de que caiga la noche.

A un guerrero le cuesta creer que ha terminado la jornada, que ha sobrevivido un día más, que puede beber, sentarse en el suelo, disfrutar de los pequeños placeres que hacen que la vida valga la pena incluso en medio de la tensión cotidiana de la guerra... y que luego lo llamen para correr otra vez el riesgo de una muerte inminente. Resulta muy duro, y solo los mejores hombres son capaces de levantarse y arrostrarlo.

—¡Es la hora de la venganza! —gritó Thyrsis, poniéndose de pie de un salto como si no hubiese tirado un flecha ni cabalgado un estadio en todo el día.

—Una incursión más —gritó Scopasis, y de pronto todos estaban en pie. Muchos cambiaron de caballo. Otros tantos maldijeron.

Urvara se apoyó en la empuñadura de su espada, dirigiendo la punta hacia la hierba.

—Nosotros hemos terminado.

Melita lo lamentó, pero forzó una sonrisa.

—He visto a Eumenes —dijo, señalando hacia el otro lado del río, donde una larga columna de jinetes estaba adentrándose en el río—. Envíamelo a mí.

Luego reunió a sus hombres y atacó de nuevo a los piqueros.

Nicéforo tuvo tiempo de sobra para verla venir, y, obedeciendo las órdenes de Melita, los sakje apuntaron con cuidado y sin prisa, cabalgando cerca del enemigo para asegurarse de que cada saeta llegara a su objetivo, y los piqueros se detuvieron y se apretujaron aún más. Melita fue al encuentro de Graethe.

—Coge a tus Caballos Rampantes y que los Gatos Esteparios os den flechas —dijo—. Luego regresa.

Graethe blandió el hacha a modo de respuesta y se fue.

Con la mitad de sus hombres, barrió de nuevo la línea de frente de la falange. Solo volaron cincuenta flechas, pero hubo bajas enemigas.

La falange reinició su lento avance.

Melita maldijo la escasez de flechas y cabalgó delante de ellos una tercera vez. En esta ocasión, algunos piqueros salieron del muro de escudos y mataron guerreros sakje, derribando a sus víctimas con el ímpetu de sus lanzas, pero todos esos valientes piqueros cayeron a su vez, ensartados o asaetados por los jinetes que venían detrás.

Y la falange se retiró de nuevo, abriendo una brecha.

Melita cabalgó una cuarta vez pero apenas lanzaron una docena de flechas, y la falange ni siquiera se detuvo. Nicéforo había descubierto su estratagema. Se batiría en retirada.

Pero Graethe regresó y condujo a sus hombres directamente al ataque, y su primera carrera ocultó las estrellas con una nube de flechas, abatiendo a otros cincuenta piqueros. La falange volvió a detenerse y a cerrar filas.

—Quizá sea la mejor infantería que he visto en mi vida —dijo Coeno—. No flaquearán. Por los dioses, qué buenos que son.

Graethe regresó.

—¿Y ahora qué?

—Entrega una flecha a cada guerrero —dijo Melita—. Atacaremos los dos flancos a la vez e intentaremos que se replieguen.

Graethe se mostró de acuerdo y salió galopando hacia los flancos. Desde el izquierdo, donde cabalgaba Melita, vio que unos jinetes cruzaban la última colina. No tenía ni idea de quiénes eran, pero se recortaban nítidamente contra la última luz del sol.

—¡Si no vencemos a los griegos, nos reunimos en el vado! —gritó.

No obtuvo respuesta. Su pueblo estaba exangüe; se limitaban a montar y obedecer. Nada más. Todos los rostros presentaban las arrugas propias del agotamiento.

Los condujo hacia la izquierda dando un rodeo y los griegos comenzaron a marchar, y entonces giró hacia ellos, tal como los hombres de Graethe hacían por la derecha. Esta vez irían derechos hacia los griegos en lugar de cabalgar frente a su formación. Si los piqueros retrocedían, si la tormenta de flechas segaba suficientes vidas, un jinete podría penetrar entre las filas, y luego otro, y luego...

Los Manos Cruels habían cruzado el vado. Melita vio a Parshtaevalt al frente de sus guerreros; mil sakje en plena forma y con los carcajes llenos.

Pero el sol se había escondido, y la poca luz que quedaba la reforzaban la almenara del fuerte y los fuegos que ardían en la playa. Les quedaban unos minutos de luz rojiza y luego caería la noche.

Nicéforo había dado el alto y estaba cerrando filas de nuevo.

Melita hincó los talones en *Grifón* e inició el avance.

Y la infantería los repelió. No murió ni un sakje, pero estaban cansados. Un joven guerrero, que por la mañana podría haber arriesgado la vida para abrirse paso por el hueco que había dejado el filarco al morir con una flecha en el cuello, frenó y dio media vuelta. Y cuando la luz ya fenecía, los sakje se marcharon.

No fue porque sí. A lo largo de toda la playa, la segunda escuadra de Eumeles iluminaba el cielo nocturno con el fuego de sus barcos incendiados. Y Nicéforo, expulsado de su propio campamento sin haber opuesto resistencia, hizo dar media vuelta a su todavía invicta falange ante las puertas en llamas y marchó hacia el noreste. Un jinete se sumó a la falange, un único hombre con una capa púrpura. Melita lo observaba mientras la capa pasaba del púrpura al negro a la luz crepuscular.

—¡Eumeles! —llamó una voz a su lado. El jinete miró hacia atrás y siguió cabalgando, uniéndose a la retirada de la falange. Melita se volvió para ver quién había gritado.

—Al Tártaro con él —dijo Sátiro, y dio un abrazo a su hermana.

Acamparon en el campo entre los muertos. Temerix llegó una hora después del ocaso con sus hombres e informó de que Upazan había cruzado el río por el norte y que se dirigía hacia ellos bastante deprisa.

Sátiro era más corpulento de lo que Melita recordaba. Parecía haberse hinchado hasta dar la talla para el papel de rey. Melita le dejó interpretarlo. Los hombres lo llamaban *Wanax*, el título antiguo, y *Basileo*, y era como un semidiós. Melita se sentía cansada y sucia junto a su armadura magnífica, su físico perfecto y su rostro sin cicatrices.

Antes de transcurrida una hora el campamento estuvo montado y, juntos, los dos hermanos anduvieron de fogata en fogata, visitando a sakje y a olbianos, a granjeros y a marineros.

—Mis hombres están enfadados porque tienen que apagar los fuegos que encendieron —bromeó Sátiro. Sus barcos seguían trabajando, transportando a la infantería olbiana de una margen del río a la otra, después de haber desembarcado a todos los macedonios que habían servido como infantes de marina—. Podríamos haber capturado todos los barcos de Eumeles, pero no sabíamos que tú y Urvara pudierais hacer frente a tantos hombres durante tanto tiempo.

Melita sonrió.

—Lo hicimos con uñas y dientes —dijo—. ¿No duermes?

—Por la mañana vamos a luchar —respondió Sátiro—. No quiero errores. Hoy ha combatido casi toda nuestra gente, Lita. Si no les infundimos ánimo...

—Podrías comenzar por levantarme el ánimo a mí, hermano —dijo Melita—. Si creyera que puedo hacerlo, desertaría. Estoy acabada.

Sátiro la tomó entre sus brazos.

—Estás espléndida —dijo—. Ibas a hacerlo todo sin mí, ¿verdad?

—Pensábamos que habías muerto hasta que desembarcamos y recibimos noticias —contestó Melita.

Sátiro sonrió.

—Escucha, dulzura. Ya son nuestros. ¡Ya son nuestros! —Echó los omóplatos para atrás bruscamente y flexionó los brazos—. Su flota se ha ido al garete. Upazan no es nadie; un señor de los caballos con su base de operaciones a mil estadios de aquí, adentrado en nuestro territorio.

Melita meneó la cabeza.

—El espíritu lo es todo, Sátiro. Si mañana perdemos, los derrotados seremos nosotros. —Hizo una pausa—. Ojalá Diodoro estuviera aquí.

Se hallaban entre dos fogatas. Detrás de ellos, los olbianos gritaban y vertían libaciones. Estaban descansados, y Menón, el amigo de su padre, canoso por la edad

pero todavía más firme que un roble, les hizo cantar el himno a Ares.

Menón fue a su encuentro y los abrazó.

—Mañana haremos morder el polvo a Eumeles, que es lo que se merece ese bellaco —sentenció.

—Que Ares te proteja, Menón —dijo Melita—. Te has hecho mayor a su servicio y... ¡pocos de sus servidores llegan a viejos!

Menón miró en derredor.

—Tenía que venir —respondió—. No podía perderme esto. Mi último combate, sospecho... un crío me clavará una lanza en la garganta y maldeciré la oscuridad cuando caiga sobre mí. —Se dio unos golpes en el pecho—. Yo estuve en Issos con el Gran Rey. Esta será mi décima batalla en primera línea.

Las palabras de Menón conmovieron a Sático. Apoyó gentilmente una mano en su hombro.

—Que Heracles te proteja. Mereces algo mejor que morir en combate.

Menón se rio y regresó junto a sus hombres.

—Mejor una lanza en el cuello en plena tormenta de bronce que morir de cagalera siendo un viejo inútil, muchacho —vociferó.

En el extremo norte del campamento, el clan de Ataelo formaba una triste y silenciosa piña; al menos los que estaban despiertos. Mientras caminaban hacia allí, Sático se detuvo y miró hacia el mar iluminado por la luna. Se oían los ruidos de los carroñeros que daban cuenta de los cadáveres.

Sático se puso serio.

—En cuanto a Diodoro, tienes razón, y haces bien en recordármelo. —Meneó la cabeza—. Dejé que los transportes dieran caza a Eumeles por mar. Tuve que hacerlo, pero mil soldados profesionales de caballería igualarían las fuerzas en esta batalla.

Melita se vio obligada a sonreír a su hermano.

—Personas y espíritu —dijo—. Con o sin Diodoro, lo que vencerá mañana será el espíritu. De modo que hablemos con todos los hombres y mujeres, aunque nos quedemos sin dormir.

En la fogata de Ataelo, el caudillo sakje estaba despierto con su hijo al lado. El hombrecillo abrazó a Sático.

—Te ves por tu padre —dijo Ataelo, enigmáticamente.

Sático asintió.

—¿Me parezco a él? —preguntó.

—Por él —dijo Ataelo—. Tienes aspecto por él.

Melita presentó a su hermano a Tameax como su *baqca*, y a Thyrsis, y a todos los nómadas con quienes había vivido antes de intentar convertirse en reina.

Y mientras estaban reunidos en la loma, Urvara acudió con Eumenes de Olbia y mucha de su gente, todos provistos de antorchas. También se vinieron Nihmu y

Coeno, y los olbianos Likeles y Licurgo. La vieja guardia, los que habían viajado a oriente con Kineas y Srayanka veinte años atrás.

Sorprendieron a Sático entonando una canción. Primero cantaron los sakje, que daban palmadas marcando el ritmo al cantar, y Melita se sumó a ellos, uniendo a la perfección su voz grave a las de los miembros de la tribu que la rodeaban. Cantaron sobre Srayanka y su caballo, y en cómo sus ojos tenían el azul de los ríos en los días soleados de invierno. Y luego cantaron sobre Samahe, y en cómo había criado a sus hijos, y a cuántos hombres había matado en combate, y en cómo había abatido a un leopardo de las nieves en las altas montañas del norte de Sogdiana. Y otra canción sobre cómo ella y Ataelo habían cazado una bestia monstruosa en oriente y vivido para contarlo.

Luego Coeno y Eumeles se levantaron y cantaron, y muchos de los jóvenes de Eumeles también participaron. Abraham apareció con Pantero y Demóstrate, Diocles, Neiron... docenas de marineros e infantes del campamento establecido en la playa. Conocían todas las canciones griegas. Sático dejó el sitio que ocupaba junto a su hermana y fue a plantarse al lado del arconte de Olbia. Entonaron un cántico de la *Ilíada*, y otro sobre Penélope, y un tercero sobre Atenea, la diosa guerrera, que los hombres atribuían a Hesíodo o tal vez al propio Homero. Cantaron bien, para ser hombres que no solían cantar juntos, y cuando terminaron, Ataelo se acercó a la luz de las llamas.

—A veces, un sakje se pierde —dijo. Tenía la voz tomada de tanto llorar y no intentó hablar en griego, de modo que Eumenes, que en tantas ocasiones había sido el intérprete de Ataelo, volvió a asumir esa tarea—. A veces, un jinete desaparece en la nieve, o durante una patrulla, y nunca encontramos su cuerpo. Así se perdió mi amada, aunque cayó ante los ojos de mil personas.

Caminó hasta Melita y la condujo hasta Sático.

—Nuestro espíritu vuelve a estar con nosotros —dijo. Señaló la espada que llevaba Sático—. Esa es la espada de Kineax, que ha regresado. Las historias de esta primavera vivirán para siempre. Vosotros, cada uno de vosotros, ahora estáis en las canciones. ¡Estáis en las canciones! —Asintió—. Samahe estuvo en las canciones desde su juventud. Si mañana perdemos, todas esas canciones caerán en el olvido. Si vencemos, ella vivirá para siempre.

Soltó las manos de los gemelos.

Y entonces los sakje hicieron correr el vino y bebieron.

—Mi padre no cuenta con salir vivo de la batalla —dijo Thyrsis a Melita.

Sático negó con la cabeza.

—He oído lo mismo demasiadas veces —respondió.

Sático se sentía como si no se hubiese acostado, pero había dormido en un

camastro de paja, envuelto en dos gruesas mantas, y con Helios dándole masaje en los músculos del brazo.

—Nicéforo ha pedido otra negociación —informó Helios.

Melita había insistido en dormir con el pueblo de Ataelo, y Sátiro dudaba entre ir a buscarla en persona o mandar a alguien a hacerlo, pero eso era una estupidez. Se puso el quitón por la cabeza, arregló los pliegues y se abrochó la clámide.

—Botas, Helios. Seguramente, montaré. Pantero, ¿tus marineros servirían como *pestalta*^[12]?

Pantero estaba bebiendo vino junto a la hoguera de Sátiro. Tenía una herida; todos las tenían. Pero sonrió:

—Sátiro, en estos diez últimos días he luchado más que en los últimos diez años, y ahora me pides que vuelva a combatir. Los armaré y defenderemos el campamento. Si nos envalentonamos, quizás hostilicemos un flanco. Piensa en cómo remaron para ti esos hombres ayer.

Sátiro asintió.

—Es verdad, y no ofenderé a los dioses pidiendo más. ¿Te apetece asistir a la negociación?

Pantero asintió.

—Sí. A lo mejor inclino la balanza.

Cruzaron el campamento con las primeras luces del día. Sátiro tenía los hombros entumecidos, pero el masaje le había ido bien.

—Helios, necesito un escudo nuevo.

—Estoy en ello, señor —contestó, Helios.

Melita se había levantado y estaba bebiendo vino. Sátiro nunca bebía vino tan temprano y se preocupó al ver que su hermana se bebía dos copas de vino sin aguar a modo de desayuno.

—¿Negociamos? —preguntó Sátiro, y Melita reunió a sus caudillos. Eumenes y Menón se unieron a ellos, y todos estrecharon la mano y abrazaron a Parshtaevalt y a Ataelo, a Coeno e incluso a Graethe.

—Como en los viejos tiempos —dijo Graethe.

—Falta Diodoro para que estemos todos —comentó Eumenes. De pronto parecía mayor, más alto, con un quitón blanco y una clámide del mismo color ribeteada de púrpura. Lucía una corona dorada de hojas de roble.

—Vas mejor vestido que yo —señaló Sátiro, y sonrió porque, cuando eres rey, los hombres confunden el humor con la agresión.

Eumenes sonrió a su vez, siendo de nuevo el joven con quien se había criado.

—Sabía que estaría en augusta compañía —dijo.

Vertieron una libación con una copa vieja que tenía Eumenes.

—Esta copa era de Kineas —explicó—. Cada vez que íbamos a luchar,

derramábamos vino con esta copa y todos bebíamos de ella. Por todos los dioses —dijo, y uno tras otro bebieron.

Cuando le tocó el turno a Sático, vio que era una simple copa de arcilla como las de los soldados, pero la apuró, y en el fondo vio el nombre de su padre en letras de oro, y le asomaron lágrimas a los ojos.

Miró a su alrededor. Alargó el brazo y tomó a su hermana de la mano.

—Este era el sueño de mi padre —dijo—, y el de mi madre. Un reino en el Tanais, donde hombres y mujeres libres pudieran vivir sin miedo. Upazan y Eumeles decidieron destrozar ese sueño.

Melita tomó la palabra, como si hubiesen planeado juntos el discurso.

—Hoy pondremos fin a sus quince años de maldad —dijo—. Muchos de vosotros ya lleváis varios días combatiendo. Esto se va acabar. Y cuando miremos el kurgan que se alza junto al río, recordaremos a Kineas y a Srayanka como los fundadores, no como los derrotados.

Pantero tomó la palabra.

—¿Aceptaríais algún término de las negociaciones? —preguntó—. Como hijo de Rodas, soy lo más parecido a una parte neutral.

Sático y Melita se miraron.

—Veamos qué tienen que decirnos —dijo Sático, pero él y su hermana se transmitieron un mensaje bien distinto.

—Ratificaríamos vuestro reino —dijo Eumeles, en un tono razonable. A sus espaldas tenía a Upazan, a Nicéforo, a su consejero Idomeneo y a una docena de oficiales sármatas y griegos—. Recuperaréis todo el reino que poseía vuestra madre, y reconoceríamos a tu hermana como reina de los asagatje en el mar de hierba. Y mi amigo Upazan regresará a su tierra, conservando solo el altiplano que media entre el Tanais y el Rha.

Melita observaba a Eumeles tal como un labriego vigila a una serpiente mientras repara una cerca. El labriego sabe que, si se acerca demasiado, la serpiente lo morderá, pero que a cierta distancia la serpiente es meramente... fascinante. Miró a su hermano, él la miró y se transmitieron un pensamiento como si lo hubiesen pronunciado en voz alta.

Y Sático cedió la palabra a su hermana.

Melita dio un paso al frente. Eumeles hizo una reverencia; Eumeles, que había asesinado a su madre. Se permitió mirarlo de frente y, mentalmente, dejó que el Olor de la Muerte disolviera el semblante de Melita, de modo que su cara pasó a ser una máscara, y la máscara fue su rostro ante el mundo.

—No —dijo en voz baja. Habló con serenidad, más como una madre tranquilizando a un bebé que con la voz de la fatalidad—. No —repitió otra vez, aún

en voz baja, de modo que Upazan se inclinó hacia delante para escuchar.

Eumeles se encogió de hombros.

—Dinos lo que quieres —propuso.

—Tu cabeza en mi lanza —contestó Melita, y lo miró de pleno a los ojos para que viera el odio, para que lo percibiera a través del aire que los separaba y le llegara al espinazo.

Y así fue.

—Nada de paz, asesino de mi madre. Nada de paz, asesino de mi padre. Sois hombres muertos. Largaos de aquí y morid.

Incluso Upazan se encogió.

—Tendremos paz cuando Upazan y Eumeles yazcan muertos en su propia sangre y se pudran —prosiguió Melita, con la misma calma—. Si el resto de vosotros nos los queréis entregar, que así sea. Firmaremos la paz. De lo contrario —sonrió por primera vez—, pongámonos manos a la obra.

—Estás loca —dijo Eumeles. Dio un paso atrás. A Sátiro le temblaban los labios.

—Adiós, Eumeles —dijo Sátiro en voz baja.

—¡Estáis locos! —dijo Eumeles de nuevo, levantando la voz.

Upazan negó con la cabeza.

—Eres un idiota, y lamento tener a un idiota como aliado. Pero soy fuerte. —Se volvió hacia Melita—. No te será fácil encontrarme. Y si vuelvo a tenerte debajo de mi lanza, serás tú quien alimente a los cuervos. —Sus ojos eran astutos, y era un hombre alto, fuerte y audaz—. Podríamos firmar la paz. Maté a Kineas de un flechazo en justa lid, no apuñalándolo por la espalda durante una negociación.

Miró a Eumeles con desdén. Luego miró a Nicéforo y el comandante griego le sostuvo la mirada.

La voz de Melita no vaciló.

—¿Cuántas veces tendré que deciros que no? —preguntó.

—De acuerdo —dijo Upazan, irguiéndose.

Nicéforo habló por primera vez.

—Entonces habrá que combatir.

Eumeles recobró la dignidad.

—No esperes clemencia —dijo.

Y así concluyeron las negociaciones.

Sátiro y Melita organizaron sus ejércitos en el mismo orden en que habían acampado. Eumenes se quedó en la izquierda, enfrentado a Nicéforo, con toda la infantería, incluidos los infantes macedonios. Sátiro se situó en el centro con Melita y los mejores caballeros sakje, en perfecta formación, frente al estandarte de Eumeles y la aristocracia de Pantecapea y de todas las ciudades del Euxino excepto Olbia,

flanqueados por miles de guerreros de Upazan. Pero Upazan se hallaba frente a Urvara, Parshtaevalt y Ataelo a la derecha, junto a la playa y los restos del campamento fortificado, ahora lleno de marineros provistos de jabalinas y con el ánimo suficiente para irritar a los jinetes de Upazan cuando intentaran avanzar.

Ambos bandos estaban cansados, y ninguno formó rápidamente. Los hombres de Nicéforo se desplazaron hacia la derecha y luego de nuevo hacia la izquierda, y la falange de Olbia los imitó, moviéndose hacia el este y el oeste a lo largo de la ribera.

—¿Debería preocuparnos tener el río a nuestra espalda? —preguntó Melita a su hermano.

—Sí —contestó Sátiro, y le sonrió—. Has conseguido que Eumeles se cagara de miedo.

Melita asintió.

—He estado en algunos lugares oscuros. —Volvió a atarse el fajín de la cintura por enésima vez—. Pero me alegra que me enseñaran algunas cosas útiles.

—A mí también —dijo Sátiro asintiendo a su vez. Le cogió la mano, se la levantó y vociferó a los hombres y mujeres que los rodeaban—: Si caigo, nombro heredero a Kineas, hijo de Melita.

Nadie lo aclamó, pero el pueblo asintió. Era bueno saber que habría continuidad. Un hombre que lo viera caer quizá seguiría luchando si pensaba que la muerte de Sátiro no significaba la derrota.

—¿No vamos a dar un discurso? —preguntó Melita.

—Si tardan más en formar, no entablaremos combate hasta mañana —contestó Sátiro. Buscó a Coeno y resultó que lo tenía justo detrás. Ninguno de sus compañeros, Helios, Abraham, Neiron y Diocles, eran jinetes. Pero Sátiro lucharía a caballo en medio de los aristócratas de Olbia porque allí era donde debía estar el rey. Melita contaba con toda su guardia para respaldarlos, así como con Sátiro y Coeno.

Coeno se adelantó a lomos de su enorme yegua.

—¿Debería pronunciar un discurso? —preguntó Sátiro.

Coeno señaló hacia donde Upazan estaba intentando que su flanco rechazara el ataque para no perder más hombres por las jabalinas y las flechas que lanzaban los marineros. Mientras Sátiro lo observaba, vio que el cretense Idomeneo se ponía de pie sobre la empalizada del campamento y derribaba de la silla a un caballero de Upazan desde una distancia de doscientos pasos. Toda la línea sármata se movió.

Sátiro se volvió hacia Melita.

—¿Tú o yo?

Melita dio un toque al costado de *Grifón*.

—Tú habla. Yo saludaré.

Recorrieron la línea de frente de una punta a la otra. En el extremo oriental estaban los granjeros, casi trescientos, frente a los pocos peltastai de Nicéforo y el

campo abierto de detrás. Estaban impacientes. Se pusieron a vitorear. Sátiro levantó su espada y Melita se quitó el yelmo y sacudió la melena para que ondeara al viento, y siguieron cabalgando.

Después de los granjeros estaban los hoplitas de Olbia y el *taxeis* de veteranos de Draco. Los olbianos gritaron con bastante entusiasmo, y los macedonios fueron más comedidos, resignados a otro día de combate por unos extranjeros. Sátiro se detuvo delante de Amintas.

—¡Macedonios! —dijo Sátiro—. ¡Si hoy triunfamos, mañana cada uno de vosotros será un granjero del Euxino!

Eso sí que suscitó una aclamación, y Sátiro y Melita siguieron adelante, pasando ante el centro de su formación. Allí, Sátiro saludó con la mano.

—¿Recordáis a mi padre? —gritó a los olbianos, y su respuesta fue un rugido—. ¡Decid Kineas! —y rugieron el nombre, y Sátiro ya se alejaba de ellos con Melita pisándole los talones, cabalgando por delante de los sakje. Sátiro frenó, pero fue Melita quien habló. Hizo corveteear a *Grifón* y señaló a su hermano.

—Os prometí a Eumenes, y aquí lo tenemos. Os prometí a Sátiro, y aquí lo tenemos. Os prometí una última batalla, y aquí la tenemos. ¡Vengad a mi madre! ¡Vengad a mi padre! ¡Hoy!

Y la vitorearon; aquellos hombres y mujeres llevaban siete días luchando, pero la vitorearon.

—Tiene que venir o está acabado —dijo Sátiro, señalando el yelmo dorado de Upazan—. Los marineros le están haciendo daño. O carga o se marcha.

Hincó los talones en su caballo y cabalgó hacia el campamento, donde Abraham estaba de pie encima de la empalizada con Demóstrate, Pantero y Diocles. Sátiro frenó debajo de la empalizada.

—Haced lo que podáis —dijo—. Los arqueros están ayudando mucho.

Pantero asintió.

—Haremos cuanto podamos —respondió.

Abraham llevaba puesta la armadura y un escudo en el brazo.

—Tengo doscientos infantes —dijo—. Si puedo, arremeteremos por su flanco. Ahora mismo, cubrimos a los arqueros.

Sátiro les hizo el saludo militar y Melita envió un beso a Abraham, que se puso rojo como un tomate, y los hombres se burlaron de él. Y entonces vieron que la línea de combate de Upazan iniciaba el avance.

—¡Volvamos a nuestro sitio! —gritó Melita, y galoparon como el viento. Sátiro montaba un caballo nuevo porque el suyo estaba hecho polvo, pero *Grifón* seguía estando tan fuerte como un buey, y Melita se quedó con él. Tenía cuarenta flechas. Aflojó la correa de la vaina de su *akinakes* y vio que su hermano comprobaba sus armas.

—Hace mucho que no combato a caballo —dijo Sático.

Y entonces Eumeles levantó el brazo a un estadio de allí, y todo el frente enemigo avanzó.

Sático miró al cielo.

—Ya es tarde —dijo. Desenvainó su espada, la espada de Kineas, y el mero hecho de verla hizo que los olbianos gritaran.

—¡Niqué! —respondió Sático a voz en cuello.

El trompetero de Eumenes dio la llamada, y comenzó el avance.

Sático se puso al trote con la primera línea, resuelto a obedecer como un soldado de caballería más. Vio el rostro serio de Melita, con los ojos clavados en Eumeles.

Igual que los suyos.

Se desvió para cubrirle el flanco y vio que Scopasis, el jefe de su escolta, hacía lo mismo por el otro lado.

Estaban a diez largos de caballo del enemigo y eran una oleada de jinetes, con las bocas abiertas, los corceles tan aterrados como los hombres. Eumeles iba varias filas por detrás, no en la línea de frente.

Ambos bandos dispararon sus arcos, pero los arcos sakje estaban secos y eran recios, y las flechas sármatas cosecharon la mitad de almas que las de los sakje.

Sático notó un golpe cuando una flecha le dio en el pecho y lo dejó sin aliento. Intentó levantar el brazo pero algo le golpeó la cabeza, amenazando con derribarlo de la silla. Cuando su caballo rompió la primera línea de jinetes enemigos, él todavía se esforzaba en respirar pero se las arregló para levantar la espada y parar el mandoble de un hombre con el que se cruzó.

Coeno estaba con él, y su brazo se movía tan deprisa como la zarpa de un gato enojado. Un caballero sármata cayó, y el estrépito de su armadura se oyó pese al fragor de la batalla, y acto seguido el aire se llenó de polvo.

Sático finalmente logró insuflar un poco de aire en sus pulmones y el daño casi le hizo vomitar, luego se llevó la mano de la rienda al vientre, bajó la vista y...

Tenía la punta de la flecha clavada en el diafragma. Tiró de ella. Las lengüetas le desgarraron la carne y la saeta se enganchó en el forro de cuero del *thorax*. El dolor y el miedo crecientes le fortalecieron el brazo hasta que logró arrancarla, y la sangre manó, pero podía respirar y no había muerto.

Tiró la flecha al suelo. Estaba en medio de la batalla. Apretó las rodillas contra su montura, tiró de las riendas y un caballero sármata le hizo un tajo con la punta de la espada. Sático arremetió contra él y lo derribó de la silla de un mandoblazo; la hoja de la espada penetró fácilmente en el cuero de su coraza. Ya se había adentrado bastante en la formación enemiga, cosa que tampoco era culpa suya, pero los hombres que tenía alrededor no parecían demasiado interesados en luchar contra él. Abatió a otros dos, cabalgando sin dejar de blandir la espada, y vio el penacho azul de Coeno. Se

inclinó y su caballo obedeció al cambio de postura, girando bruscamente. Paró un golpe y se acercó a Coeno.

Y allí estaba Melita. La vio derribar a un hombre de un flechazo. Melita usaba el arco como otro guerrero usaría una lanza: de cerca. Mientras la observaba, Melita puso una flecha casi contra el pecho de un hombre y soltó la cuerda sin dejar de avanzar, y el soldado enemigo salió despedido hacia atrás, cayendo por encima de la cola de su caballo.

Y entonces vio a Eumeles. Aprovechando su estatura, Eumeles luchaba con una maza, un arma de mango largo con la cabeza de oro macizo. Aunque tuviera otros defectos, aquel hombre no era un cobarde.

Si Sático hubiese tenido una jabalina, podría haberlo matado fácilmente, pero nada que mereciera la pena se hacía con facilidad.

Sático hizo avanzar a su caballo prestado y embistió al de Eumeles por el flanco, de modo que el otro caballo dio un traspie; un magnífico corcel blanco, seguramente niceno.

Eumeles se volvió y blandió la maza, asestando un golpe tremendo al caballo de Sático en la cabeza, y entonces se miraron a los ojos.

—Ahora es cuando se decide la batalla —dijo Eumeles.

El caballo de Sático estaba herido; corcoveó, se alzó sobre los cuartos traseros y dio una sacudida. Sático hizo un esfuerzo para que no lo tirara de la silla y Eumeles lo golpeó con la maza, aplastándole la mano izquierda contra las riendas.

Sático espoleó al caballo sin resultado. Asestó un mandoble a Eumeles, pero Eumeles no solo era más alto sino que tenía un caballo mejor y se las arregló para quedar fuera de su alcance. Le dio otro mazazo pero Sático consiguió no perder la espada.

—Te mataré, y el resto será pan comido —dijo Eumeles.

Sático no lograba dominar a su montura, y Coeno estaba enzarzado en un combate de espada contra espada. Sático tuvo la impresión de oír a Safo: «¡Eumeles podría decir lo mismo de tu madre! ¡La mató porque lo temía!»

El caballo de Sático se estremecía. El mazazo lo había herido y le salía sangre por una oreja.

—Mátame, y aún así perderás la batalla. —Sático tuvo que gritar, pero Eumeles lo oyó—. Y también perderás tu reino. Eres un idiota, Eumeles.

Eumeles se puso rojo de ira. Ser más listo e inteligente que los demás hombres era la medida de su valía. La palabra «idiota» surtió efecto. Fue como si encajara un golpe.

Sático se lo dio como si lo hubiese preparado adrede. Por un momento, los dioses le dieron el control sobre su caballo. Le golpeó los costados como un niño al montar por primera vez y la bestia dio un salto hacia delante, chocando de frente contra el

enorme corcel niceno. Sátiro soltó las riendas y empujó el hombro de Eumeles con la mano izquierda mientras él se echaba para atrás para arrearle el mazazo final; el más simple de los movimientos del pancrancio. Acto seguido estampó la empuñadura de la espada de su padre en la cara abierta del yelmo de Eumeles.

El caballo de Sátiro trastabilló, pero él se las arregló para abrir un tajo en el muslo del tirano por debajo de su guardamano, luego agarró a Eumeles y lo tiró de la silla mientras su propio caballo se desplomaba. El tirano gritó, con los dientes delanteros rotos, y rodó por el suelo para alejarse. Sátiro lo agarró de un tobillo y Eumeles le dio una patada en la cabeza con la pierna libre. Sátiro cayó al suelo pero dio un mandoble por encima de la cabeza, empuñando la espada con la mano derecha, que rebotó contra el peto de Eumeles. Eumeles desenvainó la espada y dio otra patada a Sátiro. Sátiro rodó por el suelo y paró el golpe. Aferró sus piernas en torno al torso de Eumeles y se sentó encima de él. El costado le dolía lo indecible, pero hundió la punta de su espada en la axila de Eumeles y...

Una flecha atravesó el cuello de Eumeles. Sátiro levantó la vista y vio a Melita agachada para coger otra flecha.

—¡Ya es nuestro! —gritó Melita—. ¡Ha llegado nuestra hora!

Sátiro se quedó quieto un momento, mirando los ojos vacíos de su enemigo. Allí, verdaderamente, no había nada.

—Necesitas un caballo —dijo Coeno.

Sátiro se obligó a ponerse de pie. El vientre le palpitaba. Coeno tenía el niceno del tirano. Parecía más alto que una montaña.

«Tengo que intentarlo enseguida», pensó Sátiro. «Luego no seré capaz.»

Se apoyó en un *aspis* para darse impulso y saltó a la silla pese a la fatiga, el vientre dolorido, el brazo herido y todo lo demás. Alcanzó el lomo del caballo con la rodilla derecha y se quedó aferrado un momento que se eternizó, supuso que dando un pobre espectáculo, tratándose de un rey, pero al cabo sus rodillas sujetaban los costados del corcel y tenía las riendas en las manos. Se quitó el yelmo y respiró a bocanadas. Nadie lo miraba salvo Coeno, que parecía preocupado, y Sátiro se las arregló para sonreír.

Miró a su alrededor. El centro de la formación de Eumeles se retiraba tras verlo morir. Los sármatas habían tenido suficiente y se vinieron abajo, y los olbianos y los mejores caballeros sakje fueron a por ellos, destrozando su formación y hostigando a los supervivientes. Sátiro dejó que se marcharan, frenando en medio de la polvareda para comprobar el estado de su herida. Se sentía débil, pero estaba vivo.

La sangre del vientre le manaba hasta la entrepierna, pero cada vez menos. Salvo que la punta estuviera envenenada...

La idea lo asustó.

Coeno se detuvo a su lado.

—¿Es grave, mi rey?

Sátiro no tuvo más remedio que sonreír.

—¡Nunca habías llamado rey a nadie, viejo!

Coeno señaló hacia detrás de ellos.

—Eumeles ha muerto. Tú eres el rey. Mi deber es sacarte del campo de batalla.

Sátiro negó con la cabeza.

—Ningún rey digno de ser respetado abandonaría el campo de batalla hasta haber vencido. Upazan sigue en el campo —dijo— y Nicéforo también. Busca a ese trompetero y reagrupa a los olbianos para que vuelvan a formar. Alguien necesitará ayuda, y apuesto a que será Ataelo.

Coeno encontró al hipereta y las llamadas resonaron por encima del estruendo de la huida en desbandada.

Melita oyó las llamadas y aflojó el paso de *Grifón*. Ella estaba ilesa, y el caballo conservaba la misma energía que cuando lo había montado por la mañana. Le dio unas palmadas en el cuello y buscó a Scopasis, que la seguía de cerca.

Detrás de él iban Laen, Agreint, Bareint y el resto de sus caballeros. Al parecer no faltaba nadie.

Excepto su hermano.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó.

Scopasis negó con la cabeza. Su yelmo tracio le cubría el rostro, convirtiéndolo en un siniestro monstruo con la cabeza de bronce.

—He visto que volvía a montar —contestó—. Coeno le ha dado el caballo de Eumeles. —Se encogió de hombros—. Tú cabalgas. Yo te sigo.

El sindi levantó un hacha.

—¡Los hemos vencido! —gritó.

Melita deseó tener un trompetero propio. El hipereta olbiano repitió la llamada desde un estadio detrás de ella, pero la mitad del cuerpo central estaba con Melita, y el resto más adentrado en el campo.

—Deberíamos ir hacia la izquierda —dijo.

Nadie la cuestionó. De modo que hicieron girar a sus caballos hacia el este, haciendo caso omiso de la llamada de la trompeta. Los hombres acudían a formar con ella. Muchos eran sakje, como Parshtaevalt, que se situó a su lado en cuanto hubieron virado.

—¡Señora! —llamó Parshtaevalt.

—¡Parshtaevalt! —respondió Melita—. ¡Necesito saber qué está ocurriendo en la izquierda!

Tomó prestado al trompetero y entre los dos reunieron a buena parte del centro y lo hicieron girar a la izquierda. Les llevó tiempo, y Melita oía el fragor de la batalla,

una lucha encarnizada, oculta en la polvareda que impedía ver el frente oriental.

Kairax fue a ver qué sucedía y cuando regresó ya había trescientos caballeros en formación, todos de cara al este, con el sol poniente en la espalda.

—Los griegos luchan de frente, lanza contra lanza y hombre contra hombre —dijo Kairax—. Nadie cede terreno. Los granjeros repelen el ataque, pero no acometerán contra el flanco de la falange. Y tampoco es de extrañar.

Melita respiró profundamente. Con una orden suya, tiraría el dado por última vez. ¿Lograrían vencer a Nicéforo sus trescientos caballeros?

La víspera no lo habían conseguido.

Avanzó al paso y dio media vuelta al caballo para quedar de cara a los caballeros sakje.

—Atacaremos la retaguardia de la falange —dijo Melita—. No debe haber el menor titubeo. Ninguna advertencia. No tendremos una segunda oportunidad ni el apoyo de los arqueros. ¿Estáis listos?

Los hombres, en su mayoría, asintieron, sacudiendo los penachos de sus yelmos, que parecieron un rizado mar de plumas.

—Hagámoslo —dijo Parshtaevalt.

Sátiro sintió que el dolor del vientre se le extendía a los miembros y volvió a preguntarse si estaba envenenado o si era la cobardía la que le bajaba hasta las ingles en forma de dolor. Mientras la caballería olbiana se reagrupaba despacio, pues no eran los hombres de su padre por más que reclamaran ese título, tuvo tiempo de pensar en su herida y en la buena voluntad de Coeno para sacarlo del campo de batalla, para que se tendiera en una tienda a la espera de novedades.

La batalla estaba ganada. Nada quedaba por lo que luchar, salvo la propia reputación.

¿Y si estaba envenenado?

Sátiro montaba el caballo de su enemigo muerto, rodeado de cadáveres. «Si la flecha tenía veneno», pensó, «ahora corre por mis venas y estas son mis últimas horas».

Levantó la cabeza y enderezó la espalda. Era un hijo de Heracles y el hijo de Kineas, y no iba a retirarse para morir envenenado en una tienda.

Cuando los olbianos se hubieron reagrupado, los hizo formar en romboide, formación que conocían bien, y los dirigió hacia el oeste, hacia el sol poniente, avanzando lentamente, en busca de otro enemigo.

Al cabo de un estadio, encontraron uno.

Upazan no había derrotado a Ataelo, pero lo superaba en número y tenía flechas,

y solo la cólera de Ataelo y diez años de amarga resistencia mantenían alto el ánimo de sus jinetes. Luchaban como demonios, como hombres muertos. Y cuando se veían acorralados contra el río y no podían huir, morían.

Sátiro no vio caer a Ataelo. Upazan lo derribó con un hacha, por detrás, mientras el menudo caudillo sakje lanzaba una flecha al tanista de Upazan en el remolino de la melé.

Sátiro no vio morir a Graethe. El Señor de los Lobos cayó cubierto de heridas y los hombres de su clan rodearon su cuerpo y murieron con él.

Tampoco vio morir a Urvara, prácticamente la última guerrera que resistía mientras su estandarte atraía a los enemigos, resueltos a cabalgar por el flanco para cambiar las tornas de la batalla. A ella también la mató el filo del hacha de Upazan; estaba demasiado cansada para parar un golpe más.

Sin embargo, los guerreros no se desmoronaron. Algunos de sus caballos estaban dentro del río con el agua hasta los corvejones, pero siguieron luchando, desesperados, a menudo sin una sola flecha en el carcaj, espada contra espada, hacha contra hacha.

Sátiro oyó los gritos de los griegos antes de dar la orden de cargar, y supo que Abraham encabezaba un ataque contra el flanco de Upazan con cuantos le hubiesen seguido desde el campamento. Su acción sin duda influiría en el resultado.

Sátiro se había situado en la punta del romboide. Sonrió pese al daño que le hacía el vientre. Oía el fragor de la batalla y supo que quienes gritaban eran sármatas, y no necesitó una avanzada para saber dónde había que seguir combatiendo.

Levantó la espada.

—¡Adelante!

Los olbianos gritaron el nombre de su padre y cargaron, y en un abrir y cerrar de ojos estuvieron combatiendo contra los hombres de Upazan.

Sátiro daba un mandoble tras otro, ni débil ni endiosado, sino como el guerrero que le habían enseñado a ser, y la espada de su padre destellaba como el fuego reflejando la luz roja del sol, y de vez en cuando recibía un golpe en el yelmo, pero siguió luchando, buscando el yelmo dorado de Upazan. Ahora aquel era su objetivo.

Le faltaban hombres. Lo notaba. Tan solo con unos cientos más los sármatas habrían cedido a su impacto, pero los olbianos eran demasiado lentos y demasiado pocos, y aunque la cuña penetraba cada vez más en las huestes de los sármatas, estos no se daban por vencidos.

Ahora oía a Abraham y a Pantero. Estaban a menos de un estadio, prácticamente rodeados, y su carga también había perdido ímpetu, viéndose obligados a retroceder hacia el campamento.

Sátiro veía la batalla en su conjunto como si la estuviera sobrevolando; interpretaba los sonidos, los gritos, los chillidos. El flanco de Ataelo no resistiría

mucho más. Upazan quizá venciera allí, pero no se alzaría con la victoria.

Hombres cansados blandían pesadamente sus armas contra hombres igualmente cansados. Los olbianos iban mejor armados y estaban más descansados.

Aunque con eso no bastaba. Pero, por el momento, mejor eso que nada, y los olbianos dieron muestras de crecerse, tal vez por el mero hecho de ser ciudadanos de Olbia que antaño fueron hombres de Kineas. Avanzaban con brío, aun cuando tendrían que haberse detenido.

Sátiro abatió a un hombre que portaba un estandarte con una cola de lobo, y rezó para que fuese del bando de Upazan. Tenía el brazo de la espada ensangrentado hasta el codo, y el hombro debilitado; los músculos le ardían por el esfuerzo de un millar de mandobles asestados por encima de la cabeza, y apenas lograba dominar a su caballo capturado.

Pero sentía la presencia de Heracles a su lado.

«Voy a morir bien», pensó.

Paró un golpe, alcanzando la pesada hacha en el mango, de modo que su espada se deslizó por este y el filo del adversario le abrió un tajo superficial en el hombro. Levantó la mano de la brida hasta el mango del hacha, con intención de asestar un mandoble a la empuñadura, pero de pronto se encontró con la muñeca inmovilizada por el hombre del hacha.

Upazan.

Se miraron a los ojos mientras ambos trataban de dar el golpe mortal; brazo contra brazo, mano contra mano.

Upazan se irguió sobre su caballo, intentando servirse de su inmensa fuerza para derribar a Sátiro.

A lo lejos, Sátiro oyó el canto de unos griegos, y se preguntó qué significaba. Luego volvió a concentrarse en Upazan. Forcejeó con él, y sus caballos se movían con ellos, y de pronto los brazos de Sátiro comenzaron a debilitar la sujeción de Upazan. Upazan redobló sus esfuerzos y dio un grito tremendo al abalanzarse contra Sátiro.

Sátiro resistió y se lo quitó de encima.

Perdió la mano de Upazan, pues sus caballos se estaban separando, y le dio un golpe rápido con la espada. Lo alcanzó, hundiéndola profundamente en el brazo izquierdo de Upazan al tiempo que este le hincaba una daga con la izquierda, que le cortó en el brazo, y Sátiro soltó la espada egipcia, que quedó colgando de la cadena que la sujetaba a su muñeca.

El caballo de Sátiro retrocedió y recibió un golpe en el costado, pero Coeno estaba allí. Golpeó dos veces a Upazan; dos mandoblazos contra el yelmo que sacudieron al corpulento enemigo en la silla. Y acto seguido, como si hubiese practicado el movimiento toda su vida, Coeno asestó un revés a un sármata,

aprovechando el rebote contra el yelmo de Upazan para imprimir más velocidad a su golpe hacia atrás, y perdió la espada en la cabeza del sármata; había penetrado en el yelmo y no la pudo arrancar.

Sátiro desabrochó la cadena de su muñeca derecha y empuñó la espada con la mano izquierda. Hizo retroceder a su caballo; el niceno capturado respondió de maravilla, girando sobre las patas delanteras. Con cierta torpeza, Sátiro paró un golpe, salvando a Coeno de que le clavarán una lanza en el costado.

Estaba oscureciendo. Siguió luchando, resuelto a salvar a Coeno, que siempre había estado a su lado y tanto había hecho por ganar aquel reino.

Coeno cogió la lanza de las manos flácidas del muerto; los combatientes estaban tan apretujados en torno a Sátiro y Upazan que los muertos no podían caer al suelo, y la presión de los caballos podía romper la rodilla a un hombre.

Upazan se estaba recuperando. Agarraba el hacha por la mitad del mango, con una sola mano. Asestó un golpe flojo a un Olbiano, que cayó hacia atrás sobre la grupa de su caballo sin llegar a caer al suelo.

Dio un hachazo a Sátiro, pero Sátiro lo paró.

El ruido de la melé había cambiado. Los caballos se estaban moviendo y de pronto Upazan se alejaba, pero Sátiro, herido y con el brazo de la espada inutilizado, lo siguió, golpeando casi a ciegas a los sármatas, que estaban tan agotados como él.

—¡Upazan!

Sátiro se detuvo y dejó caer la espada a un lado.

—¡Upazan!

Ahora los sármatas flaqueaban. Algo había ocurrido y Sátiro reconoció aquella voz.

—¡Upazan! —gritó León el Númida al atravesar un círculo de sármatas, siendo el único combatiente que portaba un gran escudo redondo de cuero de buey, con la punta de su lanza reflejando el sol rojo y su barba blanca.

—¡Tú! —gruñó Upazan al reconocerlo. Hizo girar al caballo para enfrentarse a su némesis y agarró el hacha por la punta del mango.

—¿Te acuerdas de Mosva? —dijo León.

Upazan alzó el hacha y se echó para atrás para darle impulso.

León se acercó e hincó la punta de su lanza en el rostro de Upazan hasta atravesarle el yelmo. La sangre manó a chorros.

—¡Esta lanza era de ella! —gritó León, pero Upazan ya estaba muerto.

Y en torno a ellos, los Exiliados cabalgaron entre los sármatas como la guadaña de un granjero sindi entre el trigo en los últimos días del verano.

Sátiro permaneció sentado en el caballo, contemplando el final de la batalla, mientras los sármatas huían o morían.

Vio a Diodoro abrazarse a Coeno y al caballo de León pisoteando el cuerpo

destrozado de Upazan sobre la tierra endurecida.

Tuvo la impresión de que todo aquello sucedía muy lejos.

Al cabo de un rato, se dio cuenta de que estaba oyendo los vítores de los hombres. Allí estaba Crax, señalándolo, y allí estaba nada más y nada menos que Abraham, sosteniendo su espada en alto como Aquiles. Y Diodoro, haciendo girar a su caballo empinado.

Y Melita, que lloraba y sonreía al mismo tiempo.

Sátiro también lloraba.

Pero no había muerto. Y ella tampoco.

Enderezó la espalda.

Y, poco a poco, con toda la fuerza de voluntad que fue capaz de reunir, levantó la espada de su padre por encima de su cabeza, de modo que recibiera la luz del sol poniente, y entonces el sonido llegó a sus oídos como un golpe de gracia; de pronto los vítores fueron como una canción, y la canción estaba dedicada a ellos. Sonaba por doquier, incesante.

Epílogo

Les llevó varios días dar sepultura a los muertos, y todavía más días sentir algo que no fuera una vaga aflicción; dolor y aturdimiento, y luego el sufrimiento y una profunda pena.

Sátiro había perdido la mitad de su juventud en una tarde, y Melita aún más. Urvara había fallecido, igual que Graethe y Menón, muertos a manos de la falange, luchando en primera línea; los hombres de más edad entre los amigos de su padre, y quizá los mejores.

Y había otros miles de muertos. A muchos no los conocía. A algunos, como a Litra, los conocía demasiado bien. Tuvo la mala fortuna de ser él quien hallara su cuerpo, un cuerpo que había estrechado entre sus brazos.

Ataelo demostró ser difícil de matar. El hachazo que lo había derribado lo dejó inconsciente, pero al cabo de unos días recobró el conocimiento.

Más adelante, Sátiro diría que los días posteriores a la Batalla del Río Tanais lo habían cambiado más que toda la campaña que había conducido hasta ella.

Y antes de que dejara de llorar a sus muertos, mientras la pena seguía siendo una herida abierta que en cualquier momento les provocaba el llanto, tenía que ser rey. Pues así como el zumbido de las moscas todavía se oía sobre los muertos, las solicitudes de atención, decisiones y consejos comenzaron a zumbear en sus oídos.

Cuatro días después del combate, cuando algunos de los veteranos de más edad habían comenzado a convertirlo en un relato y la herida del vientre se le estaba cerrando sin infectarse, se puso un quitón y se alejó del campo con Melita. Dejaron a todos sus bienintencionados amigos atrás y cabalgaron hacia el norte siguiendo el curso del Tanais hasta los pies del kurgan de Kineas.

—¿Todavía quieres ser rey? —preguntó Melita, y Sátiro negó con la cabeza.

—El precio es demasiado alto —contestó Sátiro—. Me siento como... como solía sentirme cuando gastaba todo mi dinero en el mercado para comprar un juguete y luego quería devolverlo.

Melita levantó la vista hacia el kurgan.

—¿Sigues queriendo hacerlo?

Sátiro asintió.

—¿Vienes conmigo?

—Hasta la cima —dijo Melita.

Treparon juntos al kurgan mientras el sol se ponía en el oeste. Debajo de ellos, los sakje y los griegos iban de aquí para allá, preparando la cena, y el humo de sus fogatas subía a los cielos.

Sátiro tuvo que detenerse tres veces durante el ascenso, y Melita maldecía cuando los brazos le fallaban. Todavía estaba muy cansada, y había reposado lo justo para

que le dolieran todos los músculos.

Pero alcanzaron la cima antes de que el borde del sol se ocultara en la bahía del Salmón. En lo alto había una losa, y en medio de ella una profunda hendidura.

Sátiro desenvainó la espada egipcia y se la entregó a Melita.

Ella la sostuvo en alto de modo que el sol alcanzara la hoja, convirtiéndola en una lengua de fuego. Luego la hundió en la hendidura, y la hoja chirrió mientras ella la empujaba hasta la empuñadura.

Permanecieron en silencio hasta que el sol se puso, y luego bajaron del kurgan y regresaron al campamento. Y la espada retuvo la luz durante mucho tiempo.

Glosario

Airyánám (avestano). Noble, heroico.

Aspis (griego clásico). Escudo redondo, grande y muy cóncavo que solían llevar los hoplitas griegos (no así los macedonios).

Baqca (siberiano). Chamán, mago, hechicero.

Cítara (del griego clásico). Instrumento musical parecido a la lira.

Clámide (del griego clásico). Prenda semejante a una capa, hecha de una única pieza de tela, de tejido prieto y tal vez incluso hervido. La clámide solía prenderse con broches en el cuello y se llevaba como una capa, pero también podía echarse sobre los hombros y prenderse debajo del brazo izquierdo o derecho para usarla como prenda de vestir. Los hombres libres a veces aparecen desnudos con una clámide, pero rara vez aparecen con quitón y sin clámide; la clámide, no el quitón, era la prenda esencial, o al menos eso parece. Tanto hombres como mujeres usaban clámide, aunque de manera distinta. También en este caso, la pieza tela de 180 X 270 cm parece permitir un correcto drapeado y tener la longitud que le corresponde.

Daimon (griego clásico). Espíritu.

Efebo (del griego clásico). Hoplita novato, joven que acaba de comenzar la instrucción para ingresar en las fuerzas armadas de su ciudad.

Epilektoi (griego clásico). Los hombres elegidos en una ciudad para formar parte de la falange; soldados de élite.

Estadio (del griego clásico). Medida de longitud que equivale a $\frac{1}{8}$ de milla, la distancia que se recorre en un estadio, 178 m. Treinta estadios equivale a un *parasang*.

Eudaimia (griego clásico). Bienestar. Literalmente, «con buen espíritu». Véase *daimon*.

Falange (del griego clásico). Formación de infantería utilizada por los hoplitas griegos en la guerra, de ocho a diez columnas en fondo y tan ancha como las circunstancias permitían. Los comandantes griegos probaron formaciones con más y menos columnas, pero en cualquier caso la falange era sólida y muy difícil de romper, presentando al enemigo un auténtico muro de puntas de lanza y escudos, tanto en la versión macedonia con picas como en la griega con lanzas. Además, falange puede aludir al grueso de los combatientes. La falange macedonia era más profunda, con lanzas más largas llamadas sarisas, las cuales suponemos que eran como las picas que se usaron en épocas posteriores. Los miembros de una falange, sobre todo de una falange macedonia, a veces se denominan falangitas.

Filarco (del griego clásico). El comandante de una fila de hoplitas, que podía ser de hasta dieciséis hombres.

Gamelia (griego clásico). Una festividad griega.

Gorytos (griego clásico y posiblemente escita). El carcaj abierto por arriba que llevaban los escitas, a menudo muy ornamentado.

Himación (del griego clásico). Prenda consistente en un amplio manto de no menos de 3 metros de largo por 1,5 m de ancho, que cubría el cuerpo y un hombro y que usaban tanto los hombres como las mujeres.

Hiparco (del griego clásico). El comandante de la caballería.

Hipereta (del griego clásico). El trompetero del hiparco; también su sirviente o ayuda de campo.

Hippeis (griego clásico). En el ámbito militar, la caballería de un ejército griego. En sentido general, la clase de la caballería, sinónimo de caballeros. Usualmente los hombres más ricos de una ciudad.

Hoplita (del griego clásico). Soldado griego de infantería que porta un *aspis* (el escudo redondo grande) y combate en la falange. Representa a la clase media de hombres libres en casi todas las ciudades, y si bien a veces parecen caballeros medievales por su aspecto, también son la milicia de la ciudad y en sus filas se cuentan artesanos y pequeños granjeros. A principios de la época clásica, un hombre con tan solo doce acres de cultivo tenía derecho a portar *aspis* y servir como hoplita.

Hoplomachos (griego clásico). Hombre que enseñaba a luchar con armadura.

Kline (griego clásico). Diván o cama en el que los helenos tomaban las comidas y quizá también usaban para dormir.

Kopis (griego clásico). Puñal o espada de hoja curva, bastante parecido a un moderno *Ghurka kukri*.

Machaira (griego clásico). La pesada espada de la caballería griega, más larga y resistente que la espada corta de la infantería. Su objeto es dar más alcance al jinete y no es útil en la falange. También es aplicable a cualquier otra arma blanca de puño.

Parasang (griego clásico, del persa). Medida de longitud equivalente a 30 estadios. Véase *estadio*.

Porné (griego clásico). Prostituta.

Pous (griego clásico). Medida de longitud de unos 30 cm.

Prodromoi (griego clásico). Exploradores; los que corren delante o primero.

Psiloi (griego clásico). Soldados de infantería ligera, por lo general armados con arcos y hondas, y a veces jabalinas. En las guerras de las ciudades estado griegas, los *psiloi* se reclutaban entre los hombres libres más pobres, aquellos que no podían costear la carga económica de una armadura de hoplita y el entrenamiento diario en el gimnasio.

Quitón (del griego clásico). Prenda semejante a una túnica, confeccionada con una sola pieza de tela doblada por la mitad, prendida con broches o alfileres en el costado, el cuello y los hombros, y con un cinturón por encima de las caderas. El quitón masculino podía llevarse largo o corto. Si se llevaba muy corto, o estaba hecho con una pieza de tela pequeña, a veces se denominaba *chitoniskos*. Suponemos que la mayoría de quitones se confeccionaban con una pieza de tela de 180 X 270 cm aproximadamente, y que mediante el cinturón y los pliegues se ajustaba su longitud. Los broches, los pliegues y los cinturones podían ser sencillos o muy elaborados. En Grecia la mayoría de estas prendas se hacían de lana. En el Este, es posible que se prefiriera el lino.

Sastar (avestano). Tiránico. Un tirano.

Taxeis (griego clásico). Los regimientos de picadores de las falanges macedonias. Puede aludir a cualquier regimiento, pero suele emplearse para designar una compañía o un «batallón». Un *taxeis* tiene entre 500 y 2.000 hombres, en función de las bajas y las deserciones. Sinónimo aproximado de falange (véase *falange*), aunque en una gran batalla una falange pueden componerla doce *taxeis*.

Xiphos (griego clásico). Espada de infantería de hoja recta, usada habitualmente por los hoplitas y los *psiloi*. En el arte clásico griego, sobre todo la cerámica de arcilla roja, aparecen muchos hoplitas que las llevan, pero solo se han recuperado unas cuantas y sigue abierto el debate sobre su forma y uso. Según parece eran muy

semejantes al *gladius* romano.

Apunte histórico

Escribir una novela —varias novelas, espero— sobre las guerras de los diádocos, o sucesores, es un juego difícil para un historiador amateur. Los jugadores son muy numerosos, existen muchos bandos y, francamente, ninguno de ellos representa a los «buenos». Desde el principio tuve que tomar ciertas decisiones, en su mayoría para reducir el elenco de personajes a un tamaño que el lector pudiera asimilar sin insultar a la inteligencia de nadie. Antígono el Tuerto y su primogénito Demetrio merecen novelas propias, y lo mismo cabe decir de Casandro, Eumenes, Tolomeo, Seleuco, Olimpia y los demás. Cada uno de ellos podría representar al «héroe» y el resto a los villanos.

Si considera que necesita una tarjeta de puntuación, sugiero que visite mi website en www.hippeis.com, donde por lo menos podrá examinar las biografías de algunos jugadores principales. Wikipedia también ofrece biografías de la mayoría de actores de la época en cuestión.

Desde el punto de vista de la pura historia militar, he tomado algunas decisiones que los lectores entendidos quizás encuentren extrañas. Por ejemplo, he dejado de creer en la existencia del «linotórax» o peto de lino, y lo he suprimido de mis novelas. Como tampoco creo que el sistema de picas macedonio —la falange armada de sarisas— fuera realmente «mejor» que el viejo sistema griego de los hoplitas. De hecho, sospecho que era peor, pues los testimonios del principio de la guerra moderna dan a entender que cuanto más largas son las picas, menos cabe confiar en la tropa. Los jóvenes granjeros macedonios no eran hoplitas; carecían del contexto social y cultural que creaba al hoplita. Fueron decisivos en su época, pero que su sistema fuese «mejor» que el antiguo, bueno, igual que con tantos cambios militares, se trató de un cambio cultural, no realmente tecnológico. O al menos esa es mi opinión.

Los elefantes no eran tanques, como tampoco una herramienta mágica para alcanzar la victoria. Podían ser muy eficaces o todo lo contrario. He intentado ilustrar ambos casos.

Lo mismo cabe decir de la caballería de arqueros. En campo abierto, con un sinfín de caballos de refresco y un suministro inagotable de flechas, un ejército de arqueros montados debió de ser una auténtica pesadilla. Pero unos pocos cientos de arqueros en la vasta extensión de un campo de batalla de los sucesores quizá no supusiese más que una molestia.

En última instancia, no creo en la historia «militar». La guerra tiene que ver con la economía, la religión, el arte, la sociedad... la guerra es inseparable de la cultura. En aquella época no era posible formar a un campesino egipcio para convertirlo en arquero de caballería sin cambiar su modo de vida y su economía, su estatus social, quizá su religión. Las preguntas acerca de la tecnología militar —«¿Por qué

Alejandro no creó un ejército de [inserte aquí un prodigio tecnológico]?»— pasan por alto las limitaciones que imponía la realidad de la época; la cultura de Macedonia que, en mi opinión, llevaba en su seno la semilla de su propia destrucción desde el principio.

Y luego tenemos el problema de las fuentes. En la medida en que sabemos algo sobre el mundo de los diádocos, debemos ese conocimiento a unos pocos autores, aunque ninguno fue contemporáneo. Me he servido de Diodoro Sículo durante la escritura de los libros de la serie *Tirano*; en la mayoría de casos lo prefiero a Arriano o a Polibio, y en muchos es la única fuente disponible. También admito haber utilizado (¡con sumo gusto!) material de Plutarco, si bien soy plenamente consciente de su cariz moralizante.

En este libro, por ejemplo, aparece una campaña a la que Diodoro dedica solo unas pocas líneas sin que se la mencione en ninguna otra fuente. El otro día, para mi consternación, leí un artículo que daba a entender que todo era pura invención. Tal vez. Pero la cultura greco-escita del Euxino fue real, y el Reino del Bósforo existió y perduró cientos de años —un lapso de tiempo más que suficiente para dejar una huella duradera en la región. Para el novelista, basta con contar una historia, quizá no la historia, de cómo puedo acontecer.

A quien interese una lección abreviada sobre las dificultades que plantean las fuentes, recomiendo visitar el website www.livius.org. Los artículos acerca de las fuentes demostrarán, espero, lo poco que sabemos sobre Alejandro y sus sucesores.

Ante todo soy novelista, no historiador, y, en ocasiones, esas lagunas, o incluso grandes vacíos, son precisamente el lugar en el que actúan mis personajes. A veces, esa falta de conocimientos es lo que aporta atractivo al relato. En cualquier caso, confío en haber creado una versión verosímil del mundo después de la muerte de Alejandro. Espero que disfrute con este libro, así como con los que le seguirán.

Y, como de costumbre, siempre será un placer recibir sus comentarios, e incluso sus críticas, en el Ágora Online de www.whippeis.com. ¡Allí nos vemos, espero!

Christian Cameron
Toronto, 2010

Nota del autor

Soy escritor, no lingüista; novelista, y no del todo historiador. Pese a esta salvedad, mientras trabajo pongo mucho empeño en investigarlo todo, desde la ropa hasta las formaciones de las falanges, y a veces no estoy de acuerdo con la docta opinión tanto del mundo académico como de los generales de sillón que escriben vistosos libros ilustrados de gran formato sobre estos temas.

Y, en última instancia, los errores son culpa mía. Si usted encuentra un error histórico, ¡hágame saber, por favor!

Una cosa que he procurado evitar ha sido cambiar la historia tal como la conocemos para adecuarla al tempo de la acción o a la trama. La historia de las Guerras de los Diádocos bastante complicada es de por sí sin que yo la altere... Además, cuanto más escribes sobre una época que amas (y yo me he enamorado perdidamente de esta), más aprendes. Y al aprender más, las palabras pueden cambiar o cambiar de uso. A modo de ejemplo, en *Tirano* utilicé el *Hipárquico* de Jenofonte como guía para casi todo. Jenofonte llama *machaira* al arma ideal. Estudios posteriores han revelado que los griegos eran bastante laxos con la nomenclatura de sus espadas (en realidad, todo el mundo lo es, excepto los entusiastas de las artes marciales), de ahí que la *machaira* de Kineas probablemente fuese llamada *kopis*. Por ende, en el segundo libro, la llamo *kopis* sin ningún rubor. Es posible que otras palabras cambien; desde luego, mi comprensión de la mecánica interna de la falange hoplita ha cambiado. Cuanto más aprendes...

Una nota acerca de la historia. Siempre me hace gracia que un admirador (o un no admirador) me escriba para decirme que me he «equivocado» al describir una campaña o una batalla. Amigos —y espero que lo sigamos siendo después de lo que voy a decir—, sabemos menos sobre las guerras de Alejandro que sobre la superficie de Marte o sobre el personaje histórico de Jesús. Leo griego, contrasto testimonios y luego me pongo a escribir. He visitado casi todos los lugares en los que se desarrolla la acción y sé interpretar un mapa. Si bien disto mucho de ser infalible, también soy bastante buen soldado y estoy preparado para tomar mis propias decisiones a la luz de las pruebas todos los elementos que intervienen en el transcurso de una batalla. Es muy posible que me «equivoque», pero a no ser que alguien invente una máquina del tiempo, no hay manera de demostrarlo. La única fuente de que disponemos acerca de Alejandro vivió quinientos años después... eso sería como decir que fui testigo ocular de la batalla de Agincourt. Recele al leer la historia de una campaña o un libro de la editorial Osprey y no dé por hecho que su prosa confiada signifique que estamos bien informados. No lo estamos. Damos trompicones en la oscuridad y hacemos suposiciones.

Dicho esto, los historiadores militares son, con mucho, los peores historiadores

que existen, dado que estudian las reacciones violentas que se dan en distintas culturas sin estudiar dichas culturas. La guerra y las cuestiones militares son parte integrante de la cultura, igual que la religión, la filosofía y la moda, y es imposible intentar sacarlas de contexto. Los hoplitas no usaban el aspis porque fuese la tecnología ideal para la falange. Apuesto a que lo llevaban porque era la tecnología ideal para la cultura, desde la cría de bueyes al modo en que los apilaban en carros, pasando por la hechura de su forma abombada. Los hombres solo combaten unos cuantos días al año, como mucho, pero viven, respiran, corren, buscan, juegan y tienen disentería trescientos sesenta y cinco días al año, y su equipo también tiene que serles útil durante esos días.

Finalmente, es cierto que mato a muchos personajes. La guerra mata. La violencia y las vidas violentas tienen consecuencias, tanto ahora como entonces. Y pese al drama de la guerra, es probable que el número de mujeres que morían de parto en edad de combatir duplicara el número de guerreros que morían en activo; de modo que si vamos al fondo de la cuestión sobre quién es despiadado...

¡Disfrute!

Agradecimientos

Siempre lamento terminar una novela histórica porque escribirlas es el mejor trabajo del mundo y las tareas de investigación son lo más divertido que me cabe imaginar. Abordo cada era histórica con una canasta llena de preguntas: ¿Qué comían? ¿Cómo se vestían? ¿Cómo funciona esa arma? Esta vez mis preguntas me han llevado a iniciar una reconstrucción de la época. Los estudiosos que recrean el mundo clásico han constituido una magnífica fuente para mí al escribir, tanto por los detalles sobre el vestido, el armamento y la comida, como por ser una fuente de inspiración. En ese aspecto quisiera dar las gracias a Craig Sitch y Cheryl Fuhlbohm de Manning Imperial, quienes realizan algunas de las mejores reconstrucciones de la cultura material de la antigüedad clásica (www.manningimperial.com), así como a Joe Piela de Lonely Mountain Forge por ayudarme a recrear equipo militar con un calendario muy apretado. También quisiera dar las gracias a Paul McDonnell-Staff, Paul Bardunias y Giannis Kadoglou por su profundo conocimiento y su permanente disposición a contestar preguntas, así como a otras sociedades de todo el mundo, desde España hasta Australia, dedicadas a recrear la antigua Grecia.

Gracias sobre todo a los miembros de mi propio grupo, Hoploglogia and the Taxeis Plataea, por ser los conejillos de indias en la experimentación con un sinfín de artículos de la vida cotidiana y las artes marciales, y a Guy Windsor (que escribió *The Swordsman's Companion* y que actualmente es un espadachín consumado) por sus consejos sobre artes marciales.

Hablando de quienes recrean el mundo antiguo, mi amigo Steven Sandford dibuja los mapas de este libro, y merece un agradecimiento especial; y mi amiga Rebecca Jordan trabaja incansablemente en el website y en sus diversos derivados online, como el Agora, y merece muchas más alabanzas de las que recibe.

Hablando de amigos, tengo una deuda de gratitud con Christine Szego, por sus críticas diarias y el apoyo de su tienda, Bakka Phoenix, en Toronto. ¡Gracias, Christine!

Kineas y su mundo surgieron de mi deseo de escribir un libro que me permitiera abordar temas tan serios como la guerra y la política que forman parte de nuestra vida en la actualidad. Supuso un regreso a la escuela y un regreso a mi primer amor: la historia clásica. También soy un entusiasta confeso de Patrick O'Brian, y quería escribir una serie que me permitiera explorar en profundidad y con rigor todo ese periodo, con las relaciones que definen a los hombres, y a las mujeres, en la guerra; no solo un fragmento. La combinación de historia clásica, filosofía de la guerra y ética del mundo de la areté, dio lugar al volumen que tiene en las manos.

Por el camino conocí al profesor Wallace y al profesor Young, ambos muy eruditos y vinculados desde años atrás a la Universidad de Toronto. El profesor

Wallace contestó a todas las preguntas que le hice, proporcionándome un sinfín de fuentes y presentándome las laberínticas elucubraciones de Diodoro Sículo, y finalmente a T. Cuyler Young. Cuyler tuvo la amabilidad de iniciarme en el estudio del Imperio persa en tiempos de Alejandro y de debatir la posibilidad de que Alejandro no fuera infalible, ni siquiera de lejos. Deseo expresar mi más profundo agradecimiento a estos dos hombres por su ayuda para recrear el mundo griego del siglo IV a.C., así como la teoría sobre las campañas de Alejandro que sustenta esta serie de novelas. Toda la erudición es suya y cualquier error que haya es, indudablemente, mío. Nunca olvidaré el placer de sentarme en el despacho del profesor Wallace o en la sala de estar de Young, y comer tarta de chocolate mientras debatíamos el mito de invencible que acompaña a Alejandro. Ambos fallecieron poco después de que escribiera este libro, pero ninguno de los libros de Kineas habría sido lo mismo sin ellos. Fueron grandes hombres y grandes académicos, la clase de eruditos que mantienen viva una civilización.

También quisiera dar las gracias al personal del Departamento de Clásicas de la Universidad de Toronto por su constante apoyo, y por reavivar mi adormecido interés por el griego clásico, así como al personal de la Toronto Metro Reference Library por su dedicación y apoyo. ¡Las bibliotecas son importantes!

Quisiera agradecer a mis viejos amigos Matt Heppe y Robert Sulentic su apoyo al leer la novela y comentarla, ayudándome a evitar anacronismos. Ambos poseen conocimientos enciclopédicos sobre la historia militar clásica y helenística, y, una vez más, cualquier error es mío. He añadido a varias nuevas lectoras: Aurora Simmons, Jenny Carrier y Kate Boggs; las tres se dedican a la reconstrucción del mundo antiguo, son muy cultas y capaces de señalarme las cuestiones que no he comprendido bien.

Además, debo ocho años de agradecimientos a Tim Waller, el mejor corrector del mundo. ¡Y unas cuantas cervezas!

No podría haber abordado tantos textos griegos sin contar con Perseus Project. Este recurso online, patrocinado por la Tufts University, proporciona acceso online a casi todos los textos clásicos en griego y en inglés. Sin él aún estaría bregando con el segundo verso de *Medea*, por no mencionar la *Ilíada* o el *Himno a Deméter*.

Tengo una deuda de gratitud con mi excelente editor, Bill Massey, de Orion, por la constante atención prestada a estos libros y sus numerosos y necesarios halagos, por su buen humor ante las sentencias del autor y por su apoyo en todas las etapas. También quisiera dar las gracias a mi agente, Shelley Power, por su indefectible esfuerzo en mi nombre, y por muchas cenas exquisitas, la última de las cuales, celebrada en el único restaurante de cocina griega clásica del mundo, Archeon Gefsis, en Atenas, tuvo como consecuencia la apresurada reescritura de los contenidos culinarios. ¡Gracias, Shelley!

Por último, me gustaría dar las gracias a las musas del Luna Café, que amén de servir café lo hacen siempre de muy buen humor; sin ellas, desde luego, no habría habido libro. Y todo mi agradecimiento, el de una vida entera, para mi esposa Sarah.

Si tiene alguna pregunta o desea saber más o participar (¿Le gustaría ser un hoplita en Maratón?), le ruego visite www.hippeis.com.



CHRISTIAN CAMERON, es escritor e historiador militar. Es veterano de la Armada de Estados Unidos, donde sirvió como aviador y oficial de inteligencia. Reside en Toronto, y actualmente está escribiendo la siguiente novela de la serie TIRANO mientras trabaja en su doctorado en lenguas clásicas.

Notas

[1] «Exiliados» era como el ejército de Tolomeo llamaba a los hippeis de Tanais que estaban a las órdenes de Diodoro. <<

[2] *Deus ex machina* es una expresión latina que significa «dios surgido de la máquina», traducción de la expresión griega «apò me⁻chané⁻s theós». Se origina en el teatro griego y romano, cuando una grúa (machina) introduce una deidad (deus) proveniente de fuera del escenario para resolver una situación. <<

[3] El escorpión era una máquina de guerra de proyección o tiro que debió su nombre a unas tenazas parecidas a las del escorpión, con las que agarraba las piedras o dardos que tenía que proyectar. <<

[4] El *diekplous* fue una antigua maniobra naval griega, una gran penetración en las líneas enemigas, donde los trirremes giraban y embestían con el espolón los flancos del enemigo. Requería coordinación, respuesta rápida y una ejecución limpia. <<

[5] El presunto heredero del monarca en oficio, o segundo al mando. <<

[6] Orgullo desmedido, sentimiento que ofende a los dioses. <<

[7] Copa en forma de pecho femenino. Debe su nombre al del pintor de cerámica griega homónimo, que vivió en el siglo VI a.C. <<

[8] Nombre griego de las Columnas de Hércules, que representan el estrecho de Gibraltar, límite del mundo conocido, la última frontera para los antiguos navegantes del Mediterráneo. <<

[9] Un beotarca (del griego *boiôtárkhês*, de *Boiôtía*, Beocia, y *arkhê*, el mandato) era un magistrado de la Liga Beocia, fundada en 379 a.C., después de que una rebelión liberara las ciudades de Beocia del dominio espartano. <<

[10] El mar Caspio. <<

[11] Asa o empuñadura con que se manejaba el aspis o escudo. <<

[12] *Pestalta*: soldado de infantería ligera mercenaria, característica de los ejércitos griegos y helenísticos. <<